

*Mi vida con Stephen Hawking*

# Hacia el infinito

Jane Hawking



Lectulandia

Stephen Hawking es uno de los científicos más prestigiosos de la actualidad, un hombre que ha dedicado su vida a la investigación de las leyes fundamentales que rigen el universo. Su genio lo define, pero también es conocido por sobrevivir a una disfunción neuronal muy grave, que le fue diagnosticada cuando solo tenía veintiún años. ¿Quién es Jane Hawking? Década de los 60, universidad de Cambridge... Jane es la joven de quien Stephen Hawking se enamoró durante sus estudios de doctorado, y la mujer que decidió casarse con él a pesar de su trágica enfermedad. En *La teoría de todo*, un libro tierno y a menudo divertido, Jane Hawking, que estuvo casada con el científico durante más de veinte años, describe con afecto al hombre y al genio, exponiendo con franqueza los dilemas dolorosos de su matrimonio y la época más turbulenta de una historia de amor que ahora ya forma parte de su pasado. El resultado es un retrato inteligente y optimista de una relación peculiar, obra de una mujer valiente que aprendió a amar en tiempos difíciles y ahora recuerda sin rencor los años más importantes de su vida.

**Lectulandia**

Jane Hawking

# **Hacia el infinito**

**Mi vida con Stephen Hawking**

ePub r1.0

Titivillus 09.11.16

Título original: *Travelling to Infinity*  
Jane Hawking, 2008  
Traducción: José Luis Delgado Pérez

Editor digital: Titivillus  
ePub base r1.2

---

**más libros en [lectulandia.com](http://lectulandia.com)**

---

*Para mi familia*

*La parole humaine est comme un chaudron fêlé où nous battons des mélodies à faire danser les ours quand on voudrait attendrir les étoiles.*

GUSTAVE FLAUBERT

La palabra humana es como un caldero cascado en el que tocamos melodías para hacer bailar a los osos cuando querríamos conmover a las estrellas.

## **Primera parte**

# 1

## Alas para volar

La historia de mi vida con Stephen Hawking comenzó el verano de 1962, aunque quizá empezara unos diez años antes sin que yo fuera consciente de ello. A principios de la década de los cincuenta, entré con siete años en la escuela femenina de Saint Albans como alumna de primero y, durante un breve período, un niño de pelo castaño dorado muy lacio se sentó junto a la pared de la clase contigua a la mía. La escuela admitía a chicos, entre ellos mi hermano Christopher, en los primeros cursos, pero yo solo veía al niño del pelo lacio cuando, si faltaba nuestra profesora, nos juntaban en un aula con los alumnos mayores. Jamás cruzamos una palabra, pero estoy segura de que este recuerdo de infancia es fiel a la realidad, pues en aquella época Stephen estudió un trimestre en la escuela antes de ir a un colegio privado que se hallaba a unas millas.

Las hermanas de Stephen eran más fáciles de reconocer, porque se quedaron más tiempo en la escuela. La mayor de las dos, Mary, a quien Stephen llevaba solo dieciocho meses, era una figura inconfundible por su excentricidad: rolliza, siempre desaliñada, despistada, propensa a trabajar en solitario. Su mayor atractivo, un cutis transparente, quedaba enmascarado por unas gafas de cristales gruesos nada favorecedoras. Philippa era cinco años menor que Stephen; nerviosa y excitable, tenía los ojos vivos, la cara redonda y sonrosada, y el pelo rubio, recogido en trenzas cortas. La escuela no toleraba la diferencia ni en el aspecto académico ni en la disciplina, y los alumnos, como los de cualquier otro colegio, podían ser crueles e intransigentes cuando se topaban con algo insólito. Tener un Rolls Royce y una casa en el campo se veía con buenos ojos, pero los alumnos —como yo— cuyo medio de transporte era un Standard 10 de antes de la guerra —o, aún peor, un taxi londinense antiquísimo, como en el caso de los Hawking— se convertían en el hazmerreír de todos o en el objeto de una compasión desdeñosa. Los Hawking se tumbaban en el suelo del taxi para que sus compañeros no los vieran. Por desgracia, en el suelo del Standard 10 no había espacio para esa táctica evasiva. Las dos hermanas Hawking dejaron la escuela antes de llegar a los cursos superiores.

Su madre era una figura familiar desde hacía ya tiempo. Menuda y enjuta pero fuerte, envuelta en un abrigo de pieles esperaba en la esquina de mi escuela, junto al paso de peatones, a que su hijo menor, Edward, llegara en autobús del colegio privado al que iba, situado en el campo. Mi hermano también acudió a aquel colegio masculino después del curso de preescolar en Saint Albans; se llamaba Aylesford House y los alumnos vestían de rosa: chaquetas rosas y gorras rosas. Por lo demás, era un paraíso para los chiquillos, sobre todo para los que no tenían inclinación por los estudios. Cuando conocí a los Hawking, Edward, un niño adorable y muy guapo de ocho años, tenía ciertas dificultades para relacionarse con su familia adoptiva, posiblemente porque, a la hora de cenar, todos acostumbraban a tener un libro delante

y a ignorar a quienes no fueran lectores ávidos como ellos.

Diana King, una compañera mía de la escuela, había sufrido aquella costumbre de los Hawking, lo que tal vez explique por qué, al enterarse más tarde de mi compromiso con Stephen, exclamó: «¡Vaya, Jane! ¡La familia de tu futuro marido está muy pero que muy loca!». Fue Diana quien primero me llamó la atención sobre Stephen aquel verano de 1962, cuando, después de los exámenes, ella, Gillian —mi mejor amiga— y yo disfrutábamos del feliz período de relativa inactividad antes del final del trimestre. Gracias al cargo de alto funcionario de mi padre, yo ya había realizado un par de incursiones en el mundo de los adultos fuera de la escuela, los deberes y los exámenes. Había asistido a una cena en la Cámara de los Comunes y, un día de verano muy caluroso, a una recepción en los jardines del palacio de Buckingham. Diana y Gillian dejaban la escuela ese verano, mientras que yo seguiría como delegada durante el trimestre de otoño, y luego presentaría solicitudes para entrar en la universidad. Ese viernes por la tarde recogimos los bolsos y, tras ponernos los canotiers, decidimos ir a merendar al centro. Apenas habíamos recorrido cien yardas cuando vimos una curiosa estampa al otro lado de la calle: un joven desgarrado caminaba de un modo extraño en dirección opuesta, con la cabeza gacha y la cara protegida del mundo por una rebelde masa de pelo castaño lacio. Absorto en sus pensamientos, no miraba ni a derecha ni a izquierda, por lo que no vio a las tres chicas de la otra acera. Era un verdadero bicho raro en el conservador y tranquilo Saint Albans. Asombradas, Gillian y yo nos lo quedamos mirando con bastante descaro, pero Diana no se inmutó.

—Es Stephen Hawking. He salido con él, por cierto —anunció a sus estupefactas compañeras.

—¡No me digas! —exclamamos entre risas, sin terminar de creerla.

—Pues sí. Es raro pero muy inteligente. Es amigo de Basil [el hermano de Diana]. Me llevó una vez al teatro y he estado en su casa. Va a manifestaciones a favor del desarme nuclear.

Enarcando las cejas, reanudamos nuestro paseo, pero yo no lo disfruté porque, si bien no sabía explicar el motivo, el joven al que acabábamos de ver me había inquietado. Puede que su excentricidad resultara fascinante para alguien que, como yo, llevaba una existencia bastante convencional. Quizá tuviera la extraña premonición de que volvería a verlo. Fuera lo que fuese, aquella escena se me grabó profundamente en la memoria.

Las vacaciones de aquel verano fueron un sueño para una adolescente que estaba a punto de independizarse, aunque es muy posible que para mis padres fueran una pesadilla, pues mi destino, una escuela de verano en España, era en 1962 tan lejano, misterioso y arriesgado como, por ejemplo, lo es Nepal para los adolescentes de hoy en día. Con la confianza que me brindaban mis dieciocho años, no me cabía ninguna duda de que sabría cuidar de mí misma, y tenía razón. El curso estaba bien organizado y las estudiantes nos alojábamos en grupos en casas particulares. Los

fines de semana nos llevaban a lugares de interés turístico: a Pamplona, donde soltaban toros por las calles; a la única corrida de toros que he visto, brutal y violenta, pero también espectacular y fascinante, y a Loyola, tierra natal de san Ignacio.

Cuando no realizábamos excursiones, pasábamos las tardes en la playa y las noches en bares y restaurantes del puerto, participando en las fiestas y bailes, escuchando estridentes bandas musicales y admirando los fuegos artificiales.

A mi regreso a Inglaterra, mis padres, aliviados por tenerme de vuelta sana y salva, me llevaron casi de inmediato a unas vacaciones familiares en los Países Bajos y Luxemburgo. Aquella también fue una experiencia muy enriquecedora. Gracias al entusiasmo de mi padre, estuvimos en la vanguardia del movimiento turístico: recorríamos centenares de millas por tortuosas carreteras secundarias de Europa, que en aquella época estaba en vías de recuperarse del trauma de la guerra; visitábamos ciudades, catedrales y museos de arte que también mis padres veían por primera vez. Era una espléndida combinación de cultura, a través del arte y la historia, y de disfrute de los placeres de la vida —vino, gastronomía y sol estival—, todo ello mezclado con monumentos a los caídos y cementerios de los campos de Flandes.

Cuando empecé las clases aquel otoño, las experiencias del verano me brindaron una sensación de confianza en mí misma sin precedentes. Conforme salía del capullo, me parecía que la escuela solo ofrecía un pálido reflejo de los conocimientos y la independencia que había adquirido en los viajes. Siguiendo el ejemplo de las nuevas formas de sátira que aparecían en la televisión, yo, la delegada, organicé un desfile de moda para el espectáculo de bachillerato, con la particularidad de que todos los modelos estaban confeccionados con prendas del uniforme escolar modificadas de manera estrafalaria. La disciplina se fue al traste cuando el alumnado entero, reunido en la escalera, pidió a voces entrar en el salón de actos y, por una vez, la señorita Meiklejohn (también conocida como Mick), la fornida y curtida profesora de educación física, de cuyo aterrador ladrido masculino dependía el buen funcionamiento de la escuela, no pudo hacerse oír entre tanto alboroto y montó en cólera. Desesperada, recurrió al megáfono, que solo sacaba para vociferar el día de los Deportes, en la exposición de mascotas y para controlar las interminables dobles filas que debíamos formar cuando recorríamos todas las callejuelas de Saint Albans para asistir a las misas que se oficiaban en la abadía una vez por trimestre.

El objetivo de aquel lejano trimestre del otoño de 1962 no era montar espectáculos, sino entrar en la universidad. Por más que admiráramos al presidente Kennedy, la crisis de los misiles de Cuba de aquel octubre había socavado de forma profunda la sensación de seguridad de mi generación y truncado nuestras esperanzas para el futuro. Puesto que las superpotencias jugaban peligrosamente con nuestras vidas, no había garantías de que fuéramos a tener siquiera un futuro que esperar. Cuando toda la escuela rezaba por la paz bajo la dirección del capellán, recordé la predicción, realizada por el mariscal de campo Montgomery a finales de los años cincuenta, de que habría una guerra nuclear al cabo de menos de una década. Todos,

jóvenes y mayores por igual, sabíamos que el ataque nuclear se anunciaría con cuatro minutos de antelación y que significaría el brusco final de toda la civilización.

Aparte de la tremenda amenaza en el panorama internacional, yo me sentía agotada después de los exámenes de reválida y carecía de entusiasmo para estudiar tras haber saboreado la libertad ese verano. La importante tarea de entrar en la universidad solo me trajo humillación cuando ni Oxford ni Cambridge se interesaron por mí. Consciente de mi sensación de fracaso, la señorita Gent, la directora, se esforzó por consolarme señalando que no era ninguna deshonra no entrar en Cambridge, pues muchos de los hombres de esa universidad eran muy inferiores intelectualmente a las mujeres rechazadas por falta de plazas. En aquella época, en Oxford y Cambridge la proporción era más o menos de una mujer por cada diez hombres. Me recomendó que aceptara la oferta de una entrevista en el Westfield College, de Londres. Así pues, un día de diciembre frío y lluvioso partí de Saint Albans en autobús para realizar el trayecto de quince millas hasta Hampstead.

El día fue tan catastrófico que, cuando terminó, representó un alivio estar de nuevo en el autobús camino de casa, bajo la misma fría cellisca que en el viaje de ida. Después del desagradable ejercicio de intentar quedar bien en la entrevista del Departamento de Español, que pareció girar exclusivamente en torno a T. S. Eliot, de quien yo apenas sabía nada, me mandaron a hacer cola a la puerta del despacho de la rectora. Cuando me tocó entrar, la mujer me entrevistó con una actitud de antigua funcionaria, sin apenas levantar los ojos de los papeles para mirarme por encima de las gafas de concha. Aún con los nervios de punta por el desastre de la entrevista anterior, decidí que era mejor hacerme notar aunque de ese modo diera al traste con las posibilidades de que me admitieran. Así pues, cuando me preguntó, con un tono seco y aburrido: «¿Y por qué ha puesto español en vez de francés como segundo idioma?», respondí, con un tono igual de seco y aburrido: «Porque en España hace más calor que en Francia». Los papeles se le cayeron de las manos y, efectivamente, me miró.

Para mi sorpresa, me ofrecieron una plaza en Westfield, pero al llegar la Navidad apenas me quedaba nada del optimismo y entusiasmo que había descubierto de España. Cuando Diana me invitó a la fiesta de Año Nuevo que daba con su hermano el primero de enero de 1963, acudí muy bien arreglada, con un traje verde oscuro de seda —artificial, por supuesto— y el cabello recogido en un llamativo moño ahuecado, pero en mi fuero interno me sentía tímida e insegura. Y allí, con una chaqueta negra y una pajarita roja, ambas de terciopelo, y el pelo caído sobre la cara y las gafas, estaba Stephen Hawking, el joven desgarbado al que había visto por la calle en verano.

Apartado de los otros grupos, conversaba con un amigo de Oxford, al cual explicaba que había comenzado a investigar sobre cosmología en Cambridge, no bajo la dirección de Fred Hoyle, el conocido científico de la televisión, como él esperaba, sino con alguien de extraño apellido: Dennis Sciama. Reconoció que el verano

anterior —cuando yo me examinaba de la reválida— le había tranquilizado saber que se había graduado en Oxford con la nota máxima. Esto fue la feliz consecuencia de un examen oral en el que los desconcertados examinadores debían decidir si aquel candidato tan poco apto, cuyos exámenes mostraban, sin embargo, destellos de genialidad, debía graduarse con la nota máxima, con un notable o con un aprobado, lo cual equivalía a un suspenso. Con aire despreocupado, Stephen les informó de que, si obtenía la nota máxima, iría a Cambridge para cursar el doctorado, con lo cual les brindaría la oportunidad de introducir un caballo de Troya en el campo enemigo, mientras que si le ponían un notable —lo cual también le permitiría dedicarse a la investigación— se quedaría en Oxford. Los examinadores prefirieron no arriesgarse y le concedieron la nota máxima.

Yo escuché, entre divertida y fascinada, a aquel personaje tan poco corriente, que me atraía por su sentido del humor y su carácter independiente. Estaba claro que, al igual que yo, era una persona que tendía a avanzar a trompicones por la vida y conseguía verle el lado gracioso a todo. Una persona que, al igual que yo, era bastante tímida pero no se abstenía de expresar sus opiniones; una persona que, a diferencia de mí, había desarrollado una buena autoestima y tenía el descaro de manifestarlo. Cuando la fiesta terminó, intercambiamos señas, pero yo no esperaba volver a verlo, salvo quizá por casualidad. El pelo largo y la pajarita eran una fachada, una declaración de independencia de criterio, y en el futuro podría permitirme pasarlos por alto, como había hecho Diana, en vez de mirarlo boquiabierto, si volvía a cruzarme con él en la calle.

## 2

### En el escenario

Solo dos días después, me llegó una tarjeta de Stephen: me invitaba a una fiesta el 8 de enero. Estaba escrita en una hermosa letra inglesa que yo envidiaba pero que, pese a mis arduos esfuerzos, jamás había llegado a dominar. Consulté a Diana, que también había recibido una invitación. Me dijo que el motivo de la fiesta era celebrar que Stephen cumplía veintiún años —un dato que no constaba en la tarjeta— y prometió que pasaría a recogerme. Era difícil elegir un regalo para una persona a quien acababa de conocer, de modo que le compré un vale para discos.

La casa de Hillside Road, en Saint Albans, era un monumento a la parquedad y el ahorro. Aunque, por otra parte, en aquellos tiempos no constituía ninguna excepción, ya que en la posguerra nos habían educado para que tuviéramos respeto al dinero, compráramos barato y gastáramos poco. Construido a principios del siglo xx, el número 14 de Hillside Road, una enorme casa de ladrillo rojo con tres plantas, poseía cierto encanto porque se conservaba por entero en su estado original, sin la intromisión de tendencias modernizadoras como la calefacción central o la moqueta. La naturaleza, los elementos y una familia de cuatro hijos habían dejado huella en la deslustrada fachada, oculta tras un seto mal recortado. Una glicina colgaba por encima del deteriorado porche acristalado y faltaban gran parte de los rombos del vitral emplomado de la parte superior de la puerta. No obtuvimos una respuesta inmediata cuando llamamos al timbre, pero al final salió a abrirnos la misma persona que en el pasado esperaba, envuelta en un abrigo de pieles, junto al paso de peatones. Diana me la presentó: era Isobel Hawking, la madre de Stephen. La acompañaba un niño adorable de pelo oscuro rizado y ojos de un azul intenso. Detrás de ellos, una sola bombilla alumbraba un largo recibidor con suelo de baldosas amarillas, muebles macizos, entre ellos un reloj de pie, y el papel pintado de William-Morris original, ya oscurecido.

Cuando los diversos miembros de la familia comenzaron a aparecer en el salón para saludar a las recién llegadas, descubrí que los conocía a todos: la madre de Stephen era famosa por sus largas esperas junto al paso de peatones; Edward, el hermano menor, era sin duda el niño de la gorra rosa; a las hermanas, Mary y Philippa, las reconocí de la época escolar, y el padre, Frank Hawking, un hombre alto y distinguido de cabello cano, había ido una vez a nuestro jardín trasero para recoger una colmena de abejas. Mi hermano Chris y yo habíamos querido mirar cómo lo hacía, pero nos llevamos un chasco cuando nos echó con hosco laconismo. Además del único apicultor de la ciudad, Frank Hawking debía de ser uno de los pocos habitantes de Saint Albans que tenían esquís. En invierno pasaba esquiando por delante de nuestra casa camino del campo de golf, adonde nosotros íbamos a comer y a coger jacintos silvestres en primavera y verano, y a deslizarnos por las cuestas,

subidos a bandejas de hojalata, en invierno. Fue como encajar las piezas de un rompecabezas: había visto a aquellas personas por separado, pero hasta ese día ignoraba que fueran parientes. De hecho, había en la familia otro miembro a quien también reconocí: se alojaba en la habitación de la buhardilla, que tenía una entrada independiente, pero bajaba para participar en acontecimientos familiares. Agnes Walker, la abuela escocesa de Stephen, era una figura célebre en Saint Albans por méritos propios, debido a su virtuosismo al piano, del que hacía gala en público una vez al mes, cuando en el ayuntamiento aunaba esfuerzos con Molly du Cane, nuestra bulliciosa instructora de danza folclórica.

La danza y el tenis habían sido mis únicas actividades sociales durante la adolescencia. Gracias a ellas tenía un grupo de amigos de ambos sexos que provenían de diversos colegios y distintos entornos. Fuera de la escuela, íbamos a todas partes en pandilla: café los sábados por la mañana, tenis por la tarde y reuniones en el club de tenis en verano, clases de bailes de salón y danza folclórica en invierno. El hecho de que nuestras madres también asistieran a las veladas de danza folclórica junto con muchos de los ancianos y enfermos de Saint Albans, no nos cohibía en absoluto. Nos sentábamos aparte y bailábamos por nuestra cuenta, bien lejos de los mayores. De vez en cuando surgían amoríos en nuestro rincón —lo cual daba pie a muchos chismorreos y a unas cuantas peleas—, pero por lo general no duraban demasiado. Éramos una pandilla de adolescentes amables y despreocupados con una vida mucho menos complicada que la de los jóvenes de hoy en día.

A la fiesta de cumpleaños asistieron amigos y parientes. Algunos de los primeros eran de la época en que Stephen había estudiado en Oxford, pero la mayoría había coincidido con él en la escuela de Saint Albans y contribuido al éxito de esta en los exámenes de acceso a Oxford y Cambridge de 1959. Con diecisiete años, Stephen había sido menor que sus compañeros de curso y, en consecuencia, era bastante joven para ingresar en la universidad aquel otoño; muchos de los otros alumnos no le llevaban solo un año, sino varios, puesto que habían entrado en Oxford después de cumplir el servicio militar obligatorio, que después fue abolido. Más adelante Stephen reconoció que no le había sacado todo el jugo a Oxford por la diferencia de edad que había entre sus compañeros y él.

Sin duda tenía lazos más estrechos con los amigos de la escuela que con las amistades de Oxford. Aparte de Basil King, el hermano de Diana, yo solo los conocía de oídas y sabía que se les consideraba la nueva élite de la sociedad de Saint Albans. Se decía que eran los aventureros intelectuales de nuestra generación, consagrados en cuerpo y alma al rechazo crítico de todo lugar común, a la burla de los comentarios manidos o tópicos, a la afirmación de su propia independencia de criterio y a la exploración de los confines de la mente. Nuestro periódico local, el *Herts Advertiser*, había pregonado el éxito de la escuela hacía cuatro años y publicado en sus páginas el nombre y la cara de aquellos alumnos. Por supuesto, eran muy distintos de mis amigos, y yo, una joven de dieciocho años lista pero corriente, me sentía intimidada.

Ninguno de ellos pasaría jamás una tarde bailando danzas folclóricas. Dolorosamente consciente de mi falta de sofisticación, me acomodé en un rincón, lo más cerca posible del fuego, con Edward en las rodillas, y escuché la conversación sin hacer ningún intento de participar. Algunas personas estaban sentadas; otras, apoyadas en la pared del comedor, espacioso y frío, donde la única fuente de calor era una chimenea cerrada. La conversación fue entrecortada y se compuso sobre todo de chistes, ninguno de los cuales fue ni remotamente tan intelectual como yo esperaba.

Durante una temporada no volví a tener noticias de Stephen. Estaba muy atareada en Londres realizando un curso de secretariado sobre un revolucionario estilo de taquigrafía que utilizaba el alfabeto en vez de jeroglíficos y que omitía las vocales. Aparte de un breve descanso para comer, siempre estaba metida en el aula, rodeada del martilleo de un ejército de anticuadas máquinas de escribir y la cháchara de chicas de la buena sociedad cuyo principal mérito para considerarse distinguidas eran las veces que las habían invitado a los palacios de Buckingham y Kensington o a Clarence House.

El estilo revolucionario de taquigrafía se aprendía con relativa facilidad, pero la mecanografía era una pesadilla. Yo veía la utilidad de la taquigrafía, dado que iba a servirme para tomar apuntes en la universidad, pero la mecanografía era aburridísima y se me daba fatal: a duras penas escribía cuarenta palabras por minuto cuando mis compañeras de clase terminaron el curso y ya dominaban todas las otras técnicas de secretaría. En realidad, la taquigrafía solo me sirvió durante un breve período, mientras que la mecanografía demostraría su utilidad en incontables ocasiones.

Los fines de semana podía olvidar el suplicio de escribir a máquina y mantener contacto con los amigos de siempre. Un sábado de febrero, quedé por la mañana con Diana, que estudiaba enfermería en el hospital Saint Thomas, y con Elizabeth Chant —otra amiga de la escuela, entonces estudiante de magisterio— en nuestro local favorito, el café-bar de Greens, los únicos grandes almacenes de Saint Albans. Intercambiamos impresiones sobre nuestros respectivos cursos y luego nos pusimos a hablar de amigos y conocidos. De repente Diana preguntó:

—¿Os habéis enterado de lo de Stephen?

—Ah, sí —dijo Elizabeth—. Qué horror, ¿no?

Comprendí que se referían a Stephen Hawking.

—¿Qué pasa? —pregunté—. No sé nada.

—Por lo visto lleva dos semanas en el hospital, en Saint Bartholomew, creo, porque es donde se formó su padre y donde ahora estudia Mary —explicó Diana—. Tropezaba continuamente y no se podía atar los cordones de los zapatos. —Se calló un momento—. Le han hecho un montón de pruebas horribles y han descubierto que tiene una terrible enfermedad incurable que provoca parálisis. Se parece un poco a la esclerosis múltiple, pero no lo es, y creen que probablemente le quedan solo un par de años de vida.

Yo estaba perpleja. Acababa de conocer a Stephen y, pese a su excentricidad, me

caía bien. Los dos nos mostrábamos tímidos ante los demás, pero en el fondo confiábamos en nosotros mismos. Era impensable que una persona que solo me llevaba un par de años tuviera que enfrentarse a la perspectiva de su muerte. La mortalidad era un concepto que no formaba parte de nuestra existencia. Aún éramos lo bastante jóvenes para ser inmortales.

—¿Cómo está? —pregunté, afectada por la noticia.

—Basil ha ido a verlo —continuó Diana— y dice que está bastante deprimido: las pruebas son muy desagradables y el chico de Saint Albans que ocupaba la cama de enfrente murió el otro día. —Suspiró—. Stephen insistió en estar en el pabellón, por sus principios socialistas; se negó a que le dieran una habitación individual, como querían sus padres.

—¿Saben cuál es la causa de la enfermedad? —pregunté aturdida.

—Pues no —respondió Diana—. Creen que tal vez le pusieron una vacuna contra la viruela sin esterilizar cuando fue a Persia hace un par de años y que eso le introdujo un virus en la columna vertebral, pero no están seguros; es solo una conjetura.

Me fui a casa en silencio, pensando en Stephen. Mi madre percibió mi preocupación. No lo conocía, pero sabía quién era y que me caía bien. Yo había tenido la precaución de advertirle de que era muy excéntrico, por si se tropezaba con él por casualidad. Con la prudente confianza en la honda fe que la había ayudado a soportar la guerra, la enfermedad terminal de su querido padre y las depresiones del mío, dijo en voz baja: «¿Por qué no rezas por él? Podría ayudarle».

Así pues, me quedé estupefacta cuando, al cabo de una semana más o menos, esperando el tren de las nueve de la mañana, vi a Stephen caminar sin prisas por el andén con una maleta de lona marrón en la mano. Parecía animado y se alegró de verme. Tenía un aspecto más convencional y, de hecho, se le veía bastante más atractivo que en ocasiones anteriores: los elementos de la imagen que sin duda había cultivado en Oxford —la pajarita, la chaqueta negra de terciopelo, incluso el pelo largo— habían dado paso a una corbata roja, una gabardina *beige* y un cabello más corto y mejor peinado. Nuestros dos encuentros anteriores habían tenido lugar al atardecer, con una luz tenue; esta vez, la luz del día permitía ver su sonrisa, ancha e irresistible, y los límpidos ojos grises. Tras las gafas de montura redonda, sus facciones tenían algo que me resultaba atractivo, pues me recordaban, quizá de forma inconsciente, a lord Nelson, mi héroe de Norfolk. Nos sentamos juntos en el tren con destino a Londres y hablamos tranquilamente, aunque apenas abordamos la cuestión de su enfermedad. Yo le comenté cuánto me había apenado enterarme de su ingreso en el hospital, ante lo cual él arrugó la nariz y no dijo nada. Su actitud de que todo iba bien era tan convincente que pensé que sería una crueldad insistir. Él regresaba a Cambridge, me dijo, y cuando nos acercábamos a la estación de Saint Pancras me explicó que volvía a casa muchos fines de semana. ¿Me gustaría ir al teatro con él alguna vez? Por supuesto, dije que sí.

Quedamos un viernes por la tarde en un restaurante italiano del Soho, lo cual, por sí solo, ya habría sido una velada espléndida. Pero Stephen también tenía entradas para el teatro y tuvimos que darnos prisa en terminar la cena, que resultó ser vergonzosamente cara, para llegar a tiempo a la representación de *Volpone*, en el Old Vic. Entramos en el teatro corriendo y, cuando acabábamos de dejar las cosas debajo de nuestras butacas, en una de las últimas filas, comenzó la función. Como mis padres eran muy aficionados al teatro, yo ya había visto la otra gran obra de Jonson, *El alquimista*, que me había encantado; *Volpone* era igual de entretenida, y enseguida me quedé absorta en las intrigas del viejo zorro que quería poner a prueba la sinceridad de sus herederos pero cuyos planes fracasaron estrepitosamente.

Entusiasmados con la obra, al salir del teatro hablamos de ella en la parada de autobús. Un pordiosero se acercó y preguntó educadamente a Stephen si tenía unas monedas. Él se palpó el bolsillo y exclamó azorado:

—Lo siento, ¡pero creo que no me queda nada!

El pordiosero sonrió y me miró.

—Tranquilo, jefe —dijo, y me guiñó el ojo—. Lo entiendo.

En ese momento llegó el autobús y nos montamos. Una vez que nos hubimos sentado, Stephen se volvió hacia mí con aire de disculpa.

—Lo siento muchísimo —dijo—, pero no tengo dinero ni para comprar el billete. ¿Llevas algo?

Pesarosa por lo mucho que debía de haberse gastado en la cena, me alegró poder corresponderle. El cobrador se acercó y esperó a nuestro lado mientras yo buscaba el monedero en las profundidades del bolso. Al ver que no lo tenía, me dio tanta vergüenza como la que había sentido Stephen en el restaurante. Bajamos del autobús en el semáforo siguiente y casi no paramos de correr hasta llegar al Old Vic. La puerta principal del teatro estaba cerrada, pero Stephen siguió andando... hasta la entrada de los artistas, en un lado del edificio. Estaba abierta y el pasadizo tenía la luz encendida. Entramos con cautela, pero no vimos a nadie. Recorrimos el pasadizo hasta el final y llegamos al escenario, que estaba vacío pero aún iluminado. Cohibidos, lo atravesamos de puntillas y bajamos al patio de butacas, envuelto en la oscuridad. En un abrir y cerrar de ojos encontramos, para alivio de ambos, el monedero de cuero verde debajo de la butaca que yo había ocupado. Cuando regresábamos al escenario las luces se apagaron y nos quedamos a oscuras.

—Dame la mano —dijo Stephen con tono autoritario.

Le obedecí y contuve el aliento con muda admiración mientras me conducía por el escenario y luego por el pasadizo. Por suerte, la entrada de los artistas seguía abierta, y cuando salimos a la calle nos reímos a carcajadas. ¡Habíamos estado en el escenario del Old Vic!

### 3

## Una carroza de cristal

Unas semanas después del episodio del Old Vic, cuando el curso de taquigrafía estaba oficialmente a punto de terminar, llegué a casa una tarde y mi madre me enseñó entusiasmada un recado de Stephen, que había telefoneado para invitarme a un baile de mayo en Cambridge. Era una propuesta muy tentadora. En bachillerato habían invitado a una compañera a un baile de mayo y las demás, muertas de envidia, habíamos saboreado cada detalle de una gala digna de un cuento de hadas. Ahora, por increíble que pareciera, me tocaba a mí. Cuando Stephen llamó para confirmar la invitación, acepté encantada. El problema del atuendo se resolvió enseguida, cuando en una tienda de Oxford Street próxima a la academia de taquigrafía encontré un vestido de seda blanco y azul marino que estaba al alcance de mi bolsillo.

Aún faltaban unos meses para los bailes de mayo, que, con la obstinada rebeldía típica de Cambridge, se celebran en junio. Entretanto, tenía que empezar a reponer mis ahorros, agotados con la compra del vestido de noche, para mis viajes por España en verano, de modo que me inscribí en una agencia de empleo temporal de Saint Albans. Mi primer trabajo fue una suplencia de un día y medio —jueves por la tarde y todo el viernes— en la sucursal del Westminster Bank en Hatfield, cuyo director, el señor Abercrombie, hombre paciente y bondadoso, era amigo de mi padre. Primero me mandaron a la centralita pero, como no tenía la menor idea de qué debía hacer, me puse tan nerviosa al ver las luces parpadeantes que empecé a sacar clavijas como una loca mientras intentaba encajar otras en los agujeros vacíos. Lo único que conseguí fue cortar todas las llamadas externas y conectar los teléfonos de personas que estaban sentadas frente a frente. Después de aquella experiencia me habitué poco a poco a desempeñar diversos trabajos temporales conforme la primavera daba paso al verano y la noche del baile de mayo se acercaba.

Cuando Stephen llegó una calurosa tarde de principios de junio para llevarme a Cambridge, me impactó ver que su estado había empeorado desde la noche de la aventura del Old Vic e incluso dudé que tuviera fuerzas para conducir el coche de su padre, un viejo Ford Zephyr enorme. Al parecer, aquella especie de tanque había vadeado ríos en Cachemira cuando la familia —salvo Stephen, que se había quedado a estudiar en Inglaterra— había vivido en India hacía unos años. Me daba miedo que aquel vehículo resollante corriera demasiado para su conductor, una figura delgada, frágil y renqueante que parecía utilizar el volante para alzarse y ver por encima del salpicadero. Presenté a Stephen a mi madre, quien, sin dar muestras de sorpresa ni de alarma, nos dijo adiós con la mano, como si fuera un hada madrina que me enviaba al baile, con el príncipe azul, en una carroza de cristal desbocada.

El viaje fue aterrador. Resultó que Stephen había tomado como modelo de conductor a su padre, quien conducía deprisa y de forma temeraria, adelantando en

cuestas y curvas; se sabía que incluso había circulado por una autovía en sentido contrario. Frustrando cualquier intento de conversación, el viento aullaba por las ventanillas bajadas mientras dejábamos atrás los campos y árboles de Hertfordshire y entrábamos en el pelado paisaje de Cambridgeshire. Yo apenas me atrevía a mirar la carretera; en cambio Stephen parecía mirarlo todo salvo la carretera. Probablemente consideraba que podía permitirse vivir al límite porque el destino ya le había asestado un golpe cruel. No obstante, a mí ese pensamiento apenas me servía de consuelo, de modo que me prometí que regresaría a casa en tren. Decididamente, empezaba a dudar de que la experiencia de asistir a un baile de mayo fuera el cuento de hadas que todos decían.

En contra de todas las estadísticas sobre accidentes de tráfico, llegamos sanos y salvos al alojamiento de Stephen, una elegante residencia para graduados construida en los años treinta y rodeada de un umbroso jardín donde los otros juerguistas estaban ocupados con los preparativos de última hora. Cuando me hube cambiado en la habitación de la primera planta que me había asignado la gobernanta, conocí a los compañeros de residencia e investigación de Stephen, cuya actitud hacia él, en apariencia contradictoria, me dejó perpleja. En el plano intelectual le hablaban como a un igual, unas veces con cáustico sarcasmo, otras con aplastante espíritu crítico, siempre con humor. En cambio, en el plano personal lo trataban con una delicadeza que rozaba casi la ternura. Me costaba conciliar aquellos dos polos de conducta. Estaba habituada a que actitud y postura coincidieran, por lo que me desconcertaban aquellas personas que tan pronto se erigían en abogados del diablo y discutían enconadamente con alguien, es decir, con Stephen, como cambiaban de actitud y atendían con afecto las necesidades personales de este, como si sus palabras fueran órdenes. No había aprendido a distinguir entre razón y emoción, entre intelecto y corazón. Con mi inocencia, aún tenía que aprender algunas duras lecciones. Aquella inocencia, en Cambridge, era aburrida y previsible.

Fuimos todos a cenar a un restaurante situado en la primera planta de un edificio que hacía esquina con King's Parade. Desde mi asiento contemplé los pináculos y chapiteles de King's College, la capilla y la casa del guarda, que se recortaban oscuros en el dilatado y luminoso panorama de una puesta de sol en Anglia Oriental. Aquello, por sí solo, ya fue mágico. Regresamos a la residencia para dar los retoques de última hora antes de emprender el paseo de diez minutos por los verdes prados de los Backs hasta los viejos patios de Trinity Hall, el college de Stephen. Él insistió en llevar su magnetófono y su colección de cintas para que escucháramos música en la habitación que un amigo había puesto a nuestra disposición por si necesitábamos tomarnos un respiro durante el baile, pero él no podía llevarlos. «Venga ya —rezongó uno de sus amigos con tono benévolo—. Ya veo que tendré que cargar yo con ellos». Y lo hizo.

Relativamente pequeño, modesto y escondido de la vista pública, Trinity Hall se compone de un variopinto grupo de edificios —muy viejos, viejos, victorianos y,

últimamente, modernos— que circundan céspedes, macizos de flores y una terraza con vistas al río. Cuando nos dirigíamos al college desde el otro lado del río Cam, nos detuvimos un momento en mitad de un alto puente nuevo que, según me explicó Stephen con tono grave, se había construido hacía poco en recuerdo de un estudiante, Timothy Morgan, que había muerto trágicamente en 1960 justo después de proyectarlo. Desde el puente nos deleitamos con un espectáculo de cuento de hadas; me recordó la misteriosa casa de campo de una de mis novelas francesas favoritas, *El gran Meaulnes*, de Alain-Fournier, en la que el héroe, Augustin Meaulnes, se topa con un castillo profusamente iluminado en mitad del campo y, de ser un perplejo observador, pasa a participar en los festejos, la música y los bailes, sin saber nunca qué ocurrirá. En Trinity Hall las bandas de música tocaban al aire libre, el prado que descendía hacia al río estaba decorado con lucecitas titilantes, al igual que la magnífica haya roja del centro, y algunas parejas ya bailaban en una tarima bajo el árbol. En el entoldado de arriba conocí a más amigos de Stephen, y juntos fuimos derechos a buscar nuestra ración de champán, que se sacaba de una bañera, y después al bufet y a los diversos espectáculos: al abarrotado salón, donde en un escenario distante se representaban números de *cabaret* que no se oían; a una elegante sala con las paredes revestidas de madera, donde un cuarteto de cuerda intentaba competir con una banda jamaicana de percusión que estaba tocando fuera, y a un rincón de la biblioteca vieja, donde se servían castañas recién asadas en un brasero. Nuestros compañeros se habían alejado y nos habían dejado sentados en la terraza junto al río, viendo cómo bailaba la gente al ritmo hipnótico de la banda de percusión.

—Siento no bailar —se disculpó Stephen.

—Tranquilo; no me importa —mentí.

No obstante, la posibilidad de bailar no estaba totalmente descartada, porque más tarde, después de otro bufet y más champán, descubrimos una banda de *jazz* escondida en un sótano. La sala estaba a oscuras, aparte de unas extrañas luces azuladas. No se veía a los hombres, salvo los puños y la pechera de la camisa, que brillaban con un intenso resplandor morado, mientras que las chicas eran prácticamente invisibles. Yo estaba fascinada. Stephen me explicó que las luces captaban el elemento fluorescente que contenían los detergentes en polvo, razón por la cual destacaban tanto las camisas de los hombres, pero que, como los vestidos nuevos de las chicas no se habían contaminado con Tide, Daz ni ningún otro jabón, no adquirirían esa luminosidad fantasmagórica. En la oscuridad de la sala subterránea, convencí a Stephen de que saliera a la pista. Nos mecimos suavemente, riéndonos de los dibujos danzarines de aquella luz morada, hasta que, para nuestra gran desilusión, la banda recogió los bártulos y se fue.

De madrugada, como era tradición, los otros colleges que habían organizado bailes de mayo abrieron las puertas a todo el mundo. Mientras amanecía, caminamos tambaleándonos por Trinity Street hasta Trinity College, donde, en unas espaciosas habitaciones, la novia extremadamente bien organizada y madura de algún

universitario preparaba el desayuno, pero yo me hundí en un sillón y me quedé dormida. Algún alma caritativa debió de llevarme sonámbula a la pensión de Adams Road, donde dormí a pierna suelta hasta media mañana.

El programa del día para las parejas del baile de mayo se había planificado con la eficiencia de una agencia de viajes moderna, con la salvedad de que era mucho más estimulante. Además de cursar el doctorado en química, Nick Hughes y Tom Wesley, amigos de Stephen, participaban como editores en la redacción de una guía de los edificios construidos en Cambridge durante la posguerra, *Cambridge New Architecture*, que se publicaría en 1964. Stephen compartía su interés y colaboraba en el proyecto como asesor a tiempo parcial. Así pues, los tres estaban impacientes por enseñar los objetos de sus deliberaciones a cuantos se mostraran interesados. Pese a la mirada escéptica que estos edificios reciben hoy en día, en los años sesenta despertaron gran entusiasmo, el entusiasmo arrasador del desarrollo urbanístico de la posguerra, indiferente a las viviendas antiguas, los prados o los árboles que podían frenar la nueva oleada de calles, edificios y complejos universitarios. La protección del patrimonio no era todavía un tema de interés general.

Después de comer dimos un paseo en batea todos juntos y entonces surgió el interrogante del viaje de regreso. «Creo que será mejor que vuelva en tren», le comenté a Stephen con cierta vacilación, pero él dijo que ni hablar. Como no quería ofenderlo, me senté de nuevo en el asiento delantero del temido Zephyr. El trayecto de regreso fue tan aterrador como la ida y, cuando llegamos a Saint Albans, decidí que, por mucho que agradeciera el baile de mayo, no estaba dispuesta a someterme nunca más a aquel suplicio. Mi madre se encontraba en el jardín delantero cuando paramos delante del portón. Me despedí de Stephen con un lacónico «Gracias y adiós» y, sin volver la vista atrás, entré en casa. Mi madre me siguió y me echó una buena reprimenda. «No irás a despachar a ese pobre joven sin ofrecerle siquiera una taza de té, ¿no?», dijo, sorprendida por mi indiferencia. Al oír sus palabras me remordió la conciencia. Salí corriendo para intentar alcanzarlo. El coche continuaba aparcado delante del portón y Stephen trataba de ponerlo en marcha. El Zephyr empezó a bajar despacio por la empinada cuesta porque Stephen había quitado el freno de mano antes de arrancar el motor. Volvió a echarlo de inmediato y entró con presteza a tomarse el té. Se sentó conmigo al sol junto al portón del jardín y, mientras relatábamos a mi madre los acontecimientos del baile, se mostró atento y encantador. Concluí que me gustaba mucho y que podía perdonar su locura al volante siempre que no tuviera que sufrirla con demasiada frecuencia.

## 4

### Verdades ocultas

Unas dos semanas más tarde, nuestra familia tuvo durante un tiempo un miembro más porque mis padres habían respondido a la petición de dar a alojamiento a adolescentes franceses de visita en la ciudad y se ocupaban de una chica de dieciséis años cuya amiga, por una misteriosa coincidencia, se hospedaba con los Hawking. Un sábado de junio, no mucho después del baile de mayo, Isobel Hawking nos invitó a las dos francesas y a mí a acompañarla a Cambridge. Para mi alivio, condujo con prudencia y llevó un pícnic magnífico (una «colación fría», lo llamó ella), que nos comimos en la terraza de la habitación de Stephen, en una planta baja de Adams Road. Así pues, mi familia y yo empezamos a mantener un contacto más estrecho y regular con los Hawking y, cuando Stephen regresó a Saint Albans para pasar el fin de semana, mis padres lo invitaron a cenar. Lo trataron con una hospitalidad impecable, sin que en apariencia les perturbara su imagen. Stephen había retomado las viejas costumbres de Oxford. Llevaba el lacio pelo más largo que nunca, y la chaqueta negra de terciopelo con la pajarita roja se había convertido en su uniforme, adoptado para desafiar precisamente los valores convencionales que mis padres representaban. Ellos, por su parte, quizá se consolaron pensando que no volveríamos a vernos durante una temporada, dado que yo estaba a punto de viajar otra vez a España.

Un día de julio de 1963, mi padre me llevó en coche a Gatwick, donde yo tenía que coger un avión para estudiantes que partía a las nueve de la mañana y llegaba a Madrid a la una, pero hubo que reparar el motor y salimos tarde. El retraso no me preocupó en absoluto, ni tampoco la necesidad de hacer reparaciones, ni que, después de despegar, el techo goteara agua, que acabó congelándose en forma de carámbanos. Tampoco me inquietó descubrir que el capitán y el copiloto tomaban tranquilamente un vaso de cerveza cuando invitaron a los estudiantes a ver la cabina. Bill Lewis, un conocido de nuestro médico de familia que fue a recogerme al aeropuerto de Madrid, estaba mucho más nervioso. Me llevó a su casa para que conociera a su esposa, quien se aseguró de recibirme en su piso con los brazos abiertos todas las tardes a partir de las seis, y luego me dejó en la pensión que me había buscado. Pilar, la dueña, una mujer soltera menuda y vivaz de nariz aguileña y pelo moreno, vivía en un piso extraordinariamente grande y muy bien equipado justo a la vuelta de la esquina de la casa de los Lewis. Sylvia, la otra huésped de Pilar, también era inglesa y trabajaba en la embajada británica. No estaba contenta con algunos de los amigos de Pilar, que se presentaban a cualquier hora del día y la noche, y cuando me confió sus preocupaciones me apresuré a hacer planes para marcharme de Madrid en cuanto tuviera ocasión, pero no antes de aprovechar mi estancia en la capital para visitar el Museo del Prado e ir en autobús turístico a los palacios reales de Aranjuez y el

Escorial. Por supuesto, también fui a Toledo, la ciudad medieval encaramada a una roca sobre el río Tajo, donde en el siglo XIII judíos, árabes y cristianos trabajaban en perfecta armonía en la búsqueda del saber, y donde en el XVII El Greco pintó algunos de sus mejores cuadros. Con un grupo de estudiantes visité el Valle de los Caídos, supuestamente el monumento a los caídos de ambos bandos en la guerra civil, pero en realidad una necrópolis solo para los fascistas —y, con el tiempo, para el propio Franco— construida por prisioneros de guerra republicanos. Empecé a darme cuenta de que los numerosos pordioseros mutilados que veía en las calles de Madrid eran los trágicos supervivientes de la guerra civil, que revelaban una faceta fea y esquizoide de España. A mediados del siglo XX, el país aún conservaba los perturbadores contrastes que Goya plasmó en las pinturas y los dibujos de mediados del siglo XVIII y principios del XIX que yo había visto en el Prado.

En la pensión de Pilar, Sylvia y yo teníamos la incómoda sensación de que la situación estaba alcanzando un punto crítico. Sintiéndome un poco culpable por dejar a Sylvia en la estacada, adopté una táctica evasiva y huí a Granada en un tren con aire acondicionado. Estuve una larga temporada en un albergue juvenil internacional donde se hospedaba gente estimulante e imprevisible, sobre todos los españoles, cuyas conversaciones pasaban de la política a la poesía en una exhalación. A fin de conservar la cordura, a veces tenía que escapar de las apasionadas discusiones para vagar por la calles de Granada en las horas de más calor y ver cómo los niños gitanos jugaban delante de sus cuevas, o pasear por el palacio morisco, la Alhambra, y los jardines del Generalife, estupefacta ante la exótica belleza del lugar.

Me pasaba horas sentada bajo los arcos del Patio de la Acequia del Generalife, contemplando las imponentes paredes que ocultaban los intrincados arabescos color crema de los patios interiores de la Alhambra. Deslumbrante bajo el sol, la ciudad se extendía a mis pies. Una ciudad hermosa pero también cruel. ¿Qué otra podía decir que había asesinado a su hijo más famoso? Fue en Granada donde, al estallar la guerra civil española, los franquistas, el bando rebelde de derechas, mató al español más grande del siglo XX, Federico García Lorca, el poeta que, mediante el color, el ritmo y la imaginación de sus versos, me hizo conocer Andalucía mucho antes de que pisara su suelo.

Durante aquellos largos períodos de solitaria contemplación en un entorno de una belleza espectacular y evocadora, en ocasiones me invadía una extrema soledad. El motivo, que ya empezaba a quedar patente, era comprensible: deseaba tener a alguien con quien compartir mis experiencias. Además, me di cuenta de que la persona con quien más ganas tenía de compartirlas era Stephen. Nuestro entendimiento inicial había encerrado una gran promesa de armonía y compatibilidad. Debido a su enfermedad, cualquier relación con él estaba condenada a ser precaria, breve y probablemente dolorosa. ¿Podía ayudarlo yo a realizarse e incluso a hallar la felicidad? Dudaba que estuviera a la altura de la tarea, pero cuando me confié a mis nuevos amigos de todas las nacionalidades, ellos me animaron a seguir adelante. «Si

te necesita, debes hacerlo», me dijeron.

En Madrid se habían estrellado unos cuantos platos contra la pared durante mi ausencia, según me explicó Sylvia. Pilar estaba cada vez más descontenta con los ingresos que le generaban sus huéspedes, pues sin duda había previsto obtener importantes beneficios de algún tipo, y había echado a Sylvia de la habitación, con lo que teníamos que compartir la mía. Concluimos que eso nos venía bien, ya que juntas nos sentíamos más seguras, pero no era una buena solución a largo plazo para Sylvia, dado que yo me iría en breve y era imposible que ella se quedara sola en la casa. Hasta entonces me había abstenido de explicar a los Lewis la verdad sobre la pensión que habían tenido la amabilidad de buscarme, porque no quería dar la impresión de que no les agradecía su ayuda y hospitalidad, pero había llegado la hora de informarles de lo que sucedía en la casa de Pilar. Sylvia me acompañó al cóctel que los Lewis daban a las seis de la tarde y juntas les hablamos de la serie de hombres repulsivos que visitaban el piso..., porque, si bien a pequeña escala, Pilar regentaba un burdel. Mencionamos, sin entrar en detalles, las correrías que tenían lugar durante toda la noche en las otras habitaciones y las inquietantes sacudidas al picaporte de nuestra puerta, que siempre cerrábamos con llave.

Mientras, en mi última noche en Madrid, Sylvia y yo relatábamos aquellas historias a nuestro fascinado público de expatriados británicos, la señora Lewis farfulló airada con el *gin-tonic* en la mano y los otros invitados sonrieron divertidos. De inmediato corrió la voz de que Sylvia necesitaba alojamiento con la mayor urgencia. Casi todos los invitados habituales de los Lewis trabajaban, al igual que Sylvia, en la embajada británica, aunque ella no los conoció hasta aquella noche. Eran divertidos pero recatados, una buena publicidad para el servicio diplomático, que empezó a atraerme como estimulante perspectiva profesional. Regresé a Inglaterra al día siguiente, en un vuelo para estudiantes, apenada por dejar atrás tantas experiencias, imágenes, sonidos, conocidos e intrigas, pero maravillada por el conjunto de posibilidades enfrentadas, quizá incluso contradictorias, que se extendían ante mí.

## Principios de incertidumbre

Los intentos de ponerme en contacto con Stephen a mi regreso de España fueron inútiles. Según me dijo su madre, ya había vuelto a Cambridge y no se encontraba nada bien. Yo estaba ocupada preparándome para irme de casa y comenzar una nueva etapa de mi vida en Londres y, durante las siguientes semanas de aquel otoño, la actividad académica y social de Westfield en particular, y la de Londres en general, me absorbió por completo. Por eso me enteré del asesinato del presidente Kennedy cuando iba en el metro londinense con un grupo de amigos y vimos los titulares de los periódicos. Fue por esa época, en noviembre de 1963, cuando volví a tener noticias de Stephen, que tenía previsto viajar a Londres para ir al dentista y me preguntó si me gustaría acompañarlo a la ópera. Aunque yo adoraba la música desde la más tierna infancia, apenas la había estudiado y solo había ido a la ópera en una ocasión: a una representación de *Las bodas de Fígaro*, en el teatro Sadler's Wells, con la escuela. Mi único intento de aprender a tocar un instrumento —la flauta— se había malogrado enseguida cuando, a los trece años, me fracturé los dos brazos patinando en el lago helado del parque de Verulamium, los restos de la ciudad romana que dio origen a Saint Albans.

Un viernes por la tarde de aquel noviembre quedé con Stephen en Harley Street, donde Russell Cole, su tío político de origen australiano, tenía el consultorio dental. Andaba a trompicones, tambaleándose, lo cual lo obligaba a pagar caros trayectos en taxi para los desplazamientos largos. Curiosamente, cuanto más vacilantes se volvían sus andares, más categóricas y audaces eran sus opiniones. Cuando nos dirigíamos a visitar la colección Wallace, que se hallaba a poca distancia de Harley Street, declaró de forma terminante que no compartía la veneración que en general se profesaba al presidente asesinado. A su juicio, la manera en que Kennedy había actuado en la crisis de los misiles de Cuba solo podía calificarse de temeraria: había llevado al mundo al borde de una guerra nuclear y fue él, no los rusos, quien había amenazado con un enfrentamiento militar. Más aún —añadió—, era ridículo que Estados Unidos lo considerara una victoria, porque Kennedy había accedido a retirar de Turquía misiles estadounidenses para apaciguar a Jruschov. Pese a la vehemencia con que expresaba sus ideas y a las dificultades para andar, Stephen era infatigable, de modo que al salir de la colección Wallace echamos a andar por Regent Street en busca de un restaurante. Teníamos que cruzar Lower Regent Street y, cuando el semáforo estaba a punto de ponerse en verde para los coches, tropezó en mitad de la calzada y se cayó. Con ayuda de un transeúnte, lo levanté, y en adelante le ofrecí mi brazo para que se apoyara en él. Aturdidos, paramos un taxi para que nos llevara a Sadler's Wells.

La ópera para la que Stephen tenía entradas era *El holandés errante*. Fue espléndida y nos conquistaron la fuerza de la música y el dramatismo del relato

legendario. El holandés, condenado a vagar por los mares, entre tempestades y vendavales, hasta que encontrara una mujer dispuesta a sacrificarse por amor a él, era una figura indómita y torturada, que se lamentaba a gritos de su destino desde las jarcias del buque azotado por las olas. Senta, la muchacha que se enamoraba de él, era pura e inocente. Sin embargo, como les ocurría a la mayoría de las sopranos wagnerianas, su peso la mantenía bien amarrada a la rueda. Al intuir que Stephen se identificaba profundamente con el héroe, empecé a comprender su endiablada forma de conducir. El coche de su padre le permitía desahogar la rabia ante la mala pasada que el destino le había jugado. También él vagaba por el mundo en busca de la redención, de un modo que solo podía calificarse de temerario.

Después de aquella velada, sentí la necesidad de recabar más información sobre la enfermedad de Stephen. Hice varias escapadas al centro de Londres para ver a algunos conocidos que estudiaban medicina y preguntar en minúsculas oficinas de diversas organizaciones benéficas dedicadas a las enfermedades neurológicas. Mis pesquisas no dieron fruto. Quizá fuera mejor no saber. ¿Era el destino de Stephen peor que el que nos amenazaba a todos? Vivíamos con el temor a la nube radiactiva y nadie podía contar con llegar a los setenta.

En la calma de los días invernales entre Navidad y Año Nuevo, visité a Stephen en su casa de Saint Albans. Estaba a punto de marcharse a Londres para ir a la ópera con su padre y sus hermanas. No obstante, su alegría al verme fue tan evidente que no vacilé en aceptar su invitación espontánea: acompañarlos a él y a su padre, la semana siguiente, a ver otra ópera, *El caballero de la rosa*, de Strauss. Al parecer la ópera era un pasatiempo consolidado en el hogar de los Hawking, mientras que yo, una principiante, aún estaba analizando esa forma híbrida de arte. Aunque sin duda podía tener un poder emocional formidable mediante la combinación de la música y el teatro, también podía resultar ridícula si, por un breve instante, el espectador perdía la concentración. Durante el trimestre siguiente Stephen tuvo acceso a un inagotable suministro de entradas para la ópera e iba continuamente a Londres para llevarme a Covent Garden o a Sadler's Wells. En una ocasión me atreví a señalar que preferiría ir a ver *ballet*, dado que era mi pasión desde los cuatro años, pero rechazó la propuesta con un desdén fulminante. El *ballet* era una pérdida de tiempo y la música, trivial; ni siquiera merecía la pena molestarse en escucharla, me dijo.

Stephen seguía yendo con frecuencia a Londres para asistir a seminarios e ir al dentista, y yo viajaba cada vez más a Cambridge para verlo los sábados o los domingos. Aquellas visitas, pese a que las esperábamos con impaciencia, a menudo representaban una desilusión para los dos. El precio del billete de ida y vuelta —diez chelines— se llevaba una buena parte de mi asignación mensual, que era de diez libras, y, aunque nos queríamos, no lo teníamos nada fácil. No hacía falta mucha imaginación para entender que Stephen no podía plantearse una relación estable y duradera debido al deprimente pronóstico de su enfermedad. Probablemente lo único que podía contemplar era una breve aventura, posibilidad que yo —inocente e

inmersa en el ambiente puritano de principios de los años sesenta, una época en que el temor a un embarazo no deseado constituía un poderoso freno— ni me atrevía a concebir. Aquellas perspectivas enfrentadas creaban tanta tensión entre los dos que a menudo yo regresaba a Londres llorando y Stephen probablemente tenía la impresión de que mi presencia solo echaba sal en la llaga de su sufrimiento. Apenas manifestaba sus emociones y se negaba a hablar de su enfermedad. Por temor a herirlo, yo trataba de intuir sus sentimientos sin obligarle a expresarlos y, de ese modo, sin querer, contribuí a que se estableciera entre nosotros una incomunicación que a la larga resultaría insoportable. Ese mismo invierno volvimos a quedar en Harley Street, después de que él tuviera una cita con su especialista.

—¿Cómo ha ido? —le pregunté.

Hizo una mueca.

—Me ha dicho que no me moleste en volver, porque no hay nada que hacer —respondió.

En Westfield, Margaret Smithson, mi compañera de habitación, asistía conmigo a las reuniones de la Unión Cristiana, donde yo esperaba obtener apoyo y orientación para una situación que se volvía muy confusa a medida que me implicaba más en ella. Al igual que sus padres, Stephen no vacilaba en declararse ateo, pese al fervor metodista de sus abuelos de Yorkshire. Era comprensible que, como cosmólogo que investigaba las leyes que regían el universo, no pudiera permitir que sus cálculos quedaran enturbiados por una creencia declarada en la existencia de un Dios creador, aparte de la confusión que la enfermedad podía estar creándole en la mente. Yo me alegraba de haberme librado de la tediosa obligación de ir a misa los domingos, pero no estaba dispuesta a renunciar por completo a mis creencias. Incluso entonces, posiblemente por influencia de mi madre, estaba convencida de que el cielo y la tierra encerraban más de lo que postulaba la filosofía, fría e impersonal, de Stephen. Aunque para entonces ya estaba completamente hechizada por él, cautivada por sus límpidos ojos grises y su ancha sonrisa con hoyuelos, no cedí a su ateísmo. Supe de forma instintiva que no podía permitirme sucumbir a una influencia tan negativa, que no podía ofrecer consuelo, bienestar ni esperanza respecto a la condición humana. El ateísmo nos destruiría a los dos.

Las reuniones de la Unión Cristiana no eran muy concurridas, y pronto lo serían menos. El tema de debate de aquel trimestre era la naturaleza de la gracia divina, pero pronto quedó claro que los líderes del grupo, entre ellos el joven capellán, a quien irreverentemente llamábamos reverendo padre Niebla Meona, estaban convencidos de que solo los cristianos practicantes que habían sido bautizados y confesaban sus pecados podían recibir la gracia divina, la salvación o comoquiera que quisieran llamarlo, y de que solo ellos cumplían los requisitos para entrar en el reino de los cielos. Margaret y yo nos indignamos tanto que salimos de una reunión y elaboramos frenéticamente listas de todos los seres queridos (buenas personas, amigos y parientes) que no reunían las condiciones necesarias. A partir de entonces

mantuvimos largas conversaciones sobre aquellos temas, las cuales continuaron durante las vacaciones, en las que estuve una temporada con ella y su familia en Yorkshire.

Hoy en día es habitual que los estudiantes de idiomas pasen un año entero en el extranjero. En los años sesenta, era un lujo poder pasar un trimestre en el país donde se hablaba la lengua elegida. A finales de abril las alumnas de Westfield cogimos un tren y un barco para realizar un curso de verano organizado por la Universidad de Valencia. Al llegar descubrimos que el curso no existía y que la universidad solo podía ofrecernos unas cuantas clases en español sobre Shakespeare. Nuestra única obligación era recoger los certificados de asistencia al final de trimestre, fuéramos o no a las clases. Solo asistimos a una, en la que se parodió a Macbeth, y decidimos que era suficiente.

Apenas dos semanas después, mientras mis compañeras seguían yendo a la playa, tuve que quedarme en mi habitación de un séptimo piso con un dolor de cabeza atroz que al principio atribuí a una insolación pero que resultó ser un caso grave de varicela. Me sentía terriblemente desgraciada y echaba muchísimo de menos a Stephen. La comunicación telefónica era impensable en aquellos tiempos y él no me escribía pese a las muchas cartas que yo le había mandado. Mi único consuelo eran las amigas de Westfield, cuyas visitas me permitían mantenerme en contacto con el mundo exterior; doña Pilar de Úbeda, la dueña de la casa, y Maribel, su hija mediana, que eran la bondad personificada. Cuando empecé a recuperar poco a poco las fuerzas, entré a curiosear en la cocina, donde doña Pilar me daba clases de gastronomía española, que resultaba mucho más útil que estudiar a Shakespeare en español. Me enseñó a pelar las naranjas en cuartos, a preparar gazpacho y paella. Por fin llegó el momento tan esperado. Al subir al tren con destino a Barcelona, primera etapa de mi viaje de regreso a casa, me alegré de abandonar Valencia: pese a la jugosidad de las naranjas y el omnipresente perfume de los campos de cítricos, me dejó un resabio amargo por el acoso sexual constante a que me vi sometida y la dureza de un régimen represivo que consideraba normal encerrar a estudiantes en la cárcel durante toda una noche y arrancar páginas poco halagadoras de los ejemplares importados del *Times*.

Mis padres fueron a recibirme con Stephen, pero la felicidad del reencuentro duró poco. Enseguida advertí que había cambiado durante mi ausencia: su estado físico no se había alterado de forma visible, salvo que ahora caminaba casi siempre con la ayuda de un bastón, pero una honda depresión le había ensombrecido el carácter. Esto se traslucía en un cinismo amargo y descarnado, favorecido y espoleado por las horas que pasaba escuchando óperas de Wagner a todo volumen. Se mostraba incluso más lacónico y reservado, y apenas se molestaba en disimular su hostilidad y frustración, como si se propusiera disuadirme de que siguiera la relación con él. Era demasiado tarde. Yo ya estaba tan enamorada que no había una salida fácil ni clara.

Aunque doloroso, quizá fuera bueno que pronto tuviéramos que volver a

separarnos: Stephen estaba a punto de viajar a Alemania con su hermana Philippa para visitar el templo wagneriano, el Festspielhaus de Bayreuth, con entradas para el ciclo del Anillo completo. Luego cruzarían en tren el telón de acero con destino a Praga. Entretanto, yo acompañaría a mi padre a una conferencia intergubernamental que tenía lugar en Dijon.

De Dijon fuimos en coche al aeropuerto de Ginebra para recoger a mi madre y luego pasamos un par de días en nuestro retiro favorito, Hohfluh, un pueblo minúsculo del Oberland bernés.

Italia fue arrebatadora, un regalo para la mente y los sentidos. El arte, la historia, la música, la luz y el color nos recibían y seguían adondequiera que íbamos —Como, Florencia, San Gimignano, Pisa, Siena, Verona, Padua— en un vertiginoso despliegue de derroche artístico. Una tarde en Florencia, después de un día ante Miguel Ángel, Botticelli, Bellini y Leonardo da Vinci, mi madre y yo estábamos asomadas a la ventana del hotel mirando, en la otra orilla del Arno, el palacio Pitti, adonde íbamos a oír un concierto. Fue entonces cuando se abrió y me confió los motivos por los que se había casado con mi padre al principio de la guerra. Si lo herían, dijo, quería cuidar de él. Aquellas palabras fueron premonitorias porque, solo unos días después, cuando llegamos al hotel de Venecia, el Della Salute, en un apartado canal detrás de la iglesia homónima, el director sacó una postal dirigida a mí. Era una vista del castillo de Salzburgo y la enviaba Stephen.

No cupe en mí de alegría. ¿Era posible que Stephen hubiera pensado en mí mientras yo pensaba en él? Me daba motivos para atreverme a abrigar la esperanza de que tuviera ganas de verme al final del verano. La postal contenía una cantidad inusitada de noticias. Había llegado a Salzburgo para ver el final del festival, muy distinto al de Bayreuth. Checoslovaquia le había parecido maravillosa y extraordinariamente barata, una buena propaganda para el comunismo. No mencionaba que, en una mala caída en un tren de Alemania, había perdido los dientes incisivos y que su tío dentista de Harley Street tendría que invertir muchas horas de concienzudo trabajo para reponerlos. Con el halo del amor, aun cuando fuera a distancia, Venecia, sus canales, laguna, palacios, iglesias, galerías e islas adquirieron un brillo incluso más glorioso, pero, impaciente por el posible inicio de un nuevo capítulo de mi vida, no me dio pena marcharme y regresar a Suiza.

Stephen se alegró de verme a mi regreso. De forma intuitiva comprendí que había empezado a contemplar nuestra relación desde una perspectiva más positiva y que quizá había llegado a la conclusión de que no todo estaba perdido, de que el futuro no tenía por qué ser tan negro como lo habían pintado sus peores miedos. Ya en Cambridge, un sábado de octubre gris y lluvioso, me propuso matrimonio con vacilación y en apenas un susurro. Ese momento transformó nuestra vida y sepultó en el olvido mi idea de labrarme un porvenir en el servicio diplomático.

## 6

### Telón de fondo

Una vez tomada la trascendental decisión, todo lo demás empezó a encajar, si no de forma automática, sí con cierta determinación y esfuerzo. Sorteamos sin problemas el año siguiente arrastrados por una oleada de euforia. Mi familia y mis amigos se guardaron para sí cualquier recelo que pudieran albergar respecto al estado de salud de Stephen, y los únicos comentarios que escuché se referían a la excentricidad de la familia Hawking.

Esos comentarios no me preocupaban demasiado, porque apreciaba a los Hawking y veía sus excentricidades con respetuosa fascinación. Puede que economizaran en bienes materiales y prefirieran lo viejo y gastado a las modernidades, y sin duda estaban reñidos con la calefacción, hasta el punto de que, si alguien tenía frío, le decían con brusquedad que imitara a Frank Hawking y se pusiera más ropa, por ejemplo una bata, incluso durante el día. Además, como yo había descubierto ya, algunas partes de la casa podían calificarse, no sin benevolencia, de claramente decrépitas. Sin embargo, nada de eso era una novedad para mí. Tan solo indicaba que aquella familia tenía una serie de prioridades que no eran muy distintas de aquellas a las que yo estaba acostumbrada. Mis padres habían ahorrado y aprovechado objetos viejos durante años. Nosotros no éramos ricos y a menudo debíamos apañarnos con lo que teníamos porque una gran parte de los ingresos de papá se destinaba a nuestra educación y a las maravillosas vacaciones de verano. No teníamos calefacción central en casa y yo estaba habituada a pasar ratos sentada ante el fuego con la cara y los dedos de los pies ardiendo mientras notaba en la nuca una helada corriente de aire.

Estando yo presente, los miembros de la familia Hawking rara vez hicieron buenos los rumores de que tenían la costumbre de llevarse libros a la mesa. Las comidas eran en general ocasiones agradables, presididas con serenidad por la madre de Stephen, que mostraba un notable aplomo ante los frecuentes arranques de mal genio de su marido. Aunque podía ser brusco y exigente, Frank Hawking no era insensible. De hecho, derrochaba paciencia y ecuanimidad con el pequeño Edward, que era dado a tener rabietas, sobre todo a la hora de acostarse. En cuanto a Stephen, que al parecer ya no sufría las intensas depresiones del pasado, su naturaleza apacible y filosófica prometía una forma de vida más tranquila.

Como cabía prever, las conversaciones durante las comidas eran de carácter intelectual y abarcaban cuestiones políticas e internacionales. Dado que Philippa había ido a Oxford a estudiar chino, la Revolución Cultural era un tema frecuente. Yo, que conocía muy poco de la historia y la política orientales, juzgaba oportuno quedarme callada para no revelar mi ignorancia. España y Francia parecían muy provincianas y poco atractivas en comparación con Oriente, y ningún miembro de la

familia expresaba el menor interés por esos dos países ni por su cultura. En cualquier caso, los Hawking sabían cuanto había que saber sobre Francia, ya que Isobel tenía parientes franceses. Asimismo sabían cuanto había que saber sobre España, puesto que en 1950 ella y los niños habían vivido tres meses muy cerca de la casa que Robert Graves tenía en Deià, Mallorca, mientras Frank estaba en África consagrado a la investigación en medicina tropical. Beryl Graves era amiga de Isobel desde que se conocieron en Oxford, y la familia idolatraba a Robert Graves.

Cuando se recogía la mesa después de cenar, los jóvenes nos enfrascábamos en algún juego de mesa. Stephen, que era un fanático de esos entretenimientos desde la más tierna infancia, había ideado, junto con su íntimo amigo John McClenahan, un largo y complicado juego dinástico, que contaba incluso con árboles genealógicos, aristocracia terrateniente, fincas enormes, obispados para los hijos menores e impuestos sobre sucesiones. Lamentablemente no conservaban aquel juego, de modo que nos entreteníamos con otros como el Cluedo, el Scrabble y, de vez en cuando, el mahjong, el juego chino de extremada dificultad, con sus características fichas de marfil talladas con delicadeza.

Si no había el número de personas necesario para los juegos de mesa, después de cenar Stephen y yo nos sentábamos junto al fuego y su madre nos contaba episodios de la historia familiar. Yo disfrutaba escuchándola y la admiraba y la consideraba un modelo. Graduada en Oxford, antes de casarse había sido inspectora fiscal. Era inteligente e ingeniosa, se dedicaba por entero a la familia y al parecer no tenía ninguna ambición personal. En aquella época daba clases de historia en un internado femenino privado de Saint Albans, donde era evidente que se infravaloraban sus más que considerables cualidades intelectuales. Asumió la tarea de explicarme, con una objetividad desconcertante, su propio pasado y el de la familia Hawking. Había nacido en Glasgow, donde su padre, hijo de un acaudalado calderero, ejercía de médico, y era la segunda de siete hijos. Aunque se trasladaron en barco a Plymouth cuando todavía era una niña, guardaba un vívido recuerdo de la austera casa de su abuelo en Glasgow, donde los rezos de la familia en el salón, a los que asistía toda la servidumbre, constituían la única diversión.

La del padre de Stephen era una familia de agricultores de Yorkshire temerosos de Dios. Su pretendida distinción provenía de un antepasado de comienzos del siglo XIX que había sido administrador del duque de Devonshire. Desde aquellos tiempos la fortuna familiar había fluctuado, con la consecuencia de que en el siglo XX las aventuras agrarias del abuelo de Stephen habían llevado a la ruina económica. La abuela hubo de asumir la tarea de salvar de la miseria a la familia de cinco hijos — cuatro niños y una niña—, lo que consiguió abriendo una escuela en casa. Se decía que su éxito daba la medida de la fortaleza de su carácter. El dinero, la adquisición y la pérdida de la riqueza constituían elementos destacados en la narración de Isobel, al igual que la marcada tendencia a juzgar a los demás por su inteligencia antes que por su integridad o bondad. El encanto se consideraba un grave defecto y había que

desconfiar profundamente de quienes tenían la desgracia de poseerlo.

Dado que su madre tenía seis hermanos y su padre cuatro, Stephen contaba con legiones de primos hermanos y todo un ejército de primos segundos. Mis padres, en cambio, eran ambos hijos únicos, por lo que yo no tenía ningún primo hermano, solo unos cuantos primos segundos, uno en Australia y el resto en la campiña de Norfolk. Así pues, para mí fue una auténtica conmoción conocer a tantas personas que no solo estaban unidas por un estrecho parentesco, sino que además guardaban una notable semejanza facial. La familia de la madre de Stephen se caracterizaba por pómulos altos, ojos azules muy juntos y cabello castaño ondulado, mientras que los parientes del padre tenían el rostro alargado y mofletudo. En cambio, solo mi hermano tenía un ligero parecido conmigo.

Aunque el divorcio había sido bastante corriente entre los parientes de Stephen y un buen número vivía en el extranjero, conocí a muchos de ellos, a sus amigos, consortes y hasta excónyuges durante la serie de fiestas familiares celebradas aquel invierno. Me trataban con franqueza y cordialidad, y empecé a darme cuenta de la ventaja que podía representar una gran red familiar: ofrecía una sensación de seguridad que compensaba con creces la pérdida de individualidad en el aspecto físico.

En ocasiones Stephen se mostraba extremadamente crítico con quienes no eran sus parientes más cercanos. Una vez que hubo recuperado la seguridad en sí mismo, gustaba de adoptar las maneras de Oxford en cualquier conversación para escandalizar a propósito con sus provocativas afirmaciones. Su comentario de que la catedral de Norwich era un edificio muy vulgar contrarió sobremanera a mi apacible abuela cuando lo llevé a pasar el fin de semana con ella. Consideraba a mis amigos víctimas fáciles y en las fiestas no tenía el menor reparo en monopolizar la conversación con controvertidas opiniones, hasta el punto de que a menudo dominaba la escena social con vehementes y tenaces discusiones.

A mí solía decirme que las flores artificiales eran preferibles a las de verdad en todos los aspectos y que consideraba a Brahms, mi compositor favorito, un músico de segunda fila porque era un mal orquestador. Rajmáninov solo merecía reposar en el cajón del olvido musical, mientras que Chaikovski era sobre todo un compositor de música de *ballet*. Hasta entonces mi conocimiento de los compositores era rudimentario: de Rajmáninov y Chaikovski solo sabía que su música tenía el poder de conmoverme en lo más hondo, y no tenía ni la menor idea acerca de la orquestación de Brahms. Solo más tarde averigüé, con callado regocijo, que, si bien Wagner había despreciado a Brahms, el sentimiento había sido mutuo.

Aunque aplaudía la negativa de Stephen a enredarse en charlas triviales, me ponía nerviosa ver que su arrogancia era de mal gusto y que amenazaba con hacerme perder a mis amigos, cuando no a mis parientes. Durante una etapa temí incluso que por su culpa peligraran mis posibilidades de dedicarme en el futuro a la actividad académica. Estaba contenta de haber abandonado por él mis incipientes esperanzas de

labrarme un porvenir en el Foreign Office, pero me disgustaba que destruyera las oportunidades que yo pudiera tener en el ámbito de la investigación. Cuando le presenté a mi tutor, Alan Deyermond, que por entonces me animaba a considerar la posibilidad de cursar un doctorado en literatura medieval, Stephen se superó a sí mismo. Agitando la copa de jerez como si su punto de vista fuera tan obvio que solo un necio podría discrepar de él, aprovechó encantado la ocasión para decirles a Alan Deyermond y a mis coetáneos que el estudio de la literatura medieval era una ocupación tan útil como estudiar guijarros en la playa. Por fortuna Alan Deyermond, que, al igual que él, se había graduado en Oxford, recogió de buen grado el guante y supo estar a la altura. La discusión acabó en tablas y ambas partes se separaron como buenos amigos. Ante mis protestas en el coche de camino a casa, Stephen se encogió de hombros. «No debes tomártelo como algo personal», me dijo.

Su convicción de que las discusiones intelectuales nunca debían considerarse un asunto personal fue puesta a prueba aquel mismo año. El profesor Fred Hoyle, que había rechazado la propuesta de investigación de Stephen, era por entonces uno de los pioneros en el uso de la televisión para popularizar la ciencia, con grandes resultados. Se había convertido en una figura muy conocida y su éxito le permitía presionar al gobierno para que le proporcionara su propio instituto de astronomía en Cambridge. Era evidente que, si no se satisfacían sus demandas, Hoyle —como tantos otros científicos británicos— se uniría a la fuga de cerebros a Estados Unidos. Gozaba de poder y popularidad, y la prensa seguía con interés sus recientes teorías, en especial las que estaba desarrollando con su alumno indio Jayant Narlikar, cuyo despacho estaba cerca del que Stephen tenía en el viejo edificio Cavendish de Cambridge.

El último trabajo de Hoyle, donde se exponían nuevos aspectos de la teoría del universo estacionario que había desarrollado junto con Hermann Bondi y Thomas Gold, se presentó antes de su publicación en la Royal Society ante un distinguido auditorio de científicos. Cuando se abrió el turno de preguntas, que en tales ocasiones suelen ser bastante respetuosas, Stephen, que estaba presente, pidió hablar. Por fin el presidente advirtió que tenía la mano alzada. Stephen, un inexperto estudiante investigador a quien aún no podía atribuirse ninguna investigación académica de envergadura, se levantó con esfuerzo y les dijo a Hoyle y a sus alumnos, así como al resto del público, que los cálculos de la presentación estaban mal. Los asistentes se quedaron perplejos y a Hoyle le irritó aquella insolencia.

—¿Cómo lo sabe? —preguntó, convencido de que los argumentos de Stephen para cuestionar sus últimas investigaciones podrían refutarse fácilmente.

No esperaba la respuesta de Stephen.

—He hecho los cálculos —dijo, y a continuación añadió—: mentalmente.

Tras aquella intervención empezó a hablarse de Stephen en los círculos científicos, y así encontró el tema para su tesis doctoral: las propiedades de los universos en expansión. Sin embargo, la relación entre él y Fred Hoyle nunca superó

aquel incidente.

Pese a las discusiones —científicas, impersonales o de otra índole—, todo lo que hicimos en el transcurso de aquel año académico iba dirigido a un propósito común: nuestra boda, fijada para julio de 1965. Como no era seguro que se me permitiera seguir siendo alumna de Westfield una vez casada, mi prioridad era obtener el permiso de las autoridades universitarias. Sin él, probablemente habría que posponer un año la boda, pues ambos sabíamos que no había que tomar a la ligera la promesa que mi padre nos había exigido el día de nuestro compromiso: que yo terminaría la carrera. Dado que un año era mucho tiempo en el progreso de una enfermedad como la de Stephen, lo que su padre me recordaba una y otra vez, no podía garantizarse que siguiera con vida al cabo de ese período. Aquella desagradable verdad era un factor que yo debía tener siempre en cuenta al mirar al futuro. En primer lugar, me tocó convencer al profesor John Varey, jefe del Departamento de Español, y a la señora Matthews, la rectora, de que las circunstancias eran urgentes. Planteé tímidamente la cuestión al profesor Varey, quien dijo que la situación era de lo más irregular, pero que si la rectora daba su bendición, él no se opondría.

Dado que mi anterior —y único— encuentro con la señora Matthews había sido la entrevista de 1962, no confiaba en que el resultado fuera favorable. A la hora señalada por su secretaria, las seis de una tarde de finales del primer trimestre de 1964, llegué al edificio de estilo regencia y llamé con mano temblorosa a la puerta forrada de fieltro verde que separaba su piso del área administrativa de la universidad. Por lo visto la señora Matthews percibió mi nerviosismo apenas entré. Me mandó sentar y me puso un cigarrillo en una mano y una copa de jerez en la otra.

—¿Qué ocurre? —empezó a decir. Tenía el ceño fruncido y me miraba a los ojos con interés y preocupación—. No tenga miedo. No voy a comérmela.

Respiré hondo y le expliqué lo mejor que supe mi relación con Stephen, su enfermedad, el pronóstico y nuestros planes de aprovechar al máximo el tiempo que nos quedara. No apartó la vista de mí y apenas dejó traslucir ninguna emoción. Cuando me hubo escuchado sin interrumpirme, fue al grano.

—Naturalmente, si se casa, tendrá que vivir fuera de la universidad. Lo entiende, ¿verdad?

Me animé un poco, pues la rectora no había rechazado de entrada nuestros planes, y asentí con confianza porque en ese tema ya había hecho los deberes.

—Sí, lo sé —respondí—. Me he enterado de que hay una habitación disponible en una casa particular de Platt's Lane.

—Eso es magnífico —dijo la señora Matthews, con la vista fija en las brasas de la chimenea—. Adelante, pues, y aproveche al máximo la oportunidad que se le ofrece.

Hizo una pausa y luego, con un tono ensimismado que nunca le había oído, me confió que ella misma se había encontrado en una situación similar. Su marido sufría una grave discapacidad. Ella era muy consciente de la importancia de que la gente hiciera lo que consideraba correcto. Coincidió con mi padre en que yo debía terminar

los estudios. Me advirtió de que el futuro que me aguardaba no sería fácil. Prometió ayudarme en cuanto pudiera, sobre todo transmitiendo su consentimiento al profesor Varey.

Superado el principal escollo, solo faltaba solucionar la cuestión de mi alojamiento en Platt's Lane, lo que hice sin dificultad. La señora Dunham, la patrona, aceptó de buen grado alquilarme la buhardilla del tercer piso, y tanto ella como su marido demostraron ser unos caseros hospitalarios y pacientes. «Pacientes» porque ni una sola vez se quejaron de que yo monopolizara el teléfono que había en el estudio de la planta baja. Stephen había ideado un método para llamarme por cuatro peniques —el coste de una llamada local— a través de todas las centralitas intermedias entre Cambridge y Londres, de modo que nuestras conversaciones de cada tarde no tenían límite de tiempo. Aparte del placer frenético de la comunicación y la charla amorosa cotidianas, teníamos mucho de que hablar mientras trazábamos planes para el futuro. La enfermedad adquiriría las proporciones de un irritante telón de fondo conforme hablábamos de las perspectivas laborales, la vivienda, los preparativos de la boda y nuestro primer viaje a Estados Unidos, a una escuela de verano en la Universidad Cornell, en el norte del estado de Nueva York, donde las clases comenzarían solo diez días después de la boda.

## De buena fe

Ahora que mis problemas inmediatos se habían solucionado de un plumazo, estaba segura de que en el último curso lograría licenciarme en Londres desplazándome cada semana desde Cambridge, sobre todo porque las últimas investigaciones sociológicas indicaban que los universitarios casados obtenían por lo general mejores resultados que los frustrados estudiantes solteros. Mi padre tuvo la generosidad de seguir pasándome la asignación para ayudarme a pagar los billetes de tren, pero en Stephen recaía la responsabilidad de tener un empleo y unos ingresos con los que mantenernos. Ahora se tomaba en serio la investigación, consciente de que debía tener algún trabajo de envergadura documentado, si no publicado, para solicitar un puesto de investigador universitario. A tal fin, empezó a ampliar las ideas que tanto revuelo habían causado en la conferencia que Hoyle pronunció en la Royal Society. También descubrió, como compensación a sus esfuerzos, que disfrutaba con su trabajo.

Por consiguiente, cuando una fría mañana de febrero de 1965 me recibió en sus habitaciones, situadas ahora, por comodidad, en el edificio principal de Trinity Hall, mostraba algo más que la alegre expectación del joven prometido que espera la llegada de su amada. Su semblante de horrorizada consternación al verme entrar en su cuarto con el brazo izquierdo escayolado bajo el abrigo frustró mis esperanzas de obtener siquiera una mínima muestra de compasión. Yo no deseaba otra cosa, porque las circunstancias en que se había producido la fractura eran demasiado vergonzosas para explicarlas por teléfono.

Lo cierto era que los bailes de Westfield se habían animado considerablemente con la llegada, el año anterior, de alumnos varones a la universidad y la elección de un comité de actividades más dinámico en el centro estudiantil. Ahora contábamos con auténticas bandas que tocaban música de los sesenta, Beatles y *twist*, que a mí me encantaba. En una fiesta de mediados de semana me había entregado a una inocente ronda de *twist* con el novio de otra chica. El suelo estaba tan pulido que mis tacones altos se escurrieron en la resbaladiza superficie y caí pesadamente sobre la mano izquierda extendida. El agudo dolor indicó con claridad que de nuevo me había roto la muñeca, esta vez bailando *twist* en lugar de patinando sobre hielo.

Todavía bastante maltrecha por la mala experiencia, al principio no supe a qué se debía la expresión de horror en el rostro de Stephen, hasta que señaló la máquina de escribir prestada y la pila de papel blanquísimo dispuesta con esmero sobre la mesa. Apenado, me explicó que había contado con que yo le mecanografiara la solicitud de un puesto de investigador en el Gonville & Caius College, de la Universidad de Cambridge, que tenía que entregarse a principios de la semana siguiente. Sintiéndome culpable por mi afición al *twist*, me puse a trabajar con la voluntad de escribir la

solicitud a mano, ya que tenía ilesa la derecha. El ejercicio me llevó todo el fin de semana.

Era impensable que me quedara a dormir en las habitaciones de Stephen. En más de una ocasión, según él, el ojo de lince de Sam, el hosco responsable de los dormitorios y guardián de la moralidad del college en la escalera Q, debía de haber reparado en un fular o un cárdigan míos dejados con descuido en el respaldo de una silla del estudio de Stephen. Olfateando el olor del escándalo y de una presa cautiva —ya que no era amigo de las visitas de jovencitas—, Sam solía asomar la cabeza por la puerta del cuarto de Stephen a primera hora de la mañana, con la esperanza de pillarme apretujada ilícitamente en la estrecha cama individual. Pero sus expectativas de un jugoso escándalo del que informar a las autoridades del college se veían frustradas una y otra vez, porque muchos de los mejores amigos de Stephen me ofrecían hospitalidad los fines de semana. Un buen número de esos amigos ya tenían casa y coche y estaban en camino de tener descendencia, lo que para nuestra generación constituía el curso natural de los acontecimientos. La nuestra fue la última generación cuyos principales objetivos estaban bastante claros: los ideales de un amor romántico, una boda, una casa y una familia. La diferencia en el caso de Stephen y yo estribaba en que nosotros sabíamos que disponíamos de un breve espacio de tiempo para alcanzar dichos objetivos.

Contra todo pronóstico, la solicitud del puesto de investigador se entregó a tiempo y Stephen esperó a que lo llamaran para una entrevista. Sin embargo, las cosas no serían tan sencillas. Aprovechando la fama que le había granjeado su escandalosa intervención en la conferencia de Hoyle, había hablado con el profesor Hermann Bondi al final de uno de los seminarios quincenales que este dirigía habitualmente en el King's College de Londres. Le había preguntado si estaría dispuesto a dar referencias suyas para la solicitud del puesto universitario. Dado que Hermann Bondi vivía en Hampshire y era vecino de la tía de Stephen, Lorraine, y su marido, Rus, el dentista de Harley Street, no parecía necesaria una carta formal. No obstante, unas semanas después Stephen recibió un consternado mensaje del Gonville & Caius College: en respuesta a la petición de referencias sobre Stephen Hawking, el profesor Bondi había negado conocer a ningún candidato de dicho nombre. Dadas las circunstancias y el carácter informal del contacto que Stephen había establecido con él, quizá era comprensible que lo hubiera olvidado. La situación se subsanó mediante una serie de precipitadas llamadas telefónicas y se convocó a Stephen a una entrevista, donde tuvo ocasión de impresionar a los miembros del comité con sus dotes para la argumentación intelectual, tanto más cuanto que ninguno de ellos era cosmólogo, por más ilustres que fueran en otras disciplinas.

Para nosotros, la aparición del nombre de Stephen en la lista de puestos concedidos fue un motivo de jubilosa celebración. Todo estaba saliendo como habíamos esperado y podíamos fijar la fecha de la boda, según lo previsto, para mediados de julio. Sin pensar en el lúgubre pronóstico médico y extasiados en la

dicha del amor y la promesa de éxito, pasamos aquel verano entre nuevas celebraciones, con solo un conjunto de pequeñas nubes molestas en el horizonte, como mis exámenes finales, la cuestión del alojamiento y el mal, hasta entonces desconocido, del impuesto sobre la renta.

Para nuestra indignación, un viento anormalmente frío de realidad hostil puso una de esas pequeñas nubes en nuestro camino con excesiva rapidez y entibió por un tiempo nuestra alegría. Eufórico por la obtención del puesto de investigador, Stephen —dentro de lo que nosotros, jóvenes impacientes, consideramos un período razonable: unos quince días— fue a ver al tesorero de Gonville & Caius. Este informó con frialdad al recién designado miembro investigador de que, dado que no se incorporaría a su puesto hasta el siguiente mes de octubre, resultaba de lo más presuntuoso que acudiera a consultarle seis meses antes. En cuanto a la cuestión planteada por Stephen, un asunto prioritario en nuestra mente, desde luego no estaba dispuesto a decirle qué sueldo ganaría. Y, por si había alguna duda, afirmó categóricamente que, además, la universidad no consideraba que fuera su deber proporcionar alojamiento a los investigadores. Dolidos por el despótico trato, no nos quedó más que conjeturar cuáles serían los ingresos de Stephen y encontrar un sitio donde vivir. Dado que en Cambridge había muchos investigadores casados, dimos por supuesto que de algún modo lograban apañárselas. En cuanto al alojamiento, nos gustó bastante el aspecto de unos pisos nuevos que se estaban construyendo cerca de la plaza del mercado y nos inscribimos en la inmobiliaria para solicitar uno.

Nos sentíamos tan seguros de nosotros mismos, y tan impacientes por iniciar nuestro futuro, que no permitimos que los problemas de carácter práctico nos incomodaran durante mucho tiempo. Desde luego, no íbamos a dejar que la mezquina burocracia frustrara nuestros grandes proyectos y socavara nuestras convicciones. Arremeter contra esos molinos de viento burocráticos se convirtió rápidamente en nuestra versión personal de la rebelión de los sesenta. Sin embargo, nuestra principal batalla era contra las fuerzas del destino. En esta elevada empresa, podíamos permitirnos el lujo de burlarnos de los pequeños escollos que ponían en nuestro camino tesoreros universitarios demasiado rigurosos.

Cuando se lucha contra el destino, solo las grandes cuestiones —la vida, la supervivencia y la muerte— tienen verdadera importancia. Hasta ese momento las fuerzas del destino parecían estar inactivas o bien de nuestro lado, ya que, pese a los obstáculos, nuestro futuro previsible en la atmósfera de la guerra fría de mediados de los sesenta empezaba a parecer tan seguro como el de cualquiera. Para Stephen, la perspectiva del matrimonio significaba que tenía que ponerse a trabajar y demostrar su valía en el ámbito de la física. Con mi simplicidad, yo creía que la fe también contribuía a determinar nuestro camino. En cierto sentido, ambos compartíamos una fe, una fe existencial, en el rumbo que habíamos elegido, pero yo, alentada por mi madre y mis amigos, buscaba una fe en una influencia superior —tal vez Dios— que parecía responder a mi necesidad de ayuda fortaleciendo mi coraje y determinación.

Por otra parte, aunque sabía bien que los Hawking, pese a sus orígenes metodistas, se declaraban agnósticos, si no ateos, me desagradaba su tendencia a mofarse de los asuntos religiosos. Stephen y yo pasamos nuestras primeras navidades juntos solo dos meses después de nuestro compromiso. Asistió al oficio religioso matutino con mi familia, lo que provocó expresiones de asombro y comentarios maliciosos cuando regresamos al número al 14 de Hillside Road.

—¿Te sientes más santo ahora? —le susurró Philippa con un tono cargado de sarcasmo, en el que percibí cierto matiz de inexplicable hostilidad hacia mí.

Él se limitó a sonreír mientras su madre comentaba:

—Desde luego debería ser más santo que tú, porque ahora está bajo la influencia de una buena mujer.

Aquel cinismo era muy distinto del regocijo del que yo participaba sin reservas cuando analizábamos las diversas formas de la ceremonia nupcial. Me horrorizó descubrir que, según se especificaba en el Libro de Oración Común de 1662, se esperaba que me convirtiera en «seguidora de matronas piadosas y discretas». Así pues, opté por la versión de 1928, donde aquella fea frase no aparecía.

El éxito tiene la virtud de engendrar más éxito, y pronto habría nuevos motivos de celebración. Habíamos pasado otro sábado en las habitaciones de Stephen redactando otra solicitud, esta vez para concurrir a un premio, el Gravity, creado por un caballero estadounidense que, en su sabiduría, creía que el descubrimiento de la antigravedad curaría la gota que padecía. Es improbable que los ensayos enviados llegaran a aliviar el sufrimiento del pobre hombre, pero sus generosos premios sí proporcionaron un gran alivio económico a más de un joven físico en apuros. En el transcurso de los años, Stephen iría ganando toda la gama de Premios Gravity, para culminar en el primer premio en 1971. Aunque, con gran disgusto nuestro, la primera solicitud de Stephen no llegó a tiempo para la recogida del correo aquel sábado de 1965, sus esfuerzos se verían recompensados con cierto éxito en el momento oportuno: unas semanas después, me pidieron que bajara urgentemente de la buhardilla de Hampstead para atender una llamada de Stephen. Me telefoneaba desde Cambridge —por cuatro peniques, como de costumbre— para decirme que le habían concedido una mención honorífica, dotada con cien libras, en la competición de los Gravity. Eufórica, bailé por toda la cocina de la señora Dunham. Las cien libras de Stephen —sumadas a las doscientas cincuenta que mi padre había acumulado para mí en la caja de ahorros y prometido darme en mi veintiún cumpleaños— nos permitirían saldar el descubierto de Stephen y comprar un coche. Aquel mismo verano, justo antes de la boda, Rob Donovan, un íntimo amigo de Stephen del Trinity Hall, negoció en nuestro nombre un acuerdo muy favorable con su padre, que se dedicaba a la compraventa de automóviles en Cheshire. Teníamos que elegir entre dos vehículos: uno, un reluciente Rolls-Royce rojo descapotable de 1924, resultaba tentador pero muy poco práctico y estaba por encima de nuestras posibilidades; en el otro extremo de la escala se hallaba un Mini de oferta, también rojo. Stephen tuvo que admitir a regañadientes que el

Mini se adaptaba mejor a nuestro bolsillo y nuestras necesidades, sobre todo porque una de aquellas pequeñas nubes que asomaban en mi horizonte llevaba el siniestro rótulo de «examen de conducir».

Como mis anteriores tentativas habían terminado en fracaso, supuse que presentándome al siguiente examen en un Rolls de 1924 no me ganaría el favor del malhumorado y desabrido examinador que en nuestro último encuentro había vuelto a suspenderme. Llevándose la mano al corazón, había comentado que yo no conducía como una principiante, sino como una conductora curtida: mi despreocupación resultaba alarmante y me acercaba demasiado al límite de velocidad. Debería haber agradecido que, dadas mis recientes experiencias, no excediera el límite de velocidad, adelantara en las curvas o los cambios de rasante ni entrara en las autovías en dirección contraria. Curiosamente, habida cuenta de sus conocidas técnicas de conducción, Stephen todavía tenía un carnet de conducir en vigor pese a que ya no podía conducir, de modo que en mi opinión yo actuaba conforme a la ley al conducir con una licencia provisional cuando él estaba sentado a mi lado. Por fin aprobé el temido examen en el otoño de 1965, tal vez porque al parecer mi bestia negra, el examinador jefe, estaba hospitalizado.

Todos aquellos éxitos y celebraciones de los primeros meses de 1965 señalaban de forma clara nuestro camino futuro, con el resultado de que mis preocupaciones se centraron con mayor intensidad en Cambridge y la boda. Era inevitable que poco a poco me distanciara de mis amigos y coetáneos, tanto de mis compañeros de estudios en Westfield como de mis viejas amistades de baile y de tenis en Saint Albans. La última vez que vi a muchos de ellos fue cuando trabajamos juntos en la oficina de clasificación de correos antes de las navidades de 1964, o bien en la fiesta de mi vigesimoprimer cumpleaños, que los padres de Stephen aceptaron amablemente que celebráramos en su amplia y laberíntica vivienda, mucho más espaciosa que la casa adosada de mis padres.

El regalo de Stephen, unas grabaciones de los últimos cuartetos de Beethoven, solo podía interpretarse como la expresión definitiva de la profundidad de nuestros sentimientos mutuos. Por suerte, ese cumpleaños fue muy distinto al del año anterior, en el que Stephen me había regalado un disco de las obras completas de Webern y luego me había llevado a ver un drama sobre el uso de la silla eléctrica en Estados Unidos. Aquella tarde toda mi familia, incluida la abuela, se había sentado, en un silencioso círculo, en el salón a escuchar la obra entera de Webern. Stephen estaba muy solemne en una butaca, mientras papá hundía la cabeza en un libro, mamá hacía punto y la abuela dormitaba. Con gran aplomo, mi familia se mostró impasible ante los variados estruendos atonales, las largas pausas ilógicas y las chirriantes disonancias de la música.

En 1965, en cambio, la fiesta de mi vigesimoprimer cumpleaños transcurrió de maravilla en el aire cálido de la primavera bajo las luces de colores de la terraza. Fue tan mágica como un cuento de hadas, pero, como todos los cuentos de hadas,

ocultaba un elemento manifiestamente hostil. De nuevo volví a percibir una chispa de resentimiento mal disimulado en la actitud de Philippa hacia mí y no acertaba a entender a qué se debía. ¿Era porque me habían permitido, solo durante una tarde, apoderarme de su casa para mi fiesta? ¿O porque me consideraba intelectualmente inferior, además de «femenina», un término insultante en el léxico de los Hawking? Era evidente que mi fe le parecía ridícula. «No te lo tomes en serio», me dijo Stephen cuando le confié mis preocupaciones, pero aquella reacción desenfadada no me tranquilizó demasiado.

Mary, la mayor de las dos hermanas, se mostraba más afable conmigo. A Stephen le había costado perdonarle que viniera al mundo apenas dieciocho meses después que él, según decía la madre. Mary, tímida y apacible por naturaleza, se había encontrado en una posición nada envidiable en la familia, entre dos personalidades de inteligencia y determinación excepcionales: Stephen y Philippa. Como autodefensa, se había impuesto un molde intelectual ferozmente competitivo, cuando en realidad su talento era de carácter más creativo y práctico. Con una intensa lealtad a su padre, había estudiado medicina, y era con él con quien se comunicaba con mayor libertad. Aunque mis padres habían oído, de boca de varios amigos de Saint Albans, relatos de primera mano sobre la actitud seca y mordaz de Frank Hawking con su personal del Laboratorio de Investigación Médica de Mill Hill, conmigo se mostraba caballeroso y considerado. Era una lástima que no ofreciera una mejor imagen al mundo exterior, puesto que era un hombre sensible, generoso y honrado. Repetidamente, con la encantadora franqueza propia de Yorkshire, me decía cuánto se alegraban él y su familia de mi noviazgo con Stephen y prometía con sinceridad ayudarnos en todo lo posible. Como es lógico, se sentía afligido por el diagnóstico de la enfermedad de su hijo y, pese a que le complacía nuestro matrimonio, su formación médica le obligaba a adoptar un punto de vista estrictamente ortodoxo y pesimista. Mi padre, que había encontrado por casualidad información sobre un médico suizo que afirmaba que podía tratar las afecciones neurológicas mediante una dieta controlada, se había ofrecido a pagarle a Stephen un viaje a Suiza para que siguiera el tratamiento. Con la dudosa ventaja de sus conocimientos médicos, Frank Hawking tachó de infundadas las afirmaciones del suizo. Él, por su parte, solo podía advertirme de que la vida de Stephen sería corta, al igual que su capacidad de mantener una relación conyugal. Asimismo, me aconsejaba que, si queríamos tener familia, no lo pospusiéramos, pues aseguraba que la enfermedad de su hijo no era hereditaria.

La madre, que me confió su convencimiento de que los primeros síntomas de la enfermedad de Stephen se habían manifestado en forma de una afección desconocida cuando tenía trece años, también opinaba que yo debía estar bien informada de los espantosos cambios que cabía esperar que se produjeran a medida que la enfermedad degenerara. Sin embargo, si los únicos tratamientos disponibles se tildaban, acertada o equivocadamente, de disparatado curanderismo, yo no veía qué sentido tenía destruir mi posible optimismo natural con una letanía de siniestras profecías sin el

menor consejo paliativo. Le respondí que preferiría no conocer los detalles del pronóstico, porque amaba tanto a su hijo que nada me disuadiría de casarme con él: crearía un hogar para Stephen, una vez descartadas mis anteriores ambiciones personales, que eran insignificantes en comparación con el reto que ahora afrontaba. A cambio, con toda la inocencia de mis veintiún años, confiaba en que Stephen me querría y me animaría a satisfacer mis propios intereses. Confiaba asimismo en que cumpliera la promesa que había hecho a mi padre cuando pidió mi mano: que no me exigiría más de lo que yo razonablemente pudiera hacer, ni tampoco se convertiría en un lastre para mí. Ambos habíamos prometido a papá que yo terminaría los estudios universitarios.

Los planes para la boda avanzaban con celeridad, acompañados de numerosos viajes entre Saint Albans y Cambridge y de las desavenencias típicas de las bodas en todas partes: Stephen, apoyado por su padre, se negaba a llevar chaqué, mientras que mi padre y mi hermano insistían en mantener un estilo apropiado. Stephen se negaba igualmente a ponerse un clavel en el ojal, ya que los consideraba chillones y vulgares, aunque a mí me recordaban a España por su color y fragancia. Las rosas proporcionaron una solución de compromiso satisfactoria. Mi padre opinaba que ninguna boda estaba completa sin unos cuantos discursos, lo cual desagradaba a Stephen, que se negó en redondo a decir nada. La cuestión de las damas de honor se planteó y quedó sin resolver, lo que dejó un hueco que, llegado el momento, llenó hábilmente Edward, quien entonces contaba nueve años, como improvisado paje. Por suerte se acordó, sin que se oyeran voces discrepantes, que nos casaríamos en la capilla de Trinity Hall, cuyo capellán, Paul Lucas, oficiaría la ceremonia. La víspera del servicio religioso del jueves 15 de julio habría una modesta ceremonia civil en el Shire Hall de Cambridge, ya que los colleges no estaban autorizados a celebrar bodas y las veinticinco libras que costaba un permiso especial del arzobispo de Canterbury se consideraron un gasto innecesario. Habiendo elegido a propósito un local pequeño, ahora teníamos dificultades para acomodar a todos los invitados. Hubo que eliminar de la lista a algunos amigos y parientes, y enviar a otros a la galería del órgano.

En medio de esta confusión, yo batallaba con Napoleón III, la Comuna de París de 1871 y los exámenes finales de francés. Poco antes de la boda, Stephen asistió a su primer congreso sobre relatividad general, que aquel año, para comodidad nuestra, tuvo lugar en Londres. Yo lo acompañé a la recepción oficial del gobierno, celebrada en Carlton House Terrace, donde conocí a un buen número de los físicos que más tarde desempeñarían un papel importante en su carrera: Kip Thorne, John Wheeler, Charles Misner, George Ellis y dos científicos rusos. Con muchos de ellos trabaríamos una amistad duradera. Fue en aquel congreso donde los relativistas del mundo, entre ellos Stephen, sintieron por primera vez el febril entusiasmo por la investigación de los agujeros negros —en aquella época conocidos con la expresión, más pedestre y menos gráfica, de «estrellas colapsadas»— que no los abandonaría durante décadas.

Tras la boda civil, oficiada el 14 de julio por el secretario del registro entre los archivadores y las flores artificiales de Shire Hall, mi suegra se acercó a mí y, con una sonrisa socarrona, me dijo: «Bienvenida, señora 'awkins, porque así es como te conocerán de ahora en adelante». Al día siguiente, festividad de san Suituno, Rob Donovan, padrino de Stephen, nos guió hábilmente a nosotros y a nuestros seres queridos a través de la ceremonia nupcial y las celebraciones posteriores en los terrenos de Trinity Hall, sin que se produjera ningún contratiempo. Fue toda una hazaña, aunque solo fuera por el número de parientes ancianos y la anchura inmensa del sombrero de Philippa, que, con un superabundante derroche de dedaleras, espuelas de caballero y amapolas, rivalizaba con los jardines universitarios en exuberancia floral. Fue un día feliz, a pesar del cielo gris y la llovizna intermitente. Por fin, a última hora de la tarde, tras la recepción en el salón del college, donde mi padre había dado las gracias públicamente a Stephen por desembarazarlo de mí, Rob Donovan nos llevó a las afueras de Cambridge. Había aparcado nuestro recién adquirido Mini rojo, con la L de conductor novato, en una calle secundaria, bien lejos del alcance de los malévolos propósitos de mi hermano. Me senté al volante y, con Stephen al lado, me separé con cautela del bordillo y puse rumbo a Long Melford, en Suffolk, y al Bull Inn.

## 8

### Introducción a la física

En un abrir y cerrar de ojos aquella idílica primera semana de matrimonio no fue más que un feliz recuerdo: un recuerdo de los tortuosos callejones y los lujuriantes jardines de Suffolk, las antiguas iglesias rurales y los pueblos con casas de paredes entramadas. Una vez que hubo finalizado, mientras esperábamos a que el avión despegara rumbo a Nueva York, tras haber embarcado mucho antes que los demás pasajeros, aquella maravillosa semana, con las excursiones diurnas a aldeas soñolientas, casas de campo y la costa, fue reemplazada rápidamente por el inexorable avance de la ciencia, la síntesis de tradiciones y el ritmo del Nuevo Mundo.

La primera imagen que tuvimos de Nueva York fue deprimente. Mientras volábamos justo por encima del nivel de los rascacielos a través de una densa niebla tóxica, los edificios emergían como gigantescas jabalinas a punto de atravesarnos con sus puntas. Costaba creer que en aquel infierno vivieran y trabajaran seres humanos. Mis sospechas de que habíamos aterrizado en un moderno Brobdingnag quedaron confirmadas cuando nos condujeron a la limusina enviada para que nos recogiera en el aeropuerto de Ithaca y nos llevara a la Universidad Cornell. Todo —los coches, las calzadas, los edificios— era diez veces mayor de lo que yo había visto jamás; hasta la amplia extensión de agradables campos verdes parecía perderse en el infinito. Pero para mí, una lingüista acostumbrada al reto de una lengua extranjera al otro lado del Canal, a solo veintitrés millas, el aspecto más desconcertante era que hubiéramos recorrido miles de millas solo para encontrarnos entre gente que hablaba nuestro mismo idioma, el cual, sin embargo, al igual que el resto del país, había sufrido los efectos de la inflación en el camino.

Nuestro alojamiento era una habitación con dos camas en el tercer piso de una residencia universitaria nueva del campus de Cornell. Como ambos estábamos bastante acostumbrados a la vida estudiantil, aquello no representaba ningún problema. Lo que nos desconcertó fue que el tercer piso se había destinado al hospedaje de familias mientras durara la escuela de verano, de modo que nos vimos abocados a sobrevivir como mejor pudimos entre parejas con bebés y niños pequeños que lloraban toda la noche o protestaban sentados en el pasillo mientras sus padres celebraban fiestas en la zona de ocio. Esta circunstancia imprevista supuso un abrupto final a la luna de miel que teníamos intención de reanudar en el lado americano del Atlántico. Aunque no cabía duda de que algunos chiquillos eran encantadores, una estancia en una gigantesca guardería no era precisamente lo que esperábamos.

Los problemas se agravaron debido a la logística del campus. Para una persona sin ninguna discapacidad, no presentaba la menor dificultad, pero, dado que la residencia universitaria quedaba a casi una milla de la sala de conferencias y que

carecíamos de medio de transporte, para Stephen era una verdadera proeza llegar a tiempo a las clases. Podía caminar por sí solo, pero avanzaba despacio; andaba con mucha mayor rapidez si contaba con un brazo en el que apoyarse, de modo que, encantada de cumplir con mi nuevo papel, yo iba con él a todas partes.

Me pasaba gran parte del día acompañándolo a la sala de conferencias y de vuelta a la residencia y comprando en la cercana tienda del campus. Para llenar las horas intermedias, que eran tan cortas como largas las distancias, estudiaba en la biblioteca. Entonces, para dar variedad a la dieta monotemática de estudios hispanos, se me ocurrió pedir prestados en secretaría una máquina de escribir y un escritorio y me puse a mecanografiar el borrador preliminar de los primeros capítulos de la tesis doctoral de Stephen. Puede que los universos en cuestión se expandieran, pero por encima y por debajo de cada línea danzaban tantas formas y figuras jeroglíficas incomprensibles —aparte de los números convencionales y los signos matemáticos— que pronto se hizo evidente que aquella empresa en concreto iba a convertirse en una pesadilla tipográfica.

Aunque es posible que no esperara meterme de lleno en la cotidianidad del matrimonio con un físico en la segunda semana de luna de miel, me alivió tener una ocupación útil. También me alegraba ser testigo de la intensa emoción que sentía Stephen al entrar en círculos científicos internacionales donde ya empezaba a ser reconocido. Le satisfacía especialmente su creciente colaboración con Roger Penrose, físico británico algo mayor que él, en un proyecto matemático conocido como la teoría de las singularidades o del colapso gravitatorio. Dicha teoría proponía que cualquier cuerpo que sufre un colapso gravitatorio debe de formar una singularidad, una región del espacio-tiempo donde las leyes de la relatividad dejan de regir, probablemente debido a que la curvatura del espacio-tiempo se vuelve infinita. En el caso de una estrella que se colapsa bajo su propia gravedad cuando su superficie y su volumen se reducen a cero, Roger conjeturaba que la singularidad quedaría oculta en lo que más tarde pasaría a denominarse un agujero negro. Inspirándose en la teoría de Roger y en el trabajo de los rusos Lifshitz y Jalatnikov, Stephen confiaba en que esas ecuaciones podían invertirse en el tiempo para demostrar que cualquier modelo expansivo del universo debía de haberse iniciado con una singularidad, lo cual proporcionaba la base teórica del *Big Bang*. Las ecuaciones también le brindarían una trascendental conclusión a su tesis.

La llegada, como un barco a toda vela, de Joan, la esposa de Roger Penrose, desde el hogar familiar en Detroit, con un niño pequeño en un portabebés colgado del pecho, otro cogido de la mano y su anciana madre detrás, alivió un poco el tedio de la vida en el tercer piso. Joan había cursado la especialidad de oratoria, un atributo útil para controlar a una familia de varones, y un arte aún más esencial, como yo empezaba a comprender, para dejar sentir su presencia en el mundo de los físicos, donde las esposas —aunque muchas de ellas llevaran un montón de niños a remolque— pasaban casi inadvertidas. Las pocas que tenían conocimientos de matemáticas o

física tendían a adoptar un comportamiento masculino, más competitivo, mientras que aquellas con un talento latente, medio olvidado, en otras áreas solían mostrarse quisquillosas y desconfiadas. La física parecía haberles pasado factura, y todas tenían algo en común: eran ya, a efectos prácticos, viudas; viudas de la física.

La última semana de la escuela de verano alguien —creo que Ray Sachs, un extravertido físico californiano, padre de cuatro hijas— tuvo la brillante idea de organizar una reunión social, un pícnic en el campo, para familias. Allí nos presentaron a más esposas y a más hijos, pero la persona que mayor impresión nos causó fue un americano impasible de Texas, Robert Boyer, con quien Stephen había establecido ya una relación profesional. Robert me incluyó en la conversación de un modo agradable y natural, y habló de temas distintos de la física. De hecho, hay que decir que a solas muchos físicos podían mostrarse bastante encantadores, afables y prácticos. En grupo, no obstante, su tendencia natural era entregarse inexorablemente a interminables discusiones y debates, casi siempre sobre física. Pero había un tema de conversación que rivalizaba con la física e inquietaba cada vez, no solo a todos los académicos, sino a todos los jóvenes: de dicho tema, Vietnam, se conversó ampliamente en el pícnic. El creciente peligro de la guerra se veía con temor y aborrecimiento; amenazaba con segar como una guadaña la juventud de la nación por una causa que solo defendían los militares y los intolerantes.

La última noche, finalizada ya la escuela de verano, cuando estábamos sentados en las escaleras de la residencia universitaria contemplando la luna llena suspendida en un cielo traslúcido, me presentaron al profesor Abe Taub, el paternal artífice de la escuela de verano, quien, junto con su esposa, Cice, también tomaba el fresco y admiraba el cielo nocturno. Los escuchamos fascinados mientras hablaban de su vida en California, de la vista del puente Golden Gate desde su casa de San Francisco, y del campus y el departamento de ciencia de Berkeley, donde Abe era el jefe del Grupo de Relatividad. Capté una tímida invitación de Abe a Stephen y el entusiasmo de este, aunque no se realizó ninguna propuesta formal.

Entramos en la residencia y estábamos a punto de reanudar la conversación, cuando, sin previo aviso, Stephen, quizá afectado por el fresco de la noche, sufrió un terrible ataque de asfixia, el primero que yo presenciaba. La enfermedad, al parecer latente durante mucho tiempo, se manifestaba de repente con toda su auténtica furia aterradora. El acechante espectro surgió de las sombras y lo agarró por la garganta, lo sacudió, lo zarandó como a una muñeca, lo pisoteó y proyectó la tos rasposa de Stephen por toda la habitación, hasta que el propio aire resonó con un resuello estruendoso y aterrizado. Indefenso en las garras del enemigo, Stephen quedaba fuera de mi alcance. No estaba preparada para aquel súbito encuentro con el pavoroso poder de la enfermedad de la motoneurona, el miembro hasta entonces oculto de nuestro matrimonio. Al final Stephen logró indicarme por gestos que le golpeará en la espalda, y lo hice enérgicamente, decidida a expulsar al monstruo invisible. Por fin este retrocedió con la misma rapidez con que había aparecido, dejándonos a nosotros

extenuados y a los espectadores cortésmente mudos. Este ataque supuso una gran conmoción para ambos, un aviso aciago de un futuro azaroso. Los sueños de California se desvanecieron en la neblina de la fantasía de la que habían empezado a surgir.

Cuando regresamos a Nueva York, la experiencia de Cornell me había convertido rápidamente —a los veintiún años— en una seguidora más bien confusa de las matronas discretas, si no piadosas. La diabólica naturaleza de la enfermedad había anunciado su presencia de una forma mucho más dramática que en la cojera, la dificultad de movimiento y la falta de coordinación anteriores. Como si eso no fuera suficiente, yo intuía que otro miembro acechaba en nuestro ya superpoblado matrimonio. Ese cuarto miembro apareció primero como una quiescente amiga de confianza que señalaba el camino hacia el éxito y la satisfacción para quienes la siguieran. De hecho, demostró ser una rival implacable, exigente como una amante; una sirena inexorable que atraía a sus devotos a profundos pozos de obsesión. Se trataba de la física, mencionada por la primera esposa de Einstein como «la otra» en el proceso de divorcio.

La ciudad de Nueva York nos proporcionó a la vez un necesario respiro de aquellos pensamientos sombríos y la oportunidad de restablecer el equilibrio de nuestra relación, sin el compañerismo engatusador de otros físicos. Un colega de Frank Hawking tuvo la generosidad de ofrecernos una habitación durante el fin de semana. Su piso de Manhattan gozaba de una ubicación inmejorable para las visitas al Museo Metropolitano, el Empire State Building, Times Square y Broadway. Apenas sentí pesar cuando nos despedimos de Nueva York. En el autobús que nos llevó al aeropuerto Kennedy, miré hacia atrás, hacia la maciza línea de rascacielos delineados con nitidez que, en posición de firmes, formaban una masa gris en el horizonte, y pensé que nunca había visto una aparición de tan monstruosa brutalidad. Estaba impaciente por volver a las proporciones manejables, aunque angostas, y a los caminos anticuados pero menos frenéticos del mundo liliputiense al que yo pertenecía. Mi sitio estaba en un continente atemperado por la historia y por cierto sentido de los valores poéticos, donde —pensaba yo ingenuamente— había mayor estabilidad y las personas dedicaban más tiempo a los demás.

## 9

### La callejuela

Mis sentimentales ilusiones acerca de la estabilidad de la vida en el lado europeo del Atlántico se disiparon al poco de nuestro regreso a Inglaterra, donde me enteré de que mis padres estaban a punto de mudarse a una casa situada a solo treinta puertas del hogar donde yo había vivido desde los seis años. La ruptura con el pasado se consolidaba sin remedio en forma de ladrillos y mortero. Si bien el piso que Stephen y yo habíamos reservado en la plaza del mercado de Cambridge aún no estaba terminado la última vez que nos informamos, teníamos que encontrar urgentemente un hogar propio, aunque solo fuera para guardar los regalos de boda. Tras cargarlos junto con el equipaje en el Mini rojo, partimos hacia Cambridge y fuimos derechos a la agencia inmobiliaria. Nos dijeron que los pisos ya estaban acabados, pero que, como el agente no tenía constancia de nuestros nombres ni de nuestra reserva, ya los habían alquilado todos.

Hablamos de nuestro siguiente paso durante un almuerzo sombrío. Stephen decidió encararse de nuevo con el tesorero de Caius, con la vana esperanza de persuadirlo de que nos ayudara, siquiera durante un tiempo. Fuimos juntos a desafiar al ogro en su guarida. Para nuestra sorpresa, en los últimos seis meses la tesorería había cambiado de titular, que era ahora el profesor de tibetano. Sin embargo, el puesto era una sinecura, dado que nunca había estudiantes de dicho idioma, de modo que disponía de tiempo suficiente para supervisar los asuntos económicos del college. A diferencia de su predecesor, no reprendió indignado a Stephen, sino que escuchó muy serio, incluso con indulgencia, la solicitud y luego dio con una solución brillante, que dibujó una tenue sonrisa en su severo rostro.

—Sí —musitó—, creo que podríamos ayudarlos, solo a corto plazo, desde luego, pues ya saben que el college tiene por norma no proporcionar alojamiento a los investigadores, ¿verdad?

Asentimos, con el corazón en un puño. Él consultó una lista.

—Hay una habitación libre en la residencia de Harvey Road. Son doce chelines y seis peniques por noche para un hombre, de manera que pondremos otra cama y serán veinticinco chelines por noche para los dos.

Reprimimos la indignación que nos provocó la artimaña porque no teníamos otro lugar al que ir, ya que los hoteles no estaban al alcance de nuestro bolsillo, pero juramos que pasaríamos el menor tiempo posible en Harvey Road.

Si bien las autoridades del college eran severas y cicateras, los empleados, en particular la gobernanta de la residencia, no podían ser más amables. Esta sería una característica habitual del personal de servicios: encargados de la limpieza, operarios, jardineros, porteros y camareros. Indefectiblemente mostraban una calidez y una cordialidad que a menudo brillaban por su ausencia en la atmósfera enrarecida de la

cumbre del escalafón. La gobernanta nos caldeó la habitación, aireó las camas, nos llevó té y galletas aquella primera noche y nos sirvió el desayuno a la mañana siguiente.

El día anterior, Dennis Sciama, director de la tesis de Stephen, había acudido rápidamente al rescate poniéndonos en contacto con un miembro del Peterhouse College que deseaba subarrendar la vivienda que tenía alquilada a dicho college. La casa estaba sin amueblar, pero podíamos disponer de ella de inmediato, y además su emplazamiento era ideal para nosotros: una de las callejuelas más antiguas y pintorescas de Cambridge, Little Saint Mary's Lane, a menos de cien yardas del departamento de Stephen, que hacía poco se había trasladado al edificio de la antigua imprenta Pitt Press, en Mill Lane.

Dado que el número 11 de Little Saint Mary's Lane no contenía ni un solo mueble, tuvimos que hacer de tripas corazón, echar mano de nuestros caudales, los ahorros y el dinero que nos habían regalado para la boda, y salir a comprar los muebles básicos, una cama y un hornillo eléctrico. Mientras esperábamos a que nos entregaran la cama, salí a comprar provisiones y Stephen se quedó apoyado contra la pared desnuda del salón, a falta de un sitio donde sentarse. Al regresar, me sorprendió verlo cómodamente sentado en una silla de cocina azul. Me explicó que una vecina de la calle había ido a presentarse y, al encontrarlo apoyado en la pared, había tenido la amabilidad de llevarle la silla, que podíamos quedarnos hasta que tuviéramos los muebles. La señora en cuestión era Thelma Thatcher, esposa del antiguo «censor», o director, de Fitzwilliam House, que vivía en el número 9. Thelma Thatcher se convertiría en una de las influencias más benévolas y divertidas de nuestra vida durante los diez años siguientes. Aquella noche preparamos la cena en una cacerola marca Cornell con nuestro hornillo eléctrico de un solo fogón, bebimos jerez en nuestras copas de cristal y, usando una caja como mesa, comimos en nuestra vajilla de porcelana fina con nuestra reluciente cubertería de acero inoxidable, Stephen sentado en la silla de cocina de los Thatcher y yo arrodillada en el desnudo suelo de baldosas blancas. Daba igual que fuera algo improvisado: celebrábamos la suerte de tener un techo durante los tres meses siguientes.

Con la entrada protegida por dos iglesias a modo de centinelas —la victoriana de la Iglesia Reformada Unida a la derecha, y la parroquia medieval de Santa María la Menor a la izquierda—, la callejuela queda oculta a la vista. Los turistas solo la descubren por casualidad. Hoy en día está cerrada al tráfico gracias a una campaña de los residentes, en la que participamos Stephen y yo. La casa del número 11 es la última de la hilera principal de casitas de tres pisos del lado derecho, algunas de las cuales probablemente se remontan al siglo XVI. Cuando en 1965 nos instalamos en ella, el Peterhouse College acababa de remodelarla.

En el lado sur de la calle, una verja de hierro rodea el cementerio de Santa María la Menor, un descuidado jardín silvestre que aquel mes de septiembre reventaba de rojos escaramujos y de espinos y rebosaba del olor de las rosas de otoño. Las pocas

lápidas que todavía quedaban en pie estaban tan deterioradas que sus inscripciones se habían vuelto ilegibles, pese a que las largas ramas de los altísimos sicomoros y los tallos nudosos de la glicina las protegían de los peores estragos de los elementos. La naturaleza, que había absorbido con delicadeza a los muertos de siglos anteriores para tenerlos de nuevo en su seno, los resucitaba en forma de una profusión de flores que se encaramaban a la verja y se extendían hasta acariciar la vieja y torcida lámpara de gas que de noche alumbraba la calle con su resplandor sulfúreo.

Thelma Thatcher se había erigido en guardiana de la callejuela. Había plantado muchos de los rosales del camposanto, adonde llevaba a pasear a Matty, su King Charles spaniel, al que envolvía las patas en bolsas de plástico cuando llovía. Con toda naturalidad asumía la responsabilidad de velar por el bienestar de todos los vecinos, fueran cuales fuesen su edad y circunstancias. Apenas había transcurrido una semana y ya nos había prestado más sillas, mesas, cazuelas y sartenes; había encontrado quien nos dejara una cocina de gas —la hermana Chalmers, enfermera de Peterhouse, que se mudaba a un apartamento del college totalmente equipado—; había empezado a buscarnos otra vivienda para cuando expirara nuestro contrato de alquiler, y nos había servido innumerables copas de jerez en el salón, elegante, sumamente pulido y lleno de antigüedades, de su bonita y vieja casa enjalbegada.

En 1965 debía de tener setenta y tantos años, aunque con su porte erguido, su cabello negro y su majestuosa figura, aparentaba diez menos. Combinaba la chispa de una hábil anecdotista con un notable espíritu práctico. De un modo que recordaba al de la actriz, cómica y cantautora Joyce Grenfell, bajaba los humos a muchos pomposos académicos de Cambridge. Su estilo era aristocrático y enérgico, pero siempre sustentado en unos valores cristianos profundamente sentidos y sinceros. Como defensora confesa del *establishment*, por lo que representaba cuanto Stephen despreciaba, sus víctimas naturales eran los progresistas de ideas confusas. No obstante, Stephen encontró en ella la horma de su zapato, y no pudo por menos que respetarla por su bondad y generosidad, si bien eran polos opuestos.

Durante los meses siguientes, Thelma Thatcher nos cobijó bajo su ala como una gallina clueca. Cuidaba amablemente de Stephen cuando yo estaba en Londres, además de atender las necesidades tanto de su anciano esposo —quien, según ella, la había arrancado de la cuna— como de su hija Mary, una mujer vivaz e independiente, que estaba reuniendo un archivo fílmico sobre la vida doméstica de los británicos en India.

El tiempo pasó deprisa y tuve que volver a Westfield para cursar mi último año. Separarme de Stephen cada lunes era de lo más doloroso, y aquella forma de vida resultaba dura para ambos. Él era lo bastante capaz de cuidar de sí mismo para vivir solo, pero por las tardes, a menos que lo invitaran a otro sitio, tenía que emprender una larga y arriesgada caminata por King's Parade para comer en el college. Anne Young, nuestra amiga australiana, siempre estaba pendiente de verlo pasar por delante de su ventana, y por lo general, después de la comida, alguno de los colegas

más jóvenes lo acompañaba a casa, donde a continuación me llamaba por teléfono para contarme cómo había ido el día.

Yo llevaba una vida agotadora. Partía hacia Londres los lunes por la mañana y, tras pasar la semana en Westfield, los viernes por la tarde me unía de nuevo a quienes se desplazaban a diario de casa al trabajo. Nerviosa por llegar a Cambridge y reunirme con Stephen —a tiempo para el ciclo de conferencias de Nikolaus Pevsner sobre arquitectura renacentista, al que asistíamos juntos—, en el metro me mordía las uñas mientras contaba los minutos y me preguntaba cuánto rato permanecería el convoy en el túnel, pues temía perder el tren al hacer transbordo en Liverpool Street. Durante varios años, mis peores pesadillas eran sueños en los que quedaba atrapada en un túnel del metro.

Entre semana la presión no disminuía: las traducciones del inglés al español y viceversa, los trabajos de clase y las monografías para los seminarios tenían un plazo de entrega, y el único momento del que disponía para hacerlos eran las noches. Los sábados y domingos se me iban en comprar, lavar la ropa, realizar las tareas domésticas y mecanografiar la tesis de Stephen, que en parte él garabateaba con una letra casi ilegible durante la semana y en parte me dictaba en nuestro salón, sin más muebles que la flamante mesa de comedor, a la que yo me sentaba ante la máquina de escribir. Los suplicios de aquel curso preuniversitario de secretariado daban ahora sus frutos. La taquigrafía había tenido una relativa utilidad para tomar apuntes en conferencias, pero la temida mecanografía era una bendición a la hora de presentar las leyes de la creación, puesto que nos ahorra un dineral en honorarios profesionales. La tesis vislumbrada en Cornell —con sus ecuaciones y signos, símbolos y coeficientes, letras griegas, números por encima y por debajo de la línea, y universos finitos e infinitos— me aturdí. Sin embargo, dado que se trataba de una tesis científica, por fortuna era breve. Además, saber que mis dedos estaban consignando en el papel los inicios del universo me proporcionaba una pequeña satisfacción. Me sobrecogía pensar que todos aquellos números, letras y signos misteriosamente cifrados penetraban los secretos del profundo y negro infinito. Pero entretenerse demasiado tiempo con la inmensidad poética del tema era contraproducente, ya que me distraía de todos aquellos puntitos y jeroglíficos situados por encima y por debajo de la línea, y perder solo uno de ellos podría convertir los orígenes del universo en un terrible caos y trastornar el orden entero de la creación.

Y estaba no poco orgullosa de hacer mi propia contribución, aparte de la puramente mecánica de mecanografiar el texto. El inglés de Stephen dejaba mucho que desear. Su habla estaba plagada de muletillas como «ya saben» y «quiero decir», y al escribir mostraba poco interés por el idioma. En cambio a mí, como hija de un funcionario público entregado a su trabajo, me habían enseñado desde una edad temprana a emplear la lengua con precisión, a valorar su claridad y riqueza. Era pues un área en la que yo, al colaborar con Stephen, podía ayudarlo en el plano intelectual

antes que en el físico, además de contribuir a salvar la brecha entre las artes y las ciencias.

Los fines de semana eran también el momento de comprar más enseres domésticos, explorar Cambridgeshire y ver a los amigos. Pasamos toda la tarde de un sábado en una tienda de electrodomésticos tratando de decidir si podíamos permitirnos pagar cinco libras más por un refrigerador mayor que el que entraba en nuestro presupuesto. Teniendo en cuenta que el sueldo de Stephen, como por fin habíamos averiguado, era de mil cien libras al año, mientras que el alquiler y los gastos semanales de la casa cuando ambos estábamos en ella —sin contar otros muchos— ascendían a diez libras, pagar cinco libras más en una compra constituía un desembolso importante.

Un domingo por la tarde sacamos el Mini del garaje con la intención de visitar el monumento de interés histórico local: la casa solariega de Anglesey Abbey. Como el aparcamiento se hallaba a media milla de la casa, conduje por la arbolada avenida hasta la entrada principal, donde contaba con que se mostraran comprensivos con la incapacidad parcial de mi pasajero. En cambio nos recibieron con la más grosera intolerancia y nos echaron. Volvimos directamente a casa y escribí mi primera carta de furiosa protesta, no solo por la falta de equipamiento para los discapacitados en Gran Bretaña, sino también por el escaso respeto con que se les trataba, y así se inició mi papel de activista en favor de los discapacitados.

A menudo, durante los paseos del domingo por la tarde, pasábamos por casualidad cerca de la casa de alguno de nuestros amigos casados a la hora del té y, aferrándonos a la ilusión de la forma de vida espontánea de los estudiantes, entrábamos a verlos. Muchos de ellos, algo mayores que nosotros, tenían ya sus primeros hijos. Así pues, nos veíamos cada vez más arrastrados a su modelo de vida hogareña, en especial cuando me convertí en la madrina, fascinada y un tanto desconcertada, de dos de dichos hijos. También Stephen se veía arrastrado a otros círculos: los propios del puesto de investigador en Gonville & Caius. Un sábado por la tarde de primeros de octubre lo acompañé a la capilla del college, donde se celebraba el oficio de investidura de los nuevos miembros. A instancias del capellán, observé el oficio desde la galería del órgano, tras lo cual me invitó —a mí, una simple esposa vestida con ropa de ama de casa— a cenar en la mesa de los docentes. Aquello representaba una ruptura sin precedentes con el pasado, puesto que en los colleges de Cambridge existía desde hacía tiempo la norma de que las esposas —especialmente las esposas— tenían prohibido sentarse a la mesa de los profesores. Se prefería a las amantes antes que a las aburridas y tontas esposas. De hecho, los miembros del claustro podían invitar a cenar a cualquier mujer con tal de que no fuera su esposa. Ni que decir tiene que, junto con las esposas, también los estudiantes tenían vedado el acceso a la mesa de los docentes. Sin el conocimiento de las autoridades universitarias, el rebelde capellán había quebrantado las dos sacrosantas reglas.

## Unas vacaciones de invierno

Gracias a la tesis, Stephen comenzaba a ganarse la fama de prodigio en su especialidad. Aquel invierno, cuando obtuvo el codiciado Premio Adams — compartido con Roger Penrose— por el trabajo matemático titulado *Singularities and the Geometry of Space-Time* («Las singularidades y la geometría del espacio-tiempo»), su director de tesis, Dennis Sciama, me aseguró que estaba convencido de que Stephen tenía por delante una carrera de proporciones newtonianas y que él haría todo lo posible por favorecer su progreso. Y cumplió su palabra. Con todo su entusiasmo, Dennis Sciama impulsó de forma desinteresada la carrera de sus discípulos más que la suya propia. Su deseo de comprender el funcionamiento del universo era más apasionado que cualquier ambición personal. Al enviar a sus alumnos a congresos y conferencias, tanto en Londres como en el extranjero, y animarlos a analizar todas las publicaciones relevantes y presentarle informes sobre ellas, aumentó de manera espectacular tanto su propio conocimiento como el de los estudiantes, y consiguió formar una generación excepcional de cosmólogos, relativistas, astrofísicos, matemáticos aplicados y físicos teóricos. Yo nunca tuve clara la diferencia entre estas especialidades, aparte de que las identidades cambiaban según los títulos de los congresos: se convertían en astrofísicos si el siguiente congreso lo organizaba la Unión Astrofísica, o en relativistas si se trataba de un congreso sobre relatividad general, y así sucesivamente. Aquel otoño, los relativistas de la conferencia celebrada en julio en Londres empezaron a adoptar, como camaleones, los atavíos de astrofísicos a fin de prepararse para el siguiente congreso, el de Miami Beach, que tendría lugar en diciembre.

Bien avanzado el trimestre, Stephen se enteró de que había dinero disponible para que los dos viajáramos a Miami. Así pues, partimos una sombría mañana de diciembre, tras una larga espera hasta que se despejó la niebla en el aeropuerto de Londres. Ya había oscurecido en Florida cuando llegamos, de modo que hasta la mañana siguiente no descubrimos que nuestro hotel estaba en la playa misma, con vistas a las aguas turquesa del Caribe. Como es lógico, agradecemos el cielo azul y la luz del sol, sobre todo porque los ataques de asfixia de Stephen eran cada vez más frecuentes, por lo que su hermana Mary me había aconsejado encarecidamente que pasáramos el invierno en un sitio cálido.

El día de la inauguración del congreso, Stephen y sus colegas, todos vestidos de manera informal, asistieron a las sesiones preliminares. Saltaba a la vista que el atildado personal del hotel se sentía incómodo con los congresistas, que, con camisas desabrochadas, pantalones cortos y sandalias, no destacaban precisamente por su elegancia. Un día me aventuré a entrar en la sala de conferencias, con la intención de escuchar un rato una ponencia. Al principio me sorprendió no ver ninguna cara

conocida entre el público. Después me fijé en que el atuendo de los asistentes no tenía nada que ver con la ropa que habían lucido los físicos durante el desayuno. Todos vestían trajes oscuros con corbata, llevaban el pelo bien peinado y untado de brillantina, sin el menor rastro de barba. Escuché unos momentos al orador, hasta que me di cuenta de que se trataba de un congreso de funerarios judíos para promocionar los ataúdes de plástico biodegradable.

De los colores exóticos y el sol estival de Miami pasamos al otoño de Austin, Texas, una pequeña ciudad universitaria que la prensa de mediados de los sesenta pregonaba que contaba con los mejores y más brillantes cosmólogos. George Ellis, que viajó con nosotros desde Miami, estaba pasando un año en Austin con su mujer, Sue, a la que yo había conocido en mi boda. Como íbamos a alojarnos una semana en casa de los Ellis, tendría oportunidad de conocerlos mejor a los dos y forjar el principio de una larga amistad, que superaría las vicisitudes de muchos episodios turbulentos de nuestras vidas. El reflexivo y reservado George era hijo de un respetadísimo exdirector del *Rand Daily Mail*, periódico alabado por su oposición al *apartheid* en Sudáfrica. Fue en la Universidad de Ciudad del Cabo donde Sue, hija de una familia agricultora muy tradicional de Rodesia, conoció a George. Ambos se oponían con vehemencia al *apartheid* y habían decidido abandonar Sudáfrica como exiliados políticos. Si George era reflexivo e introvertido, Sue era abierta sin resultar apabullante, vivaracha pero atenta a las necesidades de los demás. Pintora y escultora de gran talento, derrochaba calidez y creatividad, cualidades que ponía a disposición de una escuela para niños desamparados cercana a Austin. Entre sus alumnos no solo había víctimas de hogares rotos y maltratos físicos; había incluso algunas niñas negras que habían ejercido la prostitución, a las cuales habían rescatado de los bajos fondos de Chicago y llevado a Texas para rehabilitarlas.

Al haberse creado una estructura de vida propia en Texas, Sue parecía ser la excepción y no la norma entre las esposas de científicos. Para estas había pocas cosas de interés, aparte de los manuscritos y caricaturas de Max Beerbohm en la biblioteca de la universidad y la cuadrícula de calles con casas suntuosas en un paisaje dominado por bombas de extracción de petróleo que, como grullas de pico negro, subían y bajaban la cabeza mientras sacaban el oro líquido de la tierra amarilla. La sensación de estar muy lejos del resto de la civilización era abrumadora en un lugar donde hasta la recepción de la radio era cuestión de suerte.

Un domingo por la tarde, cuando estábamos en casa de unos amigos de los Ellis, Stephen tuvo una mala caída, a consecuencia de la cual escupió un poco de sangre. Como lo que más temía era una lesión cerebral, insistió en que nuestros anfitriones llamaran a un médico. La consternación de estos fue notable. Lamentaban que su invitado se hubiera caído, pero era impensable que un médico hiciera visitas a domicilio, y menos aún un domingo por la tarde. Tras una larga serie de llamadas telefónicas, consiguieron ponerse en contacto con un médico de familia que, de manera excepcional, accedió a acudir para examinar a Stephen. Cuando llegó, recibió

un trato digno de la realeza. Mientras realizaba las pruebas, que no indicaron nada anómalo, llegué a la conclusión de que Estados Unidos es un buen sitio para las personas sanas y triunfadoras, pero no para los enfermos y la gente con problemas que, no por culpa suya, sino por circunstancias ajenas a ellos, por prejuicios y enfermedades, eran menos capaces de valerse por sí mismos; para estos era una sociedad dura, donde solo sobrevivían los mejor adaptados.

## Curvas de aprendizaje

El regreso a Inglaterra desde Texas, el día de Nochebuena, marcó el principio de otro cambio en nuestra vida. Después de pasar la Navidad en Saint Albans, volvimos a Cambridge para seguir viviendo en Little Saint Mary's Lane, pero no en el número 11, sino en el 6. Nuestra incansable protectora, Thelma Thatcher, había telefoneado a la propietaria de la casa deshabitada del número 6, una tal señora Teulon-Porter («una mujer rarísima, queridos»), para hacerle ver que era una absoluta vergüenza que tuviera la casa vacía en unos tiempos de «desesperante escasez de viviendas para los jóvenes».

En respuesta a la urgente llamada, la señora Teulon-Porter, que residía en Shaftesbury, cogió el primer autobús a Cambridge. Era una mujer menuda, delgada y canosa, de edad ya avanzada. Como *fräulein* Teulon, había llegado a Inglaterra en los años veinte y comprado el número 6 de Little Saint Mary's Lane, tras lo cual se había casado con el vecino de al lado, el difunto señor Porter. Los dos eran unos historiadores apasionados del folclore y tenían una relación estrecha con el Cambridge Folk Museum, lo que tal vez explicara la convicción de la señora Thatcher de que coqueteaban con el ocultismo. Algunos elementos de la casa atestiguaban el interés común de la pareja: en la chimenea se había incorporado una piedra rúnica anglosajona, probablemente sacada del cementerio.

La señora Teulon-Porter nos pareció bastante inofensiva, tal vez porque la vecina del número 9 la había instruido muy bien, pero la casa, a pesar de tener pintorescos complementos y una ubicación ideal, era angosta y lóbrega, olía a moho y estaba revestida de mugre dickensiana. La fachada de ladrillo rojo y enlucido de estuco se había restaurado al estilo eduardiano, aunque las habitaciones frontales de los tres pisos databan del siglo XVIII, y había quedado muy bonita si se pasaba por alto la suciedad. Los dos tramos de escalera eran estrechos y empinados, pero de momento no presentaban dificultades insuperables. La parte posterior de la vivienda, que daba a un patio apestoso, rodeado de otras casas y de una tapia alta, parecía a punto de hundirse, porque los cimientos habían cedido de tal modo que el suelo de la cocina, al igual que el techo de esta y el suelo del cuarto de baño que había encima, tenía una inclinación alarmante. Por lo visto, la señora Teulon-Porter no consideraba que estas particularidades entrañaran ningún peligro. Según una placa que había en la fachada, John Clarke había dirigido la construcción de aquella ejemplar obra arquitectónica en 1770.

Hicieron falta imaginación y la actitud práctica de la señora Thatcher para convencernos de que se trataba de la casa de nuestros sueños. Desde luego, su situación era perfecta. Las habitaciones delanteras, con la vieja farola de gas justo enfrente, tenían vistas al camposanto, melancólicamente poético incluso en invierno.

Una vez convencidos, iniciamos las negociaciones con la dueña. Stephen se atrevió a ofrecerle dos mil libras por la propiedad. Como era de esperar, ella la rechazó afirmando tímidamente, mientras miraba a la señora Thatcher, que esperaba obtener al menos cuatro mil en el mercado. No obstante, accedió a alquilárnosla por cuatro libras semanales hasta que reuniéramos las cuatro mil necesarias para comprarla. Mientras tanto, teníamos entera libertad para tratar la casa como si fuera nuestra y redecorarla a nuestro gusto. El acuerdo satisfacía a todas las partes.

Dado que la casa estaba desocupada, la señora Teulon-Porter nos permitió empezar a redecorarla antes de mudarnos. Como la tesis de Stephen ya se había enviado al encuadernador, yo podía dedicar a una nueva ocupación el tiempo que antes pasaba mecanografiándola los fines de semana: pintar la casa. Era una tarea gratificante pero, por desgracia, poco tenía que ver con los ensayos de español que yo debía leer para los exámenes finales. No obstante, puesto que la casa se encontraba en un estado de lo más deprimente y no teníamos dinero para encargar la redecoración a profesionales, no tuve más remedio que hacerlo yo misma. Armada con un surtido de brochas y una abundante provisión de pintura blanca, atacué las mugrientas paredes del salón. Tenía la intención de pintar las dos habitaciones más importantes —el salón y el dormitorio principal— antes de mudarnos y ocuparme del resto —la buhardilla, los dos tramos de escalera, la cocina y el baño— poco a poco durante los meses siguientes.

Como no me gustaba el olor de la pintura, solía trabajar con la puerta de la calle abierta de par en par. Los Thatcher, visitantes asiduos y maravillados, me ofrecían tazas de té y palabras de aliento. Un día el señor Thatcher se detuvo al pasar y curvó ligeramente su figura militar para mirar por la puerta abierta. «Vaya —exclamó—. Parece una mujercita frágil pero, qué caray, es usted fuerte». Sonreí desde lo alto de la escalera de mano, halagada por el elogio de un excombatiente de la Primera Guerra Mundial, cuyo demacrado rostro estaba desfigurado por las cicatrices de la contienda. Unos días después nos enteramos de que los Thatcher habían decidido pagar al manitas que les hacía trabajillos en casa para que nos pintara el techo del salón. El manitas, una versión majestuosa de John Gielgud, era un artista jubilado que ocupaba su tiempo con la pintura de brocha gorda mientras su mujer llevaba un taller de imprenta en King's Parade. Era un hombre afable que —sospechaba yo— se divertía en silencio con mis primeros intentos de manejar la brocha. De hecho, bajo su benevolente dirección aprendí en poco tiempo muchos de los trucos de su oficio; por ejemplo, a empezar las paredes por arriba, a aplicar la pintura con movimientos circulares en las superficies irregulares y a utilizar una regla para pintar los marcos de las ventanas.

Puede que la reputación de Stephen en los círculos relativistas ascendiera con celeridad por la escalera de la fama gracias a su búsqueda de singularidades, pero mi formación presentaba una serie de altibajos igual de vertiginosos aunque más imprevisibles: impulsada hacia las alturas durante la semana mediante dosis

intensivas de idiomas medievales y modernos, filología y literatura, y con los pies en la tierra los sábados por un curso acelerado de decoración de interiores. Al final la zona de pared y techo que aún faltaba por pintar empezó a amilanarme más de lo que había previsto, de modo que echamos la cuenta y decidimos que podíamos pedir al decorador que pintara la cocina, una tarea especialmente desagradable porque la mugre y la grasa debían de ser allí tan antiguas como la casa.

Y entonces, por arte de magia, justificando por completo la convicción de Thelma Thatcher, nuestra destartalada casita del siglo XVIII adquirió el aspecto de una residencia deseable y, como parte de esa transformación, los ángulos de los suelos y techos se habían convertido en simples curiosidades pintorescas. Nuestros escasos muebles, que varios colegas de Stephen transportaron desde nuestra antigua vivienda, cinco puertas calle arriba, encajaban a la perfección, aunque, por supuesto, al comprarlos no habíamos pensado ni por un momento en las posibles proporciones de su destino final.

Orgullosos de la restauración de la casita, Stephen y yo decidimos visitar de nuevo al tesorero de Caius, sobre todo porque él empezaba a sentirse más seguro de su posición en la jerarquía del college.

Pensábamos que Caius, al ser uno de los colleges más ricos y consolidados, sin duda podría prestarnos un par de miles de libras sin que el préstamo hiciera mella en las cuentas de la institución. Mientras Stephen estaba con el tesorero, yo esperaba sentada en el despacho exterior y planteé una cuestión un poco delicada al señor Clarke, el canoso vicetesorero, mucho más comprensivo que su superior. Mis primeras palabras fueron de queja. Pregunté al señor Clarke por qué había enviado a Stephen, pocas semanas antes, los formularios de solicitud de una pensión universitaria, cuando todo el mundo sabía que la vida de mi marido Stephen quedaría truncada de manera tan drástica que lo más probable era que no pudiera recibirla. ¿No era un poco cruel por su parte haber enviado los impresos? Stephen les había echado una mirada y los había apartado con gesto de fatiga, pues no quería pensar en disposiciones para un futuro que otros podían contemplar, pero que a él le sería negado.

El señor Clarke no pidió disculpas por su falta de sensibilidad; al contrario, meneó la cabeza como si fuera incapaz de entender el problema. «Mire, joven, yo me limito a cumplir órdenes —dijo mirándome con sus brillantes ojos azules, coronados por unas pobladas cejas blancas—. Me mandan que envíe los formularios a todos los nuevos investigadores, ya que tienen derecho a una pensión universitaria. Su marido es un investigador nuevo y, como tal, tiene derecho a una pensión universitaria, igual que los demás. Solo debe firmar los impresos para hacer valer su derecho». Las palabras todavía resonaban en mis oídos cuando añadió con toda naturalidad, como si acabara de ocurrírsele: «No hay necesidad de realizar pruebas médicas ni nada por el estilo, si es eso lo que le preocupa».

Me costaba creer lo que oía. Aquella era una cuestión que, en nuestra ignorancia,

habíamos descartado de manera tácita por considerarla inaplicable en nuestro caso. Ahora me decían que podía resolverse con una simple firma y que, además, se nos garantizaría un beneficio en el que ninguno de los dos había pensado hasta entonces: la seguridad. La tarde nos había resultado muy provechosa a los dos, y parte de nuestro éxito consistía en haber descubierto este nuevo objetivo en la vida, la seguridad, que de pronto adquiriría una reconfortante importancia. Stephen había convencido al tesorero de que enviara al agente inmobiliario del college a examinar la casa, con vistas a obtener un crédito, y yo había confirmado el derecho de Stephen a una pensión. Con un crédito para comprar la casa y una pensión, nuestro bienestar adquiriría dos firmes anclas en un mundo por lo demás incierto.

El agente inmobiliario del college acudió a examinar la casa una mañana soleada de primavera, cuando el jardín del cementerio brotaba en un estallido de flores amarillas. Nuestro optimismo se enfrió ante su aspecto, seco y muy serio, y cuando nos resumió el informe que se proponía escribir nuestras esperanzas se hicieron añicos sin remedio. Daba la impresión de que le hacíamos perder el tiempo al haberlo llamado para una gestión tan absurda. ¿Es que no veíamos que la parte trasera de la casa se estaba derrumbando? Y, por si eso no bastara, la buhardilla corría peligro de incendiarse. Él no se arriesgaría a dormir en ella, ni siquiera a utilizarla como despacho, y no aconsejaría que se permitiera a nadie hacerlo. En su opinión, un inmueble de doscientos años no era una compra sensata. En cualquier caso, había en perspectiva tantos proyectos de construcción de carreteras que no le extrañaría que se demoliera la calle entera para crear una nueva vía de acceso al centro de la ciudad desde el oeste. De ningún modo podía recomendar la propiedad como inversión para el college.

A Stephen le indignó aquel dictamen corto de miras pero, a pesar de sus protestas a voz en grito, el tesorero aceptó el informe del agente. El problema no tenía una solución inmediata, excepto tal vez la de ahorrar cuanto pudiéramos hasta reunir el depósito necesario para una hipoteca sobre una casa nueva. Empezamos a desarrollar un sistema en el que Stephen ganaba el dinero —con su salario, las clases y los concursos de trabajos científicos— y yo, a contracorriente de la tendencia nacional al derroche temerario propugnado por el gobierno de Macmillan, me ocupaba de la economía familiar pagando las facturas y economizando lo máximo posible mediante una administración doméstica muy prudente. En Sainsbury, la tienda antigua con mostradores de mármol y colas infinitas, vendían deliciosos recortes de panceta veteada por un chelín y seis peniques la libra; el hígado de pato de la pollería Sennit era nutritivo y barato; el mercado ofrecía una auténtica cornucopia de frutas y verduras frescas, y el carnicero local me dio a conocer las piezas de carne más económicas —las manitas de cerdo y las paletillas de cordero nunca costaban más de cinco chelines—, que no nos avergonzaban cuando los nuevos amigos del college y del departamento se sentaban a nuestra mesa.

Debió de ser durante mi último año en Londres cuando un tío político de Stephen,

Herman Hardenberg, psiquiatra con consulta en Harley Street, pasó una temporada larga en el hospital Saint John's Wood, a poca distancia de Westfield, a causa de una enfermedad cardíaca. Yo iba a visitarlo algunas tardes, al terminar las clases y seminarios del día. Herman estaba casado con Janet, la tía de Stephen, que también era médica. Hombre encantador, amable y culto, le gustaba hablar de los temas que me interesaban, en particular la poesía de los trovadores provenzales, tema de mi trabajo especial para los exámenes finales. Acababa de leer *La alegoría del amor*, de C. S. Lewis, que, como es natural, abordaba las tensiones de la poesía —cuando el poeta-amante suspira por la inalcanzable amada— desde el punto de vista psicológico. Luego la conversación pasaba a cuestiones familiares: yo le hablaba de nuestra vida en Cambridge y nuestro trabajo en la casa. «Espero que los Hawking te traten bien», me dijo una vez con cautela, pues no era ningún secreto que no se fiaba de la familia. Llena de confianza, disipé sus temores respecto a mí. Todo el mundo sabía que los Hawking eran excéntricos, incluso raros; en Saint Albans, donde se los miraba con una mezcla de recelo y temor reverencial, la mayoría admitía que eran distantes y que estaban convencidos de su superioridad intelectual sobre el resto del género humano. Había desaires y exabruptos, y durante nuestro noviazgo y la boda había habido tensiones en el ambiente, pero yo las había considerado parte de la tónica general de la vida familiar. No tenía razones de peso para quejarme de cómo me trataban. De hecho, le dije a Herman que siempre parecían encantados de vernos a Stephen y a mí y que siempre se nos recibía con afecto en Hillside Road.

## Un final insignificante

Al acercarse el verano, los árboles y las plantas del cementerio competían por la atención de residentes y transeúntes, en un despliegue desenfrenado de colores y aromas. Grupos de turistas, sobre todo norteamericanos, recorrían sin interrupción nuestra calle a paso tranquilo. Muchos de ellos pegaban la nariz a nuestras ventanas intentando ver el interior de nuestra curiosa vivienda a través de los visillos.

Por otra parte, la familia Hawking estaba preocupada. Philippa, la hermana pequeña de Stephen, había ingresado en un hospital de Oxford por motivos que no me revelaron. Yo compartía la inquietud de Stephen por ella y quería ir a verla, con la ingenua esperanza de que tal vez pudiéramos resolver por fin algunas de las sombrías desavenencias que se interponían entre nosotras como cuñadas. Pero, el día señalado para nuestra visita, la madre de Stephen me dijo en términos inequívocos que Philippa solo quería ver a Stephen, no a mí, y a continuación explicó que nadie, y mucho menos Philippa, quería perturbar «esta cosa (es de suponer que nuestro matrimonio) que hay entre Stephen y tú». Él no dijo nada para mitigar el efecto de la rudeza de Isobel y yo estaba a punto de marcharme llorando a casa de mis padres, pero el viejo Ford Zephyr se negó a arrancar y, en un giro imprevisto de los acontecimientos, tuve que llevar a Stephen y su madre a Oxford en el Mini.

Cuando regresamos de Oxford, no se volvió a aludir al episodio de la mañana. Siguiendo la tradición familiar, se barrió debajo de la alfombra, junto con otros muchos residuos polvorientos de detritos psicológicos y emocionales, que se consideraban demasiado insignificantes para merecer atención en aquel ambiente enrarecido, donde las cuestiones emocionales jamás se verbalizaban debido a la amenaza que podían representar para el intelecto. Así pues, fue una sorpresa que, justo antes de los exámenes finales, llegara una carta de Philippa, con letra diminuta, dirigida a mí. Lamentaba las diferencias que pudiera haber habido entre nosotras, pero confiaba en que nuestra relación mejorara en el futuro, y aseguraba que respetaba mi deseo de «intentar amar a Stephen». Aunque respondí de todo corazón al gesto de paz, estaba tan perpleja por aquel comentario como lo había estado mi madre unos meses antes, cuando llegó a sus oídos el rumor de que los Hawking se planteaban mudarse a Cambridge a fin de establecer allí un hogar para Stephen. ¿Acaso esperaban que el matrimonio no durara?, dijo indignada. Yo estaba desconcertada por ese mar de fondo y me preguntaba por qué precisamente la familia de Stephen parecía empeñada en socavar nuestra relación y nuestra felicidad, sobre todo teniendo en cuenta lo mucho que él dependía de mí en la vida cotidiana.

Como para confundir a los que dudaban, durante la semana de los exámenes finales estuvimos más unidos que nunca. Stephen fue a Londres para brindarme apoyo moral y se instaló en mi habitación de la buhardilla, donde por la mañana

trabajaba en los teoremas de singularidad y, de vez en cuando, hojeaba traducciones de las grandes obras de la literatura española —entre ellas *La Celestina*, de Fernando de Rojas, el prototipo popular de Romeo y Julieta, con su vieja alcahueta, Celestina, uno de los personajes más interesantes de la literatura medieval española—, mientras yo estaba en el aula de exámenes. Después de la sesión de tarde, íbamos a Hampstead Heath o al parque de Kenwood en busca de alivio al calambre del escritor y al bloqueo mental. También visitábamos a mi queridísima tía abuela Effie, tan incontenible como siempre a sus setenta y muchos años, que seguía viviendo sola en la casona de Tufnell Park. Al final de la semana yo empezaba a coger el ritmo, pero los exámenes estaban a punto de terminar. En lugar de alivio, experimenté una enorme sensación de desencanto.

Con el último rasgueo de la pluma en la última página del último examen final, dejé atrás de manera irrevocable mis tiempos de estudiante. *Revolver*, el disco de los Beatles que Stephen me había regalado por mi cumpleaños, parecía tristemente fuera de lugar. No hubo fiestas ni celebraciones, solo unos cuantos adioses apresurados antes de que me instalara definitivamente en mi otra existencia y partiéramos en el coche al encuentro de Roger Penrose, que iba a guiarnos hasta su casa de Stanmore para que cenáramos con su familia. Paramos en el aparcamiento de la estación de Stanmore para que Roger recogiera su vehículo, un viejo Volkswagen azul. Sin desanimarse al encontrar todos los neumáticos deshinchados, condujo hasta un garaje que había a la vuelta de la esquina y los infló. Cuando llegamos a su casa, que tenía una sola planta y se hallaba al final de un callejón sin salida, escondida de las mansiones de los corredores de bolsa, nos recibieron con entusiasmo Joan y sus dos hijos, Christopher y Toby, que el verano anterior, en Cornell, era un niño de pecho. Ahora, con dieciocho meses, ya sabía andar y expresaba su contagiosa alegría de vivir corriendo como un rayo por el salón, galleta en mano, de modo que dejaba un rastro de migas en la moqueta azul marino. Ajenos por completo a las gracias del pequeño, Roger y Stephen se enfrascaron en la inevitable conversación sobre las matemáticas de la física.

Los resultados de los exámenes finales fueron más o menos como yo esperaba: no excelentes pero sí lo bastante buenos para permitirme empezar a trabajar en un doctorado. Por mis observaciones sobre la dinámica de la vida en Cambridge, comprendía que el papel de esposa —y quizá el de madre— era un billete solo de ida a las tinieblas exteriores y que era imprescindible que mantuviera mi propia identidad. Aunque ya existían movimientos a favor de admitir mujeres en algunos de los colleges masculinos más ilustres, vivían en Cambridge muchas esposas bien cualificadas pero desdichadas, cuyo talento individual se había desestimado por completo, desdeñado por un sistema que se negaba a reconocer que las esposas y madres podían tener una identidad intelectual propia.

Mis desplazamientos semanales a Londres habían llegado a su fin en el momento oportuno, ya que Stephen necesitaba cada vez más mi ayuda. Puesto que tenía que

apoyarse en mi brazo para ir a todas partes, yo lo acompañaba al departamento por las mañanas, lo llevaba a casa a la hora del almuerzo, el cual —como todas las comidas— se componía de carne y dos platos de verdura para satisfacer su tremendo apetito, y volvía a recogerlo por la tarde. Los pensamientos de una carrera en el Foreign Office habían quedado relegados al pasado hacía mucho tiempo, pero no podía plantearme siquiera buscar un simple empleo o realizar un curso de formación de profesorado, ya que era obvio que se requería mi presencia constante en el pequeño círculo del Departamento de Matemáticas Aplicadas, en Little Saint Mary's Lane y en la cocina. El doctorado parecía la solución ideal. No me costaría adaptar el estudio en la biblioteca de la universidad y el trabajo doméstico a los horarios de Stephen. Además, podría optar a una beca, lo cual constituía un incentivo.

La literatura medieval me atraía como campo de investigación pero, dado que nuestras circunstancias no me permitirían viajar a bibliotecas lejanas en busca de manuscritos polvorientos, no podía contar con reconstruir un texto hasta entonces desconocido. Mi investigación tendría que adoptar la forma de un estudio crítico, con textos ya publicados, lo cual no resultaría difícil dadas las ventajas que ofrecía Cambridge. Aun así, seguí matriculada como alumna de la Universidad de Londres por varias razones de peso, la más importante de las cuales era que los doctorados de Cambridge tenían un estricto límite de tiempo, de tres años, mientras que en Londres no existía tal limitación, y parecía improbable que pudiera dedicarme a la tesis de manera ininterrumpida.

No me enfraqué de inmediato en el campo de investigación que había elegido —la poesía lírica medieval de la península Ibérica— porque, gracias en gran parte a Stephen, se había presentado otro tema como posible objeto de un trabajo de investigación preliminar. Tras leer *La Celestina* mientras yo me examinaba, a Stephen se le había ocurrido una brillante idea que me explicó cuando volvíamos a Cambridge al final de la semana de exámenes. ¿No me había dado cuenta —me preguntó— de que lo que precipitaba la tragedia definitiva de muerte, destrucción y desesperación en el drama era el hecho de que la vieja alcahueta Celestina rechazara a un personaje secundario, Pármeno, un joven que tenía un complejo materno respecto a ella? La idea era fascinante, y mi director de tesis la aprobó asombrado; y se asombró aún más cuando le revelé que era de Stephen. También a mí me sorprendía su capacidad de percepción e invención, que podía dirigir a la esencia de un problema en cualquier campo, incluido el mío. Mi tarea sería explorar y desarrollar la idea y justificar el concepto freudiano aplicado a un texto de 1499. El aspecto más gratificante del proyecto era que se trataba de un homenaje al éxito de nuestra relación: vivíamos y trabajábamos en armonía, nos brindábamos apoyo mutuo y compartíamos los intereses del otro, pese a la disparidad de las disciplinas que cada uno había elegido, pese a los intentos de separarnos y pese a las inevitables dificultades de la discapacidad de Stephen, cada vez mayor. Éramos muy felices. La fuerza de nuestra común determinación y nuestra confianza mutua nos

proporcionaban seguridad y valor. Y entonces, a principios del otoño, supimos que yo esperaba un hijo.

## Ciclos vitales

Poco después de la confirmación del embarazo llegó el triste cumplimiento de una de las leyes inevitables de la naturaleza: la abuela paterna de Stephen, a la que yo había conocido solo un mes antes, falleció a los noventa y seis años mientras los padres de Stephen realizaban una gira oficial por China en plena Revolución Cultural. En agosto, en un viaje al norte con Stephen, su madre y Edward para visitar a unos parientes ancianos, me habían presentado a las tías solteras de Isobel en Edimburgo, y en el trayecto de regreso habíamos pasado la noche en la casa solariega de los Hawking, en Boroughbridge, Yorkshire.

A principios del siglo XIX, el antepasado que había sido administrador del duque de Devonshire y que se había construido la gran mansión había corregido también el apellido y transformado el vulgar 'awkins en el más elegante Hawking. La Chatsworth de los Hawking, con la gran escalinata, los techos altos y los miradores, había conocido tiempos mejores. La pobre tía Muriel llevaba sola la enorme casa además de atender a su madre, impedida pero todavía autoritaria. Al igual que la mansión, la señora Hawking era una sombra de lo que había sido, pero no era difícil distinguir en sus arrugadas facciones la determinación y fortaleza de una mujer que había criado a cinco hijos y salvado a la familia de la bancarrota. Vivía en la única habitación de la casa que todavía era cálida y habitable: el salón principal. Las otras —incluida la nuestra, con una cama de medio dosel— eran frías, oscuras, húmedas y no poco siniestras, a pesar de los esfuerzos de la tía Muriel por que resultaran acogedoras.

Edward, el hermano menor de Stephen, se quedaba en casa de mis padres mientras los suyos estaban de viaje. Cuando fue a Cambridge para pasar un fin de semana con nosotros, tuvo que prepararse, a sus tiernos diez años, la comida del domingo siguiendo las instrucciones de su hermano, porque yo estaba en cama, víctima de un ataque repentino de náuseas. Me duró todo aquel día y parte del siguiente, y así una semana tras otra. Una amiga experimentada me dijo que la mejor cura para los vómitos del embarazo era una taza de té antes de levantarse por la mañana. Esto estaba muy bien en teoría, pero en la práctica yo no podía tomar té sin levantarme a prepararlo. Mis padres acudieron al rescate: me regalaron una máquina de hacer té. A partir de entonces los efectos del embarazo me molestaron poco y reanudé con renovado vigor mi actividad cotidiana de estudio y escritura.

Mi salud era normal en comparación con la de Stephen, que empezaba a necesitar tratamiento. Antes de partir hacia China, Frank Hawking había leído en una revista médica que la toma regular de pastillas de vitamina B podía ser buena para el sistema nervioso, beneficio que podía reforzarse con una inyección semanal de un producto llamado hidroxocobalamina. Las pastillas de vitamina podían adquirirse con recetas

del doctor Swan, un hombre de Saint Bartholomew como el padre de Stephen y médico de este en Cambridge; pero las inyecciones semanales representaban un problema mayor, porque la consulta estaba en el otro extremo de Cambridge y, en opinión de Stephen, una mañana pasada esperando la inyección era una mañana perdida. Lo intentamos unas cuantas veces, para creciente irritación de Stephen. Una mañana al salir de la consulta volvimos a casa a mediodía y encontramos a Thelma Thatcher en la calle, escoba en mano, enfrascada en su ejercicio diario de barrer la acera y la calzada. Viendo nuestra cara de abatimiento, nos preguntó: «Queridos, queridos, ¿qué pasa?». Yo se lo expliqué y ella encontró al instante una solución. «¡Pero si es muy fácil! Le pediremos a la hermana Chalmers que pase por aquí cuando salga de Peterhouse». Nos abrazó y después se marchó para ponerse en contacto con la hermana Chalmers, quien había tenido la amabilidad de prestarnos la cocina de gas cuando nos mudamos a Little Saint Mary's Lane. A petición de Thelma Thatcher, se encargaría de ponerle a Stephen la inyección en casa una vez a la semana, al terminar su trabajo en la consulta universitaria. En nuestro hogar, esto coincidía más o menos con la hora del desayuno.

Surgió un problema similar cuando los médicos aconsejaron que Stephen realizara fisioterapia para estirar las articulaciones y mantener activos los músculos. Empezaban a torcésele los dedos y ya no podía escribir, salvo para firmar. Acudimos a una única sesión de fisioterapia, en Addenbrooke, el nuevo hospital de las afueras de Cambridge, pero al terminar Stephen estaba tan irritado que declaró que no pensaba malgastar ni un minuto más de su precioso tiempo esperando a que le aplicaran el tratamiento. En esta ocasión fue Dennis Sciama quien acudió al rescate. Convenció al Instituto de Física de que pagara, con el dinero de su fondo de beneficencia, a un fisioterapeuta privado para que efectuara dos visitas domiciliarias por semana. Así fue como Constance Willis entró en nuestra vida.

Constance era una de esas vigorosas solteras inglesas, cortada por el mismo patrón que la bulliciosa y entusiasta Molly du Cane, la directora de la Asociación de Bailes y Canciones Populares de Saint Albans: franca, jovial y directa. Los martes y los jueves, antes de acudir a estirar los músculos de Stephen a las diez de la mañana, visitaba a dos pacientes octogenarios en el Trinity College —el señor Gow, una autoridad en los clásicos grecolatinos, y el reverendo Simpson, exdecano del college—, principalmente para ayudarlos a ponerse los calcetines.

Entre la hermana Chalmers y la señorita Willis redujeron al mínimo las incomodidades en el día a día de Stephen, lo que le permitió trabajar más o menos las mismas horas que sus colegas. En realidad, por las mañanas llegaba al despacho más tarde que ellos, pero también solía quedarse más tiempo por las tardes. Pasaba largos períodos absorto en sus pensamientos, y muchos fines de semana forcejeaba en silencio con las ecuaciones que gobernaron el principio del universo, entrenando el cerebro para memorizar largos y complicados teoremas sin ayuda de papel y pluma. «Mecánica celeste», lo llamaba en broma el señor Thatcher. «Supongo que su

muchachito está ocupado con su mecánica celeste», me decía cuando Stephen se cruzaba con él en la calle sin saludarlo, un hecho bastante frecuente que, junto con la negativa de Stephen a gastar esfuerzos en charlas de cortesía, tendía a ofender a algunos de nuestros vecinos, conocidos y parientes más sensibles, y por el que yo tenía que pedir disculpas con frecuencia, explicando que tenía que poner toda su concentración en mantenerse derecho.

Los ataques de náuseas del embarazo me habían impedido asistir al entierro de la anciana señora Hawking, en Yorkshire. Lo cierto es que nunca había estado en un entierro. Por desgracia, aquella omisión se corregiría muy pronto. Mary Thatcher, la única hija de nuestros vecinos, planeaba un largo viaje de estudios a Oriente Próximo, donde repartiría sus varios meses de estancia entre Israel y Jordania. Aquel otoño, justo antes de su partida, la vi caminar por la calle de la mano de su padre, cuyo paso se había vuelto más lento y vacilante. Entraron en el cementerio y desaparecieron de la vista. Esta impactante imagen del padre y la hija me afectó sobremanera, porque me pareció que en aquellos preciosos momentos preveían su separación definitiva. Poco después de marcharse Mary, su padre cayó enfermo y lo llevaron a un sanatorio, donde falleció al cabo de unas semanas.

Mientras, arrastradas por el cortante viento de diciembre, las hojas secas danzaban por las calles, Stephen y yo estábamos cogidos de la mano al fondo de la majestuosa y fría iglesia de la Santísima Trinidad, el templo no ritualista al que William Thatcher había preferido acudir antes que al anglicano ritualista de Santa María la Menor. Con las conmovedoras palabras del oficio fúnebre, pronunciadas cuando se introducía el ataúd en la iglesia, un escalofrío me recorrió la espalda. Mirando y escuchando, me obsesionó la paradoja de que la muerte hubiera borrado de un plumazo los conocimientos, las experiencias, el heroísmo, la bondad, los logros y los recuerdos de aquella vida de la que nos estábamos despidiendo, mientras dentro de mí se producía el milagroso comienzo de una nueva vida, una página en blanco en la que aún había que escribir el largo proceso de aprendizaje, experiencia, logros y recuerdos. A mi lado estaba el padre de mi hijo, joven y vigoroso a pesar del avance de la discapacidad. En general, su salud era buena y su empeño en disfrutar plenamente de la vida —y en triunfar en el ámbito de la física— ganaba fuerza día a día. Le costaba andar, los botones eran una molestia, las comidas duraban más tiempo y el cerebro había sustituido al papel y la pluma, pero estos eran problemas mecánicos que podían superarse con ingenio y perseverancia. Era impensable que pudiera ser candidato a la triste ceremonia a la que asistíamos aquel día. La muerte era la tragedia de la vejez, no de la juventud.

La juventud es imprescindible para la existencia misma de Cambridge, pese a los edificios medievales y los sabios fosilizados que anidan en los polvorientos rincones y recovecos. El magnetismo del lugar atrae oleada tras oleada de jóvenes a los que, al cabo de tres años —o seis, si tienen suerte—, se arroja al mundo real, como si se les sacara de un hechizo. Muchos de nuestros primeros amigos se habían marchado ya

para ocupar puestos en universidades de todo el planeta, y las vacantes no tardaron en cubrirse con recién llegados, algunas a largo plazo, otras de forma temporal. Aquel otoño, uno de esos visitantes fue nuestro discreto amigo norteamericano Robert Boyer, al que habíamos conocido en Cornell. Su estancia en Cambridge fue breve, y tras una sesión en el departamento vino a cenar con nosotros. Nos habló de su esposa inglesa y de su hijita; de Vietnam, principal preocupación de los estadounidenses en aquellos tiempos; de singularidades y de física.

Un día, poco después de la visita de Robert, la radio voceaba los titulares de las noticias mientras yo preparaba la comida y esperaba a que Stephen volviera a casa. Escuché con atención la noticia principal, sobre el ataque de un francotirador en Austin, Texas. Un loco se había subido a lo alto de la torre de la universidad y había disparado a los profesores y estudiantes que cruzaban la plaza. Una de las víctimas había muerto. La información resultaba aún más terrorífica porque conocíamos el escenario. Aquel mismo día nos enteramos de que la víctima de la bala del francotirador era Robert Boyer. Esta no era una muerte por vejez, ni por una catástrofe natural como el reciente desastre de Aberfan, en Gales, ni por una enfermedad prematura. Era una muerte brutal a manos de un hombre. Había una verdad descarnada en las severas palabras del oficio fúnebre: «... por causa del hombre llegó la muerte». Horrorizados y aturdidos por aquella cruel jugarreta del destino, buscamos una manera duradera de expresar nuestro dolor y nuestra admiración por Robert Boyer.

## Un mundo imperfecto

Robert George nació, con un peso de seis libras y cinco onzas, a las diez de la noche del domingo 28 de mayo de 1967, justo cuando Francis Chichester, el navegante solitario, llegaba al puerto de Plymouth, vitoreado por multitudes, después de dar la vuelta al mundo. El nacimiento de Robert se recibió con un regocijo privado, pero de tal intensidad que a la mañana siguiente, cuando Stephen fue a darles la buena noticia a Peck y How Ghee Ang —nuestros vecinos de Singapur, que habían ocupado la casa del número 11 cuando nosotros la dejamos—, estaba tan abrumado por la emoción que Peck temió que yo hubiera muerto en el parto.

Robert, impaciente por venir al mundo con dos semanas de adelanto, me había pillado por sorpresa. En marzo, Mary —la hermana de Stephen—, su primo Julian y yo, junto con otros miles de graduados, habíamos recibido el título de licenciado en la colosal ceremonia de graduación de la Universidad de Londres, celebrada en el Albert Hall. Lo único que empañó el acto fue la ausencia de la rectora honoraria de la universidad, la reina madre, a causa de una enfermedad. Después nuestros padres nos ofrecieron una fiesta memorable en un local espléndido, la sede de la Real Sociedad de Medicina Tropical, que mi suegro había conseguido para nuestro uso.

Antes de eso, durante el curso, la doctora Dorothy Needham, distinguida esposa del director de Caius, me había tomado bajo su protección y me había introducido en una asociación académica en ciernes, el Lucy Cavendish College, fundado por dos científicas, las doctoras Anna Bidder y Kate Bertram, cuyo objetivo era facilitar oportunidades académicas a mujeres que estudiaran en Cambridge. La relación con el Lucy Cavendish College me permitió obtener el título de máster en la universidad y, lo que es más importante, esto a su vez me permitió sacar libros de la biblioteca de la universidad. A finales de la primavera, el trabajo sobre la Celestina inspirado por Stephen, «Madre Celestina», estaba en la imprenta y yo no veía ningún motivo para suponer que no podría compaginar la maternidad y la investigación. El último viernes de mayo, fiel a mi costumbre, pasé la mayor parte del día trabajando animadamente en la biblioteca de la universidad, reuniendo material para la tesis. No sospechaba que no volvería a visitarla en mucho tiempo.

Aquella tarde, sin hacer caso de la extraña tensión que sentía en los muslos, fui con Sue Ellis, que también estaba embarazada, a una fiesta para esposas ofrecida por Wilma Batchelor, la mujer del jefe del departamento. El sábado por la mañana, tras pasar incómoda la noche, la sensación de tensión se volvió más fuerte y frecuente, de modo que corrí a realizar una gran cantidad de compras para Stephen antes de quedar fuera de combate. Me sentía bastante enferma cargando con las bolsas de camino a casa, cuando entré en la carnicería. Chris, el carnicero, me miró e insistió en atenderme sin necesidad de que hiciera cola. «Jane —dijo—, creo que deberías irte

derecha a casa». Seguí su consejo de buena gana.

Aquel mismo día, en plena tormenta, How Ghee, que era padre de dos niñas, nos llevó a la clínica a Stephen y a mí, pero pronto deseé haberme quedado en casa o haber solicitado una cama en la maternidad..., que en aquellos tiempos solo admitía a mujeres necesitadas o con complicaciones. Las maduras comadronas eran igual de antipáticas que las severas profesoras solteras de mi adolescencia. Cuando avanzaba por el pasillo con Stephen apoyado en mi brazo, sentí el principio de una fuerte contracción, como si los tentáculos de un pulpo me rodearan y estrujaran el abdomen. Siguiendo fielmente las técnicas aprendidas en las clases de preparación para el parto, que en aquel entonces empezaban a impartirse, me apoyé en el marco de una puerta y me concentré en los ejercicios de respiración que tanto había practicado.

«A ver, ¿qué le pasa?», me preguntó con aspereza una monja de ojos acerados. Era mucho más joven que el resto del personal y debería haber sabido lo que tenía entre manos. Después de que el proceso se estancara durante veinticuatro horas, por fin nació mi hijo, pero no gracias a las comadronas, sino a John Owens, un joven médico animoso del hospital en el que yo estaba inscrita. Mientras tanto Stephen fue mi leal compañero: pasó horas y horas sentado junto a mi cama, e incluso se coló, del brazo de su madre, por la entrada del jardín a las seis de la mañana siguiente.

Guardé cama, aburrida y frustrada, transportada solo por los magníficos y arrebatadores temas del doble concierto de Brahms para violín y violonchelo que había memorizado a modo de mantra. Esa música, en la que había aprendido a concentrarme para no pensar en el dolor, me retrotraía a la semana de vacaciones que nos habían organizado mis padres por Pascua, apenas dos meses antes del nacimiento de mi hijo. La casa rural que habían alquilado estaba en la cala de Port Saint Isaac, en Cornualles, muy lejos de Cambridge. Probablemente pensaron —equivocadamente, como después se vio— que durante mucho tiempo no tendría otra oportunidad de viajar. Aquella semana Stephen, como concesión a mis gustos, me había regalado por mi cumpleaños el disco del concierto de Brahms.

La confianza de Stephen había aumentado, al igual que su determinación. Durante la estancia en Port Saint Isaac, una tarde fuimos en coche a Tintagel, uno de los lugares míticos de la leyenda artúrica, situado en un punto remoto de la costa norte de Cornualles. Para nuestra desilusión, el castillo en ruinas no se veía desde el pueblo y, según la jefa de la oficina de correos, solo se podía llegar a él por un empinado barranco rocoso: el valle de Avalon. Stephen insistió en ir a verlo y mi madre y yo —incapaces de negarle nada, tan conscientes éramos de su corta esperanza de vida— le guiamos, lo sostuvimos, le ayudamos a bajar por la escarpada cuesta, tropezando con las piedras mientras la brisa marina nos daba en la cara. La franja color zafiro del mar que se divisaba al final del camino parecía alejarse, y el castillo era difícil de alcanzar. Después de esforzarnos durante tres cuartos de hora, mi madre empezaba a quedarse sin aliento y estaba preocupada por mí, dado mi avanzado estado de

gestación, pero Stephen se negó a desistir. Por una afortunada casualidad, de la nada surgió un Land Rover, que subía por el difícil sendero que desembocaba en el pueblo, e hicimos señales al conductor. El hombre no tenía muchas ganas de parar, pero se detuvo para decirnos que el castillo quedaba aún muy lejos, detrás de un promontorio. Era evidente que no podríamos llegar a las ruinas, de modo que rogamos al conductor del Land Rover que nos llevara de vuelta al pueblo. Por fin, con brusca impaciencia, accedió a llevar solo un pasajero. No cabía duda de que aquel pasajero tenía que ser Stephen. Con la misma determinación, Stephen proyectaba asistir en julio a una escuela de verano en el Battelle Memorial Institute de Seattle. Sin vacilar ni un instante, acepté sus planes, pues no veía ningún motivo por el que no pudiéramos disfrutar los tres —Stephen, el niño y yo— de siete semanas en la costa del Pacífico. Al fin y al cabo, los bebés no hacen más que comer y dormir.

La alegría que nos trajo el niño fue embriagadora. A los pocos minutos de nacer, estaba, un poco morado, en el hueco de mi brazo, observando el entorno con supremo desinterés, como si ya lo hubiera visto todo. «Un futuro profesor», fue el previsible dictamen de mi suegra acerca de su primer nieto. La siguiente vez que me lo trajeron, ya recuperado de la experiencia del parto, había adquirido un color más saludable. Los ojos, de un azul muy intenso y brillante, estaban engastados en una bonita cara de elfo, con mejillas sonrosadas y orejas puntiagudas. No tenía pelo, solo un incipiente vello rubio en la punta de las orejas y en la coronilla, donde formaba un zarcillo. Los diminutos dedos, cada uno con su minúscula uña, me agarraban el índice.

Aquella preciosa criaturita, la milagrosa imagen de la perfección, había venido a un mundo tristemente imperfecto. La semana posterior a su nacimiento estalló la guerra de los Seis Días en Oriente Próximo, cuyas terribles consecuencias se prolongarían durante las décadas de crecimiento del niño hasta bien entrada su edad adulta. Con mi tranquila disposición de ánimo después del parto, estaba convencida de que si el mundo estuviera dirigido por madres de recién nacidos, y no por hombres endurecidos que incitaban a jóvenes irreflexivos a la violencia, las guerras se acabarían de la noche a la mañana.

Los días siguientes al nacimiento de Robert nos adaptamos poco a poco a la nueva realidad. Los abuelos ayudaron durante un par de semanas, y cuando nos quedamos solos desarrollamos un modo de vida radicalmente distinto. En adelante, las salidas —al departamento o a la ciudad— implicaban movilizar a tres personas, un cochecito y un bastón. Por suerte George Ellis acudió al rescate. No solo traía a Stephen a casa a la hora del almuerzo y pasaba a recogerlo después; también lo acompañaba de vuelta por la noche. Al cabo de un par de semanas, cuando empezábamos a conseguir algo parecido a la normalidad, una tarde consideré que había llegado el momento de volver a los libros y al creciente número de fichas sobre el lenguaje de la poesía amorosa medieval de la península Ibérica. Di el pecho al niño, le cambié los pañales y lo saqué al patio trasero en el cochecito. Estaba tranquilo y se adormiló con el aire cálido de la tarde. Yo confiaba en que durmiera

por lo menos una hora. Reprimiendo los bostezos, subí a la buhardilla y extendí los libros y las fichas sobre la mesa. Apenas me había instalado cuando se oyó un llanto ronco abajo. Corrí al patio, cogí a Robert en brazos, lo amamanté y volví a cambiarle el pañal. La verdad es que no parecía tener mucha hambre. Lo deposité con suavidad en el cochecito y, cuando subí de nuevo a la buhardilla, oí el mismo llanto. La escenita se repitió muchas veces aquella tarde, hasta que por fin comprendí que el niño no tenía ni hambre ni sueño: solo quería compañía. Fue así como, a la edad de un mes, empezó a trabajar en una tesis doctoral, en la que me ayudaba moviéndose sobre mi regazo y gorjeando mientras yo intentaba escribir. Aquella tarde por sí sola destruyó mi ilusión de compaginar la maternidad y el trabajo intelectual. Por otra parte, desconocía los efectos que tiene el parto en el cuerpo. Contaba con reanudar mis actividades normales en el plazo de una semana, sin darme cuenta de que los nueve meses de gestación y el largo parto harían mella en mis fuerzas. No tenía ni idea de que amamantar al niño sería una obligación agotadora que consumiría mucho tiempo.

Al acercarse julio, empecé a tener serias dudas acerca del viaje a Seattle, sobre todo porque los preparativos eran cada vez más complicados. Charlie Misner, visitante norteamericano del departamento, quien en junio había sido padrino de Robert en el bautizo, celebrado en la capilla de Caius, quería que Stephen fuera a la Universidad de Maryland después de la escuela de verano en Seattle, para hablar de singularidades. Tanto él como su esposa danesa, Susanne, nos invitaron a alojarnos con ellos y sus cuatro hijos en la espaciosa casa que tenían en las afueras de Washington DC. Yo no podía mostrarme desanimada, pero no estaba segura de que fuéramos a llegar sanos y salvos a Seattle, y mucho menos a proseguir el viaje.

De algún modo, ayudados por una cuadrilla de padres angustiados, aunque ninguno tanto como mi madre, conseguimos llegar a tiempo al aeropuerto de Londres la mañana del 17 de julio de 1967. Las despedidas fueron apresuradas porque la compañía aérea proporcionó de inmediato una silla de ruedas para Stephen, que se sintió obligado a sentarse en ella. Lo llevaron directamente a la sala de embarque pasando por la aduana y control de pasaportes. Yo corría detrás de él cargada con Robert y varias bolsas de provisiones para el vuelo. El sistema de ventilación de la terminal tres se había estropeado aquel día, el más caluroso del verano, con la consecuencia de que el edificio absorbía aire caliente, el cual quedaba atrapado dentro, de modo que la sala de embarque era un verdadero infierno. Acabábamos de entrar en ella cuando los altavoces anunciaron que nuestro vuelo saldría con retraso.

Mientras esperábamos con un calor sofocante, Robert se tragó con ansia el contenido de la botella de jarabe de escaramujo diluido que se suponía que debía durarle todo el viaje hasta Seattle. Tras el aviso del retraso del vuelo, enseguida se anunció que Pan American ofrecía a los pasajeros un refrigerio en el bar. Dejé a Robert en el regazo de Stephen y me incorporé a la cola para recoger los sándwiches gratuitos. Cuando volví, me quedé de una pieza ante lo que veían mis ojos. Robert

seguía sentado en el regazo de su padre, recostado cómodamente sobre el pecho de este, con una sonrisa beatífica. Stephen, que rodeaba al niño con un brazo, tenía una expresión de angustia. Por sus pantalones nuevos fluía un gran río amarillo. Estaba atrapado e indefenso mientras la corriente amarilla se le metía en los zapatos. Por primera y única vez en la vida, chillé. Dejé caer los sándwiches y chillé.

Chillar parece una reacción bastante irracional pero, por sorprendente que resulte, fue lo más sensato en aquellas circunstancias. A mis gritos acudió con asombrosa presteza la ayuda que tanto se necesitaba. Una corpulenta niñera vestida de verde surgió de la nada y tomó las riendas. Tras dirigirme una mirada severa y crítica comprendió, con toda razón, que yo no podía hacer frente a la situación. Empujó la silla de ruedas con sus ocupantes, padre e hijo, a través de la aduana y control de pasaportes haciendo caso omiso de los empleados que nos salían al paso, y entró en una guardería, donde limpió al niño mientras yo me ocupaba de Stephen. Entretanto, sonó por megafonía la última llamada para nuestro vuelo. Sin inmutarse, la niñera llamó a la central de control y dijo que el avión tendría que esperarnos. Y así, con siete semanas de vida, Robert se distinguió por haber retrasado la salida de un vuelo internacional.

## **Segunda parte**

# 1

## Noches sin dormir en Seattle

El Battelle Memorial Institute no escatimó en gastos durante nuestra estancia en Seattle en 1967. Además de una espaciosa casa de una sola planta equipada fastuosamente con todos los electrodomésticos modernos —entre ellos un lavavajillas y una secadora— y de un coche automático enorme, el servicio de pañales, esa singular institución norteamericana, nos traía pañales limpios cada dos semanas y se llevaba los sucios. Si no terminé de sentirme segura con aquellos arreglos no fue porque no los agradeciera, sino porque, pese a estar rodeada de lujos, me abrumaba encontrarme tan lejos de casa, aislada y privada del apoyo y la ayuda de mi madre, mi familia y mis amigos cuando hacía tan poco que había dado a luz. En Seattle yo era la única responsable de mi marido enfermo y de mi hijo, y no había ningún George Ellis que llevara a Stephen al trabajo.

El Battelle Institute, según me aseguró la secretaria, quedaba cerca, a solo unas dos millas, pero daba igual que fueran dos millas o veinte: había que llevar a Stephen en coche, y para llevarlo a él también tenía que llevarme a Robert. Eso significaba ayudar a Stephen a vestirse y a desayunar por la mañana temprano, y después dar el pecho a Robert y bañarlo, en ese orden o en el inverso, según quién tuviera necesidades más apremiantes. A continuación tenía que ir marcha atrás en el gigantesco coche, un Ford Mercury Comet, hasta la parte delantera de la casa, bajar por el largo camino escalonado al minúsculo pero voraz Robert en el moisés y luego a Stephen cogido de mi brazo, y por último acomodarlos en el vehículo, a uno en el asiento de atrás y al otro en el del pasajero. Realizada de forma metódica, la tarea tal vez hubiera resultado soportable. Sin embargo, aunque poníamos todo nuestro empeño en que Stephen se perdiera el menor número de sesiones matinales posible, el sistema llegó al borde del colapso: nuestro querido hijo, que en Inglaterra acababa de aprender a dormir toda la noche, en Seattle, con una diferencia horaria de ocho horas, se pasaba el día durmiendo y las noches bien despabilado y con unas ganas tremendas de compañía. Además, Seattle vivía la ola de calor más intensa de todos los tiempos.

Durante una temporada, con un nervioso instinto de conservación, limité los viajes al Battelle Institute y a las tiendas cercanas, en particular, claro está, a la tintorería. Pasaba tanto miedo conduciendo el enorme coche que al final, pese al calor, decidí hacer lo que a ninguna madre estadounidense se le habría ocurrido jamás: iba a comprar con el cochecito y metía las bolsas dentro, al lado de mi hijo.

Acogí la llegada de los Penrose con el júbilo de un náufrago que avista una lancha de salvamento. Eric, el miembro más joven de la familia, tenía un poco más de movilidad que Robert, pero a menudo estaba recostado. Cuando colocábamos los cochecitos uno al lado del otro o dejábamos a los dos niños juntos en una alfombra,

Joan siempre comentaba que dialogaban igual que sus padres científicos. Gracias a Joan, mi vida social mejoró de forma considerable. Me presentó a algunas de las otras esposas de los participantes en la escuela de verano y me llevó varias veces de excursión al centro de Seattle.

Un domingo, Stephen nos guió con el mapa hasta un puerto de transbordadores y atravesamos el estrecho de Puget para ir a la península Olímpica, donde llevé a Robert a la orilla y le mojé los pies en las relucientes pero frías aguas del océano Pacífico. Otro fin de semana, con Robert dormido entre los dos en el asiento corrido del coche, conduje ciento cincuenta millas en dirección norte y cruzamos la frontera para ir a Vancouver a visitar a nuestros amigos australianos de Cambridge, los Young, que habían acabado en la Universidad de Columbia Británica. Vancouver era tan frío y brumoso como caluroso y seco era Seattle, y tenía el encanto canadiense de ser más tranquilo que su vecino estadounidense.

Hubo otras excursiones interesantes que me obligaron a recorrer grandes distancias, de modo que estaba tan cansada y tensa que apenas me tenía en pie cuando Gillian, mi amiga del colegio, fue a Seattle desde la isla de Vancouver, donde Geoffrey, su marido, que era ingeniero, tenía un contrato de trabajo de dos años. Gillian y Geoffrey, que solo pudo pasar un fin de semana con nosotros, fueron mi salvación. Él se puso al volante en los viajes largos —entre ellos, una excursión al monte Rainier—, fue a comprar y ayudó a Stephen a subir y bajar del coche, y ella me echó gustosamente una mano en la cocina. Durante una semana, pude relajarme un poco.

Cuando Gill aún estaba con nosotros, se produjo un incidente que ambas recordamos todavía con desagrado. El monumento emblemático que Seattle había conservado de la Exposición Universal de 1962 era la Aguja Espacial, una torre de hormigón de unos trescientos pies de altura, coronada por un mirador con forma de platillo volante. El último sábado que Gill pasó con nosotros, subimos a la Aguja Espacial en el ascensor rápido y admiramos las vistas: las centelleantes aguas verdes del estrecho de Puget y las blancas crestas de las olas en torno a la península Olímpica al oeste, la abrupta cordillera de las Cascadas al este y, al sur, el monte Rainier, el enorme volcán inactivo. El panorama era magnífico pero, como Gill llevaba a Robert en brazos y Stephen iba apoyado en el mío, no tardamos en desfallecer debido al calor sofocante y regresamos al ascensor para colocarnos en la cola de quienes querían bajar. Cerca de nosotros había dos chicas, adolescentes quizá, pero no mucho más jóvenes que Gill y yo. Nos miraban y se daban codazos. Ya en el ascensor, empezaron a hacer comentarios groseros y ofensivos sobre el aspecto de Stephen, que se apoyaba lánguidamente sobre la pared, porque el calor bastaba para que todos estuviéramos hechos una pena. Mientras se reían y cuchicheaban, yo me angustiaba cada vez más. Tenía ganas de darles una bofetada y obligarlas a disculparse. Quería gritarles que aquel era mi valiente y amado marido, el padre del aquel precioso bebé y un gran científico, pero, con mi comedimiento inglés, no hice

ni dije nada: me limité a mirar a otra parte y a atender a Robert, como si las jovencitas no existieran. Jamás un ascensor capaz de alcanzar una velocidad de cuatro pies por segundo tardó tanto en llegar a la planta baja. Cuando salimos, una de las chicas miró a Robert por encima del hombro de Gill.

—¿Es hijo suyo? —me preguntó desconcertada y admirada.

—¡Por supuesto! —le espeté.

Ella y su compañera se alejaron a toda prisa, avergonzadas, esperaba yo.

—¡Qué gente más rara! —comentó Gill minimizando lo que ambas sentíamos.

Por suerte, las dos nos habíamos colocado entre Stephen y aquellas chicas, de manera que él no se enteró de lo sucedido.

Después de aquel episodio, estaba dispuesta a volver a casa de inmediato. Sin embargo, cuando faltaba poco para que terminara la escuela de verano, una tarde, durante un cóctel en el Battelle, plantearon a Stephen la tentadora posibilidad de que pasara dos semanas en la Universidad de California en Berkeley y, al instante, un colega brasileño nos ofreció el piso vacío de un amigo ausente. La propuesta era atractiva desde el punto de vista económico y, ya que habíamos viajado hasta tan lejos, otras dos semanas en la Costa Oeste, en California nada menos, no parecían un gran sacrificio. Yo no había perdido del todo el espíritu aventurero que me había animado a viajar por el sur de España en la época estudiantil. Por otra parte, tendríamos la oportunidad de conocer la utopía con la que en 1965 Abe y Cice Taub nos habían tentado en Cornualles.

Cargados con montones de trastos, el cochecito y una cantidad exagerada de equipaje, volamos a San Francisco, donde tuve que ponerme al volante de otro automóvil enorme y orientarme por otro laberinto de autovías. Por fin encontramos la dirección de nuestros arrendadores ausentes, un acogedor piso de dos habitaciones en una vieja casa de madera con una vista panorámica del Golden Gate entre la calina y la niebla. Pese a ser mucho más acorde con nuestro estilo y edad que la lujosa casa de Seattle para burgueses maduros, planteaba un grave problema logístico, ya que estaba en la segunda y última planta del inmueble. Así pues, tuvimos que recuperar la costumbre que esperábamos haber dejado atrás en Seattle, con la diferencia de que, cada vez que salíamos, yo no tenía que subir y bajar dos veces, sino tres, y no uno sino dos tramos de escalera. Con catorce semanas, Robert ya pesaba demasiado para que lo llevara en el moisés, de modo que esto era lo primero que yo bajaba al coche. Luego ayudaba a bajar a Stephen dejando en una alfombra a Robert, al que a continuación subía a buscar. Para compensar todo aquel esfuerzo, aprovechábamos el coche al máximo y a menudo, por la tarde o, de forma excepcional, después de comer, nos adentrábamos en las secas colinas que se alzaban detrás de Berkeley; cuando nos sentíamos más aventureros, nos dirigíamos al norte a lo largo de la falla de San Andrés, una zona pantanosa deshabitada donde las grietas de la carretera atestiguaban las formidables fuerzas de la naturaleza que acechaban bajo la superficie.

Abe Taub, director del Grupo de Relatividad de Berkeley, consiguió a Stephen un contrato temporal en su departamento, y Cice y él nos invitaron a ir a cenar a su casa, que estaba en lo alto de las colinas y tenía vistas a la bahía. El trayecto era más largo de lo que esperábamos y, cuando llegamos, ya anochecía. Como no veía donde aparcaba, metí el coche en una zanja que había en el arcén. Las ruedas se bloquearon y el vehículo quedó atascado. Después de intentar sacarlo yo sola, fui a pedir ayuda a los Taub y a sus distinguidos invitados, entre los que se contaba el profesor Lichnerowicz, un matemático parisino muy sofisticado e influyente. Los hombres se quitaron las elegantes chaquetas, se remangaron y se pusieron manos a la obra con caballeroso entusiasmo. Cuando por fin nos sacaron de la zanja y entramos en la casa, vergonzosamente tarde y desaliñados, Robert se puso a gimotear. Ya nos había jugado aquella mala pasada una vez en Seattle. Dormía a pierna suelta hasta el mismísimo momento en que dejábamos el moisés en una habitación a oscuras y, entonces, comenzaba a protestar de repente, como si presintiera que en otra parte se celebraba una fiesta de la cual se le excluía. No quedó más remedio que permitirle pasar la velada sentado en mi regazo mientras cenábamos. Pese a los contratiempos, Cice Taub mantuvo la calma durante la refinada reunión y, quizá compadecida de mí al verme tan ojerosa, me invitó a ir a la rosaleda de Berkeley con ella y *madame* Lichnerowicz al día siguiente.

La rosaleda pasó a ser mi refugio de paz y soledad en el trepidante ambiente del área de la bahía, el lugar donde descansar de los agotadores ejercicios que nos exigía el piso donde vivíamos. Surtía un efecto calmante en Robert, quien, acostado en el cochecito debajo de una pérgola, miraba los juegos de la luz en las rosas y las hojas. Sentada a su lado a la sombra, aspirando el aroma de las flores, me enfrascaba en la lectura de *La cartuja de Parma*, de Stendhal, y de vez en cuando contemplaba la bahía. Pensaba en España, en los jardines del Generalife que dominaban Granada, donde hacía solo unos años había tratado de imaginarme un futuro con Stephen. Aquel futuro se había hecho realidad y había sobrepasado con creces cuanto habíamos esperado. Estaba cansada, pero era fuerte y la felicidad superaba al cansancio. En los círculos científicos reconocían y solicitaban a Stephen por su comprensión intuitiva de conceptos complejos, su capacidad para visualizar estructuras matemáticas en muchas dimensiones y su extraordinaria memoria. El futuro se desplegaba ante nosotros, ahora encarnado en la lozana personita de nuestro hijo.

El porvenir había adquirido un tranquilizador halo de certidumbre, y la clave residía en saber vivir el presente. Disfrutar de cada día, en vez de proyectar un espejismo fantasioso en un futuro lejano, se estaba convirtiendo en nuestra forma de vida. Desde aquella perspectiva, el porvenir se perfilaba con bastante claridad: a corto plazo, las cosas no podían irnos mejor. A la larga, el enorme interrogante que pendía sobre la raza humana bien podría borrarlos a todos de la faz de la tierra. La guerra de Vietnam se había recrudecido hasta convertirse en un conflicto bélico espantoso, en el

que los horrores de la ciencia química moderna se desataban con cinismo sobre una población campesina, impulsados por complejos descontrolados de la industria militar tanto de Oriente como de Occidente. Una mera chispa en cualquier otra parte de nuestro turbulento planeta podía provocar una conflagración mundial.

Vivíamos el presente, pero eso tenía el molesto inconveniente de que a veces tropezábamos con obstáculos imprevistos. Por ejemplo, el matrimonio brasileño que, con la mejor intención, nos había buscado el piso se ofreció a llevarnos a ver los lugares más emblemáticos de San Francisco. Por una vez, iba a poder relajarme y disfrutar de un día de turismo. La pareja llegó un sábado por la mañana temprano, acompañada de una amiga brasileña que no hablaba inglés. Ayudé a Stephen a bajar la escalera con la idea de instalarlo en el vehículo de los brasileños y luego ir a buscar a Robert, que viajaría en mi regazo. Salimos a la calle entusiasmados y miramos alrededor en busca del coche de la pareja. Aparte de nuestro Plymouth, solo había un deteriorado Volkswagen gris aparcado delante de la casa.

—¿Dónde tenéis el coche? —pregunté a nuestro cicerone brasileño.

Él me miró sorprendido.

—No, no vamos en el nuestro, mucho pequeño para todos. Vamos en el vuestro.

Con el alma en los pies, abrí el coche. Stephen se sentó detrás, con las señoras brasileñas, y nuestro «cicerone» se acomodó delante, con Robert en el regazo, para poder darme indicaciones a mí, la chófer. El niño solo necesitó mirarlo una vez para ponerse a berrear como jamás lo había hecho. Desesperada por consolar a mi hijito, que estaba frenético, incómodo y acalorado, me veía atrapada al volante en una situación absurda que no habíamos creado nosotros.

Hubo una tregua cuando por fin llegamos a Golden Gate Park. Después de separarnos de nuestros pasajeros, nos unimos a una gran concentración por la paz organizada por los *hippies* y, sentados en la hierba, nos mecimos al son de la música. Las personas que nos rodeaban tenían mi misma edad pero, por algún motivo, yo ya era mucho mayor que ellas. Stephen y yo compartíamos su idealismo y su odio a la violencia. También nosotros habíamos hecho valer una libertad comparable a la suya en una sociedad rígida al luchar contra la burocracia y la estrechez de miras, pero, para mantener nuestro difícil rumbo, nos veíamos obligados a seguir una rutina tan organizada y rígida como las que imponía la sociedad contra la que nos rebelábamos. Compartíamos la hostilidad de aquella gente hacia la guerra de Vietnam, pero esta no era nuestro principal objetivo. Nuestra lucha se centraba en la enfermedad y la ignorancia.

Después de aquel día, resolví que jamás volvería a depender de otras personas. No obstante, tomar la decisión fue mucho más fácil que llevarla a la práctica, pues Stephen había aceptado la insistente invitación de que pasara una temporada en la Universidad de Maryland, en el departamento de Charlie Misner. Washington DC estaba camino de casa —razonamos—, de modo que no nos venía de unas cuantas semanas más.

En el avión nos sentamos en la misma fila que una señora de mediana edad que se pasó todo el vuelo sollozando. Como de vez en cuando miraba a Robert con anhelo, le dejé tenerlo un rato en brazos. Una sonrisa vacilante le iluminaba la cara mientras él la cautivaba con su risa cantarina. El acompañante de la mujer, sentado al otro lado del pasillo, se inclinó para explicarme que esta regresaba de Vietnam, donde había muerto su hijo. Los *hippies* hacían bien en quejarse de que los utilizaran como carne de cañón, cuando una buena parte de ellos no tenían derecho a votar ni a comprar bebidas alcohólicas, dado que la mayoría de edad todavía estaba establecida en los veintiún años. Muchos tuvieron suerte porque, al ser estudiantes, su reclutamiento se aplazaría y después los profesores universitarios intentarían ayudar a los más capaces a eludir el servicio militar, mientras que otros huirían al extranjero, quizá a Canadá. El hijo de la mujer de nuestro avión no había sido tan afortunado.

Sin duda no era el mejor momento para visitar a los Misner en Maryland, ya que Susanne libraba una angustiada batalla diaria con las autoridades escolares, que rechazaban a Francis, su hijo mayor, porque tenía un autismo leve. Vimos a Mary, la hermana de Stephen, y pasamos un fin de semana con los McClenahan, pero yo estaba agotada y deprimida, sobre todo porque había tenido que dejar de dar el pecho a Robert. Me quedaba sentada en la cama del piso para invitados que los Misner tenían en el sótano de su lujoso hogar de Silver Spring, deshecha en lágrimas por haber roto aquel primer lazo afectivo con mi bebé.

## 2

### Tierra firme

Aquel viaje a Seattle, y aún más lejos, nos cambió la vida, para bien en algunos aspectos y para mal en otros. El dinero que Stephen había ganado dando clases y conferencias durante aquellos largos meses en ultramar tuvo un efecto muy positivo en nuestra economía. Así pudimos comprarnos la lavadora automática que tanto necesitábamos y, al buen estilo estadounidense, también una secadora. Esto ya habría representado una cantidad extraordinaria de bienes de consumo para cualquier hogar británico en los años sesenta, pero Stephen decidió, tras un crudo descubrimiento de la realidad doméstica, que nuestra forma de vida requería incluso más electrodomésticos. Aquella realidad doméstica surgió un viernes por la noche de aquel invierno de 1967, cuando ofrecimos una gran cena en honor de Vitaly Ginzburg, un eminente científico ruso, que había llegado de Moscú para pasar tres meses en Cambridge. No solo era excepcional la duración de su visita en el clima represivo de la guerra fría, sino que además habían permitido que lo acompañara su esposa, una rubia glamurosa. La cantidad de platos y cubiertos amontonados en la cocina al término de la cena fue un claro indicio del éxito de esta. Apoyándose en la pared, Stephen cogió un trapo, pero la pérdida de tiempo que suponía tener que fregar tanto lo contrarió hasta tal punto que, al día siguiente, pidió ayuda a George Ellis y fue al centro a comprar un lavavajillas.

El viaje a Estados Unidos tuvo otros efectos menos tangibles. Era bien sabido que el fenómeno que investigaba Stephen tenía un nombre inspirado y fácil de identificar, «agujero negro», el cual era mucho menos engorroso que «colapso gravitatorio de una estrella de gran masa» —el proceso predicho matemáticamente en los teoremas de singularidades— y unificaba la investigación científica. También era un nombre que despertaba el interés de los medios de comunicación. De resultados de las clases en la escuela de verano de Seattle, Stephen había consolidado firmemente su posición internacional como pionero de esta investigación y nuestro círculo de amigos se había ampliado mucho. Stephen calculó que, cuando regresamos a Inglaterra en octubre, Robert había recorrido una distancia tan vasta en relación con su edad que, incluso mientras dormía, en teoría seguía moviéndose. Por suerte, Robert no parecía alterado por aquella consecuencia de su primera visita a Estados Unidos. Yo también había viajado muy lejos pero, a diferencia de mi hijo, durante mucho tiempo sufrí las graves secuelas de aquellos viajes. Habían sembrado el germen de un miedo paralizante a volar, que creció como una gigantesca mala hierba dentro de mi cabeza durante los meses y años posteriores a nuestro regreso a casa. Dada la tranquilidad con que había viajado en avión hacía tan solo dos años, cuando era estudiante, aquel miedo era tan frustrante como incomprensible. Tardé un tiempo en entender por qué había desarrollado aquella fobia. Al repasar los acontecimientos de los cuatro meses

pasados en Estados Unidos, comprendí que el problema no era volar, puesto que habíamos recorrido largas distancias en muchos aviones distintos sin ningún percance, sino las circunstancias concomitantes: el estrés y la tensión de ser enteramente responsable, apenas siete semanas después de dar a luz, de otras dos vidas frágiles pero muy absorbentes. Poco a poco, aquella responsabilidad tan pesada y agotadora se concretó, a falta de otro desahogo, en el miedo a volar. El hecho de ser capaz de racionalizar el miedo no hizo que me resultara más fácil aceptarlo, porque me daba vergüenza reconocer semejante debilidad, sobre todo cuando nuestra vida se regía por la valerosa máxima de Stephen de que, si había una enfermedad física en casa, no quedaba espacio para problemas psicológicos.

Pese al entusiasmo de Stephen por el notable éxito de su investigación y a su determinación de aprovechar todas las oportunidades de pronunciar conferencias y asistir a congresos y seminarios por todo el mundo, por suerte no se planteó la posibilidad de viajar aquel invierno, que pasamos en un cómodo estado estacionario, adaptándonos de nuevo a la conocida cotidianidad de la vida académica. A Stephen le habían renovado el contrato de investigación por otros dos años y, ahora que Rob Donovan, su padrino de boda, también era investigador del Gonville & Caius College, podía contar regularmente con su ayuda para ir a comer al college una vez a la semana. Mis días era menos previsibles y consistían en una lucha constante para conciliar las necesidades de Robert con las exigencias de mi tesis. Cuando jugaba con él, la conciencia me decía que debería trabajar en la tesis. Cuando trabajaba en la tesis, el instinto natural me incitaba a querer jugar con él. No era una situación muy satisfactoria, pero era la única forma que tenía de conservar la autoestima intelectual en un entorno donde los bebés se menospreciaban y se consideraban tan solo una realidad necesaria. En cambio, las tesis se respetaban. A finales de los años sesenta, la universidad no ofrecía servicio de guardería, aunque, fiel a sus instintos machistas, presumía desde hacía años de tener un campo de tiro.

Si pude continuar la investigación fue en gran medida gracias a mi madre y a la serie de niñeras contratadas para cuidar de Inigo Shaffer, el bebé de nuestros vecinos. Muchos viernes mi madre llegaba a Cambridge en tren a primera hora de la mañana, justo cuando yo salía para llevar a Stephen al trabajo, y se quedaba a cargo de Robert, lo cual me permitía pasar gran parte del día en la biblioteca de la universidad reuniendo libros y otro material para estudiar en casa durante la semana siguiente. Con la tranquilidad de saber que Robert estaba bien cuidado y que Stephen contaba con la ayuda de George Ellis, comía con el resto del Grupo de Relatividad en el centro universitario recién abierto.

De ese modo pude dedicarme a mi proyecto: una investigación sobre las similitudes y diferencias lingüísticas y temáticas de los tres principales períodos y áreas de la poesía amorosa popular en la España medieval. Mientras Stephen vagaba mentalmente por el universo, yo viajaba en el tiempo hasta remontarme a las jarchas, los primeros ejemplos de lírica popular en lengua romance. Comencé mi

investigación documentando el vocabulario mozárabe —un antiguo dialecto del español de la España musulmana— utilizado en las jarchas, las cuales eran meros fragmentos de poesía incorporados como estribillo a odas y elegías más largas escritas en hebreo y árabe clásico. Me proponía hacer luego lo mismo con las cantigas de amigo galaico-portuguesas del siglo XIII y, por último, con las canciones populares castellanas, o villancicos, del siglo XV. Estas tres áreas de florecimiento lírico, en épocas y lugares distintos, compartían muchas características: las canciones de amor estaban cantadas por una muchacha que o bien esperaba con ilusión ver a su amado al alba, o bien lamentaba la ausencia o enfermedad de este.

Había muchas teorías contradictorias, por no decir disputas, respecto a la procedencia e interpretación de aquellas composiciones poéticas, sobre todo de las jarchas, y por aquel laberinto tenía que orientarme yo en la biblioteca de la universidad como estudiante de investigación novel. Samuel Stern, un estudioso de Oxford, había sido el primero en interpretar, analizar y publicar las jarchas, que en 1948 había descubierto, escritas en textos árabes y hebreos en apariencia carentes de sentido, en El Cairo. Stern vio que, transcribiendo los fragmentos en caracteres latinos y añadiendo luego vocales, los enigmáticos textos árabes y hebreos se convertían en minúsculos retazos de poesía amorosa romance rebotante de vida. Por ejemplo, transcribió un grupo de letras hebreas en consonantes latinas de este modo: *gryd bs 'y yrmnl's km kntnyr 'mw m'ly sn 'lhbyb nn bbr'yw 'dbl'ry dmnd'ry*. Al insertar vocales, el texto reza lo siguiente: *Garid vos ay yermanellas com contenir a meu male Sin al-habib non vivireyu advolarey demandare*. Aparte de una forma arcaica y una expresión árabe, *al-habib*, el poema es ahora inteligible, incluso para un hispanohablante actual:

*Decidme, ay hermanillas,  
cómo contener mi mal.  
Sin el amado no viviré  
y volaré a buscarlo.*

Para mí, los fragmentos más conmovedores eran los desgarradores versos en que la muchacha llora desesperada por la enfermedad del amado:

*Vaisse meu corajon de mib  
ya rabbi si se me tornerad  
Tan mal me doled li 'l-habib  
enfermo yed cuand sanarad*

*Mi corazón se va de mí.  
Oh, Dios, ¿acaso volverá?*

*¡Tan fuerte mi dolor por el amado!  
Enfermo está, ¿cuándo sanará?*

### 3

## Orbes celestes

Aunque tácticamente era lógico que estuviera matriculada en la Universidad de Londres, en realidad eso significaba que me encontraba muy aislada en Cambridge. Los seminarios de Londres y las sesiones con Alan Deyermond, mi director de tesis, siempre eran estimulantes, pero se me presentaban pocas oportunidades de viajar a Londres. En Cambridge, donde leía en la biblioteca y redactaba la tesis en casa, no tenía ningún foro de debate.

La solución al problema del aislamiento académico llegó de la forma más inesperada: gracias a la amistad, cada vez más estrecha, entre Robert e Inigo Shaffer, el hijo de nuestros vecinos. A la fiesta del primer cumpleaños de Inigo acudió Cressida Dronke, una niña vivaracha de seis años con cabello castaño rojizo, quien, mirando por encima de unas espantosas gafas de sol con cristales de espejo multicolores, obsequió a los chiquillos y a las atónitas madres y niñeras con un largo y fascinante relato de la función de *Romeo y Julieta* que sus padres la habían llevado a ver hacía poco. Al parecer, aquella iniciación tan temprana en la obra Shakespeare no tenía nada de raro, dado que Cressida estaba acostumbrada a ir al teatro desde que era bebé.

Yo ya conocía a Peter Dronke, que enseñaba latín medieval, por su impresionante reputación de ser uno de los cerebros más prodigiosos de Cambridge, pues no se limitaba al latín medieval, sino que abarcaba toda la gama de estudios literarios medievales, incluido el mío. La feliz casualidad de conocer a los Dronke me permitió adquirir un director de tesis sustituto no oficial en Cambridge. Peter siempre estaba dispuesto a compartir sus vastos conocimientos y a hacerme sugerencias valiosas, críticas constructivas e indicaciones útiles, mientras que su esposa, Ursula, especialista en sagas nórdicas e islandesas antiguas, me brindaba un afecto y apoyo constantes. Otra importante consecuencia de conocer a Peter y Ursula fue que me invitaron a asistir a los codiciados seminarios no oficiales que organizaban en su casa los jueves por la tarde durante el año académico. Los alumnos nos sentábamos en la moqueta color mostaza con mucho respeto, a los pies, literalmente, de algunos de los eruditos más grandes de aquella época.

Me sorprendió y divirtió descubrir que aquellos seminarios me acercaban, desde un punto de vista filosófico, al estudio de la cosmología, aunque fuera la cosmología medieval. De forma inevitable, muchas conversaciones se centraban en la expansión intelectual del siglo XII que partió de París, concretamente de la escuela catedralicia de Chartres, donde se creía que Dios, el universo y la humanidad podían estudiarse y comprenderse por medio de números, pesos y símbolos geométricos, lo cual convertía, a todos los efectos, la teología en matemática. Las nuevas universidades tanto de París como de Oxford constituían el epicentro de un continuo e intenso

debate intelectual, en el que estudiosos y teólogos reflexionaban sobre la naturaleza de Dios, la creación y los orígenes del universo. El vigoroso resurgimiento intelectual que tuvo lugar en el siglo XII debía mucho a las innovadoras ideas provenientes de España, donde en 1085 el ejército cristiano había reconquistado Toledo a los árabes, con lo cual aquella ciudad mestiza y plurilingüe se había convertido en uno de los centros culturales más ricos de Europa, famoso como floreciente escuela de traductores gracias a su patrimonio de literatura árabe y obras de la antigüedad clásica supuestamente perdidas.

En el siglo XIII, Alfonso X el Sabio de Castilla acrecentó el papel de Toledo como importante centro de traducción y saber al participar personalmente en sus actividades. Fue el primero en redactar los documentos en castellano en vez de latín y acometió diversos proyectos históricos en esa lengua. Las traducciones realizadas en su corte fueron aún más importantes que sus otros proyectos e incluyeron un libro de ajedrez; las teorías científicas sobre la naturaleza de la luz escritas por Alhacén, el científico árabe más destacado del siglo XI, las cuales sentaron las bases de la perspectiva, que Leonardo da Vinci desarrollaría en el norte de Italia en el siglo XV; y, más importante aún, el *Almagesto*, la gran obra de Tolomeo, el matemático y astrónomo alejandrino del siglo II d. C.

Escrito originalmente en griego, el *Almagesto* solo existía en una versión árabe hasta que Alfonso encargó su traducción en Toledo. El modelo cosmológico del universo de Tolomeo se basaba en el concepto aristotélico de una tierra inmóvil, alrededor de la cual giraban el sol, la luna, los planetas y las estrellas. En el modelo tolemaico, o geocéntrico, la tierra está fija como centro del universo, mientras que los astros —el sol, la luna y los planetas— giran alrededor de ella fijos en sus orbes. El modelo introduce un sistema de movimientos circulares menores, o epiciclos, para explicar irregularidades reconocidas en los movimientos de los cuerpos celestes. Más allá del orbe de Saturno se halla el orbe que, al girar, arrastra por el cielo a las estrellas, que son fijas, y más allá se encuentra el *primum mobile*, la misteriosa fuerza divina responsable del movimiento cíclico de los orbes. Este movimiento circular perfecto que impulsaba a los planetas en su órbita creaba una música celestial: la armonía de los orbes. En realidad, el modelo tolemaico no coincidía con la noción bíblica de que el universo estaba formado por el cielo, una tierra plana y el infierno debajo, pero, como era posible adaptarlo a ella sin alterar de manera drástica las concepciones anteriores sobre el lugar de Dios en el cielo y del infierno en las profundidades de la tierra, se convirtió en un dogma religioso de la cristiandad hasta que el astrónomo polaco Copérnico lo cuestionó en el siglo XVI. Para la Iglesia cristiana, la consecuencia más importante de este modelo geocéntrico era que el hombre, el habitante de la tierra, se hallaba en el centro del universo y que la atención divina se centraba exclusivamente en él y su conducta.

Stephen asistió a uno de aquellos seminarios sobre modelos cosmológicos antiguos en el salón de los Dronke con un compañero del departamento, Nigel Weiss,

cuya esposa, Judy, era miembro del seminario. Los dos científicos hubieron de reconocer que el pensamiento de los filósofos del siglo XII (Thierry de Chartres, Alan de Lille) y del XIII (Roberto Grosseteste y Roger Bacon, entre muchos otros) era extraordinariamente visionario, acertado y perspicaz. En las filas de los filósofos había una mujer, la resuelta abadesa alemana Hildegarda de Bingen, quien desarrolló su propia cosmología, en la que el universo tenía forma de huevo. Hildegarda de Bingen se adelantó mucho a su tiempo. No solo fue una de las primeras cosmólogas, sino que también defendía que las mujeres debían corregir los defectos sociales y religiosos causados por las debilidades de los hombres, para lo cual, siguiendo su propio ejemplo, deberían emprender expediciones misioneras a lo largo del Rin, predicar, condenar a los herejes y enmendar las injusticias sociales.

En el transcurso de los seminarios me llamaron la atención una serie de ironías, en especial durante aquel al que asistieron Stephen y Nigel Weiss. Por supuesto, la más evidente era que, en la segunda mitad del siglo XX, la posición de las mujeres en la sociedad, sobre todo en la ciencia, había avanzado a paso de tortuga desde el siglo XII, pese a la energía y perseverancia con que Hildegarda había ensalzado la fuerza y grandeza de las mujeres. Con respecto a las cosmologías, me divertía pensar que, pese a los revolucionarios avances que la ciencia había experimentado en el siglo XX, ciertos vínculos conceptuales con las teorías antiguas se resistían a morir. El sistema tolemaico, aceptado rápidamente en el siglo XIII pero sustituido más adelante por el sistema solar de Copérnico, aún tenía un punto de contacto, por tenue que fuera, con un importante principio cosmológico del siglo XX: el principio antrópico.

Este era un tema sobre el que, en aquel período entre finales de los años sesenta y principios de los setenta, Stephen discutía durante largas horas con Brandon Carter, en general los sábados por la tarde que salíamos de Cambridge para ir a la bucólica casa de campo que Brandon y su esposa belga, Lucette, estaban reformando desde su reciente boda. Lucette y yo dábamos largos paseos por los campos con Robert, durante los cuales conversábamos en francés acerca de nuestros escritores, pintores y compositores preferidos; preparábamos el té y la cena..., y Brandon y Stephen seguían librando una batalla intelectual sobre las sutilezas del principio antrópico, en la que ninguno de los dos estaba dispuesto a ceder.

Dicho principio, por lo que yo entendía a partir de las explicaciones de Stephen en los escasos momentos en que conversábamos sobre su investigación, me sorprendía por su estrecha afinidad filosófica con el universo medieval. Al igual que en el universo tolemaico medieval, el hombre se sitúa de nuevo en el centro de la creación por obra del principio antrópico o, más concretamente, de lo que se ha dado en llamar su «versión fuerte». Los partidarios del principio «fuerte» sostienen que el universo en el que existimos es la única clase posible de universo en que podríamos existir, puesto que desde el momento del *Big Bang*, hace unos quince mil millones de años, se ha expandido conforme a las condiciones exactas —las cuales a menudo

implican coincidencias químicas aleatorias y ajustes físicos muy precisos— que se requieren para el desarrollo de la vida inteligente. La vida inteligente es entonces capaz de preguntarse por qué el universo es como es, pero se trata de una pregunta tautológica, cuya respuesta es: si nuestro universo fuera distinto, la vida inteligente no existiría para plantear la pregunta. Por consiguiente, en la práctica se podría seguir afirmando que la humanidad ocupa un lugar especial en el centro del universo, del mismo modo que la ocupaba en el sistema tolemaico. Mientras que para el hombre medieval esta posición especial constituía un argumento concluyente de la singular relación de los seres humanos con su creador, a los científicos modernos parecía irritarles o simplemente divertirles que se sacaran semejantes conclusiones del principio antrópico.

Si bien es evidente que el universo moderno no está limitado por los conceptos medievales de cielo e infierno, en muchos aspectos constituye un entorno más hostil que su ordenado equivalente medieval, aunque solo sea por sus extremos de temperatura y las vastas extensiones de espacio y tiempo en que la raza humana parece vivir en solitario aislamiento. En 1968, por un fugaz momento, pareció que quizá no estábamos solos en la oscura inmensidad del espacio. Una tarde de febrero de ese año, cuando me pasé por el departamento, había mucho alboroto en el bar. Jocelyn Bell, estudiante de investigación en radioastronomía, y su director de tesis, Antony Hewish, habían captado señales de radio regulares y pulsantes procedentes del espacio exterior con la batería de radiotelescopios instalados a unas tres millas de Cambridge, en la estación de Lord's Bridge, en la antigua línea ferroviaria entre Cambridge y Oxford. ¿Acaso aquellas señales serían nuestro primer contacto con formas de vida extraterrestre..., con hombrecillos verdes, quizá? En clave de humor, llamaron LGM (de *little green men*) a los primeros emisores de aquellas ondas de radio. El entusiasmo se disipó al descubrirse que los emisores de los pulsos de radio eran estrellas de neutrones, restos de estrellas minúsculos, posiblemente de solo veinte millas de diámetro, con densidades altísimas, de cientos de millones de toneladas por pulgada cúbica. Era imposible que las estrellas de neutrones pudieran albergar vida.

Aunque los cosmólogos del siglo xx tal vez compartieran una tenue base conceptual con el sistema tolemaico mediante el principio antrópico y respetaran el intelecto de los filósofos del siglo xii de Chartres, de Oxford e incluso de Bingen, los seminarios medievales de los Dronke me sirvieron para adquirir una perspectiva clara de la tremenda diferencia del enfoque moderno con respecto a la creación. El principal propósito de los filósofos del siglo xii consistía en conciliar la existencia de Dios con el rigor de las leyes de la ciencia y, de ese modo, unificar la imagen del Creador con la complejidad científica de su creación. A tal fin, Alan de Lille trató de reconstruir la teología como una ciencia matemática, y otro alumno de Chartres, Nicolás de Amiens, que intentó adaptarla a la geometría euclidiana, se valió de símbolos geométricos para explicar la Trinidad. Por muy excéntricas que puedan

antojarse estas nociones en la actualidad, fueron sin la menor duda serios intentos de aportar objetividad científica a la doctrina teológica y de explorar y explicar el misterio divino por medio de números y estructuras matemáticas.

Por el contrario, al cabo de unos ochocientos años sus herederos intelectuales parecían resueltos a separar todo lo posible ciencia y religión y a excluir a Dios de la creación. La idea de un Dios creador representaba un incómodo obstáculo para un científico ateo cuyo objetivo estribaba en reducir los orígenes del universo a una serie cohesionada de leyes científicas, expresadas en ecuaciones y símbolos. Para los no iniciados, esas ecuaciones y símbolos eran mucho más difíciles de comprender que la noción de Dios como primer móvil, la fuerza motriz de la creación. Curiosamente, para la afortunada comunidad de los iniciados, las ecuaciones ponían de manifiesto una belleza matemática milagrosa y apabullante. Esta revelación, que reflejaba las maravillas ocultas del universo, era casi una versión moderna del mundo de las formas de Platón. En el siglo V a. C., Platón, el maestro de Aristóteles y una influencia fundamental en el pensamiento medieval, describió la teoría de las formas, o de las ideas perfectas, no relacionadas con los sentidos, discernibles solo para la mente. Cada forma o idea perfecta tenía su equivalente en las formas tangibles, corruptibles e imperfectas que se manifestaban en la tierra. La reverencia con que los científicos modernos trataban la matemática del universo invitaba a pensar en atisbos de una perfección sublime similar, pero por desgracia las personas que no dominaban la jerga matemática y para quienes las ecuaciones eran incomprensibles ni tan siquiera podían vislumbrar esos atisbos de perfección. Otra dificultad, al parecer consecuencia directa de la obsesión de esos científicos con las matemáticas, era la irrelevancia que para ellos tenía el concepto de un Dios personal. Si con sus cálculos reducían cualquier posible radio de acción para un Creador, era lógico que no pudieran concebir ningún otro lugar o papel para Dios en el universo físico.

Ante argumentos racionales dogmáticos, no tenía sentido formular preguntas sobre espiritualidad y fe religiosa, sobre el alma y un Dios dispuesto a sufrir por la humanidad; preguntas que eran del todo contrarias a la realidad egoísta de la teoría genética. Más valía no sacar a la palestra cuestiones relacionadas con la moralidad, la conciencia o el aprecio de las artes, no fueran a convertirse también en víctimas del enfoque positivista. Yo todavía me rebelaba contra la religión organizada de mi infancia y no frecuentaba ninguna de las dos iglesias de mi calle, pero seguía buscando la espiritualidad en el jardín de la parroquia de Santa María la Menor, donde Thelma Thatcher me encargó el cuidado de una pequeña parcela junto a la verja, enfrente de nuestra casa. Bajo los rosales trepadores, me dedicaba a desherbar, rastrillar, remover la tierra y plantar bulbos para la primavera y rosales para el verano mientras reflexionaba sobre misterios, teorías y realidades. Entretanto, Robert e Inigo correteaban por los tortuosos senderos y se encaramaban a las tumbas cubiertas de musgo. El antiguo jardín sagrado cobró vida con la música de sus alegres y tiernas voces, y en nuestra franja de tierra creció la rosa estriada blanca y rosada que Stephen

me había regalado para mi cumpleaños. Era la famosa *Rosa gallica versicolor*, también llamada *Rosa mundi* en honor a la Bella Rosamunda, la amante de Enrique II.

## Dinámica peligrosa

Como el jardín del cementerio estaba cercado, Robert e Inigo podían jugar sin peligro y dar salida a sus inagotables reservas de energía. Desde la más tierna infancia de mi hijo, quedó bastante claro que tenía al menos el doble de la energía normal en un niño de su edad. No había forma de que se sentara y siempre insistía en que yo lo tuviera de pie en el regazo.

Con siete meses, aquel chiquillo lleno de inventiva había descubierto la manera de desmontar la cuna, por lo que tuvimos que atar con cuerda todas las juntas, cierres y bisagras para impedir que se cayera. Aun así, en cuanto Stephen y yo nos dábamos la vuelta por las noches y, bostezando, nos dirigíamos sin hacer ruido al salón, con la ingenua confianza de que, después de varias lecturas de *Thomas la Locomotora*, nuestro hijo ya estaba en brazos de Morfeo, oíamos sus enérgicos pasitos en la escalera: bajaba para acompañarnos durante la cena y el concierto que escucháramos en la radio. Como ya no podía desmontar la cuna, había aprendido a encaramarse a la barandilla y deslizarse al suelo. Hacia las once, los tres caíamos rendidos en la cama de matrimonio.

Incluso antes de perfeccionar aquel grado de agilidad, el dinamismo de Robert ya nos había dado un buen susto. En la primavera de 1968 mis padres volvieron a llevarnos a Cornualles con mi hermano Chris. Por suerte, Robert aceptó contento estar sentado y con el cinturón abrochado durante el largo viaje, pero por la tarde, cuando los adultos por fin nos arrellanamos adormilados en los cómodos sillones del chalet alquilado, se puso a inspeccionar la primera planta, pues a los diez meses ya caminaba ágilmente agarrándose a los muebles. Un repentino chillido agudo detrás de mí nos despertó de golpe. Para mantener el equilibrio, el pequeño había apoyado la manita derecha en la caldera eléctrica, que, sin que nosotros lo supiéramos, estaba graduada al máximo, y el calor le había quemado la piel de la palma. Gracias a sus conocimientos médicos, mi hermano calmó a Robert con un pedacito de aspirina, el único analgésico de que disponíamos, y le curó y vendó delicadamente la mano con un pañuelo. Por la noche, pese al susto, todos conseguimos dormir bien. Robert, Chris y yo pasamos la mayor parte del día siguiente buscando un médico, porque mi hijo había amanecido con una ampolla enorme en la mano. El médico, impresionado por los primeros auxilios administrados por un mero estudiante de odontología, se limitó a recetar un analgésico pediátrico y vendas de verdad, y encargó a Chris que siguiera ocupándose del pequeño paciente.

Aquel verano, Stephen y yo llevamos a Robert a sus primeras vacaciones playeras, en la costa norte de Norfolk, donde me encontré con el dilema imprevisto de tener que estar en dos sitios a la vez. A medida que la velocidad de desplazamiento de Stephen disminuía, la de Robert se aceleraba. Stephen tenía dificultades para andar

por la blanda arena, y a mí también me costaba porque debía sostenerlo a él con un brazo y cargar en la otra mano las bolsas, el cubo y la pala, las toallas y una silla plegable. Robert, entretanto, ya corría hacia el mar. Por suerte, en esa costa la marea se retira hasta donde alcanza la vista y aquella semana había marea baja durante el día, de modo que no hubo demasiados percances.

La última mañana subí a preparar las maletas mientras Stephen y Robert estaban en el salón delantero de la casa. Al fondo había una galería con un entresuelo abierto, al que se accedía por una inestable escalera de mano. Por razones obvias, no entrábamos en ella y siempre teníamos la puerta bien cerrada. Al cabo de media hora, bajé y encontré a Stephen solo en el salón.

—¿Dónde está Robert? —le pregunté estupefacta.

Stephen señaló la puerta del fondo.

—Ha abierto esa puerta —respondió—, la ha cruzado y ha vuelto a cerrarla. No he podido hacer nada y tú no me has oído cuando te he llamado.

Horrorizada, miré la puerta un momento antes de salir disparada. No había ni rastro de Robert en la galería. Miré arriba y vi atónita a mi hijito, con su camiseta azul y su pantalón a cuadros, sentado en lo alto de la escalera de mano, con las piernas cruzadas como un niño Buda, feliz en su ignorancia del peligro que corría. Subí los peldaños corriendo y lo cogí antes de que tuviera tiempo de moverse.

Si en aquella primera visita a la costa Robert no consiguió meterse en el mar, fue solo porque tenía las piernas demasiado cortas para alcanzar la orilla antes de que yo lo atrapara. Tras acomodar a su padre en la silla plegable, colocada donde la arena era más firme, a mitad de camino entre las dunas y la orilla, yo echaba a correr por la playa a velocidades que me habrían permitido ganar una medalla olímpica. Durante los dos o tres años siguientes, siempre que Robert veía una masa de agua —ya fuera el mar, un estanque o una piscina—, se tiraba de cabeza a ella en cuanto me distraía un instante. Cuando fuimos al campo a visitar a los Cleghorn —los padres de Bill, amigo del colegio de Stephen—, fue derecho al estanque y se cayó dentro, entre las algas, el barro y las ranas. Y en el verano de 1969, cuando pasamos el mes de julio en la Universidad de Warwick, en una escuela de verano que trataba, muy oportunamente, sobre la teoría de las catástrofes, se superó a sí mismo: saltaba a la parte honda de la piscina cercana a la menor oportunidad. Por suerte, en aquellas ocasiones, como su padre estaba en conferencias y no necesitaba mi brazo para sostenerse, pude prestarle toda mi atención.

La escuela de verano coincidió con «el gran salto para la humanidad», el paseo por la luna, que vimos por televisión en la sala de estudiantes. Grandes saltos, pequeños pasos y catástrofes muy reales evitadas por los pelos: estas frases tan grandilocuentes parecían resumir la esencia de nuestra vida cotidiana. Para seguir los imprevisibles movimientos de Robert hacían falta grandes saltos, mientras que los pasos de Stephen se volvían más pequeños, lentos e inestables. Todas las mañanas lo llevaba en coche desde la residencia de estudiantes donde nos alojábamos hasta la

sala de conferencias, situada en el otro extremo del campus. Al paso de Stephen, tardábamos unos cinco minutos en recorrer la serie de patios y el laberinto de pasadizos que separaban el aparcamiento de la sala de conferencias. Robert, con solo dos años, bajaba del coche en cuanto parábamos y echaba a correr por delante de su padre y de mí. Nuestro único consuelo era que tenía un sentido de la orientación infalible, que lo guiaba por la tortuosa ruta hasta la sala de conferencias, donde se sentaba en la primera fila. El resto de los participantes decía en broma que la aparición de Robert a primera hora de la mañana anunciaba siempre la llegada de Stephen cinco minutos después. Seguidamente, el conferenciante modificaba el orden de los apuntes para no dar ningún resultado importante hasta que Stephen entrara.

Ni en los largos años de formación académica ni, como es natural, en ninguna de las páginas sobre literatura medieval encontré jamás un solo consejo acerca de cómo educar a un hijo. Según parecía, a lo largo de los siglos los niños habían estado ahí sin más y nunca se había considerado necesario enseñar a los padres a cuidar de ellos. Si se trataba de un ejemplo de cómo se comportaba el gen egoísta de los genetistas, el gen egoísta estaba resuelto a autodestruirse. Desde las seis de la mañana hasta las once de la noche, Robert era un niño risueño, alegre, cariñoso y absolutamente adorable, pero su desbordante energía me dejaba agotada.

Una mañana de septiembre de 1969, muy temprano, me despertó no un ruido ni una luz, sino un olor, un olor empalagoso que, de forma inconsciente, supe que no era normal. Al abrir los ojos vi a Robert subido a mi lado de la cama, con una sonrisa de oreja a oreja y un reguero de viscoso líquido rosado en la pechera del pelele azul. Me levanté en el acto y bajé a la cocina dando traspiés. Había una silla junto al frigorífico y el suelo estaba sembrado de frascos vacíos, todos de medicamentos. Con dos años, Robert había empujado una silla hasta la cocina y se había encaramado a ella para alcanzar el estante del frigorífico en el que, a falta de un botiquín, guardábamos los jarabes. Se los había bebido todos.

Dejando que Stephen se las arreglara como mejor pudiera, me vestí y, con Robert en el cochecito, corrí al consultorio médico, que estaba a solo unas doscientas yardas. Acababan de abrir y nos dieron prioridad. Como Robert ya empezaba a dar muestras de somnolencia, el doctor Wilson nos mandó de inmediato en taxi al hospital, que estaba a media milla, en dirección contraria a nuestra casa. La verdadera pesadilla comenzó cuando se hizo patente la gravedad de la situación. Me quitaron a Robert, que tenía convulsiones en los brazos y las piernas, y lo sujetaron para efectuarle un lavado de estómago. Al principio las enfermeras apenas me dijeron nada; se limitaron a preguntar qué medicamentos había ingerido. Luego, una vez que hubieron probado todos los métodos de intervención de que disponían para eliminar el cóctel venenoso del organismo de mi hijo, una me miró y dijo: «Está muy grave... No podemos hacer nada más. Tendremos que esperar a ver qué pasa».

Lo ataron a una cama en una habitación compartida del pabellón infantil y me señalaron la silla del rincón. Robert se sacudía violentamente bajo las correas que

habían colocado a lo ancho del colchón para impedir que se hiciera daño. Demasiado aturdida para hablar, pensar o llorar, tomé asiento de forma mecánica. Me sentí morir cuando nuestro hermoso hijo, nuestra posesión más preciada, cayó en un coma profundo. Aquel niño había asombrado a todos con su belleza, su carácter alegre y su vitalidad. Personificaba todo lo bueno y positivo que había en nuestra vida y en nuestra relación. Al igual que Stephen, yo lo quería más que a nada. Era el fruto de nuestro amor, yo lo había traído al mundo y ambos lo habíamos colmado de amor y atenciones. Al parecer íbamos a perderlo por culpa de una combinación de circunstancias: mi cansancio, su energía y las insuficientes precauciones que habíamos adoptado para velar por su seguridad. Si fallecía, yo también moriría. Mi cerebro era capaz de formular un único pensamiento, expresado en unas pocas palabras que giraban y giraban, como detenidas en el surco de un disco rayado, excluyendo todo lo demás: «Por favor, Señor, no permitas que muera. Por favor, Señor, no permitas que muera. Por favor, Señor...».

Cada cierto tiempo una enfermera entraba a comprobar la respiración de Robert y tomarle el pulso. Con los labios fruncidos, salía de puntillas mientras yo, con la mirada perdida en el frío vacío, seguía en el rincón, aferrada a mi fórmula, que repetía sin cesar. Al cabo de unas horas entró la enfermera jefa. Realizó las comprobaciones habituales y luego, en vez de marcharse de puntillas, me informó de que el estado de Robert era relativamente estable aunque todavía crítico. El pronóstico no era esperanzador; lo único que podía decirme era que no había empeorado. Cuando, tras aquel cambio minúsculo, recobré el sentido común, recordé consternada que había dejado a Stephen solo en casa, apenas capaz de cuidar de sí mismo. ¿Dónde era más necesaria: en el hospital, con mi hijo en coma, o en casa, con mi esposo discapacitado, quien sin mi ayuda podía caerse, hacerse daño o asfixiarse? Debí de mascullar unas cuantas palabras inteligibles, porque la enfermera me mandó a ver cómo estaba Stephen. Eché a correr por la calle bajo la tenue llovizna gris para ir a buscarlo.

Por suerte George había entrado a ayudarlo a levantarse de la cama y lo había llevado al trabajo. En aquel momento, estaba comiendo en el centro universitario, desesperado por tener noticias pero sin saber dónde buscarnos. Me quedé un rato con él. No había nada que pudiéramos decir para consolarnos mutuamente, porque en nuestra situación no había consuelo posible, salvo el hecho de que compartíamos el devastador sentimiento de desolación, envuelto en un implacable paño gris. Mientras Stephen comía, yo lo miraba. Ni tan siquiera me veía capaz de beber un vaso de agua. Me parecía absurdo intentarlo. No tenía motivos para seguir viva. ¿Cómo iba a vivir con tanto dolor? Estábamos a las puertas del abismo tenebroso donde se abandona toda esperanza.

Sin apenas atreverme a regresar al hospital, dejé a Stephen con George. Entré en el pabellón temerosa de lo que pudiera encontrarme. Reinaba el silencio. Una enfermera joven me siguió cuando me dirigí de puntillas a la habitación de Robert.

Mi hijo estaba en la cama, todavía vivo. Dormía boca arriba, tranquilo, beatífico como un querubín de Bellini. Para mi sorpresa, la enfermera me sonrió y señaló al niño. «Mire, ya respira con normalidad. Dormirá hasta que se le pase el efecto y pronto saldrá del coma. Ya ha pasado lo peor», me dijo. Solo las lágrimas, no las palabras, podían expresar lo que sentí; lágrimas de gratitud y alivio. «Podrá llevárselo a casa cuando se despierte», añadió la enfermera con naturalidad, como si aquella solo fuera una crisis más de sus ajetreadas jornadas, la cual, gracias Dios, ya se había resuelto. Llamé a Stephen para darle la buena noticia y, a las tres y media de la tarde, Robert empezó a despertarse. «Ya se lo puede llevar a casa», me dijeron. Al cabo de diez minutos le habían dado el alta y regresábamos a la intensa realidad de nuestra vida cotidiana. Una vez en casa, avisamos a los vecinos para que fueran a celebrarlo con nosotros. Cuando acudieron, contemplamos en silencio, como extasiados, a Robert e Inigo, que, ajenos al drama de aquel día, empujaban los coches de juguete por el suelo.

Robert sobrevivió aquel día, pero yo morí un poco. Parte del desbordante optimismo que tanto entusiasmo me había infundido en la juventud quedó sepultado bajo una pesada carga de angustia, ese desasosiego sordo que, una vez que infecta la mente, jamás la deja. Había estado tan peligrosamente cerca de la peor catástrofe que una madre puede vivir —la pérdida de un hijo— que me volví protectora hasta un punto neurótico, y es posible que a menudo irritara a Robert y a sus hermanos con mi preocupación por su seguridad.

Por suerte, al parecer aquella experiencia no dejó ninguna secuela a Robert. Ni tampoco mermó en modo alguno sus reservas de energía, como quedó demostrado durante un congreso celebrado en Suiza la primavera siguiente. Durante el día, mientras Stephen, inmerso en el turbio pasado del universo, estaba en el centro de congresos de Gwatt, a orillas del lago Thun, Robert y yo íbamos a andar. Fue allí donde mi hijo descubrió su pasión por la montaña, un cauce a sus instintos escaladores. Más de una vez, con menos de tres años, se empeñó en subir hasta el límite de las nieves perpetuas, y yo, embarazada de varios meses, lo seguía con lentitud.

## 5

# Expansión universal

Una crisis menos dramática que la desastrosa experiencia de Robert con los medicamentos se cernió sobre nosotros cuando la década de los sesenta tocaba a su fin: el puesto de investigador de Stephen —renovado en 1967 por un período de dos años— en 1969 estaba a punto de expirar. No había ningún mecanismo para volver a renovarlo, pero, dado que Stephen no podía dar clases, tampoco podía seguir el proceso normal de la mayoría de los otros investigadores y solicitar un puesto de docente universitario.

En 1968 Stephen se había convertido en miembro del recién inaugurado Instituto de Astronomía, un edificio alargado de una sola planta, muy bien equipado y situado entre árboles en los verdes campos de los terrenos del Observatorio, en Madingley Road, en las afueras de Cambridge. Eso le proporcionó un despacho, que compartía con Brandon, y un escritorio, pero no un salario, y era improbable que se le pagara mientras Fred Hoyle fuera el director, ya que este no le había perdonado la sonada intervención en la conferencia de la Royal Society de hacía unos años. A diferencia de lo que ocurría en Estados Unidos, en Gran Bretaña los puestos de investigación remunerados eran escasos.

Sin embargo, era tal el entusiasmo generado por la investigación sobre los agujeros negros durante los últimos cuatro años que Stephen no carecía de poderosos partidarios: Dennis Sciama aceptó el reto de buen grado, al igual que Hermann Bondi, cuya ayuda mi padre recabó en nuestro nombre. Se rumoreaba que el King's College tenía un puesto remunerado de miembro investigador titular, que el consejo de administración estaba dispuesto a ofrecer a Stephen. Las autoridades de Gonville & Caius, indignadas por aquellos rumores, intervinieron en la puja con una categoría especial de puesto de investigador —un puesto de seis años por méritos científicos— antes de que el King's tuviera la posibilidad de hacer su oferta.

Con un empleo seguro y unos ingresos estables, había llegado el momento de que reconsideráramos nuestras condiciones de vida. George y Sue Ellis, nuestros emprendedores amigos, habían comprado y renovado una casa en Cottenham, un pueblo de las tierras bajas cercano a Cambridge, y Brandon y Lucette habían hecho lo mismo con la casita de campo de sus sueños, en el corazón de la campiña, poco después de su boda en 1969. Incluso en Little Saint Mary's Lane varios vecinos habían reformado y ampliado hábilmente sus desvencijadas viviendas para convertirlas en casas espaciosas y atractivas. Tras ver, no sin cierta envidia, lo versátiles que podían ser las casas, comprendimos que la nuestra no constituía una excepción. Sin embargo, nos hallábamos atrapados en el proverbial círculo vicioso. Habíamos ahorrado suficiente dinero para pagar la entrada de una nueva propiedad y pedir una hipoteca, y además había subvenciones municipales para la renovación de

inmuebles antiguos, pero nuestra casa, precisamente debido a su antigüedad, no reunía las condiciones necesarias para la concesión de una hipoteca y, naturalmente, el college, aconsejado por su agente inmobiliario, había descartado la propiedad por considerarla una mala inversión.

Mientras cavilábamos sobre el dilema, un cambio de política de nuestra sociedad de crédito inmobiliario resolvió el problema, ya que las hipotecas pasaron a estar disponibles también para las viviendas antiguas, aunque a un tipo de interés más elevado. Una hipoteca pactada con una sociedad de crédito inmobiliario tenía la ventaja adicional de que nos permitía pedir un préstamo suplementario —con un tipo de interés bajo— a la universidad. De repente todo empezaba a encajar. Un topógrafo jubilado, el señor Thrift, que resultó ser un auténtico y genial maestro en su profesión, dibujó unos planos detallados que ampliaban la casa más allá de lo que parecía posible aprovechando cada pulgada de espacio.

Los dos nos informamos sobre posibles subvenciones —tanto para rehabilitación como para discapacitados— y, en cuanto tuvimos los proyectos preparados, Stephen y yo pudimos solicitar una hipoteca a una sociedad de crédito inmobiliario. A diferencia del odioso agente del college, el tasador de la sociedad de crédito inspeccionó muy animado la casa y, echando un vistazo a los proyectos propuestos, asintió con la cabeza. «Quedaré muy bonita, ¿verdad?», nos dijo, y señaló que aprobaría gustoso la hipoteca. Entonces acudimos de nuevo a nuestra casera con una oferta más realista por la vivienda, y esta vez aceptó. Realmente parecía que todo era posible. Pero apenas tuvimos la oportunidad de disfrutar de la condición de propietarios: poco después de firmar el contrato de compraventa, hubo que almacenar todos los muebles en los dormitorios delanteros y tuvimos que mudarnos para permitir que los albañiles invadieran la casa.

George y Sue Ellis, junto con Maggie y Andy, que ya tenía un año, se habían ido a Chicago, donde pasarían seis meses en casa del profesor indio Subrahmanyam Chandrasekhar, físico teórico y premio Nobel sumamente respetado.

Mientras se realizaban las obras en el número 6 de Little Saint Mary's Lane, ocupamos agradecidos la remodelada casita de los Ellis en Cottenham, eminentemente práctica y pensada para los hijos. Viviendo en el campo fui muy consciente de las comodidades de la vida en la ciudad. La casa era preciosa, pero su aislamiento me resultaba angustioso, máxime porque durante todo el embarazo me sentí mal. Había que llevar a Stephen a su departamento de Cambridge todas las mañanas e ir a recogerlo por las tardes, excepto cuando estaba preparado a tiempo para ir en el coche de otros vecinos de Cottenham que también se desplazaban al trabajo. Robert se mostraba intranquilo, pues echaba en falta tanto a Inigo como su guardería. Yo añoraba muchísimo a mis amigos de Little Saint Mary's Lane, en particular a los Thatcher, y todos mis intentos de trabajar en la tesis resultaban vanos. En mi estado depresivo, no me animaba precisamente el constante martilleo de noticias sobre Oriente Próximo, que apuntaban a otra inminente confrontación entre

egipcios e israelíes, y por consiguiente entre las superpotencias. No solo esos dos países realizaban constantes incursiones en el territorio del otro, sino que además un nuevo aspecto de la guerra había asomado su fea cabeza en forma de secuestro de aviones civiles. Yo estaba tensa, irritable y —me avergüenza decirlo— de mal humor con mis seres queridos.

Por fin, contra todo pronóstico, a mediados de octubre nuestra casa, que durante meses había parecido una zona bombardeada, con un solitario poste metálico que sostenía lo que quedaba de ella, fue lo bastante habitable para que pudiéramos volver. Todavía no estaba terminada y cada día llegaba una cuadrilla de artesanos, fontaneros, enlucidores, pintores, electricistas...

Al cabo de quince días, el 31 de octubre, cuando los trabajadores ya se habían marchado, dimos una fiesta e invitamos a cuarenta amigos a apretujarse en nuestra casa, que era una feliz combinación de lo antiguo (la parte delantera) y lo nuevo (la de atrás). El entusiasmo y el esfuerzo de organizar la fiesta dieron resultados positivos y el día siguiente, desfallecida y con cierto malestar, lo pasé en el diván que acababa de tapizar. Aquella noche fui al hospital, pues, decidida a que ni un hijo mío ni yo volviéramos a estar nunca más a merced de las viejas y gruñonas comadronas de la clínica, había insistido en que aquel nacimiento tuviera lugar en la maternidad, asistido por nuestra matrona, una mujer serena y risueña.

En un despliegue de actividad matutina sin precedentes, di a luz a una niña, Lucy, a las ocho de la mañana del lunes 2 de noviembre. Nuestra comadrona me prestó toda la atención debida y luego —como era natural, ya que había estado de guardia toda la noche— se fue a casa y el bebé y yo quedamos al cuidado de las enfermeras del hospital. Pero las ocho de la mañana de un lunes no era el mejor momento para nacer. Las enfermeras que nos habían atendido terminaron su turno en cuanto hubieron lavado y vestido a mi hija. Se marcharon dejándome en la mesa de partos mientras la pobre criatura —en la cuna, colocada a mi lado pero fuera de mi alcance— lloraba hasta que la cara se le puso colorada. Yo ansiaba consolarla, pero me habían indicado que no me moviera; además, temía que, aturdida tras el parto, pudiera dejarla caer. Helada y desvalida, continué sobre la dura mesa, viendo angustiada cómo la diminuta niña de rostro enrojecido tenía una primera experiencia tan desagradable de la vida.

Después de dos días en el hospital estaba deseosa de regresar a casa y preparada para marcharme —hasta el punto de que me había puesto el abrigo y había envuelto a mi preciosa muñequita de cara sonrosada, ahora mucho más tranquila, en chales de encaje—, cuando apareció un médico y me ordenó que volviera a la cama porque, antes de darme el alta, iba a ponerme un gotero para que recuperara los niveles de hierro, muy menguados en ese momento. Obedecí a mi pesar y, en lugar de regresar junto a Stephen y Robert, me refugié apenas en *Los Buddenbrook*, de Thomas Mann, la historia de una familia prusiana de finales del siglo XIX. La paciencia que mostré en la maternidad tuvo su recompensa al día siguiente, cuando por fin volví a casa con Lucy, probablemente en mucha mejor forma gracias a los suplementos de

hierro que me habían administrado. Fue agradable estar de nuevo en la callejuela, donde a primeros de noviembre las últimas rosas, más dulces e intensas que las del verano, empezaban a abrirse en el jardín. Poco después del mediodía Robert llegó del parvulario con Inigo. Nervioso, levantó la tapa del buzón para mirar por el hueco y luego entró en casa como un rayo preguntando: «¿Dónde está el bebé?, ¿dónde está el bebé?». En cuanto vio a su diminuta hermana tendida sobre una alfombra en el suelo, fue derecho a darle un beso. A partir de entonces, aunque Lucy, una vez que adquiriera la facultad de hablar, apenas le dejaría meter baza, aquella relación fraternal sería un área en la que nunca harían falta los buenos consejos del doctor Spock, puesto que Robert jamás mostraría el menor signo de rivalidad respecto a su hermana.

El padre de Stephen y su hermano, Edward, habían ido a Luisiana para pasar el año académico trabajando por la medicina tropical, mientras que la madre se había quedado en Inglaterra a fin de estar en Cambridge tras el nacimiento de Lucy, ya que Stephen empezaba a requerir mucha más ayuda para las necesidades cotidianas. Todavía podía subir solo las escaleras, pero su paso era tan lento e inestable que hacía poco que había tenido que recurrir, con el mayor de los disgustos, al uso de una silla de ruedas. Durante los cuatro días que pasé en el hospital, mi sustituto en el frente doméstico tenía que ser una persona paciente, comprensiva y fuerte en quien Stephen confiara sin reservas. George era su fiel ayudante en el departamento, pero tenía una joven familia que lo esperaba por las noches, de modo que lógicamente Stephen prefirió que lo cuidara su madre mientras yo estaba fuera de combate. Isobel se quedó unos días más en casa cuando yo regresé y se mostró amable, enérgica y jovial, aunque distante. Las jornadas eran agotadoras: había que hacer la compra y la colada, limpiar la casa, preparar las comidas y cuidar de Robert y Stephen sin ayuda de nadie. La época en que Stephen había cogido una vez un trapo para secar los platos había quedado muy atrás. La enfermedad le impedía echar una mano en casa, puesto que no había nada de carácter práctico que pudiera hacer. La ventaja de aquella incapacidad era que le permitía dedicar un tiempo ilimitado a su pasión torrencial por la física.

Yo me sentía afortunada viendo crecer a mis dos hijos. En cambio Stephen estaba preocupado por Lucy. La niña dormía durante períodos prolongados a lo largo del día y era un angelito por las noches, hasta el punto de que su padre estaba convencido de que le pasaba algo, pues esperaba que todos los bebés fueran como Robert, activos y enérgicos a todas las horas del día y de la noche. Yo no compartía esa preocupación. Disfrutaba sobremanera de aquella etapa de feliz tranquilidad que siguió al nacimiento de Lucy, una de las más estables y satisfactorias de nuestra vida, y especialmente grata tras la actividad de las obras de remodelación.

La casa era una delicia con sus vivos colores y su relativa amplitud, y la niña, una fuente de inmensa alegría; era tan diminuta que podía sostenerla en la palma de la mano, y tan tranquila que, cuando la auxiliar sanitaria pasó por casa, ni siquiera se fijó en que estaba tendida a mi lado en la cama. La pequeña Lucy dormía a sus horas,

lo que me permitía tener la casa bastante ordenada, cuidar de Stephen y Robert y dormir lo necesario. Pude volver a leer novelas por la noche mientras Stephen se preparaba para acostarse. Coincidíamos tácitamente —ya que lo ofendía cualquier alusión a su enfermedad— en que era importante que siguiera haciendo por sí solo cuanto pudiera, por más tiempo que le llevara. Una vez que le aflojaba los cordones de los zapatos y le desabrochaba los botones, se desvestía y se ponía el pijama con esfuerzo mientras yo leía en la cama, un preciado lujo al final de cada larga jornada. Stephen se movía con lentitud, no solo a causa de las limitaciones físicas, sino también porque estaba concentrado en otra cosa, por regla general, un problema relativista. Una noche tardó aún más que de costumbre en meterse en la cama, pero hasta la mañana siguiente no descubrí por qué. Aquella noche, mientras se ponía el pijama y visualizaba en la mente la geometría de los agujeros negros, había resuelto uno de los principales problemas en la investigación sobre estos. La solución era que, si dos agujeros negros colisionan entre sí y forman uno solo, la superficie de los dos juntos no puede ser menor, y casi siempre debe ser mayor, que la suma de los dos agujeros negros iniciales; o, de forma más concisa: le ocurra lo que le ocurra a un agujero negro, su superficie nunca disminuye. Esta solución convertiría a Stephen, a los veintiocho años, en la figura más influyente en la teoría de los agujeros negros. Y, dado que estos habían pasado a ser un tema de conversación corriente, también lo convertiría en un personaje reconocido que despertaría cierta fascinación en la población general. En Seattle habíamos orbitado en torno al fenómeno recién bautizado en aquel entonces como agujero negro; ahora habíamos cruzado su horizonte de sucesos, la frontera tras la cual no hay escapatoria posible. La teoría predecía que el desafortunado viajero que atravesara el horizonte de sucesos sería estirado y alargado como un espagueti y perdería toda esperanza de salir o de dejar indicios de cuál había sido su destino.

## 6

### En campaña

En 1970, el año del nacimiento de Lucy, se aprobó en el Reino Unido la Ley de Enfermos Crónicos y Personas Discapacitadas. Aunque se celebró en todo el mundo como un avance histórico en la defensa de los derechos de los discapacitados, durante muchos años el gobierno se negó a ponerla en práctica en su totalidad, de modo que unas personas ya bastante agobiadas asumieron la tarea de realizar campañas a favor de su aplicación local. No obstante, sí proporcionó una base a nuestras múltiples quejas contra los diversos organismos públicos cuyos edificios dificultaban el acceso a los discapacitados.

Cargada con una niña pequeña en un portabebés y empujando la silla de ruedas de Stephen mientras Robert, que por entonces tenía tres años, trotaba a mi lado, estuve en la vanguardia de los manifestantes que hacían campaña en favor de los discapacitados y sus cuidadores. Un bordillo alto o un escalón mal emplazado, por no hablar de un tramo de escaleras, representaban la clase de obstáculo que podía convertir un paseo familiar factible en un desastre. Dado que, con mis escasos cuarenta y ocho kilos, no era lo bastante robusta para superar el obstáculo sin ayuda, tenía que estar alerta y mirar esperanzada a mi alrededor en busca de un transeúnte varón al que pedir ayuda. A continuación debía dejar a la niña en brazos de alguna amable señora que pasara por allí. Entonces el varón abordado, Robert y yo levantábamos juntos la silla de ruedas con su ocupante por encima del escollo, siempre con cautela, no fuera a ser que el ayudante agarrara el apoyabrazos o el reposapiés, que podían soltarse y quedársele en las manos. Finalmente colmaba al hombre de efusivas palabras de agradecimiento antes de proseguir nuestro camino. A menudo, para mi alivio, la gente se ofrecía a echarme una mano sin que tuviera que importunarlos. Y con frecuencia, al levantar la silla con Stephen en ella, preguntaban asombrados:

—¿Qué le da de comer? ¡Pesa una tonelada para ser tan menudo!

—Es que todo lo echa en el cerebro —respondía yo.

En el Departamento de Urbanismo recibían nuestras cartas de protesta con el mayor de los desdenes, lo que nos recordaba las reuniones de Stephen con los tesoreros de Gonville & Caius. En el Departamento de Urbanismo ignoraban que hubiera discapacitados que quisieran cruzar la ciudad hasta Marks & Spencer para comprarse su propia ropa interior, de modo que no veían la necesidad de tal excursión, como si los discapacitados y sus familias no tuvieran derecho a aventurarse tan lejos. La injusticia nos hizo pasar a la acción. ¿Por qué tenía que sufrir Stephen limitaciones en su forma de vida, aparte de las infligidas por una naturaleza cruel? ¿Por qué había que permitir que unos burócratas cortos de miras le hicieran la vida doblemente difícil, cuando él, a diferencia de aquellos funcionarios

petulantes, azote de la Inglaterra de los años setenta, sacaba cada día abundante partido a su limitado margen de vida?

Después de muchas batallas logramos persuadir al Arts Theatre y a los cines de que crearan zonas de asientos accesibles para sillas de ruedas. La universidad empezó a revisar poco a poco sus condiciones de acceso, como también lo hicieron algunos de los colleges más progresistas. Llevamos nuestra campaña aún más lejos: a la Ópera Nacional Inglesa, en el Coliseum de Londres, donde de inmediato se reconocieron nuestras necesidades, y a la Royal Opera House, en Covent Garden, donde la ayuda consistió en descargar la responsabilidad en dos ancianos acomodadores apostados en la puerta, los cuales, pobrecitos, mientras subían con gran esfuerzo a Stephen por la escalera del patio de butacas, lo dejaron caer. Por una curiosa coincidencia, la actitud del ayuntamiento con respecto al acceso para los discapacitados mejoraría rápidamente al aumentar la fama de Stephen, pero eso ocurriría mucho después de aquellos años agotadores en los que anduve empujando la silla de ruedas con dos niños pequeños a remolque.

Aparte de los escalones y los bordillos, había muchos peligros imprevistos en el transcurso de la vida cotidiana. Una vez que llevé a Stephen, con Lucy sentado en sus rodillas, a dar un paseo por las marismas, una ruedecilla delantera se atascó en un bache y los asustados ocupantes de la silla cayeron en el camino embarrado.

Como no teníamos tiempo de leer los periódicos, confiábamos a mis padres la obtención de fragmentos de información útil entresacados de los suyos. A menudo nos enviaban montones de recortes, unas veces sobre descubrimientos de astrofísica, otras sobre ayudas para los discapacitados. Dado que en uno de estos últimos se señalaba que las personas discapacitadas podían reclamar el coste del impuesto de vehículos a motor, fuimos a ver al médico de Stephen para que nos lo aclarara. Resultó que el artículo se había adelantado a su tiempo: en 1971 no había aún ningún mecanismo para reclamar dicho impuesto —se crearía unos años después—, pero el doctor Swan apuntó que quizá Stephen quisiera solicitar un vehículo especial para discapacitados.

Aquella extraordinaria posibilidad comenzó a abrir apasionantes horizontes. Si Stephen podía manejar la palanca de mandos de un coche eléctrico, gozaría de una movilidad mecánica que compensaría su menguante movilidad personal. Se aceptó la solicitud y se completaron los trámites burocráticos, pero había un impedimento: el vehículo debía aparcarse a cubierto y cerca de un enchufe eléctrico para cargar las baterías durante la noche. Como en tantas otras ocasiones, la solución llegó de donde menos lo esperábamos: Hugh Corbett, director del centro universitario, situado en el extremo de la calle que daba al río, respondió a nuestras necesidades ofreciendo de inmediato una plaza de aparcamiento cubierta junto a un enchufe.

Aunque se criticaba la inestabilidad de los vehículos para discapacitados, el coche eléctrico, que circulaba a la velocidad de una bicicleta rápida, permitió a Stephen volver a ser dueño de sus movimientos e ir a donde quisiera: al departamento por la

mañana y al Instituto de Astronomía a mediodía. Al regresar a casa por la tarde, se detenía a la entrada y tocaba la bocina; Robert salía corriendo entusiasmado y se subía a un saliente lateral para recorrer las últimas cincuenta yardas hasta el centro universitario, y yo les seguía con la silla de ruedas para llevar a Stephen a casa. Sin embargo, este sistema, como todos, presentaba algunos problemas. El coche se averiaba con frecuencia y a menudo lo encontrábamos en su plaza de aparcamiento arrinconado por otros vehículos. En una ocasión volcó; Stephen se llevó un susto, pero por suerte salió ileso.

En verano mis hijos y yo a veces hacíamos un pícnic en los terrenos del Observatorio e íbamos a ver a Stephen a su despacho del Instituto de Astronomía. Las agudas voces de los niños corrían por delante de ellos a lo largo de los lujosos pasillos alfombrados, como ráfagas de aire fresco de primavera, anunciando su presencia a su encantado padre. Las expresiones del rostro de Stephen eran siempre un indicio mucho más concluyente de sus emociones que las palabras que pronunciaba, y en tales ocasiones su sonrisa transmitía una alegría inequívoca al ver a sus hijos. El Observatorio, construido para ese fin en 1823 con una cúpula en el centro y alas residenciales destinadas a los astrónomos, tenía el aspecto de una casa de campo extraña pero imponente. Se alzaba entre huertas y jardines cuidados con esmero, donde adquirimos una pequeña parcela para cultivar nuestros propios productos. Aunque el cementerio era ideal para las rosas y los lirios, yo me resistía a plantar hortalizas en su suelo. En los terrenos del Observatorio los niños se ponían manos a la obra con entusiasmo y parloteaban mientras cavaban, sembraban y veían crecer las semillas. Al final de la jornada llevábamos con orgullo las alubias, zanahorias y lechugas al instituto para enseñárselas a Stephen y partíamos hacia casa seguidos por él.

Aquellas despreocupadas tardes en la linde del campo suponían un respiro entre las crecientes dificultades de la vida en Little Saint Mary's Lane. Cuando dimos con la callejuela en 1965, era un remanso de tranquilidad, pero a comienzos de los setenta comenzaba a convertirse en una concurrida y peligrosa vía que llevaba al centro universitario, al Peterhouse College y al hotel Garden House, a orillas del río. No era extraño que un camión de diez toneladas la enfilara por error con la intención de dejar su carga en el centro universitario o el hotel y acabara atascado a mitad de camino, donde la calle se estrechaba. Entonces retrocedía marcha atrás hasta Trumpington Street, rozando casi las fachadas de las casas y llenando de humo las habitaciones delanteras.

El tráfico —un auténtico peligro para los pequeños Robert, Lucy e Inigo, a quienes les gustaba recorrer la calle de arriba abajo con el triciclo y realizar visitas de cortesía a los vecinos— constituía un problema espinoso que requirió una campaña bien organizada de reuniones y numerosas cartas, la mayoría de las cuales no tuvieron una respuesta alentadora. Sin embargo, el asunto cambió drásticamente de cariz cuando el hotel Garden House sufrió un incendio devastador en 1972, un par de

años después de que hubiera sido el objetivo de una protesta estudiantil por su apoyo al régimen militar de Grecia.

Al final del día del incendio, el escenario de tantas alegres reuniones familiares no era más que un humeante esqueleto carbonizado, que pronto daría pie a ambiciosos planes para ampliar las instalaciones. Consideraciones arquitectónicas aparte, la consecuencia de dicha ampliación sería un tremendo volumen de tráfico, de modo que los vecinos de la callejuela nos opusimos unánimemente al proyecto. Cuando ambos bandos se encaminaban a la confrontación, comprendimos que los dos objetivos, en apariencia contradictorios, no eran tan incompatibles como parecía. La gerencia quería un hotel nuevo y nosotros queríamos que se cerrara la calle a fin de recuperar la paz y la seguridad; si uníamos fuerzas en lugar de enfrentarnos, podíamos lograr ambos objetivos, y ese fue el resultado final de una tensa reunión de los vecinos y la gerencia que los Thatcher presidieron con mano izquierda en el número 9.

Stephen y yo habíamos empezado a encontrar formas de adaptar y controlar nuestro entorno en Cambridge, pero en otros lugares resultaba más difícil. A finales de 1970, a su regreso de Luisiana, los padres de Stephen decidieron comprar una casa de campo. Yo comenté esperanzada que un chalet en la costa este sería ideal para nuestra familia. Tanto en Norfolk como en Suffolk, aunque la arena era blanda, el terreno era llano y practicable, lo que permitía llevar a Stephen hasta el borde de la playa para que viera jugar a los niños. Mi propuesta se rechazó de plano. «La costa este es demasiado fría para papá; no le gustaría nada tener un chalet allí», señaló Isobel.

Fue a ver casas con Philippa, que había regresado al país tras pasar dos años estudiando en Japón, y ambas volvieron eufóricas y entusiasmadas con su hallazgo: una casita de piedra que dominaba un meandro del río Wye, cerca de una aldea llamada Llandogo, en Monmouthshire, Gales; un lugar de paseos y vistas preciosos, con riachuelos y bosques donde los niños podrían jugar y explorar el terreno. Yo nunca había estado en Gales y enseguida se me contagió su entusiasmo, tanto más cuanto que en abril de 1971 habíamos reemplazado el achacoso Mini por un coche nuevo, grande y reluciente, financiado con el primer premio concedido a Stephen en los Gravity por un ensayo escrito a todo correr justo después de navidades.

En el coche nuevo, pese a su tamaño —aproximadamente tres veces mayor que el del Mini—, apenas cabía todo nuestro equipaje, como descubrí al probar diversas formas de cargarlo para el viaje exploratorio a Gales en el otoño de 1971. Una vez colocadas la silla de ruedas, la sillita de paseo y la cuna de viaje en la espaciosa sección trasera, apenas quedaba sitio para las maletas. El siguiente recurso fue una baca, que sin embargo planteó otra serie de problemas: cuando hube preparado el equipaje de los cuatro, cerrado la casa, instalado a Stephen en el asiento delantero, plegado y metido en el maletero la silla de ruedas, sentado a los niños con el cinturón de seguridad, cargado sus trastos, incluidas la cuna de viaje y la sillita de paseo, y

subido cuatro pesadas cajas a la baca, estaba tan agotada que el trayecto de doscientas veinte millas, el triple de la distancia a las costas de Suffolk o de Norfolk, fue un calvario más que una aventura. A pesar de que poco después de nuestro primer viaje se inauguró la autopista M4 entre Londres y el sur de Gales, la distancia seguiría siendo un importante inconveniente.

Sin embargo, cuando paramos al otro lado de la frontera galesa para tomar té y vimos los letreros escritos en una lengua extranjera y oímos el cosquilleante aire húmedo, recuperamos el entusiasmo. Por fin podíamos decirle de verdad a Robert, quien desde Cambridge no había dejado de preguntar cuánto faltaba, que ya casi habíamos llegado. Unas cuantas millas de carreteras de montaña y serpenteantes caminos arbolados nos llevaron a nuestro destino. La descripción que nos habían dado de la casita era sin lugar a dudas acertada. Su emplazamiento junto al río Wye era de una belleza impresionante: ofrecía una vista ininterrumpida del río, el valle y las colinas arboladas de la orilla opuesta, donde, en un estallido de radiante colorido, el otoño reinaba en todo su esplendor. Un riachuelo bajaba por la ladera al lado de la casa, detrás de la cual un sendero se internaba en los hayedos y ascendía entre la húmeda maleza de las turberas hasta las cascadas de Cleddon. No muy lejos de allí, en las Montañas Negras y los Brecon Beacons, soplaban sin cesar un viento helado, que ponía a prueba la resistencia de los más curtidos senderistas. La casa en sí era pintoresca —enjalbegada, con tejado de pizarra, situada en la verde ladera, con volutas azuladas de humo de leña que salían de la chimenea—, y su atractivo resultaba innegable.

No obstante, esta fiel descripción había omitido varios detalles importantes; por ejemplo, que la ladera era casi vertical, de modo que el único desplazamiento posible era hacia arriba o hacia abajo, y que la única superficie horizontal adecuada para una silla de ruedas era un sendero de unos cientos de yardas que llevaba hasta un matorral de zarzamora en la linde del bosque. Además, a la casa se accedía por una docena de empinados escalones de piedra, resbaladizos por el musgo y el líquen, y en el interior una escalera larga y asimismo empinada conducía a los dormitorios y al único cuarto de baño. No podría haber resultado más inapropiada para Stephen. Aunque se apoyara en su padre, tardaba diez minutos en subir al cuarto de baño, y todavía más en subir o bajar los traicioneros escalones de la entrada. Todas las excursiones tenían que hacerse en coche, puesto que no había ningún otro sitio al que pudiera ir.

Cuando salía a caminar o a escalar con Robert, me apenaba dejar a Stephen tristemente sentado en casa o en la terraza. Ningún otro lugar podría haber resaltado con mayor eficacia o crueldad las limitaciones de su discapacidad. Yo estaba disgustada y perpleja. Daba la impresión de que los Hawking se consideraban exentos de toda responsabilidad básica para con Stephen. Cuando íbamos a visitarlos se mostraban dispuestos a ayudar, pero por lo demás parecían no tener en cuenta los inconvenientes de la enfermedad de la motoneurona.

## Movilidad ascendente

Llandogo, con todos los obstáculos que presentó en 1971, resultó ser un útil ensayo para la excursión del verano siguiente: la escuela anual de física de Les Houches, en los Alpes franceses, al pie del Mont Blanc, de la cual eran artífices Cécile DeWitt y su esposo, el estadounidense Bryce DeWitt. Cécile, madre de cuatro hijas y una destacada física en una época en la que estas no abundaban, era una de aquellas mujeres capaces —no muy distinta de algunas de las que trabajaban en el Lucy Cavendish— que me inspiraban un respeto reverencial. Desde su hogar en Estados Unidos organizaba congresos en su Francia natal e invitaba a los participantes, elegidos con sumo cuidado. En Les Houches supervisaba la organización, dirigía las sesiones y escalaba montañas. Para Stephen, contrató albañiles, llevó excavadoras a fin de construir una rampa hasta el chalet donde íbamos a alojarnos durante seis semanas y tomó todas las medidas posibles para que estuviéramos a gusto. Difícilmente se la podría culpar del tiempo que hizo en los Alpes aquel verano.

Stephen viajó en avión a Ginebra con sus colegas. Mis padres y yo fuimos en coche a París con el resto de la familia para coger un tren nocturno que nos llevaría, junto con nuestro automóvil, a Saint-Gervais, a unas veinte millas de Les Houches. A la mañana siguiente, tras un viaje de pesadilla, el sol brillaba mientras nos relajábamos tomando café y cruasanes delante de la estación de Saint-Gervais, y todavía brillaba, bañando de reluciente magnificencia los picos blancos, cuando iniciamos emocionados el tortuoso trayecto por el valle de Chamonix hasta el mismo corazón de las montañas.

Apenas habíamos remontado la empinada carretera que llevaba a la escuela de verano —un conjunto de chalets y salas de conferencias entre prados y pinos—, cuando el sol desapareció, cayó la niebla y empezó a llover. Llovía y llovía y hacía frío. El agua chorreaba de todos los tejados y canalones, de todas las ramas y briznas de hierba, y la rampa construida por Cécile no tardó en convertirse en un tobogán de fango. A mediados de julio, papá y yo tuvimos que alimentar la estufa de leña con una interminable provisión de troncos para mantener el chalet caliente y secar los pañales que adornaban todos los rincones. A sus veinte meses, la pequeña Lucy, deseosa de ayudar, aprendió espontáneamente a utilizar el orinal.

En aquellas circunstancias, a pesar de la altitud y de la naturaleza vertical de todos los desplazamientos, Stephen se sentía feliz. Desde la mañana a la noche estaba rodeado de colegas de todo el mundo que se dedicaban con una pasión torrencial al estudio de los agujeros negros. De vez en cuando algunos salían en grupo, si el tiempo lo permitía, a escalar el Mont Blanc, lo cual incrementaba el entusiasmo y la tensión y proporcionaba un aura adicional de superioridad a la imagen de todos ellos en general. Nada era demasiado difícil para aquella raza de superhombres capaces de

desentrañar los secretos del universo y de superar cualquier desafío físico en la tierra. Stephen, desde luego, entraba en esa categoría, puesto que era evidente que luchaba contra sus propios desafíos físicos con el resuelto coraje de un montañero curtido.

Cuando la lluvia amainaba, salíamos a pasear, bajo las ramas goteantes de los árboles, por la ladera de detrás del chalet, más allá de la sala de conferencias, hacia el bosque, para buscar frambuesas y arándanos silvestres. Entonces nos topamos con otro reto inesperado. Mientras que Robert, como de costumbre, caminaba con decisión, Lucy se negaba en redondo a andar más de un par de yardas seguidas y levantaba las manos para que la lleváramos en brazos. Dado que ahora la ilimitada energía de Robert nos parecía normal, la renuencia de Lucy a moverse me desconcertaba, del mismo modo que su somnolencia de recién nacida había desconcertado a Stephen. Subíamos despacio por la montaña y raras veces llegábamos al claro de las frambuesas y los arándanos antes de que empezara a llover de nuevo.

Jim Bardeen, el físico más tranquilo y humilde que quepa imaginar, trabajaba en estrecha colaboración con Stephen y Brandon Carter en la ardua tarea de elaborar las leyes de la mecánica de los agujeros negros partiendo de las ecuaciones de la relatividad general de Einstein. El nuevo conjunto de leyes que detallaban la física de los agujeros negros había causado un auténtico revuelo cuando se puso de manifiesto su similitud con la segunda ley de la termodinámica, y esa similitud impulsaba a los cosmólogos a tratar de reducir la brecha entre la termodinámica y los agujeros negros expresando la teoría de estos últimos en el lenguaje de la primera. Las leyes de la termodinámica gobiernan las operaciones microcósmicas; dictan el comportamiento de los átomos y las moléculas, incluida su desintegración final en calor, que intercambian con los objetos que los rodean. Sin embargo, el rompecabezas al que ahora se enfrentaban los físicos era que las leyes de la termodinámica, aunque similares, no podían regir en el caso de los agujeros negros, ya que las predicciones decían que nada, ni siquiera el calor, podía escapar de un agujero negro.

Fue también en Les Houches donde Bernard Carr, el nuevo estudiante de investigación de Stephen, irrumpió en nuestra vida una tarde lluviosa. Bernard era sin duda distinto de lo que se esperaba de un estudiante de investigación. Era hablador, sociable y extravertido, lo que quizá se debiera a que lo habían enviado a un internado cuando tenía seis años. Su conversación abarcaba numerosos temas y a menudo desembocaba en su otro gran interés, la parapsicología, una materia que los físicos, incluido Stephen, tendían a considerar con sorna. Para Bernard, en cambio, tanto las coincidencias como la comunicación telepática eran importantes. Su primera ambición había sido la de convertirse en astronauta. Para consternación de su madre, de niño había decidido prepararse para ese objetivo pasando un día entero cabeza abajo en el armario de debajo de la escaleras mientras su hermano pequeño, sentado al otro lado de la puerta, actuaba como centro de control. La madre debió de agradecer que el intelecto de Bernard lo destinara a la teoría antes que a la práctica de

la exploración espacial.

Cuando por fin el sol se dignó brillar tanto en Francia como en Suiza y aparecieron las montañas por detrás de las nubes, Kip Thorne y su esposa, Linda, se ofrecieron a llevarnos a Robert y a mí de excursión al glaciar de Bionnassay, en la cara oeste del Mont Blanc. Dejando a Lucy y a Stephen con mis padres, fuimos en teleférico desde Les Houches hasta una cresta desde la que contemplamos los chalets de juguete y los pueblos que salpicaban el valle. La deslumbrante blancura de la montaña recortada sobre el azul intenso del cielo resultaba embriagadora, lo que nos animó a seguir subiendo. De vez en cuando nos deteníamos para compartir el extático deleite de Linda ante la amplia variedad de plantas alpinas y flores que se abrían con el sol de primera hora de la tarde. Proseguimos la ascensión, más allá del final de la vía férrea, hacia la vasta extensión color gris azulado del glaciar, sin dejar de buscar especímenes para Linda.

Hasta que alcanzamos el primer refugio para escaladores, al abrigo del Dôme du Goûter, no nos dimos cuenta de que estábamos solos en la montaña. Los trenes habían dejado de circular y los demás excursionistas se habían desvanecido aunque el sol todavía estaba alto. Las águilas volaban silenciosas en círculo y a lo lejos un riachuelo se escurría entre las rocas; por lo demás, apenas había movimiento: reinaba una tranquilidad sobrecogedora. A ninguno de nosotros se le había ocurrido averiguar a qué hora bajaba el último teleférico. Con paso enérgico, casi a la carrera, iniciamos el descenso hacia la estación del teleférico, a más de una hora de camino. Contra todo pronóstico, en la estación había un teleférico con un vigilante al lado. Corrimos hacia el hombre sonriendo con alivio, pero él nos miró con expresión hosca y nos cortó el paso. Con implacable indiferencia, anunció que el último teleférico había salido a las cinco y media y que ya eran casi las seis. Le suplicamos ansiosos, señalando al niño de cinco años, que —por una vez— empezaba a dar signos de cansancio. El hombre, duro como el pedernal, no se inmutó. Nos apartamos de él, nerviosos y enfadados.

No quedaba otro remedio que descender por la ladera lo más deprisa posible, siguiendo el camino cuando lo encontráramos y abriéndonos paso entre los helechos y las hierbas altas cuando no. Convertido en una figura patriarcal, como un san Cristóbal de una pintura medieval, Kip llevó a cuestas a Robert, cuyas piernas habían aguantado bien durante más de cuatro horas pero ahora estaban doloridas por el cansancio. Mientras nos abríamos camino a través de la maleza, vimos con incredulidad que el teleférico, con el vigilante poco servicial a bordo, descendía de regreso a Les Houches. El aire se volvió más frío cuando el sol se hundió tras las montañas y el cielo se oscureció. Nosotros perseveramos, agradecidos al menos de caminar cuesta abajo.

El pueblo de Les Houches no era ni mucho menos el final del trayecto. La escuela de verano quedaba a otros tres cuartos de hora de camino; había que subir una ladera hacia el oeste. Debían de ser bastante más de las nueve de la noche cuando tropezamos con la cantina, bien iluminada, donde todos esperaban con nerviosismo

noticias nuestras. Al no saber nada de nosotros, el preocupado grupo de familiares — mis padres y Stephen—, colegas y estudiantes se temía lo peor. Llorando de cansancio y de alivio, nos abrazamos los unos a los otros.

A finales de agosto, mientras nos refugiábamos de los chubascos durante el último acto social de la escuela de verano —una barbacoa en la que se asó un cordero entero sobre un hoyo—, Kip comentó que tal vez a Stephen le gustaría ir a Moscú para hablar con los numerosos científicos rusos cuya libertad de circulación estaba muy limitada. Él prometió ocuparse de los trámites necesarios para realizar una visita privada al finalizar el Congreso sobre Copérnico, que iba a celebrarse en Polonia en el verano de 1973. Al oír la bienintencionada propuesta de Kip se me heló la sangre en las venas. Mientras Lucy era un bebé, Stephen había viajado a los congresos en el extranjero con su madre, con George Ellis o con Gary Gibbons, su primer estudiante de investigación. Pero, ahora que Robert tenía cinco años y Lucy uno y medio, mi período de exención de los viajes internacionales parecía tocar a su fin. Stephen me preguntaba con frecuencia si estaría dispuesta a acompañarlo a congresos celebrados en lugares remotos, y con la misma frecuencia yo le respondía que no soportaría separarme de los niños.

Aquel conflicto de lealtades empezaba a desgarrarme. Stephen seguía su carrera con voluntad de hierro y los congresos le brindaban la oportunidad de afirmar su presencia en el ámbito internacional. Yo había tenido el sincero propósito de ayudarlo a lograr todo el éxito posible, pero desde que había asumido aquel compromiso me había convertido en la madre de sus hijos, hacia quienes tenía la misma responsabilidad que hacia él. Obviamente, Stephen requería mi ayuda en muchos aspectos personales, pero los niños la precisaban para todo. Eran todavía lo bastante pequeños para necesitar una presencia constante. Si su futuro era inseguro debido a la salud de su padre, entonces yo, la madre, debía resarcirlos no abandonándolos más de lo necesario.

Se habían sentado las bases de una competición dura y recurrente. Stephen me preguntaba si me gustaría acompañarlo a un congreso en, pongamos, Nueva York, y yo declinaba la oferta con nerviosismo. Ignorando tácitamente mi renuencia, él repetía la pregunta semana tras semana, hasta que yo me ponía frenética, abrumada por el sentimiento de culpa de estar fallándole, pero triste por su falta de comprensión. Esta presión exacerbó el miedo a volar que me atormentaba desde el recorrido por Estados Unidos, en 1967, y que se cernía sobre mí como un gran pájaro negro ante la sola mención de un viaje en avión.

La suma de todas aquellas presiones contradictorias me condenó a años de infelicidad y de viajes por los medios más lentos y tortuosos. En 1971, cuando invitaron a Stephen a asistir a un congreso en Trieste, él fue en avión, mientras que Robert y yo cogimos el tren, dejando a Lucy, que por entonces tenía siete meses, con mis padres. Tras el prolongado y caluroso trayecto a través de Europa, nos detuvimos en Venecia, donde Robert, fascinado con la vista desde lo alto del Campanile, se negó

a bajar..., hasta que, con el repentino repique de las pesadas campanas a mediodía, salió disparado hacia el ascensor.

Dos años después, el viaje a Moscú vía Varsovia fue una empresa muy distinta: el avión era indispensable y había que solicitar los visados con meses de antelación. No había alternativa: estaría separada de los niños durante casi un mes, ya que en aquella época represiva que siguió a la caída de Jruschov solo se me concedería un visado a mí para acompañar a Stephen. La perspectiva me atormentaba, pero se trazaron los planes, se reservaron los billetes —pagados, como siempre, por alguna organización científica— y, no sin cierta dificultad, se obtuvieron los visados en la embajada rusa. En agosto de 1973, a punto de partir rumbo a Varsovia y Moscú, pero enferma de preocupación, me escabullí de los niños mientras jugaban contentos en casa de sus abuelos, en Saint Albans.

## 8

### Intelecto e ignorancia

En 1973 los astrónomos afluían a Polonia para celebrar el quinto centenario de Nicolás Copérnico, el astrónomo polaco que, insatisfecho con las complicadas matemáticas necesarias para explicar el movimiento de los planetas en el universo geocéntrico de la teoría de Tolomeo, desarrolló una nueva teoría del universo en 1514. Considerándome todavía una especie de medievalista, pero una medievalista con un interés más que pasajero por la cosmología, me fascinaba el efecto iconoclasta de la teoría copernicana, que postulaba que la tierra y otros planetas giraban alrededor del sol, y que desbancó a la teoría tolemaica, la cual se había convertido en algo equivalente a un artículo de fe tanto científica como religiosa, aunque en realidad apenas guardaba relación con el concepto bíblico de una tierra plana, con el cielo por encima y el infierno por debajo. En mi primer viaje al otro lado del telón de acero — aparte de una excursión de un día a Yugoslavia desde Trieste en 1971—, aprendí en Polonia una lección de carácter trágico: la tragedia de la historia en un país que llevaba las cicatrices de la opresión y la división; la tragedia filosófica para la humanidad del cisma entre ciencia y religión como consecuencia de la teoría de Copérnico, y la tragedia del genio.

Aunque Copérnico no vivió para ver cómo su teoría era desarrollada por Galileo en el siglo xvii, debió de ser muy consciente de su naturaleza peligrosamente controvertida. Podría considerársele el primer científico que abrió la caja de Pandora de la ciencia, con su doble potencial de hacer avanzar el conocimiento humano y, sin embargo, plantear incómodos dilemas que pondrían a prueba la integridad moral del hombre. La teoría merecía con creces la denominación por la que pasaría a ser conocida: la «revolución copernicana». Dado que, según Copérnico, la tierra ya no estaba en el centro del universo, el hombre no se hallaba en el centro de la creación. Por consiguiente, ya no podía afirmarse que el hombre tenía una relación especial con el Creador. Este fundamental cambio de perspectiva liberaría al hombre de la opresiva obsesión medieval por la imagen divina, lo cual le permitiría ampliar sus capacidades intelectuales y valorar sus propios atributos físicos; y esta sería una de las poderosas influencias subyacentes a la filosofía del Renacimiento europeo, cuando los arquitectos construyeron palacios en lugar de catedrales y los pintores y escultores reemplazaron la imagen religiosa por la forma humana, representada por sí misma, por su belleza y su fuerza. Desde el punto de vista científico, la teoría copernicana sentó las bases de los descubrimientos de Newton en la Inglaterra del siglo xvii, donde una consecuencia positiva de un puritanismo por lo demás fanático había sido la de librar al pensamiento racional de las garras de la superstición religiosa. En el seno del catolicismo, no obstante, la teoría copernicana produciría una inquietante reacción anticientífica, cuyas repercusiones todavía se dejan sentir en el

conjunto de la sociedad.

Acaso receloso de las posibles consecuencias, Copérnico no permitió que su obra *Sobre las revoluciones de los orbes celestes* se publicara hasta justo antes de morir: se dice que le llevaron un ejemplar del libro impreso a su lecho de muerte el mismo día de su fallecimiento, el 24 de mayo de 1543. Sin embargo, no había tratado de ocultar su contenido, ya que la teoría se había difundido ampliamente durante un período prolongado y en 1533 él mismo había dado una charla sobre la materia al papa Clemente VII en Roma. Quizá el Papa no barruntara del todo el alcance de la explicación debido a que esta se le presentó como una simplificación de las engorrosas matemáticas tolemaicas, o quizá no se la tomara en serio, porque al cabo de unos decenios —en el siglo XVII— a Galileo Galilei le tocó soportar todo el peso de la ira de la Iglesia por apoyar y publicar el nuevo sistema.

Si bien Galileo era un católico devoto, su conflicto con el Vaticano, por desgracia mal llevado por ambas partes, sentó las bases de la permanente batalla entre ciencia y religión, un trágico y complicado cisma aún sin resolver. Hoy, más que nunca, la religión, al ver que la teoría científica amenaza sus verdades reveladas, se defiende retirándose a un rincón, mientras los científicos atacan insistiendo en que el argumento racional es el único criterio válido para comprender el funcionamiento del universo. Quizá ninguno de los dos bandos haya entendido la naturaleza de sus respectivos papeles. Los científicos están pertrechados para responder a la cuestión mecánica de cómo surgieron el universo y cuanto contiene, incluida la vida. Pero, dado que su modo de pensar se rige por criterios puramente racionales y materialistas, los físicos no pueden pretender responder a las cuestiones de por qué existe el universo y por qué los seres humanos estamos aquí para observarlo, de la misma manera que los biólogos moleculares no pueden explicar de forma satisfactoria por qué, si nuestras acciones están determinadas por el funcionamiento de un código genético egoísta, de vez en cuando escuchamos la voz de la conciencia y actuamos con altruismo, compasión y generosidad. Incluso estas cualidades humanas han sido objeto del ataque de los psicólogos evolucionistas, que han explicado el altruismo mediante una burda teoría genética según la cual la cooperación familiar favorece la supervivencia de la especie. Del mismo modo, el refinamiento espiritual de la actividad musical, artística y poética se considera solo una función sumamente avanzada de orígenes primitivos.

A lo largo de las décadas de nuestro matrimonio, muchas veces, estimulada por un artículo científico o un programa de televisión, reflexionaba sobre cuestiones de esta naturaleza y trataba de hablar de ellas con Stephen. En los primeros tiempos, nuestras discusiones sobre los temas arriba esbozados eran alegres y bastante desenfadadas. Pero en los años posteriores se volvieron más personales, disgregadoras e hirientes. El nocivo cisma entre religión y ciencia parecía haber extendido su alcance a nuestra propia vida: Stephen defendía con firmeza la postura positivista pura, que yo encontraba demasiado deprimente y restrictiva para mi visión

del mundo, puesto que necesitaba fervientemente creer que en la vida había algo más que los meros hechos de las leyes de la física y la lucha cotidiana por la supervivencia. Sin embargo, para Stephen el compromiso era anatema, porque suponía un inaceptable grado de incerteza, cuando él trataba tan solo con las certezas de las matemáticas.

Galileo murió el 8 de enero de 1642, el año en que nació Newton y tres siglos antes del nacimiento de Stephen. No resultaba sorprendente, pues, que Stephen adoptara a Galileo como su héroe. Cuando en 1975 recibió una medalla del Papa, aprovechó la oportunidad para lanzar una campaña personal en favor de la rehabilitación de Galileo. A la larga la campaña dio frutos, pero se consideró una victoria del avance racional de la ciencia sobre las fuerzas obsoletas y retrógradas de la religión, una capitulación teológica, más que una reconciliación de la ciencia con la religión.

En el siglo XVI, Nicolás Copérnico había vivido como un auténtico hombre del Renacimiento, ajeno a las crisis que habría de sufrir Galileo en la siguiente centuria. Gozó de todas las ventajas y las amplias oportunidades de formación y experiencia que ofrecía aquel período de expansión intelectual, y efectuó largos viajes, incluso a Bolonia, Padua y Roma. Estudió medicina además de matemáticas y astronomía. Realizó traducciones del griego al latín, desempeñó varias funciones diplomáticas y presentó propuestas para la reforma de varias monedas polacas. Irónicamente, cinco siglos después, todas aquellas posibilidades les serían negadas a los modernos compatriotas de Copérnico, que festejaban su quinto centenario.

Desde el punto de vista científico, la gran ventaja de que el congreso conmemorativo se celebrara en Polonia era que este emplazamiento proporcionaba un lugar de encuentro para todas las grandes mentes tanto del Este como del Oeste, ya que los físicos rusos podían viajar a Polonia, aunque no más allá, con relativa libertad. Y para los occidentales Polonia resultaba sin duda más accesible que la Unión Soviética: nuestros visados polacos se expidieron automáticamente, mientras que los rusos se mostraron mucho menos hospitalarios.

La Polonia que vimos en 1973 era un país triste, devastado por Alemania y dominado por Rusia. Poco podía sorprender que los polacos miraran con recelo a los extranjeros, incluidos nosotros. Nos metían a todos en el mismo saco: si no éramos alemanes, debíamos de ser rusos. De nada servía protestar y declarar nuestra nacionalidad británica, porque los estadounidenses y nosotros procedíamos de las envidiadas sociedades ricas a las que los polacos habrían querido pertenecer, pero de las que se les excluía. Los escaparates de las tiendas daban sobrado testimonio de las aspiraciones occidentales, pero en el interior las estanterías estaban vacías o contenían productos prohibitivos y de mala calidad.

Polonia mostraba por todas partes signos de ser un país a disgusto consigo mismo, atrapado en el dilema entre lo viejo y lo nuevo, entre el Este y el Oeste. Desgarrado a lo largo de su historia por sus dos vecinas, Rusia y Alemania, había

reconstruido con esmero gran parte de lo perdido en la Segunda Guerra Mundial, especialmente, y con exquisito detalle, la ciudad vieja de Varsovia. En contraste, el molesto regalo que Stalin había hecho en la posguerra al pueblo polaco era un megalítico edificio municipal desde el que se decía que se divisaban las mejores vistas de Varsovia, lo que significaba que solo contemplando la ciudad desde el monumento de Stalin se evitaba ver el propio monumento. En dicho edificio se celebró el Congreso sobre Copérnico. Un largo tramo de escaleras conducía al interior, y otro igual de largo descendía desde el vestíbulo al área de congresos. Cada mañana, Bernard Carr, el alumno de Stephen, y yo llevábamos a este hasta lo alto de la escalera, lo sentábamos en una silla y a continuación subíamos la silla de ruedas. Una vez dentro, como no había ascensor, bajábamos la silla de ruedas por la escalera interior, tras lo cual trasladábamos a Stephen y lo sentábamos de nuevo en ella. Esta operación se repetía en orden inverso al final de la jornada, y posiblemente también varias veces en el transcurso del día, dependiendo de los cambios de programa y de sala. Aquellas escaleras no nos convencieron de la generosidad de Stalin hacia el pueblo polaco: tan solo nos convencieron de su megalomanía.

El comunismo represivo impuesto por Rusia, que condenaba a los campesinos a estar tan flacos como las escuálidas vacas que los veíamos pastorear por las carreteras rurales o como las yuntas de bueyes esqueléticos a los que guiaban a través de los campos, había dado lugar a una reacción desafiante en el pueblo. Polonia era el país católico más fervoroso de Europa: su Iglesia se había convertido en un símbolo de independencia nacional y desempeñaba con nobleza el papel de defensora de la libertad, hasta el punto de que había mártires entre el clero. Sin embargo, me sentí perpleja al encontrar en los templos polacos fuertes reminiscencias de la Iglesia española, carente de la reconfortante sencillez del catolicismo inglés derivado de las inspiradas reformas del papado de Juan XXIII. Como en España, en Polonia las iglesias eran ornamentadas y estaban poco iluminadas, llenas de incienso, plagadas de santos y vírgenes de yeso e impregnadas de la misma desagradable atmósfera de superstición. Grupos de viejas marchitas vestidas de negro se apiñaban en torno a los pórticos y hacían genuflexiones ante los altares como sucedía en la España franquista. La independencia polaca, tal como se manifestaba a través de la Iglesia católica, representaba una fuerza muy conservadora, que competía con un sistema político hostil utilizando su propio opiáceo tradicional, mientras que en España la actitud de la Iglesia católica, igualmente conservadora, era en general de sumisión política al régimen represivo.

Cracovia, donde se celebró la segunda sesión del congreso, estaba más segura de su identidad que Varsovia, dado que sus monumentos —el castillo de Wawel y la iglesia de Santa María— habían sobrevivido intactos a la guerra; pero las inmediaciones de la ciudad se veían mancilladas por la escalofriante fama de Auschwitz. No había ninguna excursión oficial a Auschwitz, pero algunos participantes judíos organizaron una visita y al regresar nos transmitieron su

desolación ante lo que habían visto.

La experiencia trágica parecía ser el sello distintivo de aquella estancia en Polonia, donde había numerosas resonancias que nos despertaban emociones y revelaban elementos de similitud con nuestra propia vida. Una experiencia trágica que nos persiguió hasta el final, ya que estando en compañía del científico Claudio Teitelbaum, un joven participante chileno, y de su esposa, resurgieron fugaces y extraños recuerdos poéticos de mi pasado. Aunque los Teitelbaum vivían en Princeton, tenían una relación estrecha con el recién elegido gobierno socialista de Chile gracias al padre de Claudio, que era uno de los embajadores de Allende. Formaban parte del círculo de entregados reformistas de izquierdas, entre los que se contaba Pablo Neruda, el genial poeta, a quien yo había idolatrado siendo estudiante universitaria. En 1964 Neruda había ido a leer su poesía en el King's College de Londres, y yo todavía guardaba en la mente la sensual sonoridad —tan rica y evocadora como la música de Chopin— de sus poemas amorosos, la cual acariciaba y acentuaba la exuberante imaginería natural. Neruda, que era comunista, estaba tan implicado en la política chilena que tuvo a su alcance la presidencia, pero renunció a sus ambiciones en favor de su amigo Salvador Allende. Fue en Cracovia, en el austero salón del hotel, el último día de la reunión sobre Copérnico, donde nos enteramos del golpe militar derechista que derrocó al gobierno legítimo de Chile, presuntamente con el apoyo de la CIA. Allende había muerto defendiendo el palacio presidencial. Los Teitelbaum quedaron conmocionados no solo por la muerte de su admirado presidente, sino también por la muerte de sus sueños de reformar la empobrecida vida de los oprimidos campesinos chilenos. Al igual que otros miles, estaban destinados a pasar muchos años en el exilio. Pero su destino sería afortunado en comparación con el de quienes no lograron escapar a las brutales represalias del régimen derechista de Pinochet. Unas de las secuelas de la revolución de derechas fue la muerte, dos semanas después, de Pablo Neruda, un genial poeta de habla hispana, como lo había sido Lorca.

## 9

### Los pasos de Chéjov

Mientras que las impresiones que me llevé de Polonia eran confusas, Moscú ofrecía una tranquilidad perversa por cuanto entre sus ciudadanos no había la menor duda acerca de su identidad política y la nuestra. Nosotros sabíamos —como lo sabía todo el mundo— que la Unión Soviética era un Estado policial totalitario y que poco se ganaba anhelando una democracia liberal. Los moscovitas reconocían educadamente, sin echárnoslo en cara, que nosotros procedíamos de una sociedad privilegiada. Durante el vuelo de Varsovia a Moscú, Kip nos aconsejó que nos comportáramos como si en la habitación del hotel hubiera micrófonos, no solo por nuestra seguridad, sino también por la de todos los colegas a los que veríamos. Stephen había estado una vez en Moscú, cuando era estudiante, con un grupo de baptistas; una extraña compañía para un ateo convencido. Aún más extraño era que los hubiera ayudado a introducir biblias en Rusia clandestinamente, escondidas en los zapatos.

Tales recuerdos no resultaban muy apropiados en aquella ocasión, que había adquirido la importancia de un intercambio oficial de alto nivel, con el correspondiente tratamiento de VIP. Al llegar al hotel Rossiya, una imponente mole cúbica entre la Plaza Roja y el río Moscova, echamos un vistazo a la habitación, provista de samovar y frigorífico, medio esperando encontrar un micrófono colocado estratégicamente para grabar nuestros pensamientos privados.

Ya nos habíamos fijado en que el ascensor pasaba de largo por el primer piso, al que estaba prohibida la entrada. Se decía que esa planta estaba reservada de punta a punta —un cuarto de milla cuadrada— para la «administración», que nosotros interpretamos como «aparatos de escucha». Además, muchos de los rusos que habían ido a recibirnos al aeropuerto, con ramos de rosas y claveles, se negaron a pasar más allá del vestíbulo del hotel. Un detalle significativo, dada esta renuencia, fue que el doctor Ivanenko, un científico ya mayor y de reputación modesta, estuviera encantado de quedarse varias horas en la habitación de Kip, donde explicó con dicción clara, como si hablara para oídos ocultos, cuanto había hecho por la ciencia soviética. Ivanenko era quien acompañaba a los grupos de jóvenes astrofísicos rusos a los congresos celebrados en Occidente. En general suponíamos que era su vigilante, sobre todo porque ellos estaban siempre tramando planes para eludirlo.

La visita de Stephen a Moscú tenía un doble propósito. Aunque era principalmente un teórico, empezaba a interesarse por la cuestión práctica de la detección de agujeros negros. En esto seguía el ejemplo del físico estadounidense Joseph Weber, quien se había esforzado en solitario por construir un aparato capaz de captar las minúsculas vibraciones de las ondas gravitatorias que, según la predicción, producían las estrellas al colapsar y formar agujeros negros. En Cambridge habíamos pasado varias tardes hurgando en vertederos en busca de cámaras de vacío

desechadas a las que se pudieran incorporar cilindros detectores sumergidos en nitrógeno líquido, para complementar en Europa el trabajo de Weber. Esta área de investigación sobre los agujeros negros también se desarrollaba en la Universidad de Moscú, a cargo de Vladímir Braginsky, un físico experimental, quien nos enseñó su laboratorio y tuvo la amabilidad de regalarme los restos de un cilindro de rubí sintético que había utilizado en el experimento. Braginsky poseía un carácter extravertido que ocultaba el alcance de su visión científica y que se manifestaba en su afición a los chistes políticos atrevidos, incluso en entornos semipúblicos. Durante una cena, cautivó a los comensales con un torrente de chistes, intercalados con brindis con vodka y champán de Georgia. No todos los chistes eran desternillantes. La mayoría tenía un matiz político, como por ejemplo el del transporte. Un norteamericano, un inglés y un ruso comparan medios de transporte. El americano dice: «Por supuesto, nosotros necesitamos tres coches: uno para mí, otro para mi mujer y una caravana para las vacaciones». El inglés dice con modestia: «Bueno, nosotros tenemos un cochecito de dos plazas para la ciudad y un coche familiar para las vacaciones». Y el ruso dice: «En Moscú el transporte público es muy bueno, de modo que no necesitamos coche en la ciudad, y cuando salimos de vacaciones vamos en tanques...».

Stephen también había ido a Moscú para hablar con algunos rusos, muchos de ellos judíos, que tenían muy limitada la libertad de circulación. Yákov Borísovich Zeldóvich, un hombre vehemente e impetuoso, había estado al frente del desarrollo de la bomba atómica soviética en los años cuarenta y cincuenta. A finales de los cincuenta y principios de los sesenta, al igual que el estadounidense John Wheeler, quien también había trabajado en la bomba atómica, dirigió su atención a la astrofísica, dado que las condiciones en el interior de una estrella que implosiona son similares a las de la bomba de hidrógeno. En consecuencia, Zeldóvich se había convertido en una autoridad en la investigación de los agujeros negros. Sin embargo, debido al secretismo que rodeaba a sus anteriores trabajos, no tenía esperanzas de cruzar el telón de acero y viajar al Este para compartir el entusiasmo internacional generado por los agujeros negros. La investigación pionera de su equipo en torno a la implosión de estrellas se había conocido en el mundo exterior gracias a Ígor Nóvikov, un colega más joven, bastante tímido y muy nervioso, con el que Stephen estableció una sólida relación de trabajo.

Al igual que Zeldóvich, Yevgeni Lifshitz, otro físico judío, sufría limitaciones para viajar, y lo mismo les ocurría a muchos estudiantes con talento que sabían que tendrían que esperar años para obtener el codiciado primer permiso de viaje, que garantizaría la aprobación de futuros permisos.

Kip mantenía conversaciones sobre esta cuestión con sus amigos rusos, mientras Stephen y yo proporcionábamos una útil tapadera de actividad social. Una noche esta artimaña, que hasta entonces había tenido éxito, salió mal. Durante la estancia en Moscú, nuestros anfitriones nos obsequiaron con numerosas entradas para asistir a

óperas (*Borís Godunov*, *El príncipe Ígor*) y ballets (*La Bella Durmiente* y *El Cascanueces*) en el Bolshói. Aunque Stephen estaba muy interesado en ir a la ópera, se mostraba muy reacio en el caso del *ballet*. De hecho, en la única ocasión en que habíamos ido juntos a un espectáculo de danza —un montaje de *Giselle* en el Arts Theatre de Cambridge—, se había quejado de dolor de cabeza en el primer acto; así pues, en el descanso tuve que llevarlo a casa y observé que experimentaba una inmediata y milagrosa recuperación. En Moscú siempre estábamos en nuestros asientos antes de que empezara la ópera, pero, cuando llegamos al Bolshói para ver *El Cascanueces*, ya iban a cerrar las puertas. Nos condujeron a toda prisa a un pasillo lateral y las puertas se cerraron detrás de nosotros. Kip, que tenía pensado escaparse a las calles de Moscú con un colega, Vladímir Belinsky, para hablar furtivamente de asuntos políticos además de científicos, se encontró atrapado. Había entrado en el teatro para ayudarnos hasta que nos hubiéramos acomodado, y cuando las puertas se cerraron no tuvo más remedio que aguantar pacientemente todo el primer acto del *Cascanueces*, hasta el intermedio, mientras Belinsky lo esperaba en el vestíbulo. Por lo menos Stephen tuvo un compañero en la adversidad.

Si bien éramos muy conscientes de estas actividades clandestinas que se desarrollaban entre bambalinas, empezamos a darnos cuenta de que los colegas científicos de Stephen disfrutaban, aunque de manera limitada, de una libertad que se negaba al resto de la población: la libertad de pensamiento. En su ignorancia, los funcionarios comunistas eran incapaces de apreciar la importancia de las abstrusas investigaciones científicas. En consecuencia, solían dejar en paz a los científicos, siempre que se comportaran con prudencia y respetaran las reglas..., o sea, a menos que hicieran como Andréi Sájarov y criticaran en público al régimen con argumentos políticos.

La libertad de circulación de Lifshitz llevaba mucho tiempo limitada cuando en 1969, en un gesto que le honraba, había persuadido con el mayor apremio a Kip, que estaba de visita en Moscú, de que pasara clandestinamente un artículo en el que se retractaba de una hipótesis y reconocía su error. El artículo se publicó en el Este. Como dice Kip con gratitud: «Las autoridades soviéticas ni se enteraron».

Stephen congenió con sus colegas rusos porque estos compartían su enfoque intuitivo de la física. Como a él, solo les interesaba el meollo de un problema; los pequeños detalles les tenían sin cuidado. Y para Stephen, que llevaba todas sus teorías en la cabeza, los pequeños detalles entorpecían la claridad de ideas. Al igual que él, sus colegas rusos quitaban las ramas muertas para tener una visión más clara de los árboles. Aplicaban este método a cualquier tema, ya fuera la física o la literatura. Daba la impresión de que habían surgido del pasado, de las páginas de Turguéniev, Tolstói o Chéjov. Hablaban de arte y literatura, tanto de los maestros rusos como de Shakespeare, Molière, Cervantes y Lorca. Al igual que los estudiantes a los que yo había conocido en la España de Franco, recitaban poesía y componían versos con cualquier pretexto, incluso poemas en honor de Stephen. Parecía que para

ellos un régimen represor más tenía poca importancia, ya que su país siempre había estado sometido a regímenes totalitarios y no había conocido nunca la democracia, de modo que, como generaciones de rusos antes que ellos, encontraban consuelo en el arte, la música y la literatura. En una sociedad dominada por el materialismo soviético, la cultura constituía su recurso espiritual. A mí me parecía que a través de ellos podía conectar con el alma de la nación, el alma doliente de la Madre Rusia, que siempre atrae a sus hijos exiliados de vuelta a sus solitarios y ondulados paisajes de ríos y bosques de abedules. El brillo de sus personalidades destacaba sobre el fondo de sus tristes vidas como las cúpulas doradas de las iglesias, bien conservadas pero en desuso, que aparecían de repente tras los sombríos bloques de hormigón del Moscú moderno e iluminaban la gris monotonía con su radiante esplendor.

Al parecer a aquellos colegas les gustaba acompañarnos a visitas culturales tanto como hablar de ciencia. Muchas de nuestras jornadas combinaban ambas cosas: las conversaciones científicas amenizaban los recorridos turísticos. Paseamos entre las catedrales de cúpula dorada del Kremlin, despojadas de la función religiosa por un comunismo entrometido que, aun así, no había conseguido erradicarles el aura de santidad. Nos quedamos cautivados ante los iconostasios y examinamos suelos de piedras semipreciosas. Recorrimos la galería de arte Tretyakov y el museo Pushkin e hicimos la peregrinación a la casa de madera de Tolstói, con su oso disecado, listo para recibir las tarjetas de visita, en el chirriante descansillo y la pequeña habitación del fondo donde el gran hombre se entregaba a su otra pasión: la zapatería. En el jardín de Tolstói recogí un puñado de hojas de arce caídas, de rico colorido ocre, naranja y amarillo.

Pedí ver una iglesia que funcionara y me llevaron a la de San Nicolás, en Moscú, con su profusa decoración en rojo, verde y blanco, y al monasterio de Novodévichi, en las afueras. A pesar de los cánticos lastimeros y de los murmullos de los ancianos devotos al besar los iconos, no lograban transmitir la esencia de lo sagrado con la fuerza de las dos pequeñas iglesias clausuradas y vacías que se alzaban frente a nuestra ventana, abandonadas y empequeñecidas por la mole del hotel. Una era de ladrillo, rematada con una cruz dorada; la otra, poco más que una cúpula dorada. Parecía que, al prohibir la religión organizada, el régimen comunista hubiera fomentado el crecimiento de una espiritualidad interior, que estaba siempre presente para las personas receptivas y resultaba invisible para las demás.

En la era de los viajes espaciales, retrocedimos al pasado a través de la vida de aquellos individuos dignos y poéticos con quienes tratamos. Sus posesiones materiales eran escasas y sus ropas, grises. Apenas circulaban automóviles por las calles. Los ciudadanos disponían de atención sanitaria gratuita, pero lo que vimos de ella indicaba que convenía evitar a toda costa los hospitales y médicos soviéticos. Durante la segunda semana, Stephen necesitó una dosis de hidroxocobalamina, la inyección fortificante que la hermana Chalmers iba a ponerle cada dos semanas en Cambridge. Con cierta dificultad, sus colegas convencieron a una médica de que

acudiera al hotel. Al verla pensé que la mujer que entraba en la habitación era la señorita Meiklejohn, la terrorífica y esforzada profesora de educación física del colegio de Saint Albans. Sacó el instrumental de una bolsa negra: un cuenco de acero en forma de riñón, una jeringuilla metálica y un surtido de agujas reutilizables. Stephen y yo nos estremecimos. Estoico como siempre, él permaneció en silencio mientras la doctora le clavaba en la delgada carne una aguja de punta roma. Aprensiva como siempre, yo aparté la mirada.

Las infinitas colas de personas con impermeables grises en las tiendas donde nuestros amigos compraban alimentos me recordaron mi infancia en el Londres de posguerra. Tanto en los GUM, los grandes almacenes estatales de la Plaza Roja, como en los comercios de barrio, el sistema parecía concebido expresamente para disuadir a los clientes de que compraran. Primero debían guardar cola para averiguar si los artículos deseados estaban en los estantes; después debían guardar cola para pagar por adelantado en la caja, y por último, con el recibo en la mano, tenían que volver a la primera cola para obtener los productos adquiridos. Como extranjeros privilegiados, nosotros podíamos comprar en los comercios para turistas, las tiendas Berioska, ávidas de nuestros dólares y libras, y provistas en abundancia de juguetes de madera, chales de colores vivos, cuentas de ámbar y bandejas pintadas.

En algunas tiendas Berioska los extranjeros podían adquirir alimentos frescos e importados, como uvas, naranjas y tomates, que para el ruso corriente constituían artículos de lujo. Si la comida que nos daban en el hotel, que en teoría era de primera clase, podía usarse como baremo, el ruso medio vivía con una caprichosa dieta de subsistencia compuesta de yogur, helado, huevos duros, pan negro y pepinos. La poca carne que servía el hotel solía ocultarse, en cantidades minúsculas, entre la harina de las croquetas o era dura e insípida como la suela de un zapato.

No nos sorprendió que a nuestros anfitriones rusos no se les permitiera invitarnos a su casa, pero hubo una notable excepción. La última noche que pasamos en Moscú, cenamos en casa del profesor Isaac Jalatnikov, un personaje risueño y comunicativo, al que habíamos conocido en Londres, en el Congreso de Relatividad General de 1965, poco antes de nuestra boda. El taxi nos llevó a un impresionante bloque de pisos cerca del río, en el centro de Moscú. Las personas de nuestra edad nos habían hablado de las dificultades de la vida familiar en Moscú. Los apartamentos eran escasos. El derecho a una vivienda dependía de la posición que se ocupara en el Partido. Muchos recién casados tenían que vivir con sus padres en apartamentos de dos dormitorios. Más adelante, a menudo las familias acogían a los miembros de la generación anterior, sobre todo a la *babushka* (abuela), cuya presencia era casi imprescindible, incluso en aquellas condiciones de hacinamiento, porque por lo general se ocupaba de la casa y cuidaba de los niños mientras la hija o la nuera trabajaban. Así pues, nos asombró ver que el piso de los Jalatnikov era excepcionalmente grande, con varias habitaciones espaciosas y bien amuebladas, televisión y equipo de alta fidelidad. Además, nos sirvieron un verdadero festín que

no tenía nada que envidiar a los banquetes del Oeste. Las raciones de caviar, carne, verduras, ensaladas y frutas eran abundantes y estaban presentadas con buen gusto. Stephen y yo nos sentimos agradecidos pero intrigados. ¿Por qué, en una sociedad que pregona su igualdad, esa familia disfrutaba de un estilo de vida tan ostentoso? Como de costumbre, Kip nos dio la respuesta: no tenía nada que ver con el considerable prestigio científico de Isaac Jalatnikov, sino que era consecuencia de las influencias de su mujer. Valentina Nikolaevna, una señora rubia y bastante robusta, a quien no le sentaba nada bien la delicada bisutería que le regalé, era nada menos que la hija de un héroe de la revolución. En virtud de su nacimiento, le correspondían todos los privilegios de la nueva aristocracia, incluidos el derecho preferente a una vivienda y la posibilidad de comprar en las tiendas Berioska.

Las hojas de arce que había recogido en el jardín de Tolstói resultaron ser una elocuente metáfora del Moscú que vimos durante aquellas semanas. Con auténtico alivio nos unimos a los aplausos de los pasajeros cuando el avión con destino a Londres despegó en plena nevada a mediados de septiembre. Al igual que la nieve, las hojas otoñales constituían un anuncio del invierno en un país donde las libertades de palabra y expresión, pensamiento y circulación que nosotros dábamos por sentadas estaban permanentemente suspendidas. Y, sin embargo, sus vivos colores eran un canto a nuestros irrefrenables amigos, personas valerosas atrapadas en aquel desierto político. En Cambridge, mientras se acercaba el invierno, nos dimos cuenta de que, junto con las hojas y los souvenirs, los osos de madera y la porcelana pintada a mano, habíamos llevado a casa un molesto legado de la opresión soviética. Durante varias semanas después de nuestro regreso, fuimos incapaces de hablar libremente en nuestro propio hogar, por miedo a que las paredes oyeran. Si esto constituía una muestra de la presión psicológica a la que estaban sometidos nuestros amigos en todo momento, nuestra admiración por ellos no podía sino aumentar. Por más que nos emocionara estar de nuevo con nuestros hijos, aquello daba que pensar. ¿Cómo reaccionaríamos nosotros en tales circunstancias?

En las navidades de aquel año, mi madre y yo llevamos a los niños a ver la versión londinense de *El Cascanueces* en el Festival Hall. Lucy, cautivada por el espectáculo, insistió después en que la llamáramos Clara, como la niña protagonista del *ballet*. Se pasaba el tiempo bailando al son de un disco gastadísimo y creó una versión propia del baile cosaco: corría hasta una punta del salón y levantaba una piernecita en el aire, daba media vuelta y corría hacia el otro extremo. Robert —de tal palo, tal astilla— quedó mucho menos fascinado con la función y habría preferido asistir al espectáculo navideño favorito de su padre: la revista musical. Se removió inquieto durante la primera parte del *ballet* y, en cuanto empezó la segunda, sacó a su abuela de la sala con el irrefutable pretexto de que había bebido demasiado zumo de naranja durante el intermedio. Como no se les permitió volver a sus asientos, mi madre tuvo que conformarse con ver el resto de la representación en el vestíbulo, en un televisor de circuito cerrado, mientras Robert miraba satisfecho las barcazas que

subían y bajaban por el Támesis.

## Un viento gélido

Aquel invierno tuvimos que enfrentarnos en Cambridge a nuestras presiones particulares, si bien no eran de carácter político. El congreso de Polonia y la visita a Moscú, combinados con los descubrimientos del año anterior en Les Houches, habían revelado nuevas posibilidades y nuevos problemas en la investigación de los agujeros negros. El objetivo secreto de todos los físicos era hallar la piedra filosofal: la teoría del campo unificado —todavía no formulada—, que aunaría todas las ramas de la física. Conciliaría la estructura a gran escala del universo —sobre la que Stephen y George Ellis habían escrito un libro— con las estructuras a pequeña escala de la mecánica cuántica y la física de partículas elementales, así como con la teoría del electromagnetismo. Los agujeros negros ofrecían la tentadora perspectiva de ser la clave de la primera etapa de esta búsqueda particular, por la enigmática similitud entre la relatividad general y la termodinámica que manifestaban sus leyes.

El atractivo de este objetivo era tal que Stephen no solo estaba empeñado en prolongar sus conversaciones de Moscú con consultas en todos los congresos posibles del mundo, sino que también pasaba cada vez más tiempo sumido en esas deliberaciones. La cuestión de viajar al extranjero se planteaba con alarmante regularidad. Yo repetía mi catálogo de excusas, pero parecía poco apropiado insistir en lo mucho que me afectaba dejar a los niños estando en juego el futuro de la física.

Al mismo tiempo, me desconcertaba la tendencia de Stephen a pasar tantas horas de las noches y de los fines de semana como el *Pensador* de Rodin, con la cabeza apoyada en la mano derecha, transportado a otra dimensión, aislado de mí y de los niños, que jugaban a su alrededor. Por muy absorbente que fuera el desafío intelectual de la física de los agujeros negros, yo no alcanzaba a concebir semejantes abismos de ensimismamiento. Al principio suponía que estaba enfrascado en un problema matemático, de modo que le preguntaba jovialmente en qué estaba pensando, pero muchas veces no me respondía y yo me ponía nerviosa. Le preguntaba si estaba incómodo en la silla de ruedas o si no se encontraba bien. ¿Acaso le había molestado que me negara a acompañarlo al próximo congreso? Como él seguía sin responder, o se limitaba a menear la cabeza de manera poco convincente, a mí se me disparaba la imaginación y empezaba a sospechar que todos aquellos factores y otros muchos, incluida la angustia por el deterioro de su salud, lo agobiaban de forma insoportable. Al fin y al cabo, la postura que adoptaba era la que tradicionalmente usan los artistas para representar la depresión.

Era innegable que su dicción se estaba volviendo ininteligible, por lo que acudía a tediosas sesiones de logopedia para tratar de corregir los balbuceos. Algunas personas, a las que preferíamos considerar sordas o estúpidas, no entendían nada de lo que decía. Precisaba mi ayuda para todas las necesidades personales, para vestirse

y para bañarse, así como para los desplazamientos. Había que levantarlo de la silla de ruedas, del coche, del baño y de la cama. Los alimentos debían cortarse en pedacitos para que pudiera comer con cuchara, y las horas de las comidas se alargaban. Las escaleras de casa se habían convertido en un obstáculo importante. Todavía podía ponerse en pie —era uno de los ejercicios recomendados—, pero necesitaba que hubiera alguien detrás de él para sentirse seguro. Era natural que cuando salía de casa quisiera tenerme a su lado en todo momento. El sentimiento de culpa reprimido por mi resistencia a aprovechar todas aquellas oportunidades de viajar por el mundo, junto con la frustración por la falta de comunicación, me tenía presa de la angustia y la desesperación. Me sentía como el viajero que cae en un agujero negro: estirada y deformada como un espagueti por fuerzas incontrolables.

Al cabo de un par de días Stephen salía de su aislamiento. Con una sonrisa de triunfo, anunciaba que había resuelto otro importante problema de física. Solo entonces aquellos episodios de ensimismamiento parecían graciosos. Como cada nueva situación era ligeramente diferente de la anterior, yo nunca aprendía a reconocer los síntomas. Me preocupaba que Stephen se sintiera mal. Le felicitaba por sus logros, pero en el fondo me daba cuenta de que los niños y yo estábamos en guerra con aquella diosa irresistible con la que nos habíamos topado por primera vez en Estados Unidos en 1965: la diosa de la Física, que separa a los hijos de sus padres y a las mujeres de sus maridos. Me acordaba de que la señora Einstein la había citado en su proceso de divorcio como «la tercera».

Puede que para Stephen aquellos períodos de intensa concentración fueran un ejercicio útil para cultivar esa fuerza interior callada que le permitiría pensar en once dimensiones. Para mí, que no sabía si era distracción o indiferencia a mi necesidad de hablar lo que lo llevaba a cerrarse de forma tan hermética, aquellos períodos eran un puro tormento, sobre todo cuando, como ocurría en ocasiones, iban acompañados de largas sesiones de ópera wagneriana, en particular el ciclo del Anillo, que sonaba a todo volumen en la radio o el tocadiscos. Fue en aquella época, en la que sentía apagada mi voz y anulada mi espontaneidad, cuando llegué a odiar a Wagner. La música era potente, hasta el punto de que me atraía de forma irresistible con la exuberancia sensual de sus acordes hipnotizadores y sus modulaciones conmovedoras, pero mis inacabables tareas diarias —realizar la compra y las labores domésticas, cocinar, cuidar de los niños y de Stephen— no me dejaban ni un momento de respiro. Mientras estaba en la cocina o en el baño, o incluso en el cuarto de juegos del último piso, era muy consciente del poder seductor de la música, la cual se insinuaba mediante armonías y disonancias subyugantes. Intentaba no prestar atención a sus tentadoras y ambiguas melodías, pues sabía que eran demasiado manipuladoras para el estado de confusión mental en que me hallaba. Mi piedra de toque era la llana claridad de la cultura mediterránea, no la oscura amenaza de los mitos nórdicos, donde los héroes estaban condenados a una muerte prematura y el caos y el mal triunfaban. Tal vez Stephen estuviera tan hechizado por esa fuerza

como lo estaba por la física —ya que ambas se habían convertido en una religión para él—, pero yo debía tener los pies en la tierra. Si me dejaba dominar por la sombría tiranía de aquella música, la estructura que había construido a mi alrededor se derrumbaría y quedaría reducida a polvo. Wagner llegó a representar para mí un genio maligno, el filósofo de la raza dominante, el demonio que estaba detrás de Auschwitz y una posible fuerza disgregadora. Era demasiado joven para aguantar tanta presión emocional.

Afortunadamente, nuestros entretenimientos no se limitaban a Wagner, ya que, como persona de gustos amplios, Stephen también era fan de Gilbert y Sullivan.

Para ocupar las noches en las que Stephen se sumía en sus pensamientos pero se acallaba misericordiosamente a Wagner, una vez terminadas las faenas del día y con los niños por fin en la cama, compré un piano pequeño con el pretexto de que Robert debía empezar a recibir lecciones de música. En un entorno en el que todo el mundo tenía tantas dotes naturales, me avergonzaba reconocer que era yo quien quería aprender. Me dio unas cuantas clases un maestro jubilado que, comprendiendo mis aspiraciones, tuvo la consideración de no decirme que era ya muy mayorcita para aprender a tocar. Aceptando el reto que suponía, me enseñó los fundamentos de la teoría musical y la armonía y, con gran satisfacción por mi parte, me permitió elegir mi repertorio. También Robert recibía clases, con un profesor joven que le dibujaba hadas bailando en la clave de sol y gigantes dando pisotones en la de fa.

Desde que iba al colegio, Robert, antes tan alegre y lleno de vida, se había vuelto mucho más callado y reservado. Solo tenía cuatro años y tres meses cuando, en cumplimiento de la política educativa local, tuvo que ir a la escuela. Yo estaba convencida de que era demasiado pronto. Tiempo después, leí que la diferencia psicológica entre un niño de cuatro años y uno de cinco es la misma que existe entre uno de siete años y uno de once, y que empezar la escolarización a edad tan temprana es perjudicial para el desarrollo infantil. Robert era un chiquillo tímido y, cuando le pregunté qué hacía durante la hora de la comida, su respuesta, dicha con toda naturalidad, me entristeció. «Me siento en los escalones», contestó encogiéndose de hombros. El colegio tenía una excelente fama de sacar lo mejor de los alumnos que aprendían deprisa y procedían de ambientes académicos, y básicamente era una escuela de letras donde los pequeños que aprendían pronto a leer hacían rápidos progresos. Años después, Lucy, rebosante de talento creativo y literario, destacó allí. Pero Robert tenía muchas dificultades para leer. Yo temía que fuera un efecto tardío del episodio en el que se tragó los medicamentos, pero los comentarios de mi suegra me tranquilizaron. Era obvio que Robert había salido en eso a su padre, porque, según dijo Isobel, Stephen no había aprendido a leer hasta los siete u ocho años. Stephen sostenía sabiamente que no importaba lo que Robert leyera con tal de que aprendiera a leer. Así pues, no paramos de proporcionar a nuestro hijo ejemplares del tebeo *Beano* y toda clase de libros de humor, hasta el punto de que las comidas estaban amenizadas por interminables chistes del tipo «“Toc, toc”. “¿Quién es?”», y Robert

progresó en la lectura de manera espectacular.

A principios de los años setenta, la dislexia no era un trastorno al que se prestara atención en los círculos educativos. En la actualidad se dice que es muy probable que Leonardo da Vinci y Einstein fueran disléxicos. Sospechábamos que Stephen lo era y estábamos bastante seguros de que Robert también, pero, aparte de clases de refuerzo de lectura, el sistema estatal no disponía de medidas concretas para los disléxicos. En el mejor de los casos se los consideraba perezosos, y en el peor, retrasados y lentos para aprender, y se les condenaba a un futuro de segunda clase ya a los cinco años. Yo sabía que Robert no era retrasado: era el niño que con cuatro años, una tarde en la que estábamos atareados en el jardín, me había preguntado muy serio: «Mamá, ¿dentro de quién nació Dios?»; era el niño que, a los cinco, se había sentado al piano para explicarme el concepto de los números negativos. «Mira, mamá —dijo—. Todas estas notas que suben desde el do central son números positivos, y las que van hacia abajo desde el do central son números negativos».

Estaba segura de que la preferencia que el colegio daba a lo literario sobre las habilidades numéricas no era conveniente para mi hijo. Cuando Robert tenía seis años, llegó una maestra nueva que anunció que iba a formar un grupo de matemáticas avanzadas. Le rogué que lo incluyera en el grupo. Le costó reprimir la risa.

—¡Pero si no sabe leer! —replicó—. ¿Cómo va a estudiar matemáticas?

—Por favor, déjele intentarlo —insistí.

Con el mayor escepticismo, accedió a que el niño asistiera a las clases durante tres semanas. En ese período Robert no tuvo ninguna dificultad con las matemáticas avanzadas y se le veía mucho menos tenso. Al final de las tres semanas, llegó a casa con un mensaje de la maestra, quien quería hablar conmigo después de las clases. Salió a recibirme a la puerta del colegio. «Señora Hawking, le debo una disculpa —empezó con tono zalamero—. Lo cierto es que creía que Robert no saldría adelante con las matemáticas avanzadas cuando me pidió usted que lo admitiera en el grupo, pero ahora debo pedirle disculpas porque estaba muy equivocada. Es extraordinario en matemáticas y va muy por delante de sus compañeros». Pero las clases de matemáticas tuvieron un final prematuro después de solo dos cursos, cuando la maestra dejó la escuela para tener un hijo, y Robert volvió a la casilla de salida. Puesto que Stephen y yo habíamos dado alegremente por supuesto que, de acuerdo con los principios socialistas que profesábamos, nuestros hijos estudiarían en colegios públicos, ahora se nos planteaba un estrepitoso conflicto de lealtades, ya que las necesidades de nuestro hijo no eran compatibles con nuestras ideas políticas. Hasta entonces a Robert no le había muy bien en el sistema público. Necesitaba que lo elogiaran en las materias para las que tenía facilidad, en particular las matemáticas, y que lo estimularan, en lugar de castigarlo, en las que le resultaban difíciles, como la lectura y la escritura. Solo en el sector privado podríamos tener la seguridad de que las clases serían lo bastante pequeñas para que recibiera la atención debida. A pesar de su sonoro título, el puesto de investigador por méritos científicos no llevaba

aparejado un salario que permitiera costear una escuela privada, y tampoco los puestos de investigador adjunto que Stephen ocupó después, en el Instituto de Astronomía en 1972, tras la marcha de Fred Hoyle, y en el Departamento de Matemáticas Aplicadas en 1973. Pero por uno de esos paradójicos caprichos del destino conseguimos el dinero... de una manera triste.

En 1970, poco después de nacer Lucy, Muriel, la tía de Stephen, murió sola. En lugar de disfrutar de la libertad adquirida tras el fallecimiento de su madre, se había dejado consumir. El dinero que habría podido gastar en sí misma, realizando un viaje alrededor del mundo, por ejemplo, lo ahorró previsoramente para hacer frente a las incertidumbres del futuro. El futuro no llegó y el dinero fue a parar a sus sobrinos nietos, entre ellos Robert, con el que fue especialmente generosa. Por sí sola, la herencia no bastaba para financiar largos años de educación pero, sumada a una cantidad equivalente del padre de Stephen, permitió comprar una casita que podía alquilarse de forma provechosa. Los padres de Stephen se quedaban la mitad del alquiler, y la otra mitad contribuyó en buena medida a costear los estudios de Robert. Cambridge era un buen sitio para esta clase de iniciativas, porque la vivienda seguía siendo bastante barata y la población flotante de profesores invitados comportaba una demanda constante de alojamientos de alquiler. Dada mi experiencia en la reforma de nuestra casa, se me puso al frente del proyecto. Comprar y restaurar otro inmueble para después alquilarlo constituyó una carga adicional cuando ya tenía las manos y el tiempo más que ocupados. Ver las lamentables condiciones en que vivían otras personas resultó descorazonador pero, como era muy consciente de la necesidad de ahorrar para costear los crecientes gastos escolares, no tuve más remedio que empuñar la brocha y dedicar una semana intensiva a pintar yo sola la casa una o dos veces al año. En ocasiones debía hacerlo con mayor frecuencia aún para satisfacer a los inquilinos de verano.

Esta actividad agotadora y las fatigosas preocupaciones me dejaban cada vez menos tiempo y energía para la tesis. Había conseguido reunir material para el primer capítulo y se me habían ocurrido algunas ideas originales. Descubrí ciertas reminiscencias verbales entre el Cantar de los cantares y las jarchas y detecté curiosas similitudes entre estas y los himnos mozárabes, los himnos de la población nativa cristiana bajo la dominación árabe. Con suerte, si no había ningún contratiempo, después de llevar a Stephen al departamento lograba arañar una hora para la tesis por las mañanas mientras Lucy estaba en la guardería. Seguir con la investigación me obligaba a esforzarme al máximo. Ya no había posibilidades de ampliar mi conocimiento de otros campos de la investigación medieval, y mucho menos de estudiar otros temas que se comentaban en las cenas del Lucy Cavendish. Ya no estaba al corriente de la situación política e internacional y apenas tenía tiempo para leer.

En el Lucy Cavendish tenía solo una amiga, Hanna Scolnicov, con quien me sentía a gusto. Hanna, de Jerusalén, era una especialista en el período isabelino y

disfrutaba en Cambridge de un respiro de las tensiones de su patria, desgarrada por la guerra. Hanna y yo descubrimos que teníamos mucho en común. Aunque nuestras circunstancias eran por fuerza distintas, ambas intentábamos llevar una vida normal y criar a nuestros respectivos hijos de tres años, Robert y Anat, en un ambiente de tensión e incertidumbre. Cuando nos conocimos, yo acababa de tener a Lucy y Hanna esperaba su segundo hijo. El verano siguiente, cuando nació Ariel, ya éramos amigas para toda la vida. Además, en el marido de Hanna, Shmuel, especialista en filosofía clásica, Stephen había encontrado un compañero de debate intelectual. Hanna y Shmuel eran mucho más intuitivos y perceptivos que la mayoría de las personas que nos conocían desde hacía más tiempo y supuestamente mejor. Cuando terminó el año sabático de Shmuel y regresaron nerviosos a Israel con su joven familia, tuve menos alicientes para ir al Lucy Cavendish y me quedé aún más aislada y desconectada.

No importaba demasiado. Evidentemente, la carrera de Stephen era más relevante que la mía. Él estaba destinado a agitar las aguas de la física, mientras que yo tendría suerte si provocaba una minúscula onda en la superficie de los estudios lingüísticos. Y, como yo misma me recordaba con frecuencia, tenía el consuelo de los niños, ambos alegres y divertidos, cariñosos y adorables. Muchas personas que habrían mirado con crueldad a Stephen, sin ver nada más que la rareza de su discapacidad — las mismas personas que lo habrían llamado inválido—, se quedaban visiblemente estupefactas al saber que un hombre con deficiencias físicas tan graves tenía unos hijos preciosos, dos milagros de luminosa perfección. La confianza de Stephen aumentó gracias al orgullo que sentía por ellos. Podía desconcertar a los incrédulos proclamando: «Estos son mis hijos». La intensa alegría que compartíamos por la pureza e inocencia de Robert y Lucy, por sus ocurrencias y su capacidad de maravillarse, nos proporcionaba a su vez momentos de profunda ternura. Y en esos momentos el lazo que nos unía se reforzaba hasta rodearnos no solo a nosotros, sino también nuestro hogar y nuestra familia, e incluso a las personas a las que más apreciábamos. La familia, nuestra familia, se había convertido en mi razón de ser.

## 11

### Un número de equilibrio

La desaparición gradual de amigos de nuestro círculo social no contribuyó a aliviar mi abatimiento. Apenas veía a mis amigos de la escuela y la universidad: o bien se habían marchado al extranjero, o bien formaban familias en otras ciudades. Las amistades de los últimos años se dispersaban: abandonaban Cambridge para ascender en la escala profesional allí donde encontraban trabajo. Rob Donovan, padrino de Stephen en nuestra boda, se había trasladado de Cambridge a Edimburgo con su mujer, Marian, y su hijita, Jane. A partir de entonces nuestro contacto con ellos fue esporádico pero, cuando conseguíamos reunirnos, revivía la fuerza de nuestra amistad, tan alegre y estimulante como siempre.

Los Carter, Brandon y Lucette, con quienes habíamos pasado asimismo muchas tardes de los fines de semana, se habían mudado a Francia con su hija recién nacida, Catherine. Brandon ocupaba un puesto de investigador en el Observatorio de París en Meudon. El Observatorio se hallaba en los terrenos de un *château*, como el de Cambridge, y tenía magníficas vistas de París. Yo echaba mucho de menos a Lucette por numerosas razones, aparte de que era la única persona a la que conocía en Cambridge con quien podía hablar en francés. Prestigiosa matemática, era inteligente y tenía una gran facilidad de palabra, pero jamás se mostraba pretenciosa. Su sincero interés por las personas y su entusiasta sentido de la familia no eran corrientes entre los académicos de Cambridge con quienes se relacionaba. Aficionada a la música e imaginativa, estaba dotada de un delicado sentido poético. Fue Lucette quien, con su pasión por los árboles, las flores, los colores y los aromas del cementerio de nuestra calle, me dio a conocer a Proust.

El golpe más duro fue la pérdida de los Ellis. Su marcha resultó especialmente dolorosa porque no dejaban Cambridge por otro trabajo, sino porque su matrimonio había terminado. Nos habíamos identificado tanto con ellos que, cuando George y Sue se separaron, dio la impresión de que nuestra propia familia estaba en peligro. Tenían dos hijos pequeños como nosotros, y habíamos compartido tanto que cada pareja formaba parte del sistema de apoyo de la otra. Sue era la madrina de Lucy. Habíamos comprado y reformado nuestras casas, tenido hijos, ido de vacaciones y asistido a congresos casi a la par. George y Stephen habían escrito juntos un libro, *The Large-Scale Structure of Space-Time*; Sue y yo nos habíamos consultado mutuamente y hecho confidencias en muchas de las crisis de la maternidad y en la lucha por competir con la diosa Física. George y Stephen se parecían en que ambos sabían aislarse de las realidades básicas del mundo exterior y abstraerse de sus respectivas familias sumergiéndose en las profundidades del universo teórico. Las numerosas experiencias compartidas y paralelas habían creado una interdependencia entre los dos matrimonios y, cuando el suyo falló, la solidez del nuestro sufrió una

sacudida.

La amistad con aquellas parejas que se marchaban de Cambridge había nacido en circunstancias especiales. Era el producto de los contactos de Stephen en el departamento o en algún college. Él había compartido intereses, por lo general científicos, con los maridos, y yo descubría intereses comunes con las mujeres. Cuando los Ellis se marcharon, aquella íntima amistad a cuatro bandas se fue extinguiendo.

Por otra parte, yo tendía a intimar con personas con las que había un lazo perceptible de empatía; personas con un motivo de aflicción en la vida o un conocimiento especial de las necesidades de los discapacitados. De todas aquellas amistades valiosas, dos en especial, las más leales y duraderas, tenían importantes puntos de contacto con Stephen.

En el equipo de ayudantes de Constance Willis —«las del ejercicio de papá», como decía Robert— había una rubia delgada de aproximadamente mi edad: Caroline Chamberlain. En el verano de 1970, cuando yo estaba embarazada de Lucy, Caroline dejó de ejercer de fisioterapeuta porque esperaba una hija. Como vivía cerca, en el colegio Leys —un internado masculino privado, donde su marido era profesor de geografía—, seguimos en contacto y nos convertimos en amigas íntimas después de que nacieran nuestras hijas. Yo estaba cada vez más concentrada en los problemas de la discapacidad, pues a veces me parecía que una trampa se cerraba sobre todos nosotros, no solo sobre Stephen, sino también sobre los niños y sobre mí. Apenas existía información al respecto y empecé a confiar en los conocimientos profesionales de Caroline para orientarme. Caroline, mujer práctica, jovial y muy sensible, era sumamente consciente de las múltiples dificultades que afrontábamos a cada momento y, a pesar de la presión de ser la esposa de un profesor de internado, hacía todo lo posible por encontrar soluciones, ya fuera una postura más cómoda, algún artículo útil —un cojín para la silla de ruedas o un soporte ortopédico— o la dirección de una organización recién creada que pudiera ser de ayuda.

En la puerta del colegio, tradicional punto de encuentro de las madres, encontré otra amiga fiel en Joy Cadbury, cuyos hijos, Thomas y Lucy, tenían las mismas edades que los míos. La reservada amabilidad de Joy no concordaba con la imagen que yo tenía de una graduada de Oxford. Lejos de exhibir su capacidad intelectual a costa de otros, le quitaba importancia, como si fuera irrelevante en la vida que entonces llevaba. Hija de un médico de Devon, había cumplido su verdadera aspiración —ser enfermera pediátrica— después de licenciarse en Oxford. Joy se tomó muy en serio nuestra situación y siempre estaba dispuesta a ocuparse de mis hijos en los momentos de crisis, a echar una mano con discreción cuando la tensión resultaba abrumadora. No le era desconocida la enfermedad de la motoneurona, de la que tan poco se sabía entonces, porque a doscientas cincuenta millas de allí su anciano padre padecía las fases terminales.

En Devon, no lejos de la casa paterna de Joy, yo tenía otros aliados en mi

hermano y su mujer, Penelope. Tras el primer trabajo temporal de Chris en Brighton, se habían mudado a Devon cuando él entró a trabajar en una clínica dental de Tiverton. Con dotes artísticas y un gran interés por las relaciones y el carácter de las personas, Penelope comprendía mi necesidad de hablar de personalidades, influencias y emociones, así como de las maneras en que los seres humanos se comunican entre sí, temas prácticamente prohibidos en la familia Hawking. En Chris y su esposa hallé un profundo pozo de comprensión y aliento; el inconveniente era que vivían muy lejos.

No todos los nuevos conocidos podían brindarme el apoyo que encontré en Caroline, Joy y mis parientes. Algunos de mis nuevos amigos estaban tan marginados como yo, aunque de maneras diferentes. Muchos de ellos necesitaban ayuda y recurrían a mí. En el pasado, desde la atalaya de la enfermedad física, tan patente y definida, que dominaba nuestra vida, muy pocas veces había atisbado otras tragedias. Al madurar empecé a percatarme de las múltiples causas y complicaciones del sufrimiento. Algunas personas luchaban con sus emociones y con la pobreza tras un divorcio traumático; otras se llevaban mal con la familia, o estaban muy lejos de casa. Yo podía contemplar estas situaciones y otras muchas con cierta objetividad y trataba de ofrecer algún consuelo sensato a quienes las sufrían. Paradójicamente, me costaba mucho más abordar situaciones parecidas a la mía.

Unos amigos bienintencionados prometieron ponerme en contacto con una enfermera cuyo marido padecía esclerosis múltiple. Yo estaba deseando conocerla, con la esperanza de que pudiéramos brindarnos el consuelo mutuo de la experiencia compartida. Resultaba difícil incluso mencionar los problemas —la aplastante responsabilidad, la presión emocional, la dolorosa fatiga de criar a dos niños pequeños sin ayuda y, al mismo tiempo, cuidar de una persona con una grave discapacidad que se iba deteriorando ante mis ojos— sin sentirse desleal. Stephen jamás hablaba de la enfermedad, y tampoco se quejaba nunca. Su heroico estoicismo acrecentaba mi sentimiento de culpa por expresar la más mínima contrariedad. Pero la falta de comunicación era lo más difícil de soportar, a veces en mayor medida que el esfuerzo físico y la tensión juntos. Aunque al principio había confiado en que la unidad de propósito, la lucha conjunta de los dos contra las adversidades, sería gratificante, ahora daba la impresión de que yo era poco más que una sirvienta, reducida a ese papel que en los círculos académicos de Cambridge resumía la posición de una mujer. Sabía que necesitaba ayuda —ayuda física y apoyo emocional— para conseguir que mi amada familia siguiera adelante.

Solo una vez reuní el valor necesario para contarle mis penas, con la máxima prudencia, a Thelma Thatcher. Su respuesta, si no un desaire, fue terminante en su severidad: «Jane, te diré lo que siempre digo cuando una situación no se puede cambiar: agradece las cosas buenas que tienes». Eran unas palabras sinceras, y estaba en lo cierto. Yo debía agradecer muchas cosas, principalmente mi familia, el esforzado trabajo de Stephen y su valentía. No era pobre y no me quedaba más

remedio que aceptar mi suerte, mantener la fe, trabajar mucho y poner al mal tiempo buena cara..., como descubrí que había tenido que hacer la propia Thelma cuando perdió a sus dos hijos pequeños. Al fin y al cabo, no era desdichada: obtenía una intensa felicidad de los dos hijos más guapos y encantadores que una podría desear: Robert, con su cabello rubio plateado, su lozana cara redonda y los grandes ojos inquisitivos; y Lucy, con su pelo castaño rojizo y la piel, blanca y sonrosada, suave como el plumón de cisne. Solo estaba cansada, exhausta por la falta de sueño, el agotador esfuerzo físico y el persistente sentimiento de inquietud y de responsabilidad. Avergonzada de haber intentado librarme de la carga, me retiré para agradecer las cosas buenas.

Práctica como siempre, Thelma pasó por casa al día siguiente. «He estado pensando, querida, que necesitas más ayuda. Ahora mismo voy a ver a Constance Babington-Smith. ¿Quieres que le diga que te envíe a su asistente?». La asistente de Constance Babington-Smith, la bulliciosa señora Teversham, era un tesoro de primera clase, lo mismo que la mujer que la sucedió aproximadamente un año después, la alta y delgada Winnie Brown. Una vez a la semana, nuestro hogar recuperaba el orden y la limpieza. Sin embargo, las labores domésticas constituían solo una parte del problema. Yo seguía necesitando a alguien que me escuchara con empatía, que escuchara pacientemente mis preocupaciones íntimas con comprensión y sin reprimendas. No esperaba que todo se arreglara de pronto con solo agitar una varita mágica, pero sí abrigaba la esperanza de que tal vez aquel nuevo contacto, la mujer con el marido discapacitado, fuera esa persona que me escuchara y respondiera con mayor comprensión que ninguna otra, y que quizá fuera capaz de proponerme maneras de afrontar algunas de las dificultades prácticas de atender más o menos en solitario a alguien con una discapacidad grave. No iba a ser así. Cuando nos conocimos, ella estaba a punto de partir hacia Estados Unidos con una nueva pareja, dejando a su marido en una residencia para discapacitados.

La austera filosofía de Thelma Thatcher, lo de agradecer las cosas buenas, era el único camino razonable que se me abría. Me había comprometido con Stephen. Y al hacerlo me había comprometido a intentar proporcionarle una vida normal. Empezaba a quedar claro que aquel compromiso significaba mantener una fachada de normalidad, por muy anormal que pudiera ser nuestra vida mientras tanto. No tenía intención de incumplir mi compromiso, pero los atisbos de la vida de otros —como el que acababa de tener— contribuían a acentuar, más que a mitigar, el aislamiento que me consumía. Hacía mucho tiempo que habíamos descubierto que no existía ninguna organización ni autoridad médica a la que pudiéramos recurrir en busca de información y asistencia. Pues bien, dado que no había nadie a quien yo pudiera acudir para que me ayudara a encontrar un camino en aquel laberinto de problemas, decidí fiarme de mi propio criterio, apartarme de las personas y situaciones desestabilizadoras, actuar más que nunca como si la nuestra fuera una familia normal, asediada por una dificultad que más valía dejar en segundo plano.

## Horizonte de sucesos

Una tarde oscura y ventosa —el 14 de febrero de 1974—, llevé a Stephen a Oxford para que pronunciara una conferencia en el Laboratorio Rutherford, en el Centro para la Investigación de la Energía Atómica de Harwell. Nos alojamos en la Cozener's House, de Abingdon, una casa de campo antigua a orillas del Támesis, que aquel invierno se había desbordado. La lluvia que caía a mares del cielo encapotado no enfrió nuestros ánimos, pues Stephen y yo —y unos cuantos de sus alumnos— temblábamos de emoción ante lo que presentíamos que sería un acto trascendental: Stephen iba a presentar una nueva teoría. Por fin había encontrado una solución al problema de la mecánica de los agujeros negros frente a la paradoja termodinámica que le había preocupado desde la escuela de verano de Les Houches. Se había enfrascado en cálculos obsesivos espoleado por las irritantes dudas arrojadas sobre sus anteriores conclusiones por un alumno de John Wheeler en Princeton, quien, sorprendido por la similitud entre las leyes de la termodinámica y los resultados de Stephen respecto a los agujeros negros de 1971, aseguraba que las leyes de la termodinámica y las que gobiernan los agujeros negros eran en realidad las mismas. En opinión de Stephen, esa afirmación era absurda porque, para obedecer las leyes de la termodinámica, los agujeros negros deberían tener una temperatura finita y emitir radiación; es decir, los dos conjuntos de leyes tendrían que coincidir en todos los aspectos, no solo en uno. En su solución a este problema, la teoría de Stephen era más innovadora de lo que cabía esperar.

Los períodos de absoluta concentración que los niños y yo habíamos presenciado lo habían llevado a la conclusión de que, en contra de las teorías anteriores sobre los agujeros negros, estos podían irradiar energía. A medida que un agujero negro emite radiación, se va evaporando y perdiendo masa y energía. Su temperatura y su gravedad en la superficie aumentan de forma proporcional mientras se reduce hasta adquirir el tamaño de un núcleo, aunque sigue pesando entre mil y cien millones de toneladas. Por último, alcanza una temperatura inimaginable y desaparece en una gigantesca explosión. Así pues, los agujeros negros dejaban de considerarse impenetrablemente negros y se podía observar que su actividad obedecía a las leyes de la termodinámica, en lugar de contradecirlas. La larga gestación de este particular «hijo» se había mantenido en secreto. Por mi parte, sentía un interés personal en asistir a su nacimiento, ya que me había causado mucha angustia al competir conmigo por la atención de Stephen. Bernard Carr actuaría como comadrona proyectando para el público diapositivas con la transcripción de la conferencia.

La mañana de la presentación, me senté en el salón de té, junto a la sala de conferencias, y hojeé un periódico mientras esperaba a que dieran las once, cuando comenzaría la sesión de Stephen. La ruidosa charla de tres mujeres de la limpieza en

el rincón del fondo interrumpió mi concentración. Sus cucharillas chocaban con estrépito contra las tazas al remover el café y sus cigarrillos llenaban de humo la sala. Lo más irritante era que su parloteo invadía el espacio tanto como el humo de los cigarrillos, de modo que no tuve más remedio que escuchar los comentarios sobre la conferencia y sus asistentes. Me quedé perpleja cuando una dijo a sus dos compañeras:

—Y hay uno, un hombre joven, que vive de prestado, ¿no?

En un primer momento no supe de quién hablaba.

—Ah, sí —repuso otra—. Menuda pinta tiene. Parece que se cae a pedazos; apenas puede mantener derecha la cabeza.

Y soltó una carcajada cruel, como si la ocurrencia le hiciera mucha gracia. Me acordé de que Frank Hawking, cuando ya tenía el pelo blanco y setenta años cumplidos, había dicho en mi presencia que lo más probable era que Stephen muriera antes que él. Sus palabras habían minado mi sensación de seguridad y, tanto en aquella ocasión como en esta, la desconsiderada condena de Stephen, pronunciada a sus espaldas, y el rechazo de nuestra visión del futuro me hicieron sufrir en silencio.

Cuando Stephen salió de la sala de conferencias en la silla de ruedas para tomar un café rápido antes de iniciar su disertación, lo examiné con detenimiento de arriba abajo. Estaba vivo, sí —lleno de vida y de expectación—, pero tuve que preguntarme si de verdad parecía que viviera de prestado y si de verdad se caía a pedazos. Tuve que reconocer que a un observador cualquiera probablemente se lo parecería, y aquella concesión a las percepciones ajenas me entristeció. Por fortuna, estas preocupaciones no podían estar más lejos de la mente de Stephen. Plantado con firmeza en el mundo de la física y tan ignorante como don Quijote de la cruel incredulidad respecto a su apariencia y sus intenciones, estaba dispuesto a entrar en batalla acompañado de su fiel Sancho Panza: Bernard Carr. Todavía conmovida, los seguí a la sala de conferencias. Me consolé pensando que las mujeres de la limpieza solo habían visto el lamentable estado del frágil cuerpo de Stephen y desconocían el poder de su mente y la fuerza de su espíritu, plasmados de forma tan elocuente en aquel cráneo imperioso y aquellos ojos bellos e inteligentes. No obstante, mi convicción de que Stephen era inmortal se tambaleaba a causa de aquel nuevo mazazo.

Con exquisita ironía, Stephen reafirmó su inmortalidad en aquella misma conferencia, aunque dio la impresión de que el presidente y algunos miembros del público creían que había perdido el juicio. Sentada en el borde del asiento, escuché a Stephen, encorvado en la silla bajo las luces del estrado, y leí las diapositivas proyectadas por Bernard, las cuales explicaban el contenido del débil y susurrante discurso. De hecho, fue una conferencia dada dos veces, una por Stephen y otra por las diapositivas, de modo que no quedaba ninguna duda sobre el mensaje: los agujeros negros no eran tan negros como parecían.

A pesar de la claridad de la presentación, reinó el silencio cuando la conferencia

llegó a su fin. Parecía que al público le costaba asimilar aquel mensaje tan simple. Pero el presidente, el profesor John G. Taylor, del King's College de Londres, no permaneció callado mucho tiempo. Horrorizado por aquel ataque herético al evangelio del agujero negro, se puso en pie de un salto exclamando: «¡Esto es completamente ridículo! Jamás había oído nada parecido. No tengo más remedio que dar por terminada la sesión ahora mismo». Lo que a mí me pareció ridículo fue su comportamiento, que recordaba al ataque de Eddington a Chandrasekhar en 1933, con la diferencia de que aquel había dicho «absurdo» en lugar de «ridículo» para calificar la teoría de Chandrasekhar. No solo es habitual que el presidente permita un turno de preguntas después de una conferencia; también es una cortesía aceptada que dé las gracias al orador por «una charla tan sumamente estimulante». J. G. Taylor (que no se debe confundir con el profesor J. C. Taylor, el físico de partículas, quien, junto con su esposa, Mary, se convertiría en amigo íntimo al cabo de unos años) no tuvo ninguno de esos detalles con Stephen. Más bien dio la impresión de que con gusto le habría mandado quemar por hereje. Ese insulto consciente a Stephen era tan intolerable como los necios comentarios de las mujeres de la limpieza. Representaba un intento deliberado de desacreditarlo dando a entender que había demostrado que su discapacidad no solo era física, sino también mental.

Mientras que en la sala de conferencias se habría oído caer un alfiler, en el comedor reinaba un gran alboroto. Era como si las partículas irradiadas por los agujeros negros dieran vueltas en todas las direcciones y golpearan a los atónitos asistentes como si estos fueran bolos. Bernard instaló discretamente a Stephen en una mesa de un rincón y yo me puse en la cola del mostrador para pedir la comida. Refunfuñando y cuchicheando indignado con sus alumnos, J. G. Taylor se colocó detrás de mí, sin conocer mi identidad. Yo preparaba unos cuantos comentarios cortantes en defensa de Stephen cuando le oí farfullar: «Tenemos que publicar ese artículo inmediatamente». Preferí no atraer la atención hacia mí e ir a informar a Stephen de lo que había oído. Si bien se encogió de hombros con aire jovial, en cuanto regresamos a Cambridge envió su artículo a *Nature*. Dado que quien lo revisó para la revista fue precisamente J. G. Taylor, a nadie le sorprendió que lo rechazaran. Stephen solicitó entonces que se lo pasaran a un revisor independiente; la segunda vez que lo pidió, se aceptó el artículo. El de J. G. Taylor también fue aceptado, pero murió de muerte natural mientras Stephen daba el primer paso en el camino hacia la unificación de la física, la conciliación de la estructura a gran escala del universo con la estructura a pequeña escala del átomo, por medio del agujero negro. Sin duda la experiencia de Rutherford sirvió para reforzar su determinación de luchar contra todas las dificultades, tanto las físicas como las de la física. A mí esa experiencia me llenó de orgullo pero también de inquietud por las muchas corrientes de fondo que había revelado. La teoría de la evaporación de los agujeros negros preparó el terreno para que eligieran a Stephen como miembro de la Royal Society a la insólita edad de treinta y dos años. En el siglo XVII esta había tenido integrantes de doce años, pero en

aqueños tiempos contaban más los privilegios que el mérito. En el pasado más reciente, la incorporación a la Royal Society constituía un honor al que un científico aspiraba hacia el final de su carrera, no al principio, normalmente después de ser nombrado doctor *honoris causa* por diversas universidades y de formar parte de varias comisiones científicas asesoras. Representa la culminación de una carrera científica, una gloria solo superada en prestigio por el Premio Nobel.

Se nos informó de la elección de Stephen a mediados de marzo, un par de semanas antes del anuncio oficial, de modo que tuve tiempo de organizar una fiesta sorpresa. Preparé una recepción con champán en el solemne marco del Senior Parlour de Caius, a la cual invité a la familia, amigos y compañeros de Stephen, y después un bufet en casa para un grupo más reducido de parientes y amistades.

La tarde del 22 de marzo de 1974, los alumnos de Stephen lo condujeron con mucho tacto al college, donde amigos y familiares, estudiantes y colegas lo vitorearon como a un héroe victorioso. Los niños pasaron como mejor pudieron fuentes de canapés, tostadas con caviar, volovanes y rollitos de salmón ahumado y espárragos, que eran una especialidad del departamento de *catering* de Caius. Dennis Sciama accedió a pronunciar el brindis, y lo hizo con suma generosidad, mencionando todos los logros científicos de Stephen, los cuales, según dijo, habían justificado con creces su fe en él antes de este honor supremo de la incorporación en la Royal Society. Los niños y yo rebosábamos de orgullo.

Stephen respondió al brindis. Una prueba de lo mucho que había cambiado desde nuestra boda era que ya estaba acostumbrado a hablar en público, pero, naturalmente, en esta ocasión la fiesta lo pilló por sorpresa y no había tenido oportunidad de preparar lo que iba a decir. Aun así, pronunció un discurso bastante largo, con dicción pausada y clara, aunque con voz débil. Habló de la marcha de sus investigaciones y del curso inesperado que habían tomado en los diez últimos años, desde que llegó a Cambridge. Dio las gracias a Dennis Sciama por su apoyo e inspiración, y a los amigos por acudir a la fiesta, empleando, como de costumbre, la primera persona del singular, y no «nosotros». Con un brazo alrededor de cada uno de mis hijos, yo esperaba en un lado de la sala a que nos sonriera, nos saludara con la cabeza, nos dirigiera unas breves palabras de agradecimiento por los logros domésticos de nuestros nueve años de matrimonio. Es posible que fuera un descuido debido a la emoción del momento, pero el caso es que no nos mencionó. Terminó el discurso entre los aplausos de todos, mientras yo me mordía el labio para ocultar mi decepción.

La misma semana en que se publicó la lista de los nuevos miembros de la Royal Society, Stephen recibió una propuesta —sin duda a instancias de Kip Thorne— del Caltech, el Instituto Tecnológico de California, en Pasadena: la de ser profesor invitado durante el siguiente curso académico. La oferta era sumamente generosa. Aparte de un salario de nivel norteamericano, incluía una casa grande y completamente amueblada por la que no tendríamos que pagar alquiler, el uso de un

coche y todos los aparatos y accesorios necesarios, entre ellos una silla de ruedas con motor eléctrico, que daría a Stephen la máxima independencia. Se le proporcionaría fisioterapia y atención médica, y un colegio para los niños. Dos alumnos suyos, Bernard Carr y Peter De'Ath, estaban invitados a acompañarlo. Necesitábamos un cambio; un cambio que supusiera una renovación de nuestro compromiso y que nos brindara una nueva perspectiva y un nuevo impulso. También para los niños sería bueno un cambio, y el momento era apropiado: Lucy todavía no había empezado a ir a la escuela y Robert saldría del sistema público al año siguiente. La oferta de los estadounidenses, que apoyaba nuestra causa con generosidad e imaginación, era aún más oportuna —y nuestra situación en Cambridge, mucho más precaria— de lo que pensábamos. Años después, una amistad íntima me refirió una escena que había presenciado durante una cena bastante gélida celebrada en Cambridge por aquella época, a principios de setenta. Para sorpresa de aquel invitado, el futuro de Stephen quedó claro en un comentario pronunciado con absoluta indiferencia por un catedrático. «Mientras Stephen Hawking haga el trabajo que le corresponde, podrá quedarse en esta universidad —declaró—, pero en cuanto deje de hacerlo tendrá que irse...». Por suerte, podíamos marcharnos por voluntad propia, no muy seguros de lo que nos depararía el futuro, aunque lo cierto es que nos invitaron a volver al año siguiente.

Si bien la oportunidad de cambiar el frío gélido de los pantanos por los cálidos desiertos del sur de California era muy de agradecer, no podían tomarse a la ligera los obstáculos que la empresa implicaba. Me dedicaba a sopesar las ventajas y los inconvenientes. Aunque Stephen bien podía dominar los quince mil millones de años de historia del universo, mi visión del futuro había quedado limitada a un período más previsible de unos pocos días. Había aprendido a no especular sobre un futuro más lejano y a no trazar planes a dos, cinco, diez o veinte años vista. No obstante, los dieciocho meses siguientes requerían una cuidadosa reflexión, sobre todo teniendo en cuenta mis caóticas experiencias en la costa Oeste de Estados Unidos. Hice acopio de fuerzas para afrontar mi problema personal: el miedo a volar. Por lo menos en esta ocasión no tendría que abandonar a mis hijos, ya que, por supuesto, viajarían con nosotros; pero, desde otro punto de vista, aquella era la menor de mis preocupaciones. Me inquietaba mucho más la cuestión de cómo iba a arreglármelas para recorrer un tercio de la circunferencia del mundo como única responsable de Stephen, en su estado de debilidad, y de los niños. En segundo lugar, ¿cómo me las iba a apañar durante todo un año completamente sola, sin padres ni vecinos que me echaran una mano en los momentos de crisis? En los dos últimos años, cuando la gripe, las jaquecas, el dolor de espalda e incluso la pleuresía me habían obligado a guardar cama, había contado con que acudirían mi madre o los Thatcher. En California no dispondría de ese apoyo.

Además, desde hacía cierto tiempo uno de los escollos más desconcertantes era el absoluto rechazo de Stephen a toda ayuda exterior para su cuidado. Se negaba

rotundamente a aceptar cualquier tipo de asistencia, aparte de los pequeños consejos de su padre, lo que podría indicar que era consciente de su estado o bien que este se estaba deteriorando. Aquella actitud, junto con su negativa a mencionar la enfermedad, era uno de los puntales de su valentía y formaba parte de su mecanismo de defensa. Yo entendía perfectamente que si reconocía la gravedad de su enfermedad podría fallarle el valor. También me daba perfecta cuenta de que la mera lucha por levantarse de la cama cada mañana podía derrotarlo si se paraba a pensar en su estado. Cómo deseaba que él comprendiera a su vez que un poco de ayuda para librarme de parte del agotador esfuerzo físico que iba minando mi optimismo podría contribuir a mejorar nuestra relación.

Mi médico había escuchado mis preocupaciones y había hablado con el de Stephen. Entre los dos habían intentado establecer un turno de enfermeros que irían a bañar a Stephen al menos un par de veces a la semana. Este proyecto murió nada más ser concebido porque el enfermero, un hombre simpático pero ya mayor, solo podía acudir a las cinco de la tarde y, como es lógico, Stephen juzgaba intolerable semejante interrupción o conclusión de su jornada de trabajo. Solo un milagro podía resolver nuestros problemas. Sin embargo, en Pascua una idea milagrosa flotó en mi cabeza como un vilano que se deslizara hacia la tierra. Aligeró mis pasos y eliminó la angustia que me provocaba la inviabilidad de los bienintencionados intentos que se hacían al otro lado del mundo para ofrecernos un grato cambio de ambiente. La idea era muy simple: invitaríamos a los alumnos de Stephen a vivir en nuestra gran casa de California. Les ofreceríamos alojamiento gratis a cambio de ayuda en la mecánica de levantar, vestir y bañar. Esto era del todo imprescindible, pues Stephen ya no podía comer solo y necesitaba vigilancia constante. Asistido por Bernard, no se sentiría humillado por la insufrible indignidad de tener que recibir la ayuda de enfermeros, algo que él consideraba perjudicial, una aceptación del deterioro de su estado; lo atenderían personas de su propio círculo: si no familiares, por lo menos amigos, gente de casa. La primera reacción de Stephen fue de automático rechazo pero, cuando tuvo tiempo de reflexionar y comprendió que la aventura californiana podía depender de su decisión, cambió de parecer. Planteé la idea a Bernard Carr y luego a Peter De'Ath, y tras meditarla estuvieron de acuerdo en que beneficiaría a todas las partes.

Quedaba todavía un importante asunto pendiente para aquel verano: el ingreso de Stephen en la Royal Society, que tendría lugar el jueves 2 de mayo. Partimos de Cambridge con tiempo de sobra para comer en Carlton House Terrace, la sede de la Royal Society, un hermoso edificio del siglo XVIII que domina el Mall. Cuando nos acercábamos al norte de Londres, el coche empezó a dar bandazos incontrolables y cada vez resultaba más difícil manejar el volante. No teníamos más remedio que seguir adelante, con la improbable esperanza de llegar a nuestro destino. Al fin, tirando del terco volante, entré con inmenso alivio en el patio delantero de Carlton House Terrace, donde se inició la bien practicada secuencia de buscar al habitual

grupo de ancianos porteros, sacar del coche las diversas partes de la silla de ruedas, montarla, situarla junto al asiento del pasajero, levantar a Stephen cogiéndolo por debajo de los brazos y sacarlo del vehículo para sentarlo en la silla. A continuación había que pedir a los porteros que subieran la silla por la inevitable escalinata de la entrada principal. Esta vez la secuencia fue más complicada porque el coche, al igual que Stephen, necesitaba atención: el neumático delantero izquierdo estaba pinchado.

Como en otras muchas ocasiones, la ayuda llegó de donde menos la esperábamos. El secretario de la Royal Society —un hombre de pocas palabras, agobiado por las necesidades de los ilustres invitados y la importancia de la ocasión, de todo lo cual era responsable— fue quien se puso a gatas, vestido con su elegante traje gris oscuro, y cambió la rueda mientras nosotros éramos agasajados como reyes en una inesperada comida formal por otro científico de Cambridge, *sir* Alan Hodgkin, presidente de la Royal Society. La ceremonia de ingreso tuvo lugar a primera hora de la tarde, en el salón de actos. Se pronunciaron discursos de presentación de cada nuevo miembro, que a continuación subía al estrado para firmar el libro de admisiones. Cuando llegó el turno de Stephen, se hizo el silencio entre el público y bajaron el libro del podio para que él lo firmara. Escribió su nombre despacio y con esmero en medio de un silencio tenso. El último trazo de la rúbrica fue recibido con una ovación entusiasta, que hizo que él sonriera jubiloso y que a mí se me saltaran las lágrimas.

## **Tercera parte**

# 1

## Carta de América

—¡Eh, hola! Me llamo Mary Lou y vivo en Sierra Madre. ¿Y vosotros? ¿De dónde sois?

La mujer, menuda y bronceada, nos alentó a responder con una gran sonrisa. Como acabábamos de llegar a la fiesta, ofrecida por unos expatriados ingleses aproximadamente una semana después de que hubiéramos aterrizado en Los Ángeles, no estábamos acostumbrados a semejante desenvoltura en el trato. Siguió un largo silencio mientras nos sobreponíamos a la sorpresa y comprendíamos que la mujer esperaba una respuesta igual de espontánea por nuestra parte. A fin de cuentas, en Cambridge habían hecho falta casi diez años para que nos reconocieran en las fiestas, e incluso entonces siempre se dirigían a nosotros con cierta vacilación. Últimamente algunos de los investigadores adjuntos, y de manera muy especial sus esposas, habían empezado a mostrar un interés benévolo por nosotros, pero durante años lo habitual había sido que nos quedáramos aislados en un extremo de la mesa, o solos en un rincón, sin esperar que nadie nos dirigiera la palabra, y siempre representaba una grata sorpresa ver una cara amiga en el transcurso de la velada. De hecho, uno de los jefes de cocina me había confesado una vez que resultaba difícil colocarnos en la mesa en los banquetes que organizaba el college porque nadie quería sentarse con nosotros. No era de extrañar, pues, que la iniciativa de Mary Lou nos pillara desprevenidos. Su efusividad era contagiosa, e intenté transmitir nuestro entusiasmo por California en las cartas que mandaba a nuestras familias y amigos; por ejemplo, en la primera que escribí a mis padres, en una época en que el contacto telefónico regular no era viable desde el punto de vista económico:

*South Wilson Avenue, 535  
Pasadena, CA 91106, EE.UU.  
30 de agosto de 1974*

Queridos papá y mamá:

¡Esto es muy emocionante! El viaje en avión fue larguísimo, pero muy tranquilo comparado con la última vez que sobrevolamos el Polo, cuando Robert era un bebé. Como un viajero nato que vuelve sobre sus pasos, Robert quedó extasiado con el paisaje: picos negros que se elevaban sobre campos cubiertos de nieve; montañas que se alzaban en un mar helado, donde se había formado alguna que otra laguna de un intenso brillo verde esmeralda; puntos blancos de icebergs en la bahía de Hudson, y luego los desiertos de Estados Unidos, el Lago Salado y, por último, la cordillera costera. En cambio Lucy, nada impresionada por la aventura, cuando sobrevolábamos el Atlántico preguntó si ya habíamos llegado...

Todos nos reanimamos al aterrizar, aunque eran alrededor de las dos de la madrugada (hora vuestra), y nos fascinó ver tantas cosas nuevas y desconocidas: palmeras, automóviles enormes, nuestro propio coche familiar, reluciente, en el que Kip vino a buscarnos, y autovías que entraban y salían de la ciudad por todos los lados, rascacielos y, por último, la casa de madera blanca, mucho más bonita que en las fotos. Anochecía cuando llegamos y había luz en todas las ventanas: ¡una fantasía de Disney hecha realidad! Es tan elegante por dentro como bonita por fuera. ¡Y muy acogedora! Sofás enormes y mullidos, y cuartos de baño por doquier, ¡y todo de colores que combinan entre sí, por supuesto! Todo es nuevo: los muebles antiguos de imitación, las toallas, la

porcelana, ¡hasta las ollas! Esta gente debe de creer que estamos acostumbrados a un nivel de vida astronómico. ¡Si ellos supieran! Desde el fregadero veo las montañas, y el despacho de Stephen queda más cerca que en Cambridge, porque la casa está junto enfrente del campus. Entusiasmado como un niño con un juguete nuevo, está aprendiendo a manejar la silla de ruedas eléctrica, la misma que la que tiene en el instituto, pero mucho más rápida. Hacía años que no disfrutaba de tanta libertad de movimiento, aunque hay que levantar la silla para subir bordillos y escalones, lo cual es un problema: los bordillos son muy altos, porque aquí nadie camina por la calle, y el armazón es muy pesado. Las dos macizas baterías de gel pesan una tonelada cada una, y no digamos ya el ocupante. Hemos tenido técnicos en casa durante todo el día porque hay que hacer retoques en la silla de ruedas y en los electrodomésticos. Al parecer, aquí nada es demasiada molestia.

El jardín está bastante pelado y lo cuida un equipo de jardineros. ¡Es todo tan exótico! La primera mañana, al salir al patio, encontramos un colibrí suspendido junto a una planta muy extraña, con flores espinosas naranjas y azules. La casa está rodeada de camelios que, más que arbustos, parecen árboles, y al lado del patio hay una enorme encina de California seca que está esperando a que trepen por ella. En el perímetro del jardín tenemos un naranjo que ha dado flores y frutos al mismo tiempo, dos aguacates, un abeto y una palmerita. De momento hace tanto calor que hemos hecho todas las comidas en el patio, y menos mal, porque el comedor es tan bonito, con su mullida alfombra roja y la mesa de caoba, que apenas nos atrevemos a entrar, y aún menos a comer dentro.

Los niños y yo hemos ido a la piscina del Caltech esta tarde. Lucy se cayó al agua y no le gustó nada. Aquí piensan que está retrasadísima porque con tres años aún no sabe nadar, pero Robert aprenderá en menos de una semana; de momento, bucea. Estamos todos tan cansados, aunque sea un cansancio sano y feliz, que Lucy se ha quedado dormida delante de la televisión (pese a ser una novedad, casi no la vemos porque los anuncios son interminables) y hasta Robert está dando cabezadas. Aun así, creo que es posible que yo me duerma antes que él.

Besos,

JANE

Mi padre iba a jubilarse en diciembre de 1974, al cumplir los sesenta años, tras una larga y entregada carrera en el Ministerio de Agricultura, y mi madre y él planeaban celebrarlo con un viaje a California para estar con nosotros. Entretanto nos visitaron numerosas personas. Algunas se quedaron un fin de semana y otras, más tiempo, como Peter De'Ath, el alumno de doctorado de Stephen, que se instaló en casa y ayudó a Bernard a ocuparse de Stephen hasta que encontró alojamiento. Yo había adquirido más seguridad al volante y comprar para tantas personas no me suponía un esfuerzo porque los sonrientes dependientes metían las compras en bolsas de papel marrón (no de plástico) y me las llevaban al coche. Además, Robert, a sus siete años, era un guía extraordinario: parecía llevar el mapa de carreteras en la cabeza y, a diferencia de su padre, me indicaba con mucha antelación dónde tenía que girar.

La primera mañana que llevé a los niños a la Town and Country School de Pasadena, los dejé con cierta aprensión en la entrada del edificio. A las doce regresé para recoger a Lucy de la guardería y me sumé a la lenta cola de coches de madres, que ya rodeaban la manzana. Cuando por fin llegué a la entrada, di el nombre de mi hija al profesor que montaba guardia en la acera y él la llamó por el altavoz. «¡Luusii Hokking, Luusii Hokking!», bramó. No se presentó nadie y no había ni rastro de Luusii Hokking entre la multitud de niños que esperaban pacientemente dentro del edificio. Se produjo un gran revuelo. ¿Podía ser que Luusii Hokking hubiese sido secuestrada —el peor temor de la escuela— en su primer día? Se desató el caos. Aparqué el coche y entré. La directora salió corriendo del despacho y un grupo de mujeres maduras se dispersó en todas las direcciones para iniciar una frenética

búsqueda de la alumna extraviada. No fue difícil encontrar a Luusii Hokking. La escuela le había gustado tanto que se había ido sola a comer y tenía intención de quedarse hasta las dos y media. A partir de entonces siempre salía de la escuela un poco cansada, y a veces también de mal humor, pues eran muchas horas para una niña de tres años.

Mis hijos hicieron un amigo: Shu, de ocho años, hijo de nuestros vecinos japoneses, Ken e Hiroko Naka, quienes habían vivido una temporada en Cambridge antes de mudarse a Estados Unidos. Ken era biólogo y estaba especializado en los ojos del siluro, una curiosidad científica, muy similares al ojo humano. Además de llevar a Robert y Lucy a la escuela todas las mañanas después de aquel primer día, los Naka organizaban toda clase de salidas a parques de atracciones y playas para los tres niños. Como descubrí cuando iba a recogerlos al colegio por la tarde, la conversación de Shu estaba salpicada de jerga informática. Mientras Lucy balbuceaba sin parar, Shu realizaba su propio monólogo y Robert lo escuchaba asintiendo con complicidad, sin duda atraído por aquel primer contacto con la tecnología de la información, la ciencia que con el tiempo se convertiría en su profesión. Feliz con su nueva independencia, Stephen también se alegraba en su fuero interno de ser la estrella del campus, donde se pasaba el día en un despacho con aire acondicionado. Aparecieron rampas por todo el campus, así como en el camino de entrada de nuestra casa. Tenía su propia secretaria, Polly Grandmontagne, y una fisioterapeuta habitual, Sylvie Teschke, cuyo marido, un relojero suizo, preveía con preocupación el final de su medio de vida con la llegada de los relojes de cuarzo. Bernard Carr, el alumno de Stephen, comenzó a adaptarse a las costumbres de nuestro hogar y se mostraba siempre jovial pese a su estilo de vida un tanto irregular: después de ayudarme a acostar a Stephen por la noche, se iba de fiesta y al regresar se quedaba despierto hasta la madrugada viendo películas de terror porque, según decía, sufría de insomnio..., y luego dormía hasta la hora de comer. En una ocasión subí a despertarlo a media mañana y lo encontré dormido como un tronco, ¡con el cuerpo en la cama y la cabeza en el suelo!

Aquel otoño Mary Thatcher viajó a Estados Unidos para dar unas charlas acerca del archivo fílmico sobre la vida de los británicos en India que acababa de presentar. Como a todas nuestras visitas, la llevamos a la atracción local: los Jardines y Galería Huntington, fundados por el señor Huntington, quien había amasado su fortuna con el ferrocarril y, para mantenerla en la familia, se había casado con su tía. El retrato de esta induce a pensar que el hombre pagó muy caro el privilegio, pero la acumulación de riqueza le permitió adquirir *Vista sobre el Stour*, de John Constable, diversos manuscritos de Chaucer y la Biblia de Gutenberg, entre otras obras destacadas de su colección de arte, así como crear un hermoso jardín. Este estaba dividido en áreas geográficas y botánicas fascinantes: un jardín de cactus del desierto con peligrosos pinchos; una zona australiana con eucaliptos pero sin canguros; una zona selvática; innumerables hileras de camelios; un jardín geométrico con plantas mencionadas en

la obra de Shakespeare; un jardín clásico japonés con puente, casa de té y gongs; y un jardín zen misteriosamente filosófico, compuesto en su mayor parte de grava rastrillada con unas pocas piedras cuyo emplazamiento tenía un sentido. De hecho, no había que alejarse mucho para ver algunos de los mejores ejemplos de arte europeo. Si no estaban en la Galería Huntington, debían de estar en el Museo de Arte de California en Pasadena, el Museo J. Paul Getty de Malibú o el castillo Hearst, camino de San Francisco. A veces me ponía bastante sentimental, e incluso añoraba mi país, viendo arte europeo, en particular el cuadro de Constable, en la deslumbrante luminosidad de California. Apenas había espacio para las sutilezas de la vida que nosotros conocíamos tan bien, los cielos grises, la elegancia marchita, los edificios ruinosos, el recato, el esnobismo. Los cielos californianos, los colores, los paisajes, la gente, su conducta y su uso de la lengua me parecían extremadamente bien definidos, sinceros y carentes de matices. En cuanto a la comida, era pantagruélica, pero le ponían tantos aditivos que nos alegrábamos de tener frutales en casa. Cincuenta y dos aguacates cayeron del árbol un fin de semana de octubre que fuimos a Santa Bárbara. Al regresar los recogimos a toda prisa y los guardamos en los cajones del frigorífico para salvarlos de la operación de limpieza que los jardineros realizaban una vez a la semana.

A principios de diciembre Stephen se fue con su séquito al congreso de Dallas. Cuando los niños y yo estábamos solos en casa, una noche me desperté y noté que la cama y el suelo temblaban. Se nos había indicado que debíamos salir corriendo al porche si había un terremoto, pero yo estaba demasiado aterrorizada para moverme, petrificada literalmente. Cuando por fin reaccioné, corrí escaleras arriba para ver si los niños estaban bien y me asombró encontrarlos dormidos a los dos. Regresé a la cama, apagué la luz y, al momento, volvió a ocurrir. Incluso la réplica fue fortísima, muy distinta a los ligeros temblores que estremecían las ventanas todas las tardes. No obstante, si en Navidad se hubiera producido un terremoto, es probable que no lo hubiéramos notado (de igual forma que Stephen no notó uno de gran magnitud que hubo en Persia en 1962, porque estaba atravesando el país en un autocar y tenía disentería). Mis padres, George Ellis y Stephen, de regreso de Dallas, y mi cuñada Philippa llegaron en noches consecutivas, y luego dimos una fiesta para unos cuarenta amigos y colegas, quienes se lo pasaron tan bien que se quedaron hasta las dos de la madrugada. Para demostrarlo, tenemos una fotografía de Willy Fowler, un físico de edad avanzada muy distinguido, practicando yoga en el salón ¡exactamente a las dos de la madrugada!

A la comida de Navidad acudieron dieciséis personas, de modo que los niños tuvieron público para su espectáculo de ilusionismo. A Robert le regalaron un juego de magia y, junto con su entusiasta ayudante, nos entretuvo probando sus primeros números de prestidigitación con una candidez irresistible: un cambio respecto a las constantes adivinanzas y chistes que a nosotros nos desconcertaban y con los que ellos se morían de risa. El contraste entre su frase de presentación, casi de profesional

—«Si queréis hacer preguntas, por favor, hacedlas después del espectáculo, y no antes»—, y el desorden de la caja de artículos de magia, su alegría cuando un truco le salía bien y su irritación contenida cada vez que la ayudante le robaba la atención de los espectadores, y no digamos ya su gran sonrisa desdentada, fueron adorables.

A principios de año nuevo fuimos al desierto de Death Valley, el parque nacional, situado a trescientas millas al nordeste de Pasadena. Fue un gran alivio contar con mis padres, que se turnaron conmigo al volante, me ayudaron a subir al coche a Stephen y la silla de ruedas —junto con las baterías— y entretuvieron a los niños mientras yo me ocupaba de Stephen. Nos impresionó el paisaje, extraño y primitivo, un gigantesco parque recreativo con dunas en algunas partes del valle, cráteres volcánicos en otras, y taludes pedregosos y rocas pardas por doquier. Vastos salares por debajo del nivel del mar es cuanto queda de un hondo lago de la Edad del Hielo. El valle está circundado de abruptas montañas coronadas de nieve, cuyos estratos de múltiples colores son testimonio de convulsiones geológicas acaecidas en el origen de los tiempos. Death Valley es, según dicen, el desierto más caluroso del mundo y está prácticamente desprovisto de vegetación: solo los cactus, el chamizo y la gobernadora sobreviven entre las hostiles rocas y piedras, y solo un minúsculo pez prehistórico llamado cachorrito del hoyo del diablo soporta la extrema salinidad de sus riachuelos, escasos y poco profundos. El paisaje, que cambia constantemente de color con el movimiento del sol, es impresionante pero no hermoso. Los patéticos relatos de los pioneros que intentaron atravesar el valle en 1849 y los pueblos fantasmas, únicos vestigios de los sueños de los buscadores de oro, junto con la aridez y el silencio del lugar, le confieren un ambiente inhóspito y amenazador.

Cuando llegamos a casa nos encontramos con una grata sorpresa. Ya habíamos organizado una pequeña fiesta de despedida para mis padres, de modo que fue una feliz coincidencia que pudiéramos aprovechar la ocasión para celebrar que la Royal Astronomical Society hubiera concedido la Medalla Eddington a Stephen y Roger Penrose. La condecoración era muy prestigiosa, pero de hecho no estábamos muy seguros de qué suponía, dado que el anuncio había sido totalmente inesperado. En cualquier caso, sirvió para recordar a Stephen que debía pagar las cuotas atrasadas. En aquella época hizo todo tipo de travesuras. Como una especie de póliza de seguros, se apostó con Kip Thorne a que la constelación Cygnus X-1 no contenía un agujero negro, pues creía que necesitaría consolarse con una suscripción de cuatro años a la revista *Private Eye* si en efecto se demostraba que así era. Kip, por su parte, se contentó con una suscripción de solo un año a la revista *Penthouse* si, como parecía probable, Cygnus X-1 contenía un agujero negro. Por otra parte, Stephen había empezado a relacionarse con físicos de partículas, lo cual indicaba que su interés había rebasado el horizonte de sucesos para centrarse en el núcleo del agujero negro. Asistía a las clases de dos eminentes físicos de partículas, Richard Feynman y Murray Gell-Mann, quienes se trataban con educación pero en el fondo eran grandes rivales. Stephen se encontraba en el aula cuando Feynman se presentó a la primera

sesión de un curso monográfico impartido por Gell-Mann. Este, al ver a su colega entre el público, anunció que utilizaría el curso para realizar un análisis de las últimas investigaciones en física de partículas y empezó a leer sus notas con voz monótona. Al cabo de diez minutos, Feynman se levantó y se marchó. Para gran diversión de Stephen, a continuación Gell-Mann suspiró y declaró: «Ah, bien, ¡ahora podemos entrar en materia!», y se puso a hablar de sus propias innovadoras investigaciones en física de partículas.

El invierno apenas se notó, aunque llovió mucho, a veces durante dos o tres días seguidos. Luego el sol volvía a brillar en un cielo azulísimo y las nubes se disipaban en las montañas, lo que permitía contemplar el esplendor de los picos cubiertos de centelleante nieve recién caída. Con la lluvia, la primavera llegó de golpe a los cañones, que, marrones a nuestra llegada, se volvieron verdes y frondosos, mientras las cunetas y acantilados próximos a la playa rebosaban de flores silvestres: amapolas naranjas, altramuces azules, girasoles y margaritas. No permitimos que la lluvia afectara a nuestras actividades. El día del aniversario de George Washington, en febrero, salimos a dar una vuelta en coche y regresamos al cabo de varias horas después de hacer trescientas cincuenta millas, la distancia más larga que he recorrido al volante en un solo día. Ascendimos por el monte Palomar, entre gélidos remolinos de bruma, hasta el mayor telescopio del mundo y luego atravesamos el abrasador y seco desierto de Anza-Borrego, donde se abrían infinidad de flores.

En abril Stephen recibió la Medalla de Oro del Papa Pío XI a la ciencia en una sesión plenaria de la Academia Pontificia. Al parecer la noción del *Big Bang* como momento de la creación atraía al Vaticano, y Galileo por fin encontró un defensor cuando Stephen, al dirigirse a los presentes, pidió expresamente que se rehabilitara la memoria de Galileo, trescientos treinta años después de su muerte.

Cuando aquel año de estancia en California tocaba a su fin, intuí que, aunque había sido positivo y estimulante en muchos aspectos, había empezado a definir una brecha creciente entre nuestra brillante imagen pública y nuestra vida privada, cada vez más oscura. También me había obligado bruscamente a enfrentarme a mis propias limitaciones. Puede que Lucy fuera una niña rezagada por no saber nadar a los tres años, pero por lo visto yo estaba tremendamente retrasada como madre. En Estados Unidos, en los albores del movimiento de liberación femenina, una mujer que no trabajaba cuando su hijo ya tenía dos años se consideraba una completa fracasada, que estaba lejos de alcanzar su «realización personal». Así pues, me lancé de cabeza a una actividad frenética. Las continuas visitas que recibíamos, la febril vida social, los libros de la biblioteca y, por supuesto, los niños me mantenían ocupada y me distraían del efecto deprimente que una vida en el borde del vórtice del Caltech producía en cualquiera que no fuera un genio científico de fama internacional. El Caltech, el templo al que los fieles acudían para rendir culto a la ciencia, particularmente a la física, excluía todo lo demás. El Club de las Esposas realizaba valerosos esfuerzos para entretener a las mujeres con salidas a lugares como el Museo

J. Paul Getty y, de vez en cuando, conciertos y obras de teatro, pero había muchas esposas infelices y descontentas, desmoralizadas por la total obsesión de sus maridos con la ciencia.

Conseguí que el abismo del Caltech no me engullera, pero de todas formas me llevó a cuestionarme mi situación. Un fin de semana en Santa Bárbara, me senté en la playa, abrigada para protegerme del viento glacial, y contemplé el mar mientras los niños jugaban y Stephen mantenía interminables conversaciones con su colega Jim Hartle. Dejando que la arena me resbalara entre los dedos, me pregunté hacia dónde iba mi vida. ¿Qué había logrado a mis treinta años? Tenía a los niños, «mis cosas buenas», como diría la querida Thelma Thatcher, y a Stephen. Aunque sin duda me enorgullecían sus extraordinarios éxitos, no me sentía verdaderamente partícipe de su triunfo y, no obstante, todo lo que le sucedía era importante para mí, ya fuera un galardón, con su lustre de fama y gloria, o uno de los peligrosos ataques de asfixia que tenía sin previo aviso. Lo amaba por su valor, por su ingenio, por su noción de lo ridículo y lo absurdo y por ese carisma pícaro que le permitía, y aún le permite, meterse en el bolsillo a la mayoría de las personas, yo incluida. Así pues, estaba logrando lo que me había propuesto: dedicarme a Stephen, brindarle la oportunidad de desarrollar su genialidad. Pero al hacerlo empezaba a perder mi propia identidad. Ya no podía considerarme hispanista ni tan siquiera lingüista, y tenía la sensación de que no inspiraba respeto en ninguna parte, ni en California ni en Cambridge. Puede que mi febril vida social y mis cenas con invitados solo fueran, de hecho, una manera freudiana de decir: «¡Por favor, fijaos también en mí!».

Fue en California donde por primera vez conocimos a una familia con circunstancias similares a las nuestras: los Ireland. David, Joyce y John vivían en Arcadia, a solo unas millas de Pasadena. Al igual que Stephen, David era científico. Estudiaba y enseñaba matemáticas. Debido a una enfermedad neurológica, tenía una grave discapacidad física. Iba en silla de ruedas y apenas podía hacer nada por sí mismo. Joyce, una mujer organizada, enérgica y con una actitud muy positiva, se había casado con él con pleno conocimiento de la enfermedad. Stephen estaba muy nervioso antes de conocer a los Ireland, y yo me compadecí de él al verlo tan preocupado; quería protegerlo. No obstante, aunque sin duda le impresionó el estado de David, consiguió lucir una sonrisa radiante y juntos mantuvimos una alegre apariencia de normalidad. Me pregunté qué pensarían de nosotros los Ireland. Tal vez admiraran nuestra determinación, pero la fachada no les habría engañado. Conocían demasiado bien las batallas y dificultades.

En muchos aspectos, sus batallas eran parecidas a las nuestras, pero había una diferencia fundamental entre nosotros. La diferencia radicaba en que ellos se mostraban francos respecto a la enfermedad de David: francos el uno con el otro y francos con los demás; no ocultaban las dificultades y el dolor tras una sonrisa valerosa. David reflejó aquel espíritu de franqueza en un libro, escrito para presentarse a su hijo, John, por si moría antes de que este naciera o tuviera edad

suficiente para conocerlo. *Cartas al hijo que no ha nacido* es un autorretrato muy sincero y una descripción conmovedora de las batallas que libraban David y Joyce. También relata un proceso de conocimiento personal, ya que David afronta su mayor defecto: ocultar su verdadero yo tras una fachada de simpatía y jovialidad. El libro me enseñó que las frustraciones que me llevaban al llanto, e incluso los arranques de ira ante la falta de tacto y consideración, en general cuando estaba tan agotada que ya no podía más, eran emociones legítimas porque, en palabras de David, «expulsan los venenos que nos enferman o matan». Por el contrario, según él, el autodomínio impasible que reprime emociones poderosas y rechaza las ajenas es malsano y peligroso. Me pareció paradójico descubrir estas verdades mediante las palabras de una persona que estaba incluso más discapacitada que Stephen; una persona que, a través de su propio sufrimiento, había aprendido a comunicarse para ayudar a otras.

## 2

### Casas

Antes de que nos marcháramos a California en el verano de 1974, yo ya sabía que cuando regresáramos a Cambridge no volveríamos a vivir en el número 6 de Little Saint Mary's Lane, pues la casa era demasiado pequeña para nuestra creciente familia y las escaleras, demasiado peligrosas para Stephen. Pero Cambridge disponía de muy pocos inmuebles próximos al centro, de manera que la cuestión de dónde íbamos a vivir no era fácil de resolver. Sin embargo, esa vez no tuve reparos en acudir al Gonville & Caius College, que se beneficiaba de los reiterados éxitos de Stephen y a buen seguro no nos trataría con la misma severa indiferencia que había mostrado en los años sesenta, cuando éramos jóvenes y desconocidos y apenas nos alcanzaba el dinero.

Me enteré de que el tesorero ya no se ocupaba del arrendamiento de propiedades del college. Por suerte, había asumido la función el reverendo John Sturdy, a quien habían nombrado decano poco antes de la incorporación de Stephen como investigador, en octubre de 1965. Amigos nuestros desde entonces, él y su esposa siempre nos habían apoyado, se habían interesado por los niños y nos habían tratado con mucho afecto. John, un especialista en hebreo muy estudioso y espiritual con aspecto de santo, se complementaba de maravilla con su esposa, Jill, bulliciosa y extremadamente pragmática. En aquella primera época los Sturdy ya tenían dos hijos y esperaban el tercero cuando yo estaba embarazada de Robert. En los quince años siguientes adoptaron nueve niños de todas las procedencias, colores de piel y religiones. Jill se graduó en literatura, realizó un curso de pedagogía y fundó su propia escuela para mantener y educar a su familia. En Navidad los Sturdy organizaban una fiesta en el college para los hijos de todos los miembros y empleados, ya fueran personal investigador, de cocina o de limpieza. John Sturdy o su hijo mayor, John Christian, se disfrazaban de Papá Noel y los niños se divertían jugando alborotadamente a las sillas alrededor de la mesa de los profesores.

Estaba segura de que podía contar con la comprensión de John. Aun así, me sorprendió la rapidez de su respuesta.

—¿Habéis pensado dónde os gustaría vivir? —me preguntó, como si el abanico de posibilidades fuera ilimitado, cuando nos vimos para hablar del tema en junio de 1974.

Convencida de que mi petición era bastante imposible, dije con un suspiro:

—Cerca de la zona de Grange Road, supongo.

—Bueno —respondió él con calma—. Vayamos a echar una ojeada a las propiedades de esa zona, a ver si hay algo que os convenga.

Vimos media docena de casas, en otros tiempos viviendas familiares que ahora pertenecían al college, en el lado oeste de Cambridge, en la periferia del pueblo

victoriano de Newnham. Algunas quedaban demasiado lejos del departamento de Stephen; otras, demasiado cerca de las ruidosas carreteras principales, y en algunas la planta baja no era lo bastante espaciosa para una silla de ruedas. No obstante, hubo una de West Road, muy cerca de los Backs, que me llamó la atención de inmediato. Sólida y grande, con un aplomo victoriano, se alzaba entre extensos jardines junto a Harvey Court, el monstruoso conjunto de edificios que habían aparecido en las páginas de *Cambridge New Architecture* en los años sesenta. Conocíamos bien aquellos jardines porque eran donde celebrábamos el cumpleaños de Robert todos los veranos.

Con unas cuantas reformas, la planta baja del número 5 de West Road podía adecuarse muy bien a nuestras necesidades, sobre todo porque disponía de suficientes habitaciones grandes y luminosas para acomodar a la familia, junto con todo el equipamiento preciso, y aún quedaba espacio para grupos de gente de todas las edades. Se hallaba más lejos del departamento que la casa de Little Saint Mary's Lane, pero no demasiado, y más o menos a la misma distancia del colegio de primaria al que iría Lucy. Los jardines ofrecían la posibilidad de celebrar fiestas y jugar a toda clase de deportes, en especial el críquet, que apenas se había practicado en la escuela de Saint Albans pero que ahora era imprescindible para la correcta educación de mi hijo. Recordaba que la casa había estado más o menos amenazada de demolición a principios de los setenta, cuando el terreno en el que se alzaba se había señalado como posible ubicación de un nuevo college: el Robinson. No obstante, el solar era demasiado pequeño y la casa se había salvado. Y solo unos cinco años antes el número 5 de West Road había sido un próspero hotel familiar, el West House, pero, al expirar el contrato de arrendamiento, el college se lo había quedado para utilizarlo como residencia estudiantil. Los universitarios habían tenido carta blanca para pintar la casa, y el elegante comedor victoriano tenía ahora el techo negro y las paredes escarlatas. Aquello no me contrarió demasiado porque la pintura era superficial y fácil de cambiar. Me impresionaron mucho más las dimensiones de la vivienda, de manera que al término de nuestro recorrido me decidí por ella sin vacilar y, dicho sea de paso, acallé a la facción del college que quería demoler todos los edificios, incluida aquella casa, construidos antes de 1960. Las negociaciones se desarrollaron sin contratiempos y se acordó que, a nuestro regreso de California en 1975, ocuparíamos la planta baja. Como parte del alquiler, el college pondría nuestra casa de Little Saint Mary's Lane a disposición de los investigadores, dado que había relajado su normativa para permitirles arrendar viviendas.

Durante nuestra ausencia, se levantó un tabique en la escalera para separar la planta baja de las de arriba, ocupadas por estudiantes. El piso recién creado se redecoró por completo y se construyeron rampas en la entrada y en el portón del jardín. Mientras dirigía aquellas operaciones desde California, conté con el apoyo de un valeroso joven, Toby Church, quien siendo estudiante había sufrido una enfermedad paralizante que le había privado de la facultad de hablar y caminar. Toby

había empleado sus conocimientos de ingeniería en adaptar el entorno a sus necesidades para poder valerse por sí mismo, sin apenas ayuda de enfermeras, así como en crear el Lightwriter, un pequeño teclado portátil con una pantalla digital en la que podía escribir lo que quería decir. Por desgracia, el invento no le fue de mucha ayuda a Stephen, pues utilizar el teclado exigía demasiada habilidad manual, y Toby no estaba especialmente interesado en las sillas de ruedas eléctricas porque deseaba mantener la musculatura de los brazos impulsándose con sus propias fuerzas. No obstante, en calidad de intermediario mío, Toby se desplazó numerosas veces a West Road en el transcurso del verano de 1975. Cuando regresamos de California, fue un placer instalarnos en aquel entorno tan hermoso. Durante los dieciséis años que vivimos en aquella casa, fuimos conscientes de la suerte que teníamos.

Desde que llegamos, en el otoño de 1975, tanto la casa como el jardín fueron escenario de incontables fiestas. Había celebraciones familiares, fiestas de cumpleaños y comidas de Navidad. También había reuniones de carácter más formal: desayunos y otros actos para recaudar fondos con fines benéficos, veladas musicales, fiestas del departamento, celebraciones del principio y del final del año académico, recepciones de bienvenida y cenas para invitados a congresos. En verano ofrecíamos meriendas (normalmente, una vez más, con ocasión de algún congreso, sobre todo cuando venían científicos estadounidenses y rusos) en el jardín, con sándwiches de pepino y croquetas, y había veladas de bailes populares, cenas con barbacoa y fuegos artificiales. Aquellos acontecimientos eran divertidos y en general se valoraban, pero me daban mucho trabajo porque no recibí ninguna ayuda para la preparación de la comida hasta años después. No me sorprendía que en ocasiones los acompañantes no oficiales de los invitados oficiales, es decir, los gorriones, al verme con el delantal me tomaran por una camarera del college y me pidieran, con aires de suficiencia y escaso respeto, otra copa de vino u otro sándwich, sin darse cuenta de que era la anfitriona.

Parecía que vivíamos en un entorno privilegiado, pero había inconvenientes. La amenaza de demolición seguía pendiendo sobre la casa, pese a estar habitada. Una vez terminadas las reformas para adaptarla a nosotros, solo se autorizaron mínimos trabajos de mantenimiento. En invierno el sistema de calefacción central, basado en los radiadores victorianos originales, apenas calentaba cuando el viento del norte se colaba por los resquicios de las puertas y ventanas, que no cerraban bien.

Mucho más angustioso era que los techos tendían a desplomarse con una regularidad inquietante, aun cuando mi padre, con su catastrófico historial de provocar el colapso gravitatorio de más de uno, no estuviera cerca. Por la gracia de Dios, nunca hubo más daños que los materiales. Una noche de julio de 1978, el del salón se derrumbó con un tremendo estrépito entre una nube de suciedad y polvo de yeso; el equipo estereofónico quedó hecho añicos y la araña de luces, girando sobre sí misma. Por fortuna nosotros acabábamos de acostarnos y los niños dormían en sus respectivas habitaciones. Fue igualmente cuestión de suerte que nadie estuviera dentro cuando, poco tiempo después, el techo del cuarto de baño se vino abajo.

En el tejado, las tejas se desprendían de forma habitual. Este último peligro se remedió gracias a la oportuna visita privada que su alteza real el duque de Edimburgo, rector honorario de la Universidad de Cambridge, hizo a Stephen en junio de 1982. Nos daba tanto miedo que le cayera una teja en la cabeza al entrar en casa que pedí que colocaran una malla protectora alrededor de los canalones. Así se hizo y, unos meses después, se cambió el tejado. Gracias a la visita real, también adquirimos nuevos accesorios de baño.

No éramos los únicos habitantes de la casa, ya que solo ocupábamos la planta baja. Vivían estudiantes en los pisos de arriba, con una entrada independiente, y ratones en las oscuras profundidades del sótano, entre el material del Club de Espeleología de la universidad. Los ratones guardaron las distancias después de que Lucy adquiriera un gato cazador, pero con los estudiantes no resultó tan fácil alcanzar un modo de vida satisfactorio para todos. Por separado, eran las personas más cordiales que cupiera desear, como observamos las veces que los invitamos a tomar una copa en casa o nos los encontramos en el césped en plena noche porque la alarma contra incendios, que se disparaba sin motivo, había despertado a toda la casa. Pero era inevitable que su estilo de vida, sus hábitos y costumbres a menudo estuvieran reñidos con los nuestros. En ocasiones su presencia se hacía notar de una forma más tangible que meros ruidos y golpes por la noche. Alrededor de una vez al año, alguno se dejaba abierto el grifo de la bañera, que estaba justo encima de nuestra cocina. La última vez que sucedió, entré en casa a la hora de comer, cuando solo faltaban quince minutos para que llegaran unos primos de Stephen venidos de Nueva Zelanda. Oí caer chorros de agua al girar la llave en la cerradura y olí a humedad cuando crucé el recibidor camino de la cocina. El suelo ya estaba cubierto de agua y en los mejores platos y ensaladeras, que había dejado preparados en la encimera, se formaban charcos sucios. El queso, los tomates, la lechuga y el pan flotaban en tibias lagunas grises mientras el agua caía a raudales del techo y se escurría por la lámpara...

Pero aquellos inconvenientes aún no habían llegado a nuestro conocimiento cuando, en septiembre de 1975, mi madre y yo vaciamos la casa del número 6 de Little Saint Mary's Lane antes de cederla al college y organicé la mudanza al número 5 de West Road. Después de California, nuestras circunstancias cambiaron de forma espectacular. Habíamos regresado a Inglaterra para ocupar una vivienda que más parecía una mansión señorial o una residencia real y Stephen tenía asegurada su primera plaza oficial en la universidad, una adjuntía, porque durante nuestra ausencia había corrido por Cambridge el rumor de que estábamos considerando la posibilidad de quedarnos en California para siempre. De inmediato el refrán bíblico de que nadie es profeta en su tierra demostró su validez y se materializó la adjuntía, sustituida más adelante por una cátedra. Lejos de querer que Stephen se marchara, como un catedrático había predicho en una ocasión, la universidad esperaba con impaciencia su regreso.

La plaza de profesor adjunto trajo consigo los imprescindibles servicios de una

secretaria, Judy Fella, quien inyectó una nueva vitalidad y un desacostumbrado *glamour* a los grises dominios del Departamento de Matemáticas Aplicadas y Física Teórica. Judy trabajó para Stephen durante muchos años con una lealtad y eficiencia incansables. Le mecanografiaba los artículos, con sus jeroglíficos, se encargaba de la correspondencia, de los congresos y de los viajes y le solicitaba los visados, todo lo cual representaba una ocupación a tiempo completo porque, ahora que era famoso, Stephen estaba muy solicitado.

Estados Unidos no era el único lugar donde se veneraba el éxito. De una forma más discreta, disfrazada de tímido respeto, la misma actitud dominaba en Gran Bretaña. Temiendo quedarse atrás en la lucha por reconocer a la estrella de la ciencia que brillaba en su firmamento, las instituciones científicas competían por conceder a Stephen sus medallas más prestigiosas. En numerosas ocasiones durante los años siguientes, mis padres llegaban a Cambridge a tiempo de ir a buscar a los niños a sus respectivas escuelas mientras yo recogía a Stephen en el departamento, lo subía al coche junto con la silla de ruedas y ponía rumbo a un hotel elegante de Londres —el Savoy, el Dorchester o el Grosvenor—, donde iba a celebrarse la cena de entrega del galardón. A veces nos proporcionaban alojamiento para la noche, lo cual aligeraba mi carga, dado que, además de esposa fiel, era chófer, enfermera, ayuda de cámara, camarera e intérprete, todo a la vez. Una vez superados los obstáculos que se interponían entre nuestra vida habitual de Cambridge y el ostentoso ambiente social de Londres, aparecíamos, siempre tarde, vestidos de gala —incluida la pajarita anudada a mano que Stephen siempre insistía en llevar—, en un rutilante salón de baile o comedor, donde nos recibía una multitud de miembros de la intelectualidad científica y la aristocracia, así como dignatarios varios. Todos se mostraban encantadores y muchas veces sus esposas eran amables, pero a mí me parecían muy viejos, más que mis padres: no eran la clase de personas con las que era probable que me encontrara en la calle o a la entrada de la escuela, donde estaban mis verdaderos amigos.

El *glamour* postizo de aquellas ceremonias me resultaba a la vez divertido e irritante. Aunque me lo pasaba bien, no podía por menos de pensar en lo que me esperaba. No habría ningún cochero que nos llevara a casa pasada la medianoche y me ayudara a acostar a Stephen, y al día siguiente retomaríamos nuestra vida normal. Vestiría a Stephen, le daría el desayuno, las pastillas y el té, y después limpiaría la casa y pondría dos o tres lavadoras antes de pelar las cebollas y las patatas para la comida. Además, las medallas no duraban mucho tiempo en casa. Como habíamos sido víctimas de algún que otro robo oportunista —bolsos del recibidor, bicicletas del porche—, al cabo de un par de días teníamos que llevarlas a la cámara acorazada del banco y rara vez volvíamos a verlas.

### 3

## Un tesoro enterrado

La realidad de la vida cotidiana siempre comenzaba la noche anterior, cuando, después de dar la medicación a Stephen y acostarlo, dejaba preparado el desayuno de los niños. Por fin, el entusiasmo de Robert por levantarse temprano halló su verdadero propósito, porque se podía confiar en que desayunara solo y además vigilara a Lucy. Por la mañana yo levantaba a Stephen, lo vestía y le daba una taza de té con las vitaminas matutinas antes de llevar a Lucy a la escuela en bicicleta. Al regresar a casa, por lo general cargada con bolsas de la compra, daba el desayuno a Stephen y atendía sus necesidades personales antes de que se fuera a trabajar. Tras la libertad de que había gozado en California, no estaba dispuesto a tolerar las frustraciones de una silla de ruedas manual, de modo que solicitó al Departamento de Salud una eléctrica, el modelo más rápido, ya que, según rezaba la publicidad, aquellos aparatos se concedían de forma gratuita. Sin embargo, la realidad no se correspondía con la promesa del anuncio. La fuerza de la considerable perseverancia y tenacidad de Stephen no bastó para convencer a los grises funcionarios de aquel departamento de que tramitaran la solicitud, pues temían sentar un precedente que abriera la puerta a solicitantes similares. Le dijeron que podía pedir el coche de tres ruedas impulsado por baterías que él ya no tenía fuerza para conducir, o incluso una silla de ruedas eléctrica, pero solo el modelo lento, concebido para utilizarlo en interiores, como la silla adquirida por una organización filantrópica que tenía en el instituto. Malgastamos horas defendiendo la necesidad de una silla más rápida, pero fue en vano. Para eso valía el Estado del bienestar. Había contribuido tan poco a nuestro bienestar que de hecho parecía que su propósito fuera impedir que los discapacitados rindieran al máximo y, por tanto, contribuyeran al fisco. Por lo visto, una receta para adquirir vitaminas era lo mejor que podía ofrecer, junto con solo un mínimo apoyo físico, práctico, moral o económico.

Empezamos a depender aún más de parientes, alumnos y amigos en la batalla diaria por seguir adelante como familia. Stephen acabó adquiriendo la silla de ruedas que quería —con fondos de una organización filantrópica, no por mediación del Servicio Nacional de Salud— y, acompañado discretamente por un estudiante, iba en ella al trabajo todas las mañanas. Tomaba el camino que atravesaba King's College, donde crecían acónitos y campanillas en invierno y narcisos en primavera, cruzaba el río por el puente curvo y salía del college por una puerta lateral para llegar a su despacho del departamento, en la otra acera de Silver Street. Por fin disfrutaba del derecho humano básico de desplazarse libremente, cómo, cuándo y adónde quería, pero no gracias a una prestación o un subsidio del gobierno, sino a su esforzado trabajo y a su éxito en física.

El transporte de los niños representaba otro problema. Yo llevaba a Lucy a la

escuela en bicicleta todas las mañanas, pero el colegio de Robert quedaba a cierta distancia. Gracias a John Stark, que vivía en Cambridge desde hacía solo unos años, Robert llegaba puntual a clase. Jean y John Stark se habían trasladado con sus dos hijos de Londres a Cambridge a principios de los años setenta, cuando él ocupó una plaza de neumólogo en el hospital de Addenbrooke; se habían instalado en la casa que Fred Hoyle se había construido hacía una década. John tenía la amabilidad de pasar a recoger a Robert camino del trabajo y lo dejaba, junto con su hijo Dan, en la escuela Perse. Yo devolvía el favor a los Stark yendo a buscar a los niños por la tarde y llevando a Dan a casa. De vez en cuando me quedaba a charlar con Jean mientras ellos jugaban. Graduada en la Escuela de Economía de Londres, Jean consideraba limitadoras y deprimentes las actitudes machistas que imperaban en Cambridge y el dominio que la universidad ejercía en todas las facetas de la vida. Compartíamos nuestra frustración ante un sistema que nos había formado hasta los veintiuno o veintidós años para competir con los hombres y, de la noche a la mañana, nos había convertido en ciudadanas de segunda. No nos arrepentíamos ni por un momento de haber asumido los papeles de esposa y madre, pero sí nos molestaba el escaso valor que la sociedad, en especial la de Cambridge, concedía a esos papeles fundamentales.

Fue Jean quien insistió en que retomara la tesis, aunque a mí me parecía una insensatez plantearme siquiera una empresa tan inviable. Había sido una presencia en mi vida —unas veces grata; otras, tremendamente molesta— durante casi diez años. Solo había completado una tercera parte del proyecto, si bien había acumulado una gran cantidad de material, y no imaginaba que pudiera terminarla. El único rato libre de que disponía era el intervalo entre la marcha de Stephen a mediodía y las rápidas compras que realizaba a primera hora de la tarde antes de ir a recoger a Lucy en la escuela, a las tres y cuarto: dos horas y media a lo sumo. De todas formas, gracias a la insistencia de Jean —y al extraordinario ejemplo de Henry Button, un exfuncionario compañero de mi padre, quien había comenzado su tesis sobre los *Minnesänger* germanos en 1934 y la había concluido cuarenta años después, al jubilarse—, la idea empezó a parecerme menos absurda.

Como las tres áreas y períodos de mi investigación estaban definidos con claridad, retomarla fue menos difícil de lo que temía. Ya había documentado mis ideas sobre los primeros poemas líricos, las jarchas mozárabes, de modo que podía centrarme en la segunda área de florecimiento lírico medieval: Galicia, en el extremo noroeste de la península Ibérica. En esa zona la lengua se parecía más al portugués que al castellano y la ciudad de Santiago de Compostela había adquirido fama internacional y prosperidad comercial gracias al sepulcro de Santiago, cuyo ataúd, según una leyenda local, había llegado a la costa gallega arrastrado por el mar en el año 824. En el siglo XIII, las canciones de los trovadores gallegos habían sustituido a la poesía provenzal, ya en declive, como divertimento favorito de la corte castellana, y su composición se convirtió en otra más de las ambiciosas empresas de aquel rey extraordinario, Alfonso X el Sabio. Entre la gran cantidad y diversidad de

composiciones, destaca un extenso grupo, las cantigas de amigo, que son canciones de amor en boca de mujeres y que comparten muchos temas y características con las jarchas: a menudo los amantes se ven al amanecer; la muchacha se confía a una figura materna o a sus hermanas; muchas veces el amado está ausente. También presentan elementos populares en el estilo y el lenguaje, que recuerdan a formas tradicionales anteriores. En las pocas horas de que disponía, mi labor consistía en detectar los elementos tradicionales de las quinientas doce cantigas de amigo, evaluar cualquier rasgo estilístico y lingüístico destacado que compartieran con las jarchas, comparar el lenguaje de ambas con el de precedentes clásicos cultos o bíblicos y situarlas en un contexto europeo más amplio.

Muchos de los poemas transmitían una desolación y una melancolía que los diferenciaba de las jarchas y su alegre inmediatez. En las cantigas de amigo, los obstáculos para el amor verdadero son la veleidad, la infidelidad y el rechazo, así como las realidades prácticas de la guerra o las convenciones sociales, y se expresan utilizando como símbolo los árboles, las aves y las fuentes. Al contemplar el desierto en que se ha convertido su vida, la desdichada muchacha recuerda al amado negligente cómo en el pasado las aves cantaban su amor. Lo acusa de destruir con su crueldad el paisaje del amor de ambos. El estribillo, *leda m' and' eu*, refleja el anhelo de la felicidad que ha perdido.

*Vós lhi tolhestes os ramos en que siian  
e lhi secastes as fontes en que beviañ;  
leda m' and' eu.*

*Tú les quitaste los ramos en que se posaban  
y les secaste las fuentes en que bebían;  
alegre ando yo.*

Aunque retomar la tesis me levantó la moral desde el punto de vista intelectual, se trataba de un trabajo solitario: sentada a una mesa de la biblioteca, rodeada de volúmenes amarillentos, intentaba evaluar la importancia relativa de cada una de las numerosas influencias que habían contribuido a la composición de aquellos poemas. La postura de Stephen con respecto a los estudios medievales no se había moderado con los años. En su opinión, seguían siendo tan inútiles como recoger guijarros en la playa. Se había disuelto el seminario medieval, que había sido para mí fuente de estímulo y entusiasmo; mis lazos con el Departamento de Español de Cambridge jamás habían sido tan tenues y, aunque mi madre, siempre fiel, seguía ocupándose de los niños todos los viernes por la tarde, me sentía desconectada de los seminarios de Londres.

Las lastimeras voces de las cantigas llenaban mi mundo interior y me

acompañaban en mis solitarias actividades. Estaban conmigo cuando realizaba las tareas domésticas; me ocupaban el pensamiento mientras daba a Stephen sus interminables comidas —cucharada a cucharada, bocado a bocado, los alimentos cortados en pedacitos—; y en cuanto tenía un momento, por breve que fuera, corría a mi mesa junto a la ventana salediza para escribir unas cuantas notas, unas cuantas ideas, unas cuantas referencias. No obstante, estudiar, comentar y analizar aquellas canciones no me bastaba. Deseaba fervientemente expresar aquellas emociones con mi propia voz, a través del canto, de canciones de cualquier época. Después de haberme iniciado en la música vocal en California, anhelaba aprender a cantar bien. La técnica vocal era portátil, a diferencia del piano, y podía practicarse a cualquier hora y en cualquier parte, incluso delante del fregadero.

Aunque el desdén de Stephen por los estudios medievales era implacable y su devoción por la gran ópera, sobre todo Wagner, no había menguado, alentó mi nueva afición. Solo una vez a la semana, él y un alumno llegaban a casa antes de lo habitual para ocuparse de los niños a fin de que yo pudiera ausentarme durante una hora y asistir a las clases de técnica vocal que impartía un distinguido barítono, Nigel Wickens, profesor de canto e intérprete. Su figura, alta y erguida, imponía incluso más que su cabeza en forma de huevo, y cuando lo conocí me intimidó bastante, sobre todo por la exagerada exactitud de su dicción. No obstante, aquel era solo uno de los rasgos de su carácter expansivo. Versado en las artes interpretativas, tan pronto tenía a toda la clase muda de asombro como conseguía que estallara en incontenibles carcajadas. Verdadero mago de la música, Nigel abría su caja de trucos todas las semanas y sacaba un tesoro de relucientes piedras preciosas que presentaban todos los matices y colores del espectro emocional y resumían el rico legado de una serie de genios musicales: Schubert, Schumann, Brahms, Fauré, Mozart...; genios cuyas canciones calaban hondo, llegaban al alma, expresaban esperanzas y temores, tristeza y una sensación de tragedia que las palabras por sí solas no lograban transmitir. En ocasiones la tristeza de las canciones y el vago sentimiento de anhelo que despertaban en mí eran tan dolorosos que apenas era capaz de soportarlos. Después de un par de clases, supe que quería aprender a cantar bien, entrenar la voz otra vez desde el principio y crear mi propio instrumento.

## 4

### Un juego de mesa

Bien adaptado al nuevo entorno y seguro de su trabajo en la universidad, Stephen estaba cambiando de rumbo en la física. Daba la espalda a las leyes macrocósmicas de la relatividad general para sumergirse cada vez más en la mecánica cuántica: las leyes que operan en el plano microcósmico de la partícula elemental, la física de los cuantos, los componentes básicos de la materia. Aquel cambio, consecuencia tanto de su investigación de los agujeros negros como de sus contactos con físicos de partículas en California, lo llevaba hacia otra búsqueda: la de una teoría de la gravedad cuántica que él esperaba que conciliara las leyes de la relatividad general de Einstein con la física de la mecánica cuántica. Einstein había recelado profundamente de la teoría de la mecánica cuántica, desarrollada por Werner Heisenberg y Niels Bohr en los años veinte. Desconfiaba de los elementos de incertidumbre y azar implícitos en aquel decisivo avance científico porque socavaban su convicción en el orden perfecto del universo. Manifestó su desagrado a Niels Bohr de forma contundente diciéndole que «Dios no juega a los dados con el universo».

Los orígenes del universo habían cautivado mi imaginación durante toda mi vida de casada y también antes. Mi madre solía señalarme las constelaciones, brillantes en el limpio y claro cielo de Norfolk, cuando Chris y yo éramos pequeños. En los años setenta, la iluminación terrestre aún era lo bastante débil para que Robert, Lucy y yo contempláramos el firmamento y nos maravilláramos de la belleza de las remotas estrellas que relucían como lentejuelas en la oscuridad. Hacíamos conjeturas sobre distancias inconmensurables y períodos de tiempo incomprensibles y admirábamos al genio, su padre y mi marido, que sabía transformar aquel espacio infinito en ecuaciones matemáticas y después llevar estas en la cabeza, como si, según Werner Israel, estuviera componiendo toda una sinfonía de Mozart en la mente. Aquellas ecuaciones contenían la clave de muchas preguntas sobre nuestros orígenes y nuestra posición en el universo, entre ellas la importantísima pregunta acerca de nuestro papel como los minúsculos habitantes de un planeta insignificante que gira alrededor de una estrella normal y corriente en los confines de una galaxia cualquiera. Aquellas preguntas me fascinaban, aunque mis conocimientos de física y matemáticas eran muy básicos. En cambio, las colisiones de partículas invisibles, en especial cuando dichas partículas no solo eran invisibles sino también imaginarias, no avivaban mi interés con la misma pasión que el extraordinario viaje mental a través de miles de millones de años luz hasta el principio del espacio y el tiempo. Y debo confesar que tampoco me atraían los científicos con los que Stephen había empezado a relacionarse. En general, los físicos de partículas eran una pandilla fría y obsesiva de cerebritos poco interesados en las relaciones sociales y muy interesados en su propia reputación científica. Eran muchísimo más competitivos que los simpáticos y

tranquilos relativistas con los que nos habíamos tratado en el pasado. Asistían a congresos y acudían a los actos sociales organizados en su honor pero, aparte de unos cuantos rusos de jovialidad desbordante, su personalidad apenas dejaba huella. En aquel paisaje gris, era un placer ver de vez en cuando la cara de aquellos viejos amigos cultos, elocuentes y encantadores de la época relativista: los Israel, los Hartle, Kip Thorne, George Ellis, los Carter y los Bardeen.

Al menos el físico cuántico más famoso de todos ellos sí dejó huella, pese a que sin duda era un hombre taciturno. Paul Dirac, físico de Cambridge, quien en la década de los veinte había conciliado la mecánica cuántica con la teoría de la relatividad especial de Einstein y en 1933 había ganado el Premio Nobel, era una figura legendaria en el mundo de la física. Stephen y Brandon se consideraban los nietos científicos de Dirac porque este había sido el director de tesis de Dennis Sciama, quien a su vez les había dirigido las suyas. Yo había conocido a Dirac y a su esposa, Margit Wigner, hermana de un distinguido físico húngaro, en 1971, en Trieste. De él contaban que, cuando presentó a Margit a un colega poco después de casarse con ella, no dijo «Esta es mi mujer», sino «Esta es la hermana de Wigner».

Los Dirac nos visitaron una tarde en Cambridge. Margit se parecía a Thelma Thatcher en el porte aristocrático. No obstante, aquella mujer de larga cabellera castaño rojizo poseía una personalidad aún más desbordante si cabe, era espontánea y tenía una facilidad natural para la conversación que contrastaba de forma llamativa con el silencio de su marido. Mientras merendábamos sentados en el césped, habló de los viajes que habían realizado, de su familia y su hogar en Florida, elogió a los niños y charló con ellos libre y abiertamente. Paul Dirac la escuchaba y observaba. Margit hablaba con frecuencia en nombre de su marido, de igual forma que a menudo yo me descubría actuando como portavoz de Stephen, en especial cuando la conversación no versaba sobre física. Stephen y Paul Dirac se parecían en que ambos eran hombres de pocas palabras y preferían poner sus observaciones, siempre bien meditadas, al servicio de la física o utilizarlas para encauzar discusiones que se apartaban del tema.

En casa las tareas se aligeraron cuando un nuevo alumno de doctorado de Stephen, Alan Lapedes, de Princeton, accedió a instalarse en el cuarto de invitados y, al igual que Bernard en California, a colaborar en las tareas más pesadas, en especial, levantar a Stephen. Reservado e independiente, Alan ayudaba sin quejarse, pero yo procuraba no aprovecharme de su buena disposición, dado que, junto con otros colegas, también cuidaba de Stephen en el departamento todos los días.

De hecho, los problemas que planteaba el bienestar físico de Stephen ya eran considerables, porque, como de costumbre, rechazaba las medidas que podían aliviar los efectos de la enfermedad y a menudo nos obligaba a quedarnos en casa los sábados y domingos. Entre semana, su negativa era motivo de inquietud y frustración constantes, pese a los esfuerzos de Sue Smith, la última ayudante de Constance Willis. Sue intentaba que hiciera ejercicio con mayor regularidad y lo levantaba para que anduviera por el pasillo apoyado en dos personas. Por mucho que la mujer, que

poseía un contagioso sentido del humor nortño, divirtiera a Stephen contándole los últimos chismorreos con un estilo muy ameno, jamás lograba convencerlo de que dedicara a los ejercicios más de las dos horas que duraban las sesiones semanales de fisioterapia. «¿Verdad que los hará, aunque solo sea por mí?», le suplicaba, pero él se limitaba a obsequiarla con una de sus sonrisas de esfinge más seductoras.

Lo cierto era que Stephen, al pasar sentado todas las horas del día, tenía las extremidades muy afectadas por la enfermedad y la falta de ejercicio. Para los profanos, las ventajas mecánicas de la silla de ruedas eléctrica, con la independencia que proporcionaba, ocultaban el alcance del deterioro causado por la enfermedad de la motoneurona, puesto que se desplazaba con bastante libertad y cruzaba deprisa el río para ir de casa al departamento. No obstante, cualquier obstáculo que se interpusiera en el camino de aquel vehículo revolucionario requería la ayuda no de un hombre sano, sino de dos o tres para subir los ciento veinte kilos a un escalón alto o por un tramo de escalera. Cuando salíamos a cenar juntos, si tropezábamos con un solo escalón nos veíamos en un aprieto.

Sorprendentemente, a diferencia de mí, Stephen no solía contraer las numerosas enfermedades leves que los niños traían de la escuela. Tenía buen apetito y una constitución robusta, y se enorgullecía de no faltar ni un solo día al trabajo. Sin embargo, la gente de fuera ignoraba hasta qué punto se le había demacrado el cuerpo y en general no presenciaban los horribles ataques de asfixia que le sobrevenían a la hora de la cena y duraban hasta bien entrada la noche; yo lo abrazaba como a un niño asustado hasta que dejaba de resollar y su respiración adquiría el ritmo sosegado del sueño. Tratamos de evitar aquellos ataques probando distintas dietas: primero eliminamos el azúcar, después los productos lácteos y por último el gluten, la pegajosa proteína de la harina que aporta esponjosidad al pan y a la repostería. Se sospechaba que todos esos alimentos irritaban la hipersensible mucosa de la garganta. Aunque los niños y yo seguimos comiendo pan y repostería, y cocinar sin azúcar no representaba ninguna dificultad, el reto de prescindir del gluten en la década de los setenta, mucho antes de que los productos «sin gluten» llegaran a los supermercados, me obligó a realizar algunos cambios importantes porque en aquella época la harina sin gluten era una pesadilla culinaria. Aun así, aquella dificultad era infinitamente preferible a los terribles ataques de asfixia que amenazaban la vida de Stephen.

Cuando pensábamos que ya habíamos escapado a los peores males del invierno, la primavera de 1976 nos tenía reservada una serie de crueles tretas que la convirtieron en algo parecido al juego de mesa de serpientes y escaleras. El 20 de marzo, nos mordió la primera pequeña serpiente del tablero cuando Lucy contrajo la varicela. Desde luego, esta enfermedad común aunque molesta es mejor pasarla en la primera infancia que a los veinte años, como yo sabía por mi experiencia de Valencia durante la época estudiantil. El lunes siguiente, 22 de marzo, la pobre Lucy, cubierta de ronchas rojas, lloraba para que le prestara toda la atención que pudiera darle noche y día. En lo que respectaba a la varicela, éramos como cualquier otra familia con

hijos pequeños, pero las similitudes acababan ahí. Fue una suerte que Lucy se recuperara con rapidez en el transcurso de aquella semana, porque la siguiente tirada de dados nos obligaría a descender por una serpiente mucho más empinada.

El sábado por la mañana de aquella semana, nos despertamos todos con dolor de garganta, y al día siguiente quedó claro que tanto Alan como Stephen estaban enfermos. Además de inflamación de garganta, tenían fiebre alta. Con una desconfianza innata hacia la profesión médica, resentido todavía por el lamentable trato que había recibido en 1963, cuando le diagnosticaron la enfermedad, y con tanta fobia a los hospitales como yo a los aviones, Stephen me prohibió llamar al médico pese a que no podía comer ni beber y tosía cada vez que respiraba. Al día siguiente, desesperada, llamé a la médico de guardia, pero Stephen rechazó furioso, negando con la cabeza, todas las medicaciones para aliviar los síntomas que le aconsejó, tales como jarabes o cualquier otro antitusígeno, porque tenía la teoría de que aquellos fármacos, al inhibir los reflejos naturales, podían ser más peligrosos que la propia tos. De hecho, se había convertido en su propio médico y estaba convencido de que sabía más acerca de su enfermedad que cualquier facultativo. Su madre, que había venido a tomar el té el domingo por la tarde, se quedó a dormir, y entre las dos lo atendimos durante una noche muy angustiada. El lunes, el día de mi cumpleaños, aunque estaba muy enfermo, pálido, demacrado y afectado por los ataques de asfixia, Stephen siguió prohibiéndome que pidiera ayuda, hasta que, ya tarde, como una gran concesión hacia mí por ser mi cumpleaños, me dejó avisar al médico. El doctor Swan reaccionó con resuelto pragmatismo cuando por fin, a las siete y media de la tarde, tuvo permiso para poner los pies en casa: pidió una ambulancia de inmediato y aseguró a Stephen que saldría del hospital al cabo de un par de días.

Sin duda fue providencial que, en el funesto momento en que llegamos al servicio de admisiones —cuando Stephen pensaba que iban a encerrarlo en una celda para condenados a muerte y yo, impotente y angustiada por la incertidumbre, le acariciaba los brazos—, oyéramos una voz conocida, segura y autoritaria, que salía del despacho del médico. Pertenecía a John Stark, el neumólogo que llevaba a Robert a la escuela cada día. Stephen no podía sino respetarlo como amigo, opinara lo que opinase de los médicos en general, y yo me alegré muchísimo de encontrar al mando a una persona que se haría cargo de la situación sin exigir largas explicaciones; una persona con los conocimientos médicos necesarios para exonerarme de la insoportable responsabilidad de cuidar sin ayuda de un paciente muy enfermo. De todas formas, como Stephen estaba indefenso porque solo podía comunicarse con unas pocas personas, y además le aterraba que le dieran medicamentos o alimentos que pudieran perjudicarlo, me quedé a la cabecera de su cama durante toda la noche. Al día siguiente experimentó una ligera mejoría de la infección pulmonar aguda que le habían diagnosticado y empezó a ascender poco a poco por la escalera de la recuperación. Al cabo de dos días estaba mucho más animado y parecía lo bastante repuesto para volver a casa.

Entretanto, la vida doméstica había recuperado cierta apariencia de normalidad. Mis padres habían acudido para ocuparse de los niños, Lucy volvía a ir a la escuela y Robert estaba de excursión en Nueva York con el colegio. Cuando el primero de abril Alan y yo fuimos a buscar a Stephen al hospital, abrigábamos la insensata esperanza de que todo se normalizara enseguida. Apenas llegamos a casa, llenos de ilusión, Stephen sufrió un violento ataque de asfixia y casi de inmediato su estado volvió a ser alarmante. No se podía hacer nada para aliviarle el sufrimiento, pese a los consejos de los especialistas. Se ahogaba en cualquier postura que adoptara, ya estuviera sentado o tendido. No podía comer ni beber y estaba demasiado débil para recibir fisioterapia. Mi madre, Bernard Carr, Alan y yo establecimos turnos. Uno o dos pasábamos el día y la noche con él mientras los otros dormían. No había duda de que la situación era extremadamente crítica. No hacía falta que los médicos me dijeran que debía prepararme para lo peor.

Mientras que la medicina había admitido la derrota, el interés de nuestros amigos nos infundió unas fuerzas inesperadas para volver a abrigar esperanzas. John Sturdy, decano de Caius, y su esposa, Jill, acudieron una tarde, callada y discretamente, para ofrecernos apoyo con sus oraciones. Con una lealtad inquebrantable, los alumnos y colegas de Stephen lo visitaron con regularidad y ayudaron a cuidarlo, a menudo durante la noche. Stephen mejoró de forma paulatina. Seguía muy delicado y aún era propenso a los ataques de asfixia, hasta que el domingo 4 de abril no tuvo ninguno en todo el día y consiguió ingerir un poco de comida triturada. Pero aquella noche volvió a empeorar y al día siguiente retrocedimos a la casilla de salida. Por la mañana Robert despertó con fiebre alta y cubierto de ronchas de varicela, y durante el día comenzó a delirar.

Mis padres habían regresado a casa cuando Stephen empezó a dar señales de recuperación, ya que mi padre estaba a punto de ingresar en el hospital de Saint Albans para someterse a una operación. En su ausencia, tuve que recurrir a mis buenos amigos para que me echaran una mano con los niños, sobre todo a Joy Cadbury, quien desde hacía varios años se mantenía en un discreto segundo plano, siempre dispuesta a ayudarnos con suma sensibilidad cuando surgía la necesidad. En 1973, cuando Stephen y yo nos fuimos a Rusia, Robert se había quedado con los Cadbury, y tanto él como Lucy se sentían muy a gusto con sus hijos, Thomas y Lucy Grace. Habían pasado un par de noches en casa de los Cadbury cuando Stephen estuvo en la unidad de cuidados intensivos y yo me quedé con él. La generosidad con que Joy se ofreció a cuidar de Robert, cubierto de ampollas rojas como estaba, iba más allá de lo que exige la amistad, dado que era inevitable que sus dos hijos desarrollaran la varicela en las tres semanas siguientes. No tuve más remedio que dejarle a Robert porque la situación me desbordaba y mis recursos eran tan escasos que apenas podía asimilar lo que nos estaba ocurriendo.

Robert se restableció enseguida gracias a los tiernos cuidados de Joy, cuyos hijos, por supuesto, sucumbieron a la enfermedad. Mi padre superó la operación y, cuando

al día siguiente conseguí arañar unas horas para realizar una visita relámpago a Saint Albans, me alegró encontrarlo paseando por el pabellón. La recuperación de Stephen fue más lenta y menos previsible, sobre todo porque se negaba a tomar la penicilina que le habían recetado. Pasaba las horas sentado en silencio, con la cabeza apoyada en la mano, en la misma postura melancólica que había adoptado en los años sesenta. No hablaba, se ahogaba con frecuencia y comía y bebía poco y con mucho cuidado. No estaba lo bastante fuerte para salir, de modo que el departamento acudió a casa para realizar los seminarios en nuestro salón. Por fin, durante el fin de semana de Pascua, mostró las primeras señales de mejoría. Solo entonces empezamos a dormir bien por las noches y yo pude bajar un poco la guardia. Los niños regresaron a casa con la ilusión de aprovechar al máximo la semana de vacaciones escolares.

Stephen tenía otros planes. El lunes de Pascua, aún convaleciente, reunió a sus alumnos, requisó el coche y se marchó a un congreso de cinco días en Oxford. Mientras los veía partir desde la puerta, sin terminar de creer que pudiera ser tan imprudente, me invadió el imperioso deseo de escapar... lo más lejos posible. Dennis y Lydia Sciana, que se quedaron horrorizados con la temeridad de Stephen, me recomendaron un hotel de Saint Ives, en Cornualles. Confusa y abatida, sin apenas saber adónde íbamos ni por qué, impulsada por un delirante deseo de alejarme de Cambridge, volé a Londres con los niños y en Paddington cogimos un tren rumbo al suroeste del país. Nos llevó rápidamente al sur. Al dejar atrás Exeter, redujo la velocidad y avanzó a paso de tortuga por sinuosas vías secundarias. Ajena al lento transcurrir del tiempo, a los juegos de los niños, sus risas y parloteos, yo miraba por la ventanilla con aire ausente, la vista fija en los campos de Cornualles, salpicados de primulas, sin verlos en realidad, sumida en un estado de estupor debido al agotamiento y el desánimo.

## Bosque celta

Era evidente: vivíamos al borde de un precipicio. Sin embargo, aun en el borde de un precipicio es posible echar raíces que atraviesen la tierra y la roca; raíces que se introduzcan incluso en los suelos más pobres hasta crear un sostén lo bastante seguro para que las ramas, por raquílicas que sean, produzcan hojas, flores y frutos. A finales de abril, cuando todos regresamos a casa —nosotros de Cornualles y Stephen de Oxford—, los niños volvieron a la escuela como si la pesadilla de las vacaciones de Pascua no hubiera ocurrido.

En verano llegó un equipo de televisión de la BBC para rodar una película sobre Stephen, que formaría parte de un documental de dos horas acerca de los orígenes del universo. Dio la casualidad de que la productora, Vivienne King, había estudiado en Westfield cuando yo. Aunque había cursado matemáticas, no quería centrar la filmación en el plano estrictamente científico, sino presentar a Stephen de una forma sensible, como una figura completa sobre el telón de fondo de la vida familiar. Esa imagen me atrajo, pues temía que un enfoque puramente científico lo mostrara como un personaje siniestro, parecido al malévolo doctor Strangelove, también con silla de ruedas, de la película de Stanley Kubrick *¿Teléfono rojo? Volamos hacia Moscú*. El producto final, el primero y el mejor de su clase, contenía los elementos de un idilio poético..., aunque en un contexto científico. Como es lógico, Stephen aparecía trabajando en el departamento, relacionándose con sus alumnos, dando seminarios, exponiendo sus últimas teorías. También lo entrevistaron en casa, con los dos niños jugando al fondo entre las flores del jardín bajo el sol estival.

Esa era sin duda la imagen de autosuficiencia a la que seguíamos aspirando, pese a que comenzaba a resultar más difícil sustentar dicha imagen y la dulce ilusión del éxito. Alan Lapedes regresó tan exhausto del congreso de Oxford después de Pascua que tuvo que marcharse durante un par de semanas para recuperarse. Al fin y al cabo, también él había sufrido una infección pulmonar, pero nadie había prestado la menor atención a su estado de salud porque se había requerido su ayuda para cuidar de Stephen.

Las valerosas tentativas de Stephen de parecer sano y en buena forma puede que le resultaran útiles en el departamento, pero en casa mostraba un desánimo preocupante y su estado físico se debilitaba de forma peligrosa. Solo hablaba para expresar demandas y, apenas se había satisfecho una necesidad o cumplido una orden, planteaba otra, lo cual me llevaba al límite de mis fuerzas. Necesitábamos ayuda más que nunca, pero esta no llegaba pese a las peticiones coordinadas de nuestros médicos al Servicio Nacional de Salud. De todas formas, Stephen seguía negándose en redondo a aceptar asistencia externa. Mi médico solicitó a las autoridades locales atención domiciliaria para las tareas domésticas, ya que el

sobrante de nuestros ingresos se gastaba en la creciente matrícula escolar de Robert y no daba para pagar a una asistenta cada día. Sin embargo, la prestación no se aprobó porque a la trabajadora social que acudió a evaluarlos le bastó un solo vistazo a nuestro entorno para considerar que no reuníamos los requisitos. Fue solo una más en la larga lista de personas que no lograron distinguir entre la dorada ilusión que luchábamos por mantener y la brutal realidad que constituía el verdadero núcleo de nuestra situación.

Cuando por fin llegó la ayuda, adoptó una forma que, por su inocencia, resultaba tan preciosa que, si bien alivió la tensión física, centuplicó mi sentimiento de culpa por ser incapaz de arreglármelas sola. Robert, a sus casi nueve años, salió de la infancia y empezó a llevar de un lado a otro a su padre, a levantarlo, darle de comer y lavarlo, e incluso a llevarlo al baño, cuando yo estaba abrumada por el peso de otras tareas o demasiado exhausta para reaccionar. En la pragmática filosofía de la supervivencia de Stephen, los brazos y las piernas de Robert eran tan buenos sustitutos de los propios como cualesquiera otros, y desde luego constituía una solución mejor que tener una enfermera en casa, aunque fuera temporalmente. Pero a mí me preocupaba sobremanera que la niñez de Robert, ese período irrepetible de libertad, llegara a su fin de forma tan abrupta.

Necesitaba urgentemente ayuda y muchas veces me preguntaba dónde podría encontrarla, pero casi nunca se me ocurría nada. Desesperada, me dirigí a los padres de Stephen, las únicas personas a quienes podía acudir. Los míos habían arrimado el hombro durante todo nuestro matrimonio y eran unos abuelos maravillosos, pero poco podían hacer en aquella situación extrema en que con frecuencia se requería la intervención médica, y tampoco me parecía justo pedirles más. El padre de Stephen había prometido ayudar en todo lo posible durante el período de euforia que precedió a nuestra boda, en 1965. De hecho Frank Hawking nos había pintado el cuarto de baño cuando nos mudamos a Little Saint Mary's Lane; él e Isobel habían costado mi estancia en la maternidad cuando nació Robert y pagado a una asistenta para que fuera a limpiar nuestra casa una vez a la semana mientras mi hijo era un bebé. Nos habían dado una suma de dinero considerable para ayudarnos a comprar la vivienda y habían tenido la generosidad de regalarnos un par de antigüedades de la familia para decorar el salón. Isobel había acudido a atender a Stephen cuando nacieron los niños y se había mostrado dispuesta a acompañarlo a congresos celebrados en todo el mundo cuando la corta edad de mis hijos y mi fobia a volar me habían impedido ir con él. En nuestro viaje anual a la casita de campo de Gales, ella y Frank no dudaban en colaborar en el cuidado de Stephen; Isobel, con su moderado buen humor, aplacaba a menudo la impaciencia de su marido, puesto que era obvio que a este le costaban un esfuerzo emocional y una autodisciplina considerables resignarse a las limitaciones que imponía la grave discapacidad de Stephen y la gran cantidad de tiempo que requerían.

Sin embargo, sus visitas a Cambridge eran siempre mucho más formales que las

de mis padres. Mamá y papá eran abuelos efusivos y apasionados, se implicaban en todos los aspectos de la vida de los niños y de la nuestra, mientras que los padres de Stephen se comportaban como invitados más que como parientes cercanos. Últimamente yo había empezado a percibir cierto distanciamiento en su actitud, como si la apariencia de normalidad que nos esforzábamos en mantener resultara tan convincente que ya no necesitáramos su colaboración. A nuestro regreso de Walberswick, les escribí una carta desesperada en la que les pedía que aportaran ideas y sus conocimientos médicos para contribuir a aligerar las abrumadoras dificultades que nos amenazaban.

Había muy pocas oportunidades de plantear esos asuntos en la casita de Gales debido a la característica renuencia de Hawking a hablar de temas de carácter personal. Isobel se esforzó animosamente en organizarnos excursiones interesantes evitando los chubascos de las tardes —una fiesta infantil a la que los niños acudieron con sus ositos de peluche, una visita al castillo de Goodrich, una búsqueda del trébol de cuatro hojas—; placenteras salidas familiares en las que no se mencionaron los problemas y las tensiones subyacentes. Una mañana se acercó a mí y, con un tono de desafío e inquietud, me dijo: «Si quieres hablar con papá, más vale que vayas a verlo ahora». Señaló a Frank, que estaba fuera, bajo una lluvia torrencial. Me puse el impermeable y lo acompañé bajo los árboles goteantes. Anduvimos por el camino sin pronunciar palabra, chapoteando en los arroyuelos que se precipitaban colina abajo para alimentar el río que discurría por el valle. Mis pensamientos y emociones giraban en un remolino tan caótico que me resultaba difícil darles un cauce coherente. Temía parecer desleal a Stephen, pero debía persuadir a su familia de que las cosas no iban bien, de que había que buscar —e imponer, si hacía falta— las medidas necesarias para aligerar aquella carga. Como mínimo, era imprescindible librar a Robert de las tareas que pesaban sobre él.

No logré ninguno de mis objetivos. El mínimo atisbo de descontento con nuestra situación se consideró de inmediato una muestra de deslealtad hacia Stephen y se descartó sin miramientos con la insinuación de que constituía un síntoma de mi propia incapacidad. Al menos Frank se ofreció a abordar la situación con Stephen, pero dudaba que sus palabras sirvieran de algo. En cualquier caso —afirmó—, no había ni que pensar en obligarlo a aceptar más ayuda. Se limitó a añadir que Stephen era muy valiente, que sacaba el coraje de su determinación y que él, Frank, estaba seguro de que su hijo hacía cuanto podía por su familia. Nos mantenía, teníamos dos niños preciosos y éramos muy afortunados por gozar de la posición que teníamos. Yo no cuestionaba la verdad de lo que él decía, y no cabía duda de que, en comparación con muchas familias con discapacitados, estábamos bien, pero la repetición de tales obviedades brindaba muy poco consuelo. Aquellas eran las «cosas buenas» que me había acostumbrado a agradecer durante muchos años. Sabía bien que la determinación de Stephen era su defensa frente a la enfermedad, pero no entendía por qué tenía que usarla como arma contra su familia.

No valía la pena discutir. Aunque robusto y sano como un roble, Frank era un anciano, diez años mayor que mi padre. Quizá fuera demasiado viejo para comprender cómo me sentía y para adaptarse a lo que le pedía. Pese a su sincera preocupación por Stephen, era evidente que le resultaba difícil ver lo que tenía ante los ojos.

Más tarde el cielo se despejó. Estaba sentada en la terraza pelando guisantes para la comida cuando Isobel llegó y se sentó a mi lado.

—Deduzco que ya has hablado con papá... —dijo mirándome de hito en hito.

—En realidad no —repuse.

Frunció los labios y, con el mismo tono de desafío que había empleado antes, declaró con furia:

—¿Ya sabes que papá jamás permitirá que Stephen acabe en una residencia?

Dicho lo cual se levantó, dio media vuelta y entró en casa. Su comentario me hirió en lo más hondo. Yo nunca había pensado siquiera en llevar a una residencia a Stephen, y menos aún planteado una idea tan absurda. Tan solo había pedido ayuda para proteger a mi hijo, aún pequeño, de los estragos psicológicos de la enfermedad física que afectaba al de ellos. Humillada y aún más abatida, me levanté. Dejando la cacerola medio llena de guisantes, me alejé despacio en dirección al bosque de Cleddon, donde, presa del más absoluto desconsuelo, me senté sobre una piedra ancha y plana, sin apenas prestar atención al ruido de las cascadas. Nunca me había sentido tan sola...; sola en el bosque, en la ladera de la colina, junto al rápido torrente. Había compasión en la naturaleza cuando los seres humanos eran incapaces de ofrecerla, pero la naturaleza carecía de poder para influir en las criaturas inteligentes cuyo único criterio era el pensamiento racional, las cuales se negaban a reconocer la realidad cuando la tenían delante, desnuda, suplicando ayuda.

La segunda semana de vacaciones, en la que el sol brilló de manera indefectible en un cielo claro, me pareció que tal vez había juzgado mal a Isobel. Nos llevó a un hotel de playa y la mayor parte del tiempo colaboró en el cuidado de Stephen: a veces le daba de comer, ayudaba a vestirlo y se sentaba a su lado en el camino que llevaba a la playa para que yo pudiera jugar con los niños en la arena y bañarme en el mar. Mi ánimo mejoró al tiempo que empezaba a recuperar la energía. Parecía que, después de todo, Isobel respondía a mis súplicas y trataba de ayudar. Yo me sentía agradecida, pero no podía por menos que sonreír desconcertada al oír algunos de sus comentarios. «En realidad atender a Stephen no es tan difícil, ¿sabes? —observó alegremente—. Y da la impresión de que a Robert no le importa ayudar a su padre; de hecho, creo que es positivo para ambos», añadió acto seguido con idéntica despreocupación. Yo estaba dispuesta a considerar bienintencionados aquellos comentarios, dado lo divertidas y beneficiosas que eran para nosotros las vacaciones que habían tenido la generosidad de regalarnos. Sin embargo, la continua insistencia en la facilidad con que podían desempeñarse todas mis responsabilidades y la insinuación de que no había que tomar en serio mis gritos de ayuda frustraron mi renacida confianza en ella.

Por lo visto Isobel no entendía que, aunque la ingenuidad de mi niñez había muerto hacía mucho y mi intrínseco optimismo juvenil había desaparecido, me resultaba intolerable pensar que a Robert le estuviera ocurriendo lo mismo cuando aún había cumplido los diez años.

En Cambridge nos aguardaba una noticia triste cuando regresamos a finales de agosto. Durante nuestra ausencia, Thelma Thatcher había ingresado en el hospital para someterse a una operación de la que no se recuperó. Los diez años de amistad, si bien representaban una buena proporción de nuestras vidas, constituían tan solo una pequeña fracción de la suya, y sin embargo nos trató siempre como si formáramos parte de su familia. Tenía el alma grande, expansiva, bondadosa y práctica; siempre dispuesta a acudir al rescate en los momentos de crisis, a ayudar a quienes estaban peor que ella, a señalar, con su perspicaz sentido del humor, lo ridículo o lo absurdo. Los niños la adoraban y ella los quería como su abuela adoptiva. Para mí era una verdadera amiga y una aliada leal, cuya opinión era siempre acertada aunque a veces resultara difícil de digerir. La había visto justo antes de partir hacia Gales. Se tomaba con filosofía sus problemas de salud, que calificaba de insignificantes, pese a que ya sabía que eran graves. En general prefería hablar de nosotros. «Ojalá la vieja Thatcher fuera más fuerte y pudiera ayudar más a su valerosa muchacha», me dijo al abrazarme por última vez.

## 6

### Una mirada atrás

Aquel otoño numerosos científicos nos acompañaron en las cenas familiares al término de largas jornadas repletas del habitual trajín relacionado con los niños y las escuelas, los clubes y las actividades extraescolares, además de las necesidades de Stephen. Nuestras circunstancias apenas habían cambiado —y en casa todavía se recurría con frecuencia a la ayuda de Robert—, pero aquella semana a orillas del mar, la segunda semana de las vacaciones en Gales, me había devuelto el vigor y la determinación, por lo que me sentía más capaz de salir adelante. También Stephen estaba mejor de salud y de ánimo, aunque el hecho de que se hubiera recuperado de la neumonía de la primavera no significaba que hubiera remitido la enfermedad de la motoneurona, que seguía cobrándose su implacable precio de degeneración muscular, dificultades para comer, ataques de asfixia y problemas respiratorios.

En el departamento, la última actividad académica para adquirir popularidad era el simposio, una especie de congreso prolongado que duraba todo un año. Dicha actividad tenía un gran atractivo para Stephen, dado que, ahora que disponía de una mayor financiación, podía invitar a Cambridge a científicos de todo el mundo y trabajar con ellos sin prisas en proyectos largos, tales como libros y artículos, empresa que habría resultado imposible en el ambiente apresurado de los congresos de cuatro o cinco días. Aunque sus intereses seguían oscilando entre la relatividad general y la mecánica cuántica, la mayor parte de los invitados del Grupo de Relatividad en la primera parte del año académico fueron caras conocidas, y la mayoría de ellos venían de Norteamérica.

A mitad de trimestre, la camarilla de Cambridge se fue a Oxford, adonde se había trasladado Dennis Sciama para ocupar una plaza de investigador en el All Souls College. Roger Penrose había sido nombrado catedrático de matemáticas en el mismo college y con cierta frecuencia organizaba con Dennis congresos de uno, dos o tres días. A Stephen le gustaba estar de nuevo en Oxford. Llevaba en la cabeza el plano de la ciudad y, no sin cierto orgullo, me guiaba de manera infalible y con tranquila confianza hasta cualquier lugar por callejuelas y travesías apartadas del centro. Señalaba con nostalgia el muro que había saltado en una ocasión, tan solo para caer en los brazos de un policía, así como el puente donde una noche él y unos amigos estaban escribiendo una pintada a favor del desarme nuclear cuando pasó un policía y arrestó a sus compañeros, que lo dejaron a él colgando en una jaula bajo el puente. Estas y otras historias parecidas sonaban un tanto apócrifas, pero numerosas fotos atestiguaban sus desastrosas payasadas en el río. También había pocas dudas acerca de su entusiasta participación en el *sconce*, una sanción que obligaba a beber una gran cantidad de cerveza por haber incumplido las normas de conducta universitarias. El placer que le proporcionaban aquellos recuerdos era conmovedor: le ofrecían un

atractivo atisbo del antiguo rebelde despreocupado del que yo me había enamorado. Se referían, claro está, a los días de su hedonista juventud, antes del diagnóstico de la enfermedad de la motoneurona, que ya fue, desde el punto de vista cronológico, un fenómeno de Cambridge.

Para los congresos y desplazamientos a lugares más lejanos había numerosos colegas y estudiantes encantados de que se les brindara la oportunidad de viajar y conocer a las figuras más famosas del ámbito de la física. Eso representaba un gran alivio para mí, puesto que seguían aterrorizándome no solo los aviones, sino también separarme de mis hijos. Intentaba ser a la vez padre y madre para ambos y no quería que sufrieran por tener un padre con una grave discapacidad, aunque, ni que decir tiene, los alentaba a quererlo y respetarlo. Sin que Stephen lo supiera, compartía mis preocupaciones con los profesores de los niños, con la vana esperanza de protegerlos de las burlas en el patio. En alguna que otra ocasión, como en diciembre de 1976, cuando Stephen viajó con sus alumnos a Boston para asistir a un congreso que se celebraba antes de las navidades, podía dedicarme por completo a mi papel de madre, asistir a los autos de Navidad, a los espectáculos de *ballet* y de canto de villancicos de la escuela y llevar a los niños a la fiesta navideña del colegio.

Aquel diciembre Alan Lapedes, que nos había prestado una ayuda tan discreta y desinteresada durante el período de crisis, volvió a su casa, a Princeton. Entonces limpié a fondo el cuarto de los invitados, la única habitación que no teníamos en la planta baja de la casa, y lo preparé para la llegada de nuestro nuevo físico residente, Don Page, a quien habíamos conocido en California, donde había sido alumno de doctorado de Kip Thorne. Él y su madre habían viajado a Cambridge para realizar una visita de inspección. Como es lógico, querían ver si les convenía el acomodo que les ofrecíamos y —me parecía a mí— juzgar si yo era una patrona lo bastante respetable. Evidentemente superamos la prueba, puesto que Don irrumpió con energía en nuestro hogar, como Tigger, el compañero de Winnie Pooh en los libros de A. A. Milne. Llegó de Boston con Stephen el 18 de diciembre y participó con entusiasmo en nuestras celebraciones navideñas.

Me había movido entre físicos el tiempo suficiente para saber que la mayoría tiene una historia poco corriente. La de Don era tan poco corriente que resultaba excepcional incluso entre los físicos. Hijo de una pareja de maestros misioneros, se crió en una zona remota y aislada de Alaska, donde sus padres le proporcionaron su primera educación. Más tarde estudió en un instituto cristiano de Missouri, estado natal de sus padres, y luego se graduó en el Caltech, donde se incorporó al grupo de Kip como estudiante de doctorado. Sus creencias fundamentalistas estaban tan arraigadas que el evidente conflicto entre estas y su ámbito de estudio —la física gravitatoria y los orígenes del universo—, por más paradójico que les resultara a los demás, no parecía preocuparle en exceso, pues era capaz de separar sus actividades. Por una parte, su cristianismo era fervoroso, fundamentado en unos valores absolutos cuya rigidez aún no había cuestionado, por lo que podían parecer carentes de

sensibilidad; por otra, aquellas convicciones evangélicas le exigían un celo incansable en cuanto emprendía.

Aunque yo respetaba su fervor —Don iba a la iglesia dos veces los domingos y a clases de estudio bíblico entre semana— y agradecía la positiva influencia religiosa que aportaba a nuestra vida, apoyaba a Stephen en el rechazo a que nos evangelizara, en especial a la hora del desayuno. Sin duda bienintencionado, Don acariciaba la esperanza de realizar una conversión espectacular —comparable a la de Saulo en el camino a Damasco— mediante lecturas bíblicas y oraciones a primera hora de la mañana. Yo podría haberle dicho que estaba condenado al fracaso, ya que su ancha e iluminada autopista de certezas bíblicas tenía aún menos probabilidades de éxito que mi camino: un paseo modesto y tranquilo por los serpenteantes senderos de la confianza en la fe y en las obras. A Stephen no le interesaba nada salvo el poder racional de la física, de modo que yo dudaba mucho de que las fervientes lecturas y sermones de Don —a las ocho y media de la mañana, cuando yo volvía de llevar a Lucy a la escuela— fueran a iluminarle el camino. En cualquier caso, a esa hora Stephen siempre se escondía detrás del periódico, que apoyaba en una estructura de madera a falta de un pasador de páginas automático. Aquel periódico vertical constituía una barrera que la cuchara debía sortear para entregarle su sustancioso desayuno de píldoras, laxante, huevos duros, chuletas de cerdo, arroz y té; y era también una barrera que impedía la conversación.

La gran ventaja de tener a un estadounidense del Caltech en casa era que, cada vez que Stephen quería viajar a Los Ángeles —o, de hecho, a cualquier otra parte de Estados Unidos— en interés de la ciencia, el estadounidense quería ir con él. Así pues, cuando el verano siguiente Stephen me presionó para que lo acompañara a Estados Unidos, donde tenía previsto pasar tres semanas, a Don le faltó tiempo para ofrecerse a sustituirme. Aquella solución inesperadamente fácil a un problema hasta entonces insuperable me permitió satisfacer un deseo que había permanecido oculto durante muchos años. En efecto, hacía ya trece años que no pisaba tierras españolas y ansiaba renovar mi contacto con el país y su civilización.

Como de costumbre, mis padres no dejaron escapar la oportunidad de pasar unas vacaciones con sus nietos, y papá y yo proyectamos un largo recorrido por el norte de España y Portugal, que en algunas partes coincidía con el Camino Francés, una de las antiguas rutas de peregrinación a Santiago de Compostela. La planificación del itinerario me trajo recuerdos de las maravillosas vacaciones europeas de antaño, sobre todo porque mi padre, con su olfato de historiador, no había perdido ni un ápice de su talento para detectar tesoros históricos singulares que el turista normal y corriente habría pasado por alto.

Stephen partió hacia California y nosotros zarpamos rumbo a Bilbao. Pese a que aquella sucia ciudad industrial de la costa norte de España nos dispensó un recibimiento húmedo y nuboso, el corazón me dio un vuelco cuando volví a pisar suelo español. Y siguió dándolos durante aquellas vacaciones, no solo por el

redescubrimiento de España, un país liberado donde había muerto el fascismo y se establecía tímidamente la democracia, sino también por los perceptibles atisbos de mi antiguo yo: la adolescente esperanzada y aventurera, que desde hacía estaba sepultada bajo un montón de cargas pesadas y otras prioridades más urgentes. Poco a poco recuperé el dominio del español, su gramática, sintaxis y vocabulario, puesto que también eso formaba parte de mi redescubrimiento.

Ciudades de nombre sonoro —Burgos, Salamanca, Santiago, León, Coímbra y Oporto— y catedrales ornamentadas, monasterios medievales, capillas mozárabes, procesiones de peregrinos, llanuras quemadas por el sol y olivares de árboles retorcidos abrieron un camino de luz deslumbrante y calor tórrido en la fría monotonía de nuestra vida nortea. En las enseñadas rocosas, los arroyos, los pinos y las montañas descubrí el paisaje y las tradiciones vivas de las cantigas de amigo. La sensación de que el enorme peso de la erudición a la que yo intentaba dar forma en una tesis tenía una base en la realidad, de que los estudios medievales eran, a fin de cuentas, una actividad más relevante y productiva que la de recoger guijarros en la playa, me dio un tremendo estímulo. Me prometí que terminaría la tesis, pasara lo que pasara, aunque tal vez no me llevara a ninguna parte, aunque tal vez fuera tan solo un fin en sí misma. Estaba impaciente por anotar cuanto veía y relacionarlo con los textos, si bien no tanto como para desear volver a Cambridge antes de que hubiéramos aprovechado hasta la última gota de aquellas semanas en España y Portugal. Al fin y al cabo, había que resarcir a los niños, con unos días a orillas del mar, de las horas que habían pasado sin protestar en el asiento trasero del coche. A Lucy, cuya imaginación era tan fértil que podía entretenerse sola y entretener a los demás, por muy largos que fueran los trayectos y muy abrasador que fuera el calor, le fascinaba el motivo de la concha que veía a lo largo del Camino de Santiago, la ruta de peregrinación a la tumba del apóstol. Mantenía los ojos bien abiertos para localizar la concha en edificios, estatuas y letreros, y cada vez que divisaba una soltaba un grito de triunfo. Quizá no sea de extrañar que, tras ver tantos monumentos religiosos, ella y Robert terminaran con un conocimiento bastante confuso de la vida de los santos, de modo que cuando fuimos a la playa de Ofir, en Portugal, se inventaron un juego descabellado, en el que Lucy, en el papel de Juan el Bautista, mojaba con agua del mar a su hermano, que, envuelto en una toalla, encarnaba a un peregrino estoico de camino al sepulcro de Santiago. Ni que decir tiene que las connotaciones religiosas que pudiera tener este juego eran del todo espurias.

## Callejón sin salida

Aquel otoño de 1977, con la mente una vez más en ebullición por las vívidas impresiones de la península Ibérica, estaba resuelta a trabajar en la tesis con una perspectiva y un vigor renovados, si bien la organización del material todavía me abrumaba y el tiempo seguía siendo un factor crucial. Stephen volvió de California y fue ascendido: se le concedió una cátedra personal de física gravitatoria. El cargo de catedrático suponía algo más que un modesto aumento de sueldo, ya que el título y la posición le aseguraban un respeto y reconocimiento mayores allá adonde fuera..., con algunas excepciones, una de las cuales era su propio departamento. El ascenso coincidió con la restauración de este, y Stephen esperó un tiempo a que le colocaran en el despacho la alfombra que le correspondía como catedrático. Tras varios meses de esperar en vano, decidió plantear la cuestión al jefe del departamento, quien chasqueó la lengua malhumorado al oír la petición.

—Solo los catedráticos tienen derecho a alfombra —le dijo.

—¡Pero yo soy catedrático! —replicó Stephen.

Al final, tras una confirmación algo tardía de su estatus, llegó la alfombra de catedrático.

Alfombras aparte, Stephen temía que el nombramiento lo alejara de sus alumnos, pero le consolaba el hecho de que la ayuda física que necesitaba de estos desactivaría cualquier posible retraimiento creado por su elevada reputación. Aunque era un indiscutible potentado intelectual, le estremecía pensar que lo vieran como un catedrático del *establishment*, distanciado de sus alumnos y colegas. Prefería la imagen del eterno joven de sonrisa infantil, que se burlaba de la misma autoridad de la que ahora formaba parte.

Si bien su estado físico podía constituir un contrapeso eficaz en los dominios del departamento, su ascenso, aunque grato, me generó una serie de delicados problemas en el trato con el mundo en general, sobre todo porque la creciente fama de Stephen nada tenía que ver con nuestras circunstancias. Solo los amigos más cercanos comprendían que en el ámbito doméstico la lucha por la supervivencia cotidiana proseguía con la misma intensidad que antes. Pese a las despiadadas acometidas de la enfermedad de la motoneurona, Stephen se había convertido en una figura nacional, el miembro más joven de la Royal Society, destinatario de numerosos premios y medallas, sucesor de Einstein y catedrático de la Universidad de Cambridge. La paradoja de su situación lo había convertido en el niño mimado de los medios de comunicación. No solo en la percepción popular, sino también —empezaba a sospechar yo— a ojos de su propia familia, el éxito de Stephen demostraba que había vencido a la enfermedad de la motoneurona y que, en consecuencia, la batalla estaba ganada: era imposible que necesitáramos ayuda. En la más cruel de las ironías, nos

habíamos convertido en víctimas inocentes de nuestro propio éxito. No es que hubiera simplemente una escisión entre el rostro público y la imagen privada: en realidad ambos estaban reñidos. Sin duda los actos públicos —como la memorable ocasión, en el verano de 1978, en que lo nombraron doctor *honoris causa* por la Universidad de Oxford— resultaban agradables y gratificantes, pero aquella clase de publicidad no aportaba nada a la ayuda, tanto física como emocional, que necesitábamos más que nunca porque en realidad la enfermedad de la motoneurona no había sido vencida: continuaba avanzando con paso lento pero implacable. Para el círculo familiar inmediato, los efectos eran devastadores y las demandas, agotadoras. Yo no podía seguir fingiendo que se trataba de una molestia menor, una realidad inevitable. La enfermedad dominaba nuestra vida y la de los niños pese a que nos esforzábamos por mantener una apariencia de normalidad.

Primero alegre y luego reservado, Robert se había vuelto tan retraído que temí que sufriera una depresión, un trastorno que, según mi médico, no era extraño en niños. Para entretenerse se entregaba a la lectura de manuales de informática, con exclusión de otras diversiones. Aparte de Inigo, que estudiaba en una escuela distinta, tenía pocos amigos y no parecía deseoso de cultivar nuevas amistades. Era evidente que Robert necesitaba un modelo masculino, alguien con quien jugar y pelearse; alguien que le facilitara el paso de una infancia ya perdida a la adolescencia; alguien que no esperara nada de él a cambio, y menos aún ayuda en las necesidades físicas.

Lucy, sociable y rebosante de vitalidad, desarrolló un temprano sentimiento de independencia que le permitió cultivar un amplio círculo de amistades, las cuales compensaban en cierto modo las carencias de su vida doméstica. Sin duda su enorme colección de muñecos de peluche y el mundo de fantasía que inventó con Lucy Grace Cadbury para sus marionetas de Snoopy contribuyeron asimismo a ayudarla a desarrollar métodos inconscientes para afrontar su insólito entorno, aunque seguramente seguía siendo muy sensible a sus circunstancias. Tanto su edad como su sexo le permitieron evitar algunas de las presiones que caían sobre los hombros de Robert.

Mis padres llenaban muchos de los huecos en la vida de los niños con viajes a Londres, meriendas en el Ritz y funciones de teatro. Sin embargo, había una profunda laguna en mi propia vida, de la que no me atrevía a hablar con ellos. Thelma Thatcher, sagaz y directa, la había mencionado en uno de los últimos comentarios que me había hecho antes de morir, en el verano de 1976. «Querida —me había dicho inclinándose sobre su mesa bien pulida y mirándome a los ojos—, me cuesta imaginar cómo puedes sobrevivir sin una vida sexual adecuada». Me asombró tanto que una octogenaria se expresara con semejante franqueza que me limité a encogerme de hombros. Ni yo misma conocía la respuesta a la pregunta, pero mi sentimiento de lealtad a Stephen me prohibía plantear a las claras el tema, que para él era tan tabú como el de su enfermedad. No me permití sincerarme con Thelma Thatcher en aquella ocasión y no surgió nunca otra oportunidad. Sin embargo,

necesitaba desesperadamente una amiga íntima en quien, por su edad y prudencia, pudiera confiar. Dejando aparte los aspectos físicos, la relación conyugal comenzaba a adquirir matices del todo irreconciliables. Desde el punto de vista intelectual Stephen era un gigante que insistía en su propia infalibilidad y cuya genialidad yo siempre respetaba; desde el punto de vista físico era un ser tan desvalido y dependiente como lo habían sido mis hijos al nacer. Las funciones que yo desempeñaba con él eran las propias de una madre que cuida de un niño pequeño, responsable de todos los aspectos de su ser, incluida la apariencia, y solo me diferenciaba de una enfermera en que me negaba a ponerle inyecciones y a intervenir en cuestiones médicas para las que no tenía preparación. Los problemas se veían exacerbados por la mera imposibilidad de hablar de ellos. Esta constituía una parte integrante de la batalla de Stephen contra la enfermedad, que, con una mejor comunicación, podríamos haber combatido juntos, codo con codo, apoyándonos mutuamente y desarrollando estrategias para afrontar las dificultades. En cambio, se convirtió en una fuerza de separación, que puso una barrera de angustia entre ambos.

Al final, en un acto de bochornosa desesperación, una mañana hablé con el doctor Swan en la atmósfera clínica de su consultorio. Aunque empleó un tono de objetividad e interés, sus palabras fueron tan sinceras como las de Thelma Thatcher. «Los problemas que usted tiene, Jane, se parecen mucho a los asociados a la vejez — me dijo con franqueza—. Lo paradójico es que usted es una mujer joven con necesidades y expectativas normales. —Hizo una pausa—. Lo único que puedo aconsejarle —añadió mirándome por encima de las gafas de montura dorada— es que haga su propia vida».

Aquel mismo otoño, en un insólito momento de camaradería, Philippa me señaló con toda tranquilidad que había llegado el momento de que dejara a Stephen. «Lo cierto es que nadie te lo reprocharía», agregó con aires de suficiencia, como si en ese consejo tan frívolo residiera la solución a todos los problemas. Fueran cuales fuesen sus motivos —y desde luego yo tenía muy pocas razones para confiar en ellos—, sus palabras me sorprendieron por su extremada imprudencia, ya que era evidente que aquella solución me habría expulsado en el acto del círculo familiar de los Hawking. Philippa era incapaz de comprender que yo no podía abandonar a Stephen, del mismo modo que no habría podido abandonar a un niño. No podía romper mi familia, la familia que yo misma, llena de optimismo, había creado, pues eso significaría destruir el único logro de mi vida y, con él, destruirme a mí misma.

Faltaría a la verdad si dijera que nunca había encontrado atractivos a otros hombres. Sin embargo, jamás había tenido una aventura y mi única relación había sido con Stephen. Aquellas atracciones pasajeras nunca habían pasado de brevísimos encuentros consistentes como mucho en un fugaz contacto visual. De hecho, hacía tiempo que había perdido el sentimiento de individualidad y la percepción de mí misma como una joven atractiva o deseable. Me veía como parte de un matrimonio, y este matrimonio, que al principio había sido un vínculo entre dos personas, se había

convertido en una red extensa, como un jardín lleno de plantas y flores diversas, en la cual entraban no solo padres e hijos, sino también abuelos, fieles amigos, alumnos y colegas. El árbol central de aquel jardín era el hogar, que yo había creado en el transcurso de los años, ya fuera en Little Saint Mary's Lane, en Pasadena o en West Road. La relación de la que había brotado todo esto era ahora tan solo un aspecto más de aquella compleja diversidad y, aunque había cambiado de forma drástica, el matrimonio en sí tenía mucha mayor importancia y trascendía las necesidades personales de los dos seres que lo habían iniciado. Convertida en una frágil cáscara vacía, sola y vulnerable, solo pensar en mis hijos me impedía arrojarme al río, y rezaba por recibir ayuda con la desesperada insistencia de una potencial suicida. La situación era tal que dudaba incluso de que el propio Dios, quienquiera que fuera y dondequiera que estuviese, pudiera hallar una solución, si es que en realidad oía mis plegarias; en cualquier caso, había que encontrar una solución para que nuestra familia sobreviviera, para que Stephen continuara su trabajo y viviera en casa y para que yo siguiera siendo una madre cuerda y capaz.

Fue una amiga excepcional, Caroline Chamberlain, la antigua fisioterapeuta de Stephen, a la vez sensible y práctica, quien señaló que tal vez me conviniera tener alguna distracción, como cantar en el coro de la parroquia. «Ven a cantar a San Marcos —me dijo—. Necesitamos más sopranos para los villancicos de los oficios de Navidad». Una tarde de mediados de diciembre dejamos a los niños con Peter, el marido de Caroline, y fuimos a los ensayos finales. Si bien yo había recibido clases de canto coral en Pasadena, era la primera vez que cantaba en un coro de verdad y, pese a que mi voz sonaba bien, era evidente que la repentización y llevar la cuenta de los compases no formaban parte de mis habilidades, lo que me recordó en cierta medida mi experiencia de adolescente como secretaria inepta. Las otras sopranos medían pacientemente el compás por mí, una disléxica para la música, y el director, un joven pálido y delgado, tenía la cortesía de guardarse para sí la consternación que le producía la incompetente a la que Caroline había introducido en el grupo. Con la práctica mejoré, de modo que, cuando llegó el oficio de Navidad, no lo hice tan mal como él temía y me invitó a unirme al coro para cantar villancicos por toda la parroquia aquella misma semana.

Lucy me acompañó a cantar villancicos y trotó de calle en calle, de casa en casa. Visitamos muchos hogares donde los miembros del coro y su director no solo eran muy conocidos, sino además bien recibidos. Nos encontrábamos en la zona de Cambridge donde estaba la escuela de Lucy, pero, aparte de esta y de las tiendas, yo prácticamente no la conocía. Había allí una comunidad muy unida de amigos y vecinos, ancianos y familias, para quienes la iglesia eduardiana de ladrillo rojo constituía el centro neurálgico, asistieran o no a ella con regularidad.

En aquella oscura noche de invierno, mientras el director del coro, Jonathan Hellyer Jones, caminaba junto a Lucy y a mí, haciendo equilibrios en el borde de la acera para protegernos del tráfico, entablamos conversación. Yo hablé como no

hablaba desde hacía años y tuve la extraña sensación de que acababa de encontrarme con un amigo de hacía mucho tiempo; de que aquel hombre daba forma a lo que solo era un recuerdo difuso y lo ponía en primer plano. Charlamos de canto, de música, de amistades comunes —eran varias— y de viajes, en especial a Polonia, donde él había cantado con el Coro de Cámara de la Universidad en el verano de 1976. Me habló de San Marcos y de su párroco, Bill Loveless, una persona extraordinariamente dedicada y afectuosa, quien le había brindado un gran apoyo y había fortalecido su fe durante un período muy difícil. No me dijo a qué período se refería, pero yo sabía por Caroline que dieciocho meses antes Janet, la esposa de Jonathan desde hacía un año, había muerto de leucemia.

No volvimos a vernos durante varias semanas y nuestro siguiente encuentro fue del todo casual. En enero de 1978, mientras Stephen pasaba tres semanas en Estados Unidos con su comitiva, asistí con Nigel Wickens y un grupo de la clase de canto a una velada victoriana que el barítono solista Benjamin Luxon ofrecía en el Guildhall de Londres. En el abarrotado auditorio reparé de inmediato en Jonathan, quien, con su elevada estatura, la barba y el cabello rizado, destacaba en el otro extremo de la sala. Para mi sorpresa, en el intermedio él me reconoció y yo le presenté a Nigel. «¡Qué hombre más agradable!», señaló este mientras atravesábamos King's College camino de West Road, donde había aparcado su coche. Yo asentí con cautela y preferí centrarme en el otro tema principal de conversación: el inminente matrimonio de Nigel con una cantante estadounidense de gran talento, Amy Klohr.

Como consecuencia de aquel encuentro casual, Jonathan empezó a venir a casa para enseñarle piano a Lucy los sábados o los domingos por la tarde, según su disponibilidad. Ella le tomó afecto enseguida y no tardó en disipar con su vivacidad la formalidad y la vacilación de él. Al principio Jonathan se marchaba al acabar la clase; luego se quedaba un poco más para acompañarme al piano en las canciones de Schubert que yo estaba aprendiendo, mientras Stephen o bien dirigía operaciones ferroviarias en la habitación de Robert, o bien proporcionaba un público de una sola persona a nuestras schubertiadas privadas, como nosotros las llamábamos. Al cabo de unas semanas Jonathan comía con nosotros antes de iniciar la clase, o bien cenaba una vez finalizada esta, y ayudaba a atender a Stephen, con lo que aligeró a Robert de las tareas que durante tanto tiempo habían pesado sobre él. Más tarde, cuando llegamos a conocer un poco mejor a Jonathan, Robert lo esperaba en la puerta de la calle y se le echaba encima en cuanto lo veía, lo tiraba al suelo y luchaba con él. Jonathan se tomaba con buen humor aquel saludo tan poco convencional y respondía del mismo modo a la necesidad que un muchacho en pleno crecimiento tenía de una buena pelea cuerpo a cuerpo para dar salida al exceso de energía.

Entre semana nos encontrábamos muchas veces por casualidad y nos maravillábamos de las extraordinarias coincidencias que parecían juntarnos. Nos quedábamos charlando en la acera, olvidados de qué estábamos haciendo y de adónde íbamos. Teníamos mucho de que hablar: por una parte, de su pérdida, su soledad, sus

ambiciones musicales; por otra, de mis temores respecto a Stephen y los niños y de mi desesperación ante la dificultad de hacer con tolerancia y paciencia cuanto se me pedía. Aunque más joven que yo, Jonathan tenía tanta sabiduría, una perspectiva tan amplia de la vida con la que ensanchar mi limitada visión, una fe tan fuerte y una espiritualidad tan luminosa con la que alumbrar mi negro horizonte, que realmente pisábamos el terreno sagrado que, en palabras de Oscar Wilde, está presente allí donde hay dolor. Había encontrado a alguien que conocía las tensiones y la intensidad de la vida frente a la muerte.

Con todo, no había ninguna razón aparente por la que aquella amistad hubiera de mantenerse en secreto o teñirse de culpabilidad. Se basaba en intereses comunes, en la preocupación por la situación del otro, en el apoyo mutuo que podíamos prestarnos y, sobre todo, en la música. Sin embargo, aunque nunca nos habíamos tocado y no lo haríamos hasta mucho tiempo después, éramos conscientes de que existía un secreto sentimiento de culpa que equivalía a admitir la naturaleza potencialmente física de nuestra relación. La atracción entre nosotros era fuerte, pero el adulterio era una palabra fea, contraria a la base ética en la que se fundamentaba la vida de ambos. ¿Era ese el precio que yo tenía que pagar por reavivar la llama de mi espíritu apasionado? ¿Era un precio que, con toda honradez, podía permitir que pagara Jonathan? Si había de encontrarme en compañía de las heroínas adúlteras del siglo XIX, quizá el precio fuera aún mayor. El resultado final no podría ser otro que el ruido estridente del caldero cascado de Flaubert en vez de una música que conmoviera a las estrellas.

## Una mano tendida

El trimestre siguiente Jonathan comentó que quizá me gustaría unirme al coro de la iglesia, que estaba ensayando fragmentos del *Mesías* para un concierto con orquesta que se celebraría en Pascua. Como Robert y Lucy ya eran lo bastante mayores para quedarse solos durante una hora delante del televisor a media tarde, participé con unos cuantos feligreses cantores en los ensayos, que tenían lugar los jueves en la iglesia. Para mí, una relativa principiante, la complejidad plástica de los coros de Händel —en los que las ovejas se descarrían con alarmante rapidez y «cada cual va por su camino»— representaba un reto al que me enfrenté con un entusiasmo obsesivo. Al unirme al coro me uní también a la parroquia, cuyos oficios seguían más o menos la forma de los de la Iglesia anglicana que yo conocía desde niña. Pero este era un anglicanismo desprovisto de dogmas farisaicos y de asfixiante pedantería gracias al dinamismo visionario del párroco, Bill Loveless, cuyo apellido (que en inglés significa «sin amor») no podía estar más reñido con su personalidad. Antiguo periodista del *Picture Post*, actor, soldado y empresario, se había ordenado siendo ya un hombre de mediana edad. Felizmente agraciado todavía con una extraordinaria vitalidad, aprovechaba la experiencia de sus anteriores profesiones —y también sus contactos— en la labor pastoral y en la interminable búsqueda de temas interesantes para los sermones, e invitaba a su foro mensual sobre temas de actualidad a conferenciantes de toda índole: médicos, policías, trabajadores sociales, activistas políticos, etcétera.

Para Bill, el verdadero cristianismo no tenía nada que ver con absolutos, pactos con Dios o castigos divinos. Su único principio rector era un amor apasionado a la humanidad y la afirmación del amor inequívoco de Dios por todas las personas, fueran quienes fuesen, con independencia de sus imperfecciones. El único mandamiento de esa doctrina del amor era el de amar al prójimo. En aquel reino había reposo para los fatigados y los que soportaban cargas pesadas, y en él encontré consuelo. Por fin mi maltrecho ser espiritual empezaba a revivir pero, aunque el regreso a la Iglesia me proporcionaba consuelo, también me planteaba preguntas imponderables: ¿qué se me pedía? ¿Cuán grande era el sacrificio que se me exigía? Las circunstancias en que había conocido a Jonathan, cuando me hallaba al límite de mi resistencia, eran tan extraordinarias —y a la vez tan corrientes— que no podía por menos que tener la impresión, extraña y quizá ingenua, de que aquel encuentro había sido organizado por un poder benevolente que había actuado a través de nuestros buenos y afectuosos amigos comunes. Los dos estábamos solos, éramos muy infelices y necesitábamos desesperadamente ayuda. ¿Era posible que en verdad aquel encuentro formara parte de un plan divino de lo más heterodoxo? ¿O simplemente yo era insensata al pensarlo, e incluso herética e hipócrita?

La cuestión fundamental era qué hacer con aquel regalo caído del cielo. Podía utilizarse de manera dañina, destructiva, con su capacidad de romper la familia en la que yo había puesto tanto de mí misma, si Jonathan y yo contemplábamos, siquiera un momento, la posibilidad de marcharnos y crear juntos un hogar. No bastaría con afirmar que había cumplido mi promesa a Stephen en circunstancias terriblemente difíciles durante un período muy prolongado, porque ese no era un razonamiento viable según las enseñanzas de nuestra iglesia, que tanto Jonathan como yo creíamos que constituían el único fundamento verdadero de la vida humana. El otro camino era el único que podíamos seguir. Aquel regalo especial podía utilizarse bien, en beneficio del conjunto de la familia, de los niños y de Stephen, si él estaba dispuesto a aceptarlo. Esta última opción no sería fácil, ya que requeriría una gran cantidad de rigurosa autodisciplina. Al cuidar de Stephen tendríamos que intentar mantener cierta distancia entre nosotros; debíamos vivir separados y prohibirnos mostrar señales externas de afecto mutuo en público. En principio, nuestra vida social se centraría siempre en al menos tres personas, por no decir cinco, y no en la pareja en exclusiva. El bienestar de Stephen y de los niños sería la justificación de nuestra relación, sin pensar en el futuro. En realidad no había ningún futuro claro para nadie que iniciara una relación conmigo. Si era egoísta por mi parte monopolizar la vida de un hombre joven que ya había sufrido una tragedia, la respuesta era siempre la misma: con su ayuda podríamos sobrevivir como familia; sin ella, estábamos condenados.

Cuando, de modo vacilante, empezamos a admitir la atracción que sentíamos el uno por el otro, Jonathan disipó aquellas dudas asegurándome que en nosotros —en todos nosotros— había encontrado un propósito que lo ayudaba a aliviar el dolor sordo de su propia pérdida. Durante una excepcional visita a Londres, mientras estábamos sentados en una tranquila capilla lateral de la abadía de Westminster, me anunció que estaba dispuesto a comprometerse conmigo y con mi familia, pasara lo que pasara. Aquella promesa desinteresada y conmovedora me sacó del oscuro vacío en que se había convertido mi vida. La relación se volvía más noble y liberadora. Continuaba siendo platónica, y lo sería durante mucho tiempo. La atracción mutua y las emociones incontrolables que amenazaba con provocar se sublimaban en la música que practicábamos e interpretábamos juntos, por regla general en presencia de Stephen los fines de semana y a veces las tardes de los días laborables. Me bastaba saber que había entrado en mi vida alguien con quien podía contar sin reservas.

Al principio Stephen reaccionó con cierta hostilidad masculina hacia Jonathan y trató de afirmar su superioridad intelectual al más puro estilo Hawking, como quizá hiciera ante un nuevo estudiante de investigación. Pero pronto quedó desarmado al descubrir que aquella técnica resultaba inútil, puesto que Jonathan no era competitivo por naturaleza. Con una extrema sensibilidad hacia las necesidades de los demás, respondía con mayor facilidad a la impotencia de Stephen y al encanto de su sonrisa que a la sonoridad de su fama. Stephen se volvió más dulce, más tranquilo, más agradecido, más relajado. Incluso me resultó posible, a altas horas de la noche,

confiarme a él como no lo había hecho nunca. Reconoció generosa y amablemente que todos necesitábamos ayuda, en especial él, y que, si había alguien dispuesto a ayudarme, él no se opondría con tal de que yo siguiera amándolo. Yo no podía dejar de amarlo cuando él mostraba de buen grado aquella comprensión y, más importante aún, me la comunicaba. Los pocos días en que a Jonathan lo atacaba el perro negro de la depresión, Stephen me tranquilizaba diciéndome que Jonathan nunca me fallaría. Por lo demás, de la situación, una vez aceptada, apenas se hablaba. Sin embargo, me sosegaba muchísimo saber que podía depositar mi confianza en Stephen.

En un ambiente de colaboración, los tres iniciamos un período de excepcional creatividad. Todavía había veces en que la combinación de mi fatiga y de la innata terquedad de Stephen me llevaba al borde de una crisis nerviosa, pero en general conseguíamos mantener el equilibrio. En el caso de Stephen, parecía que la respetabilidad que le conferían su ingreso en la Royal Society y la medalla papal le garantizaba de forma automática una profusión de otros honores. Mientras continuaba avanzando en el conocimiento del universo, toda suerte de augustos organismos se empujaban unos a otros en su impaciencia por cubrirle de medallas, premios y doctorados *honoris causa*.

En marzo de 1978, el Caius College, para no quedarse atrás, encargó a David Hockney un retrato a pluma de Stephen. Mientras Hockney bosquejaba y dibujaba en el salón, Lucy, acurrucada en una butaca del rincón, leía y dibujaba. Sin duda al claustro del Caius le sorprendió que el artista la incluyera en la versión final; un amable reconocimiento del entorno familiar de Stephen, que compensaba la formalidad oficial del retrato. El día de la segunda sesión, Lucy rindió su propio homenaje a Hockney. Tomábamos café sentados en el césped aprovechando una breve racha de sol primaveral, cuando de repente salió de casa y empezó a dar brincos sobre una gran pelota saltarina hecha de resistente caucho. Se había subido las perneras del peto hasta la rodilla para mostrar que, al igual que Hockney, llevaba calcetines de distinto color, uno blanco y otro marrón.

Una fría tarde invernal de aquel febrero, Stephen y yo montamos con un distinguido grupo de investigadores en el autocar que se dirigía a la Royal Society para la ceremonia de ingreso del príncipe Carlos como miembro honorario. (Antes de que los autocares dispusieran de plataformas elevadoras para sillas de ruedas, a Stephen había que levantarlo en andas para subirlo a bordo, cosa que hacíamos el conductor del vehículo y yo. Aun así, eso resultaba más fácil que conducir por Londres y encontrar aparcamiento). La ocasión proporcionó a Stephen un motivo de regocijo, un grato recuerdo del antiguo estudiante irreverente, apenas perceptible bajo los atavíos del reconocimiento que recibía del *establishment*. En la ceremonia, el nuevo presidente de la Royal Society felicitó al príncipe por el patrocinio real de dicha sociedad, fundada, en sus propias palabras, por el homónimo del príncipe, Carlos II, y «continuada por su hijo, Jacobo II». Stephen soltó una carcajada y, en el aparte más sonoro de que era capaz, anunció exultante: «¡Se ha equivocado! ¡Jacobo

II era hermano de Carlos II!»). En la recepción que siguió a la ceremonia, disfrutó aún más cuando, al mostrar al príncipe Carlos el radio de giro de la silla de ruedas, rozó —o pisó— el bien lustrado calzado real, una maniobra que repetiría más adelante con el arzobispo de Canterbury durante una cena en el Saint John's College de Cambridge.

Entretanto yo veía por fin en el horizonte atractivos atisbos del final de mi peregrinación intelectual. No me apetecía confesar cuánto había tardado en alcanzar aquel punto, ya que habían sido nada menos que doce años, con dos hijos entremedias. Alan Deyermond, mi director de tesis, había tenido razón al insistir en que me matriculara como alumna de la Universidad de Londres, pues cualquier otra universidad me habría expulsado hacía mucho. Jonathan mostraba por el tema el interés suficiente para alentarme; al final de cada jornada me preguntaba qué había hecho, escuchaba unos cuantos versos y me echaba una mano en la clasificación del fichero y de la enorme cantidad de apuntes, garabateados en trozos sueltos de papel. Aquel interés y un poco de ayuda práctica eran cuanto necesitaba para reforzar mi resolución de cara al obstáculo final: el último capítulo de la tesis, que sería un análisis del lenguaje de la poesía popular de Castilla en la Baja Edad Media.

La lírica castellana estaba llena de vida, de color y de la iconografía medieval: jardines, plantas, frutas, pájaros y otros animales que simbolizaban los múltiples aspectos del amor. Muchos de esos símbolos tenían también un significado religioso y eran comunes al resto de Europa. El jardín encarna los atractivos de la amada, así como las virtudes de la Virgen María. La fuente en el centro es a la vez manantial de vida y símbolo de fertilidad. La manzana es la fruta de la Caída, y la pera, la de la redención divina, pero en el contexto laico ambas son potentes metáforas de la sexualidad. La rosa es el emblema de los mártires y de la Virgen, pero también la imagen más seductora de la belleza sensual de la amada. España crea su propio conjunto de vívidas imágenes, extraídas de su espléndido paisaje. La fruta que prueba la monja infeliz es el amargo limón, mientras que los felices amantes pasean a la sombra de dulces naranjos. El olivar se convierte en el escenario de los encuentros de los amantes. Temáticamente estos poemas forman parte de una tradición ininterrumpida que entronca con sus antepasados galaicos y mozárabes: las cantigas y las jarchas. Las canciones suelen ponerse en boca de muchachas, se repite el motivo de la ausencia del amado, los amantes se reúnen al amanecer y la madre es una figura constante.

Aprovechando minutos y medias horas sueltos en los días laborables, la escritura empezó a fluir con una facilidad desacostumbrada. Los sábados y domingos por la tarde también comenzó a fluir el canto. Yo atacaba con voracidad todo lo que Nigel, mi Svengali personal, me ponía delante, ya fuera Schubert, Schumann, Brahms, Mozart, Britten, Bach o Purcell. Gracias a Stephen, adquirí rápidamente mi propia biblioteca musical, ya que me colmó de volúmenes y volúmenes de música como regalos de cumpleaños y de Navidad. A veces me invitaban a cantar un solo en la

iglesia. Al principio el pánico escénico era aterrador, pero con el tiempo y la práctica acabó remitiendo y entonces mi voz, que Nigel había trabajado concienzudamente para convertirla en un instrumento, me sorprendía incluso a mí misma. Yo producía aquel sonido, que sin embargo apenas guardaba relación con la voz, leve e insegura, con que hablaba. Era un sonido fuerte y confiado; la voz de otra persona, serena, segura y firme.

Aquella primavera mi hermano Chris y su esposa, Penelope, pasaron un fin de semana en casa con su hijita y les presenté a Jonathan como un nuevo amigo. No me pidieron cuentas de una situación que ni yo misma sabía explicar del todo y fueron un público receptivo y agradecido de unas cuantas canciones. Después Penelope hizo un comentario sobre el ambiente que reinaba en el salón aquel domingo por la tarde; dijo que era mágico, como si una paz y una calma inmensas hubieran invadido la casa. Aquella reconfortante observación incrementó mi confianza en mi nueva amistad. Chris simpatizó con Jonathan y, antes de marcharse, me llevó aparte para decirme que le parecía una persona maravillosa e hizo especial hincapié en sus magníficos ojos bizantinos. Más tarde me telefoneó desde Devon. Charlamos durante largo rato acerca de mi situación y de cómo estaba cambiando. Me dio un consejo que me llegó muy adentro. «Durante muchos años has gobernado sin ayuda tu barquita por un mar inexplorado y tempestuoso —me dijo. Y añadió—: Si hay alguien a mano dispuesto a subir a bordo y guiar ese barco hacia un puerto seguro, debes aceptar cualquier ayuda que te ofrezca».

Mis padres conocieron a Jonathan aquel verano. Como de costumbre, se mostraron reticentes a expresar su opinión, que solía manifestarse en sus reacciones más que en palabras. En este caso se comportaron como si Jonathan formara parte de nuestra vida desde que tenían memoria. No se anduvieron con ceremonias, ni tampoco hicieron ningún comentario sobre la presencia habitual de Jonathan en casa. Este, por su parte, tuvo el tacto de ceder el piano a mi padre, cuya pasión por Beethoven había despertado en mí el amor a la música. Mientras papá tocaba vigorosamente la *Appassionata* y mi madre manejaba la aguja, reemplazando los botones que se habían caído desde su última visita y reparando los puños y las costuras descosidos, Jonathan hablaba a mamá de las virtudes de los instrumentos antiguos y de su campaña en defensa de la interpretación musical auténtica. Cuando conocimos a sus padres, le comenté a mi madre lo maravillosos y amables que eran. Ella me miró con cierta sorpresa. «Bueno, ¿y qué esperabas, tonta? —me dijo—. Unas personas que tienen un hijo como Jonathan por fuerza han de ser maravillosas. ¿Cómo podrían ser de otra manera?».

Al final del verano nos despedimos con ganas de volver a vernos en otoño. Jonathan se marchó a Austria para asistir a un curso de verano sobre el Barroco, en el que también daría clases, y nosotros partimos hacia Córcega en compañía de Don. Ahora que los niños crecían y yo recobraba la confianza en mí misma, el miedo a volar se disipó un poco. El viaje en avión ya no encerraba la temida amenaza de la

separación de unos seres diminutos y dependientes; antes bien, ofrecía la atractiva promesa de unas vacaciones en el Mediterráneo, en una isla de habla francesa. El hecho de que coincidieran con un congreso de física no impedía disfrutarlas. En realidad, representaba la solución de compromiso perfecta, puesto que Stephen y sus colegas se dedicarían a lo que más les gustaba —la física—, mientras sus respectivas familias gozaban de las mejores vacaciones en la playa, a un tiro de piedra del centro de congresos. Me hacía especial ilusión volver a ver a los Carter, pues tenía la intención de confiarme a Lucette. Con su comprensión intuitiva de las personas y las relaciones, sin duda me ofrecería consejos acertados y prudentes.

## Lo inesperado

Cargèse, en la costa occidental de Córcega, donde se celebraba el congreso, era sin duda la mejor solución de compromiso jamás ideada para los físicos obsesivos y sus jóvenes familias. Mientras Stephen se divertía con la física, los niños y yo disfrutábamos del sol, la arena y el mar centelleante. Algún que otro atentado con bomba y los altos precios mantenían alejado al turismo de masas, por lo que había poca gente en las playas y calas, que además estaban limpias, como en otro tiempo había ocurrido en Mallorca. Cargèse había sido fundada por una colonia de griegos que buscaban refugio frente a la persecución turca en el siglo XVIII. Su presencia todavía era evidente en los apellidos, en los nombres de las calles y en el de nuestro hotel, el Thalassa (mar). La población mostraba con orgullo dos iglesias, una latina y otra griega, en los promontorios que la dominaban. En ambas oficiaba el mismo sacerdote, un domingo en una y el siguiente en la otra. Lucette y yo asistimos al rito griego, fascinadas por el ejemplar despliegue de armonía en la que habría podido ser una comunidad dividida. En las dos iglesias había imágenes de Juan el Bautista; el icono griego era imponente por su nítida claridad bizantina y, sobre todo, por los conmovedores ojos del santo, alargados y oblicuos, que me recordaron mucho los de Jonathan. Pero ni siquiera aquella imagen logró infundirme el valor necesario para hablarle a Lucette de mi amistad con él. Cada vez que intentaba encontrar las palabras, ya fuera en inglés o en francés, se me atascaban en la garganta, atrapadas por los remordimientos ante el menor atisbo de deslealtad a Stephen. La nueva y espléndida relación, que tanto prometía, empezaba a generar dudas. ¿Me vería obligada a vivir en la mentira, a llevar una doble vida?

En una bahía tranquila, lejos de los gritos de los niños, me senté en un rincón entre las rocas y, procurando ordenar mis pensamientos y aclarar mi atormentada conciencia, escribí una larga carta a Jonathan. Le decía cuánto lo echaba de menos y que le agradecería eternamente la luz que había aportado a mi vida, como la luz del sol de Córcega sobre las verdes profundidades del mar. Le decía lo mucho que apreciaba su ilimitada ayuda y hasta qué punto había transformado nuestro hogar al aliviar las tensiones y asumir buena parte de la presión... Pero también le decía que yo no podía correr el riesgo de hacer daño a mi familia; que ante todo me debía a Stephen y mis hijos; que, puesto que Stephen y yo habíamos vivido tantas penalidades juntos, no podía romper mi matrimonio cuando él, más indefenso que un niño, me necesitaba como nunca. Apoyada en una roca caliente, con las olas rompiendo a mis pies, me preparaba para lo peor. En el fondo de mi corazón sabía que no tendría nada de sorprendente que, tras reflexionar durante su estancia en Austria, Jonathan concluyera que la relación con la familia Hawking presentaba excesivas dificultades físicas y demasiados problemas emocionales. Sería una

decisión comprensible.

Los recuerdos de Córcega se desvanecieron con rapidez una vez que regresamos a casa, pero aquellas semanas nos habían dejado un recordatorio duradero. Cuando aquel otoño tomé las riendas de la vida cotidiana de Cambridge, empezó a parecerme cada vez menos probable que Jonathan quisiera volver con nosotros, y la perspectiva de un reencuentro feliz desapareció en la niebla junto con la menguante luz del sol de septiembre. A medida que los días se acortaban y el aire se volvía más frío, estudiaba con angustia las fechas del calendario, pues comenzaba a sospechar, con asombro y desconcierto, que tal vez estuviera embarazada. Hacía cierto tiempo que había dejado de preocuparme por la anticoncepción, dado que me parecía que era poco relevante y que no hacía más que aumentar las dificultades. Pero en cada una de las horas de vigilia y en muchas de las de insomnio por las noches fue abriéndose camino la certeza de que, en el descuidado abandono del clima mediterráneo, había cometido un error. Por muy apasionadamente que quisiera a mis hijos, me aterraba la perspectiva de cuidar de otra personita, que dependería por completo de mí en una situación que me exigía esfuerzos insoportables, sin contar con la ayuda de Jonathan. Bastante extraordinario era que él hubiera aceptado servir de puntal de la familia ya existente, como había hecho durante casi un año. Que acogiera a otro pequeño Hawking, cuando no tenía hijos propios ni posibilidad de tenerlos mientras siguiera con nosotros, era inconcebible. Me resigné a perderlo y, con él, a perder toda esperanza para el futuro. Volvería a estar sola.

Acababa de confirmarse el embarazo cuando Stephen se marchó a un congreso en Moscú. Como yo ya sufría bastantes náuseas y mareos, mi madre accedió a acompañarlo en mi lugar. Don estaba fuera con su padre, en un merecido descanso de todas aquellas tareas que realizaba con suma diligencia. Al aproximarse el invierno en Cambridge, las heladas garras del oscuro invierno interior del que yo casi había escapado empezaron a reafirmar su presa. Escribí a Jonathan para contarle lo del niño, desolada por la certidumbre de que la carta equivalía a una despedida, un brusco final a aquellos pocos meses de recuperación y maravillosa felicidad platónica. Ignoraba si había regresado del curso de verano en Austria y no esperaba respuesta. Durante un tiempo no supe nada de él, pero al final me contestó. Me pedía disculpas por haber tardado tanto en asimilar la noticia y en hacerse a la idea. Declaraba que su compromiso con nosotros no había cambiado. Si bien no sabía nada sobre recién nacidos, no dudaba que yo necesitaría su ayuda más que nunca y estaba dispuesto a ofrecérmela.

Gracias a que Jonathan ayudaba mucho con Stephen, los niños, las tareas domésticas e incluso la compra, me fue posible avanzar, aunque a trompicones, en la tesis, a pesar de que tenía que disputarse mi tiempo con la música y las citas en el hospital. En noviembre, en la primera visita al hospital, de pronto fui consciente de la realidad de aquel embrión de catorce semanas, una criatura misteriosa y etérea que susurraba el mensaje de su existencia a través del medio clínico de un nuevo invento

científico: la ecografía. Después de realizarme las pruebas habituales, los médicos me pusieron cables y, cuando estuvieron satisfechos con lo que encontraron, me preguntaron si me gustaría escuchar a mí también. El susurro rítmico del diminuto corazón —que palpitaba muy deprisa, sobre el fondo de los latidos del mío, más lentos y sonoros— resultaba tremendamente conmovedor y creó en mí un vínculo profundo con aquella vida nueva que oía pero no veía. Era como si el niño me llamara mediante la música de su corazón. Y así, mucho antes de su nacimiento, empecé a encariñarme con aquella presencia invisible y pronto quise a la criatura tanto como a Robert y a Lucy.

La música acompañó a la gestación durante todo el invierno. Jonathan, encargado de los entretenimientos por designación propia, solía traernos entradas para conciertos, muchos de los cuales tenían lugar en el recién inaugurado auditorio de la universidad, a solo cinco minutos de casa. Nos sentábamos en el escenario al lado de los intérpretes, a la vista del público, porque no había otro sitio para sillas de ruedas. Muchas veces los artistas —músicos ilustres, desde Menuhin a Schwarzkopf— retrasaban su salida tras los aplausos del público para acercarse a saludar a Stephen. En casa yo cantaba siempre que podía: practicaba mi repertorio para la primera actuación pública. El niño respondía con alegre gratitud pateando con fuerza al ritmo de la música. Ensayábamos con dos objetivos musicales: por un lado, mi participación en el Festival Concurso de Cambridge, en marzo; por otro, un concierto benéfico que daríamos en casa, junto con unos amigos músicos de Jonathan, en febrero. Invitamos a tanta gente como cabía en el salón y, a la usanza de numerosas fiestas de nuestro ambiente, en el intermedio servimos comida y bebida. Después, en un avanzado estado de gestación y en un estado de nervios aún más avanzado, me puse en pie para ofrecer mi primera actuación en público (quitando algún que otro solo en la iglesia). Interpreté dos canciones populares de Benjamin Britten y un par de canciones de Fauré; las mismas con las que competiría en el concurso. El público se mostró amable y receptivo y al marcharse dejó generosos donativos para nuestras dos causas benéficas: la investigación sobre la leucemia y la Asociación de la Enfermedad de la Motoneurona, fundada hacía poco, que tenía a Stephen como representante de los pacientes. Mucho tiempo atrás, cuando le habían diagnosticado la enfermedad, nos habían dicho que era muy infrecuente, que se sabía poco de ella y que, como la sufrían tan pocas personas, no había fundamento para crear un grupo de apoyo. Nada de esto era cierto. Gracias a la asociación descubrimos que la enfermedad —también conocida en Estados Unidos como enfermedad de Lou Gehrig, por un deportista que la padeció en los años treinta— estaba en realidad muy extendida. En un momento dado podía haber tantos diagnósticos de enfermedad de la motoneurona como afectados de esclerosis múltiple, que hasta entonces había recibido mucha más publicidad porque el número de supervivientes era mayor. La enfermedad de la motoneurona tenía un desarrollo mucho más rápido —por lo general, de dos o tres años—, lo que distorsionaba las estadísticas y dejaba a los

pacientes y sus familias en una situación crítica, sin tiempo ni oportunidad de buscar organizaciones de apoyo o grupos de autoayuda. Al fundarse la asociación, por fin pudo disponerse de algo de información. Así supimos que la enfermedad de la motoneurona podía manifestarse de dos formas: la forma aguda paraliza los músculos de la garganta y precipita una muerte bastante rápida; la forma más infrecuente, la que afectaba a Stephen, se caracterizaba por una parálisis lenta y progresiva de los músculos voluntarios de todo el cuerpo —incluidos, con el tiempo, los de la garganta— durante un período más largo, de quizá cinco años, diez como máximo. Que Stephen siguiera vivo dieciséis años después del diagnóstico, realizado en enero de 1963, lo convertía en un fenómeno médico, tan inexplicable como la enfermedad misma.

Durante los años siguientes Jonathan y yo dimos juntos muchos recitales de repertorio barroco a favor de la incipiente Asociación de la Enfermedad de la Motoneurona en iglesias de toda Anglia Oriental. Así conseguimos recaudar cantidades respetables de dinero y, puesto que Stephen solía ser un miembro destacado del público, la enfermedad y la asociación llegaron a ser conocidas. Como voluntaria local, visité a algunas familias afectadas de la zona, cuya vida había quedado rota por un diagnóstico que las había dejado horrorizadas y desconcertadas, como nos había ocurrido a nosotros años antes. Consideraba mi deber tratar de ofrecerles el fruto de nuestra experiencia. Les explicaba las técnicas prácticas que habíamos ideado para afrontar la situación y les hacía ver que Stephen, el superviviente, era la prueba palpable de que el diagnóstico no tenía por qué representar una condena a muerte si se tenía voluntad para luchar. Actuaba con cautela, pues temía invadir su intimidad al presentar ingeniosas y bienintencionadas propuestas de ejercicios, dietas, inyecciones o vitaminas. Al parecer había en sus vidas un elemento que faltaba en la nuestra y que acabé envidiando: no era derrotismo, sino paz interior.

Debido a la posición de Stephen como representante de la asociación y a mis intentos de ayudar como recaudadora de fondos y voluntaria, volví a enfrentarme a una de las paradojas de nuestra situación. Una vez más nos encontrábamos subidos a un pedestal, donde nos sentíamos aislados. Necesitábamos consejo tanto como cualquiera, pero no podíamos buscarlo porque reconocer nuestras necesidades habría supuesto desmentir la apariencia de confianza de la que otros dependían para levantar su propia moral. No eran muchas las personas lo bastante perspicaces para ver qué había detrás de aquella máscara. Entre ellas se contaban mi familia, Jonathan, sus padres y unos pocos amigos excepcionales.

Poco antes de nacer el niño, tuvimos la suerte de conocer a unos nuevos amigos de sensibilidad comparable: Bernard Whiting, un colega australiano de Stephen, y su esposa, Mary, que acudieron a una de nuestras reuniones musicales. Bernard, un hombre tranquilo y relajado, echaría una mano a Stephen, como había hecho George Ellis en el pasado. Mary, una arqueóloga clásica, realizaba la tesis doctoral y

trabajaba en el Museo Fitzwilliam elaborando un catálogo de la amplia colección de gemas. Mary no era una pieza de museo fosilizada. Su cabello, largo y prematuramente gris, enmarcaba unos rasgos juveniles bien dibujados que le daban una elegante distinción, como una madonna de Rafael. Su aspecto concordaba bien con su personalidad, culta y animosa a la vez, con unos intereses que iban más allá de la arqueología y abarcaban el arte, la literatura y la música, en especial la música barroca, de manera que cuando conoció a Jonathan encontraron enseguida temas de conversación.

Debuté en el escenario del Festival Concurso de Cambridge cantando los temas de Fauré y Britten acompañada al piano por Jonathan mientras, entre el público, Stephen nos animaba con su sonrisa. El juez elogió educadamente el timbre de mi voz y, por lo demás, solo se permitió comentar que se daba cuenta de que mi control de la respiración estaba un poco inhibido.

La tesis estaba casi terminada. Solo faltaba la aburridísima tarea de ordenar alfabéticamente la bibliografía y repasar todos sus detalles, por insistencia de mi director. Cada coma, punto y paréntesis tenían que estar en su sitio, pues de lo contrario él no presentaría la tesis. El Jueves Santo, con un gesto imperioso, puse el último punto final en la última entrada de la bibliografía, y así concluyeron trece arduos años de seminarios, investigación, anotaciones, confección de fichas, organización, recopilación, redacción, análisis, notas al pie y referencias.

Al día siguiente, durante los oficios de Viernes Santo, me sentí tan abatida que llegué a llorar. Tal vez fuera una reacción a la fuerza emotiva de aquella conmemoración religiosa en particular y de la música que la acompañaba; tal vez fuera el efecto de haber terminado la tesis; o tal vez echara de menos a mis hijos, que se quedarían con sus abuelos hasta que naciera el niño, al cabo de una o dos semanas. Al día siguiente la melancolía desapareció. La reemplazaron unos síntomas físicos muy intensos, que dejaban bastante claro que el bebé no tardaría en nacer. Pasé la mayor parte de la tarde en el jardín, con Stephen a mi lado, relajándome al sol y recogiendo ramilletes de violetas. Don nos llevó a la maternidad a primera hora de la noche, pero un examen de control reveló pocos movimientos de importancia, de modo que nos mandaron a casa. En el camino de regreso pasamos a ver a Jonathan y nos quedamos a cenar un *curry*, encajonados como pudimos entre los instrumentos musicales del reducido salón. Como a Stephen y a él les gustaban los *curries*, muchas veces Jonathan compraba uno ya preparado, sobre todo los domingos por la noche, cuando la cocina, tras siete días de producir comidas de tres platos para cuantos se presentaban, no podía ofrecer más que huevos revueltos. De manera excepcional, aquel fue un *curry* de sábado por la noche, y era un *dopiya* excepcionalmente picante.

Una vez en casa, pasé una noche de lo más incómoda y al amanecer desperté a Don para pedirle que me llevara otra vez al hospital. Dado que Stephen quería estar presente en el nacimiento de su tercer hijo, se habían tomado medidas especiales para

acomodarlo en la sala de partos. Joy Cadbury, que presidía la asociación Amigos del Hospital de Maternidad, había tenido la amabilidad de hablar con la comadrona sobre la cuestión de la silla de ruedas. El único espacio lo bastante grande para que cupieran Stephen y Sue Smith —la fisioterapeuta, que acudió a cuidar de él—, más el equipo médico y, por supuesto, yo, era el paritorio, de manera que tuve que pasar el resto del día tumbada en la dura superficie de la mesa de partos esperando el nacimiento. Don, sentado en el pasillo, se asomaba de vez en cuando por la puerta, y Jonathan tuvo el buen juicio de marcharse a pasar aquel caluroso y soleado Domingo de Pascua en la rectoría de sus padres, en el campo. En esas condiciones inclementes, el proceso del parto fue cada vez más lento, hasta que se detuvo. Envié un mensaje a Don diciéndole que podía abandonar tranquilamente su puesto en el pasillo para asistir al servicio matutino en alguno de sus lugares eclesiásticos y, mientras yacía en la mesa de partos intentando colocar el cuerpo en una postura cómoda, me arrepentí de la rapidez con que habíamos acudido al hospital, sobre todo al darme cuenta de que habría podido estar cantando en la iglesia. Bill Loveless, el párroco, tuvo que anunciar la cancelación del interludio musical debido a la ausencia de la cantante, que tenía otros compromisos.

Los diversos intentos de acelerar el nacimiento tuvieron el único efecto de convertirme en un alfiletero humano mientras la mañana dejaba paso a la tarde, y esta a la noche. Don regresó y volvió a irse, esta vez al oficio de vísperas. Mientras él estaba fuera, se desató una crisis: el corazón del feto, aquel latido infantil que me habían permitido conocer meses antes, mostraba preocupantes señales de fatiga. Mientras el equipo médico, dándome la espalda, preparaba los instrumentos de tortura para traer el niño al mundo sin más dilación, me apresuré a concentrar las energías que me quedaban en un empujón todopoderoso, y así nació mi niño de Pascua. Cuando me lo pusieron en los brazos, sentí lástima de él. Envuelto en una vieja manta verde, tenía la cara azul por el baqueteo que había sufrido. Aunque era más grande que Robert y Lucy al nacer, no mostraba la energía con que estos habían saludado al mundo, sino que lloriqueaba desmadejado en mis brazos. Por un instante, absorta en la pequeña criatura a la que ya conocía bien, me olvidé del ajeteo de las operaciones de limpieza que tenían lugar a nuestro alrededor.

## 10

# Disonancia

Durante la semana que Timothy Stephen (el nombre completo del bebé) y yo pasamos en el hospital, trajeron a Lucy a Cambridge para que conociera al hermano pequeño, pero Robert se quedó en Saint Albans por razones que no me explicaron bien. Al parecer, los niños habían estado jugando descalzos en el arroyo de Gales y él había cogido frío. Tenía tanta tos que, cuando volvieron a casa a la hora del té, mi madre lo acostó. Guardó cama toda la semana siguiente, hasta que Mary, la hermana médica de Stephen, decidió que estaba lo bastante bien para volver a Cambridge. El regreso de Robert a casa coincidió con el nuestro. Sentado en una butaca del salón, sostuvo a su hermanito sobre las rodillas, pero se le veía sospechosamente colorado e indispuerto. Valerie Broadbent-Keeble, una prestigiosa pediatra, madre de una amiga de Lucy, vino a visitarnos a Timothy y a mí. Dio la casualidad de que llegó al mismo tiempo que el doctor Wilson, mi médico de cabecera. Los dos facultativos miraron solo un momento a Timothy, que se había adaptado al oficio de vivir y resplandecía de salud. En cambio, Robert acaparó toda su atención; ambos estaban visiblemente alarmados por su estado de salud y bastante seguros de que tenía neumonía vírica. Valerie se marchó para organizar el ingreso inmediato de Robert en el pabellón infantil de Addenbrooke y el doctor Wilson extendió una receta de penicilina.

Fue una suerte que el bebé estuviera todavía fatigado por el suplicio del nacimiento y, en consecuencia, durmiera durante largos períodos del día y, asombrosamente, también de la noche. De lo contrario, las semanas que siguieron a su llegada al mundo habrían sido una pesadilla aún peor de lo que fueron. Todos me necesitaban a todas horas. Las necesidades de Stephen eran evidentes; las del bebé, innegables; Lucy tenía que recuperar la confianza ahora que un rival le había usurpado el puesto de miembro más joven de la familia; y, por encima de todo, Robert estaba muy enfermo en el hospital y me necesitaba más que nadie. Después de una noche en el pabellón infantil, se despertó cubierto de ronchas de pies a cabeza. O bien había contraído una enfermedad infecciosa, o bien era alérgico a la penicilina. Como no había forma de saber si el problema era uno u otro, lo trasladaron al pabellón de aislamiento, en la última planta del hospital, por miedo a que contagiara a los otros enfermos en estado crítico de la sección infantil. Le pasaban las comidas por una trampilla y el personal sanitario llevaba trajes aislantes, guantes y mascarillas para entrar en la habitación. Tenía limitadas las visitas y quienes íbamos a verlo debíamos ponernos las mismas prendas protectoras que las enfermeras. Tumbado en la cama, aburrido, solo y enfermo, las lágrimas le corrían por las ardientes mejillas.

Yo debía encajar con suma precisión las visitas al hospital entre las horas de las comidas del bebé, que solo tenía una semana de vida. Una vez que lo había amamantado, cambiado y acostado, salía disparada para pasar unas pocas horas con

Robert, leyéndole libros y jugando con él, antes de volver corriendo a casa para la siguiente toma del recién nacido. Así fueron mis jornadas hasta que le dieron el alta. La madre de Stephen hizo cuanto pudo por mantener encendido el fuego del hogar. Iba a comprar y preparaba comidas sanas, pero las tareas eran muchas y no podía realizarlas ella sola. Nunca fue tan necesaria la ayuda de Jonathan. Cuidaba de Stephen, se ocupaba de las compras pesadas, llevaba a Lucy a la escuela y visitaba a Robert, lo que a veces me permitía tomarme un respiro en mis estresantes jornadas. Por desgracia, solo se lo habíamos presentado de pasada a la madre de Stephen antes de que estallara aquella crisis. Como las visitas de Isobel a Cambridge eran mucho menos frecuentes que las de mis padres, no había tenido oportunidad de conocerlo mejor. Comprendí que no podía esperar que los Hawking, a diferencia de nuestros considerados amigos íntimos, adivinaran el significado de la presencia de Jonathan en nuestra casa. Aun así, suponía que me había ganado su respeto durante los muchos años en que había cuidado de su hijo, al menos el suficiente para que contaran con que haría lo mejor para él y para los niños en aquella situación tan dura, y confiaba en que fueran capaces de mostrar cierta comprensión o tolerancia y prudencia. Por encima de todo, quería que tuvieran la certeza de que no pensaba abandonar a Stephen ni romper nuestro hogar, y de que Jonathan no me incitaba a hacerlo.

No tuve ocasión de plantearle el tema a Isobel. Cuando una tarde por fin nos quedamos a solas en casa con el bebé, ella tomó la iniciativa y me pilló desprevenida. Me miró a los ojos. «Jane —dijo con voz estentórea—, tengo derecho a saber quién es el padre de Timothy. ¿Es hijo de Stephen o de Jonathan?». Sostuve su mirada de acero, consternada por lo deprisa que había sacado conclusiones..., que no podían ser más crueles. Toda la disciplina con que Jonathan y yo nos habíamos obligado a sublimar el deseo y a mantener una relación discreta estaba siendo pisoteada. La simple verdad era que el padre de Timothy no podía ser otro que Stephen. Isobel no se conformó con esta declaración de la verdad; aprovechando la situación, siguió adelante. «Verás —añadió—, nunca nos has gustado, Jane. No encajas en nuestra familia». Luego se disculpaba por aquel exabrupto, pero desde mi punto de vista era demasiado tarde.

Al día siguiente Frank Hawking, en respuesta a la llamada urgente de su esposa, se presentó en Cambridge a primera hora de la mañana. Yo vi desde casa cómo salían al jardín y, enfrascados en una conversación conspirativa, desaparecían entre los matorrales. Poco después se marcharon, enfadados y desafiantes, sin apenas molestarse en despedirse de mí. La combinación de tantos hechos traumáticos poco después del parto tuvo un efecto previsible y descorazonador: disminuyó mi capacidad de amamantar al bebé, de dos semanas, que comenzaba a salir del estupor posnatal y ejercitaba con sano entusiasmo sus pulmones leoninos y las cuerdas vocales. Stephen resolvió el problema a su manera sin admitir la menor oposición. Obligó a Lucy, que entonces tenía ocho años, a acompañarlo a la ciudad y a ayudarlo a comprar en Boots biberones, tetillas, líquido esterilizador y leche en polvo. Así

terminaron mis lamentables intentos de dar el pecho a mi tercer hijo y así comenzó una nueva tarea para Jonathan. Todas las noches, antes de marcharse de West Road rumbo a su casa, preparaba el suministro de leche infantil para el día siguiente y la guardaba en el frigorífico, lista para usarla.

Unas semanas después, a principios de junio, cuando yo me ocupaba de los preparativos para el bautizo de Timothy, Stephen recibió una carta de su padre. Le informaba de que se había puesto en contacto con un equipo médico de Dallas, Texas, que había creado un nuevo medicamento contra la enfermedad de la motoneurona. Aquellos médicos invitaban a Stephen a convertirse en uno de los primeros pacientes en probarlo. Al parecer se consideraba un hecho consumado. Con solo agitar una varita, Stephen, Robert, Lucy, Timothy y yo nos trasladaríamos con armas y bagajes a Texas, donde Stephen se sometería a un tratamiento de varios meses, si no años. Me pasó la carta sin comentarios, sin explicaciones, con la implicación tácita de que la decisión dependía de mí.

Me dio vueltas la cabeza y se me encogió el corazón ante la complejidad de la responsabilidad que se me pedía que asumiera. Ante todo, si existía una posibilidad de curación para Stephen, no podía negársela. Sin embargo, era muy consciente de que las complicaciones para la familia y para mí serían monumentales, mucho mayores que las que habíamos experimentado hasta entonces. Habría que sacar sin contemplaciones a los niños de las escuelas, el entorno y el hogar donde se sentían felices y confiados para arrojarlos a una desconocida urbe norteamericana. No sería como la estancia en Pasadena. No estaba claro de dónde procederían nuestros ingresos ni cómo organizaríamos el alojamiento y el transporte. A mí, madre de una criatura de seis semanas, se me pedía que desarraigara a toda la familia —tres niños y un padre parapléjico—, la llevara al otro lado del mundo y estableciera un hogar durante un tiempo indefinido. No había el menor atisbo de cómo iba a cumplir yo semejante objetivo; ninguna promesa ni probabilidad de ayuda, aparte del pequeño Robert, en la colosal tarea; ninguna seguridad de que el tratamiento fuera a dar resultado.

Ante la proximidad de la fecha del bautizo, no pude ocultar a mis padres el doloroso problema. Los invitados a la fiesta del bautizo estaban claramente divididos. En una situación que requería muchísimo tacto por parte de todos, los Hawking se quedaron en un rincón e hicieron caso omiso del resto de los asistentes: mis padres, los padrinos de Tim con sus respectivas familias y unos pocos amigos. El ambiente era tan insoportable que salí del salón y busqué refugio en el dormitorio. Mi padre me siguió, consciente de la intolerable presión a que estaba sometida. A la altura intelectual de los Hawking pero desprovisto de toda afectación y esnobismo, sacó un papel del bolsillo. «Jane —dijo—, échale un vistazo, por favor. Si estás de acuerdo, se lo enviaré a Frank Hawking». Al leerlo me sentí inundada de gratitud por la intervención de mi padre: la carta era una solución magistral al problema, que no ponía en peligro mi lealtad a Stephen. Decía simplemente que todos deseábamos lo

mejor para este, pero que los Hawking debían comprender que el cuidado de dos niños y un bebé —sus nietos—, además de la carga de atender a Stephen, hacía inviable mi traslado a Texas. Les aconsejaba que, si estaban convencidos de la eficacia del tratamiento, consideraran la posibilidad de acompañar ellos a Stephen. Una vez más mi padre, a veces exigente, siempre honorable y modesto, había acudido al rescate tras observar callada e inteligentemente entre bastidores. La carta se envió. No tuvo respuesta.

Después de tantos años de tolerancia mal fingida, habían manifestado su antipatía hacia mí con corrosiva desconsideración, en el momento en que me encontraba más baja de fuerzas, poco después del nacimiento de mi tercer hijo y cuando el mayor estaba muy enfermo. La animadversión de los Hawking había salido a la luz y se había agrandado hasta convertirse en hostilidad indisimulada. Había sido una tonta al no advertir su animosidad y no resignarme antes a ella; había sido una tonta al vivir con la inocente esperanza de un futuro mejor.

El invierno siguiente se nos informó de que el equipo de Texas se ofrecía a enviar el tratamiento a Cambridge. Sin embargo, el neurólogo de Addenbrooke declaró con firmeza que el medicamento no había demostrado su eficacia, pues no se había probado, y que era inadecuado para la enfermedad de la motoneurona. Sospechaba que los investigadores querían utilizar a Stephen como conejillo de Indias y buscaban la respetabilidad científica y la publicidad que les proporcionaría su nombre, posiblemente para conseguir financiación. El tratamiento tendría que administrarse en un hospital y durante un período largo, con mínimas posibilidades de que diera resultado a corto plazo. La enfermedad de la motoneurona ya había causado todo el mal posible a Stephen; poco más daño podía hacerle. Además, era un hecho bien conocido de la medicina que el cuerpo no es capaz de reparar el tejido nervioso dañado. En aquellos momentos, el mayor peligro para la supervivencia de Stephen era la neumonía, no la enfermedad de la motoneurona en sí. El tratamiento propuesto, que le haría perder su valioso tiempo, era poco más que una de aquellas quimeras contra las que el propio Frank Hawking había predicado con firmeza en los años sesenta.

# 11

## Turbulencia

Quizá la conducta de los Hawking no me habría afectado tanto si me hubiera dado cuenta de que siempre podía contar con la familia de Jonathan. Con una bondad humilde, se dedicaban de manera incansable a los demás, fueran quienes fuesen, vinieran de donde viniesen. No hacían distinciones entre parientes, amigos, feligreses y desconocidos. Cualquiera que tuviera problemas, ya fuese rico o pobre, podía acudir a su puerta de día o de noche con la seguridad de que encontraría ayuda, oídos comprensivos y probablemente una buena comida de propina. Yo no creía que unos padres, por bienintencionados que fueran, pudieran acoger bien a la clase de familia con la que se había mezclado su hijo mayor. Pues me equivocaba. La primera vez que fuimos a la rectoría, nos trataron —a Stephen, a los niños y a mí— como si fuéramos los visitantes más bienvenidos; como si de verdad estuvieran encantados de vernos. Jamás tuve la menor impresión de que nos juzgaran a nosotros o nuestra situación.

Me parecía increíble que aquellas personas sin parentesco con nosotros encontrarán algún buen motivo para acogernos a mi familia y a mí, y tampoco podía entender que mostraran un interés y una preocupación tan sinceros por nosotros. Iluminaban las tinieblas con la luz de su bondad, comprensión y generosidad. Y no fueron solo los padres de Jonathan quienes nos trataron con cariño, sino, inexplicablemente, toda su familia: sus hermanos, Tim y Sara, sus tíos y primos.

Así pues, ya no tenía que buscar apoyo en los Hawking. Por el contrario, empecé a fomentar el frío distanciamiento que ellos habían mostrado durante años. Sorprendentemente, otros parientes más lejanos de Stephen ocuparon el vacío que dejó su ausencia. Michael Mair, un primo de Stephen que había estudiado en Cambridge a finales de los sesenta, cuando Robert era un bebé, había regresado a la ciudad para trabajar en el departamento de oftalmología del hospital de Addenbrooke. Él y su prometida, Solome, sudafricana y radióloga de profesión, eran unos cocineros entusiastas. Con frecuencia nos traían deliciosos platos ya preparados, ricos en calorías, para toda la familia. Nunca fueron tan bien recibidas aquellas comidas a domicilio como en los meses siguientes al nacimiento de Timothy, cuando nos esforzábamos por mantenernos a flote, desesperados y agobiados por el esfuerzo agotador de guiar nuestra barquita por mares turbulentos.

Lo cierto era que hacía falta un cuidador adulto para atender en todo momento a cada uno de los miembros menos capaces de la familia. Stephen, discapacitado hasta el punto de que no podía hacer nada por sí mismo —excepto manejar los sencillos mandos de la silla de ruedas y del ordenador que había comprado para celebrar el nacimiento de Timothy—, necesitaba a todas horas la asistencia de una persona conocida, ya fuera yo, Don o Jonathan. El bebé, antes tan dócil, había empezado a hacer valer sus derechos: respondía a la atención que se le prodigaba con grandes

sonrisas cautivadoras, tan amplias que podría habernos tragado, pero protestaba a gritos si no le hacíamos caso. En esas ocasiones, mi madre comentaba entre risas cuánto se parecía el niño a su padre. Desde luego, había heredado los hoyuelos querúbcicos de Stephen; además, al igual que este, tenía el cómico hábito de bajar las comisuras de la boca para expresar su indignación, sobre todo cuando tenía hambre. En otros aspectos, era la viva imagen de su hermano mayor, aunque era un bebé más grande. Yo los llamaba «mis gemelos»..., gemelos que se llevaban casi doce años. De hecho, en más de una ocasión, al ver a Tim los conocidos decían alegremente «Hola, Robert», y a continuación pensaban desconcertados que habían caído en una curvatura del tiempo, antes de darse cuenta de su error.

A Robert y a Lucy les costaba adaptarse a las nuevas circunstancias. Lucy se encontraba ahora en una situación incierta, no era ni la mayor ni la pequeña de los hermanos, y no mostró ningún interés por el bebé hasta que Robert se marchó a un campamento a finales del verano. Entonces vio que de pronto se le pedía que trajera y llevara biberones, pañales, impermeables y polvos, tareas que antes realizaba Robert. Al principio se resistió desafiante, hasta que al final se echó a llorar. En aquel momento me di cuenta de lo mucho que la habían afectado los trastornos que todos sufríamos desde la llegada del pequeño Tim. Habíamos dejado que se defendiera por sí sola, cuando en realidad necesitaba tanta seguridad como cualquier otro. La abracé y le dije que no había dejado de quererla porque hubiera otra persona en la familia a la que cuidar. Enseguida se encariñó con su hermanito, como si todas aquellas tristes semanas hubiera estado deseando manifestar sus verdaderos sentimientos pero sin saber cómo. Traía y llevaba cosas de tan buena gana como había hecho Robert y en adelante no hubo nadie más dedicado a Tim ni más receptivo a sus gracias.

Robert había estado muy enfermo y, aunque se había recuperado bien y había vuelto al colegio, a veces parecía apático y despistado. La dislexia seguía siendo un grave problema en su vida escolar. El colegio organizó unas cuantas sesiones con una psicopedagoga, que trató de enseñarle técnicas para hacer frente a la dislexia, pero no consiguió identificar el verdadero alcance del problema. Hasta muchos años después no descubrí que la raíz estaba en una aplastante sensación de ineptitud. Robert había comprendido a muy temprana edad que su padre era un genio de la ciencia y que la gente —en especial los profesores, más que la familia— tenía expectativas que él sabía que no podía cumplir. Con la fe en sí mismo ahogada por las dudas, la solución consistió en no molestarse en estudiar, ya que se sentía condenado a fracasar a ojos del mundo, por mucho que se esforzara. Lo más triste era que desde los siete años, cuando se dio cuenta de que su padre era un genio, se sentía inferior. Robert contaba con la dudosa ventaja de tener una inteligencia rápida, científica, que lo destinaba a una profesión científica en la que no alcanzaría la fama de su padre. En cuanto a Lucy y a Tim, más tarde sufrieron por no ser científicos y se sintieron muy humillados cuando los profesores les decían que estaban decepcionados. En realidad, los tres niños se encontraban en una situación sin salida. No obstante, pese a que los

prejuicios de los profesores arrojaron sombras pasajeras sobre los años escolares de Lucy y Tim, ninguno de los dos sufrió tanto como Robert, sobre quien las expectativas de la sociedad en general proyectaron la larga sombra de la reputación de su padre.

En el otoño de 1979 la reputación de Stephen aumentó de manera muy pública en Cambridge con la concesión de la codiciada Cátedra Lucasiana de Matemáticas. La cátedra, dotada en 1663 con cien libras por Henry Lucas, era una de las más prestigiosas en una de las universidades más prestigiosas del mundo: era la cátedra de Newton. Se equiparaba inequívocamente a Stephen con Newton. Celebró su ascenso a la más vertiginosa de las alturas académicas con una clase inaugural, costumbre que había caído en desuso, al menos entre los científicos. Un estudiante se situó junto a él en el estrado de la sala de conferencias Babbage para repetir lo que decía, pues la voz de Stephen era ya tan débil y poco clara que solo unos pocos alumnos, colegas y familiares lograban entenderlo. Los científicos que formaban el extasiado público, muchos de ellos jóvenes prometedores, se esforzaban por captar lo que farfullaba. Las palabras no estaban destinadas a ofrecerles la tranquila perspectiva de un futuro seguro, pues Stephen predijo con deleite que el final de la física estaba próximo. La aparición de ordenadores más rápidos y sofisticados significaba que a finales del siglo, al cabo de solo veinte años, todos los grandes problemas de la física se habrían resuelto, incluida la teoría del campo unificado, y los físicos no tendrían nada que hacer. A él no le importaba, declaró con jovialidad, porque se jubilaría en 2009. Al público le encantó la broma, pero a mí no me pareció que hubiera mucho de lo que reírse...

En realidad, tampoco Stephen tenía muchos motivos para reír. Al predecir sin contemplaciones el fin de la física hipotecaba a todos los efectos su futuro, y su propia Némesis, la ofendida diosa de la Física, no tardaría en ajustarle las cuentas. Pocas semanas después, la nueva década comenzó con mal pie para nosotros, y sobre todo para él. Después de Navidad todos contrajimos fuertes resfriados, incluido el bebé. En Año Nuevo, a Stephen se le había agarrado al pecho y lo atormentaba con espantosos ataques de asfixia cada vez que bebía un sorbo de agua, tomaba una cucharada de comida bien picada o simplemente respiraba. Solían producirse al final del día y durar hasta bien entrada la noche. Mediante las técnicas que había aprendido en yoga, yo intentaba animarle a relajar los músculos de la garganta repitiendo en voz baja y monótona frases tranquilizadoras. A veces lo conseguía y percibía el cambio del ahogo y el pánico a una respiración más sosegada a medida que el sueño se apoderaba de su frágil y torturado cuerpo. A veces, con la pura monotonía de la repetición, me adormilaba y él seguía tosiendo y resollando hasta la madrugada. A la mañana siguiente los dos estábamos agotados, pero él, con auténtico coraje, se negaba a admitirlo y emprendía su jornada normal sin dejarse desanimar por la mala noche. Aunque todos temíamos que se produjera un ataque de neumonía parecido al de 1976, Stephen, como era de esperar, no me permitía llamar al médico y se negaba

a tomar medicamentos, pues seguía aterrándole que el edulcorante del jarabe contra la tos —incluso el del jarabe sin azúcar— le irritara el epitelio de la garganta y que los antitusígenos le embotaran el cerebro o lo sumieran en un estado comatoso. Así pues, tosía y se ahogaba, se ahogaba y tosía, día y noche, mientras el bebé resollaba y lloriqueaba con la nariz taponada y a mí, que tampoco me sentía muy bien, me costaba respirar.

Como siempre, mi madre vino corriendo de Saint Albans para atender la casa mientras Jonathan, Don y yo tratábamos a duras penas de cuidar de sus achacosos habitantes. Mamá insistió en que me acostara, al menos en los intervalos entre las distintas tareas de las que debía ocuparme. Bill Loveless me visitó el sábado por la tarde. Estaba postrada en la cama, agotada y con dificultades para respirar, mientras Stephen —el auténtico paciente— leía el periódico en la cocina, decidido a aguantar la crisis. Le conté mis problemas a Bill. Todavía quería de todo corazón cuidar de Stephen, darle una vida familiar feliz, hacer todo lo posible por él, dentro de lo razonable. A veces, como en aquel momento, sus exigencias rebasaban el límite de lo razonable, y el muro de su obstinación me hacía la vida insostenible. En consecuencia, cada vez dependía más de Jonathan para mantener la cordura, desahogar mis penas y sentirme querida. Aquella dependencia contribuía a aumentar el peso de mi sentimiento de culpa.

Bill me cogió la mano. «Jane —dijo con cariño pero con firmeza—, quiero que sepas una cosa». Yo, nerviosa, esperaba una reprimenda severa, pero estaba muy equivocada. Él prosiguió con dulzura: «A ojos de Dios, todas las almas son iguales. Para Dios, tú eres tan importante como Stephen». Dicho esto, me dejó para que reflexionara sobre esa sorprendente revelación y fue a hablar con Stephen.

Aquel mismo día, vino el doctor Swan, que recomendó a Stephen una breve estancia en la clínica de reposo local. Stephen, aunque ferozmente indignado y de mala gana, aceptó el consejo. En cierto sentido, yo comprendía su renuencia, porque en la clínica no lo conocían. Las enfermeras no entendían lo que decía ni estaban versadas en las técnicas necesarias para cuidarlo. En cuanto corrió la voz de que el catedrático lucasiano había sido ingresado en la clínica, no faltaron las ofertas de ayuda. Una vez más, los leales alumnos y colegas, en especial Gary Gibbons, que había sido estudiante de investigación de Stephen, establecieron turnos para que nunca se viera incapaz de comunicar sus necesidades a las enfermeras. El director del colegio de Robert, Antony Melville, recordando unas circunstancias trágicas similares en su propia familia, se ofreció a acogerlo en su casa si surgía la necesidad. John Casey, un profesor de Caius que ocultaba su auténtica empatía tras una fachada de afectación, decidió que el college debía pagar los gastos del ingreso de Stephen y se dedicó a persuadir al consejo de administración y al tesorero.

La semana siguiente, mientras Stephen estaba en la clínica, Martin Rees, catedrático plumiano de astronomía y filosofía experimental desde 1973, me propuso que fuera al Instituto de Astronomía para hablar con él. Adorable en su poco

convinciente intento de parecer un científico práctico, me invitó a sentarme en su despacho y declaró con solemnidad: «Pase lo que pase, Jane, no debes permitir que la situación te deprima». La ironía no intencionada de sus palabras me desconcertó pero, como estaba demasiado cansada y aturdida para hacer ningún comentario, guardé silencio y me limité a esperar a que continuara. Repitió lo que acababa de decir y acto seguido señaló que había llegado el momento de que Stephen recibiera atención domiciliaria. Si yo encontraba los enfermeros, él se encargaría de hallar los fondos —de varias entidades filantrópicas— para pagarlos. Quedé muy agradecida por su interés y su práctica oferta, planteada con consideración y delicadeza. Mi gratitud se debía tanto al hecho de que se hubiera percatado de que necesitábamos ayuda como a la ayuda misma.

La cuestión de llevar enfermeros a casa presentaba tres aspectos y, desde luego, la amable oferta de Martin resolvería uno de ellos: el económico. Yo no tenía ni idea de cómo abordar los otros dos. ¿Dónde iba a encontrar enfermeros adecuados y, sobre todo, cómo iba a convencer a Stephen de que los aceptara? Cada vez que iba a visitarlo con el bebé, él rechinaba los dientes, irritado por su confinamiento temporal, y mantenía los ojos fijos en el televisor que tenía delante, negándose a mirarnos. Poco consuelo le aportaba yo; más bien parecía que mi presencia lo enfurecía. Pero, si no lo visitaba con frecuencia, no tardaría en acusarme de abandonarlo.

Solo dos días después tuvimos que llamar de nuevo al médico. Lucy, que también había sufrido un fuerte resfriado, nos dio un buen susto cuando se le rompió un capilar de la nariz y empezó a sangrar. Apenas se detenía una copiosa hemorragia nasal, comenzaba otra. En esta ocasión, no conocíamos al médico de guardia. Nos dijo que estaba en prácticas, lo que nos sorprendió porque era un hombre de mediana edad. El doctor Chester White había empezado a estudiar medicina como segunda carrera a edad ya madura y se había licenciado hacía poco. Examinó a Lucy y nos aseguró que no había motivos de alarma.

Cuando estaba a punto de marcharse, dirigió su atención hacia mí. «¿Qué tal está usted? ¿Se encuentra bien? —preguntó para mi sorpresa—. Parece agotada». Se sentó y le hablé de Stephen y de la crisis que estábamos pasando. No hicieron falta muchas explicaciones, porque conocía a Stephen de oídas y lo había visto a veces por la calle. Pero no sabía que llevábamos años luchando, con solo una mínima ayuda del Servicio Nacional de Salud, y se indignó al oír que únicamente disponíamos de asistencia domiciliaria dos mañanas por semana, cuando alguna enfermera del distrito venía a levantar a Stephen de la cama, bañarlo y ponerle una inyección de hidroxocobalamina. Stephen se había visto obligado a permitir que las enfermeras del distrito lo bañaran cuando mi avanzado estado de gestación me limitó la capacidad de maniobrar en el cuarto de baño.

No me hacía ilusiones mientras volvía a contar la habitual historia de nuestra fatigosa lucha por seguir adelante y superar la carrera de obstáculos en que se había convertido nuestra vida: el doctor White me escucharía con la máxima comprensión

pero sería incapaz de introducir ninguna mejora. ¿Quién iba a poder hacerlo, incluso con la financiación que Martin Rees había prometido? Sabía de antemano que diría lo que otros tantos habían dicho antes: «Vaya, lo siento en el alma, pero no sé qué aconsejarle». Así pues, estaba poco dispuesta a tomarle en serio cuando, con una perspicacia inusitada, propuso solícitamente dos medidas. Para empezar, me recetaría algo a mí y, en segundo lugar, se pondría en contacto con un enfermero de su lista que realizaba visitas privadas y que tal vez pudiera organizar turnos de asistencia a Stephen.

La esperanza de que aquella sugerencia diera resultado era demasiado seductora para no prestarle atención, aunque fuera brevemente y con la incredulidad habitual. Cabía la posibilidad de que el problema de hallar enfermeros adecuados se resolviera gracias a aquel encuentro casual, y el último problema —el mayor, sin duda—, la resistencia de Stephen, también podría solucionarse gracias a aquella iniciativa, ya que vendría impuesta por una autoridad exterior. La culpa de esa medida tan molesta no caería por completo sobre mis hombros. A los pocos días, Martin Rees había dado con una fuente provisional de fondos para costear la asistencia a Stephen cuando volviera a casa..., pero, como me temía, Chester tardó algo más en contactar con su enfermero.

Por fin, una mañana de finales de enero, el contacto del doctor White, el enfermero Nikki Manatunga, se presentó de manera inesperada. Era un hombre callado y trabajador de Sri Lanka, que se había establecido con su mujer y sus dos hijos en un pueblecito de las afueras de Cambridge, y no se inmutó cuando le expliqué las dificultades y las necesidades. Al contrario, estaba seguro de que podía organizar un equipo de enfermeros con sus compañeros del hospital de Fulbourn, el psiquiátrico local, donde él trabajaba. Una semana después, cuando acudió para realizar su primer turno, Stephen se negó en redondo a mirarlo y a comunicarse con él en modo alguno, excepto pasándole las ruedas de la silla sobre los pies. Le pedí disculpas a Nikki, que siguió sonriendo imperturbable. «No pasa nada —dijo—. Estamos acostumbrados a tratar con pacientes difíciles». A la semana siguiente trajo otro enfermero para introducirlo en el sistema, y luego otro. Cada nuevo recluta venía acompañado de un enfermero veterano, que le explicaba los detalles de la tarea, por lo que el relevo era siempre fluido y se necesitaba muy poca intervención por nuestra parte, los cuidadores residentes. De forma paulatina la irritación de Stephen cedió. Acabó aceptando la presencia de aquellas personas tan dedicadas y pacientes, hasta que por fin se dio cuenta de que podían ayudarlo fuera del estricto horario de sus empleos fijos. Podían acompañarlo en los viajes al extranjero, con lo que él sería independiente de sus alumnos y colegas, incluso de su familia. Ya no tendría que contar con un pequeño grupo de íntimos que lo ayudaran en las necesidades personales. Se iniciaba una nueva era para el señor del universo y, por extensión, para el resto de nosotros.

## 12

### «Ad astra»

Al quitarnos de encima el peso del cuidado de Stephen, el equipo de Nikki permitió que la familia empezara a vivir en lugar de luchar por salir adelante. Atender a Stephen resultaba ahora relativamente fácil en comparación con los esfuerzos anteriores, sobre todo porque Jonathan, que pasaba con nosotros casi todas las tardes y los sábados y domingos enteros, ayudaba a darle de comer, llevarlo al baño y meterlo y sacarlo del coche. También era testigo impotente de los aterradores ataques de asfixia, que en cada comida parecían dejar sin aire los pulmones de la víctima. Nosotros aguardábamos con la esperanza de que el ataque remitiera, listos para llamar a los servicios de urgencias, conscientes de que en aquellas ocasiones el hilo por el que Stephen se agarraba a la vida era más débil que nunca. Al final el ataque cedía y, tras unos sorbos de agua templada, Stephen reanudaba la comida, si bien rechazaba cualquier alimento que creyera que le irritaría la garganta. Y, cuando todos empezábamos a relajarnos, sufría otro ataque.

Durante los primeros años de la década de los ochenta, la ambición y el éxito de Stephen siguieron sin conocer límites. La lista de instituciones, universidades y organizaciones científicas que competían entre sí por otorgarle galardones de nombres sonoros —el Premio Albert Einstein, la Medalla Einstein, la Medalla Franklin, la Medalla James Clerk Maxwell— y otros honores, en especial doctorados *honoris causa*, parecía la lista de las conquistas de don Juan en la ópera de Mozart. Sin embargo, a diferencia de las de don Juan, las conquistas de Stephen no se limitaban a Europa. Tampoco escaseaban las ceremonias de concesión de premios en Gran Bretaña y, cuando se celebraban cerca de casa, yo misma lo llevaba. En una ocasión que nunca olvidaré, viajamos a Leicester para asistir a una ceremonia de doctorado en la universidad, cuyo rector honorario era *sir* Alan Hodgkin, el director del Trinity College de Cambridge, que había sido presidente de la Royal Society cuando Stephen ingresó en 1974. Era un hombre afable y modesto, que exhibía una sonrisa radiante incluso cuando estaba en el estrado ataviado con las galas negras y doradas. Dio la bienvenida a Stephen a las filas de los doctores honorarios de su universidad apretándole con fuerza la mano..., la mano con la que controlaba la silla de ruedas. Aquel apretón hizo girar a Stephen, con la silla de ruedas y *sir* Alan Hodgkin —que seguía, por así decirlo, sujeto a ella—, en un vertiginoso *pas de deux*, que llevó el conjunto de togas ceremoniales, birretes, cuerpos y silla peligrosamente cerca del borde del escenario. Me puse en pie de un salto y desactivé la palanca de control justo a tiempo de evitar una horrible catástrofe.

Pero la mayoría de las ceremonias tenían lugar en Estados Unidos, y era una suerte que Nikki y su equipo estuvieran más que dispuestos a acompañarlo. Gracias a ellos, Stephen asistía a todas las entregas de premios celebradas al otro lado del

Atlántico..., con sus gastos y los de ellos pagados. Después se dedicaba a la parte seria del viaje: las discusiones científicas con sus colegas en escenarios más interesantes. En aquella época participaba sobre todo en la producción —por lo general como coeditor, junto con Werner Israel— de varios tomos de ensayos y actas de congresos sobre la relatividad y los intentos de conciliarla con la física cuántica. Los congresos —o más bien talleres— recogidos en aquellos libros constituían su nueva pasión, pues había descubierto que su renombre internacional y su distinguida posición de catedrático lucasiano lo ayudaban a conseguir fondos para el departamento, aunque una de sus quejas favoritas continuaba siendo la falta de dinero para la ciencia. Durante años habíamos invitado y agasajado de forma modesta a los participantes en seminarios y conferencias. Ahora Stephen podía recibir a sus colegas —incluso a sus adversarios— en Cambridge por todo lo alto y presidir las deliberaciones como máxima autoridad. Los talleres se convirtieron en actos mucho más grandes y prestigiosos, con dinero no solo para invitar a los oradores y asistentes ilustres, sino también para ofrecerles cenas y espectáculos.

Fue en el departamento, y no en casa, donde surgió una nueva oleada de presiones bajo la forma de los medios de comunicación mundiales. Durante un tiempo la prensa científica británica y norteamericana se habían hecho eco de los descubrimientos de Stephen; la actitud había sido siempre de deferencia en un contexto estrictamente científico, con pocas alusiones, si acaso había alguna, a su estado físico. A principios de los ochenta la prensa popular empezó a interesarse por el fenómeno del hombre en sí. El contraste entre las limitaciones que le imponían su encogido cuerpo y su habla balbuceante, por una parte, y el poder de su mente, que le permitía desplazarse hasta los confines del universo, por la otra, constituía una fértil fuente de inspiración para muchos vuelos imaginativos de prosa florida. Además, él no eludía la publicidad, ni mucho menos; aceptaba de buen grado las entrevistas, a pesar de que representaban una invasión en su ya sobrecargado horario.

Disfrutaba desconcertando a los periodistas que acudían a verlo. Pedía disculpas por no poder llevar al despacho un modelo tetradimensional del universo para demostrar sus teorías y, si le preguntaban por el infinito, respondía que le resultaba difícil hablar de él porque quedaba muy lejos. Reconocía sin rebozo su desilusión porque hasta entonces no hubiera sido posible detectar los agujeros negros, puesto que una prueba de su existencia le garantizaría un Premio Nobel. Los periodistas hacían lo que podían con aquellas respuestas ingeniosas y a menudo crípticas y se iban a redactar artículos reverenciales a partir del incomprensible conjunto de anotaciones. Muy pocos conseguían hacer un informe equilibrado. Con frecuencia sus intentos de describir la presencia física de Stephen carecían de sensibilidad y las explicaciones científicas, quizá comprensiblemente, se basaban en las interpretaciones de los alumnos y colegas de Stephen.

El periodista más insensible de todos fue un productor del programa televisivo *Horizon*, de la BBC. La filmación realizada seis años atrás por Vivienne King, mi

amiga de la universidad, había obtenido un éxito resonante. Había mostrado a Stephen en su contexto sin caer en la trampa —o la tentación— de presentarlo como un doctor Strangelove. Uno de mis peores temores seguía siendo que, en manos de un productor inadecuado, Stephen apareciera como una especie de cerebritito grotesco atado a una silla de ruedas, con la mente tan retorcida como el cuerpo, y con el empeño destructivo de entregarse a la investigación científica a toda costa, y eso fue más o menos lo que ocurrió en la segunda película de *Horizon*. Pregunté al productor si quería que la familia apareciera brevemente en ella y comentó con tono despectivo que los niños y yo éramos poco más que papel pintado en la vida de Stephen. Cuando el documental se emitió seis meses después, la escena de la comida en el centro universitario a la que habíamos acudido Tim y yo se acompañaba de la voz en *off* de un alumno de Stephen que decía: «Ni la señora Hawking ni su hijo Timmie están muy interesados en las matemáticas, de modo que cuando vienen a las comidas procuramos no hablar del trabajo». Más tarde me enteré de que el estudiante en cuestión había tenido que leer aquella frase, con gran bochorno, por orden del productor. Mi antiguo director de tesis, Alan Deyermond, tuvo la gallardía de escribir una carta de protesta a la BBC por la injusticia de aquella ofensa deliberada. Paradójicamente, *Professor Hawking's Universe* se iniciaba con un plano de una de nuestras fotos de boda. Las únicas personas que mostraron cierto regocijo burlón por aquel asunto fueron mis padres, que aparecían en dicha fotografía: de la noche a la mañana se convirtieron en celebridades televisivas de Saint Albans.

Antes del programa *Horizon* Stephen ya se había convertido en una personalidad conocida. En el verano de 1981, el príncipe Felipe, rector honorario de la Universidad de Cambridge, expresó su deseo de conocerlo durante sus recorridos por los departamentos de la universidad. Se consideró que lo más adecuado sería invitarlo a una visita privada en casa, donde podría hablar con él sin que los molestaran. Robert, sin duda un científico en ciernes a sus catorce años, reprodujo las respuestas de su padre a las preguntas del rector honorario acerca de la edad del universo y la naturaleza de los agujeros negros. Como la visita, que tuvo lugar el 10 de junio, coincidía con el sexagésimo cumpleaños de nuestro invitado, preparé una tarta de frutas escarchadas y la decoré con media docena de velas que Timmie y el príncipe Felipe soplaron juntos antes de que se llevaran a toda prisa a nuestro real visitante para conducirlo a su siguiente cita.

Cuando el nombre de Stephen apareció junto al título de comendador de la Orden del Imperio Británico en la Lista de Honores del Año Nuevo de 1982, decidimos que, dado que el manejo de la silla de ruedas tenía el potencial de provocar una catástrofe, no debería acercarse solo a la reina, sino que sería mejor que lo acompañara Robert. La investidura, que se celebró en el palacio de Buckingham el 23 de febrero, exigió comprar ropa para todos, excepto para Timmie, que, como era demasiado pequeño para que lo invitaran, tuvo que quedarse con mis padres. Robert estaba elegantísimo con su primer traje..., que no volvió a lucir, pues cuando se presentó otro acto de gala

ya le quedaba pequeño. Lucy, quien pasaba por una fase de marimacho, dejó muy claro que solo por una vez prescindiría de los habituales vaqueros y camiseta para ponerse un vestido y un abrigo.

A pesar de la crisis de última hora, salimos con tiempo suficiente rumbo al palacio. Sin embargo, no contábamos con que en el Mall nos encontraríamos un atasco monumental: parecía que toda la población se dirigía al palacio de Buckingham, de modo que el Mall tenía el mismo aspecto de premura frenética que las carreteras que llevaban a Heathrow. Igual que en el aeropuerto, casi todos los que llegaban se detenían a las puertas, pero nosotros teníamos el privilegio de cruzar aquellos portones ornamentados, y tantas veces vistos en la televisión, para entrar en otro mundo. Era un mundo que parecía operar en una escala de tiempo diferente de la nuestra; un mundo en el que todo funcionaba con una precisión cronométrica, pero donde nadie mostraba señales de nerviosismo o impaciencia. Una fría cortesía y un encanto natural eran el sello distintivo de todos los encuentros.

Al salir del coche, que, en medio del patio, de pronto parecía bochornosamente viejo, abollado y sucio, nos condujeron a una entrada diferente de la que usaban los demás y subimos varios pisos en un ascensor antiquísimo. Unos lacayos nos guiaron con amable rapidez por un laberinto de pasillos, donde pudimos detenernos un momento a mirar los muebles, los cuadros, los jarrones chinos y las vitrinas con exquisitos marfiles que cubrían las paredes. Cuando llegamos a la galería principal, nos separaron: llevaron a Robert y a Stephen al lugar donde aguardaban los héroes y heroínas nacionales, y a Lucy y a mí nos acomodaron en suntuosos sillones de color rosa en un lateral del magnífico salón de baile.

Había muchas cosas en que ocupar la atención mientras esperábamos a que comenzara la ceremonia. Enormes arañas de cristal centelleaban entre las ornamentaciones blancas y doradas. En un extremo del inmenso salón había una especie de templete de terciopelo rojo, bañado en una suave luz dorada, donde ancianos alabarderos de la Torre de Londres montaban guardia en el estrado donde se instalaría la reina. En un balcón del otro extremo, una banda militar tocó piezas festivas antes de atacar el himno nacional con la llegada de la monarca. Tras anunciarse con brío los actos de la mañana, la investidura adoptó una forma curiosamente familiar: combinaba las antiguas tradiciones de la entrega de premios escolares y de las ceremonias de graduación con la afición nacional al boato a gran escala. Un candidato tras otro salían de una hilera aparentemente infinita y avanzaban hasta su majestad la reina para vivir su momento de gloria. Lucy me dio un codazo sobresaltada al ver que un anciano alabardero situado detrás de la reina se desmayaba, víctima del calor, del peso del uniforme y de las horas pasadas de pie. Lo retiraron con discreción del escenario, con los pies por delante, sin que se interrumpiera la ceremonia.

Casi a la mitad del acto, Robert y Stephen aparecieron en la entrada lateral en espera de su turno y al verlos me estremecí de amor y orgullo. Cuando avanzaron

hasta el centro y torcieron en dirección a la reina, formaban una pareja impresionante: el indomable pero frágil científico hundido en la silla, con una sonrisa de oreja a oreja, acompañado de nuestro hijo, rubio, alto y tímido. Stephen tenía todo el derecho a sonreír de placer por sus logros. Puede que también sonriera por la paradoja: él, antaño un joven rebelde, iconoclasta y socialista, había sido propuesto por un gobierno conservador para que recibiera uno de los máximos honores de manos de la soberana y pasaba a formar parte del *establishment* que había despreciado con vehemencia.

Más tarde, durante la comida en un elegante hotel del centro de Londres, examinamos la medalla: una cruz de esmalte rojo y azul exquisitamente labrada que colgaba de una cinta roja con borde gris. La inscripción «Por Dios y el Imperio», como el palacio mismo, pertenecía a los misterios y la mitología de otros tiempos. Cuando leímos el folleto informativo que acompañaba a la «insignia» —su denominación oficial—, el único privilegio que nos pareció remotamente relevante para nosotros fue que Lucy, como hija de un comendador de la Orden del Imperio Británico, podía casarse en la capilla que esta tenía en la cripta de la catedral de San Pablo. «Esperemos que Lucy no se olvide de los zapatos», comentó lacónico Robert.

El *establishment* británico no era el único que estaba dispuesto a acoger a Stephen entre sus vástagos. Ya tenía la medalla papal, recibida en 1975, y en el otoño de 1981 lo invitaron a asistir a un congreso organizado por los jesuitas en la Academia Pontificia del Vaticano. La Academia Pontificia está formada por un grupo cerrado de eminentes científicos sin tacha que asesoran al Papa sobre cuestiones científicas. El congreso se convocó para poner al Papa al corriente de las investigaciones acerca del universo. En aquella época los enfermeros todavía no habían empezado a viajar con Stephen al extranjero, de modo que Bernard Whiting, el investigador posdoctoral que había estado trabajando con él, accedió a acompañarlo, interpretar su conferencia para el público y ayudarme a atenderlo.

Tras el nacimiento de Timothy, había regresado mi angustia a separarme de los niños y solo acepté ir a Roma si los llevaba conmigo: si no a Robert, para quien el colegio era ya un asunto serio, al menos a Lucy y a Timmie. Por suerte también nos acompañó Mary Whiting, que conocía bien Roma. Sin los Whiting, el viaje habría sido un desastre sin paliativos. El hotel Michelangelo, al parecer el más cercano al Vaticano, aunque quedaba por lo menos a veinte minutos de la sede del congreso, no servía comidas, ni siquiera desayunos. Tenía ascensor, pero para llegar a él había que subir un tramo de escaleras. Por si no bastara con eso, Roma sufría los estragos de unas lluvias catastróficas. Las mañanas amanecían luminosas y soleadas, y acompañábamos con alegría a Stephen al Vaticano. Pasábamos ante los guardias suizos de la puerta y atravesábamos el recinto hasta la residencia de Pío IV, un bello edificio rústico del Renacimiento, construido para el Papa en el siglo XVI. Más tarde sirvió para alojar a las mujeres que visitaban el Vaticano, y desde 1936 era la sede de la Academia Pontificia. Dejábamos a Stephen, contento ante perspectiva de defender

la postura de Galileo e informar a los cosmólogos papales de su visión revisada del universo, que no tenía principio ni fin, ni papel alguno para un Dios creador.

Hasta la hora en que se servía la comida en la Academia, la única comida buena del día, yo paseaba por los bosquecillos de laurel y los niños jugaban en los arroyos ornamentales que descendían por la colina. Pero las hermosas mañanas degeneraban en tardes bochornosas y encapotadas, con nubes majestuosas, dignas de Miguel Ángel, sobre la cúpula de San Pedro. De pronto reventaban espectacularmente entre relámpagos cegadores y truenos estruendosos, y los cielos seguían abriéndose hasta bien entrada la noche.

El Vaticano —una de las ciudades Estado más poderosas, dogmáticas y ricas que el mundo ha conocido— estaba presidido por un hombre cuyos atributos personales de santidad y valor no se ponían en duda, pero que pretendía limitar la libertad de pensamiento..., con la misma intransigencia con que los científicos ateos discutían nuestro derecho a preguntarnos «por qué» existe el universo. Y el hombre al que debería dirigirse la cuestión del «porqué» estaba ocupado diciéndoles a los científicos que no tenían derecho a plantearse el «cómo» de ciertos aspectos de la creación. Al término el congreso, el Papa pronunció un discurso en el que dijo a los asistentes que, si bien los científicos podían estudiar la evolución del universo, no debían preguntarse lo que ocurrió en el momento de la creación —el *Big Bang*—, y mucho menos lo que había ocurrido antes, pues eso era dominio de Dios. Ni a Stephen ni a mí nos impresionaron aquellas palabras: nos recordaban demasiado las actitudes que habían llevado al arresto y confinamiento de Galileo trescientos años atrás. La Iglesia apenas empezaba a aceptar los descubrimientos de Galileo. Se percibía que la avergonzaba que las teorías de este hubieran estado prohibidas durante tanto tiempo. Aunque los tenían guardados bajo siete llaves, sacaron sin dilación, casi con aire de disculpa, los documentos referentes al caso de Galileo para que Stephen los examinara, como si fuera un descuido que nadie hubiera pensado antes en rehabilitar la reputación del científico del Renacimiento. No obstante, la declaración papal indicaba que la Iglesia todavía pretendía restringir el pensamiento, con lo que daba la innegable impresión de que no había aprendido las lecciones de aquellos trescientos años.

## Retorno a la armonía

La música, a través de la cual había regresado al seno de la Iglesia anglicana, había abierto las puertas para mi renacimiento y crecimiento espiritual y, gracias a Mary Whiting, retomé las clases de canto poco después de que naciera Timothy. Ella me suplicó literalmente que le dejara llevarlo a pasear una vez a la semana, con la esperanza de que el contacto con bebés la ayudara a tener uno propio. Así pues, los miércoles por la tarde, aunque a menudo estaba cansada, iba a las clases de Nigel Wickens, quien sabía hasta qué punto absorbía ser padre después del nacimiento de su hija Laura. Bajo su dirección y con el sensible acompañamiento de Jonathan, siempre que los compromisos docentes se lo permitían, volví a disfrutar de Schubert, Schumann, Brahms y Mozart. Cada uno a su manera, intensificaban y después aplacaban las emociones que competían en lo más hondo de mi ser. Entretanto Mary y Tim daban de comer a los patos, paseaban por el parque, se columpiaban y se hartaban de helado.

Se me brindaban numerosas oportunidades de interpretar mi repertorio de solista en conciertos benéficos de las organizaciones que Stephen y yo apoyábamos, y a veces me llamaban para que llenara los huecos de otros programas. Fue así como mi carrera de cantante alcanzó su apogeo en el verano de 1982, cuando interpreté varias canciones en la capilla del King's College a modo de interludio en un recital de órgano que Jonathan ofrecía para un congreso de medicina. La confianza que tenía tanto en mi voz como en mi capacidad de aprender música deprisa había aumentado, hasta el punto de que pensé que había llegado la hora de ampliar mis horizontes incorporándome a un orfeón. Podía plantearme dar ese paso porque gozaba de una libertad sin precedentes. Mientras Stephen disfrutaba de su merecida fama internacional, los primeros años de la década de los ochenta fueron testigos de mi transformación. Por una parte, el equipo de enfermeros me libraba del desgaste físico constante que antes consumía toda mi energía. Por otra, gracias al firme apoyo de Jonathan y a su dedicación a toda la familia, salieron a la luz facetas que tenía reprimidas desde hacía tiempo, relegadas a un rincón oscuro en mi lucha diaria. Ya no tenía por qué vivir a medias. Empezaba a experimentar la plenitud de la vida por mí misma; comprendí que la arena que me había resbalado entre los dedos en la playa de Santa Bárbara hacía años no había significado, con el paso del tiempo, el fin de mis aspiraciones personales.

En un concierto que tuvo lugar en la iglesia universitaria de Santa María la Mayor encontré la clase de coro que buscaba: un grupo variopinto de personas, de todas las edades y condiciones, con un repertorio amplio y la ambición de alcanzar un nivel elevado. Stephen Armstrong, el joven y dinámico director, graduado hacía poco en la Universidad de Cambridge, me aceptó, y a partir de entonces asistí a los ensayos

semanales, lo cual me exigía una intensa aplicación durante dos horas ininterrumpidas al final de una larga jornada y estudiar bastante en los días intermedios. Cuando había actuación, por lo general los sábados, el ritmo era frenético. Con actuación o sin ella, había que dar de comer y atender a la familia, y el ensayo general era siempre agotador. El concierto en sí acababa en un suspiro y el trabajo de ocho semanas se esfumaba en una sola tarde; unas veces nos quedábamos con una exaltada sensación de euforia por las frases que nos habían salido excepcionalmente bien, y otras con un resabio de frustración porque algunas no habían sonado como esperábamos. Los conciertos se sucedían con rápidos cambios de idioma y estilo musical, de la época barroca a la moderna pasando por los períodos clásico y romántico. De Bach a Benjamin Britten, el júbilo tras cada función bien interpretada era embriagador. Me daba igual lo que cantáramos: cada nueva obra, cada nuevo compositor, se convertía en mi gran favorito mientras duraban los ensayos y el concierto, que me proporcionaban una síntesis intemporal del frágil patetismo de nuestra vida y transformaban la dolorosa intensidad de mis emociones en reconfortante espiritualidad.

En aquella época, cuando la suerte me sonreía, mi madre cayó gravemente enferma. Hacía poco ella y Jack, el único primo que le quedaba, habían estado muy preocupados por la tía Effie, que ya pasaba de los noventa. Y yo sabía que, sin ir más lejos, mi hogar era un claro foco de constante inquietud que podía haber exacerbado su enfermedad. Al menos, gracias al gran cambio que se había producido en nuestra situación con la llegada del equipo de enfermeros de Nikki, pude ofrecer cierto apoyo moral a mis padres en aquel momento crítico e intentar corresponder a las atenciones que habían tenido con nosotros durante tanto tiempo. Asimismo, las nuevas circunstancias significaban que, al estar menos agobiada y cansada, podía prestar más atención a mis hijos. El bebé se había convertido en un niño con una gracia irresistible, observador, curioso hasta la saciedad, rebosante de pícaro vitalidad. Con dieciocho meses había empezado a experimentar una fascinación precoz por la astronomía. Al anochecer, contemplaba el curso de la luna sentado en la trona de la cocina, sin prestar atención al importante asunto de su cena. Conforme la luna se desplazaba por el cielo —y por la ventana—, se impacientaba, hasta que al final gritaba para que le desatara las correas. Cuando la luna dejaba de verse, corría al salón muy agitado y esperaba la reaparición de los rayos blancos en las ventanas saledizas. Para él, todas las noches eran un momento de expectación, hasta que la luna menguaba y lo dejaba abandonado en la oscuridad del desconcierto y la desilusión. Más adelante, con veintidós meses, demostró tener una conciencia poética aunque poco científica de otro fenómeno natural. Una fría tarde de febrero de 1980, al ver caer enormes copos de nieve, blancos y delicadamente geométricos sobre el fondo del cielo plomizo, corrió a la ventana del salón gritando: «¡Veo trellas! ¡Veo trellas!» («trellas» era su forma de decir «estrellas»). Se puso a dar brincos de entusiasmo repitiendo aquel estribillo al son de la música callada de las

constelaciones que caían lentamente.

La vitalidad de Tim era adorable pero, si me descuidaba un momento, podía llevarlo a acometer proezas potencialmente peligrosas para imitar la independencia de sus hermanos. Un par de semanas antes de que cumpliera los dos años, yo estaba preparando la cena en la cocina cuando de pronto me pareció que reinaba un silencio anormal en casa. No oía ninguno de los ruidos que los niños hacen al jugar: coches de juguete rodando por el suelo, redobles de tambor, parloteos y risas. La sangre se me heló en las venas con aquel silencio terrible. Corrí a la puerta principal y la encontré abierta de par en par. Timmie se había fugado.

Me quedé en la entrada, paralizada por la indecisión, sin saber hacia dónde ir. ¿Había corrido Timmie carretera abajo en dirección al río o habría rodeado la casa para ir al jardín? Los trabajadores del college, que estaban a punto de terminar la jornada laboral, me oyeron llamarlo desesperada y acudieron a ayudarme. Al final Pat, uno de los encargados de mantenimiento, me aconsejó juiciosamente que telefonara a la policía. Los latidos del corazón me resonaban en los oídos cuando, con Pat a mi lado, marqué el número de emergencias. Me disgustó que el agente que atendió la llamada reaccionara con tanta parsimonia. No parecía ser consciente de la gravedad de la situación.

—Espere un momento, señora —dijo con tono alegre. Al cabo de un momento volvió a ponerse al aparato—. ¿Puede describirme a su hijo y decirme cómo va vestido? —preguntó con la misma irritante jovialidad de antes.

—Pelo rubio, ojos azules, camiseta azul y pantalones verdes —respondí, muerta de preocupación.

—Eso es —repuso el policía—. Tenemos un niño en un coche patrulla pero, como no sabe decirnos dónde vive, el agente está dando vueltas con la esperanza de encontrar a la madre.

Timmie llegó a casa acompañado de una policía y de la amable mujer que lo había cogido justo cuando ponía los pies en la carretera, resuelto, según parecía, a ir a visitar a su madrina, Joy Cadbury. Aquella misma amable mujer había tenido sentado en el regazo a mi tesoro, rubio, azul, verde y bastante mojado, antes de devolverlo a mis temblorosos brazos.

Aunque precisaban menos mi presencia física, los dos hijos mayores necesitaban mucha comprensión. Robert parecía destinado a ser un chico solitario, con pocos amigos, y el cambio a un centro de educación secundaria separó a Lucy de su querida pandilla, a la que conocía desde que era pequeña. Como Robert había estudiado en un colegio privado gracias a su herencia, pensamos que no podíamos hacer menos por Lucy, pero ella fue la única de su curso que se matriculó en la escuela Perse femenina. Le regalamos un gatito para que se consolara y distrajera. Stephen decidió que era el momento de escribir un libro divulgativo sobre su ciencia —el estudio de los orígenes del universo—, en un lenguaje sencillo, sin las barreras de la jerga y las ecuaciones, con la esperanza de que ayudara a sufragar los gastos escolares de Lucy.

Yo lo había animado muchas veces a afrontar el reto de explicar sus investigaciones, con el argumento de que me sería provechosa la lectura, al igual que a los contribuyentes en general, dado que financiaban las investigaciones a través de fondos del gobierno.

A veces Robert y Lucy me acompañaban a San Marcos, donde, con su inagotable imaginación, Bill Loveless seguía congregando a personas de todos los gustos y edades. No solo mantenía a los feligreses de Newnham despiertos moral e intelectualmente con sus análisis mensuales del estado de la nación, sino que además realizaba un esfuerzo ingente para atraer a las familias a la parroquia con la misa familiar. Aquella misa, siempre entretenida, a veces imprevisible en las reacciones que podía provocar, influyó a toda una generación de niños y jóvenes en una época cada vez más laica. A Lucy, que siempre hacía algo, ya fuera encender o apagar los cirios del altar, ocuparse de la lectura, participar en los concursos o actuar en diversas dramatizaciones, le encantaba. Un domingo que dejé a mis hijos dormitando perezosamente en casa, Bill anunció la primera sesión de un nuevo club juvenil, que iban a dirigir ordenandos del seminario local y que combinaría deportes, juegos y debates serios. Robert mostró poco interés cuando se lo comenté, pero accedió a regañadientes a asistir aquella tarde, solo para complacerme. A las siete lo llevé a la casa del párroco y le prometí que lo esperaría diez minutos en el coche, por si no le gustaba. Le gustó tanto que me fui a casa sola tras la espera de diez minutos y en adelante no se perdió ni una sola sesión. Se encontró con viejos conocidos de la escuela primaria e hizo amigos de ambos sexos. A partir de aquel día formaron un grupo cohesionado y leal, lo que le ayudó a desarrollar la confianza y la sociabilidad que tanto le había costado mostrar hasta entonces. Al cabo de solo dos semanas, se tropezó con Bill Loveless al salir del colegio, cuando regresaba a casa en bicicleta, y le dijo que quería hacer la confirmación. Bill se convirtió en un amigo fiel y mentor tanto de Robert como de Lucy. A menudo los tranquilizaba y les explicaba con delicadeza las complejidades de la vida adulta cuando las anomalías del entorno de los chicos —ya fuera el azote de la enfermedad de Stephen o el carácter poco convencional de la presencia de Jonathan en la familia— perturbaban las nociones preconcebidas e idealizadas que tenían de cómo deberían ser los padres y la vida familiar.

En la relativa armonía de aquella época, mi relación con Stephen entró en una nueva fase en la que cesó nuestra tendencia a adoptar los papeles de amo y esclava. Volvíamos a ser compañeros e iguales, como en las campañas en las que habíamos participado durante los años sesenta y principios de los setenta. El símbolo de la paz que Stephen lucía a menudo en la solapa en los programas de televisión solo era un botón de muestra de las causas que defendíamos juntos. El inexorable aumento de las armas nucleares, del que Rob Donovan nos había advertido de forma estremecedora a principios de los años setenta, había dado paso a una carrera armamentista en toda regla, una descabellada competición sin control entre el Este y el Oeste para llegar

cuanto antes a la guerra del fin del mundo y aniquilar a todos los seres vivos del planeta. La Campaña por el Desarme Nuclear se convirtió una vez más en una fuerza de carácter nacional y surgieron grupos locales por todo el país.

El nuestro, Newnham Contra la Bomba, se reunía una vez al mes en casa de Alice Roughton, una médica jubilada. Enérgica y generosa, firme en sus convicciones y legendaria por su excentricidad, se decía que servía estofado de ardilla y ortigas a los invitados a sus cenas. Su marido tenía fama de preferir el cobertizo del jardín a la casa. Los diez o doce miembros de Newnham Contra la Bomba nos sentábamos alrededor del humeante fuego y, con un vaso de ponche caliente entre las manos, escuchábamos las presentaciones de oradores bien informados pero pesimistas. Luego hablábamos y proyectábamos estrategias para frenar la carrera armamentista. Las perspectivas no eran alentadoras. A fin de cuentas, nos enfrentábamos a los complejos de la industria militar de las dos superpotencias. Nos consolaba un poco el hecho de intentarlo al menos y, en todo caso, Stephen y yo estábamos acostumbrados a representar el papel de David contra muchos Goliat monolíticos.

Juntos redactamos una carta que mandamos a nuestros amigos de todo el mundo, en especial de Estados Unidos y la Unión Soviética. Los exhortábamos a protestar contra la escalada nuclear, que amenazaba con destruir la población del hemisferio norte y producir tanta radiación que las posibilidades para la vida que quedara en el resto de la tierra serían mínimas. Señalábamos que había cuatro toneladas de explosivos de gran potencia por cada hombre, mujer y niño del planeta, y que el riesgo de que un error de cálculo o un fallo informático desencadenara una guerra nuclear era tan elevado que resultaba inaceptable. Stephen esgrimió los mismos argumentos en el discurso que pronunció en el Instituto Franklin de Filadelfia al recibir la Medalla Franklin en 1981. Observó que los mamíferos habían tardado unos cuatro mil millones de años en evolucionar y el hombre unos cuatro millones, y que nuestra civilización científica y tecnológica había tardado unos cuatrocientos en desarrollarse. En los cuarenta años anteriores, se había avanzado tanto en el conocimiento de las cuatro interacciones fundamentales de la física que existía la posibilidad real de elaborar una teoría unificada que describiera cuanto había en el universo. Pero todo desaparecería en menos de cuarenta minutos si se produjera una catástrofe nuclear, y la probabilidad de que tuviera lugar, por accidente o a propósito, era pavorosamente alta. Por último afirmó que este era el problema fundamental al que se enfrentaba nuestra sociedad y que revestía mucha mayor importancia que cualquier cuestión ideológica o territorial.

Expusimos más o menos los mismos argumentos en un banquete celebrado en el University College de Oxford donde conocimos al general Bernard Rogers, que había estudiado en la Universidad de Oxford con una beca Rhodes y era comandante supremo de las Fuerzas Aliadas en Europa. Después de la comida, cuando se disponía a abandonar la mesa, Stephen le cerró el paso con la silla de ruedas. El general escuchó con consideración el discurso que, con cierta vergüenza, pronuncié en

nombre de Newnham Contra la Bomba. A continuación reconoció cortésmente que él mismo estaba muy preocupado por la situación y que de hecho había entablado conversaciones con su homólogo soviético. Al cabo de unos pocos años, los rápidos cambios políticos y económicos que tuvieron lugar al otro lado del telón de acero pesaron más que nuestros esfuerzos. Nunca sabremos si nuestras modestas protestas individuales y grupales tuvieron siquiera un mínimo impacto en el curso de la historia, si alguna de nuestras cartas alcanzó su objetivo o si nuestros mensajes llegaron a influir en los gobiernos del Este o del Oeste.

Más cerca de casa, nuestras campañas se centraban en cuestiones menos apocalípticas, aunque eran igual de apasionadas, sobre todo cuando guardaban relación con los derechos de los discapacitados. Los colleges de Cambridge mostraron una extraordinaria lentitud en la aplicación de la Ley de Personas Discapacitadas —cuya primera formulación se había incorporado al código legal en 1970—, de tal modo que en la década de los ochenta aún se proyectaban edificios que no preveían accesos para las personas con problemas de movilidad. Uno de ellos, el Clare College, a menos de cien yardas de nuestra casa, lanzó una campaña destinada a recaudar fondos para financiar la construcción de un edificio que albergaría una biblioteca y un salón de actos; se anunciaba como un espacio público, pero no tenía previsto ningún acceso para discapacitados. Denunciamos enérgicamente aquella postura hipócrita en los medios de comunicación y nos encontramos con comentarios como: «Si Stephen Hawking quiere un ascensor para discapacitados, que lo pague él». Cuando lord Snowdon, que fue a fotografiar a Stephen para una revista de moda, habló de nuestra causa en la radio, el college se vio obligado a claudicar.

Stephen y yo —y Jonathan— habíamos colaborado en las actividades para recaudar fondos que organizaba la Asociación de la Enfermedad de la Motoneurona desde su fundación, en 1979. Desde hacía cierto tiempo Stephen, en calidad de representante de los pacientes, y yo asistíamos a reuniones y congresos. A principios de los ochenta, la Fundación Leonard Cheshire le pidió que ocupara el cargo de vicepresidente y, en octubre de 1982, me invitó a formar parte del comité encargado de recaudar fondos para transformar una casa victoriana de Brampton, localidad próxima a Huntingdon, en una residencia para discapacitados de la fundación. Asistí a reuniones mensuales en Huntingdon y pronto descubrí que mi zona de captación de fondos no era otra que la Universidad de Cambridge: todos los colleges de la universidad y todos los investigadores de cada college. Provista de una copia del registro de la universidad, mi labor consistía en examinar a centenares de posibles benefactores y enviarles una carta personal para pedirles ayuda antes del lanzamiento público de la campaña en el verano de 1984. El inicio de esta en Hinchingsbrooke House parecía prometedor pero, por desgracia para la fundación, coincidió con una huelga de correos de seis semanas en un momento poco propicio para las organizaciones benéficas nacionales, ya que la conciencia del país se centraba en las espeluznantes imágenes de la hambruna en África que salían a diario en la televisión.

Por consiguiente, se tardaron muchos años en conseguir los fondos necesarios para abrir la residencia. No obstante, para Stephen y para mí aquellas campañas eran una actividad positiva que nos unía al brindarnos un cometido común... fuera de la física.

## Asuntos pendientes

A principios de los años ochenta había dos asuntos pendientes en mi vida que debía resolver. El primero y más importante era la tesis. Se me convocó en Westfield para realizar el examen oral en junio de 1980, en presencia de Stephen Harvey, el profesor de español del King's College, y mi director, Alan Deyermond.

En el examen, tensa y con la vista reducida porque había perdido una lentilla en el viaje a Londres, fui saliendo del paso hasta que, con una sonrisa pícaro, Stephen Harvey me preguntó si había leído un libro de David Lodge. Un poco sorprendida, le escudriñé la cara buscando pistas de sus intenciones. Sin duda no se refería a *Intercambios*, la hilarante historia de un intercambio académico entre Philip Swallow, de la Universidad de Rummidge (trasunto de Birmingham), y Maurice Zapp, de la Universidad del Estado de Euforia (trasunto de Berkeley), ¿verdad? No veía ni la más remota conexión entre *Intercambios* y la poesía medieval española; aun así, me armé de valor para preguntarle si se refería a alguna de las novelas de David Lodge. «No, no —respondió—. Hablo de *The Modes of Modern Writing*». Hube de reconocer que no lo había leído. Luego el examen transcurrió en un ambiente más relajado. Más adelante Alan Deyermond confesó que no había leído *Intercambios*.

La primavera siguiente, Jonathan y Stephen, que me había comprado la holgada toga roja de los doctores en filosofía y letras, me acompañaron al Albert Hall y aguantaron con suma paciencia la larguísima ceremonia. Era el final de un viaje largo y arduo. El hecho de que terminara en un callejón sin salida carecía de importancia. Desde luego no abrigaba muchas esperanzas de conseguir una plaza docente, ni siquiera clases de doctorado pagadas por horas, en la Universidad de Cambridge, porque cuando pregunté tímidamente si había alguna posibilidad de entrar en el Departamento de Español solo obtuve por respuesta un educado silencio.

La oportunidad de tener una ocupación, aunque no una carrera profesional, surgió de forma inesperada y se centró en mi otra lengua, el francés, que yo había descubierto con cierta perplejidad en la etiqueta de un frasco de salsa HP cuando tenía tres o cuatro años. Por suerte, la fascinación por el francés que despertó la salsa HP, junto con una enseñanza amable durante la primera infancia, había sido lo bastante fuerte para pesar más que el poderoso efecto disuasorio de la señorita Leather, la flaca y adusta profesora de francés de secundaria, que siempre imponía «cincuenta verbos franceses» como castigo favorito. En su nota necrológica se decía que podía mantener a toda una clase en perfecto silencio, incluso en su ausencia.

A principios de los ochenta, cuando yo acababa de terminar la tesis y Lucy y sus compañeras estaban ilusionadas con aprender francés en el colegio, la enseñanza de idiomas se suprimió del plan de estudios, víctima de las medidas económicas del gobierno conservador. Una de mis muy apreciadas amigas de entre las madres de la

escuela, Christine Putnis, australiana y madre de una familia numerosa con hijos inteligentes, nos convenció a Ros Mays, otra madre, y a mí de que enseñáramos francés a un grupo de niños después de las clases. Con cierta inquietud, pusimos en marcha un proyecto que duraría diez años. Todos los lunes por la tarde, tras recibir a nuestros alumnos con refrescos y galletas, los sometíamos a una hora de aprendizaje intensivo, disfrazado ingeniosamente en forma de rompecabezas, juegos, canciones, dibujos y cuentos.

Cuando empezaba sentirme lo bastante segura para dar clases, tanto de francés como de español, de una forma más reglada, otro encuentro en la entrada de la escuela me brindó una oportunidad de oro. Otra madre me puso en contacto con un instituto de bachillerato privado fundado hacía poco en el que ella trabajaba: el Cambridge Centre for Sixth-Form Studies (también conocido como CCSS). En la entrevista informal con el director, me sorprendí accediendo a preparar a estudiantes que deseaban entrar en las universidades de Cambridge y Oxford, una propuesta desafiante, que además supuse que podía ser una especie de prueba de iniciación para mí. Si lograba que los alumnos entraran en dichas universidades, probablemente también se me aceptaría a mí. Las ventajas eran que podía escoger el horario y dar las clases en casa, ya que el centro disponía de poco espacio.

Me pasé horas revisando antiguos exámenes de acceso en la biblioteca universitaria, elaborando programas y reflexionando sobre las cuestiones morales y filosóficas que se planteaban en el examen general, que, de un modo u otro, giraban en torno a los rompecabezas filosóficos y lingüísticos que tanto le gustaban a Bertrand Russell, como estos: «Hay un barbero que afeita a todos los hombres que no se afeitan a sí mismos. ¿Quién afeita al barbero?» y «Toda generalización es falsa». Los epigramas también eran muy apreciados por los examinadores, quienes hallaban un buen surtido en las obras de Oscar Wilde: «La verdad rara vez es pura y nunca es simple», por ejemplo. Estas frases se mezclaban con títulos de redacciones que invitaban a reflexionar sobre la ética de la disuasión nuclear o los valores positivos o negativos de la ciencia; por ejemplo: «La genialidad de Einstein conduce a Hiroshima». Todos estos temas y muchos otros parecidos alimentaron mi cerebro, ávido de conocimiento.

Tras abrir el apetito con los exámenes de acceso a la universidad, pasé a devorar el plan de estudios de bachillerato. Gramática, traducciones, ejercicios de comprensión, textos literarios, todos requerían horas de reflexión, preparación y revisión, pero fueron un suntuoso banquete con el que nutrí mi voraz intelecto. Además, descubrí que disfrutaba con la docencia y que simpatizaba con los chicos de dieciséis a dieciocho años. Como los alumnos tenían una edad parecida a la de uno u otro de mis hijos, había una afinidad natural entre los adolescentes de esas edades y yo, y enseguida descubrí que hasta los más rebeldes reaccionaban si recibían un trato amable. Muchos de ellos habían entrado en un internado a los seis años y, antes de cumplir los dieciséis, ya habían manifestado su frustración de forma visible y, en

consecuencia, habían sido expulsados. Ahora se les ofrecía una segunda oportunidad y había que ayudarles a aprovecharla sin presionarlos. También había un grupo de alumnos extranjeros, muchos de ellos plurilingües, cuyos padres querían que recibieran una formación inglesa con la seguridad que brindaba una residencia de estudiantes. Aquellos alumnos solían ser los más motivados y los más estimulantes, aunque, debido a su procedencia multinacional, a menudo dudaban de su verdadera identidad nacional y carecían de fluidez en la escritura de los idiomas que hablaban. Lo mejor del bachillerato era que enseñaba a los alumnos a pensar por sí mismos de forma analítica y crítica e iniciaba en la literatura a personas que quizá no habían leído un solo libro en toda su vida. Yo sentía una satisfacción especial cuando un alumno, tras estudiar dos años conmigo, me daba las gracias por haberle descubierto los placeres de la lectura.

La alegría era aún mayor cuando uno de esos alumnos agradecidos era disléxico. Yo conocía tan bien, por mi propia familia, la multitud de problemas relacionados con dicho trastorno que sabía que podía brindar un apoyo especial. En un sistema educativo carente de comprensión, fuera público o privado, los profesores que tenían en clase alumnos disléxicos, como mis hijos varones, solían decirles que eran torpes, tontos o vagos y los mandaban a la última fila. Los disléxicos no son tontos. Por lo general tienen un cociente intelectual más alto que el resto de la población, pero en su cerebro, más desarrollado de lo habitual, no queda espacio para alguna de las otras facultades, normalmente las relacionadas con el lenguaje o la memoria a corto plazo. Un niño inteligente con una capacidad de comunicación limitada a quien el profesor manda a la última fila se convierte en un niño frustrado que necesita que le enseñen con paciencia y consideración para poder recuperar la autoestima y expresar su inteligencia latente.

Dar unas horas de clase en casa cuando a mí me conviniera era ideal. Lee Pearson, una chica dulce y responsable que sustituyó a Kikki, se hacía cargo de Timmie por las mañanas mientras yo enseñaba. Los alumnos llegaban justo después de que Stephen se fuera a trabajar y, cuando sonaba el timbre, yo solo tenía que quitarme el delantal antes de abrir la puerta. Me sentía sumamente feliz: las aptitudes que tenía que ofrecer comenzaban a movilizarse. Me gané el respeto de los alumnos y descubrí poco a poco mi identidad profesional conforme despertaba del coma intelectual.

## 15

# Viajes

Aunque dar clases, primero a principiantes y luego a estudiantes de bachillerato, me había ayudado a desarrollar la autoestima, aún tenía un asunto pendiente, el único obstáculo importante para volver a ser yo misma: el miedo a volar. Esta fobia me había privado de muchas emocionantes oportunidades de acompañar a Stephen: a California a mediados del invierno; a Creta en primavera; a Nueva York en un Concorde. Me había obligado a inventar pretextos cuya falsedad saltaba a la vista, porque cualquier propuesta de viaje aéreo me daba escalofríos, de modo que me ponía de inmediato a la defensiva. Había ocasionado tensiones en casa y me había hecho muy infeliz. Estaba desesperada por hallar una cura.

Por eso sentí una enorme alegría cuando, en el invierno de 1981, hojeando distraídamente una revista en la sala de espera del dentista, encontré una referencia a una clínica donde se consideraba sin tapujos que la fobia a volar era una enfermedad tratable. Mis pesquisas y una carta de mi médico de familia me permitieron ponerme en contacto con la clínica York del hospital Guy, de Londres, donde el señor Maurice Yaffe, un psicólogo con años de experiencia, trataba a los pacientes, en consulta privada o en grupos a cargo del Servicio Nacional de Salud, con diversas técnicas. Maurice Yaffe no parecía médico: su carácter y sus modales eran más bien los de un sabio despistado; jamás decía la palabra «fobia», sino «dificultad». Conforme nos transmitía su entusiasmo por el placer de viajar barato en avión, los pacientes adoptábamos una perspectiva que nos animaba a centrarnos en los encantos de París, Roma o Nueva York en vez de pensar en la angustia del viaje. A continuación, un curso muy básico de aerodinámica dejó muy claro a los más escépticos que los aviones estaban concebidos para volar. Por último, Maurice Yaffe nos enseñó su propio invento: un simulador de una cabina de pasajeros, instalado en una pequeña habitación del sótano del hospital Guy. Unos minutos después de ocupar nuestros asientos en el simulador, despegamos con rumbo a Manchester: a Manchester porque la película de vídeo que aparecía en la ventanilla era de un vuelo a esa ciudad, con todos los sonidos y sensaciones propios del despegue y el trayecto. Tras el pánico inicial y una docena de vuelos a Manchester, la experiencia se volvió tan tediosa que me olvidé del miedo y empecé a relajarme. El curso culminó con un fin de semana en París, organizado hasta el último detalle por Maurice Yaffe, aunque, naturalmente, no costado por el Servicio Nacional de Salud.

Ya estaba lista para volver a viajar tanto al este como al oeste. Pensando en su futuro laboral, Lucy había empezado a estudiar ruso. Con la perspectiva del tiempo, es evidente que no fue una buena decisión porque, pese a la época de cambios, no le permitió tener una brillante trayectoria profesional y solo le causó mucha frustración. No obstante, los rigores de estudiar eslavo eclesiástico del siglo XVII en Oxford y un

invierno pasado en Moscú con las privaciones de 1992 aún quedaban muy lejos cuando, en octubre de 1984, con ocasión de un congreso, las dos viajamos a esa ciudad con su padre y un equipo de enfermeros. Los intentos de Lucy de hablar ruso fueron acogidos con entusiasta satisfacción, sobre todo cuando se levantó para proponer un breve brindis por *mir i drujba* (la paz y la amistad) en el último banquete del congreso. Era uno de esos banquetes rusos cuyos entremeses son espléndidos — caviar, pescado y carne ahumados, frutos secos, encurtidos y, por supuesto, el omnipresente pepino—, y que duran horas, interrumpidos por brindis y discursos. El segundo plato, el habitual trozo de carne no identificable con puré de patata, llegó a las mesas en el momento en que todos nos marchábamos.

Once años antes, nuestras amistades habían mostrado una extrema cautela al tratar con nosotros. Ahora parecía que los funcionarios les importaran un comino. El joven guía que mandaron para que «cuidara» de Lucy y de mí estaba mucho más interesado en acompañarnos a comprar ropa con nuestras fuertes divisas en las tiendas a las que teníamos acceso que en dirigir nuestros movimientos. Dos de los colegas de Stephen con los que él tenía más amistad, Renata Galosh y su marido, Andréi Linde, nos invitaron sin rebozo a cenar en su pequeño piso, en las afueras de Moscú. Nos ofrecieron una comida deliciosa, en parte por su buena amistad con el director de un restaurante y en parte por las conservas que Renata preparaba en su dacha, entre ellas las de fresa, que exprimía para hacer zumo.

Aunque tenía más o menos controlada la fobia a volar, me resultaba imposible acompañar a Stephen en todas y cada una de sus expediciones internacionales: viajar se había convertido en una obsesión para él y a menudo parecía que pasaba más tiempo en el aire que en tierra firme. Le costó aceptar que, dejando aparte a Lucy y a Tim, yo no estaba dispuesta a abandonar ni a Robert ni a mis alumnos en la primavera de 1985, ya cerca de los exámenes, período que él había reservado para emprender un largo viaje por China. Bernard Carr y Iolanta, una de las enfermeras, se pusieron al frente con valentía: lo subieron y bajaron de aviones y trenes y empujaron animosamente la silla de ruedas por la Gran Muralla. Regresaron agotados, y Stephen tampoco volvió con muy buena salud, aunque estaba exultante por la hazaña. Tosía a menudo y parecía ser incluso más sensible a los agentes irritantes de los alimentos. Pasé muchas noches abrazándolo, tratando de mitigar el pánico que, por sí solo, provocaba ataques de asfixia aún peores.

No obstante, las vacaciones de verano prometían ser tranquilas. Íbamos a pasar todo el mes de agosto en Ginebra, donde Stephen pensaba intercambiar opiniones con los físicos de partículas del CERN y nosotros disfrutaríamos de los alrededores del lago Lemán. En el CERN, Stephen trabajaría en las implicaciones que para la dirección de la flecha del tiempo tenían la teoría cuántica y las observaciones obtenidas del acelerador de partículas. Era un tema sobre el que había hablado largo y tendido, con la ayuda de Robert, a la Sociedad Astronómica de la escuela Perse. Fue durante aquella conferencia cuando me percaté con resignación de que la física se

había vuelto tan abstracta que, incluso explicada por medio de imágenes, escapaba por completo a mi comprensión. Ninguna cantidad de películas pasadas al revés donde tazas y platos rotos regresaban a la mesa y se recomponían por sí solos lograría convencerme de que la dirección del tiempo podía invertirse. Esa hipótesis tenía la capacidad potencial de cambiar el curso de la historia de la humanidad si los visitantes del futuro podían intervenir en el pasado. No obstante, al parecer era fundamental demostrar matemáticamente que no se trataba de una posibilidad, dado que la prueba aseguraría que nada podía desplazarse a mayor velocidad que la luz.

Pese a los viajes de Stephen en el tiempo y el espacio, fue un buen verano. Lucy realizó su primer intercambio de francés con una chica bretona cuyo padre, que era barquero, había ganado la lotería, de modo que lo festejaron. Robert puso la guinda celebrando su decimoctavo cumpleaños, justo antes del comienzo de los exámenes, con una céilidh —una fiesta con danzas tradicionales gaélicas— en el jardín una cálida noche de luna llena. También hubo conciertos de todo tipo, corales e instrumentales, recitales e incluso un concierto de música pop en el Albert Hall para celebrar el sexto cumpleaños de Tim, ya que se había convertido en un gran admirador de la banda Sky y dedicaba todas las horas del día a imitar con brío sus tremendos redobles de batería. Un concierto no programado y muy distinto se celebró en nuestro jardín trasero un domingo de principios de julio: en el momento en que Stephen y yo llegábamos a casa después de una excursión al Suffolk medieval con los participantes del congreso de física de aquel verano, las luces del auditorio de la universidad, que estaba en nuestra misma calle, se apagaron. Jonathan iba a tocar el clavicémbalo esa noche y nos dio la mala noticia. Como hacía buen tiempo y no amenazaba lluvia, la solución más lógica fue que los músicos colocaran los instrumentos en el césped y que el público se agrupara a su alrededor, sentado en las alfombras, cojines y estereras que logramos reunir.

Jonathan, que tocaba a menudo con orquestas modernas y de músicos aficionados como la que actuó en nuestro jardín, se quejaba desde hacía tiempo de que no se interpretara auténtica música barroca en Cambridge, donde muchos jóvenes clavecinistas prometedores se disputaban las pocas oportunidades que surgían. Por otra parte, estaba demasiado lejos de Londres para introducirse en su escena musical. De no haber sido por su compromiso con nosotros, sobre todo conmigo, sin duda se hubiera ido a vivir a Londres, donde lo habría tenido mucho más fácil. La única opción era que formara su propia orquesta, pero se trataba de un reto formidable por el tiempo, la dedicación y el dinero que requería. Estaba tan frustrado por su aislamiento musical y deseaba tanto tocar en un conjunto que, cuando en la primavera de 1984 ingresó en el hospital para someterse a una operación, decidí tomar cartas en el asunto. Primero reservé el auditorio de la universidad por teléfono y a continuación llamé a varios contactos y contraté una orquesta pequeña pero completa de músicos barrocos. Cuando Jonathan despertó de la anestesia, se enteró de que, durante su breve ausencia del mundo consciente, lo habían nombrado director de la recién

formada Cambridge Baroque Camerata, cuyo concierto inaugural se celebraría el 24 de junio. Las semanas que faltaban para esa fecha, que también fueron las semanas de su convalecencia, se dedicaron a planificar, programar y hacer publicidad a un ritmo frenético.

La noche del concierto Robert se ocupó de la taquilla, Lucy vendió programas y diversos amigos actuaron de acomodadores mientras yo corría de un lado a otro haciendo de enlace entre la sala y los camerinos y atendiendo a Stephen, que estaba a un lado del escenario. Fue una gran sorpresa ver que la cola para comprar entradas llegaba hasta el patio. Contamos a todos los asistentes conforme entraban en el auditorio, dado que llenar la sala era crucial para el éxito económico de la empresa. «Éxito económico» no significaba obtener beneficios, sino meramente cubrir gastos. Se ocuparon todas las butacas y la actuación, titulada *La trompeta sonará*, recibió aplausos entusiastas. Animada por el éxito del concierto de 1984, la Cambridge Baroque Camerata se atrevió a subir otra vez al escenario en 1985 con un programa para celebrar el tricentenario de los nacimientos de Bach, Händel y Scarlatti. Por suerte la apuesta volvió a salir bien pero, en algunos de los conciertos posteriores, atracciones rivales imprevistas, como finales de fútbol televisadas, reducirían el número de espectadores de una forma lamentable. El debut del conjunto en Londres, previsto para octubre de 1985 en el Queen Elizabeth Hall, tenía que considerarse una inversión de futuro, pues sin duda no permitiría cubrir gastos, pero daría a conocer a la Cambridge Baroque Camerata a un público más amplio.

Nuestro hogar parecía haber recobrado un considerable grado de equilibrio. Para nadie eran los resultados más satisfactorios que para el propio Stephen, que había terminado el primer borrador de un libro divulgativo sobre cosmología y los orígenes del universo. Trataba muchos temas, desde las primeras cosmologías hasta las teorías modernas de la física de partículas y la flecha del tiempo, si bien hacía especial hincapié, por supuesto, en los agujeros negros. En conclusión, el autor estaba deseando que llegara el momento en que la humanidad fuera capaz de «conocer la mente de Dios» mediante la formulación, en un futuro no demasiado lejano, de una teoría unificada completa del universo: la teoría de todo. Le habían dado el nombre de un agente de Nueva York, donde el libro se estaba ofreciendo a editoriales. Entretanto, en Inglaterra hablábamos de formas fiscalmente ventajosas de cobrar los derechos de autor, que esperábamos que produjeran unos modestos ingresos adicionales a lo largo de los años, como los libros de texto, que se decía que eran mucho más rentables a largo plazo que los superventas. Era improbable que alcanzáramos nuestro objetivo inicial de sufragar la formación de Lucy, dado que había empezado la educación secundaria hacía unos años.

A finales de julio, unos días antes que el resto de nosotros, Stephen y su nueva secretaria, Laura Ward, junto con algunos estudiantes y varios enfermeros, volaron a Ginebra. Yo quería despedir a Robert, que se iba de expedición a Islandia con los Venture Scouts, antes de partir de Cambridge. Al cabo de una semana nos

reuniríamos con Stephen y su séquito en la ciudad alemana de Bayreuth, la meca wagneriana, para ver una representación del ciclo de Anillo, y después iríamos todos a Ginebra, donde pasaríamos el resto de las vacaciones en una casa alquilada. Por fin había empezado a alcanzar un feliz equilibrio en mi vida y pensaba que, con la ayuda de Purcell, Bach y Händel, sería capaz de soportar los efectos de las siniestras modulaciones de Wagner con un espíritu de jovial tolerancia.

Cuando Stephen salió de casa el 29 de julio, me despedí de él con toda naturalidad, sin darle mayor importancia. Ginebra no estaba lejos comparada con China y era famosa por su higiene. Todos estábamos preocupados por mi suegro, que sufría una enfermedad crónica, y temíamos que muriera durante nuestra ausencia. Frank Hawking sobrellevaba la enfermedad con el mismo estoicismo hosco y pragmático que había adoptado en todas las situaciones y con el que disimulaba el dolor o la vergüenza. Pese a las vicisitudes de mi relación con la familia Hawking, yo nunca había dejado de respetarlo. Además, últimamente había empezado a escribirme cartas de sincero agradecimiento, en las que alababa cómo cuidaba de Stephen y de mis hijos y cómo llevaba la casa. No obstante, en aquel momento mi mayor preocupación era Robert, mi hijo mayor, que se marchó con los Venture Scouts tres días después de la partida de Stephen. Sus planes de atravesar un glaciar a pie y recorrer la costa septentrional de Islandia en piragua me llenaban de muda aprensión.

## **Cuarta parte**

# 1

## La noche más oscura

Jonathan y yo casi nunca estábamos solos durante mucho tiempo. Delante de Stephen y los niños intentábamos observar un código de conducta según el cual nos comportábamos como meros buenos amigos y reprimíamos, a veces con dificultad, cualquier muestra de afecto para no herir a nadie. En nuestros esfuerzos por mantener la unidad familiar con aquel método tan poco convencional, contábamos con el apoyo de muchas personas, incluida mi asistente, Eve Suckling, una mujer ya mayor. Todas ellas conocían bien la situación y tenían la prudencia de no sacar conclusiones precipitadas. Ni tan siquiera Don —cuyos valores absolutos se habían tambaleado una tarde de la primavera de 1978, justo antes de que naciera Tim, cuando nos encontró a Jonathan y a mí recostados cómodamente en el sofá— había reconocido que la situación a menudo le exigía mucho más de lo que había imaginado y, en ocasiones, más de lo que podía dar..., sin duda más de lo que podía dar de forma indefinida. Admitía que había vivido con nosotros el tiempo suficiente para saber que la incesante dureza de nuestro estilo de vida a menudo le generaba un incómodo conflicto con su propia conciencia. También sabíamos que siempre podíamos contar con Bill Loveless, cuyos consejos afianzaban nuestra determinación y nos ayudaban a mantenernos firmes en el marco de disciplina que habíamos intentado establecer, y que contemplaba nuestras debilidades con compasión. Más de una vez le oyeron comentar que nuestra situación era única y que sabía cómo debíamos abordarla.

En alguna que otra ocasión, cuando Stephen estaba en el extranjero o nosotros viajábamos en coche para reunirnos con él en alguna parte de la Europa continental, permitíamos tímidamente que nuestra relación aflorara. Pero yo era tan consciente de su carácter poco ortodoxo que a menudo la experiencia quedaba empañada por mis lágrimas de culpabilidad, dado que una palabra dicha sin pensar por uno de mis hijos o un encuentro inesperado en una playa o un *camping* podía destruir de inmediato el breve y embriagador espejismo de libertad y sumirme en la desesperación. La frontera entre la discreción y el engaño era muy fina y nunca nos resultaba fácil saber en qué lado estábamos. Había otro par de celebridades con una discapacidad grave y era del conocimiento público que sus respectivos cónyuges habían encontrado consuelo en otras parejas, sin por eso dejar de cuidarles de forma cariñosa y responsable. Quizá porque esos cónyuges eran maridos en vez de esposas les había resultado más fácil no esconder sus nuevas relaciones.

De todos modos, aquellos breves períodos de solaz, aun cuando los pasáramos en una tienda de campaña azotada por un viento rugiente o en una pequeña habitación de hotel con dos de mis hijos, o con los tres, me permitían descansar de las preocupaciones y los cuidados que requería Stephen; nos levantaban la moral y, de forma paradójica, afianzaban nuestra lealtad hacia él. A menudo aquellos viajes nos

llevaban a Francia, lo cual me brindó la oportunidad de presentar a Jonathan a Brandon y Lucette, que ahora residían fuera de París, y a Mary y Bernard Whiting, quienes vivían con sus dos hijos pequeños en pleno centro de aquella ciudad mágica. Todos acogieron a Jonathan sin reservas como un componente fundamental de nuestra vida familiar. Sin embargo, en 1985 nuestro itinerario nos llevó a Bélgica y Alemania en vez de Francia. Se había convertido en algo aceptado en la dinámica de la familia que Stephen cogiera un avión con sus alumnos y enfermeros para asistir a una escuela de verano en algún lugar atractivo de Europa, al que Jonathan, mis hijos y yo llegábamos más tarde en coche, con tranquilidad y tomándonos unos cuantos días de vacaciones por el camino. Así pues, el viernes 1 de agosto de 1985, después de que Robert partiera hacia Islandia con los Venture Scouts, Jonathan, Lucy, Tim y yo pusimos rumbo a Felixstowe para embarcar en el transbordador nocturno que llevaba a Zeebrugge.

Pensábamos pasar un fin de semana junto al mar en la costa belga antes de cruzar Bélgica y Alemania en coche hasta Bayreuth, donde el 8 de agosto nos reuniríamos con Stephen para ver una representación de *El anillo del nibelungo*. En la última etapa del viaje, tras una parada en Mannheim para visitar a unos amigos de Jonathan, fuimos a Rothenburg, una pintoresca ciudad medieval próxima al santuario wagneriano. Montamos las tiendas de campaña al atardecer y, adormilados, fuimos a cenar a un acogedor restaurante, donde disfrutamos sin prisas de la comida y el vino. De regreso al *camping*, me detuve en una cabina telefónica para confirmar cómo habíamos quedado con Stephen al día siguiente en Bayreuth. Respondió Laura Ward, que había sustituido a Judy Fella cuando esta se marchó para realizar un largo viaje a Sudáfrica con su marido. Laura habló con un inesperado tono apremiante. «¡Ay, Jane, gracias a Dios que has llamado! —Casi gritó—. Tenéis que venir enseguida. ¡Stephen está en coma en el hospital de Ginebra y no saben cuánto va a vivir!».

La noticia fue devastadora. Me hundió en un negro pozo de tristeza. Olvidando, sin ninguna lógica, todos los viajes a lugares remotos en los que Stephen se las había arreglado perfectamente sin mí, me pregunté cómo había permitido que se fuera solo con su séquito, sin la protección del profundo conocimiento que yo tenía de su enfermedad, sus necesidades, sus medicamentos, sus preferencias, sus aversiones, sus alergias, sus miedos. ¿Cómo podía haberme despedido de él sin la menor intranquilidad y haberme ido luego de vacaciones..., con Jonathan?

Cuando todavía estábamos en Cambridge, Stephen había llamado, como solía hacer al llegar a su destino, para decir que todo iba bien. Se alojaba en una casa de Ferney-Voltaire, bonita y bien situada, aunque un poco alejada del laboratorio. Nos había deseado buen viaje y había dicho que tenía ganas de vernos en Bayreuth al cabo de una semana. Después, con todas mis otras preocupaciones, sobre todo la inquietud por Robert y su excursión en piragua por la costa septentrional de Islandia, apenas había pensado en él, pues sabía que estaba bien y en buenas manos. Aparte de la molesta tos que había traído de China, gozaba de buena salud al marcharse. Me

costaba creer que estuviera en coma en Ginebra. Aturdidos, hablamos de la situación sentados en el coche. Decidimos recoger los bártulos y partir hacia Ginebra de inmediato, pero cuando llegamos al *camping* lo encontramos todo cerrado: la puerta principal tenía el candado echado y el único acceso al interior era un portillo para peatones. No podíamos marcharnos hasta el alba. Me quedé despierta en el saco de dormir, oyendo a lo lejos los aullidos de los lobos y los gritos de animales de granja en la negra noche. «Por favor, Señor, ¡que Stephen esté vivo!», susurré, impaciente porque amaneciera.

En cuanto el *camping* abrió, cargamos el coche e iniciamos una carrera frenética por Europa en dirección a Ginebra. Absorto cada uno en una triste vorágine de reflexiones confusas, apenas hablamos. Hasta mis hijos guardaron silencio en el asiento trasero. Ginebra relucía bajo el sol vespertino cuando nos acercamos, pero nosotros teníamos un único objetivo: el hospital cantonal, donde nos esperaba la temible verdad de la vida o la muerte. Gracias a la habilidad de Jonathan para orientarse con los mapas y a las indicaciones que pedí en francés, llegamos al complejo hospitalario: un conjunto frío y aséptico de edificios, blancos y relucientes por fuera, impecables y con un brillo de acero inoxidable por dentro. Nos condujeron directamente a la unidad de cuidados intensivos, donde vimos a Stephen, mudo e inmóvil, con los ojos cerrados, sumido en un sueño comatoso. Una mascarilla le tapaba la boca y la nariz, y tenía tubos y cables en diversas partes del cuerpo; en los monitores, una interminable danza de ondulantes líneas luminosas de colores verde y blanco mostraba los movimientos rítmicos de la batalla que sus fuerzas vitales libraban contra el enemigo de siempre: la muerte. Estaba vivo.

Los médicos me recibieron con frialdad. «¿Cuántos años hace que no ve a su marido?», me preguntaron. Era evidente que creían que Stephen y yo vivíamos separados y que su enfermedad se había desarrollado desde la última vez que nos habíamos visto. Se quedaron perplejos cuando contesté que solo hacía una semana que no lo veía. «Entonces, ¿cómo es que viaja en ese estado?», preguntaron sin comprender, con la cautela que caracteriza a los médicos. Al igual que ellos, yo no tenía respuesta para esa pregunta, pero les hablé, como hacía siempre, del indomable valor de Stephen combinado con su genialidad científica, etcétera, una explicación demasiado larga y complicada en el estado de agotamiento emocional en que me encontraba; además, nadie la creyó. A continuación, me dieron una versión confusa de lo que había sucedido.

Al parecer, la tos de Stephen había empeorado tras su llegada a Ginebra. Quizá, al no convivir con él todas las horas del día y la noche, sus compañeros ignoraban que aquello era bastante normal. Para disgusto de Stephen, habían insistido en llamar a un médico. Tras horas de discusión, este había insistido a su vez en ingresarlo en el hospital, donde le diagnosticaron una neumonía y, después de más discusiones, lo conectaron a un respirador artificial. En realidad no estaba en coma, como había dicho su secretaria, sino que lo habían sedado para inyectarle en el organismo una

potente mezcla de antibióticos y nutrientes a través de varias vías, mientras la máquina respiraba por él. De momento no corría peligro, dado que las máquinas gobernaban todas sus funciones. Me resultó fácil imaginar que aquella situación era su peor y más aterradora pesadilla hecha realidad. Su destino, que él decidía al tener el control de sus cuidados médicos, le había sido arrebatado por unos desconocidos que no sabían nada de él, ni tan siquiera quién era.

La noticia fue un trago amargo para la familia de Stephen, sobre todo para la madre. Su marido estaba inválido y ahora la vida de su hijo también pendía de un hilo. Hablamos a diario por teléfono y siempre me brindó su apoyo con una actitud comprensiva y filosófica. Con la impasibilidad que la caracterizaba, parecía que ya se hubiera resignado a la muerte de Stephen. Era cruel que tres generaciones de hombres Hawking corrieran peligro al mismo tiempo, estando tan lejos unos de otros: el anciano Frank estaba enfermo en la acogedora casita de Bedfordshire, a la que se había trasladado con Isobel hacía poco; Stephen se hallaba en estado crítico en Ginebra; y Dios sabía qué había sido de Robert. Menos mal que yo ignoraba que se le había volcado la piragua en el mar del Norte, cerca de la costa de Islandia.

El bienestar del Hawking más joven, Tim, no era motivo de inquietud. Sin embargo, su futuro inmediato sí planteaba un problema, pues había que mandarlo de vuelta a Inglaterra, a casa de mis padres, de una forma u otra. Yo estaba demasiado preocupada en Ginebra para cuidar de él, y los enfermeros se marcharían en breve. Lucy tenía pasaporte, pero Tim constaba en el mío, de manera que acudí al consulado británico para que me ayudaran a enviarlo a casa. Nadie me habría censurado por pensar que los funcionarios del consulado querían ponerme trabas a propósito. Me atendió una mujer de facciones duras y cabello oscuro, quien me despachó sin contemplaciones tras una larguísima espera, pese a que le expliqué, con todo lujo de detalles, lo excepcional de la situación. No había ninguna posibilidad de que Tim regresara a Inglaterra sin pasaporte, aseguró. Para expedirlo, yo tendría que presentar la partida de nacimiento del niño. Suspiré. La partida de nacimiento de Tim estaba en el salón de casa, en el escritorio antiguo que había pertenecido a la abuela de Stephen.

Por si acaso, llamé a casa, contando con que nadie descolgaría el teléfono. Para mi sorpresa, respondió Eve: de forma providencial, estaba haciendo limpieza general. Fue al escritorio, encontró la partida de nacimiento y la mandó a Ginebra por correo urgente. Dos días después, enseñé con aire triunfal el documento a la misma funcionaria del consulado, pero no se inmutó.

—No sirve —dijo, igual de adusta que siempre—. Es una partida de nacimiento abreviada y necesitamos la completa, la que expiden en Somerset House.

La miré sin dar crédito.

—Además —añadió—, hay que rellenar unos impresos que su marido tendrá que firmar.

—Ya le he dicho —repliqué, con los dientes apretados— que mi marido está inconsciente, paralizado y conectado a un respirador en la unidad de cuidados

intensivos del hospital cantonal. No puede firmar nada.

—Bien —continuó ella, obtusa—, si su marido no sabe que usted quiere sacar a su hijo del país, está claro que no podemos darle un pasaporte para el niño.

En un último intento, a punto de llorar de exasperación, le supliqué:

—Solo pretendo mandar a mi hijo a casa.

Permaneció en silencio unos minutos, durante los cuales se enterneció un poco, como si hasta ese momento no hubiera asimilado mis palabras.

—Si puede conseguir que otra persona, que sea británica y tenga alguna titulación, un profesor, por ejemplo, firme los documentos y traiga una fotografía, tal vez lo consideremos —respondió.

Jonathan rellenó y firmó los impresos, dado que cumplía los requisitos. Llevamos a Tim a un fotomatón y le animamos a practicar su firma. Por fin, el 13 de agosto, se expidió un pasaporte británico a nombre del señor T. S. Hawking, con la cándida fotografía y la firma insegura de un niño de seis años. De ese modo, el señor T. S. Hawking viajó a Inglaterra —en clase preferente, porque no quedaban asientos en clase turista— con Lucy y los enfermeros para quedarse con mis padres.

Robert fue el único que, aun estando ausente, nos dio una alegría aquel verano. Bernard Carr, siempre un aliado fiel en circunstancias extremas, voló a Ginebra para relevar a los estudiantes cuando la situación comenzó a cambiar. Llevó consigo los resultados de los exámenes de acceso a la universidad de Robert, que eran excelentes; el único rayo de luz entre tanta oscuridad. Aquellas calificaciones le aseguraban una plaza en Cambridge, en el Corpus Christi College, el college de mi padre, para estudiar ciencias naturales.

## 2

### Un hilo muy fino

Dos días después de que llegáramos a Ginebra, el médico que se ocupaba de Stephen pidió verme con cierta premura. Me llevó a una austera sala gris. Después de mencionar diversos detalles sobre la extraordinaria longevidad y autonomía de Stephen, fue directamente al grano. La pregunta era si su equipo debía desconectar el respirador mientras Stephen estaba sedado o intentar despertarlo de la anestesia. Me quedé estupefacta. Desconectar el respirador era impensable. ¡Qué final más ignominioso para una lucha tan heroica por la vida! ¡Qué negación de todo por lo que también yo había luchado! Mi respuesta fue rápida. No necesitaba reflexionar ni consultar a otras personas, porque solo había una contestación posible. «Stephen debe vivir. Deben despertarlo de la anestesia», dije. El médico pasó a explicarme las complicaciones que se presentarían. Stephen no podría respirar sin ayuda y, cuando estuviera más fuerte, habría que practicarle una traqueotomía. Solo así podrían quitarle el respirador, porque dejaría de utilizar la parte hipersensible de la garganta que tantos problemas le había causado. La traqueotomía —un orificio en la tráquea, por debajo de las cuerdas vocales— requeriría cuidados profesionales permanentes. No presté mucha atención a aquel pronóstico sombrío aunque realista. Había tomado la decisión que se me pedía. Lo importante era que Stephen estaba vivo y así seguiría mientras yo tuviera la facultad de influir en los acontecimientos.

Cuando salí de la sala, me llevé una sorpresa. En el pasillo me esperaba un investigador del Gonville & Caius College, si bien ni Stephen ni yo lo conocíamos demasiado bien. James Fitzsimons y su mujer, Aude, que era francesa, estaban de vacaciones en Ginebra con la familia de ella cuando se enteraron a través del college de que Stephen estaba enfermo en un hospital de la ciudad. Habían acudido para ofrecer su ayuda. No podían haber llegado en mejor momento. Yo estaba muy afectada por los acontecimientos de la semana anterior, además de angustiada, aunque desafiante, por la conversación con el médico. Comprendí que la crisis estaba muy lejos de terminar y que, de hecho, quizá nos aguardara una peor, dado que no existía la certeza de que Stephen fuera a sobrevivir a la reanimación de su sueño inducido.

James y Aude aportaron renovadas energías y una determinación animosa, aunque sensible, para reforzar nuestros recursos. Mientras Stephen se recuperaba con lentitud, James se sumó a nuestras largas vigilias participando en los turnos que habíamos establecido Bernard, Jonathan, los estudiantes que quedaban y yo. Nuestra tarea no consistía en atender a Stephen —para eso ya había muchas enfermeras en el hospital—, sino en ayudarle a aferrarse a la vida y a recuperar el interés y la curiosidad tras el estado de inercia sin precedentes en que habían caído. James, que hablaba bien el francés, me exoneró en parte de la estresante labor de comunicar a las

enfermeras las peticiones, apenas inteligibles, de Stephen, a quien los tubos y la mascarilla le impedían expresarlas. Quienes estábamos a su lado teníamos que intentar prever sus necesidades y formularle las preguntas correctas; él respondía sí o no valiéndose de los ojos, de nuevo abiertos, y dolorosamente expresivos, enarcando las cejas o frunciendo el entrecejo.

En cuanto fue posible, una ambulancia aérea, pagada por el Gonville & Caius College, nos llevó a Cambridge. Cargado con una enorme cantidad de equipaje, Jonathan partió hacia Inglaterra el mismo día que a Stephen y a mí —acompañados de un médico, personal sanitario, respiradores portátiles y otros aparatos— nos subieron con cuidado a una ambulancia, nos llevaron rápidamente al aeropuerto y nos trasladaron a un pequeño reactor rojo, que despegó en cuanto se cerró la puerta. De no haber sido por las circunstancias, yo quizá hubiera disfrutado bastante del vuelo; hasta Stephen se incorporó lo justo para mirar por la ventanilla cuando sobrevolábamos las nubes. Aquello sí que era volar: dieron prioridad a nuestro aeroplano privado mientras todos los otros aviones de pasajeros hacían cola para despegar; no hubo tiempo para angustiarse; nos libramos de los habituales agobios y retrasos. En el aeropuerto de Cambridge, John Farman, el jefe de la unidad de cuidados intensivos del hospital de Addenbrooke, nos esperaba a pie de pista con una ambulancia.

Aunque era innegable que Stephen había recibido un trato excelente en Ginebra, la sensación de alivio por estar de nuevo en casa, donde nos conocían bien y sabían cuál era nuestra situación, fue incontenible. Aquel día hubo muchas caras conocidas en la unidad de cuidados intensivos, como Judy Fella, la antigua secretaria de Stephen. Ya había realizado trámites en su nombre y estaba dispuesta a ayudar en lo que hiciera falta. Los médicos y las enfermeras del hospital de Addenbrooke no sofocaron gritos de sorpresa al enterarse del ambicioso calendario de viajes de Stephen, ni dieron muestras de incredulidad ante cómo controlaba la enfermedad de la motoneurona. Apenas se necesitaron explicaciones generales. Sin embargo, sí hubo que explicar con detalle cómo se había llevado su caso, las técnicas que él mismo había desarrollado, las dosis y la frecuencia de los medicamentos que tomaba, las posturas que prefería adoptar cuando estaba acostado, su insistencia en una dieta sin gluten, incluso cuando lo alimentaban con sonda. Todas aquellas cuestiones, y muchas otras parecidas, se convirtieron en tema de largas conversaciones e investigaciones.

Tres días después del viaje, cuando Stephen ya se había estabilizado en la unidad de cuidados intensivos, John Farman pensó que quizá fuera posible disminuir la dependencia del respirador; quería animarle a respirar sin ayuda, con la esperanza de evitar la amenazadora traqueotomía. El martes 20 de agosto, Stephen parecía haber mejorado lo suficiente para que se llevara a cabo el experimento. Estaba estable y cada vez más fuerte, y nosotros —es decir, todos los amigos y parientes que había sido posible reunir— habíamos establecido un sistema de turnos para vigilarlo día y

noche. Por lo general, los sufridos estudiantes o nuestro equipo de enfermeros y fisioterapeutas, entre ellos Sue Smith y Caroline Chamberlain, se quedaban con él por la noche, y la familia y el resto de los amigos se turnaban durante el día. Las enfermeras prometieron llamarme aquella noche si Stephen me necesitaba cuando se iniciara el delicado proceso de quitarle el respirador.

El teléfono de mi dormitorio sonó de madrugada. La enfermera jefa solo me dijo que creía que debía acudir al hospital de inmediato. No me dio ninguna explicación. Como Tim estaba con mis padres, solo tuve que vestirme y dejar una nota antes de salir al rayar el día. Stephen estaba muy enfermo: tenía la tez, por lo común blanquecina, cenicienta y llena de manchas rojas, los ojos desorbitados y sin vida. Las extremidades se le habían puesto rígidas debido a los espasmos, y una tos despiadada volvía a torturarlo la garganta, como un gato que juguetea con un ratón y deja que se vaya para luego abalanzarse sobre él con sus afiladas garras. Entre un ataque y otro, intentaba desesperadamente respirar. Llevaba el miedo pintado en la cara.

El semblante de las enfermeras me dio a entender que pensaban que muy poco podía hacerse por él y que el final estaba cerca. Yo no opinaba lo mismo. Era evidente que el viejo demonio había regresado y de momento llevaba las de ganar, pero detecté un elemento conocido en los ataques de tos. Aquel elemento era la comprensible tendencia de Stephen a dejarse llevar por el pánico. Pero ya lo habíamos dominado otras veces y había una posibilidad de vencerlo de nuevo con las sencillas técnicas de relajación que yo había aprendido en clase de yoga y los dos habíamos practicado en casa con éxito en crisis anteriores. Me senté a la cabecera de la cama y le pasé un brazo por el cuello. Mientras con la otra mano le acariciaba la cara, el hombro y el brazo, le susurraba lentamente al oído palabras tranquilizadoras, como habría hecho con un bebé inquieto. Escogí las palabras con cuidado y lo mecí con suavidad para ayudarlo a controlar el pánico. Le describí paisajes de serenos lagos azules y plácidos cielos despejados, verdes colinas onduladas y cálidas arenas doradas. Poco a poco, en las horas siguientes, conforme la tensión disminuía y el cuerpo se relajaba, los accesos de tos dieron paso a una respiración más sosegada y regular. Finalmente se quedó dormido. Yo estaba agotada pero exultante: ¡mi intento de hipnosis casera había dado resultado! No obstante, era un hecho insoslayable que Stephen seguía muy grave.

Me fui a descansar tras dejar el número de teléfono de nuestros buenos amigos John y Mary Taylor, que vivían cerca del hospital. Además de visitar a Stephen con regularidad, los Taylor me habían ofrecido su casa. Aquel día acepté su ofrecimiento a las siete de la mañana. Mary me había preparado una cama, pero preferí sentarme un rato en el jardín para respirar el fresco aire matutino, tan grato después del ambiente aséptico y seco del hospital, y que el sol acariciara mi fatigado cuerpo. Mary me preparó el desayuno y nos pusimos a charlar. Yo me limitaba a balbucear de puro cansancio, pero tenía un deseo imperioso: el de hablar con Robert. Hacía tiempo

que no lo veía y habían ocurrido muchas cosas desde que nos habíamos despedido. Tenía que dar por sentado que se encontraba bien y que no saber nada de él era buena señal. Según el calendario, había regresado al campamento base para emprender su última expedición y, por tanto, ya no estaba incomunicado. Consideré que había llegado el momento de avisarle de que su padre estaba enfermo de gravedad, aunque no tenía intención de pedirle que volviera a casa. «Llámale desde aquí», me propuso Mary con su acostumbrada generosidad. No tuve fuerzas para protestar: obedecí y llamé a Islandia hecha un manojo de nervios. Cuando oí la voz de Robert, mi determinación se vino abajo y me desmoroné. El grito que me salió del alma sin que pudiera contenerlo fue más fuerte que mi intención inicial.

—¡Por favor, ven a casa! —me oí suplicar.

—¡De acuerdo! —dijo él sin la menor vacilación.

Regresó al día siguiente y los Taylor fueron a recogerlo a Heathrow. No caí en la cuenta de que, si Robert hubiera terminado la expedición, habría sido candidato a un premio Queen's Scout. Cuando más adelante me enteré de que habían volcado con la piragua, él se rió y quitó importancia al episodio.

Al volver al hospital me encontré con las variaciones sobre el tema de la enfermedad a las que ya me había habituado en aquellas dos interminables semanas. La vida de Stephen seguía pendiendo de un hilo, le habían detectado nuevas cepas de bacterias en los pulmones y le habían cambiado la medicación. Estaba de nuevo conectado al respirador, pero se animó bastante cuando le hablé del regreso de Robert. Hablé con John Farman de la posibilidad de buscar un hipnotizador profesional que ayudara a Stephen a dominar los ataques de pánico y a relajar los músculos que se le contraían cuando intentaba respirar. John accedió de buena gana y llevó a una médica de familia con titulación de hipnotizadora a la que conocía. Tuvo un éxito moderado usando las mismas técnicas que empleaba yo, pero no el suficiente para que pudiera separarse a Stephen del respirador durante un período prolongado. Según parecía, no había alternativa a la traqueotomía, un orificio practicado en la tráquea que le permitiría respirar sin utilizar las membranas y los músculos hipersensibles de la garganta.

Cuando agosto dio paso a septiembre y los médicos ya hablaban seriamente de realizar la operación, la infección pulmonar respondió por fin al tratamiento y Stephen comenzó a reponerse. Fuera cual fuese la opinión de los médicos sobre los riesgos que entrañaba dar aquel paso, yo empezaba a tener la seguridad de que Stephen sobreviviría. ¿Cómo no iba a hacerlo cuando había tantas personas que velaban de innumerables maneras por su recuperación? Algunas ofrecían una ayuda práctica inapreciable, a la cabecera de la cama, atendiéndolo y transmitiendo sus peticiones; otras se ocupaban de la casa o de los problemas administrativos que surgían a diario; las que estaban más lejos, nos brindaban apoyo moral; otras rezaban. Muchas, como Jonathan, que ya había llegado de Ginebra, sus padres y los míos hacían todas esas cosas.

La operación salió bien y la recuperación de Stephen fue tan rápida que, cuando llevaba cuatro semanas en la unidad de cuidados intensivos, fue posible levantarlo de la cama y sentarlo en la silla de ruedas, aunque aún estaba muy débil para manejarla. El pronóstico mejoró día a día, hasta que los médicos consideraron que se le podía trasladar a uno de los pabellones de neurología. No obstante, su recuperación había tenido un precio: la intervención le había privado por completo de la facultad del habla.

### 3

## El peso de la responsabilidad

En Ginebra habíamos estado protegidos del bullicio del mundo. Habíamos podido centrarnos en Stephen y su enfermedad, y nuestros desplazamientos se habían limitado al itinerario entre el hospital y Ferney-Voltaire. En Cambridge aquella protección desapareció. Por una parte, había que ocuparse de los habituales asuntos relacionados con nuestra forma de vida en casa: dar de comer y atender a los niños, pagar las facturas, llevar a Tim a la escuela por la mañana y recogerlo por la tarde, asistir a actos escolares y cumplir mis compromisos docentes. Por otra, la preocupación por las fluctuaciones en la enfermedad de Stephen seguía siendo angustiada.

Seguir a cargo de la casa y a la vez atender a Stephen en el hospital no eran, ni mucho menos, mis únicas responsabilidades. Había que solucionar muchos pequeños asuntos, entre ellos el futuro del libro de Stephen, un primer borrador que una editorial había aceptado publicar. En cuanto se firmó el contrato, en el verano de 1985, un revisor de Nueva York se puso a trabajar en el original y envió una carta con algunas críticas preliminares, que aguardaba a Stephen a nuestro regreso a Inglaterra, aunque este no estaba en condiciones de leerla. No era de extrañar que el original no pudiera publicarse tal como estaba, ya que muchos de los conceptos que contenía eran demasiado abstrusos para el consumo popular. Yo misma lo había leído y había marcado en rojo los pasajes donde la ciencia resultaba incomprensible, y los editores nos advirtieron de que cada ecuación reduciría las ventas a la mitad. Dado su estado en aquel momento, era improbable que Stephen pudiera introducir los cambios que se le pedían. Si no encontrábamos a alguien que corrigiera el original, cabía la posibilidad de que tuviéramos que devolver el anticipo, que habíamos cobrado justo antes de iniciar las vacaciones de verano. Así pues, me puse en contacto con un exalumno de Stephen, Brian Whitt, para pedirle que echara una mano en la nueva redacción del texto, pero de momento empujé al fondo de la mente las demás consideraciones sobre aquella cuestión, puesto que había otras mucho más apremiantes.

Cuando Stephen empezó a mejorar y lo trasladaron al pabellón de neurología, su futuro retorno a casa se planteó como una posibilidad real. No estaba nada claro cómo iba a planificarse, dado que, lisa y llanamente, Stephen necesitaría atención especializada las veinticuatro horas del día. Nuestro anterior y relajado sistema de apoyo con enfermeros psiquiátricos en momentos concretos y durante períodos limitados ya no bastaría, y la formación psiquiátrica de estos tampoco sería adecuada para abordar lo que en esencia era una situación médica crítica. La traqueotomía que le había salvado la vida a Stephen comportaba sus propios riesgos, ya que había que limpiar a menudo, con una especie de miniaspirador, el tubo insertado en la garganta

para extraer las secreciones que se acumulaban constantemente en los pulmones y el propio dispositivo era a la vez una potencial fuente de lesiones y de peligrosas infecciones. Stephen era terriblemente frágil y vulnerable; era imposible imaginar una discapacidad física más extrema.

Una atención sanitaria las veinticuatro horas del día y los trescientos sesenta y cinco días del año costaría una suma tremenda, y era previsible que el Servicio Nacional de Salud solo cubriera una pequeña parte del coste. Habría que encontrar financiación privada y contratar enfermeras pagadas de nuestro bolsillo. Era improbable que las organizaciones filantrópicas que habían costado la atención sanitaria durante un par de horas al día asumieran el gasto de que se prestara las veinticuatro horas —con un precio mínimo anual de entre treinta mil y cuarenta mil libras—, y por tiempo indefinido. En aquel momento tan crítico, llegó un mensaje de Kip Thorne, desde California. La noticia de la enfermedad de Stephen se había propagado lejos y con rapidez gracias a la preocupada intervención de Judy Fella y, en respuesta, Kip me aconsejó que expusiera sin tardanza el problema a la Fundación John D. y Catherine T. MacArthur, una organización filantrópica estadounidense con sede en Chicago. En opinión de Kip, sería posible convencer a la Fundación MacArthur de que concediera un subsidio cuantioso, de la envergadura necesaria para que Stephen pudiera disponer de una atención sanitaria permanente, si se les explicaba bien el caso. Murray Gell-Mann, el físico de partículas del Caltech, formaba parte del consejo de la fundación, y Kip estaba seguro de que animaría a los otros directivos a escuchar nuestro caso de manera imparcial, aunque no estaba claro si la fundación aprobaría un subsidio fuera de Estados Unidos. La rapidez era esencial, dado que faltaban solo unas semanas para la próxima reunión del consejo de administración.

Yo no tenía práctica en redactar cartas de petición, pero cualquier posible reparo que por lo demás pudiera tener al respecto se evaporó ante la necesidad abrumadora. Consigné toda la información pertinente que pudiera influir en el comité, sin omitir que Stephen había visitado con frecuencia Estados Unidos y recibido numerosos doctorados *honoris causa*. Además incluí fotografías, tomadas en tiempos más felices, de sonrientes grupos familiares. Era esencial que la fundación tuviera la seguridad de que cualquier posible subsidio sería gestionado por un equipo de contables profesionales, de modo que mi siguiente tarea consistió en negociar con las autoridades universitarias para persuadirlas de que administraran el fondo en nuestro nombre. Las negociaciones fueron largas y complejas, aunque la buena voluntad demostrada resultó alentadora.

La necesidad de conseguir atención sanitaria privada era acuciante, ya que ciertos aspectos del trato que Stephen recibía en el hospital dejaban mucho que desear. En cuidados intensivos había contado con la plena atención de enfermeras especializadas. La situación cambió con el traslado al pabellón de neurología. La enfermera jefa era en general alegre y competente, pero algunos miembros de su

personal parecían serlo mucho menos. El número de enfermeros era mucho menor, en proporción a la cantidad de pacientes, que en cuidados intensivos, pero la falta de dedicación, comprensión y continuidad resultaba a menudo alarmante, sobre todo habida cuenta de que muchos pacientes se hallaban en estado vegetativo, de modo que no podían protestar, pensar o siquiera hablar. Una enfermera en particular parecía aprovecharse de eso para infligir un trato inhumano. Estaba de servicio cuando llegué una tarde a primera hora. Stephen, sentado en la silla de ruedas, hacía muecas y se retorció con desasosiego mientras la joven enfermera, con expresión impasible, se dedicaba a arreglar la habitación ignorando deliberadamente —o eso parecía— su urgente necesidad de orinar. Ayudé yo sola a Stephen y la eché de la habitación. Según me explicó él temblando de cólera, aquella era la actitud habitual de la enfermera: hacía siempre caso omiso de sus necesidades. No confiaba en ella y recelaba lo que pudiera hacer o dejar de hacer. Entendí a qué se refería. En el semblante insensible de la joven y sus inexpresivos ojos azul claro se percibía un frío atisbo de sadismo que también a mí me pareció muy alarmante. No había alternativa: tenía que mover cielo y tierra para llevar a Stephen a casa, lo cual significaba resolver con la mayor rapidez posible todos los problemas que comportaba una atención sanitaria de veinticuatro horas.

Stephen pudo quejarse de la conducta de la enfermera gracias a un aparato milagroso que había llegado como llovido del cielo. Nosotros, la familia, estudiantes y amigos, habíamos hecho todo lo posible para que se sintiera cómodo: habíamos establecido turnos de visitas con solo algún hueco de unos pocos minutos aquí y allá, y yo había comprado un televisor para la habitación. Sin embargo, nada podía compensar la deprimente pérdida de la facultad de hablar y, justo cuando esta parecía irremediable, el nuevo medio de comunicación llegó de manera imprevista y sin previo aviso. En realidad, era el resultado de los incansables esfuerzos de Judy entre bastidores. Recordaba haber visto una noticia sobre dispositivos de comunicación para personas con discapacidades graves en *Tomorrow's World*, el programa de ciencia de la BBC, y tras una búsqueda exhaustiva de información había logrado localizar al inventor del aparato, un británico. Luego los llevó a él y su invento —un conjunto de electrodos que, adheridos a la cabeza, medían los movimientos oculares rápidos— al hospital y convenció a una empresa informática con sede en Cambridge de que aportara gratuitamente el ordenador necesario para el funcionamiento del dispositivo. Al principio Stephen era reacio a utilizarlo por la molesta incomodidad de los electrodos adheridos a las sienes, pero cuando un alumno suyo adaptó el mecanismo a una caja de control portátil se mostró más dispuesto a probarlo.

El ordenador llevaba un programa que combinaba un diccionario y un repertorio de frases. Utilizando el control, el usuario buscaba en la pantalla las palabras que quería emplear; cuando hacía clic en ellas, pasaban a ocupar su lugar en la oración que se formaba en la parte inferior de la pantalla, donde el observador leía lo que el usuario deseaba comunicar. Las frases de uso frecuente podían incorporarse

completas y era posible añadir terminaciones verbales a los infinitivos. Al principio era una forma lenta, laboriosa y silenciosa de comunicación, que exigía paciencia y concentración tanto al usuario como al observador. Pero descubrí que, con una o dos palabras que me indicaran la dirección correcta, a menudo lograba interpretar telepáticamente los pensamientos de Stephen y ahorrarle la molestia de completar el enunciado, aunque muchas veces él insistía en escribirlo entero para adquirir práctica. Una vez que recuperó parte del movimiento de los músculos de la mano y de los dedos, el nuevo dispositivo mitigó en gran medida el tedio de aquel último período en el hospital. Aunque con sumo esfuerzo, empezó a dominar la nueva técnica, que le permitió una vez más salir del monótono entorno de la habitación y establecer contacto con el mundo exterior. Comenzó a hablar de física con sus alumnos y a experimentar con la escritura, además de dirigir su propia atención sanitaria.

Una vez que estuvieron en marcha los engranajes para recaudar dinero, Laura Ward y yo emprendimos la búsqueda de enfermeras. Ella puso anuncios en el periódico local y al principio se encargó de las respuestas y de pedir referencias que luego comprobaba.

La alternativa era recurrir a enfermeras de agencia, cuya grave desventaja estribaba en que se perdería el elemento esencial de la continuidad: una enfermera distinta en cada turno incrementaría las considerables frustraciones que Stephen y los demás estábamos destinados a experimentar. Igualmente disuasorio era el aspecto económico: la comisión que cobraría la agencia, sumada a la paga de las enfermeras, se comería el subsidio de MacArthur en poco tiempo. Habían accedido a entregarnos el dinero, a pesar del recelo comprensible de los administradores respecto al papel del tan cacareado Servicio Nacional de Salud británico. ¿Por qué —habían inquirido— no cubría por completo la atención sanitaria de Stephen? Tuve que elegir las palabras con sumo cuidado para explicarles que las políticas monetaristas —inspiradas precisamente en Estados Unidos— del gobierno de Thatcher, que llevaba en el poder toda la vida de Tim, estaban destruyendo nuestro sobrecargado Servicio Nacional de Salud. Lo cierto era que, al alentar un nuevo materialismo egoísta, aquellas políticas destruían no solo el servicio de salud y el sistema educativo, sino la propia urdimbre de la sociedad. De hecho, la señora Thatcher había negado la existencia de la sociedad: para ella, no era más que un conjunto de individuos sin ningún propósito común. Era una mala época para estar enfermo, en paro, ser muy joven, anciano o formar parte de la población desfavorecida.

Un par de meses después, Laura Ward cayó enferma y tuvo que dejar el trabajo. Fue una grandísima suerte que Judy Fella, quien tanta ayuda nos había prestado ya, se mostrara dispuesta a volver a ocupar su antiguo puesto hasta que encontráramos una secretaria a tiempo completo para Stephen. Judy era más circunspecta que yo a la hora de seleccionar enfermeras y me instaba a ser prudente al ver mi impaciencia por traer a Stephen a casa. Se mostraba cautelosa incluso con algunas cuyas referencias parecían impecables.

Durante el mes de octubre, Stephen vino a casa todos los domingos por la tarde, acompañado de una enfermera del hospital. Era una empresa delicada y no exenta de riesgo. A veces el cambio de ambiente le amedrentaba y precipitaba ataques de ahogo. Todavía estaba muy débil y tosía mucho. Había que usar con frecuencia el miniaspirador para extraerle el esputo del pecho. En ocasiones teníamos que regresar al hospital antes de lo previsto porque la tensión era excesiva para él; de vez en cuando se relajaba y se alegraba de estar en casa, aunque yo percibía que el mundo exterior le intimidaba después de tres meses de encierro. En aquellos tres meses de crisis, el indómito instinto de supervivencia lo había mantenido tenazmente aferrado a la vida. Ahora todo le parecía extraño y desconocido, como si desconfiara de lo que veía. Una parte de él quería reincorporarse al frenesí de la normalidad imprevisible, mientras que otra parte deseaba la predecible seguridad del hospital. En cualquier caso, se fijó una fecha para el alta: el lunes 4 de noviembre.

En los tres meses transcurridos desde principios de agosto, yo solo me había permitido escapar de la angustiada rutina en una ocasión, el 1 de octubre, para asistir al debut en Londres de la Cambridge Baroque Camerata. La noche era cálida después de un día caluroso y soleado, y Londres tenía un ambiente festivo en el que yo me sentía desplazada e incómoda. El concierto, ante un apreciable público, fue bien, aunque la atmósfera careciera del murmullo de expectación que caracterizaba a las salas llenas de Cambridge. Era un misterio cómo Jonathan había podido montarlo, ya que había pasado todos y cada uno de sus ratos libres cuidando de Stephen en el hospital o de la familia en West Road. Imperturbable, había realizado con calma sus actividades —organización, administración, prácticas y ensayos—, refugiado en su casa, hasta muy entrada la noche. Viéndolo tocar y dirigir bajo los focos del escenario del Queen Elizabeth Hall, siempre con una modesta simplicidad y una discreta elegancia de estilo, nadie habría adivinado las tensiones que había soportado las semanas precedentes. Yo estaba encantada de presenciar su éxito y, sin embargo, sentía remordimientos porque había dejado a Stephen desamparado en el hospital, sentado al sol de otoño en un trozo de terreno pelado al que eufemísticamente llamaban jardín.

A finales de octubre la situación era distinta: Stephen se encontraba mucho más fuerte, pero yo estaba exhausta. Había desarrollado asma crónica; dormía mal, de modo que dependía cada vez más de los somníferos; y me salían ronchas que iban y venían y me producían picor en la palma de las manos y en la boca. Obviamente, eran síntomas de un fuerte estrés. Los médicos me recomendaron descanso, aunque solo fuera un fin de semana, antes de que Stephen volviera a casa. Robert se había marchado de Cambridge en septiembre para pasar su año sabático en Escocia. Se fue a vivir una temporada con los Donovan en las afueras de Edimburgo y empezó a trabajar en la planta de producción de Ferranti, donde aprendió técnicas básicas de ingeniería bajo la supervisión de un capataz muy exigente. Con el tiempo se mudó a una habitación de alquiler en la propia Edimburgo. No era una vida fácil para un

joven de dieciocho años y yo temía que no se cuidara lo suficiente. El último fin de semana antes del regreso de Stephen a casa —y el primero de las vacaciones de mitad de trimestre— fue el momento oportuno para hacer una escapada. Pude así disfrutar de un cambio de aires y de rutina, calmar mis crispados nervios y comprobar por mí misma la situación de Robert. Me reconfortó encontrarlo en buena forma y, por otra parte, Edimburgo se hallaba en la cúspide de su esplendor otoñal. Pero tres días, por muy soleados y radiantes, claros y frescos que fueran, por muy estimulantes que resultaran al ofrecer nuevas vistas y sonidos, apenas bastaban para borrar la intensa tensión incesante y traumática de los tres últimos meses.

Ni tres días ni tres meses, ni siquiera tres años, podían prepararme, ni a mí ni a nadie, para lo que se avecinaba.

## 4

# Motín

Stephen volvió a casa a primera hora de la tarde del 4 de noviembre. Fue como traerse a un recién nacido del hospital. Imperaba un sentimiento de entusiasmo teñido de nerviosismo, un miedo protector a que aquel ser desvalido y frágil dejara de respirar de repente al poco de cruzar la puerta. También él estaba nervioso y tenso, receloso de la aptitud de las enfermeras encargadas de cuidarlo e inquieto por cada mota de polvo que pudiera trastornar su respiración. En circunstancias normales ya tenía poco respeto por la inteligencia de los demás; ahora, en las peores circunstancias, tendía a considerar idiota a todo el mundo. Sus miedos estaban justificados, pero no por las razones que cabría suponer.

La enfermera que acudió la primera tarde estaba ella misma enferma; era poco más que una anciana frágil y, si bien cumplió de forma admirable con sus deberes, más tarde llamó para decir que no se veía capaz de volver, ya que la presión era excesiva para ella. Fue un mazazo, pues la habíamos contratado para muchos de los veintiún turnos semanales. Hubo otras como ella: personas agradables y bienintencionadas que no podían afrontar el estrés. La agencia constituía el único recurso, fuera cual fuese el coste. Durante las semanas siguientes, mientras Judy y yo tratábamos de apuntalar la desbaratada lista de turnos con una frenética tanda de anuncios, entrevistas e instrucciones a las posibles candidatas, la agencia nos proporcionó enfermeras con distintos grados de aptitud. Hay que decir, en justicia, que probablemente apenas sabían lo que se esperaba de ellas. Pero los peores temores de Stephen —y los míos— nunca habían estado más justificados: la agencia enviaba a una distinta en cada ocasión. Aunque por lo general tenían la mejor de las intenciones y una buena preparación, les costaba entender lo que se les pedía. Así pues, o Jonathan o yo nos pasábamos el turno entero repitiendo una y otra vez las mismas instrucciones.

Algunas nunca llegaban a colocar la taza en el ángulo correcto para evitar que el té se derramara y se introdujera en el tubo de traqueotomía o entre la ropa de Stephen. Unas no le cortaban la comida en trocitos lo bastante pequeños y otras la trituraban hasta convertirla en un puré inaceptable. Algunas no le daban las píldoras en el orden debido. Otras apoyaban la mano en la palanca de mando de la silla de ruedas, que comenzaba a girar. Otras trastocaban por completo los hábitos de Stephen en el cuarto de baño. Pese a la experiencia médica que tenían, les aterrizzaba ver el tubo de traqueotomía en la garganta de Stephen y les ponía nerviosas el uso del equipo de aspiración. Era excepcional que una enfermera volviera una segunda vez. Yo procuraba ser paciente y tranquilizarlas, pero tenía los nervios a flor de piel, crispados por el agotamiento, la inquietud y el desánimo. Obviamente, la frustración de Stephen era comprensible, y no hacía el menor esfuerzo por ocultarla.

Si las actividades diurnas rayaban en lo imposible, de noche los problemas eran de distinta índole. Una vez en la cama, Stephen no disponía de su medio de comunicación informatizado y se veía de nuevo privado del habla. Solo había dos dispositivos que podían ayudarlo. Uno, un abecedario, bien podría haber sido un instrumento de los terapeutas ocupacionales de la Edad Media. En un marco transparente se mostraba el alfabeto en grupos de letras de gran tamaño: Stephen había de fijar los ojos en uno y, a continuación, en una letra concreta de él para expresar sus necesidades letra a letra. Se suponía que la otra persona debía seguir los movimientos de los ojos de Stephen y construir el mensaje a partir de ellos. El sistema requería una paciencia extraordinaria y una excepcional capacidad de deducción por parte de los implicados. Yo traté de simplificarlo desarrollando un código taquigráfico a fin de que Stephen solo tuviera que fijarse en una letra para que su mensaje resultara evidente. Pero, o bien mi código se perdió en el desorden de su habitación, o bien las enfermeras creyeron que podían hacerlo mejor; en cualquier caso, mi invento no duró mucho tiempo.

El otro artilugio, que desbancó al abecedario y representó un notable avance tecnológico con respecto a este, era un timbre. Durante toda la noche Stephen tenía el mando en la mano, de modo muy parecido a como sostenía el control informático durante el día, y cuando lo apretaba se iluminaba una cajita donde, en un panel, aparecía un número limitado de órdenes que le permitían indicar sus necesidades. Durante mucho tiempo, incluso cuando gozaba de buena salud, había resultado difícil colocar sus rígidos miembros de forma cómoda en la cama y, ahora que estaba gravemente enfermo, el proceso consumía casi toda la noche. En aquellos primeros meses me quedaba con él hasta que tenía la plena seguridad de que estaba bien colocado, pues sabía que temía quedarse solo con una enfermera desconocida. A las dos o las tres de la madrugada me derrumbaba en la cama, y con frecuencia la enfermera del turno de noche me despertaba poco después porque se veía incapaz de arreglárselas por sí sola.

Aparte de los problemas de cada día y los de cada noche, los meses siguientes al regreso de Stephen presentaron otros muchos dramas potencialmente letales. Por lo común se producían a altas horas de la noche, cuando el tubo de traqueotomía se bloqueaba o se soltaba. Mientras la enfermera intentaba limpiarlo o ajustarlo, yo llamaba a la unidad de cuidados intensivos en busca de médicos expertos en la técnica de cambiarlo. Seguían después una carrera al hospital e interminables horas de espera en el servicio de urgencias, hasta que se insertaba un tubo nuevo y Stephen podía volver a respirar. Dado que nuestro último alumno ayudante, Nick Warner, un australiano alegre, se había marchado en verano sin que nadie lo reemplazara, Jonathan dormía en la habitación de arriba para cuidar de Tim y a primera hora de la mañana lo llevaba a la escuela mientras yo me recuperaba de los trastornos de la noche.

Como Robert se había marchado, su habitación, grande y aireada, situada en la

parte delantera de la casa, se convirtió enseguida en la de Stephen. Resultaba especialmente adecuada porque tenía un lavabo y armarios de sobra para el equipamiento médico y sanitario, del que recibíamos enormes entregas con regularidad. Disponía asimismo de espacio más que suficiente para una cama ortopédica, papeleras, ordenadores, mesas, butacas y otros muchos objetos, además, por supuesto, de la silla de ruedas. Esta última era cada vez más voluminosa y pesada. El equipo informático que Judy había adquirido para Stephen cuando estaba hospitalizado se había reemplazado por una versión más sofisticada, enviada de California. El nuevo ordenador tenía la ventaja adicional de contar con un sintetizador de voz que permitía oír las frases que Stephen escribía en la pantalla. Daba igual que la voz sintetizada guardara un inquietante parecido con la de un robot: Stephen volvía a tener la facultad de hablar. David Mason, el marido de una de las enfermeras y un hábil ingeniero informático, se dedicó a la tarea de adaptar el ordenador e incorporar sus diversas partes a la silla de ruedas, a fin de que Stephen dejara de estar ligado a una mesa y pudiera llevarse consigo su voz adondequiera que fuera. El pesado ordenador y el dispositivo de voz se sujetaron con correas a la parte trasera de la silla, y la pantalla se colocó en el armazón, donde Stephen pudiera verla. Al cabo de un tiempo, nos tropezamos por casualidad con una báscula industrial, a la que subimos a Stephen con todos sus artilugios. El peso de la silla, las baterías, el ordenador, la pantalla, varios cojines y el ocupante ascendió a ciento treinta kilos.

Hubo crisis recurrentes debido a los problemas iniciales que presentó el recién inventado mecanismo, como también las hubo a causa del estado de salud de Stephen. Cuando David Mason no se pasaba por casa para atender alguna urgencia a cualquier hora del día, eran nuestro fiel amigo John Stark, el neumólogo, el sufrido doctor Swan u otro médico de guardia del consultorio quienes tenían que acudir a cualquier hora de la noche. Llamábamos a los fisioterapeutas los fines de semana y despertábamos al farmacéutico local después de la hora de cierre. En suma, durante todo noviembre y diciembre nos debatimos en un interminable estado de crisis, al que se sumaron el habitual canto de villancicos en la escuela y otros preparativos navideños. De nuevo guiábamos nuestro barco por aguas turbulentas. Aquellas aguas inexploradas estaban envueltas en tinieblas y llevábamos a bordo una tripulación que podía amotinarse.

Dedicaba la mayor parte de mis energías y de mi tiempo a Stephen. Tomaba con él cada sorbo de agua, cada cucharada de comida y cada bocanada de aire. Cuando las fuerzas me fallaban, Jonathan, siempre disponible en segundo plano, compartía en silencio la carga. Destinaba el poco tiempo y la poca energía que me quedaban a mis hijos y mis alumnos. La docencia era mi única oportunidad de concentrarme en otros temas durante unas horas al día, en las cuales la lengua y la literatura llenaban y animaban el vacío creado por el desaliento y el aplastante cansancio. Los alumnos de aquel año llegaron a ser muy especiales para mí. En general mostraban una comprensión excepcionalmente madura para ser adolescentes y un exagerado

reconocimiento hacia mí que reforzaba mi determinación de seguir enseñando, pasara lo que pasara, mientras fuera capaz de realizar el trabajo de manera adecuada. Era esencial para mi maltrecha salud mental.

Stephen no tenía la misma opinión de mis modestas tentativas de cultivar mis intereses intelectuales. Había sufrido, y seguía sufriendo, un horrendo calvario y todavía estaba muy asustado; como el rey Lear, se había convertido en niño: en un niño con un enorme e irritable ego. Por una parte, su lastimoso estado físico expresaba con toda claridad su constante necesidad de cariño y consuelo; por otra, él mismo se volvía inaccesible al levantar una muralla de rebeldía y resentimiento. De ser una autoridad, se había transformado en una persona autoritaria, incluso —o quizá sobre todo— con quienes tanto habíamos padecido con él. Le indignaban algunas de las decisiones que me había visto obligada a tomar en asuntos de la familia durante su estancia en el hospital y defendía con empeño sus derechos como una cuestión de principios. Era natural que quisiera reafirmarse, pero nadie le discutía el derecho a ser el rey del universo y el señor de la casa. En consecuencia, costaba entender por qué parecía decidido a aumentar aún más la tensión de la vida diaria mediante diversas estratagemas muy poco atentas por su parte, como, por ejemplo, colocar deliberadamente la silla de ruedas donde más molestara o discutir el derecho a la privacidad de otras personas, en especial de Lucy. Las dos éramos buenas compañeras. El carácter abierto, rebosante de entusiasmo, de mi hija y su espíritu independiente constituían fuentes inagotables de fortaleza y estímulo hasta en los momentos de mayor desesperación. Hablábamos largo y tendido de toda clase de temas sin rebozo alguno. Era evidente que, dado lo extraordinario de nuestra situación, Lucy necesitaba un espacio propio. Había que respetar su habitación como si fuera sagrada, un lugar ajeno al continuo trajín de las enfermeras y las sillas de ruedas. Era tan sumamente leal a su padre como a mí, pero deseaba privacidad, alejarse de los ojos fisgones, los oídos atentos y las lenguas chismosas de las enfermeras. Y aquella privacidad se le negaba una y otra vez.

Le hablé de mi consternación por la actitud aparentemente irracional de Stephen a un amigo médico, que me respondió: «¡Jane, piensa en lo que ha sufrido! Estuvo a punto de morir y lo mantuvieron con vida por medio de máquinas y fármacos. ¿Crees que todo eso no ha tenido ningún efecto en su cerebro? Debió de haber momentos en que no le llegara oxígeno al cerebro y es más que probable que esa falta causara diminutas lesiones imperceptibles que ahora afectan a su comportamiento y sus reacciones emocionales, aunque, por suerte para él, conserva el intelecto intacto». Otra amiga, una enfermera veterana de un hospital para víctimas de enfermedades degenerativas incurables, estaba convencida de que los familiares de pacientes a los que la enfermedad de la motoneurona dejaba discapacitados en la flor de la vida, y no en la vejez, eran los que mayor angustia experimentaban. En cierto sentido aquellas opiniones y consejos resultaban reconfortantes. Daban a entender que Stephen no era del todo responsable de sus actos y que lo que determinaba su falta de consideración

no era el exceso de egoísta energía innata, sino los efectos combinados de la enfermedad de la motoneurona y el sufrimiento reciente. Estas opiniones, no obstante, apenas tenían peso en otras partes, ni siquiera en los círculos médicos, pues todos veían que desde el punto de vista intelectual Stephen había salido indemne del infierno.

Hay que decir que había enfermeras entregadas y sensibles, la más ejemplar de las cuales era la señora Jo, como nosotros la llamábamos, quien no solo cumplía con todos sus deberes de atención sanitaria, sino que además nos traía los más fragantes *curries* algunos domingos por la tarde. Por regla general las personas más entregadas eran mujeres —u hombres— mayores, formados en una época de mayor disciplina, o que habían alcanzado una formación más alta de lo normal, o a las que no les eran ajenos aquellos problemas. Había otras de características similares que prometían ser igualmente responsables pero que, llegado el momento, no aguantaban la tensión física. Para la mayoría, las expresiones «disciplina profesional» y «comprensión» carecían de sentido, en tanto que el interés propio resultaba primordial. Les traía sin cuidado lo que les explicábamos sobre los angustiosos meses anteriores a su llegada, y tampoco daban importancia al estrés constante en el que vivíamos. Un turno de siete u ocho horas podía ser estresante pero, una vez acabado, la enfermera podía irse y recuperarse en su casa; en cambio, los miembros de la familia no disponíamos de esa opción.

Un problema común era que las enfermeras, al igual que los trabajadores sociales antes que ellas, se dejaban engañar por nuestro entorno. Como vivíamos en una casa grande, suponían que éramos muy ricos. Nuestros discretos intentos de explicarles que habíamos alquilado la vivienda al college caían en saco roto. Y ninguno más roto que el de la enfermera que malinterpretó nuestras circunstancias externas y la cátedra de Stephen como una prueba de riqueza y poder. Una noche entró en la cocina, donde yo ponía la mesa para el desayuno del día siguiente, y me exigió con el mayor descaro que le consiguiera una hipoteca de la universidad. Dudando de haberla entendido bien, le pedí que repitiera la petición delante de Stephen, que ya estaba acostado. Así pues, fuimos al dormitorio, donde se acercó a la cama y repitió lo que me había dicho. Le expliqué que había un malentendido, puesto que yo no tenía ninguna influencia en la universidad ni estaba en situación de pedir una hipoteca para ella. Después de lo cual, ya a medianoche, empezó a gritar y retorcerse, a patear y golpear el pecho, antes de ponerse a dar vueltas, en una frenética danza de guerra, alrededor de la cama de Stephen. Corrí al teléfono y llamé a Judy, que acudió enseguida. Con tanta presteza como tacto, sacó de casa a la plañidera, que en el jardín seguía profiriendo a voz en grito protestas y amenazas de pleitos mientras yo llamaba a la agencia para pedir un reemplazo.

De otra enfermera, una mujer triste y solitaria con la que trabé amistad, no tardamos en descubrir que era alcohólica. No solo se servía una cantidad prudente del modesto surtido de licores que guardábamos al fondo del armario de la cocina, sino

que además cogía cualquier moneda suelta que encontrara. Cuando se marchó de repente, el taxista que la llevó a Heathrow, y que casualmente era un conocido de Judy, explicó luego que no solo le había pagado la carrera —unas cuarenta y cinco libras— en monedas de dos y cinco peniques, sino que además había amenizado el viaje con detalles íntimos de la vida en nuestra casa. Aquella enfermera bien podía haber participado en cuanto ocurría bajo nuestro techo, puesto que la privacidad era inexistente. Resultaba prácticamente imposible mantener una conversación privada, y no digamos ya íntima, con Stephen —o, para el caso, con cualquiera— sin concertar primero una cita y pedirle a la enfermera de turno que tuviera la bondad de salir de la habitación durante cinco minutos.

Debido a la falta de tiempo y a la lentitud de la comunicación, me habitué a preparar con antelación lo que quería decirle a Stephen. Tenía la esperanza de simplificar el asunto, ya fuera económico o familiar, presentándole un razonamiento sucinto y lógico. Pero Stephen se oponía, dando a entender que una vez más le negaba sus derechos. Insistía en empezar por el principio y discutía mi razonamiento a cada momento, seguro de la superioridad de sus propios argumentos. De esta forma, asuntos irrelevantes se convertían en cuestiones de gran importancia y el estado de ánimo alegre y optimista con el que yo había entrado en la habitación degeneraba enseguida en derrota y desilusión. Cuando Stephen recuperó la facultad de hablar, volví a ser una persona nerviosa y retraída, sin confianza en mí misma y tan insegura de mis opiniones que dejé de expresarlas, víctima de la presión psicológica tanto como él lo era de su enfermedad. Yo era consciente de ese proceso mientras ocurría, pero no podía hacer nada por detenerlo, ya que formaba parte integrante de la situación. Me hallaba en una trampa y empecé a tener pesadillas dos o tres veces por semana. La pesadilla era siempre la misma: estaba enterrada viva, atrapada sin posibilidad de escapar.

Lucy no tardó en acostumbrarse a que la enfermera de turno le quitara el periódico sin contemplaciones cuando desayunaba antes de irse a la escuela. A continuación, el periódico se colocaba ceremoniosamente en el sitio de Stephen a la espera de su llegada, unos diez minutos más tarde. El resto de la familia nos convertíamos con rapidez en ciudadanos de segunda, como si fuéramos unos meros monigotes, acurrucados en el peldaño inferior de una escalera en lo alto de la cual las Florence Nightingale de turno atendían al señor del universo. Entre medias estaban los diversos escalones de estudiantes, científicos e ingenieros informáticos, quienes a todas luces eran más importantes que nosotros. Cuando una enfermera, Elaine Mason, me preguntó por qué no dejaba la enseñanza y me interesaba por la enfermería, pues así aprendería a utilizar la máquina de aspiración y podría cuidar de Stephen yo misma, me pareció la prueba más clara de que al resto de nosotros, que carecíamos de formación médica, se nos relegaba a una despreciable oscuridad. La facilidad con que Elaine Mason empleaba su evangélica certeza para minimizar cuestiones profundas como si fueran la voluntad de Dios resultaba desconcertante.

Frente a su farisaica pseudofilosofía, encontré aún mayor consuelo en mi vinculación a la parroquia de San Marcos. Escuchaba con atención los sermones de Bill Loveless y los del otro pastor, Cecil Gibbons, un científico y exmisionero, que a una edad avanzada se había impuesto el deber de mantenerse al corriente de los avances de la ciencia e interpretarlos en un contexto religioso. Ambos tenían siempre algo pertinente y meditado que decirme, ya fuera sobre el sufrimiento, sobre el lugar del hombre en la creación o sobre el bien y el mal, y bajo su dirección empecé a formular mi propia y sencilla filosofía acerca de algunos de los escollos en el camino de la fe, sobre todo al comprender que el libre albedrío es un prerequisite de la condición humana. Si el creador decretara de forma automática la creencia en Dios, el género humano sería simplemente una raza de autómatas sin evolución del pensamiento ni motivación para el descubrimiento. El mal —razonaba yo— podía reducirse a menudo, aunque fuera de manera distante y difusa, a la avaricia y el egoísmo humanos, que eran instintos animales depredadores, dictados por la naturaleza para la supervivencia en un pasado evolutivo remoto, mucho antes del desarrollo de la más fina inteligencia y del albor de la conciencia. La instintiva reacción egoísta, la raíz del mal, estaba fuera del alcance de Dios precisamente porque el libre albedrío le impedía intervenir. Dios no podía evitar el sufrimiento, pero sí aliviar sus efectos restableciendo la esperanza, la paz y la armonía. Quedaba todavía el escollo de la enfermedad, degenerativa, incurable, paralizante y devastadora, que no encajaba en ese sistema; a no ser, claro está, que la enfermedad fuera el resultado, aunque en un grado remoto, de la falibilidad humana, de un error de investigación o de tratamiento, de la forma de vida elegida o del entorno. Si la causa de la enfermedad de Stephen era realmente una vacuna contra la viruela en mal estado administrada a comienzos de los sesenta, podría considerarse así. En cuanto al caos de aquel momento, solo cabía confiar en que, si manteníamos la fe, si seguíamos intentando dar lo mejor de nosotros mismos, tal vez en el futuro amaneciera un día más luminoso y tranquilo.

Los subsidios de la Fundación MacArthur llegaban en plazos semestrales. Cada seis meses, los contables de la universidad preparaban un balance para mostrar a los administradores de la fundación cómo se había gastado el dinero y yo enviaba un informe sobre la salud y los cuidados de Stephen, junto con otra petición de un nuevo subsidio para el semestre siguiente. En mi segunda carta a la fundación, en marzo de 1986, expliqué que habíamos intentado contratar a nuestro propio equipo de enfermeras poniendo con regularidad anuncios en el diario local. Aludí a los «indescriptibles problemas» que había ocasionado este método, razón por la cual a menudo habíamos tenido que recurrir a una agencia; de ahí las considerables facturas de la agencia de enfermería. Los subsidios, aunque generosos, apenas bastaban para pagar las facturas. Desde luego, no alcanzaban para satisfacer las demandas que alguna enfermera revoltosa planeaba y a las que Judy decidió responder convocando una primera reunión. En ella, tras dar las gracias a los presentes por su ayuda,

expliqué cómo se obtenían y organizaban los fondos, con la esperanza de que fueran más conscientes de las dificultades que habíamos experimentado. Señalé que los gastos de atención sanitaria ascendían al menos a treinta y seis mil libras anuales y que se pagaban con dinero de Estados Unidos. Subrayé que nunca existía la certeza de que el subsidio se renovara. Por tanto, resultaba imposible proporcionar a las enfermeras otra cosa que no fuera un empleo a tiempo parcial, que era tal como se anunciaba el trabajo. Así pues, no había margen para pagar bajas de enfermedad, vacaciones, pensiones ni otros beneficios por los que habían empezado a hacer campaña.

A partir de ese momento el público, más sumiso, se concentró en demandas de índole práctica, como cestas para la ropa sucia, toalleros, iluminación adecuada, estanterías y cosas por el estilo, además de la reparación de los baches del camino de entrada. Judy y yo aprovechamos la oportunidad para distribuir el código de conducta del Consejo de Enfermería del Reino Unido y pedimos a la asamblea que prestara atención a las catorce cláusulas que contenía. Aquellas recomendaciones tuvieron el mismo efecto que las preocupaciones que yo ya había expresado sobre la idea de mantener el hogar, nuestro hogar, como un entorno feliz y equilibrado tanto para Stephen como para los niños.

## 5

### De las cenizas

Pese al caos generado en casa por la intervención exterior, Stephen resurgió como un ave fénix y, a primeros de diciembre de 1985, ya estaba lo bastante bien para realizar breves salidas al departamento. Al principio le llevaba yo en coche, pero al cabo de poco tiempo, a no ser que hiciera mal tiempo, ya iba por su cuenta en la silla de ruedas, siguiendo el itinerario habitual a través de los Backs, con la única diferencia de que ahora lo acompañaba una enfermera en lugar de un fiel estudiante. Todas las salidas requerían más tiempo que antes, ya que implicaban una preparación muy meticulosa del paciente. Había que sujetar a la parte trasera de la silla muchos pertrechos esenciales, por lo que esta adquiría un aspecto muy voluminoso. Abarrotada y festoneada de extraños artilugios, un poco como el carro de un buhonero, empequeñecía al ocupante, quien, menudo y atrofiado, la conducía sin temor a la batalla por reafirmar su propia soberanía sobre su dominio intelectual.

Era imprudente insistir demasiado en la vulnerabilidad de Stephen, por más difícil que resultara no caer en la trampa de la sobreprotección sentimental: muchos habían caído en ella. Algunos de nosotros nos habíamos esforzado en alcanzar un equilibrio entre la profunda preocupación por su presencia física, mínima y evanescente, y cierta irreverencia un tanto juguetona ante su inmenso poder psicológico e intelectual. Este delicado equilibrio, tan esencial para una vida familiar sana donde nadie reclame ser más importante que otro, era ahora imposible de mantener. En el mejor de los casos, entrañaba una angustiada atención a cada uno de los detalles del cuidado de Stephen, junto con un sano escepticismo ante algunas de sus declaraciones más extravagantes y escandalosas. Por ejemplo, algunos domingos por la noche Jonathan nos traía el habitual *curry* ya preparado. Pues bien: aunque Stephen recelaba como un neurótico de los ingredientes de mis platos, que yo confeccionaba con sumo cuidado para asegurarme de que no contuvieran gluten, los domingos comía con fruición un enorme plato de *curry* sin preocuparse en absoluto por los ingredientes. Los niños y yo considerábamos que esa flagrante incoherencia constituía un objeto legítimo de pequeñas burlas amables.

Aquellas eran también ocasiones propicias para conversaciones sobre los temas más variados. La conversación privada se había vuelto imposible, pero en el ambiente relajado de aquellos domingos por la noche —y a veces también a mediodía, cuando Robert, que en 1987 volvió a estudiar en Cambridge, traía a sus amigos universitarios para que disfrutaran de una buena comida— la ciencia y la fe solían constituir la base de un debate prolongado y amistoso. Cecil Gibbons había señalado en un sermón que, al elegir una hipótesis de trabajo, la investigación científica necesitaba un acto de fe tan grande como la creencia religiosa. Por lo general Stephen sonreía ante la mención de la fe y la creencia religiosa, si bien en una ocasión histórica hizo la sorprendente

afirmación de que su ciencia del universo requería, al igual que la religión, un acto de fe. En su rama de la ciencia, el acto de fe —o la conjetura feliz— se centraba en qué modelo del universo, qué teoría o qué ecuación elegir como objeto de investigación más apropiado. Luego había que contrastarlos en la etapa experimental mediante la observación. Con suerte, podía demostrarse que la conjetura —o el acto de fe— era «temporalmente no errónea», en palabras de Richard Feynman. El científico tenía que basarse en la intuición de que su opción era correcta, o podía perder años en una investigación inútil con un resultado final que fuera definitivamente erróneo. Cualquier intento de hablar de las cuestiones profundas de la ciencia y la religión con Stephen tropezaba con una enigmática sonrisa.

Insensibles a las sutilezas de nuestra relación e incapaces de diferenciar la mente del cuerpo, las enfermeras, por su parte, tendían a asfixiar a Stephen con una manta de sentimentalismo. Esto contradecía la fortaleza mental de él y socavaba mis tentativas de mantener el equilibrio. Para ellas se había convertido en un ídolo, inmune a las críticas o incluso al sano escepticismo que habían generado las enfermeras psiquiátricas. Las de ahora se concentraban en la desgracia de la enfermedad antes que en la victoria sobre ella, cedían a los caprichos del paciente e interpretaban cualquier broma inocente como un insulto a su ídolo.

El mismo error sentimental lo había cometido antes, en 1985, un artista contratado conjuntamente por el college y la National Portrait Gallery para que realizara un retrato de Stephen. Los cuadros, presentados aquel verano, mostraban con demasiada claridad el patetismo del cuerpo, desmadejado en la silla, pero no lograban plasmar la fuerza de voluntad y la genialidad, reflejadas con tanta nitidez en las facciones del rostro y en el brillo de los ojos. Los retratos me parecieron una parodia y así lo manifesté, para exasperación de los organismos que los habían encargado. Sin embargo, en los primeros meses de 1986, el brillo de la determinación volvió a aquellos ojos cuando Stephen recuperó la movilidad y, con ella, su posición inexpugnable en el departamento. El efecto del período de enfermedad no fue muy distinto del que tuvo el exilio de Cambridge en Newton cuando, en 1665, se cerró la universidad debido a la peste. En el aislamiento de Woolsthorpe Manor, cerca de Grantham, Newton encontró tiempo para la reflexión y el cálculo que requerían el desarrollo de su teoría de la gravedad. En los meses en que había estado demasiado débil para salir de casa, Stephen había aprendido a usar el nuevo ordenador con la misma motivación tenaz que había mostrado al memorizar largas ecuaciones cuando, a finales de los sesenta, perdió la facultad de escribir.

Con la pérdida de la voz descubrió que había adquirido un método de comunicación muy mejorado. Ahora podía conversar con cualquiera, y no solo con un pequeño grupo de familiares y estudiantes como en el pasado, y ya no necesitaba tener a un alumno a mano para que reprodujera lo que él decía en las clases y conferencias. Subiendo el volumen del altavoz, podía dirigirse a un gran auditorio con la misma eficacia, si no más, que cualquiera. Su discurso sintetizado era lento,

dado que elegir el vocabulario llevaba cierto tiempo, pero eso no tenía nada de extraño, ya que siempre había hablado de forma pausada; siempre había reflexionado antes de hablar a fin de no caer en tópicos ni en la necedad, así como para asegurarse de que decía la última palabra sobre cualquier tema.

Ahora no solo tenía la posibilidad de expresar directamente sus pensamientos, dar sus propias clases y escribir sus propias cartas, sino que también podía volver a trabajar en su libro. Brian Whitt, su exalumno, que en los últimos meses había empezado a ayudarlo a organizar de forma metódica el material, siguió ayudando, sobre todo con los gráficos y la búsqueda de material de investigación; pero ahora el proyecto volvía a estar en manos de Stephen. El libro le dio la motivación necesaria para explotar plenamente el potencial del ordenador, que a su vez le proporcionó los medios para escribir una versión revisada del manuscrito, con la incorporación de las sugerencias del revisor estadounidense. Empezaba a dar la impresión de que el libro podía convertirse en realidad; no solo no habríamos de devolver el anticipo, sino que por fin teníamos la perspectiva de la seguridad económica. Tal vez el libro no nos hiciera ganar una fortuna, pero sí podía aportarnos unos ingresos suplementarios de manera regular, por lo que después de casi un cuarto de siglo ya no tendríamos que economizar.

En casa yo hacía malabarismos para compaginar mis propios intereses, la enseñanza, la música y los hijos con las tediosas demandas de las caprichosas enfermeras. Con la ayuda incondicional de Judy, mantuve a raya el caos inminente realizando entrevistas semanales a nuevas candidatas y atendiendo las peticiones de mejora de quienes ya trabajaban para nosotros. Teníamos la sensación de que nos habíamos convertido en los chivos expiatorios de las frustraciones que las enfermeras no podían descargar en Stephen.

Mientras tanto, él celebraba el retorno a la normalidad, que en el plazo más inmediato consistió en asistir a un espectáculo familiar navideño el día de su cumpleaños y a la Noche de las Damas del College dos días después. A más largo plazo, empezaba a proyectar ya los viajes del año siguiente, sin dejarse amedrentar por la experiencia de Ginebra. París y Roma formaban parte de su itinerario para el otoño, tras un viaje de prueba al extranjero en junio, concretamente a una isla de la costa sueca donde se celebraba un congreso sobre física de partículas. Cómo iba a lograrse todo eso era otra cuestión, sobre todo teniendo en cuenta que las fechas del congreso sueco coincidían con los exámenes de Lucy y yo no estaba demasiado dispuesta a dejarla sola en un momento tan crucial.

De hecho, en la primavera de 1986 la atención se desplazó de Stephen a Lucy, que en marzo realizó un viaje escolar a Moscú, pero no, como esperábamos todos, bajo los exuberantes auspicios de su profesora rusa. Cada año, Vera Petrovna acostumbraba a vestir a sus alumnas como muñecos Michelin, con una capa tras otra de ropa adquirida en tiendas de segunda mano y mercadillos. Una vez en Moscú, las chicas recorrían la ciudad para visitar a amigos y parientes de la profesora y se

despojaban de una capa de ropa en cada parada. En 1986, sin embargo, denegaron por primera vez el visado a Vera, de modo que viajaron a Moscú y Leningrado otros profesores que no hablaban ruso. Por tanto, fue una potencial catástrofe que Lucy cayera enferma en Moscú, con solo su propio conocimiento del ruso como posible ayuda. Aterrorizada por la perspectiva de verse desamparada en un hospital ruso, no dijo a nadie lo mal que se encontraba; no comió nada y se apretó el estómago durante diez días. Cuando llegó a casa, con fiebre alta y un terrible dolor abdominal, tuvo que meterse directamente en la cama. Acudió el médico y le diagnosticó una apendicitis aguda. De modo que ahí estábamos otra vez, recorriendo los pasillos —ya demasiado conocidos— del hospital de Addenbrooke y sentados en las mismas sillas de plástico, aunque ahora por un apéndice peligrosamente inflamado en lugar de unas vías respiratorias peligrosamente obstruidas. Al día siguiente, cuando Lucy ya se recuperaba, nos dijeron que había tenido mucha suerte de no sufrir una perforación del apéndice en Moscú.

No obstante, la llegada de un tiempo más cálido alivió algunas de las tensiones asociadas a las sensibilidades invernales y la vida empezó a recuperar una leve apariencia de la antigua normalidad, ganada con tanto esfuerzo. Tenazmente resuelta a que nuestro hogar siguiera siendo digno de tal nombre, intenté dejar en un segundo plano las complejidades de la atención sanitaria a tiempo completo y fingir, como tantas veces habíamos hecho en el pasado, que constituía tan solo una molestia menor. Volvimos a ofrecer cenas y fiestas para los científicos invitados de la universidad y a participar en las actividades de las escuelas y la iglesia.

A medida que la salud de Stephen mejoraba poco a poco, yo retomaba algunas de mis antiguas actividades, en especial la de cantar en el coro de la iglesia y en el orfeón al que me había incorporado a comienzos de los ochenta. Dado que los ensayos semanales de este último se realizaban en la capilla del Caius College, con el amable permiso del decano, John Sturdy, eran bastante compatibles con los movimientos de Stephen. Acompañado de una enfermera, solía cenar en el college mientras yo cantaba —o lo intentaba, entre una serie inacabable de resfriados— en la capilla. A menudo él se pasaba después de la cena para escuchar las últimas fases del ensayo y luego nos íbamos juntos a casa. Lucy empezaba a adoptar un estilo de vida cada vez más independiente, que giraba de manera creciente en torno al teatro y la mantenía muchas horas fuera de casa.

En el viaje a Suecia acompañaron a Stephen tres enfermeras y un médico, lo que llevó al límite el presupuesto de MacArthur. Sin embargo, se trataba de una inversión provechosa, puesto que Murray Gell-Mann, uno de los administradores de la Fundación MacArthur, también participaba en el congreso. Así vería con sus propios ojos lo calamitosas que eran las circunstancias de Stephen y sabría lo costosos que resultaban los cuidados profesionales necesarios para mantener su vida y su contribución a la física. En mi siguiente solicitud a la fundación, en septiembre de 1986, mencioné la reunión que habíamos tenido con Murray Gell-Mann e informé de

que el estado de Stephen, aunque mucho más estable, seguía requiriendo el mismo grado de atención sanitaria profesional; yo predecía que la necesitaría indefinidamente. La Fundación MacArthur acordó entonces sufragar los gastos de atención sanitaria de Stephen de manera indefinida y aceptó mi explicación de que el Servicio Nacional de Salud solo proporcionaba una breve visita matutina de la enfermera del distrito para supervisar el material, una visita semanal del médico de cabecera, un turno de ocho horas de cada veintiuno y ayuda con el baño un par de mañanas a la semana.

Marstrand, una isla pequeña y sin tráfico de la costa oeste de Suecia, resultó ser el lugar más delicioso y adecuado para que un físico convaleciente ejercitara su musculatura intelectual. Mientras Stephen y sus compañeros exploraban el universo mediante las trayectorias de las partículas elementales, yo me relajaba disfrutando de la paz y la soledad en las ensenadas rocosas y caminando sola por las pistas forestales, donde en junio todavía florecían los narcisos y el sol brillaba hasta bien entrada la noche. La libertad de aquellos pocos días en Suecia era un lujo poco frecuente; pero un lujo con el que me tropezaba de vez en cuando gracias a la ayuda inesperada de la madre de Stephen tras la muerte de Frank Hawking, en marzo de 1986. El padre de Stephen no había sido un paciente fácil en la etapa final de su enfermedad: la frustración de la inmovilidad resultaba una carga excesiva para un hombre que años atrás, al estallar la Segunda Guerra Mundial, no había dudado en atravesar África en coche él solo para alistarse en el ejército y que con setenta y muchos años solía pasar semanas enteras de acampada y caminando por las montañas galesas. Su entierro marcó un triste final a toda una carrera, tan distinguida como insuficientemente reconocida, en el ámbito de la medicina tropical. Yo sospechaba que no era la única persona cuyos sentimientos hacia él eran ambivalentes. Lo admiraba y respetaba, ya que podía ser sensible y considerado, incluso agradecido, pero también podía mostrarse frío, hosco y distante.

Tras su muerte, pareció suavizarse la severa inflexibilidad de Isobel, que empezó a dar muestras de una mayor compasión. Parecía deseosa de compartir las tensiones de nuestra vida familiar de una forma nueva y se ganó el aprecio de mis hijos con su sarcástico sentido del humor y su carácter aparentemente desenfadado, que les exigía muy poco. También mostró una sorprendente y benévola tolerancia con respecto a mi relación con Jonathan, como si por fin hubiera comprendido que él no pretendía destruir a la familia, sino que deseaba de corazón ayudarnos a todos nosotros, incluido Stephen. Yo agradecía su ayuda y su comprensión, sobre todo cuando se ofreció a ocuparse de la casa para que pudiéramos reanudar las vacaciones de *camping* en el continente. Me parecía que, si podía contar con la posibilidad de un par de semanas de vacaciones estivales, sin las tensiones de una vida a medias en un hogar donde realizaba toda clase de tareas durante los siete días de la semana y un mínimo de cuarenta y nueve semanas al año, intentando compaginar todos mis cometidos y ser toda clase de cosas para todos sus habitantes, eso me permitiría

reunir las fuerzas necesarias para seguir, por muy duros que fueran aquellos deberes. Al concluir el tiempo asignado, volví sin dudarle a Stephen.

Después de haber extendido sin contratiempo alguno sus alas de ave fénix en Suecia, Stephen estaba impaciente por utilizarlas una y otra vez. En septiembre, el circo ambulante, al que se había incorporado un joven graduado en física como ayudante personal de Stephen, partió hacia la capital de Francia para que este asistiera a un congreso que se celebraría en el Observatorio de París en Meudon, donde trabajaba Brandon Carter. Estuve encantada de tener la oportunidad de ver a Lucette y ponerla al corriente de lo ocurrido en el último año, y además descubrí un nuevo cometido: el de chófer e intérprete del grupo. Al menos las enfermeras podrían oír, si no ver, que yo servía para algo.

Solo un mes después nos encontrábamos de nuevo en Roma, donde Stephen iba a ser nombrado por el Papa miembro de la Academia Pontificia de las Ciencias, pese a las herejías que seguía predicando acerca de que el universo no tenía ni principio ni fin. Tim nos acompañó, así como la comitiva de enfermeras y el joven ayudante personal, cuya función consistía en ocuparse del funcionamiento del ordenador y de la mecánica de las conferencias de Stephen. Tratamos de escoger a enfermeras que sabíamos que eran católicas y que, por tanto, apreciarían la trascendencia de la ocasión. Tuvimos suerte, pues dos de las más responsables y simpáticas, Pam y Theresa, eran católicas y se pusieron contentísimas de que las invitáramos. Sin embargo, necesitábamos a tres, y no todas se mostraban tan entusiastas como ellas; solo en el último momento Elaine Mason aceptó viajar con nosotros.

El momento culminante de la visita a Roma era una audiencia con el papa Juan Pablo II, a la que se permitió asistir a todos los miembros del grupo de Stephen. Poniendo delicadamente la mano en la cabeza de Tim, el Papa nos habló en voz baja a Stephen y a mí, nos apretó las manos y nos dio su bendición. Luego estrechó la mano a todos los demás, ninguno de los cuales se resistió. Me sentí conmovida por la calidez de su personalidad, la suavidad de sus grandes manos y la santidad que emanaba de la luz de sus brillantes ojos azules. No tenía prejuicios religiosos y había ido a Roma con el corazón y la mente abiertos. El Papa me llegó tanto a la mente como al corazón, puesto que —política y dogma aparte— percibí que se preocupaba sinceramente por las personas a las que conocía y las tenía presentes en sus oraciones.

Alentado por el éxito de aquellos tímidos viajes al extranjero sin salir de Europa, ahora las aspiraciones de Stephen no tenían límites. Aquel diciembre remontó el vuelo para participar en el habitual congreso científico celebrado en Chicago los días previos a las navidades y reclamar su lugar en el ámbito internacional. Por entonces viajaba con el ceremonial propio de un jeque árabe, rodeado de una multitud de adláteres, enfermeras, estudiantes, su ayudante personal y algún que otro colega. Llevaba tanto equipaje que a menudo las limusinas que lo conducían a toda velocidad al aeropuerto tenían dificultades para que el bastidor no tocara el suelo al salir del aparcamiento. Las compañías aéreas habían aprendido a tratar a Stephen con respeto,

como a un cliente valioso más que como una molestia; le mostraban una deferencia y le ofrecían una ayuda que, de haberse producido veinte años antes, cuando yo luchaba por cuidarlos a él y a un diminuto bebé, me habrían ahorrado mucho estrés. Ahora, irónicamente, mi presencia resultaba casi superflua en los viajes internacionales. Sola entre tantas personas, con frecuencia me llevaba a Tim para tener compañía, del mismo modo que Robert había sido mi pequeño compañero en otro tiempo. Tim cumplía ese papel de manera admirable. Le gustaba ir en avión y, cuando este tomaba velocidad para el despegue —mi peor momento—, ahogaba un grito y decía: «¡Más deprisa! ¡Más deprisa!», disipando mis persistentes temores con un entusiasmo contagioso. Había muchas cosas que yo podía enseñarle y por las que podía despertar su interés en aquellos viajes, entre ellas un conocimiento básico de las lenguas romances. En España, con paciencia y una absoluta falta de competitividad, él me enseñó a jugar al ajedrez, algo que su padre nunca había conseguido.

## 6

### Matemáticas y música

Dieciocho meses antes las posibilidades de supervivencia de Stephen se habían considerado prácticamente insignificantes, pero él había vuelto a dejar perplejos a los pesimistas: había sobrevivido y se hallaba de nuevo en la vanguardia de la investigación científica, elaborando teorías sobre hipótesis abstrusas acerca de partículas imaginarias que viajaban en un tiempo imaginario a través de un universo que era como un espejo y no existía salvo en la mente de los teóricos. Su extraordinaria resurrección y la consiguiente transformación de sus perspectivas lo habían animado a trabajar con mayor intensidad que nunca. Volvía a viajar, por la tierra y por el universo, cuando y donde quería. Y sobre todo, poco más de un año después de sus primeras y concienzudas tentativas de dominar el funcionamiento del ordenador y de su cauteloso regreso al departamento, había completado el segundo borrador del libro y estaba buscándole un título. Su estado de salud seguía siendo extremadamente precario y objeto de constante preocupación, pero con todas las ayudas de la medicina moderna y veinticuatro horas de atención sanitaria a su disposición, era como si llevara consigo su propio minihospital allá adonde fuera.

El gran acontecimiento de 1987 que, entre trayectorias imaginarias y universos ilusorios, ocupaba a Stephen y cuantos estaban atrapados en su órbita era la celebración del tricentenario de la publicación de los *Principios matemáticos* de Newton con un congreso internacional que tendría lugar en Cambridge. Stephen se hallaba en el mismo centro de aquel acontecimiento, ya que siguiendo la tradición newtoniana de liderar la investigación cosmológica en Cambridge se le confió la presidencia como catedrático lucasiano; además, su trabajo era la prolongación lógica de la física newtoniana modificada por la influencia de la teoría de la relatividad de Einstein en el siglo xx.

Isaac Newton nació en 1642, el mismo año en que murió Galileo y tres siglos antes del nacimiento de Stephen. Aunque su educación como alumno en Grantham y como *sizar*, o estudiante sirviente, en el Trinity College fue conservadora, su principal obra, los *Principios matemáticos*, estaba directamente influida por los principios mecánicos y matemáticos formulados por René Descartes, el gran filósofo francés del siglo xvii. En Cambridge, en la década de 1660, las teorías de Descartes provocaron una «gran conmoción; algunos despotricaron contra él y prohibieron la lectura de su obra como si hubiera puesto en tela de juicio el mismísimo Evangelio. Y, sin embargo, hubo una propensión general, sobre todo en la parte más briosa de la universidad, a recurrir a él». Newton se llevó consigo los principios de Descartes a Woolsthorpe Manor justo después de su graduación, cuando estalló la epidemia de peste. Durante aquel extraordinario período de creatividad en Woolsthorpe Manor, Newton, con veintitrés años, desarrolló sus tres grandes descubrimientos: el cálculo,

la teoría de la gravitación universal y la teoría de la naturaleza de la luz.

Puede que Newton fuera «brioso» al adoptar las teorías de Descartes, pero no lo fue a la hora de sacar a la luz los resultados a los que estas le habían llevado. Los *Principios matemáticos* se publicaron finalmente en 1687 a instancias de Samuel Pepys, presidente de la Royal Society, y del joven astrónomo Edmond Halley. En aquella obra maestra, Newton no solo proponía la Ley de la Gravitación Universal, que predecía los movimientos elípticos de los planetas alrededor del sol, sino que asimismo desarrollaba las complicadas fórmulas matemáticas que describían dichos movimientos. En los *Principios matemáticos*, las matemáticas se ponen al servicio de la física y se aplican de manera rigurosa al universo visible. *Óptica*, la otra gran obra de Newton, desarrollada también en los años de la peste pero no publicada hasta 1704, describía la luz como un espectro de colores cuya combinación formaba la luz blanca, pero que podía descomponerse en las siete bandas que la integraban. Si los *Principios matemáticos* se inspiraron en la caída de una manzana en el jardín de Woolsthorpe Manor, la inspiración de la *Óptica* fue de índole comercial: la mejora de las lentes del telescopio, el instrumento que Galileo había dirigido por primera vez hacia el firmamento en el invierno de 1609. Aunque Newton se había descrito a sí mismo como un filósofo natural, se le podría considerar el primer gran matemático y físico moderno.

Newton, fruto de una niñez infeliz, podía ser tiránico y no poco retorcido. Se ganó la reputación de vengativo en su trato con el filósofo alemán Gottfried Leibniz, que afirmaba haber descubierto el cálculo antes que él. El descubrimiento newtoniano del cálculo —o de las «fluxiones», como él las llamaba— nació de su necesidad, a mediados de la década de 1660, de disponer de un método general de cálculo matemático, esencial para abordar la dinámica de los movimientos planetarios. Acto seguido lo aplicó a su teoría de la gravitación pero, como de costumbre, no publicó los resultados, de modo que se enfureció cuando Leibniz dio a la luz sus propias conclusiones en 1676. No obstante, había un aspecto más humilde de aquel genio amargado que me atraía. Al escribir sobre su papel en la ciencia, reflexionó sobre su propia importancia, inseguro de la trascendencia de sus descubrimientos: «No sé qué le pareceré al mundo; pero yo mismo tengo la impresión de que solo he sido como un niño que juega en la playa y se divierte de vez en cuando al encontrar un guijarro más liso o una concha más bonita de lo normal, mientras el gran océano de la verdad se extiende, inexplorado, ante él». «Recoger guijarros en la playa» era la misma imagen que había utilizado Stephen en 1965 para ridiculizar los estudios medievales.

Newton no dejó piedra por remover en su playa particular. Aunque, en opinión de sus contemporáneos, carecía de oído musical, en 1667 elaboró una teoría de la música. *Sobre la música* era un tratado bastante corriente que no contenía ninguna novedad; el autor abordaba cuestiones relativas a la afinación de la escala y comparaba en términos logarítmicos los temperamentos justo e igual. También utilizaba la música para establecer analogías sinestésicas entre las siete notas de la

escala diatónica y las siete bandas de color del espectro; analogías que se basaban en la anchura de las bandas de color y las siete longitudes de cuerda necesarias para producir una escala.

El vínculo entre los gustos personales de Newton y la música era más bien tenue pero, junto con otras consideraciones, su interés teórico era lo bastante fuerte para justificar que se ofreciera un concierto de música de su época para celebrar su tricentenario. Otra consideración se centraba en que el estímulo inicial para la genialidad de Newton fue el nuevo enfoque de la ciencia proveniente de Francia, mientras que, con la restauración de la monarquía en 1660, hubo en Inglaterra una oleada de entusiasmo por el innovador estilo francés en música que llegó de la mano de Carlos II, lo cual inspiró al otro gran genio inglés de aquel período: Henry Purcell. Dado que, junto con las composiciones de Bach y Händel, las de Henry Purcell constituían la base del repertorio de la Cambridge Baroque Camerata, no podría haber un modo más apropiado de entretener a los asistentes al congreso del tricentenario de Newton que un concierto de música de aquella época. Por mucho que Stephen hubiera preferido una interpretación de *El anillo del nibelungo*, esta apenas resultaba factible. La gran ventaja del prestigioso acontecimiento, que se celebraría en el Trinity College, consistió en que la orquesta consiguió por fin un patrocinio comercial, lo cual permitió a Jonathan dotar a su iniciativa musical de una base segura e incluso realizar una grabación del concierto, titulado *Principia Musica*.

Una vez más, parecía que Stephen, Jonathan y yo habíamos logrado con esfuerzo una especie de síntesis de nuestros respectivos talentos e intereses. Aunque la moderna física de la teoría cuántica se hallaba completamente fuera de mi alcance, sí podía estudiar la física newtoniana entendiendo los conceptos, aunque no las matemáticas, y podía ser útil relacionando los aspectos matemático y musical de la gran empresa de aquel verano. Disfrutaba organizando el concierto: era un trabajo duro pero, al igual que la enseñanza, me proporcionaba cierta autoestima. Además de las cuestiones prácticas de la promoción del concierto, la preparación de la sala, la publicidad, la venta de entradas, etcétera, estaba el estímulo intelectual de investigar el contexto de la música para los programas de mano. Buscando información sobre el panorama musical de finales del siglo XVII, me encontré de nuevo en la biblioteca universitaria, donde el frenético ritmo de la existencia cotidiana se apaciguaba para adoptar un paso reverente y pausado. En el curso de mis investigaciones hallé una feliz conexión entre Newton y Purcell en los escritos de un eminente musicólogo del siglo XVII y estudiante universitario contemporáneo de Newton, Roger North, quien concluía que las grandes «diversiones prácticas» de su vida se habían «reducido a dos principales: las matemáticas y la música». El placer que le procuraban las matemáticas culminó en la hipótesis, «nueva y más exquisitamente pensada, del señor Newton» de la luz «como una mezcla fusionada de todos los colores». En cuanto a la música, apenas había dudar de que «el divino Purcell» le proporcionaba el mayor de los placeres por cuanto alcanzaba «plenamente la superioridad de la facultad

musical».

Como en el pasado, las horas que podía pasar en la biblioteca universitaria eran, por desgracia, escasas. Entraba corriendo a comprobar unas pocas referencias y salía disparada con una pila de libros bajo el brazo. Antes de las celebraciones de Newton, en julio, había que encajar en el calendario otras muchas actividades. No descansaba nunca, impulsada por una tensión interior que impregnaba todos los aspectos de mi ser: físico, mental, intelectual, creativo y espiritual. Sin embargo, una vez más tenía que probarme a mí misma que era una compañera digna del genio de Stephen, al tiempo que debía demostrar ante el mundo que seguíamos funcionando como una familia normal. Aparte de nuestras actividades académicas, había más fiestas y cenas, más colaboraciones con organizaciones benéficas, más conciertos y conferencias, más viajes y más doctorados *honoris causa*. Otras familias llevaban vidas ajetreadas pero, en comparación con las suyas, la nuestra no era una vida normal: era demencial. Mi supervivencia dependía del aliento y las fuerzas que pudieran proporcionarme mis múltiples actividades, junto con mi familia, mis amigos y Jonathan. Sin embargo, las enfermeras que acompañaban a Stephen, carentes tanto de perspicacia como de imaginación, consideraban que aquellos puntales iban en contra del interés de este más que apoyarlo. No tardé en tener la impresión, como el resto de la familia, de que debíamos pedir perdón por nuestra presencia, por nuestra propia existencia, por respirar el mismo aire que el genio. La mayoría de las veces era Lucy quien me ayudaba a mantener la perspectiva, y Jonathan quien me animaba a conservar algo de amor propio. Pero la frecuente y reconfortante presencia de Jonathan provocaba cada vez más susurros disimulados y silencios bruscos entre aquellas personas ajenas a la familia que, en su superficialidad, querían que los demás se rigieran por unos valores morales que, como los hechos demostrarían, ni ellas mismas eran capaces de respetar.

Lucy seguía estudiando ruso y cursaba su primer año de bachillerato cuando, en mayo de 1987, volvió a Moscú, en esta ocasión con Stephen, que debía asistir a otro congreso en la Academia de las Ciencias, y conmigo. La academia, como muchas otras instituciones rusas, iba desprendiéndose discretamente de la antigua nomenclatura «soviética» ante el cambio drástico que se producía en la sociedad rusa. Las palabras *perestroika* y *glásnost* danzaban en los labios de todo el mundo con un entusiasmo contagioso que rayaba en la euforia.

—¿Qué opinan de la situación de cambio que vive el país? —nos preguntaron los periodistas a Lucy y a mí tras la conferencia pública de Stephen.

—El hecho mismo de que ustedes puedan formular esa pregunta es prueba suficiente del extraordinario cambio —respondimos.

Libertad de expresión, liberación de la opresión, libertad de circulación: todas estas libertades poseían un valor increíble para un pueblo que había tenido que vivir entre los límites grises y escalofriantes de un sombrío Estado de partido único.

También nosotros nos sentimos mucho más libres que en los viajes anteriores a Moscú. Podíamos ir a donde quisiéramos sin que nadie nos acompañara ni nos

siguiera, y el entretenimiento que nos proporcionaron no se limitó a la obligada visita al Bolshói, sino que incluyó un concierto en una iglesia de las afueras de Moscú. El fervor religioso se había apoderado de la capital rusa. En la iglesia del monasterio de Novodévichi, por ejemplo, el aire estaba cargado del humo de cientos de velas, en torno a las cuales los fieles salmodiaban y hacían genuflexiones como si quisieran recuperar el tiempo perdido.

Por estar en Moscú, me perdí un hecho sucedido en Cambridge que tenía una profunda trascendencia no solo para mis hijos, para Jonathan y para mí, sino también para toda la parroquia de San Marcos: Bill Loveless se jubiló. La congregación se sentía tan desolada por la pérdida de su queridísimo pastor que vivió en un estado parecido a un luto colectivo durante un largo período después de su marcha. En la primavera, Lucy había aprovechado la oportunidad de asistir a la última serie de clases de Bill de cara a la confirmación. Más o menos por entonces, y en honor a su inminente jubilación, el coro dio un concierto en el que canté un par de los *lieder* de Schubert que más le gustaban, entre ellos *Die Forelle*, y después celebramos una gran cena de despedida en West Road. Aun así, me entristecía no estar presente en su último oficio dominical. Loveless poseía un caudal de sabiduría del que yo apenas había arañado la superficie; de hecho, uno de sus últimos sermones, sobre la búsqueda de la paz mental, me había impresionado sobremanera. En él reveló todos los aspectos de mi propia falta de paz: las preocupaciones, los temores —por Stephen, por mis hijos y por mí—, la imposibilidad de descansar, las tensiones e inquietudes, las frustraciones e incertidumbres. Habló asimismo del otro conjunto de perturbaciones emocionales asociadas a una mente agitada, las que provoca la culpa, a las cuales yo no era ajena: el remordimiento me seguía como una sombra amenazadora. Le escuché buscando las migajas de consuelo que pudiera lanzarme. Vivid el presente —dijo— y confiad en Dios en medio de la oscuridad, el dolor y el miedo. Luego, cuando citó el pasaje bíblico de los Corintios que dice: «Dios no permitirá que seáis probados más allá de lo que podáis soportar», sentí que sus palabras se dirigían solo a mí. La culpa —prosiguió— es el riesgo derivado de esforzarse siempre por lograr lo más alto y lo mejor; el amor es la única respuesta a la culpa. Solo en el amor podemos sostenernos unos a otros. Sus palabras ofrecían una nueva solución al punzante dilema de la culpa. El amor era ciertamente la fuerza que sostenía nuestra familia. Según ese argumento, yo era fiel a mi promesa, pues sentía amor por todos: un abundante amor maternal para cada uno de mis hijos, amor para Stephen y también para Jonathan. El amor poseía muchas facetas, era *Ágape* además de *Eros*, y yo todavía quería demostrar mi amor a Stephen haciendo todo lo posible por él; pero a veces ese amor se enredaba de tal modo en la multitud de preocupaciones generadas por la responsabilidad de su cuidado que resultaba difícil saber dónde terminaba la ansiedad y empezaba el amor. Al propio Stephen lo ofendía cualquier atisbo de compasión, que comparaba con la piedad y el sentimentalismo religioso. Se negaba a entenderla y la rechazaba de plano.

## Extremos

Con una pequeña ayuda de Shakespeare, Stephen había encontrado un título para su libro: *A Brief History of Time*. Tras las revisiones, el original había adquirido una forma que el editor juzgó satisfactoria y se fijó una fecha de junio de 1988 para la publicación. La edición norteamericana saldría en primavera, antes que la británica. A última hora hubo que destruir aquella primera edición norteamericana por temor a que se presentaran demandas por difamación, debido a algunos comentarios contenidos en el texto acerca de la integridad de un par de científicos norteamericanos. Este contratiempo permitió subsanar una pequeña omisión: Stephen me había dedicado a mí *Historia del tiempo. Del Big Bang a los agujeros negros*, un gesto que entendí con suma gratitud como un reconocimiento público, pero la dedicatoria se había omitido en la edición norteamericana.

Mientras Stephen estaba en Estados Unidos para la presentación, Tim y yo fuimos a pasar unos días con su mejor amigo, Arthur, que ahora vivía con sus padres en Alemania. Últimamente los dos niños apenas se veían y ninguno de los dos había hecho otros amigos íntimos; cuando se encontraron, recuperaron felices sus costumbres de siempre, como hermanos que hubieran estado separados durante mucho tiempo. Dado que había caído una nevada tardía en la Selva Negra, Kevin, el padre de Arthur, nos sorprendió preguntándonos si nos gustaría ir a esquiar. Yo no había esquiado en la vida y no esperaba hacerlo nunca, aunque se rumoreaba que Stephen había sido un buen esquiador y Lucy iba a esquiar a menudo con sus amigos. De hecho, en aquel momento se encontraba en los Alpes, recuperándose de una dura serie de ensayos de una obra que ella y sus compañeros del Cambridge Youth Theatre iban a representar en Cambridge en abril, antes de actuar en el Festival de Edimburgo, en verano. Tim y yo aceptamos encantados la oportunidad de aprender a esquiar. Él aprendió con rapidez: se lanzaba por las pendientes a velocidad de vértigo, con el peligro de acabar en el aparcamiento de coches que había abajo. Yo lo miraba impotente mientras Belinda, la madre de Arthur, le gritaba desesperada que juntara la punta de los esquís para frenar. Como recordaba las veces que me había roto los brazos cuando aprendí a patinar sobre hielo, estaba nerviosa e iba con más cuidado que él..., hasta que me di cuenta de que la nieve es un lecho blando, aunque frío y húmedo, en el que caer. Durante aquel fin de semana en la Selva Negra, recuperé parte de mi antigua audacia. En lo alto de la ladera, con el viento en la cara y el reflejo del sol en la blanca y reluciente nieve, me alegraba de haberme liberado de las preocupaciones y las responsabilidades, así como de las tediosas discusiones y desavenencias con enfermeras malhumoradas que habían convertido nuestra vida hogareña en una lucha interminable y deprimente. Esquiar exigía una concentración máxima, tanto física como mental: el objetivo inmediato era el pie de la pendiente, y

la única pregunta que el cerebro debía plantearse era cómo llegar allí indemne.

Stephen pasó más de tres semanas en Norteamérica. Poco después de su regreso, teníamos que viajar juntos a Jerusalén, donde él iba a recoger el prestigioso Premio Wolf, compartido con Roger Penrose, por sus trabajos de física.

Mis reparos al viaje a Jerusalén no se debían solo a la renuencia a dejar a mis hijos o a quitarle tiempo a la enseñanza. Aunque estaba deseando ver a Hanna Scolnicov, mi amiga del Lucy Cavendish, no tenía tantas ganas de visitar la ciudad más sagrada y antigua del mundo en compañía de un grupo de físicos. Habría preferido una peregrinación con personas de ideas más afines a las mías, pero no tenía otra opción. Se percibía la tensión en el aire cuando Stephen dijo que, si yo no quería ir, sin duda Elaine Mason, la enfermera que lo había acompañado a Norteamérica, estaría encantada de sustituirme.

Le había sentado mal mi negativa a viajar a Norteamérica en marzo, cuando Tim y yo habíamos estado esquiendo, y desde su regreso las líneas de comunicación entre nosotros se habían vuelto tirantes y quebradizas. Mi sugerencia de que despidiera a algunas de las enfermeras más problemáticas se topó con esta fría e incontestable respuesta: «Necesito buenas enfermeras». Cuando me ofrecí a colaborar con él en una autobiografía que le habían propuesto, un proyecto que yo esperaba que nos uniese, su reacción fue despectiva: «Me alegraría oír tu opinión». Solo entonces empecé a percatarme de que era cierto lo que algunas enfermeras intentaban decirme desde hacía cierto tiempo: que una de ellas ejercía una influencia excesiva sobre él, sembraba cizaña entre nosotros y se aprovechaba de nuestras desavenencias. Naturalmente, mi relación con Jonathan ocupaba un papel central en la cada vez más enrevesada red de tretas y engaños que se tejía y, en ese aspecto, poco podía decir yo en mi defensa, pues estaba claro que el mundo condenaba nuestra relación.

Antes de partir hacia Oriente Próximo tuvimos tiempo de ver actuar a Lucy en el animado espectáculo *Corazón de perro*, adaptación teatral de la sátira política escrita en los años veinte por el autor ruso Mijaíl Bulgákov. La novelita, en la que Bulgákov expresaba su preocupación por el dominio del proletariado en la sociedad rusa, se consideró demasiado cáustica para publicarla en su época y no vio la luz en la Unión Soviética hasta 1987, el año de nuestra última visita. Al domingo siguiente, dejando a mis padres a cargo de la casa, partimos hacia Israel.

Aunque hubo retrasos en Heathrow, la mayor parte del vuelo transcurrió sin incidentes. Jonathan, que estaba de gira con la Cambridge Baroque Camerata, me había regalado por mi cumpleaños un *walkman* y cintas de la *Misa en si menor* de Bach, y con eso ocupé el tiempo, mirando de vez en cuando por la ventanilla las lejanas y azules profundidades del Mediterráneo. Cuando cayó la noche y se oscurecieron el cielo y el mar, apareció abajo una franja de luces de neón que dibujaban con claridad la línea de la costa y nos dijeron que nos abrocháramos los cinturones para aterrizar en Tel Aviv. El avión inició el descenso y contemplé cómo sobrevolábamos edificios iluminados y carreteras. Oí el ruido del tren de aterrizaje

que bajaba y esperé la sacudida que se produciría cuando tocáramos la pista. La sacudida no llegó. Por el contrario, el avión volvió a elevarse hacia el cielo nocturno. Para mi propia sorpresa, yo estaba fascinada, no aterrada. No se nos dijo nada. El silencio se apoderó de la cabina de pasajeros e intuí que por la mente de todos nosotros pasaba la misma pregunta: ¿nos habían secuestrado y volábamos hacia Líbano?

Diez minutos después, la voz del capitán sonó por megafonía. No habíamos podido aterrizar en Tel Aviv debido a una niebla repentina y nos habían desviado a la única otra pista disponible: la de una base militar en el desierto de Néguev, el cuello del territorio israelí que se estrecha hacia el mar Rojo entre Egipto y Jordania. Acompañados del zumbido del avión, atravesamos la noche hasta el desierto, donde efectuamos un aterrizaje brusco y accidentado en una pista corta, que no estaba construida para un 747..., y allí nos quedamos. Cuando se hubo despejado la niebla en Tel Aviv, el turno de la tripulación había acabado, de manera que tuvimos que esperar con ellos a que llegara otra de Tel Aviv. Bajé la cortinilla, me acurruqué y me quedé dormida. Nick Phillips, el ayudante de Stephen, me dio un codazo a la mañana siguiente, cuando se pusieron en marcha los motores. Subí la cortinilla y contemplé una perfecta presentación de Tierra Santa. Era un paisaje de paz y belleza intemporales: arenas doradas, dunas sedosas y colinas áridas y violáceas, todo teñido del suave tono rosado del amanecer.

El punto central de nuestra visita era la entrega del Premio Wolf en la Knéset, con el inmenso tapiz de la historia del pueblo israelí, obra de Chagall, como telón de fondo. La ceremonia se celebró en presencia del presidente de Israel, Chaim Herzog, hombre liberal y muy respetado, y del primer ministro, el derechista Isaac Shamir, conocido partidario de la línea dura. Representaban los dos extremos del espectro político en un país donde el sentido común y el fanatismo se daban a partes iguales. Una vez terminados los ceremoniales, Stephen y Roger Penrose estaban tan ocupados con reuniones, conferencias y seminarios científicos con sus colegas israelíes que muchas veces salía a pasear sola por Jerusalén y a explorar la ciudad. «No dejes de ir al barrio judío de la Ciudad Vieja —me habían aconsejado—, pero no entres en el barrio árabe; es muy peligroso debido a la Intifada». En mi impaciencia por independizarme del grupo oficial, no hice mucho caso de la advertencia, pues me había alegrado descubrir que el hotel, un bloque moderno, no quedaba lejos de la Puerta de Jaffa de la Ciudad Vieja. Como un imán, los muros grises que se alzaban en la colina de enfrente, tan austeros y formidables como los de la Alhambra de Granada, me atrajeron hacia sí. No estaba preparada para la bulliciosa y ajetreada masa de pintoresca humanidad que entraba y salía por la puerta bajo la Torre de David, de modo que me detuve. Miré a mi alrededor preguntándome hacia dónde ir, si a la derecha o a la izquierda. Estuve tentada de dejarme llevar por la multitud hasta la calleja de la izquierda pero, recordando el consejo de evitar el barrio árabe, me dirigí hacia la derecha, dejé atrás la catedral anglicana de piedra gris y entré en una

calle que discurría paralela a las murallas. Era tranquila y aburrida, lo que me decepcionó. Se oía algún que otro martilleo en un taller, unas cuantas personas se ocupaban de sus quehaceres cotidianos, unas notas de piano salían de una ventana alta pero, por lo demás, había poco que despertara mi interés. Era un lugar agradable pero corriente. Seguí andando y llegué a una zona recién urbanizada que era aún más decepcionante. Sin embargo, una callejuela entre las casas nuevas de la izquierda conducía a un tramo de escaleras empinadas que descendían hasta una placita arbolada, donde me detuve a tomar una bebida antes de bajar el siguiente y largo tramo. Abajo había una gran explanada, cerrada en el otro extremo por un alto muro de piedra vieja, tostada por el sol. Hombres vestidos de negro rezaban y besaban la pared, y parejas de recién casados se hacían fotos junto a ella. Había llegado al Muro de las Lamentaciones. Deambulé por la explanada mirando a la multitud de personas, algunas de las cuales se mostraban serias y devotas, mientras que otras reían y charlaban.

A un lado había un túnel corto, vigilado por soldados, bajo una masa de edificios. La gente lo cruzaba con total libertad, de modo que me uní a ellos. Al atravesarlo descubrí —sin ayuda de complejas ecuaciones matemáticas— que el viaje en el tiempo es una posibilidad real. Desde el punto de vista práctico y político, el túnel separaba los barrios judío y árabe de la Ciudad Vieja. Desde el punto de vista histórico, separaba la modernidad laica de un pasado antiguo que vibraba con los sonidos, los colores y las tradiciones de tiempos bíblicos. Peregrinos y turistas se mezclaban como visitantes de otros planetas con los lugareños, que, con sus hijos y sus burros, vivían como si el siglo xx no hubiera llegado. Caminé sola, parándome de vez en cuando junto a un grupo de peregrinos. Escuché las explicaciones del guía sobre cada lugar y recé y canté himnos con ellos en un par de estaciones de la Vía Dolorosa.

Era una experiencia extraña estar sola de repente, con la libertad de realizar mis propios descubrimientos y formarme mis propias opiniones. Me estremeció la lúgubre y repulsiva sensación de intriga que impregnaba la iglesia del Santo Sepulcro, donde sectas rivales discutían y los turistas hacían cola para pasar al sanctasanctórum. Estaba impaciente por salir de aquella atmósfera morbosa a la brillante luz del día. La vista desde la torre era el único aspecto positivo. El panorama de azoteas blancas era tan llamativo como la imagen de los tejados rojos de Venecia desde el Campanile. Muy abajo, las gallinas cacareaban, los gallos cantaban y un burro rebuznaba.

A regañadientes salí de la iglesia de Santa Ana, cerca de las excavaciones de la piscina de Betesda, a solo cien yardas de la Puerta del León, con sus vistas del Monte de los Olivos. La iglesia de Santa Ana, inmensa y abovedada, luminosa y etérea, estaba vacía cuando entré. Chasquéé los dedos —un truco que me había enseñado Jonathan para probar la acústica de un edificio— y me sorprendió descubrir que el templo era aún más resonante que la capilla del King's College. Animada por el

silencio del espacio vacío, tararé unos cuantos compases del *Evening Hymn* de Purcell: «Ahora, ahora que el sol ha velado su luz y dado las buenas noches al mundo...». Escuché asombrada cómo las columnas recogían el sonido de mi voz y lo lanzaban hacia la cúpula, donde la canción adquirió vida propia y remolineó con júbilo antes de descender hacia la tierra en un susurro.

El barrio árabe de la ciudad no me daba miedo. Así pues, otro día me dirigí a la Cúpula de la Roca, el espectacular lugar sagrado del islam y el sitio donde se hallaba la piedra sobre la cual Abraham estuvo a punto de sacrificar a Isaac. La entrada estaba cerrada y vigilada por soldados israelíes. Seguiría cerrada, excepto para el culto, en el futuro inmediato. Decepcionada, volví sobre mis pasos atravesando el bazar árabe, con su variopinto surtido de artículos para turistas: cristal azul de Belén, cerámica y cuero. Curioseé en los puestos de antigüedades, que exhibían pedazos de cristal, cobre y monedas romanos, y en los de comidas, rebosantes de exquisiteces del Mediterráneo oriental, frutos secos y aceitunas, delicias turcas y halva, además de toda clase de frutas y verduras. Como los tenderos que había visto en Tánger veinticinco años antes, aquellos árabes eran corteses y amables. Después de regatear por una bonita cuenta de cristal romana en un puesto de antigüedades, me llamó la atención un collar de malaquita y plata que se vendía en una tienda a un precio irrisorio. El vendedor salió a hablar conmigo sin intentar presionarme para que lo comprara. Hablaba bien el inglés y, cuando me contaba que tenía un primo en Middlesex, echó un vistazo a la calle y me metió de un empujón en la tienda. A continuación se plantó en la entrada con los brazos en jarras. Su sobresalto era comprensible. Una patrulla de soldados israelíes armados se abrió paso con estruendo por la callejuela. No parecía que les preocupara respetar las mercancías, los carros y tenderetes que encontraban en su camino y, a juzgar por la postura que habían adoptado el tendero y otros cercanos, debían de tener fama de ser ligeros de gatillo. Cuando se apagaron el ruido de sus botas sobre el empedrado y sus gritos, el tendero volvió a entrar suspirando. Me pidió perdón por haberme empujado y se limitó a decir: «Verá, es que debemos tener mucho cuidado». Le compré el collar y un plato muy ornamentado pintado a mano y me despedí prometiendo volver. Regresé el último día y lo encontré todo cerrado: las tiendas estaban selladas con tablas y, aparte de los gatos callejeros, no había ni un alma en las calles. El antiguo espectáculo de luz, vida, bullicio y color se había desvanecido. Todas las calles, plazas y rincones aparecían sombríos, inquietantes, amenazadores: una ciudad fantasma que había cerrado las puertas a los viajeros del tiempo.

Además de mi simpatía por los árabes, sentía una inclinación natural hacia los judíos, pues muchos de nuestros amigos lo eran: personas muy inteligentes, capaces y sensibles, cuyas familias habían sufrido los estragos del Holocausto. Sin embargo, no comprendía las tácticas inhumanas del ejército israelí, de las que había sido testigo en el barrio árabe de Jerusalén, y mucho menos al odioso chófer que nos habían asignado: un judío norteamericano de origen centroeuropeo, que expresaba sus

opiniones a voz en grito y sin el menor tacto dondequiera que fuésemos. Cuando íbamos por la sinuosa carretera que lleva al mar Muerto, señaló una hilera de casas blancas en lo alto de un monte. «Miren —dijo con orgullo—. Es un asentamiento nuestro. Estamos construyendo todas esas casas. Los árabes tuvieron esta tierra durante dos mil años y no hicieron nada con ella. Han tenido su oportunidad, pero ahora nos toca a nosotros y ellos quieren empujarnos al mar». Había oído aquellos tediosos comentarios antes, pronunciados con el mismo americanizado tono monocorde por otros inmigrantes. Más adelante, en la misma carretera, vimos un sencillo campamento beduino.

—¿Qué se puede hacer con gente como esa? Miren cómo son —se quejó el chófer—. No han avanzado nada en dos mil años.

No pude contener mi indignación.

—Quizá les guste su modo de vida tradicional —repliqué.

Me apenaba que la paz fuera tan difícil entre dos pueblos del mismo grupo étnico que tenían tanto que ofrecerse mutuamente.

Como no podía ser de otra manera, hubo muchas salidas oficiales. Las cámaras de televisión y los periodistas seguían a Stephen a todas las reuniones, deseosos de conocer su respuesta a una amplia variedad de preguntas. Pero había una que surgía en todas y cada una de las entrevistas. Yo observaba y escuchaba desde un lado, y se me partía el corazón cuando la oía, en una u otra forma. «Profesor Hawking, ¿qué le dicen sus investigaciones sobre la existencia de Dios?». O: «¿Hay sitio para Dios en el universo que usted describe?»; o, más directamente: «¿Cree usted en Dios?». Y la respuesta era siempre la misma. No, Stephen no creía en Dios y no había sitio para Dios en su universo. Roger Penrose era más diplomático. Cuando le planteaban las mismas preguntas, reconocía que hay diferentes maneras de acercarse a Dios: algunas personas lo encuentran en la fe religiosa; otras, en la música; y quizá otras en la belleza de una ecuación matemática. Pero las respuestas de Roger no podían disipar mi tristeza. Mi vida con Stephen se había construido sobre la fe: fe en su valor y su genialidad, fe en nuestros esfuerzos conjuntos y, en último término, fe religiosa. Y, sin embargo, allí estábamos, en la cuna de las tres grandes religiones del mundo, predicando una especie de ateísmo mal definido, basado en valores científicos impersonales que apenas guardaban relación con la experiencia humana. La negación absoluta de todo en lo que yo creía era verdaderamente amarga.

Yo iba, triste y callada, en el asiento trasero de la furgoneta cuando el chófer nos llevó a todos los lugares sagrados del Antiguo y el Nuevo Testamento: la oscura cueva de Belén, las piedras blanqueadas de Jericó, las abrasadas montañas del desierto, el curso verde y ondulado del río Jordán y el mar de Galilea. Silenciosa en mi rincón mientras el vehículo daba bandazos, reflexioné que aquella tierra trágica parecía engendrar conflictos. Ante el impenetrable paisaje, la insidiosa sensación de conflicto lo impregnaba todo. Incluso Stephen y yo corríamos el peligro de sucumbir a él, ya que al parecer casi nunca estábamos de acuerdo.

El último día nos bañamos todos en el mar Muerto. Animado por mí y ayudado por su séquito y por la alta salinidad, Stephen flotó de espaldas en el agua templada, y así volvió a tener contacto, aunque breve, con la realidad de la naturaleza, que durante tanto tiempo se le había negado, en lugar de con su teoría, con la que siempre estaba en comunión. A nuestro alrededor, todo era silencio. Los únicos testigos del apacible baño de Stephen fueron las neblinosas montañas de Jordania en la lejanía, el cielo azul y una solitaria ave de presa. Era imposible hundirse e incluso nadar.

## La Reina Roja

El viaje a Oriente Próximo fue un preludio de las dificultades de aquel verano, que serían aún mayores que de costumbre. Aunque era imposible huir de las incesantes riñas de las enfermeras, el epicentro del retumbante descontento se había desplazado al departamento, que era donde Stephen pasaba la mayor parte del día. Nick Phillips, el joven ayudante, me escribió para disculparse por haber dejado su puesto, un paso que se había visto obligado a dar porque era el blanco más frecuente del mal humor y las críticas de una de las enfermeras. «Maldiciente» era la palabra que utilizaba en la carta. Las enfermeras imponían la ley y ni yo ni Judy Fella teníamos ninguna influencia. Lo que ocurriera en el departamento estaba por completo fuera de mi alcance; tenía que concentrarme en mantener una atmósfera civilizada en casa.

Con el comienzo de los exámenes de acceso a la universidad y el final de mi tarea docente por aquel año, centré la atención en los preparativos de la fiesta del vigesimoprimer cumpleaños de Robert. Lo celebramos el mismo día con una gran comida familiar en casa. Al cabo de una semana ofreceríamos una fiesta nocturna en el jardín, con una banda, una repetición de la fiesta de su decimotavo cumpleaños, solo que esta vez la banda sería de *jazz*, y Robert envió invitaciones para una «Fiesta de disfraces del Sombrerero Loco». Tres semanas después de nuestro regreso de Jerusalén, cuando los preparativos de la fiesta estaban en pleno apogeo, una mañana me desperté con un terrible dolor de cabeza y manchas que me producían picazón alrededor de la cintura. El único dolor de cabeza comparable que recordaba era el que había precedido a la varicela que había tenido en España cuando era estudiante. Lucy llevó a su hermano pequeño al colegio y yo volví a acostarme. No vi a nadie hasta que Eve llegó a las diez, como siempre. Oí con claridad su reconfortante voz con acento de Birmingham al otro lado de la puerta del dormitorio.

—¿Dónde está Jane? —preguntó.

La voz lánguida de Elaine Mason respondió con prontitud:

—Ah, está en la cama... haciéndose la enferma.

Eve no le hizo caso y entró en mi habitación. Le bastó una mirada.

—¡Tiene que verte un médico! —dijo con firmeza y en voz lo bastante alta para que todos la oyeran.

El médico diagnosticó herpes zóster, la reactivación del virus de la varicela, exacerbado por el estrés. Prescribió reposo en cama y un medicamento nuevo para aliviar el picor. Me acordé apesadumbrada de un niño cubierto de ronchas al que había visto en la piscina que había en la azotea del hotel de Jerusalén, y me pregunté cómo iba a encajar el reposo en la larga lista de tareas pendientes.

Gracias a Eve —que, por su parte, tenía un brazo roto—, a Lucy y a Jonathan, pude descansar un poco. Afortunadamente la orquesta barroca de Jonathan ya no

necesitaba que me ocupara de las tareas administrativas, pues ahora disponía de una base económica lo bastante sólida para contratar a un administrador que se encargara de todos los detalles de cada concierto. Como la Camerata iba sobre ruedas y daba muchos conciertos, incluso en los lugares más remotos del país, Jonathan se ausentaba de Cambridge con frecuencia. Estaba muy atareado con los ensayos y actuaciones y muchas veces llegaba de madrugada tras ofrecer un concierto en algún sitio lejano. Sus horarios irregulares, característicos de la vida de un músico, eran incomprensibles para las enfermeras. No habiendo presenciado ni apreciado su talento en acción, las menos imaginativas suponían que la presencia de Jonathan en casa durante el día indicaba que era un inútil, un holgazán, que se aprovechaba de la generosidad de Stephen. Su presencia daba lugar a murmuraciones.

Entretanto Lucy combinaba la vida social y los ensayos para el Festival de Edimburgo con los exámenes de verano. Como el herpes zóster mejoraba muy despacio, tuvo que hacer un hueco en su ajetreada vida para atender otra obligación imprevista. Yo había tenido la intención de acompañar a Stephen a Leningrado, donde se celebraba un congreso la tercera semana de junio, pero era evidente para todos, excepto para Stephen y sus adláteres subversivos, que no estaría en condiciones de viajar. Como él realizaba esfuerzos sobrehumanos para superar todos los obstáculos, le costaba entender que otros, y en especial su esposa, no tuvieran un empeño y una fuerza de voluntad similares, sobre todo habida cuenta de que, en comparación con la enfermedad de la motoneurona, todas las demás eran insignificantes. Estaba claro que yo ya no podía estar a la altura de sus expectativas. Me di cuenta de que iniciaba cada frase con una disculpa, y cada intento de disculparme por ser como era me hacía más consciente de mi incapacidad. Cuanto más crecía mi sensación de insuficiencia, más se exacerbaba el herpes zóster. La neuralgia y los mareos se intensificaron hasta adquirir proporciones cegadoras, y los nervios me picaban como mil picaduras de abeja, hasta la punta de los dedos, cada vez que intentaba expresar mis sentimientos o ideas sobre cualquier asunto familiar, por trivial que fuera.

Pero había un acto que no podía perderme, por muy enferma que estuviera: la presentación de *Historia del tiempo*, que tendría lugar durante una comida para parientes y amigos en la Royal Society el 16 de junio, una semana después de que me atacara el herpes zóster. *Historia del tiempo* constituía la expresión tangible del triunfo de Stephen sobre las fuerzas de la naturaleza y las de la enfermedad, sobre la parálisis y la muerte misma. Era un triunfo y un logro en el que ambos habíamos participado de una manera que recordaba las apasionadas luchas y embriagadoras victorias de los primeros años de matrimonio. Sin embargo, este triunfo no era un asunto privado, sino un acontecimiento muy público, rodeado de intensa publicidad. La imagen que ofrecí en aquel banquete era poco menos que espectral: me faltaba energía incluso para mantener una conversación coherente, y más aún para afrontar con cierta confianza el asalto de los medios de comunicación.

El día siguiente a la presentación volví a levantarme del lecho de enferma, me puse mi disfraz rojo y una corona de papel del mismo color, me apliqué colorete escarlata en las mejillas y aparecí en la fiesta de Robert como la Reina Roja: era una broma triste sobre el hecho de que, al igual que esta, estaba siempre corriendo para permanecer en el mismo sitio. Constantemente cansada y desconcentrada, bregué hasta el final del trimestre con una larga serie de compromisos y con las últimas clases del año académico. Sin apenas fuerzas, no tenía ganas de intervenir de nuevo en las febriles y explosivas rivalidades entre las enfermeras, que se volvieron aún más venenosas con el meteórico ascenso de *Historia del tiempo* a lo más alto de la lista de ventas. Mientras las riñas en que se enzarzaban no supusieran una amenaza mayor al equilibrio de la vida doméstica, yo procuraba tratarlas con la indiferencia que merecían. El poco tiempo que, en teoría, estaba dispuesta a dedicarles se alargaba hasta la eternidad cuando exponían por teléfono sus quejas, cada vez más numerosas, sin darse cuenta de que tenía cosas mejores que hacer, pero prontas a sentirse profundamente ofendidas si les colgaba dejándolas con la palabra en la boca. Al final me vi en la obligación de pedirle a una, Elaine Mason, cuya conducta parecía estar en la raíz de todos los problemas, que viniera a hablar conmigo. Me proponía decirle que no podía quedarme cruzada de brazos viendo cómo se iban al traste los turnos de enfermería, mi hogar y mi familia. Podía haberme ahorrado el aliento. Con ufano regodeo y aires de superioridad, negó toda intención maliciosa y llamó a su marido para que confirmara su immaculado carácter, tras lo cual salió de casa con la cabeza bien alta mientras yo me hundía en un pozo de desesperación que lo envolvía todo.

En comparación, los pesados chiflados que llamaban, por lo general desde Estados Unidos, en plena noche, sin tener en cuenta la diferencia horaria, parecían una molestia menor. A cualquier hora, exigían hablar al instante con «el profesor». Al igual que un tal señor Justin Case, todos ellos, del primero al último, habían resuelto el misterio del universo y estaban impacientes por explicarle al profesor dónde se había equivocado en sus cálculos. El señor Justin Case tenía que competir por la línea telefónica a las tres de la madrugada con un tal señor Isaac Newton, quien llamaba con frecuencia desde Japón. Lucy respondió a una llamada de un hombre que le pidió matrimonio. «Hermosa Lucy —dijo—, ¿quieres casarte conmigo? Pero antes léele mi tesis a tu padre». Otro llamó desesperado desde Florida e insistió en hablar con Stephen porque tenía la certeza de que el mundo iba a estallar al cabo de media hora.

—Lo siento —dijimos—, no está en casa.

—Pues entonces es el fin del mundo —respondió angustiada— y no puedo hacer nada para salvarlo.

Algunos se presentaban ante nuestra puerta y se quedaban plantados aguardando a Stephen, aunque no siempre con buenos resultados. Uno, con el torso cubierto con solo una camiseta de malla, no esperaba que la puerta se abriera hacia fuera. Cuando se abrió de par en par para que Stephen saliera a toda velocidad en su cuadriga, el pobre hombre se vio lanzado sobre un rosal. La malla de la camiseta se le enganchó

en las espinas y Stephen estaba ya muy lejos cuando logró desenredarse. También estaban la estrella de Hollywood que quería poner a prueba su disparatada teoría mística del universo; los periodistas embusteros, que prometían pagar las entrevistas que les concedíamos haciendo un donativo a alguna organización benéfica que nunca lo recibía; y los biógrafos no autorizados, que claramente solo querían sacar dinero rápido a nuestra costa. Yo esperaba con impaciencia las vacaciones de verano, en las que íbamos a exorcizar el fantasma del episodio de Ginebra regresando a la ciudad. Cualquier sitio tenía que ser mejor que Cambridge.

A pesar de las estrellas de Hollywood y las dificultades domésticas, cuando conseguíamos comunicarnos, Stephen y yo nos planteábamos la cuestión práctica de cómo gastar la dotación del Premio Wolf. Ese dinero y los anticipos de *Historia del tiempo*, más los modestos ahorros que yo había reunido a lo largo de los años, sumaban una cantidad suficiente para adquirir una segunda vivienda. Stephen estaba interesado en comprar un piso en Cambridge como inversión, pero yo soñaba con una casa de campo, lejos del alboroto, las tensiones y las persistentes invasiones de nuestra vida privada. El lugar ideal habría sido la costa norte de Norfolk, pero aquello estaba fuera de nuestras posibilidades. Una casa en el campo podría aportarnos la paz y el anonimato que tanto deseábamos; tiempo y quietud para que Stephen reflexionara y los chicos prepararan los exámenes; y yo sería señora de mis dominios, con casa y jardín.

La idea de comprar una propiedad en Francia no se me pasó por la cabeza como una posibilidad viable hasta que me tropecé con un inglés excéntrico cuando recorría el norte de Francia con Jonathan y Tim, de camino hacia el sur para reunirnos con Stephen en Ginebra en agosto. Dicho caballero, que tenía un dominio mínimo del franglés, acababa de emprender alegremente un negocio consistente en comprar y renovar casas rurales del país para venderlas a británicos a precios de ganga en comparación con los de Inglaterra. Mientras él exponía sus planes en un restaurante de carretera ante un público absorto de franceses perplejos e ingleses fascinados, empezó a cobrar forma la estimulante verdad de que aquella era una manera posible de invertir nuestro dinero. Disfrutaríamos de todas las ventajas de una casa de campo, en un país extranjero pero no tan lejano como Gales, y nosotros y nuestros hijos seríamos verdaderos europeos, con un pie en el continente, y —con suerte— bilingües por añadidura.

Nada más regresar a Inglaterra, en medio del ajetreo del comienzo del nuevo curso académico, dejé caer la idea, que pasó a la categoría de castillo en el aire. Las vacaciones en Ginebra con Stephen habían sido un éxito alentador desde el momento en que nos reunimos con él en el aeropuerto. Después de aquellos días armoniosos y reparadores, Jonathan, Tim y yo habíamos pasado diez días de acampada en el sur de Francia. Volvimos a Cambridge frescos y dispuestos a tomar las riendas, pero no teníamos ni idea del nuevo caos que nos aguardaba.

Stephen, ya una personalidad científica muy conocida en Gran Bretaña y Estados

Unidos, había adquirido de pronto fama mundial: se había convertido en una figura de culto gracias al éxito del libro. El primer atisbo lo tuvimos en octubre de 1988, cuando Tim y yo lo acompañamos a Barcelona para la presentación de la edición española de *Historia del tiempo*. Lo reconocían en todas partes, atraía multitudes, que se paraban a aplaudirle en la calle. Se me pidió que hiciera de intérprete para los periodistas en ruedas de prensa y entrevistas en televisión, y me entrevistaron a mí misma para revistas femeninas. Era una satisfacción trabajar otra vez en equipo con Stephen, como compañera intelectual. Sin embargo, la demanda de entrevistas estaba alcanzando niveles demenciales, no solo en España, sino en el mundo entero. Era más fácil sobrellevar la publicidad en los países extranjeros, porque íbamos expresamente a promocionar el libro y aquel pacto mefistofélico exigía que nos pusiéramos a disposición de los medios. En Inglaterra, donde teníamos que cumplir con nuestras obligaciones cotidianas en tranquilo anonimato, la intromisión de la prensa se convirtió en una fastidiosa perturbación de la vida familiar. No era ningún problema que los equipos de televisión hubieran pasado a ser un elemento habitual en el despacho de Stephen, donde las enfermeras competían entre sí por posar ante las cámaras. El problema surgía cuando los periodistas querían hacer entrevistas o fotos en casa. Yo me resistía cuanto podía y los chicos se oponían a voz en grito. Ya era suficiente molestia tener enfermeras en casa a todas horas; si además entraban las cámaras de televisión y los reporteros, no habría intimidad para nadie en ninguna parte.

La tensión general se relajó un poco cuando Stephen decidió viajar a California con su séquito para pasar allí todo un mes. La calidad de vida mejoró de forma espectacular en casa y todos dejamos escapar un largo suspiro de alivio al recuperar una paz y soledad relativas.

El fin de semana siguiente, con un abandono desacostumbrado, hojeaba distraída el periódico del domingo cuando me llamó la atención un artículo sobre la oferta de propiedades en Francia. Debajo había un discreto anuncio de una agencia inglesa que se ofrecía a buscar casas en la campiña francesa para sus clientes. Llamé al número de teléfono y a los pocos días empezaron a llegar por correo fotocopias del norte de Francia. Parecían fotografías tomadas con una espesa niebla o durante una nevada, y la terminología empleada me obligaba a consultar con frecuencia el diccionario, pero los precios eran bajísimos. Los inmuebles costaban la mitad que una casa victoriana adosada de dos dormitorios en el sur de Inglaterra y, si bien era imposible saber en qué estado se encontraban, eran sin duda más grandes. Desde luego, había que investigar más, motivo por el cual Tim, Jonathan y yo embarcamos con destino a Francia un sábado de mediados de noviembre.

## 9

### En busca del paraíso

Francia en noviembre era un lugar triste y sombrío, oscuro y gélido. Pero a las siete de la tarde Arrás, nuestro destino, todavía rebosaba de vida y actividad, pues las tiendas vertían a sus últimos clientes a unas calles repletas de luces brillantes. Rebosaban de tentadores despliegues de golosinas navideñas y juguetes, que no tardaron en vaciarnos los bolsillos. Además, para sorpresa nuestra, por todas partes había carteles que anunciaban ¡la llegada del *Beaujolais nouveau*! El fin de semana empezó a adquirir una perspectiva diferente, sobre todo después de una excelente comida en el bar de la pensión, donde el recién llegado vino de color rojo rubí recibió elogios de la crítica. Si todo lo demás fallaba, el fin de semana prometía resolver la mayor parte de las compras navideñas y aportar cierta cantidad de placer en forma líquida.

Al día siguiente la cellisca era fuerte e implacable y, aunque yo no tenía ningún interés en las bonitas casitas diseminadas por el paisaje, un amable y servicial agente nos esperaba con su ayudante, dispuestos ambos a dedicar la mayor parte del domingo a llevarnos a ver las que ellos consideraban las casas más adecuadas de su catálogo. ¡Qué domingo aquel, y qué cosas vimos apretujados en el asiento trasero del coche del agente! La lluvia caía con fuerza y de vez en cuando dejaba paso a una nieve impetuosa. Cuando por fin cesó la cellisca, se levantó una niebla oscura y densa, que nos envolvía mientras mirábamos destartaladas casas con goteras, *bungalows* de cartón piedra y una vivienda en la que para ir de la cocina al comedor había que atravesar el cuarto de baño. Nosotros buscábamos una casa antigua con personalidad, pero básicamente en buenas condiciones, a poder ser con posibilidades de reforma y mucha superficie en la planta baja para acomodar a los ancianos y enfermos de la familia, en especial a Stephen. Una buena vista era deseable, y la distancia desde la carretera principal constituía un factor importante. Nada de lo que vimos aquel primer día se acercaba siquiera a nuestros requisitos.

El día siguiente amaneció luminoso y despejado, y el campo resplandecía con una fina capa de nieve fresca. De camino a Boulogne nos detuvimos en un pueblecito con mercado para visitar a una agente, *madame* Maillet. Salimos tras ella del pueblo en dirección a la costa. La carretera ascendía desde la hondonada en que se hallaba el pueblo hasta una extensa meseta azotada por el viento; en realidad, una cresta entre dos valles fluviales. Vimos una pequeña pista de carreras a la derecha y atravesamos una aldea a toda velocidad. Había pocas señales de población, aparte de alguna que otra aguja de iglesia, depósito de agua o molino en ruinas. De pronto *madame* Maillet torció a la derecha. Nosotros la seguimos y allí estaba, a un kilómetro de la carretera principal: alargada y baja, encalada y con tejas rojas. «Esa es nuestra casa, mamá», dijo Tim, que entonces tenía nueve años. Y en efecto lo era, pues no había duda de

que nos llamaba a través de los campos, como una vieja amistad de una vida anterior, a la que se reconoce al instante y que de inmediato resulta atractiva. *Un vrai coup de foudre*, dirían los franceses: amor a primera vista, un flechazo. No nos llevamos una desilusión cuando enfilamos el sendero de entrada del Moulin, pues eso era la casa: un antiguo molino, cuya maquinaria había quedado destruida mucho tiempo atrás. La fachada baja y risueña que habíamos visto desde la carretera resultó ser uno de los tres lados de la casa, que tenía un patio central, al estilo de una villa romana; el tipo de casa con el que Stephen y yo habíamos soñado en los tiempos felices de nuestro noviazgo. Por dentro el patio era tan delicioso y acogedor como el exterior visto desde la carretera. Las habitaciones, incluida la cocina, daban todas al patio o al jardín y el prado de la parte de atrás, que estaban descuidados y asilvestrados, a merced de un grupo de gansos hostiles, excepto un rincón donde había un huerto tradicional.

Los dormitorios del lado largo del edificio —el que nos había cautivado la vista y la imaginación cuando lo vimos desde la carretera— eran ideales para las necesidades de Stephen, ya que estaban en la planta baja, y el espacio habitable podía ampliarse considerablemente transformando el enorme desván, luminoso y con buena ventilación, que discurría a todo lo largo de aquel flanco de la casa. Era casi demasiado bueno para ser cierto. Por lo que veíamos, la vivienda cumplía todos los requisitos. Estaba a una hora en coche de la costa, no más lejos de Cambridge que algunas partes del oeste de Inglaterra, y desde luego más cerca que Gales. Tenía preciosas vistas de campos y bosques y quedaba a cierta distancia de la carretera principal aunque el acceso era fácil. Era antigua y rebosaba de personalidad, pero al parecer estaba en un estado razonablemente bueno. Ofrecía evidentes posibilidades de mejora y, lo más importante, el precio dejaba un margen suficiente para realizar reformas.

Durante el camino a casa tuve la mente fija en el Moulin, centrada en las impresiones, la emoción, las ideas. Una vez en Inglaterra, me apresuré a ponerlo todo por escrito y, con lápiz, papel y regla, a hacer bocetos de la propiedad y proyectos para adaptarla a nuestras necesidades, y se lo envié todo por fax a Stephen, que seguía en el sur de California. Su respuesta fue positiva. Resultaba mucho menos complicado comunicarse con él por fax a través del Atlántico que cara a cara, e interpreté su escueto «suena bien» como una aprobación. Entonces la maquinaria para la adquisición del Moulin se puso en marcha a gran velocidad. En aquella época la libra estaba muy alta en relación con el franco, de modo que yo tenía el consuelo de aprovechar un cambio favorable. Me reconfortaba pensar que con la misma cantidad de dinero no habríamos podido comprar nada que mereciera la pena en Inglaterra. En el fondo de mi ser sentía una confianza y una certidumbre que no había conocido durante años. Aquel proyecto, basado en mi iniciativa, en mi conocimiento del francés, sería mi aportación a la vida familiar..., aunque, por supuesto, lo financiaríamos entre los dos. En el pasado la mayoría de nuestras salidas habían

tenido un único objetivo: la búsqueda científica. Este proyecto combinaría nuestros intereses y talentos —idioma, amor a Francia y al modo de vida francés, relajación, jardinería e incluso música— con aquella búsqueda científica. Cuanto más miraba mis planos y dibujos, más cuenta me daba de que el Moulin ofrecía aún más posibilidades de las que yo había pensado en un primer momento. Un viejo granero adosado a la casa pedía a gritos que se transformara su altillo en espacio habitable, y abajo podía habilitarse una sala de conferencias, lo que permitiría a Stephen tener su propia escuela de verano, a la que podría invitar a sus colegas científicos y sus familias. Me imaginaba que creábamos nuestra versión de la escuela de verano de Les Houches en la ondulante campiña del norte de Francia, y acariciaba la esperanza de que se restablecieran la unidad y la armonía que habíamos alcanzado antes de los sucesos de 1985 y que desde entonces nos habían eludido en Inglaterra.

## Regreso al hogar

Mis planes para el Moulin quedaron parados a principios de 1989 porque estuve ocupada corrigiendo las pruebas de la edición francesa de *Historia del tiempo*. Resultó que no era solo cuestión de revisar el lenguaje, sino que hube profundizar mucho más. La edición inglesa comenzaba con una introducción del científico estadounidense Carl Sagan; me sorprendió descubrir que no la habían traducido al francés y que, sin que Stephen lo supiera, la editorial francesa, Flammarion, había encargado una introducción a un físico francés para reemplazarla. Me pareció fuera de lugar el tono despectivo de ciertos comentarios de la introducción francesa y me tomé la libertad de eliminarlos. El lanzamiento de *Une brève histoire du temps*, previsto para principios de marzo en París, coincidiría con la adquisición de la casa. Las semanas anteriores llegó a Cambridge una multitud de periodistas y cámaras de televisión franceses, mientras los últimos trámites de la transacción dirigían cada vez más mi atención al otro lado del Canal. Mis horizontes se ensanchaban; ya no estaban limitados por las cuatro paredes de la casa de Inglaterra.

Los planes de reforma del Moulin estaban ya en marcha cuando el 1 de marzo, camino de París, firmé el contrato de compra en una ceremonia oficial, lo cual fue en sí mismo un logro notable, ya que tenían que estar presentes todas las partes y Stephen había decidido que no tenía tiempo de asistir. Acababa de regresar en Concorde de Nueva York. Cuando empezó a correr la noticia de la casa en Francia entre nuestros amigos y parientes, me sorprendieron algunas de las reacciones. La imagen de Stephen que cultivaban sus familiares y algunas de sus enfermeras era la de un *playboy* que disfrutaba con las luces brillantes de la ciudad y encontraba aburrida la vida rural. Esta imagen chocaba con mi percepción de su carácter, y las críticas a mi iniciativa comenzaban a minar su interés por ella.

Desde luego, los pocos días que pasó en París tras la compra de la casa intensificaron su pasión por las luces brillantes. Agasajado y perseguido allá adonde iba, era el niño mimado de los medios de comunicación y la valiosa propiedad de la editorial. Como a mí también me gustaba París, no me costó nada disfrutar de las luces de la ciudad. Los fotógrafos nos seguían a todas partes y los periodistas pedían entrevistas a gritos, en las cuales un colega francés de Stephen o yo actuábamos de intérprete. Me halagó que uno de los mejores periodistas radiofónicos, Jean-Pierre Elkabbach, de la emisora Europe 1, me pidiera una a mí. Cuando llegué, lo encontré enzarzado en una larga y acalorada discusión con Jean-Marie Le Pen, el líder nacionalista. Jean-Pierre Elkabbach recuperó rápidamente la compostura y me trató con encanto y cortesía galos. Como consecuencia de la entrevista, que se transmitió a toda Francia, nuestros nuevos vecinos de la aldea del norte nos conocieron a nosotros y nuestras circunstancias antes de que estableciéramos allí nuestra residencia.

No habían transcurrido ni tres semanas cuando viajé de nuevo a Francia, esta vez con Tim y Lucy en un coche cargado hasta arriba de cajas con estantes para libros, ropa de cama, vajillas, cubertería, utensilios de cocina y comida. Como si lo hubieran hecho en nuestro honor, acababan de inaugurar una carretera que reducía en unos veinte minutos el viaje desde Calais, de manera que cuando llegamos al Moulin, antes de lo esperado, lo encontramos lleno de albañiles que daban los últimos toques al trabajo hercúleo de acondicionarlo para Stephen y convertir el desván en habitaciones, tarea que habían realizado en diecisiete días. El radiante placer que les produjo nuestro entusiasmo fue evidente cuando recorrimos la casa que habían transformado con tanta rapidez.

Stephen acababa de comprar una furgoneta Volkswagen equipada con una rampa y dispositivos para sujetar la silla de ruedas. Resultó utilísima para transportar trastos grandes. Aquella misma noche llegó Jonathan al volante de la furgoneta, repleta de muebles y equipaje. Al día siguiente la llevó al aeropuerto de Le Touquet —muy de moda en sus tiempos entre los ingleses— para recoger a Stephen, Robert y dos enfermeras de confianza. Los anticipos y derechos de autor de varias ediciones de *Historia del tiempo* permitieron a Stephen el lujo extraordinario de contratar un pequeño avión que lo llevó del aeropuerto de Cambridge a Francia de la manera más sencilla y cómoda posible.

El tiempo fue tan bueno durante las vacaciones de Pascua que el norte de Francia adquirió un engañoso aspecto mediterráneo. Las largas paredes blancas y los bajos tejados rojos de la casa y las construcciones adyacentes brillaban al sol contra el cielo azul, mientras nubes de florecillas blancas caían revoloteando como sedosos copos de nieve sobre el prado y los matorrales. Hasta Stephen estaba impresionado, aunque se quejó de que la región era tan llana como Cambridgeshire. No era del todo cierto, como descubrió Robert cuando salió a dar un paseo en bicicleta. El Moulin se alzaba en lo alto de una meseta, dividida por numerosos valles fluviales sinuosos con aldeas, molinos de agua, castillos en ruinas, abadías, álamos y arroyos trucheros. A Stephen parecía gustarle..., aunque, por supuesto, jamás lo habría admitido. Fuera cual fuese su opinión sobre la vida en el campo y las casas antiguas con encanto, estaba claro que le gustaba la vida social. Él y los chicos salieron a comprar champán rosado para la fiesta de inauguración de la casa, a la que invitamos a todos nuestros vecinos y a todas las personas que me habían ayudado en su compra y restauración. Stephen fue, por voluntad propia, el centro de atención: enseñó cómo funcionaba su ordenador, que, para diversión de todos, hablaba una versión confusa y americanizada del francés, y agradeció con cortesía las felicitaciones que le llovieron por el éxito de su libro. Los chicos no tardaron en hacer nuevos amigos y hasta Tim se comunicaba de forma eficaz mediante gestos y unas pocas palabras bien escogidas. En cuanto a mí, en Francia podía ser francesa, espontánea, natural y fiel a mí misma, sin tener que justificar mis actos ni pedir perdón por existir.

## El precio de la fama

Los brotes de mi incipiente autoestima, cultivada en la tierra de la sociedad francesa, no tardarían en ser aplastados cuando volviera a Inglaterra. Optimista como siempre, no preví que la llegada de un productor de Hollywood a finales de abril daría la señal para los primeros disparos del siguiente ataque a nuestra vida doméstica. Parecía bastante simpático, me inspiraba confianza con las anécdotas que contaba de su joven familia y daba la sensación de que estaba decidido a materializar sus planes de hacer una película sobre *Historia del tiempo*. Sería una película seria, informativa, basada en el libro, y le gustó mi idea de que adoptara la forma de un viaje por el tiempo y el universo visto a través de los ojos de un niño. El proyecto resultaba atractivo. Si la película era estrictamente científica y se hacía con imaginación, utilizando la innovadora tecnología gráfica, sus planes parecían prometedores.

Inmediatamente después de él llegó un equipo cinematográfico estadounidense, dirigido por una mujer muy activa que también me inspiró confianza por su actitud comprensiva. Ya era habitual que los equipos de cine causaran estragos en el departamento antes de dirigir la atención hacia nuestra casa para dar un tranquilizador toque hogareño al enigmático retrato del genio discapacitado. Cuando los conocíamos, todos los directores parecían amables, considerados, gente normal, y prometían efusivamente reducir las molestias al mínimo. El enfoque del tipo cámara oculta que adoptarían no nos robaría tiempo y solo precisaría unas pocas tomas, que no perturbarían nuestra actividad normal. Las cámaras, los cables, las lámparas de arco y los micrófonos se mantendrían a una distancia discreta; no se moverían los muebles; podíamos vestirnos de manera informal y dedicarnos a nuestros asuntos cotidianos como de costumbre.

La realidad nada tenía que ver con esas promesas. Sin excepción, en el breve intervalo entre las cortesías y el rodaje, el proceso se convertía, ante nuestros escandalizados ojos, en una invasión devastadora. Olvidando las seguridades que nos habían dado, los productores y directores alegaban falta de tiempo o escasez de fondos para justificar su repentino cambio de actitud en cuanto las cámaras empezaban a filmar. Se corrían los muebles, que muchas veces sufrían daños, y nunca volvían a colocarse en su sitio; las cegadoras lámparas de arco y las deslumbrantes pantallas reflectoras sobre fríos soportes metálicos sustituían al conocido desorden de siempre y no permitían ver los muebles, libros y periódicos; los cables que entraban y salían de todas las habitaciones serpenteaban peligrosamente por el suelo; de cada gancho y estante disponibles colgaban micrófonos. A nosotros, forasteros en el paisaje transformado brutalmente de nuestra irreconocible casa de tubos de acero, se nos encasillaba en nuestros papeles: éramos los actores principales (aunque aficionados) del drama y se esperaba que reaccionáramos con aplomo y elegancia

naturales ante el ojo de la cámara, ese sagrado objeto de culto en el siglo xx. Mientras yo miraba impotente y participaba de mala gana, una voz desesperada protestaba en mi interior. Sin duda —se lamentaba—, tiene que existir un término medio entre esta insaciable intromisión y el rígido e impersonal enfoque de la película *Horizon* de la BBC de unos años atrás. Pero un término medio imaginativo requeriría más tiempo y más dinero de los que aquellos directores tenían a su disposición mientras corrían frenéticos de un proyecto a otro.

A falta de una salida, mi rebelión silenciosa contra esa carga adicional retumbaba bajo la superficie. A pesar de las quejas de los chicos, sobre todo de Lucy, a quien el fulgor de la publicidad y la invasión de las cámaras impedían concentrarse en el momento en que se aproximaban los exámenes, yo podía prohibir la entrada de las cámaras en casa por miedo a contrariar más a Stephen, que a todas luces disfrutaba con la propaganda. Acababa de regresar de otro viaje a Norteamérica, pero aquel respiro no me había proporcionado fuerzas suficientes para combatir los ataques del equipo cinematográfico, en una época del año que para mí era siempre la peor, cuando el polen de los árboles se acumulaba como polvo de pimienta en mis senos nasales. La directora estadounidense, al principio tan simpática y afable, no tardó en convertirse en una persona autoritaria.

Se suponía que la principal intención de la película era realizar un retrato de Stephen para un canal de noticias de la televisión estadounidense; después cumpliría el doble propósito de aportar una pequeña introducción biográfica al documental científico basado en *Historia del tiempo*. Solo la idea de que el turbulento rodaje serviría para aquellos dos fines hizo soportable aquel horrible fin de semana. El sábado por la tarde, cuando acudieron un periodista entrevistador muy refinado y su mujer a tomar una copa, yo no estaba de humor para recibir a más personalidades y técnicos del cine o la televisión. Al poco de presentarnos, la esposa del periodista preguntó como si nada, cuando yo le tendía una copa: «¿Es usted religiosa?». Lo dijo con una tranquilidad tan desvergonzada que me heló los destrozados nervios. Me revolví contra la insensible interrogadora; le dije más o menos que se metiera en sus asuntos, pero al instante, abrumada por los remordimientos, invité como una idiota a cenar a todo el equipo, para compensar mi descortesía.

Por la noche, a solas, me tumbé en la cama sabiendo que una trampa se cerraba sobre mí. La tensión de la publicidad me obligaba a comportarme de maneras que eran impropias de mí, pero no había una escapatoria clara. Era evidente que para los medios de comunicación me había convertido en un apéndice, me sentía escudriñada en mi vida privada y solo era relevante para la supervivencia y el éxito de Stephen porque en un pasado lejano me había casado con él, había creado un hogar para él y le había dado tres hijos.

El sábado siguiente, antes de salir de casa para ir a vender banderitas de la Fundación Nacional de la Esquizofrenia, abrí el correo de Stephen, como de costumbre. Había una carta de la primera ministra, Margaret Thatcher, quien

proponía recomendar a la reina que lo incluyera como miembro de la Orden de los Compañeros de Honor en la Lista de Honores que su majestad concedería con motivo de su cumpleaños. Corrimos en busca de la enciclopedia. Resultó que este singular honor era uno de los más altos del país, por encima del título de *sir*, y se expresaba de forma discreta, sin título, mediante las letras colocadas después del nombre. Como Stephen estaba a punto de marcharse a Estados Unidos, me correspondió a mí aceptarlo en su nombre.

Dado que también iban a nombrarlo doctor *honoris causa* en ciencias por la Universidad de Cambridge, el verano prometía señalar el apogeo de su carrera..., pero no estaba claro cómo íbamos a compaginarlo, en medio de la inevitable avalancha de atención mediática, con los exámenes de bachillerato de Lucy y los finales de Robert, por no hablar de la estabilidad y la armonía. Nuestras prioridades divergían de manera radical. La mía era la preservación de la santidad del hogar y la intimidad de la vida familiar..., o de los jirones que quedaban después de que las enfermeras hubieran hecho todo lo posible por destrozarla y de que los medios hubieran saqueado hasta el último rincón. Con toda su fama, Stephen no era más que un miembro de una familia en la que nadie tenía derecho a ser más importante que los demás. Aunque debido a su enfermedad precisaba más atención que el resto, el hogar debía atender por igual las necesidades de todos los habitantes, adultos, niños y adolescentes. Los chicos no debían tener ningún motivo para sentirse molestos con las circunstancias en las que habían nacido.

A Stephen, por su parte, le encantaba la fama. Le complacía su relación con los medios, gracias a los cuales su nombre era conocido en todo el mundo. Su celebridad, a despecho de una sociedad escéptica y a veces hostil, representaba no solo el triunfo de su mente sobre los secretos del universo, sino también el de su cuerpo sobre la muerte y la discapacidad. Para él, toda publicidad era positiva y siempre podía justificarse con el argumento de que aumentaba las ventas del libro. Aquel mismo verano Bantam Press envió una caja de botellas de champán para celebrar que *Historia del tiempo* llevaba cincuenta y dos semanas en la lista de los libros más vendidos. La semana siguiente, la cincuenta y tres, ascendió de nuevo a la primera posición. Parecía que Stephen había conseguido conciliar dos extremos en la tarea que se había propuesto: en la descripción de su rama de la ciencia, la más fundamental e intrigante de todas las ciencias, había logrado ganarse el favor de la élite científica y atraer al lector corriente.

Aunque no podía negarse que el libro había cosechado un éxito fenomenal, yo intentaba que la correspondencia relativa a los espléndidos derechos de autor fuera confidencial. Sabía que, si se hacía pública nuestra repentina afluencia de riqueza, corría el riesgo de perder a muchos buenos amigos con quienes en el pasado me habría apretado el cinturón para llegar a fin de mes, y era muy consciente de que la noticia de nuestra próspera situación económica atraería exactamente a la clase de personas con las que no quería relacionarme. En el pasado, cuando la mente de

Stephen se concentraba en cuestiones más elevadas, me había encargado de la economía familiar, pensando siempre con angustia en un futuro incierto, en el que tal vez Stephen estuviera demasiado enfermo para trabajar y el dinero dejara de entrar en casa. Había administrado el presupuesto familiar con prudencia y ahorrado lo suficiente para pagar los estudios de Lucy y disponer de un colchón para las épocas de vacas flacas, que en nuestro caso podían durar meses o años. Desde la firma del contrato de *Historia del tiempo*, en 1985, también me había ocupado de la correspondencia sobre el tema con el agente de Nueva York. Inexplicablemente, el acuerdo según el cual yo manejaba los derechos de autor se anuló de repente a mis espaldas. Me enteré del cambio por el agente de Nueva York, quien me dijo que le habían dado orden de enviar toda la correspondencia referente al libro a Stephen, al departamento, y no a mí. Yo ignoraba cuál era la razón del cambio y Stephen no me dio explicaciones. Era como si, después de tantos años de confianza mutua, se pusiera en duda mi capacidad de atender los asuntos económicos con eficacia y discreción. En la confusión resultante, cualquier ayudante tenía permiso para abrir y leer cartas privadas; estaban esparcidas por mesas y escritorios, a la vista de todos, como una confirmación tajante de la innegable supremacía del genio.

El segundo viaje de Stephen a Norteamérica aquella primavera nos dio un respiro. Nos libró de tensiones insoportables, por lo que tuvimos la oportunidad de retomar los elementos de una vida más normal —la docencia, los estudios, la literatura y la música— y adoptar hábitos más sencillos y relajados, sin las vanas y fatigosas distracciones de la fama, la publicidad y las enfermeras conflictivas.

El Moulin, que por primera vez nos recibió con sus atavíos estivales, abrió su caja de las delicias con un aspecto nuevo. Se habían realizado más reformas, se había añadido un cuarto de baño para uso exclusivo de Stephen, las obras del granero habían comenzado y el jardín empezaba a cobrar forma. Mi sueño de un jardín rural inglés se materializaba en Francia de manera tan satisfactoria que hasta Claude, mi esforzado operario, me confesó que había empezado a plantar flores en su huerto. Pero lo más importante era que el Moulin nos abría la puerta a otro mundo: el mundo de una época pretérita, donde la insoportable vorágine de nuestra vida en Cambridge daba paso a un ritmo placentero bajo la influencia de la tierra y el cielo, y donde el único sonido era el canto de las alondras, que con el sol de la mañana volaban muy alto en el azul sobre los trigales verdes. Allí podía estar sola, sin que me molestaran las enfermeras, la prensa, las cámaras, el clamor de incesantes exigencias. Podía trabajar en el jardín. Podía sumergirme en la lectura sin miedo a que me interrumpieran y escuchar música sin temor a que me criticaran por permitirme semejante placer inútil. Podía encontrar mi verdadero centro, en estrecho contacto con la naturaleza; ser una soñadora, tal vez anticuada, desde luego contemplativa, cuya ocupación favorita era observar cada tarde la gran extensión del cielo al oeste, hechizada por la cambiante magnificencia del ocaso a medida que el sol descendía tras la hilera de árboles que se alzaban al otro lado de los campos.

En los momentos que dedicaba a la reflexión mientras cavaba en el jardín, sembraba semillas y plantaba rosales, me identificaba con el protagonista de un texto que había utilizado en el curso de francés el año anterior: Cándido, el joven héroe de Voltaire, cuyo optimista fe en «el mejor de los mundos» —tal como le enseñaba el filósofo doctor Pangloss— se ve tristemente desmentida por la experiencia, de modo que al final vuelve la espalda al mundo y se refugia en su huerto. *Il faut cultiver notre jardin...* es su pesimista solución personal al mal funcionamiento de la sociedad. El conflicto entre la lógica inexorable, aunque muchas veces ridícula, y desgarradores problemas emocionales no resueltos formaba una especie de material corrosivo en la raíz de nuestra existencia en Cambridge, y aquella raíz sucumbía al insidioso efecto del veneno invasivo de la fama y la fortuna. En Francia la tierra era fresca y fértil, y el jardín ofrecía la promesa de un futuro; un futuro cíclico y previsible, dictado por las leyes inmutables de la naturaleza.

«*Honoris causa*»

En el verano de 1989, toda la atención se centraba en los múltiples triunfos de Stephen y en el amplio interés mediático que despertaban. La concesión del doctorado *honoris causa* por parte del rector honorario de Cambridge, el duque de Edimburgo, tendría lugar el jueves 15 de junio. La distinción del palacio de Buckingham, de la que solo nosotros teníamos noticia, se confirmaría al día siguiente y se publicaría en los medios de comunicación el sábado día 17. Por una feliz coincidencia, aquella era asimismo la fecha de un concierto que Jonathan y la Camerata interpretarían en honor de Stephen, dos días después que lo nombraran doctor *honoris causa*, en la Senate House. Las celebraciones y el concierto dedicados a Newton en 1987 habían sido un atractivo señuelo para que los patrocinadores comerciales se fijaran en la Camerata, pero estos se habían vuelto extremadamente vulnerables a las duras vicisitudes de la vida en la Gran Bretaña de Margaret Thatcher. Apenas se había secado la tinta de las firmas de un generoso contrato de patrocinio cuando el patrocinador, una empresa británica muy formal, fue engullido por una corporación estadounidense dedicada a la informática que no tuvo ningún escrúpulo en declarar que su objetivo era ganar dinero, no financiar las artes, la música ni organizaciones benéficas. Rescindió el contrato de inmediato. En consecuencia, Jonathan, que había programado conciertos para los dos años siguientes contando con el dinero del patrocinio, corría el riesgo de acabar con una enorme deuda, cuando con la música ganaba, en el mejor de los casos, lo justo para vivir. En aquel momento tan desfavorable para la Camerata, la fama y el éxito de Stephen ofrecían a Jonathan una esperanza de salvación. Sin duda un concierto en honor de Stephen atraería a un nutrido público que acudiría para aplaudir a este además de para escuchar la música. También cabía la posibilidad de que atrajera a nuevos patrocinadores con intereses científicos. Se honraría a Stephen con sus composiciones barrocas favoritas, y el dinero que la gente dejara como donativo al salir de la sala se repartiría entre las organizaciones benéficas que todos apoyábamos. El proyecto nos pareció prometedor a todos y Stephen le dio el visto bueno, además de dar su aprobación a la carta de la primera ministra, antes de irse a Estados Unidos en mayo. En otras ocasiones, el reto de planificar un concierto, siempre arriesgado desde el punto de vista estrictamente económico, había aportado cierto sabor y arrojo a mis diversas aficiones artísticas. El dedicado a Stephen no habría sido una excepción, de no ser por las incesantes incursiones de los medios de comunicación. Los periodistas que me entrevistaron eran de lo más variopinto: algunos se mostraron agradables dentro de lo que cabe; otros, fríos; algunos, avasalladores. Era imposible saber de antemano qué tono imprimirían a la entrevista. Venían sin cesar periodistas franceses, periodistas españoles, representantes de todas las naciones, y cada uno

quería una perspectiva distinta sobre los aspectos científico y biográfico. Ponían en práctica sus someras técnicas de interrogatorio y yo, a mi vez, desarrollaba mis propias técnicas para tratar con ellos decidiendo con antelación cuánta información estaba dispuesta a revelar. No entendía por qué debía confiar las complejidades de mi vida personal a un periodista, un desconocido cuyo interés por mí obedecía al imperativo de vender más periódicos. Si quería confesarme, acudiría a un sacerdote; si necesitaba tratamiento psiquiátrico, acudiría a un médico; y si tenía una historia que contar quizá un día la escribiera yo misma, aunque era muy posible que el respeto a la intimidad, la mía y la ajena, pesara más que mis ganas de contarla. Así pues, si las preguntas de los periodistas traspasaban los límites fijados por mí, transformaba la entrevista en una conversación y les preguntaba por sus opiniones y reacciones en lugar de explicarles las mías. Como no podía ser de otra manera, me convertí en blanco de comentarios despectivos. Por ejemplo, un periodista escribió que yo había «cuidado de Stephen durante solo un par de años después de casarnos». La fiel señorita Gent, la directora de la escuela donde yo había estudiado, escribió al director del periódico, el *Times*, para que corrigieran el error. La arrogante respuesta que recibió la dejó estupefacta: lejos de ofrecer una rectificación o una disculpa, el hombre afirmó que tenía más experiencia que ella, y que estaba seguro de que la información del artículo era correcta.

Si, como hice en una entrevista para el *Guardian*, me permitía manifestar cierto desagrado respecto a los manidos tópicos sobre las recompensas de vivir con un genio —lugares comunes que destacaban la fama y el dinero, como si la enfermedad y la discapacidad no fueran factores fundamentales en nuestra vida—, me acusaban de deslealtad a Stephen. Sin embargo, yo creía que perpetuar la ilusión de alegre autonomía sin siquiera mencionar las dificultades sería engañar a los numerosos discapacitados y sus familias, quienes probablemente sufrían lo mismo que nosotros habíamos soportado en el pasado: el dolor, las preocupaciones, los apuros, las tensiones y los agobios. A una sociedad insolidaria le resultaría demasiado fácil señalar de forma acusadora a los otros discapacitados y decir: «Si el profesor Hawking puede hacerlo, ¿por qué no podéis vosotros?». Los cuidadores, sometidos ya a una gran presión, podrían verse obligados a realizar labores incluso más arduas por culpa de la imagen poco realista de nuestra vida que ofrecían los medios de comunicación. Sinceramente, ya no podía mantener mi fachada alegre y sonriente ni dar la impresión errónea de que nuestra vida era feliz y fácil, ensombrecida tan solo por inconvenientes sin importancia. En aquella entrevista para el *Guardian*, mis palabras fueron francas y fieles a la verdad: mencioné los triunfos pero no resté importancia a las dificultades. Expresé nuestras críticas al Servicio Nacional de Salud y recalqué que el éxito de Stephen, incluso a la hora de conseguir dinero para pagar su atención sanitaria, era exclusivamente fruto de nuestros esfuerzos. Explicué que oscilábamos entre las resplandecientes cumbres del triunfo y los negros pozos de enfermedad y desesperación, con muy poco terreno llano entre ambos extremos.

Aquellas verdades tan simples y bastante obvias resultaron ser inaceptables para quienes habían llegado a creer en la inmortalidad e infalibilidad de Stephen y se habían distanciado cómodamente de la realidad de su enfermedad; a saber: su familia y cierta enfermera. Mis comentarios se interpretaron como una traición allí donde no se admitían las críticas. Aquellas reacciones solo sirvieron para acrecentar mi sensación de aislamiento. ¿Estaban ciegas o locas las personas que me rodeaban, o acaso la loca era yo? ¿Vivían en un universo paralelo en el que los papeles se habían invertido y donde, como parecían insinuar, la enferma era yo? Me llovieron más acusaciones de deslealtad tras la proyección de una película de la BBC rodada aquel verano. En ella repetía las dudas que había expresado en dos entrevistas para la prensa, en un intento vano de restablecer un equilibrio razonable tanto en la descripción de nuestro estilo de vida como en la presentación de las teorías científicas de Stephen como la base de una nueva religión. A mi actuación ante las cámaras, que filmaron durante todo el período de las distinciones y celebraciones y también después, no le ayudaron nada un fuerte resfriado y una grave irritación de garganta: dos de las infecciones y enfermedades recurrentes que se sucedieron con rapidez a lo largo de aquella década. El catarro imprimió a mi voz un deje resentido que amortiguó las notas de humor y reveló un atisbo de amargura involuntaria.

Sin duda había tristeza en mi voz: era la desafortunada manifestación externa de un hondo sentimiento de desconsuelo y aprensión. Ni la propia Casandra podría haber vaticinado con más precisión, o con mayor espanto, la catástrofe que yo sabía que se cernía sobre todos nosotros. Incluso Nikki Stockley, la joven productora de televisión, había explicado cómo Elaine Mason había interrumpido el rodaje cuando intentaban filmar en el departamento. Tanto en público como en casa, Elaine se afanaba en usurparme el puesto a la menor ocasión, unas veces imitándome, otras desautorizándome, siempre alardeando de su influencia sobre Stephen. Se había hecho con el control absoluto del sistema de turnos de enfermeras y se había ganado a todo el mundo hasta el punto de que era inútil protestar: Stephen, a quien se informaba de todos mis comentarios, me castigaba por inmiscuirme. Cuando pedí ayuda al secretario del Real Colegio de Enfermería para que impusieran el cumplimiento del código de conducta de su profesión, se negó en redondo a intervenir a menos que yo presentara pruebas fotográficas de malas prácticas. La tradicional ceremonia de nombramiento de doctores *honoris causa*, que tuvo lugar con aquel caos físico y tormento emocional como trasfondo, nos transportó de forma fugaz a un reino fantástico de esplendor teatral y celebraciones con champán, donde el oropel de los trajes de gala, los rituales arcaicos, las sonrisas falsas, las conversaciones banales y los interminables apretones cubrieron con un frágil manto blanco la realidad latente.

El 15 de junio, el día que Lucy tenía los dos exámenes de bachillerato más largos, amaneció caluroso y sin una nube, lo cual a ella no iba a serle de mucha ayuda. En cambio, para la ceremonia de nombramiento de Stephen como doctor *honoris causa*

era el tiempo ideal. Jamás había sido tan marcada la diferencia entre lo que era más conveniente para dos miembros de la familia. Lucy se marchó temprano, ya nerviosa, mientras los demás estábamos ilusionados con aquella jornada de pompa y júbilo, un verdadero respiro entre tantas tensiones y voces discrepantes.

Cuando llegamos al Gonville & Caius College, encontramos un alegre bullicio del todo insólito: el college entero se había reunido en el Patio de Caius, el patio renacentista próximo a la Senate House, para aplaudir a Stephen. Tardamos unos minutos en vestir al doctorando *honoris causa* en la antecapilla y otros tantos en acomodarlo en la silla con la recia toga roja, que habría sido muy conveniente en pleno invierno, pero que daba un calor insoportable en pleno verano. Se negó a ponerse el birrete negro de terciopelo con orla dorada, que al final se encasquetó Tim. Cuando salimos de la capilla, los miembros de la junta del college, todos togados, se colocaron a lo largo del camino que conducía a la Puerta del Honor. En otra puerta, la de la Virtud, sonó una fanfarria y, a continuación, el coro entonó el himno «Laudate domino». Resonó otra fanfarria cuando, a toda velocidad, Stephen cruzó la Puerta del Honor, avanzó por el Senate House Passage y entró en el patio de la Senate House.

Robert había buscado unos cuantos amigos musculosos para que subieran la silla de ruedas y a su ocupante por la larga escalera de caracol que conducía a la Sala de Profesores de las Old Schools, donde se estaban congregando los otros doctorandos *honoris causa*, entre ellos Javier Pérez de Cuéllar, el secretario general de las Naciones Unidas. Stephen solo tuvo tiempo de tomar un sorbo de zumo de manzana antes de que llegara el príncipe Felipe, el rector honorario, quien, de buen humor, se acercó a hablar con nosotros y recordó que nos había ido a ver a West Road en 1981. Hizo una broma a Tim por el birrete que llevaba puesto y, antes de que se lo llevaran a toda prisa para que se reuniera con el resto de los dignatarios, Stephen le enseñó cómo funcionaba el ordenador.

El cortejo, que ya estaba formado cuando nos incorporamos a él, comenzó a desfilar. En la cola del grupo, los cuatro —Stephen, Robert, Tim y yo— rodeamos despacio la Senate House, observados por la multitud que se agolpaba tras las rejas y las cámaras que había en el recinto. Las nubes de tensión, desavenencia y confusión se disiparon con el fuerte sol, y por un instante fugaz costaba creer que hubieran existido siquiera. El interior de la Senate House era fresco, oscuro y solemne. Los directores de los colleges y los profesores, todos con toga roja, y el rector honorario, con la toga negra adornada con galones dorados, ocuparon sus puestos, y el público, formado por familiares y amigos, vestidos con la elegancia que exigía la pompa de la ceremonia, esperó en un silencio expectante. Cuando las enormes puertas de madera de roble se cerraron al brillo del mediodía y a la multitud de turistas ataviados con camiseta, los coros unidos del Saint John's College y el King's College iniciaron la ceremonia con un himno de Byrd, seguido de una pieza del siglo xx, y luego comenzaron los nombramientos. El portavoz de la universidad presentó a un teólogo alemán, al lord canciller —lord Mackay—, a Pérez de Cuéllar y a Stephen en un

discurso en latín muy ingenioso y pronunciado con tanta gracia y tantas florituras que, cuando concluyó el elogio de Stephen, Tim, que no destacaba por sus conocimientos de latín, aplaudió de forma espontánea. Sobre Pérez de Cuéllar afirmó que había «llevado la paz a los persas y mesopotámicos», y para la presentación de Stephen se inspiró en la primera teoría atómica, descrita por Lucrecio en *De rerum natura*.

Entre muchas reverencias, apretones de manos y actos de quitarse el sombrero, el duque de Edimburgo otorgó las distinciones. Cada nombramiento terminó con aplausos, que, cuando le llegó el turno a Stephen, alcanzaron proporciones apoteósicas. Algunos de los doctorandos, como la menuda y frágil Sue Ryder, parecían tan nerviosos como jóvenes universitarios; otros, como la cantante de ópera Jessye Norman y el propio Stephen, ya eran veteranos y recibieron sus ovaciones con seguridad y elegancia. La ceremonia concluyó con más himnos y dos estrofas del himno nacional. Tras dejar a Tim con sus abuelos, Robert y yo desfilamos con Stephen hacia la salida del edificio, volvimos a rodear despacio la Senate House y enfilamos King's Parade bajo un sol cegador. La gente, sonriente, saludaba y aplaudía, y se oían los chasquidos de las cámaras de fotos.

En casa se había congregado un selecto grupo de parientes y amigos, y en el jardín el college había preparado una merienda: sándwiches de salmón ahumado, fresas con nata y champán. Robert no participó en la fiesta porque tenía otro compromiso: esa tarde remaba en el segundo bote del Corpus Christi College, en una carrera en fila en la que había que chocar contra el bote de delante para eliminarlo de la competición. Conseguí escabullirme de los invitados que aún quedaban para ir a verlo remar. La jornada, larga y llena de emociones, no había terminado aún. Lucy regresó muy acongojada porque ninguno de los dos exámenes le había ido bien, y por la noche, cuando ya se habían ido todos los invitados y yo había empezado a recoger, sonó el teléfono. Era Robert. Después de charlar un rato me dijo de sopetón que se habían hecho públicas las calificaciones de los exámenes finales y que las suyas no eran tan buenas como esperaba. Lógicamente, estaba muy disgustado, y sentí en lo más hondo su amargura y la ironía de la situación.

Robert, tan leal y sumiso como de costumbre, había ayudado diligentemente a su padre en la Senate House, había desfilado con él y había buscado amigos para que lo subieran por la escalera y le permitieran salvar otros obstáculos del Corpus Christi College. Con considerada circunspección, había sido testigo de la buena suerte de su padre sin aprovecharse de ella, aunque siempre lo había eclipsado. Había aguantado toda la ceremonia en honor de su padre, toda la atención mediática, todos los halagos, ovaciones y honores, sin revelar la mortificante noticia de que sus notas finales, hechas públicas ese mismo día, eran decepcionantes. En el fondo, aquella situación se debía a que su marcado individualismo se había rebelado contra la arrolladora sombra del genio de su padre negándose en silencio a competir con él. No pude evitar sentir mucho más dolor por la consternación de mi hijo que alegría por el éxito glorioso de

mi polifacético marido. Me identificaba más con Robert: yo nunca participaba de los éxitos de Stephen.

## Honorable compañero

El 16 de junio nos quedamos levantados hasta la medianoche para ver el anuncio de las distinciones que la reina concedía el día de su cumpleaños. Inexplicablemente, Elaine Mason, que estaba de servicio, se mostró despectiva y crítica, pero mi padre dio saltos de alegría por el ascenso de su yerno a las más altas esferas como miembro de la Orden de los Compañeros de Honor. Al igual que el padre de Stephen, disfrutaba estando cerca de la clase de éxito público que las circunstancias le habían negado. Cuando me desperté a la mañana siguiente, se me planteó la cuestión más práctica de cómo iniciar la jornada con el espíritu festivo que requería la ocasión. No había pensado ni en el comienzo del día ni en la comida más importante de Stephen: el desayuno. Entonces recordé que en la nevera debía de quedar caviar de un viaje a Moscú y champán de las celebraciones del jueves. La consecuencia de un desayuno tan suntuoso fue que apenas hicimos nada aquella mañana y solo conseguimos ir tambaleándonos al centro universitario, donde yo había reservado mesa para almorzar. No obstante, a primera hora de la tarde fui al centro en bicicleta para supervisar la organización del concierto de esa noche en la Senate House. Encontré a la familia de Jonathan ocupada en colocar las sillas y disponerlo todo mientras él ensayaba con la orquesta. Regresé a casa a toda velocidad para recoger a mi padre y realizar un viaje relámpago al río. Llegamos a tiempo de ver cómo el segundo bote del Corpus Christi College surcaba las aguas adornada con una rama sauce, la señal de que había logrado dar un triunfal topetazo a la barca que llevaba delante.

Cuando regresamos a la Senate House aquella tarde de junio cálida y despejada, nos asombró la larga cola de amigos y admiradores que esperaban pacientemente para entrar a escuchar el concierto, que llevaba el acertado título de *Honoris causa*. Para impedir que Stephen tuviera la falta de tacto de ir derecho a mirar las listas de las notas finales, que estaban colgadas fuera de la Senate House, lo aparté del edificio y lo llevé hasta el mismo césped por el que habíamos desfilado hacía solo dos días. Le hicieron fotos con diversos invitados distinguidos —de la empresa que patrocinaba el concierto, del college y de la universidad—, mientras yo iba a investigar por qué la cola avanzaba tan despacio. Su longitud se debía en parte a que Tim, con sus diez añitos, era el único vendedor de programas dentro del edificio, aunque Lucy y mi padre no daban abasto acomodando a la gente. Después de conseguir ayuda para Tim, me reuní con Stephen. Para apuro mío, el director de la Senate House insistió en que los dos realizáramos una entrada solemne y nos retuvo fuera hasta que el resto del público se hubo sentado. Todos se pusieron en pie para aplaudirnos. Mientras Stephen sonreía y hacía piruetas en la silla, yo me sentía tan tímida y torpe que me alegré de poder sentarme de espaldas a los espectadores.

Tal como esperaba, los asistentes al concierto quedaron tan satisfechos que se

mostraron muy generosos en los donativos, por lo que pudimos mandar buenos talones a las tres organizaciones benéficas —la Asociación de la Enfermedad de la Motoneurona, la Fundación para la Investigación de la Leucemia y la Fundación Leonard Cheshire—, además de cubrir gastos con la venta de entradas. En apariencia, la velada había sido un gran éxito: las organizaciones benéficas habían sacado provecho; la Cambridge Baroque Camerata había conseguido un nuevo contrato de patrocinio y había ofrecido un concierto espectacular a un público que había llenado la Senate House; y, más importante aún, centenares de admiradores habían honrado y aplaudido a Stephen. No obstante, él estaba crispado y de mal humor. Sus percepciones de la velada estaban distorsionadas por la impresión de que Jonathan y la orquesta le habían robado protagonismo. Aquello era tan injusto como impropio de su forma de ser. Él había aceptado ilusionado el proyecto y, salvo cuando había estado en Estados Unidos, había colaborado en su desarrollo con entusiasmo. Con su comedimiento natural, Jonathan había tenido cuidado de quedarse en segundo plano al final del concierto para permitirle disfrutar de la admiración del público, y de hecho nadie podía dudar que el protagonista había sido Stephen. Aún fue menos propio de él que me recordara que, como la distinción de la reina no llevaba ningún título asociado, no tenía nada que ver conmigo. La conclusión era tan inevitable como desagradable: había sido víctima de las lisonjas. La persona que lo adulaba no lo hacía de forma desinteresada y parecía estar inculcándole ideas que no casaban con el carácter, terco aunque generoso, que siempre había tenido Stephen.

Estuvo en el candelero durante el resto de aquel verano, sobre todo cuando, al cabo de unas semanas, realizamos nuestra segunda visita al palacio de Buckingham, que, comparada con la primera, siete años atrás, fue de una privacidad sorprendente. Para evitar el embotellamiento que había alrededor de la entrada principal, nos condujeron a la entrada privada de la reina y, de repente, nos vimos transportados a un jardín tranquilo y lleno de colores, lejos de la sofocante confusión de Londres y su tráfico. Un asistente real, varios lacayos y una dama de compañía nos saludaron con corteses sonrisas impasibles y nos acompañaron al interior del palacio. Pasamos por delante del reluciente coche de juguete que el príncipe Carlos había tenido de pequeño y junto a un par de bicicletas, y entramos en el vasto vestíbulo con columnas de mármol, iluminado en toda su longitud y adornado con damasco rojo y rosa. Enormes ramos de lirios custodiaban los tesoros como decorativos centinelas.

Subimos a la galería de arte y volvimos rápidamente sobre nuestros pasos por encima del vestíbulo de mármol, sin apenas tiempo para echar un vistazo a los retratos de Carlos I y su familia, que desde las paredes se miraban entre sí con mudo distanciamiento. Vi un par de Canalettos, una pintura flamenca y numerosos retratos de la princesa Augusta. Entramos en un pasillo tan estrecho que era posible que condujera a las dependencias de la servidumbre y nos hicieron pasar a una salita repleta de pinturas y muebles: la Sala Imperial. Después de que el asistente real nos diera unas breves instrucciones, Stephen y yo nos alejamos de la familia para

reunirnos con la reina, que nos esperaba en una sala al final del pasillo. Como de costumbre, Stephen salió disparado hacia la puerta abierta. Dentro, al lado de la chimenea, estaba la reina, con un vestido azul marino y blanco. Nos miró con una sonrisa afable pero aprensiva. Su rostro adoptó enseguida una expresión de puro terror cuando Stephen, al irrumpir en la sala de visitas, se llevó por delante la alfombra con las ruedas de la silla, como el apartavacas de una locomotora de Estados Unidos. La gruesa alfombra color café se enredó con las ruedas y detuvo bruscamente a Stephen, que se quedó en la puerta, cerrando el paso a la sala. Al estar detrás de él, yo no veía bien lo que ocurría y, además, no podía hacer nada para desenganchar la regia alfombra. La reina era la única persona que había en la sala. Tras vacilar un momento, hizo ademán de echar a andar, como si pensara levantar personalmente el pesado mecanismo para sacar a su ocupante del aprieto. Por suerte, el asistente real, que acababa de anunciarnos, pasó por el hueco que quedaba entre la silla y la pared, alzó las ruedas delanteras y resolvió el embrollo.

Naturalmente, su majestad estaba un poco nerviosa, igual que yo, de modo que no nos estrechamos la mano y a mí se me olvidó hacer una reverencia cuando pronunció un breve discurso de bienvenida. Después de un incómodo silencio, debió de decidir que lo mejor era seguir con la ceremonia sin más demora y pasó a otorgar a Stephen la insignia de la Orden de los Compañeros de Honor. Yo recibí la medalla en su nombre y a continuación se la enseñé a Stephen y le leí la inscripción. «Fiel en la acción y claro en el honor», rezaba. La reina comentó que le parecían unas palabras de especial belleza y Stephen escribió: «Gracias, señora». Por nuestra parte, le regalamos un ejemplar de *Historia del tiempo* firmado con la huella dactilar de Stephen, lo cual la desconcertó bastante. «¿Es un libro divulgativo de su trabajo, como el que podría escribir un abogado?», me preguntó. Entonces fui yo quien se quedó perpleja, porque no podía imaginarme nada que se acercara ni por asomo a un libro divulgativo sobre derecho. Recobré la compostura y le dije que creía que *Historia del tiempo* era más ameno, sobre todo los primeros capítulos, donde se ofrecía un fascinante relato de la evolución del estudio del universo..., antes de que la física se volviera demasiado complicada con las partículas elementales, la teoría de cuerdas, el tiempo imaginario y demás. La conversación continuó de forma entrecortada durante unos diez minutos más y pasó de una explicación básica de la ciencia y los intereses de Stephen a una demostración de cómo funcionaban el ordenador de voz con acento norteamericano. La reina me dirigía las preguntas a mí clavándome sus penetrantes ojos azules, tan brillantes como el broche de diamantes y zafiros que llevaba prendido en el hombro. Aunque su mirada transmitía afecto y consideración además de interés, a mí me paralizaba. Estaba tan aterrada que ni siquiera me atrevía a mover los ojos, aunque me habría encantado echar un vistazo a la bonita sala de visitas turquesa, llena de cuadros y recuerdos, y permanecía inmóvil e incómoda en mi sitio, sin apenas atreverme a mirar a los lados.

Durante la comida en la última planta del Hilton, explicamos los detalles de la

audiencia a la familia, que había tenido que quedarse en la Sala Imperial, sin omitir el episodio de la alfombra, que les encantó porque tenían un irreverente sentido del humor. Describimos la conversación posterior como algo a medio camino entre un examen oral y una entrevista con una directora de escuela vehemente pero bien intencionada, ambas cosas igual de aterradoras. No me cabía la menor duda de que a la reina también le había resultado bastante difícil la reunión. Mientras contemplábamos la silueta de Londres, nos preguntamos si habíamos dado las respuestas correctas. Justo a nuestros pies se hallaba el palacio, rodeado de los Campos Elíseos por los que habíamos paseado después de la audiencia. Stephen se quejó de que no había podido conversar con la reina tanto como le habría gustado debido a un problema con el control manual del ordenador, que se había desconfigurado con el contratiempo de la alfombra. En cualquier caso, la impresión general era positiva y Stephen tenía otro impresionante medallón que añadir a su amplia colección.

Cuando nos disponíamos a salir del restaurante, me sorprendió que la dirección me regalara un enorme ramo de lirios naranjas y amarillos. Aunque provenía de una institución comercial, uno de los hoteles de la cadena Hilton, el gesto resultó muy conmovedor.

## 14

### «Dies irae»

Una semana después, Tim y yo volvíamos a estar en Francia. El Moulin parpadeaba soñoliento con el sol vespertino cuando nos acercamos por el camino de tierra y abrí el portón. El aire fresco y puro penetró hasta lo más hondo de mis bronquios asmáticos y me reanimó, dado que estaba cansada por el largo viaje y tensa emocionalmente después de los recientes altibajos. Reinaban la calma y el silencio en el patio interior, que nos envolvió como una suave manta para protegernos de la tiranía de mundo exterior. Una vez dentro, corrimos de una habitación a otra para inspeccionar cada uno de los rincones y familiarizarnos de nuevo con todas las viejas vigas. Vimos con gran sorpresa que el oscuro y polvoriento granero había experimentado una transformación como la de Cenicienta y estaba listo para dar alojamiento al séquito de enfermeras de Stephen. Los escombros, las telarañas y las vigas podridas habían desaparecido para dar paso a una espaciosa sala con el suelo embaldosado y una cocina americana en la parte de abajo, y a dos amplios dormitorios y un baño en el altillo. Macizas vigas nuevas mezcladas con las viejas aún utilizables sustentaban la estructura, tan seguras en su antiquísima tradición que, de no ser el mobiliario nuevo, bien podrían haber estado allí desde tiempos inmemoriales. Luego, previendo más descubrimientos, salimos corriendo al jardín. Durante nuestra ausencia había tenido lugar un extraño encantamiento. Tim gritó asombrado: «¡Es idéntico al palacio de Buckingham!»; y tenía razón. Las plantas y semillas habían crecido en los parterres y, donde en mayo solo había matas aisladas y algunos brotes, un sinfín de flores nos saludaba con un derroche de color. Aún quedaban cosas por hacer, paredes por pintar y suelos por cubrir, pero lo indispensable estaba terminado. El Moulin ya estaba listo para recibirnos no solo a nosotros, sino también a todos nuestros visitantes veraniegos. Mi hermano llegaría con su mujer y sus cuatro hijos casi al mismo tiempo que Arthur, el amigo de Tim, y sus padres, que pensaban pasar un fin de semana con nosotros. Jonathan traería a mis padres y Stephen viajaría en avión hasta Le Touquet, acompañado de Pam Benson, una enfermera de total confianza, y de Elaine y David Mason y sus hijos.

Pese a las reservas de mi madre, yo había sido tan optimista como para invitar a la familia Mason, con la esperanza de que la experiencia de vivir con nosotros en la misma casa, pero en circunstancias más relajadas que en Cambridge, animara a Elaine a tener más respeto por la autodisciplina que era fundamental para nuestras tareas. Si bien no pensaba inmiscuirme en el vínculo afectivo que pudiera haber surgido entre ella y Stephen, me parecía que, como enfermera titulada que era, quizá se convenciera de que el éxito de nuestra labor se basaba en el trabajo en equipo bien coordinado. Quienes causaban problemas no tenían cabida en aquella situación. Ingenua de mí, también confiaba en que, si Elaine se daba cuenta de que Jonathan y

yo no teníamos por qué dormir necesariamente en la misma habitación, aprendería a respetar el modo de vida que nos permitía seguir cuidando de Stephen y mis hijos de forma indefinida, pasara lo que pasara.

Cuando Stephen y sus variopintos acompañantes aterrizaron en Le Touquet a mediados de agosto, la parte nueva de la casa ya había recibido sucesivas oleadas de visitantes, incluidos mis padres, que la habían declarado totalmente satisfactoria tanto por su encanto como por su comodidad. No obstante, entre los recién llegados reinaba una tensión perceptible. Stephen reaccionó con frialdad ante mi alegría de verlo, lo cual me llevó a sospechar que los comentarios disimulados sobre su aversión a la campiña francesa habían hecho mella: lo habían convencido de que no quería pasar ni un día de vacaciones en Francia, y menos aún en el campo. Siempre que yo intentaba despertar su interés por las magníficas vistas de los campos bañados por el sol, con colinas y bosques recortados a lo lejos, él ponía la misma cara de desdén y aburrimiento. Día tras día, se me hacía patente la inexorable verdad de que reservaba sus sonrisas y su interés para Elaine, y no me cabía la menor duda de que ella le alentaba a despreciarme porque yo tenía defectos y no me ajustaba a la imagen de perfección con que ella siempre lo tentaba. Lo estaba convenciendo de que yo ya no le era de ninguna utilidad, de que no servía para nada. Elaine se hallaba en una posición de fuerza: sus responsabilidades eran mínimas y podía complacer a Stephen haciendo cuanto él le pedía; podía engatusarlo y camelarlo, y su formación especializada le permitía satisfacer todos sus caprichos. Como las dos principales preocupaciones de Stephen eran su trabajo y su estado físico, mi papel quedaba lógicamente muy disminuido, mientras que el de Elaine adquiriría un gran peso. Según parecía, los lazos familiares e intelectuales que yo valoraba y gracias a los cuales manteníamos una apariencia de normalidad habían dejado de ser importantes. Era probable que Stephen hubiera encontrado en ella a una persona más fuerte que yo con la que, de algún modo, podía volver a tener una relación física, cualesquiera que fueran las otras dimensiones de su relación. Yo no podía negarle eso y estaba dispuesta a aceptarlo en nuestra forma de vida, igual que él había tenido la generosidad de aceptar mi relación con Jonathan, siempre que fuera discreta y no supusiera una amenaza para nuestra familia, nuestros hijos, nuestro hogar y el buen funcionamiento del turno de enfermeras que tanto nos había costado lograr. También era esencial que no anulara mi relación con Stephen, porque estaba convencida de que sin mí sería como un niño perdido, un niño rebelde y resuelto, pero también indefenso y cándido. Mi destino había estado tan íntimamente unido al suyo durante tanto tiempo que él jamás me sería indiferente, por muy difícil que se hubiera vuelto debido a la singularidad de ser un genio discapacitado. Velar por su bienestar se había convertido en algo natural para mí. Si las facciones que podía mover delataban el menor signo de dolor, malestar o desaprobación, yo era incapaz de ignorarlo. Lo cierto era que aún lo quería con hondo afecto y compasión. En aquel cuerpo demacrado, pese a la fortaleza de la mente, su sufrimiento era dolorosamente obvio, y

era ese sufrimiento lo que siempre reforzaba mis sentimientos hacia él, que no eran nunca de superioridad; de hecho, a menudo me colocaban en una conflictiva situación emocional en la que tenía que conciliar la desesperanza y la frustración que me causaban su terquedad y sus exigencias poco razonables con mi respeto a su dignidad y sus derechos como persona con una discapacidad muy grave.

Nuestro matrimonio —y la estructura, grande y compleja, en que se había convertido— definía mi vida adulta, puesto que resumía mis logros más importantes: la supervivencia de Stephen, mis hijos, la familia y el hogar. Era la larga historia de nuestras batallas conjuntas contra su enfermedad y la de su éxito contra todo pronóstico. Yo le había dedicado casi todas mis energías, si bien había tenido que aceptar ayuda para poder continuar adelante sin sentir el impulso de suicidarme. Era cierto que a veces anhelaba disfrutar de mayor libertad de movimiento y me amargaban las severas limitaciones que me imponía, pero jamás me había planteado huir, salvo, en un momento de profunda desesperación, quitándome la vida. Tal vez la estructura se hubiera vuelto peligrosamente desequilibrada e inestable, pero era increíble que un arrebatado de pasión pudiera borrar cuanto representaba nuestro matrimonio. El hecho de que Elaine tuviera un marido sano e hijos no me incumbía: aquella cuestión atañía a la conciencia de ella y yo no debía meterme.

La situación quizá se habría resuelto de forma pacífica si las partes implicadas hubieran tenido otro carácter, si hubieran sido más consideradas, menos porfiadas, menos egocéntricas, menos propensas a satisfacer sus propios deseos con exclusión de todo lo demás. Si yo hubiera sido más fuerte y estado menos confusa, tal vez podría haber manejado la situación de otro modo y con más seguridad. El caso es que las vacaciones fueron desastrosas. Varios contratiempos se combinaron para aumentar la aversión de Stephen al campo e incluso al Moulin; un sentimiento diametralmente opuesto al entusiasmo que había mostrado en primavera. Por otra parte, se volvió cada vez más hostil tanto hacia la familia como hacia Pam, la otra enfermera. Cuando por fin me atreví a hacerle notar que con su comportamiento y el de Elaine corríamos el riesgo de perder a Pam, prendí sin darme cuenta la chispa del incendio que nos consumiría a todos. El fuego ardió en la vieja casa aquel día y durante toda la noche, destrozó el apreciado silencio y estremeció las viejas vigas mientras me envolvía con toda su furia. Llamas de reproche, odio y deseo de venganza me atacaron y me dejaron el alma en carne viva con sus acusaciones: mujer infiel, compañera desconsiderada, egoísta mujer de carrera, perezosa y frívola, más interesada en cantar que en cuidar de su frágil e indefenso marido. Llevaba demasiado tiempo haciendo lo que me venía en gana, dijeron. Debía «anteponer a Stephen a todo lo demás».

Afronté los ataques sola. No quería rebajar a Jonathan arrastrándolo a aquella lucha incivilizada, pero tampoco pude apagar las llamas. Era inútil argüir que, pese a que muchas veces la física había alejado a Stephen de mí, pese a las duras y constantes exigencias de su enfermedad, me había esforzado de corazón por ser una buena esposa; que, pese a la vorágine de medicaciones, material médico y

enfermeras, pese a la infinitud de ensayos científicos, ecuaciones y reuniones, me había esforzado de corazón por hacerlo lo mejor posible, aun cuando eso hubiera desfigurado mi propia vida. El argumento de que el amor y la ayuda de Jonathan nos habían protegido y me habían salvado de caer en la desesperación no se aceptaría como defensa. Todos mis esfuerzos no habían sido suficientes y ahora iba a desbancarme una persona que había engatusado a mi marido enfermo con promesas imposibles y expectativas poco realistas. Era el principio del fin de nuestro matrimonio.

Después de aquel desastre, Stephen y los Mason regresaron a Inglaterra y Tim y yo nos quedamos en el Moulin. La bonita casa antigua y su jardín envolvieron mi cuerpo extenuado y mi mente consumida en su abrazo consolador mientras la calma de la Francia rural volvía a invadirme. Si de verdad Stephen no me quería —razoné—, podría ganarme bien la vida en Francia. Podría ganarme el sustento dando clases de inglés y español y Tim podría ser bilingüe. A principios de septiembre empezó a ir a la escuela del pueblo, donde enseguida hizo amigos, sin que lo desanimara la dificultad del idioma. Iba al pueblo en bicicleta todas las mañanas; en la puerta, yo le decía adiós con la mano y lo veía alejarse por la colina hasta que desaparecía entre los árboles. En casa hablábamos en francés a menudo. El inglés e Inglaterra me resultaban ajenos; una lengua y un país que expresaban y albergaban un extremo sufrimiento personal —por no mencionar las injusticias políticas generalizadas de los años de Margaret Thatcher—, en tanto que Francia me ofrecía amigos y un estilo de vida nuevos, junto con una sensación de igualdad. Además, Francia, un país en su mayoría católico, adoraba y rezaba a la madre de Jesús, la intermediaria femenina con las figuras masculinas de la Trinidad. Allí, una mujer ocupaba un lugar reconocido en el orden divino de las cosas. María tenía una presencia humana que era trágica, amorosa y consoladora. Muchas veces, en iglesias rurales y catedrales francesas, me sentía atraída por la imagen de la Virgen María —una santa de escayola pintada toscamente, quizá—, que ofrecía el consuelo del sufrimiento compartido.

Tim y yo enseguida nos acomodamos a un modo de vida que yo sabía que podría mantener. Podíamos vivir en Francia de forma permanente si era necesario, o bien regresar a Inglaterra al cabo de un tiempo, cuando Stephen hubiera resuelto sus problemas. Jonathan, que había vuelto a Cambridge para dar una serie de recitales de órgano, me llamaba con frecuencia y me animaba a quedarme en Francia si era donde me sentía a gusto.

Stephen también llamaba casi a diario, pero nos exhortaba a regresar a Inglaterra. Decía que nos echaba de menos y que nos necesitaba. Fue tan persuasivo que creí que de verdad pretendía restablecer la armonía en nuestras vidas y mantener a sus enfermeras bajo control. Más avanzado septiembre, convencida de que mi niño perdido me necesitaba, crucé con Tim un mar embravecido, decidida a evitar un enfrentamiento. La familia, es decir, mis padres y Robert, se alegró de vernos cuando llegamos a casa a altas horas de la noche por culpa de largas esperas en las autovías.

El recibimiento que Stephen me dispensó a mí, aunque no a Tim, fue gélido. No era el niño perdido quien había salido saludarnos, sino el déspota. De inmediato supe que había cometido un grave error al volver a Inglaterra.

## La cruda realidad

El lunes siguiente Tim se reincorporó a la escuela y yo reanudé mis clases, que me comprometí a impartir al menos durante el trimestre si no durante todo el año académico. Exactamente una semana después de nuestro regreso, Stephen me entregó una carta donde anunciaba su intención de irse a vivir con Elaine Mason. Esa tarde, por una infeliz coincidencia, unos ladrones asaltaron a Robert cuando volvía a casa y le rompieron la mandíbula.

La decisión de Stephen tardó bastante tiempo en llevarse a efecto por la insólita cuestión práctica de que Elaine Mason y él no tenían adonde ir. Entretanto vivimos en una vorágine de caos y confusión, en la que yo me aferré como una lapa a la ilusión de que la tempestad pasaría y Stephen, pese al patético desbarajuste emocional que sufría, optaría por quedarse con su familia. Como una hoja seca arrastrada por un vendaval, él iba y venía, a menudo sin avisar. Elaine ejercía una presión extrema sobre él y cada estallido de cólera daba paso a un período de calma, como si nada hubiera ocurrido. Sin embargo, esos períodos no eran más que el ojo del huracán y solo presagiaban tempestades imprevistas que se desataban con fuerza huracanada. Corrían rumores de que la enfermera ya estaba anunciando su boda con Stephen. Yo vivía con el miedo constante de que hubiera una batalla por la custodia de Tim, y Jonathan tenía prohibido entrar en la casa de West Road bajo amenaza de una orden de alejamiento, de manera que no tenía más remedio que quedarse en la suya. Hablar abiertamente era imposible porque entre Stephen y yo se había alzado un muro infranqueable y, cuanto más parecía perder él el control de su situación, más sentía yo que intentaba controlarme, como si solo fuera un objeto de su propiedad. Las enfermeras me metían cartas desagradables por la ventanilla del coche todas las mañanas cuando me iba a trabajar y por las noches se me exigían cosas imposibles. Se me atribuían comentarios desagradables y motivos falsos. Se me decía que dejara a Jonathan y «antepusiera a Stephen a todo lo demás». Incluso me vi arrastrada a discutir, aunque a desgana, por cuestiones de dinero, no solo con Stephen, sino también con Elaine Mason. Gracias a la concentración que requería enseñar —sobre todo las novelas y relatos de Gabriel García Márquez, apasionantes y un desafío para el intelecto—, conseguí conservar cierta cordura. Asimismo, la comprensión y el apoyo que mis compañeros profesores me brindaban en silencio daban una sensación de estabilidad a las pocas horas diarias que pasaba fuera de casa. En otras ocasiones, la música calmaba y aliviaba mis maltrechas emociones, aunque, debido a su intensidad, a menudo me fallaba y perdía la voz. Por lo demás, reinaba el caos.

Más avanzado el mes, cuando mis dos hijos mayores se marcharon en días consecutivos —Robert a Glasgow, para un realizar un curso de posgrado en tecnologías de la información, y Lucy a Oxford—, tuve la sensación de que se

desmoronaban toda mi existencia y la estructura en que se sustentaba. Mi identidad personal, que tanto me había esmerado en construir a lo largo de los años a partir de las piezas dispares del rompecabezas de la vida cotidiana, estaba hecha pedazos. Me encontraba sola y desprotegida en medio de una guerra privada. Mirara donde mirara, veía los escombros y las ruinas del edificio valiente y audaz, pero frágil, que Stephen y yo habíamos construido. Un oscuro abismo se había abierto en el suelo y había engullido aquel edificio, junto con más de veinticinco años de mi vida: todos los años de mi juventud y buena parte de mi vida adulta, todas mis esperanzas y todo mi optimismo. En su lugar quedaba poco más que un frágil sudario vacío, fantasmal y esquivo, el objeto de mi tormento mental diario. Mi única certeza para el futuro era que tenía que proteger a mi hijo menor y más vulnerable, Tim, y que, por muy destrozada y rota que estuviera, debía armarme de fuerzas y de valor para luchar por él.

Jonathan y yo nunca nos habíamos planteado la posibilidad de un futuro juntos sin Stephen. No teníamos fantasías ni sueños. La idea de cambiar nos resultaba ajena: yo había cerrado mi mente a esa posibilidad y no aspiraba a ella. En el pasado creía que habíamos alcanzado un equilibrio beneficioso para todos, pese a que nos exigía considerables acrobacias, control y autodisciplina en el plano personal. Ahora se demostraba que aquello no había sido más que una ilusión poco realista, porque a la fuerza me veía obligada a comprender que hacía tiempo que Stephen estaba descontento con nuestra forma de vida. Ese descubrimiento me sorprendió. Si llevaba tanto tiempo resentido, ¿por qué no me lo había dicho? ¿Cómo había logrado tener tanto éxito y ser tan creativo y dinámico si era tan infeliz? Al parecer no le gustaba que lo hubiéramos tratado como a un miembro más de la familia cuando él consideraba que le correspondía estar en el centro, subido en un pedestal. Había aparecido alguien dispuesto a adorarlo y a convertirlo en el centro de su vida. Esa persona le había prometido que no tendría que contratar enfermeras nunca más, pues ella sola cuidaría de él a todas horas y siempre viajaría a donde él quisiera.

Una vez que comenzaron las clases y Tim y yo estuvimos inmersos en la rutina de Cambridge, regresar a Francia era imposible, pero yo necesitaba desesperadamente un refugio. La casa de Jonathan no era una opción, porque mudarme allí significaría que ponía fin a mi matrimonio, lo cual no era ni había sido nunca mi intención. El refugio tendría que ser un territorio neutral, un lugar donde Tim y yo pudiéramos librarnos de las tensiones, las batallas, la ponzoña y las recriminaciones que creaban un caos de amargura en el número 5 de West Road. Solo había una opción posible. Aunque el college estaba en posesión de nuestra casa de Little Saint Mary's Lane desde hacía varios años, a cambio de nuestra vivienda actual, la casa aún era nuestra. Como sabía que no estaba ocupada, escribí al director del college suplicándole que permitiera que Tim y yo viviéramos en ella de forma temporal hasta que las batallas terminaran y la crisis se resolviera para bien o para mal. El director era nuevo en el college; apenas nos conocíamos. Su respuesta fue clara: por mucho que lo lamentara,

Stephen y el college habían firmado un acuerdo sobre el intercambio de las dos propiedades y, hasta que Stephen lo revocara, yo no podía tener acceso a la casa.

Las batallas prosiguieron con furia durante el resto del trimestre, con solo una breve tregua durante la visita a España para la entrega de un prestigioso premio concedido por el heredero del trono español, el Príncipe de Asturias, en Oviedo. Estar en España me levantó la moral e hizo soportable aquella visita. Aunque las reiteradas apariciones públicas, ruedas de prensa y entrevistas ocasionaron leves tensiones superficiales, al menos me brindaron la oportunidad de volver a demostrar mi valía profesional y reafirmar mis cualidades como lingüista y acompañante de Stephen. La tensión causada por su reciente anuncio de que estaba decidido a comprar un piso a su enfermera favorita fue mucho más grave. La mente que había dominado los secretos matemáticos del universo no podía vencer la agitación emocional que ahora la embargaba. El punto flaco físico de Stephen había sido su garganta, pero tenía además un punto flaco psicológico, que era una total falta de resistencia a la manipulación emocional. Hasta entonces jamás la había experimentado y carecía de coraza con la que protegerse. Esta era la clase de presión que Elaine ejercía sobre Stephen: alimentaba su ira hasta que él estallaba como un volcán cuyas lenguas de lava candente arrasaban cualquier obstáculo que se cruzara en su camino. Luego, de forma milagrosa, los arranques de cólera se apagaban tan deprisa como habían surgido y la paz volvía a reinar en nuestro hogar. Se volvía más dulce y dócil, mostraba arrepentimiento y un interés sincero por dejar atrás la confusión y reanudar la vida familiar en la que en el pasado había florecido. En esos momentos reconocía que se debatía entre emociones encontradas y que necesitaba apoyo, comprensión y la posibilidad de una reconciliación. Y yo estaba más que dispuesta a brindársela, dado que entendía la tragedia de su situación y quería ayudarlo a superarla, pero la calma solo duraba hasta el terrible momento en que otra misiva, otro ultimátum, otra llamada alcanzaban su objetivo. Aprendí a temer las consecuencias cuando Stephen, cada vez más cautivado, empezó a marcharse de forma apresurada de comidas y compromisos sociales. Aquello continuó hasta Navidad. Los planes de mis padres de celebrar las bodas de oro fueron una catástrofe por culpa de las fluctuaciones de aquella fuerte marejada. Con una aleatoriedad que por desgracia se había vuelto previsible, Stephen pasó el día de Navidad con su familia pero, ya entrada la noche, apareció su furgoneta y él se perdió en la oscuridad: se marchó con Elaine para dormir en un hotel y al día siguiente partió hacia Israel para asistir a un congreso.

No volvimos a verlo ni a tener noticias suyas hasta principios de enero, cuando mis hijos, Jonathan y yo llegamos a casa después de unas breves vacaciones en Francia maravillosamente tranquilas y lo encontramos esperándonos, como si contara con que seguiríamos donde lo habíamos dejado. No dio explicaciones y yo tuve la prudencia de no pedirle ninguna. Esa noche nos reunimos alrededor de la mesa alumbrada con velas y cenamos pato a la naranja para celebrar el cumpleaños de Stephen. Al día siguiente escribí a la madre de Stephen una carta alegre para

expresarle mi felicidad porque parecía que los problemas habían terminado y podíamos reanudar nuestros intentos de llevar una vida familiar creativa. La respuesta que recibí fue sumamente negativa. La carta de Isobel me dejó claro que no solo no valoraba los esfuerzos que yo había hecho por cuidar de Stephen durante todo aquel tiempo, sino que incluso los cuestionaba y me consideraba la hedonista beneficiaria de su fama y su éxito, resuelta ahora a negarle la oportunidad de ser feliz con una persona a la que ella veía con buenos ojos.

La estabilidad duró poco: la situación pronto empezó a empeorar otra vez. Después de varias semanas en que las amenazas, las recriminaciones y los insultos volvieron a arreciar, mis hijos y yo aprovechamos las vacaciones de mediados de trimestre para pasar unos días en Austria esquiando con Arthur y sus padres. A nuestro regreso a Cambridge, no había ni rastro de Stephen. Se había ido. Se había marchado de casa, con la ayuda, al parecer, del marido de Elaine, el día que nosotros habíamos partido hacia Austria, el 17 de febrero de 1990. Era el final. No sentí ni tristeza ni alivio. No podía reaccionar.

Sin embargo, no era el final. Al día siguiente Stephen llamó desde Elstree Studios, donde se estaba rodando la versión cinematográfica de *Historia del tiempo*, y me pidió que fuéramos para hacernos un retrato de familia como parte del material biográfico de la película. Fue una petición asombrosa. Era increíble que, justo después de dejar a su familia, contara con que seguiríamos actuando como marionetas para las cámaras, dando una imagen de felicidad y unidad que ya no existía. En mi voz no hubo la menor vacilación. Sin darse cuenta, al tomar la decisión de abandonarnos Stephen había dejado de tener poder sobre mí y yo volvía a ser libre para tomar mis propias decisiones, sin temor a sus despóticas reacciones. Me negué a ir a Elstree. Había recobrado el control de mi vida.

Después de aquello la tragedia degeneró en una farsa. El teléfono sonó de forma incesante cuando, uno tras otro, los productores y directores estadounidenses intentaron engatusarme y adularme para que participara en la película. En cuanto se trasladaron a Cambridge para construir una réplica exacta del despacho de Stephen en una iglesia abandonada, me asediaron con sus patéticos argumentos. Había en juego millones de dólares, se lamentaban retorciéndose las manos; mi ausencia trastocaría todos sus planes; sin un componente biográfico de peso, la película quedaría coja. Yo me encogía de hombros y les recordaba sus promesas originales, recogidas en el contrato, sobre la naturaleza de la película: un documental puramente científico con solo unas mínimas referencias biográficas. Cuanto más mostraban su falta de integridad al negar tales promesas, menos me costaba mantenerme firme; y, cuanto menos me costaba mantenerme firme, más fuerte me volvía.

## 16

### Tabla rasa

Pese al parvo consuelo de mi nueva independencia de espíritu, lo cierto era que el cataclismo me había dejado destrozada. En las tinieblas de la derrota, me sentía desacreditada y repudiada, despojada de mi identidad, como si los veinticinco años anteriores se hubieran borrado sin dejar rastro. De hecho, no se trataba de una impresión meramente subjetiva: dos organizaciones benéficas para las que había trabajado con ahínco le dieron fundamento. No podían poner en peligro su credibilidad pública —arguyeron— permitiendo que dos cónyuges separados siguieran asociándose con su labor, de modo que ambas prescindieron de mis servicios. Naturalmente, el nombre de Stephen les era más útil que el mío. Fue un trago amargo. Como yo sospechaba, fuera del matrimonio y separada de Stephen no era nada.

Sin embargo, estando en aquel ciego laberinto de desorientación empecé a percibir los primeros indicios de una insólita fuerza casi palpable a mi alrededor; una fuerza espiritual que no guardaba relación con mi debilitado estado físico. Se manifestó en las espontáneas expresiones de preocupación y afecto que nuestros numerosos amigos de todo el mundo me transmitieron por telepatía. Eran amigos de verdad, personas que nos conocían desde hacía muchos años; que habían sido testigos de nuestras dificultades y a menudo nos habían ayudado en momentos de crisis; que se habían alegrado generosamente de nuestros éxitos sin perder de vista la cruda realidad de nuestra situación. Muchos dijeron que habían llorado al conocer la noticia. Me brindaron una sensación de paz que me permitió centrarme en mis propios recursos. En vez de abandonarme al rencor, invertiría la energía que antes dedicaba al bienestar de Stephen en un nuevo proyecto, un proyecto mío: sería un libro, pero no las memorias que varias editoriales ya me pedían a gritos, dado que el tema era demasiado doloroso y yo no tenía aún una perspectiva clara. Mi libro describiría nuestras experiencias al instalarnos en Francia y consistiría en anécdotas divertidas e información práctica dirigida al amplio sector de compradores británicos de casas en Francia.

La mayor parte del tiempo que antes pasaba llevando la casa, atendiendo las necesidades de Stephen, organizando los turnos de las enfermeras, hablando por teléfono con cuidadores descontentos y proyectando fiestas, se lo dediqué al libro. Mientras lo escribía y creaba un glosario de expresiones útiles, aprendí —como Stephen en el período posterior a su grave enfermedad— a utilizar el ordenador. ¡Ojalá lo hubiera tenido durante los años que trabajé en la tesis! El ordenador y la impresora fueron un magnánimo regalo de separación de Stephen. Jamás supe por qué me los compró, pero sospeché que el gesto era propio del estado de confusión en que se hallaba, aunque fuera demasiado orgulloso y reservado para reconocerlo. En

cualquier caso, se lo agradecí mucho, dado que no habría podido crear el glosario sin él. Aunque el aspecto francés del proyecto siempre me resultó entretenido y estimulante tanto en lo que se refería a las indagaciones como a la redacción del libro, su publicación estuvo cuajada de dificultades porque, a causa de mi ingenuidad, cayó en malas manos. Un agente literario que parecía sincero se prestó a encontrar editor, pero de hecho, como tantos otros, solo estaba interesado en las memorias.

Con independencia de los agentes literarios ladinos, por suerte la noticia de la separación se ocultó a la prensa amarilla durante varios meses. Como no había llegado a los tabloides, Stephen y yo gozamos de una beneficiosa tregua, que nos brindó la posibilidad de intentar transformar nuestra relación sin el estorbo de la atención mediática. Pudimos vernos como viejos amigos sin la tensión de los roces cotidianos que habían deteriorado la relación: él venía a West Road para ver a Tim a la hora de comer y hablábamos de cuestiones de interés familiar con calma y prudencia. La única diferencia era que él vivía en otra casa con otra persona.

Fue literalmente a consecuencia de un accidente como la prensa se enteró de nuestra ruptura. Una noche, cuando Stephen regresaba a su piso, un taxi que circulaba por encima de límite de velocidad los arrolló a él y a la enfermera que lo acompañaba (que no era Elaine). La silla de ruedas volcó y él se quedó tendido en la calzada. Fue un milagro que no sufriera nada peor que una fractura del hombro y solo pasó un par de días en el hospital. De forma inevitable, la prensa se enteró del accidente y, naturalmente, quiso saber por qué ya no vivía en West Road. Reporteros y cámaras, sobre todo de la prensa amarilla, se apiñaron en la entrada como una jauría de sabuesos aullantes, oliéndose un escándalo y aterrorizándonos a Tim y a mí. Aquello era una cacería. Gracias al sentido común del conserje jefe de Harvey Court, logramos despistarlos y Jonathan, de cuya existencia no tenían conocimiento, consiguió escapar por la puerta de atrás.

En cuanto la separación se hizo pública, el college no tardó en mandar al tesorero para que nos preguntara cuándo íbamos a mudarnos. Este fue muy claro: el college no se sentía en la obligación de dar alojamiento a la familia si Stephen, con quien había firmado el acuerdo, ya no residía allí. De hecho, me estaba dando un aviso de desalojo. Yo no tuve ni la presencia de ánimo de protestar ni la voluntad de luchar. El día anterior habrían sido —en teoría aún lo eran— nuestras bodas de plata. Aquel lunes de julio por la mañana, me quedó muy claro que cuanto había sucedido en aquellos veinticinco años no le importaba a nadie aparte de mí.

La única concesión que hizo el college fue darnos un año de plazo para que nos adaptáramos a la nueva situación. Aquello tenía especial importancia, porque Tim se había matriculado en la King's College School, que estaba justo enfrente de casa, y habría sido el colmo de las ironías que nos hubieran obligado a mudarnos cuando él acababa de cambiarse a una escuela que quedaba a menos de cinco minutos de donde vivía. Otra ventaja de la King's College School era que Arthur, su mejor amigo, iba a estudiar allí en régimen de internado, de modo que, fuera cual fuera la situación en

casa, Tim podría contar con verlo todos los días. De hecho no lo vería solamente en el colegio, sino también en casa, porque durante los dos años siguientes Arthur vivió con nosotros. Fue una decisión que nos hizo felices a todos. Arthur se convirtió en parte de nuestra familia y brindó a Tim un apoyo moral inapreciable en sus cambiantes circunstancias.

Fue una suerte infinita para mí no encontrarme sola. Jonathan había estado a mi lado discreta y lealmente pese a la hostilidad de que había sido objeto. Con la misma discreción y lealtad, y con una paciencia inagotable, empezó a juntar de nuevo los fragmentos rotos de la que había sido mi personalidad, al tiempo que intentaba asimilar lo que había ocurrido. Nunca se había hecho ilusiones: sabía que nuestra relación dependía de un perfecto equilibrio y de que Stephen aceptara que estaba consagrada a la supervivencia, no a la destrucción, de la familia. Yo, por mi parte, no solo no podía arreglármelas sola, sino que sin él no era capaz de salir adelante: sobre sus hombros caían las cargas físicas, y en sus brazos yo hallaba la seguridad emocional que tanto anhelaba. La nueva realidad nos había juntado de golpe, aunque no con alegría ni entusiasmo, sino solo con tristeza por cómo se habían visto traicionadas nuestras buenas intenciones, junto con un alivio contenido por el hecho de que el largo calvario hubiera terminado. Aunque empezamos a vivir juntos y a buscar una casa adecuada para comprarla, no teníamos prisa por casarnos. Nuestro compromiso era firme, pero yo no estaba preparada, ni física ni emocionalmente, para casarme con nadie, y menos aún con un hombre que se merecía mucho más de lo que yo podía darle. Además, como no se había hablado de divorcio, seguía casada con Stephen.

A pesar del caos que *Historia del tiempo* había sembrado en nuestra vida, era un consuelo que al menos no me hubiera dejado en la miseria. Jonathan y yo pudimos comprar y ampliar una casa adosada en una urbanización moderna situada en el mismo lado de Cambridge que West Road. A primera vista, la casa y el jardín me parecían tan deprimentes que casi me desgarraban el alma. La vivienda era poco espaciosa, desangelada y sosa: una caja moderna de ladrillo y hormigón, con las paredes interiores cubiertas de arpillera rasgada y descolorida; el jardín, pelado y sombrío, estaba separado de los vecinos por un descuidado seto de ciprés. Una vez más tendría que empezar desde el principio para crear un hogar en aquella casa sin personalidad y un jardín con flores en la dura arcilla gris que pasaba por suelo. El atractivo del inmueble era su ubicación: se podía ir en bicicleta al centro de la ciudad y a la escuela de Tim. Casualmente, también estaba muy próxima al piso de lujo de Stephen, lo cual debía considerarse una ventaja, dado que este insistía en ver a Tim dos veces a la semana. Con resignada lealtad, Arthur acompañaba a Tim a aquellas visitas, cuyo desenlace nunca era previsible y siempre alteraba a mi hijo. Me aliviaba que Stephen no pareciera tener prisa en pedir el divorcio, pues me aterraba que Tim se convirtiera en un peón de otra amarga batalla. De vez en cuando recibía cartas tuyas llenas de exigencias pero, como sabía que eran una reacción a las presiones

domésticas, me las tomaba a la ligera, fuera cual fuese su contenido. Nuestras conversaciones solían ser civilizadas e incluso afectuosas siempre que nos veíamos.

No era ningún secreto que tanto la universidad como el college tenían planes para el terreno en el que estaba edificada la casa del número 5 de West Road. Durante el último año que vivimos en ella vimos, en silencioso estado de sitio, cómo los tasadores recorrían el jardín armados con varas de medir y señalaban distancias con estacas y postes, mientras junto al acebo un martinete agujereaba la blanda tierra aluvial. Con nuestro desalojo, el destino de toda la propiedad —la vieja casa, su tranquilo jardín y sus árboles majestuosos— estaría decidido. Era previsible que, en nombre del progreso, la universidad y el college resolvieran destruir otro sombreado espacio verde. Con el caos de la mudanza, poco pude hacer por salvar la casa y el jardín, salvo asegurarme de que los árboles, sobre todo los dos espléndidos centinelas, la secuoya que había junto a la casa y la tuya gigante del final del jardín, estuvieran protegidos por una orden de conservación. Los supuestos funcionarios municipales realizaron un estudio y me aseguraron que no tenía que preocuparme: los árboles no corrían peligro porque estaban en una zona protegida. Me mudé satisfecha de haber cumplido con mi deber cívico medioambiental.

Asuntos de mayor urgencia sustituyeron a mi preocupación por el jardín. El agente literario tenía poco éxito en la búsqueda de editoriales interesadas en *At Home in France*, mi guía sobre cómo comprar una propiedad en Francia. Tras varios fracasos por su parte, decidí publicar el libro por mi cuenta, después de lo cual el agente me envió una copia de nuestro contrato, donde se especificaba que estaba atada por sus condiciones durante cuatro largos años, a menos, claro está, que firmara otro contrato en el que le concediera los derechos a perpetuidad de cualquier biografía que escribiera sobre Stephen.

En torno a la misma época, Hacienda centró su atención en los beneficios de *Historia del tiempo*. Como consecuencia del elevado índice de desempleo ocasionado por las medidas del gobierno conservador, las arcas públicas andaban cortas de dinero y se había decidido aumentar los ingresos con investigaciones fiscales, estudiando sobre todo situaciones en las que una ruptura matrimonial pudiera haber dado lugar a confusiones. Aunque yo ya no tenía nada que ver con el libro de Stephen, el inspector de Hacienda desató sobre mí toda su intimidatoria agresividad profesional. Me acosó con cartas y llamadas telefónicas, e incluso me llamó en Navidad, cuando tenía las manos embadurnadas de harina y la cabeza repleta de villancicos, postres y regalos.

Esas y otras preocupaciones me distrajeron del asunto de los árboles y el jardín del número 5 de West Road. No volví a pensar en ellos hasta un lunes de julio de 1993; extrañamente, aquellos pensamientos fueron cobrando fuerza hasta convertirse en un impulso irresistible de ir al jardín. Mi parte racional sofocó aquella desconcertante sensación porque aquel lunes estaba demasiado ocupada con los preparativos de las vacaciones de verano y con otras actividades. No encontré un momento para realizar una vista a West Road hasta unos días después, cuando

regresaba a casa con mis últimas compras antes de las vacaciones. Al rodear la casa vi un espectáculo espeluznante. Donde esperaba encontrar el conocido paraíso de flores y plantas que tanto amaba, solo vi destrucción sin sentido. El final del jardín había sido saqueado, arrasado. Donde antes había árboles y arbustos, rosas y amapolas, pájaros, erizos y ardillas, ahora se abría un enorme socavón, un agujero negro, un cráter fangoso, donde la Madre Tierra estaba desnuda, expuesta y desfigurada. Un rápido cálculo mental me indicó que habían talado hasta cuarenta árboles, el más espectacular de los cuales era la tuya gigante, bajo cuyas tupidas ramas tenía su madriguera Cottontail, el conejito de Tim. Aturdida, sin dar crédito a la magnitud de los destrozos, recordé el extraño impulso que había tenido hacía unos días. ¿Era posible que aquellos árboles me hubieran llamado para que los rescatara? ¿Qué había sido de mis intentos de protegerlos con órdenes de conservación?

En respuesta a mis preguntas, el ayuntamiento no halló constancia alguna de mis anteriores peticiones de emitir órdenes de conservación. En los proyectos del nuevo edificio presentados al comité de urbanismo, solo se había hecho una breve alusión a unos cuantos arbustos y arbolillos insignificantes, de manera que el comité había dado el visto bueno sin formular más preguntas. De nada servía que los árboles estuvieran en una zona protegida. No obstante, había cierta justicia poética en la tragedia. La suerte de los árboles y el jardín era un reflejo de la que habíamos corrido nosotros. No podría haber una metáfora más potente o conmovedora para el final de nuestra familia que aquel agujero negro.

# Epílogo

*Febrero de 2007*

Empiezo a escribir este nuevo epílogo cuando mi avión despegue con rumbo a Seattle y me aguarda un vuelo de nueve horas y media. Heathrow pronto desaparece y da paso a un mosaico de campos verdes conforme atravesamos las nubes. Es un viaje que he realizado muchas veces desde aquella primera vez de 1967, y tener un nieto al otro lado del planeta es ahora un remedio convincente contra la fobia a volar. Mientras sobrevolamos las nevadas montañas escocesas en dirección al noroeste, hacia Islandia y Groenlandia, retrocedo en el tiempo y recuerdo aquel primer vuelo, cuando Robert era un bebé diminuto y Stephen, su padre, empezaba a mostrar los primeros efectos incapacitantes de la enfermedad de la motoneurona, y una vez más me maravilla la coincidencia de que Robert se haya establecido en Seattle con su esposa, Katrina, una escultora con mucho talento, y su hijo. También me maravilla que Stephen, a quien dieron unos dos años de vida en 1963, no solo siga vivo cuarenta y cuatro después, sino que además haya recibido recientemente la medalla más prestigiosa de la Royal Society: la medalla Copley.

En 1995, cuando visitaba a Robert, que había empezado a trabajar en Microsoft hacía seis meses, me pareció que había cierto sentido poético en cómo Seattle había descrito un círculo alrededor de casi todos los años de nuestro matrimonio. Siento esa poesía de la coincidencia incluso con más intensidad ahora, que vamos a esa ciudad a celebrar el primer cumpleaños de nuestro nietecito, llamado George, como mi padre. En este vuelo no estoy sola: me acompaña Robert, que regresa a Seattle tras asistir ayer al funeral de mi madre. Falleció hace solo una semana, mientras dormía, después de una enfermedad repentina. Yo estaba en un ensayo en ese momento y sentí su marcha como un leve estremecimiento, el roce de las alas de un ángel. Cuando volví a casa apenas hizo falta que me dijeran que me habían llamado de su residencia, porque ya sabía lo que había sucedido.

Fue en Seattle, en 1995, poco después de que los trámites de divorcio finalizaran y al cabo de un año de la publicación de *At Home in France*, cuando empecé a plantearme escribir la larga historia de mi vida con Stephen. Así pues, al regresar a Cambridge me sorprendió encontrar una invitación de una editorial a hacer precisamente eso. Aquel septiembre las palabras fluyeron veloces y apasionadas, como si me instaran a liberarme de un pasado que a menudo había alcanzado la cima con logros increíbles, pero también había conocido el abismo del sufrimiento y la desesperación. Tenía que exorcizar aquel pasado y definir con claridad el fin de una larga era antes de emprender un nuevo futuro, y dijo mucho en favor del equipo editorial que me permitiera que dejara correr la pluma al narrar mi historia. Aquella primera edición representó un gran desahogo catártico de optimismo, euforia, desánimo y tristeza.

Mi resistencia inicial a escribir una biografía, debido al temor a la pérdida de intimidad que podía acarrear el ejercicio, se disolvió al darme cuenta poco a poco de que no tenía elección. A fin de cuentas mi intimidad estaba amenazada, dado que mi vida ya era de dominio público como consecuencia de la fama de Stephen, y solo sería cuestión de tiempo que los biógrafos empezaran a indagar sobre la historia personal que había detrás de su genialidad y su longevidad, lo cual me incluiría forzosamente a mí. No tenía motivos para suponer que fueran a tratarme con mayor consideración que la que me había mostrado la prensa en el pasado. Por consiguiente, sería mucho mejor que yo misma narrara mi historia a mi manera. Revelaría verdades personales tan hondas y dolorosas que no soportaba la idea de que su música pudiera resonar únicamente con el ruido del *chaudron fêlé*, el caldero cascado de Flaubert. Aunque mi papel en la vida de Stephen había menguado de una forma drástica, dado que su segundo matrimonio había cerrado eficazmente las puertas a nuestras líneas de comunicación, no podía desterrar de la mente el cuarto de siglo durante el cual había vivido al borde de un agujero negro, sobre todo cuando nuestros tres hijos, guapos, equilibrados y muy cariñosos, así como la fama de que gozaba Stephen, eran una prueba palpable de los extraordinarios éxitos de aquellos veinticinco años. Mientras fluían las palabras, descubrí que la voz y el registro ya estaban en mi interior, listos y a la espera de aflorar y expresar la infinidad de recuerdos acumulados a lo largo de los años. Eran recuerdos que podían considerarse meramente parte de la historia de una familia inglesa de la segunda mitad del siglo xx. Muchos de ellos serían corrientes, comunes a los de la vida de la mayoría de las personas, de no ser por dos factores: la enfermedad de la motoneurona y la genialidad.

De hecho, la enfermedad de la motoneurona me proporcionó otro motivo de igual fuerza para ponerme a escribir: el deseo de abrir los ojos de políticos y funcionarios a la desgarradora realidad a la que los discapacitados y sus cuidadores se enfrentaban a diario en una sociedad insolidaria: las batallas con la burocracia, la lucha solitaria por mantener la dignidad, el cansancio, la frustración y el angustioso grito de desesperanza. Confiaba en que las memorias también captaran el interés del sector médico para así mejorar la conciencia, por lo demás superficial, en el Servicio Nacional de Salud sobre los estragos de la enfermedad de la motoneurona y sus efectos en el carácter y en el cuerpo de quienes la sufren.

A raíz de la publicación en agosto de 1999 de *Music to Move the Stars*, el título inspirado en la cita de Flaubert, recibí montones de cartas de apoyo, la mayoría de mujeres que se solidarizaban profundamente con mi situación, elogiaban mi decisión de escribir y explicaban la historia de su difícil vida. Algunas también habían cuidado a un ser querido o luchado por criar a sus hijos en circunstancias adversas; otras hallaban simplemente resonancias con las que se identificaban. Muchas reconocían que el libro les había hecho llorar. En Cambridge, las expresiones de apoyo fueron apabullantes. Todos me dijeron que la historia les había fascinado, entre ellos, ¡una mujer de noventa y cuatro años, que se negó a acostarse hasta que hubo terminado el

libro! Muchas personas que, engañadas por las apariciones de Stephen en televisión, creían que habíamos gozado de toda la ayuda posible se horrorizaron al descubrir la poca que recibimos en realidad, con lo que confirmaron mis sospechas de que nuestra imagen pública y nuestra realidad privada estaban muy alejadas, si no reñidas, entre sí.

El pasado ya estaba relegado al ordenador en su mayor parte, si no exorcizado del todo, cuando Jonathan y yo contrajimos matrimonio en 1997. El día de nuestra boda resultó ser un remanso de paz frente a la vorágine de enfermedades, accidentes y catástrofes que azotaban a nuestras familias y a algunos de nuestros mejores amigos. Nosotros tampoco nos encontrábamos en nuestro mejor momento: Jonathan había tenido un ataque de cálculos renales cuando tocaba en Liverpool y yo llevaba un tiempo caminado con muletas porque me había roto los ligamentos de las rodillas en un accidente de esquí. La multitud de problemas que nos habían ocurrido a nosotros y a nuestros seres más queridos apenas nos había dejado tiempo para los aspectos prácticos de la boda, y aún menos para prepararnos mental, emocional o espiritualmente.

En verdad, nada podría habernos preparado para la intensidad emocional y espiritual de aquel día. Solo uno o dos minutos antes de salir de casa, caí en la cuenta, entre sorprendida y azorada, de que una milla más allá había una iglesia llena de personas esperándome. Cuando llegué a San Marcos acompañada de mis tres hijos, ni siquiera la acogida serena y cordial de nuestra nueva párroca logró disipar aquella creciente sensación de asombro. Quizá sus resplandecientes vestiduras sacerdotales blancas y doradas no hicieron más que dar un intenso matiz onírico a la ceremonia; un matiz que lo dominó todo cuando Robert, Lucy, Tim y yo ocupamos nuestros puestos en el pórtico, desde donde vislumbramos a mi futuro marido poniéndose de pie en la escalera del presbiterio. Nos invadió una oleada de emoción cuando el organista tocó los majestuosos primeros acordes de «La llegada de la reina de Saba» y mis hijos me llevaron, trémula e incapaz de mirar a los lados, hasta el altar, donde me dejaron al lado de Jonathan. En un espacio a mi izquierda, pálida y con aspecto frágil, estaba mi madre, sentada en la silla de ruedas que había tenido que empezar a usar hacía poco.

A continuación hubo himnos, oraciones, lecturas y antífonas, cuyas palabras, escogidas con esmero, ponderadas, analizadas, traducidas al francés y al español, se escribieron al ordenador y se imprimieron muchas veces. Todas aquellas palabras cobraron vida al ser leídas o cantadas, y las voces de los clérigos, los lectores, los asistentes y el coro les confirieron diversidad y profundidad, veracidad, vehemencia y claridad. El coro estaba compuesto por viejos amigos, muchos de ellos músicos profesionales que interpretaron una conmovedora versión de «Qué agradables son tus moradas», de *Un réquiem alemán* de Brahms. En lo que respectaba al predicador, solo había una opción. Únicamente Bill Loveless, que nos conocía a los dos desde hacía tanto tiempo y nos había alentado en momentos tan difíciles, podría haber

pronunciado el discurso. Pese a su salud precaria y su avanzada edad, subió al púlpito y pronunció un apasionado discurso al que no le faltó ni un ápice de su vigor y entrega habituales. Habló con sentimiento y franqueza de los dilemas y las angustias del pasado sin ocultar la realidad de nuestra relación. Mientras él recordaba tiempos pretéritos, pensé en que muchos de los amigos de todo el mundo que nos habían brindado un apoyo tan valioso en épocas anteriores, y por quienes yo decía una oración en misa todos los domingos, estaban en la iglesia, acompañándonos y arropándonos; todos salvo Stephen, mi compañero durante tanto tiempo y el padre de mis hijos.

La imagen de mi querida Lucy detrás del atril para recitar un soneto de Shakespeare sobre el matrimonio de dos almas fieles fue inolvidable. Estaba radiante con un vestido de seda color crema y las manos entrelazadas bajo el vientre abultado, como si el minúsculo hijo de seis meses que llevaba dentro le infundiera seguridad, mientras Alex, su novio, sonreía con orgullo sentado en un banco. Hubo algún que otro momento de distracción, como la horrible pluma estilográfica rasposa que convirtió en un feo garabato mi firma en el registro, lo cual me trajo a la memoria el humillante recuerdo de un examen de caligrafía que suspendí en la escuela de Saint Albans. Luego, demasiado pronto, la misa terminó y Jonathan y yo caminamos por el pasillo central como si flotáramos, entre los compases del «Preludio de Santa Ana» de Bach y la expresión de felicidad de los asistentes. Una vez fuera, en aquel primer día de sol desde hacía semanas, besamos y abrazamos a todos los invitados y quienes se acercaban a darnos la enhorabuena, tras lo cual pusimos rumbo, a la cabeza de un lento desfile de automóviles organizado por nuestros amigos de Francia, a Wimpole Hall para las fotografías, la recepción, la cena y la fiesta, que se alargó hasta bien entrada la noche.

Jonathan y yo abrigábamos la optimista esperanza de llevar una vida relativamente normal después de casarnos. Desde entonces he aprendido que no existe una vida normal. Desde luego, llevamos una vida muy activa en la que la música desempeña un papel importante: yo sigo cantando en el coro y de vez en cuando doy recitales en solitario acompañada de Jonathan. Ya me dedico a la enseñanza, porque mis ocupaciones son tantas que absorben toda mi atención, pero sí consigo sacar tiempo para la danza, que durante mucho tiempo fue una actividad inviable para mí como ejecutante y como espectadora. Jonathan y yo viajamos mucho: siempre que podemos, nos trasladamos a esa otra dimensión que es la Francia rural, donde yo trabajo en el jardín silvestre que creé para celebrar el milenio, mientras Jonathan piensa en nuevas iniciativas musicales para la Cambridge Baroque Camerata o para el coro del Magdalene College, que dirige y gestiona desde hace cinco años en calidad de chantre y director de música del college.

No obstante, hay pocos momentos en que no nos acosen los problemas y las preocupaciones. El verano que nos casamos, mi madre ya estaba muy incapacitada por culpa de la artritis y solo podía seguir viviendo en su casa de Saint Albans gracias

a los abnegados cuidados de mi padre. Aunque yo los visitaba con frecuencia, inevitablemente llegó el día en que mi padre, que era muy duro de oído, no pudo seguir haciéndose cargo de ella. Una vez más tuvimos que contratar a cuidadores, de nuevo sin recibir ninguna ayuda ni del Servicio Nacional de Salud ni de los Servicios Sociales. Nuestra esperanza de que los cuidadores contratados fueran trabajadores profesionales se vio frustrada. Salvo contadas excepciones, muchos eran personas de carácter dudoso y honradez cuestionable, sin titulación ni formación claras, y muchas veces mi padre tenía que llamarme para que fuera a echarle una mano los días festivos porque el cuidador suplente no se había presentado. A menudo perplejo por las peculiaridades de los cuidadores —como, por ejemplo, cuando uno puso mayonesa en una tarta de fruta—, jamás perdió el sentido del humor, pero al final decidió mudarse con mi madre a una residencia de las afueras de Cambridge.

Tras el alivio de tenerlos instalados cerca y en buenas manos, recayó en mí la responsabilidad de vaciar y vender su casa, una tarea ingente y agotadora, aunque me alegró poder llevarla a cabo estando ellos aún vivos. Todavía en plena posesión de sus extraordinarias facultades mentales, pero muy angustiado por el desconcertante contraste entre su juventud interior y su desintegración física, mi padre sucumbió a una neumonía, exacerbada por la enfermedad de Parkinson, en junio de 2004. Se había negado a ir al hospital de Addenbrooke por el terrible trato que mi madre había recibido hacía solo unas semanas, cuando había ingresado por una bronquitis. Contra todo pronóstico, mi madre le sobrevivió y no solo celebró su nonagésimo cumpleaños en mayo de 2006, sino que también conoció a George, su cuarto bisnieto y nuestro segundo nieto.

Como ocurre con tantas de las experiencias más importantes de la vida, nadie nos prepara para la etapa en la que nuestros padres envejecen y los papeles se invierten. Tampoco se nos advierte de cómo nos traumatiza su muerte, a la edad que sea. Las dos personas que siempre me habían apoyado de forma incondicional y con las que había podido contar en todo momento ya no están conmigo. Es como si me hubieran arrancado una parte de mí y ahora, apenas una semana después del fallecimiento de mi madre, recorro medio mundo aún conmocionada e incapaz de reaccionar. En casa hay muchos alentadores mensajes de pésame con elogios a su carácter abnegado, su preocupación e interés sinceros por sus congéneres, su entrega a las buenas causas, su devoción por la familia y su fe honda e inspiradora, pero la tristeza de esta última semana sigue muy presente. Viaja conmigo adondequiera que voy. Antes podía imaginar cuán terrible debía de ser perder a un hijo o a un cónyuge, pero no tenía la menor idea del profundo dolor que causa perder a los padres.

En estos últimos diez años han surgido otras dificultades en la familia aparte del cuidado de mis padres ancianos. No me detendré en ellas, pero me han exigido una fuerza extraordinaria que he hallado en la fe que me ha sustentado desde los comienzos de mi matrimonio con Stephen. Hoy en día mi fe es más abierta, crítica y escéptica, pero tiene sus raíces en la ética cristiana y halla su expresión espiritual en

la música. Mi antiguo optimismo ha desaparecido, sustituido por una determinación a superar las adversidades que probablemente aprendí de Stephen.

En lo que respecta a la familia, aunque Robert parece haberse afincado en Estados Unidos, tenemos la suerte de que nuestros otros dos hijos aún viven en Gran Bretaña y los vemos a menudo. Lucy es escritora y madre de un hijo precioso, William, al que cría sola. Un niño hermoso pero difícil: le diagnosticaron autismo en 2001.

Tim ha superado la falta de confianza que caracterizó su infancia y se ha vuelto una persona despierta y perspicaz. Aunque está orgulloso de su padre, es especialmente consciente de los problemas de vivir eclipsado por la fama y preferiría que lo valoraran por su talento y su capacidad de trabajo antes que por ser hijo de quien es. Lingüista como yo, se graduó en lenguas modernas y después decidió realizar un máster en *marketing*.

Y Stephen... De forma notable desde su segundo divorcio, Stephen ha retomado el control de su vida y, pese a las veces que ha caído enfermo, ha mantenido su posición en el panorama mundial. Volvemos a relacionarnos con libertad y a disfrutar juntos de muchos acontecimientos familiares. Nuestras cenas ya son casi como las de viejos tiempos, llenas de bromas y comentarios ingeniosos mientras esperamos a que Stephen diga la última palabra. Me alegró mucho que la Royal Society me invitara a la ceremonia de entrega de la medalla Copley, la más antigua de esa institución. Como en tantas otras ocasiones anteriores, el logro de Stephen me llenó de orgullo, aunque hoy en día, aparte de su difundida retractación de algunas de sus teorías anteriores, no sabría decir en qué consiste exactamente su ciencia. Debo reconocer que su intención, anunciada por radio el día de la ceremonia de entrega de la medalla, de viajar al espacio no me alegró mucho. Menos ambicioso pero quizá más productivo fue su viaje a Israel unas dos semanas después, un viaje que solo realizó con la condición de que le permitieran visitar Ramala y hablar con los palestinos. En la doble página central del *Guardian* lo vimos, sin salir de nuestro asombro, avanzar en la silla de ruedas observado por una multitud de palestinos. Antes de viajar al espacio tiene intención de ejercer su especial modalidad de diplomacia en Irán, aunque está por ver si la situación política se lo permitirá. A su regreso de Israel pasó la Navidad con nosotros y celebramos Año Nuevo juntos. Viene a comer a casa muchos domingos y a menudo vamos juntos al teatro. Él y su madre asistieron al funeral de mi madre y me complació verlos allí. Isobel parece frágil pero conserva la salud y no hay quien la frene, pese a que le falla un poco la memoria. Con su jovial sentido del humor y su agudo ingenio, me recuerda a la mujer a la que en el pasado consideré un modelo a imitar. Hace alrededor de dos años me escribió una carta dándome las gracias por todo lo que había hecho por Stephen. Fue un gesto noble que me ayudó a mitigar el dolor de algunos de mis peores recuerdos y contribuyó a que restablecer una relación civilizada.

Una enorme residencia universitaria ocupa el solar del número 5 de West Road, donde hace tiempo vivimos en aquella casa espléndida y nos relajamos en su bonito

jardín. No obstante, algunos de los árboles más importantes siguen en pie gracias a la campaña que emprendí en los años noventa, cuando descubrí los destrozos que había sufrido el jardín después de que nos mudáramos. Viendo cómo el avión, camino de Seattle, proyecta su sombra sobre el norte de Canadá y expulsa sus gases sobre la menguante superficie helada del Ártico, me pregunto si la destrucción de nuestro jardín en nombre del progreso no fue otro pequeño síntoma de la frenética carrera por explotar los recursos del planeta que está conduciendo a su inexorable deterioro. Al igual que aquella casa y aquel jardín, nuestras vidas fueron víctimas de la destrucción, pero el espíritu esencial de la familia —en verdad, la afirmación de todos mis años de juventud— perdura y se reafirma en las ocasiones en que podemos reunirnos y gozar de nuestra mutua compañía. Si el espíritu de la tierra podrá con el tiempo recuperarse y reafirmarse es la pregunta más importante a la que se enfrenta la humanidad, no muy distinta de la amenazadora pregunta de la década de los sesenta, cuando Stephen y yo nos conocimos: la de si la tierra y todas sus formas de vida estaban destinadas a desaparecer por una guerra nuclear.

*Posdata. Mayo de 2007*

Desde que terminé de escribir el epílogo, Stephen ha realizado su vuelo en gravedad cero y ha regresado a la tierra indemne, un triunfo que quedó reflejado en las fotografías publicadas en los medios de comunicación. Su sonrisa mientras flotaba en ingrávida liberación habría conmovido a las estrellas. A mí, desde luego, me conmovió profundamente y me indujo a reflexionar sobre el gran privilegio que fue viajar con él, aunque fuera una corta distancia, hacia el infinito.

*Última palabra. Agosto de 2014*

La serie infantil de Lucy sobre imaginativas aventuras científicas, que comenzó con *La clave secreta del universo*, ha recibido elogios en todo el mundo. Ha batallado infatigablemente para obtener toda la ayuda que necesita William, quien se ha convertido en un joven encantador, cariñoso y muy atento.

Tim es ahora un próspero director de *marketing* y viaja mucho por razones de trabajo.

Robert, que sigue en Seattle, trabaja en alguna parte de la nube de Microsoft. Tiene una familia maravillosa y muy alegre, que nos mantiene interesados, ocupados y entretenidos siempre que viene a visitarnos a Cambridge.

Stephen, el científico más famoso del mundo, continúa siendo una figura central para la familia y para la física. De hecho, ¡estamos a punto de irnos todos juntos de vacaciones!

## Agradecimientos

En *Music to Move the Stars*, la primera edición de mis memorias, expresaba mi honda gratitud a todas las personas que figuraban en ella: amigos, parientes, compañeros de trabajo y estudiantes, cuya ayuda y apoyo a lo largo de los años habían ejercido una influencia positiva en nuestra vida familiar. También daba las gracias a mis amigos científicos, Kip Thorne, Jim Hartle, Jim Bardeen, Brandon Carter y Bernard Carr por ayudarme a aclarar algunos de los temas científicos más impenetrables y enrevesados que tuve que abordar en la redacción del libro, y agradecía el asesoramiento de Peter Dronke en algunos de los aspectos más sutiles de los estudios medievales.

Para *Hacia el infinito*, la versión abreviada de las memorias originales, quiero volver a expresar mi gratitud a todas las personas mencionadas y añadir el nombre de las que han hecho posible esta edición. Anthony McCarten me ha dado siempre aliento y, entusiasmado por *Music to Move the Stars*, me presentó a Alessandro Gallenzi y Elisabetta Minervini, de Alma Books, quienes abordaron este nuevo proyecto con ilusión, prontitud y eficacia. Les estoy extremadamente agradecida por hacer posible que mi biografía vuelva a ver la luz del día. Estoy en deuda con Mike Stocks, quien, pese a ser un escritor de gran éxito, dedicó parte de su tiempo a ayudarme a poner en orden los excesos de mi prosa. Aprecio y valoro muchísimo sus críticas, siempre consideradas y constructivas.

Por último, debo dar las gracias a mi familia por permitirme de nuevo hurgar en sus vidas y mostrar paciencia y sentido del humor mientras lo hacía.



JANE HAWKING, escritora y conferenciante, fue la esposa de Stephen Hawking durante más de veinte años. Es autora del *At Home in France*, publicado en 1994, y de *Music to Move the Stars*, las primeras memorias sobre su matrimonio, publicadas en 1999, libro que tuvo una gran repercusión y generó mucha controversia.

Con *Hacia el infinito* Jane entrega una segunda y definitiva aproximación a su matrimonio, más sosegada y optimista. El texto ha sido llevado al cine de la mano del director James Marsh, y la película es candidata a los premios Oscar de Hollywood.